This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

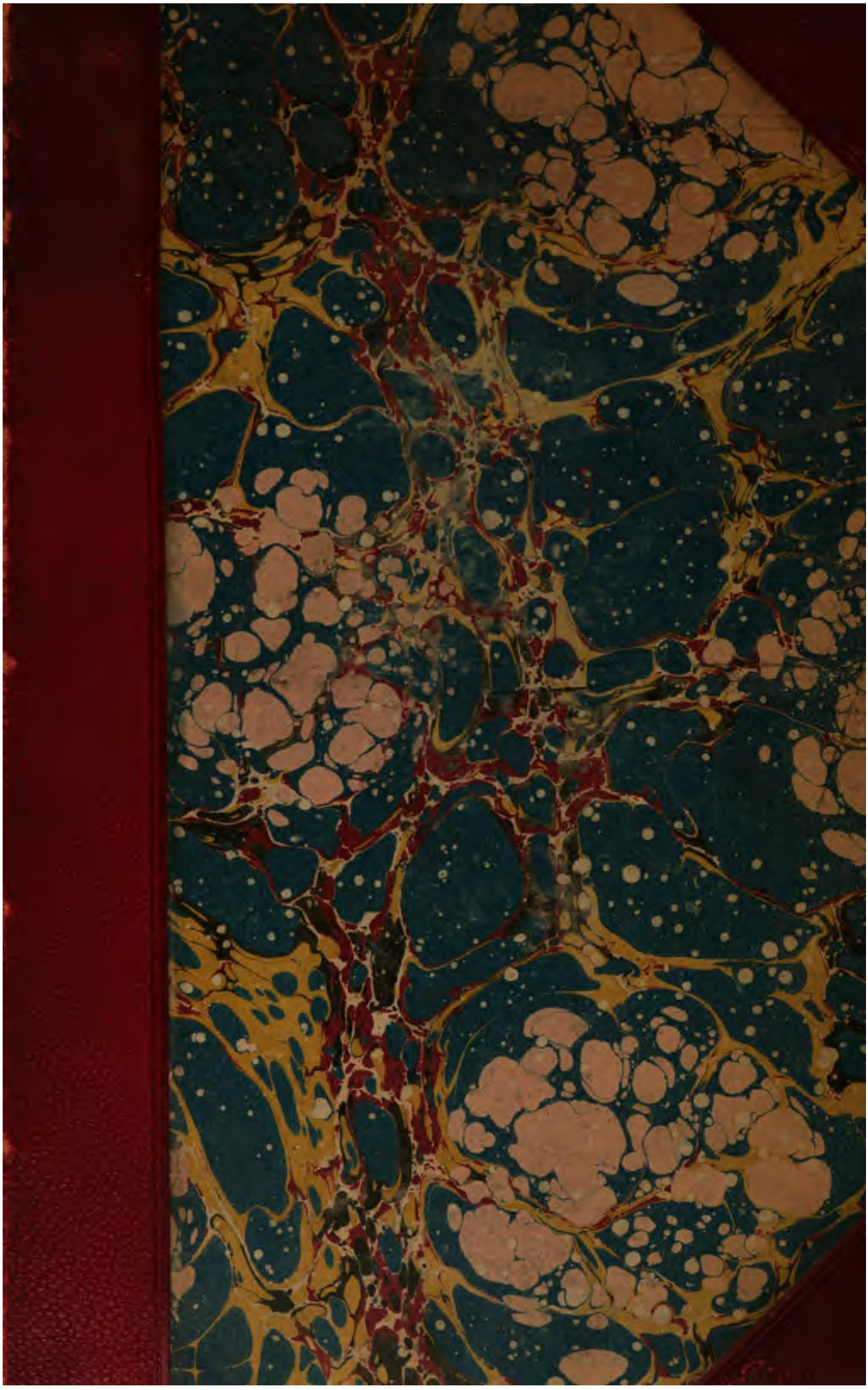
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



SA 5358.76.3

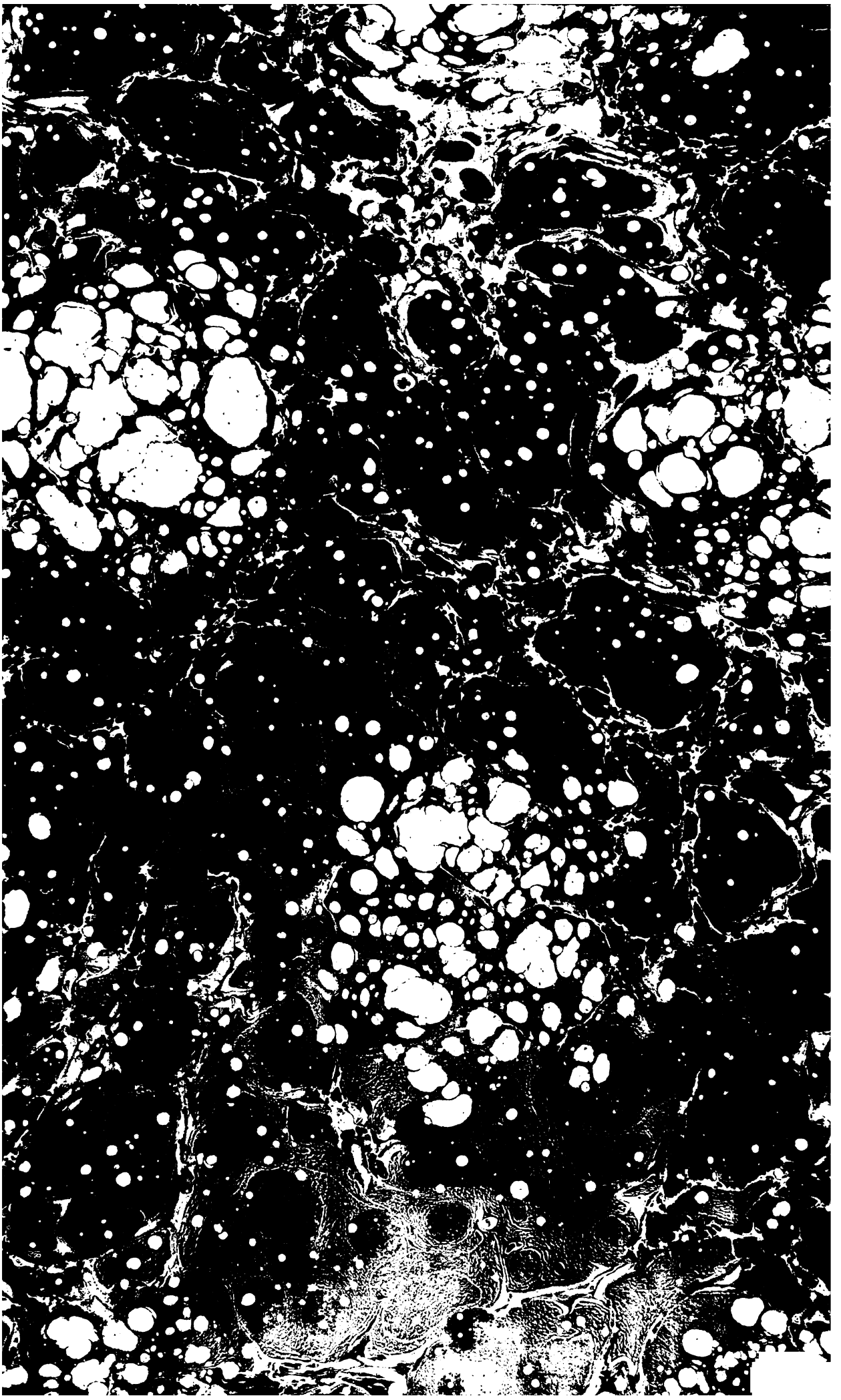
Harvard College Library

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

(Class of 1828).

11 May, 1887.



REPUBLICA ARJENTINA
Oficina de depósito, reparto y canje
Internacional de publicaciones
BUENOS AIRES-JENERAL LAVALLE-58

VIAJE

Á LA

PATAGONIA AUSTRAL

EMPRENDIDO BAJO LOS AUSPICIOS DEL GOBIERNO NACIONAL

1876-1877

POR

FRANCISCO P. MORENO

Director del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires y Gefe de la Comision Esploradora de los Territorios Australes

Doctor ad-honorem de la Universidad Nacional—Miembro de la Academia Nacional de Ciencias de la República Argentina—Miembro Académico de la Facultad de Ciencias Físico-naturales de Buenos Aires—Miembro honorario del Círculo Médico Argentino—Miembro honorario de la Sociedad Italiana de Antropología y Etnología—Miembro corresponsal de la Sociedad de Antropología de Paris—de la Sociedad de Antropología, Etnología, etc., de Berlin—de la Sociedad Real de Ciencias de Liége—y de la Sociedad Mejicana de Historia Natural—Miembro de la Sociedad Geográfica Italiana, etc.

SEGUNDA EDICION

TOMO PRIMERO

C.

BUENOS AIRES

Imprenta de La Nacion, San Martin núm. 208.

1879

~~3361.20~~
SA 5358.76.3

HARVARD COLLEGE
MAY 11 1887
LIBRARY.

Minot fund.
(I.)
No more published.

A S. E. el Señor Presidente de la República,

DOCTOR DON NICOLAS AVELLANEDA,

Al Señor Ex-Ministro de Relaciones Exteriores,

DOCTOR DON BERNARDO DE IRIGOYEN,

A mi padre,

SR. DON FRANCISCO F. MORENO,

Dedico este libro, como una prueba de agradecimiento por la ayuda que prestaron á la realizacion de mi último viaje.

FRANCISCO P. MORENO.

AL LECTOR

La enfermedad adquirida durante el viaje cuyo "diario" es este libro y que me ha aquejado desde mi regreso, me ha impedido publicar mis observaciones; hoy que puedo hacerlo, presento estas páginas como la primera parte del trabajo. La segunda, que debe contener los resultados científicos, así como la descripcion de las colecciones formadas, verá la luz tan luego como sea posible. En un volúmen igual á este, irá la *Descripcion de las Antigüedades del Chubut*, con siete planchas litografiadas y grabados intercalados; *Los Cráneos del Cairn funerario del Chubut*, con grabados intercalados; *Sam Slick* (indio Tehuelche) *y su esqueleto*, con tres planchas litografiadas y grabados intercalados; *Antigüedades recojidas en las márgenes del Rio Santa Cruz y los Lagos*, con cinco planchas litografiadas y grabados intercalados; *la Mómia y las Inscripciones*

de Punta Walichu, Lago Argentino, con cuatro cromolitografias, una litografia y grabados intercalados; *Observaciones Geológicas, Paleontológicas, Zoológicas y Botánicas, verificadas en la cuenca del Rio Santa Cruz*, con varias planchas, algunas coloridas, y grabados intercalados; *Noticias sobre los Tehuelches actuales*, con planchas litografiadas y grabados intercalados. Estos trabajos formarán parte de los materiales para servir á la *Descripcion física de la Patagonia y Tierra del Fuego*, obra en que me ocupo hace algun tiempo.

Este "diario" que contiene mis impresiones de viajero, no tiene pretensiones de ningun género. No espere, pues, el lector encontrar en él descripciones brillantes de los grandiosos panoramas que se desarrollan en las comarcas que he visitado, pues tengo la sinceridad suficiente para decir que semejante tarea es superior á mis fuerzas y que no debo tentarla. La pintura de la naturaleza patagónica, unas veces terriblemente árida, otras lujosa hasta recordar el Trópico, pero imponente siempre, tanto en sus habitantes como en sus áridas mesetas, en sus mantos volcánicos inmensos, en sus elevadas montañas nevadas, en sus volcanes, en sus lagos, en sus rios, en sus torrentes, en sus bosques, necesita para ser fiel, la pluma de Humboldt ó de Darwin. Simple admirador de esas tierras nuestras, poco visitadas, solo aspiro á que con esta narracion mis compatriotas puedan formarse una idea de lo que encierra esa gran porcion de la Pátria,

siempre denigrada por los que se contentan con mirarla mentalmente desde las bibliotecas.

Nuestra cuestion con Chile que nos disputa lo que la Naturaleza y la firma de los Reyes ha hecho nuestro, aumenta el interés que tienen para nosotros los territorios que he recorrido en mi último viage. Discutimos hace tiempo las Tierras Australes sin conocerlas; hablamos de límites en la Cordillera, punto de separacion de las aguas, y aún no sabemos qué direccion sigue ni donde concluye y si puede servir de límite natural ó no, en las regiones inmediatas al Estrecho de Magallanes. En estos últimos años el interés particular ha esparcido noticias llenas de contradicciones, que abogan unas por la fertilidad y las inmensas riquezas que encierran esos pretendidos páramos inhabitables, y otras en que se pintan con los colores más sombríos, como para hacer abandonar toda idea de utilizarlos. Hácese, pues, necesario que sepamos con seguridad, con qué elementos puede contribuir Patagonia á la prosperidad de la República y esto solo se puede conseguir conociendo su geografia y sus productos naturales. Hay que estudiar allí las condiciones geológicas y climatéricas, su geografia, sus producciones, y las ventajas que puede ofrecer para su colonizacion; todo por medio de investigaciones sérias y minuciosas.

Miéntras no se realiza esto, concurro á la obra comun con esta relacion, y como es indudable que la lectura de viajes aumenta el número de viajeros, desearia que ella

contribuyera á que algunos de mis compatriotas visiten las regiones que describo.

No deben arredrarles las fatigas de un viage que proporciona las indescriptibles emociones que suscita el espectáculo de lo desconocido, é impúlsolos á llevarlo á cabo, haciendo votos porque los colores pátrios que dejé solitarios en el punto mas lejano que alcanzára durante mi viage, sean llevados mas adelante por otros argentinos, en provecho de la pátria y de la ciencia.

Buenos Aires, Mayo 31 de 1879.

FRANCISCO P. MORENO.

NOTA—Es un deber para mí, y lo cumplo con entera satisfaccion, consignar aquí la espresion de mi sincera gratitud al Sr. D. Alfredo Paris por la inteligente cooperacion que me ha prestado, trasladando al papel los principales croquis de los puntos recorridos durante mi viaje.

CAPITULO I

PRIMEROS ENSAYOS—RESULTADOS—EL MUSEO

Niño aún, la lectura de las aventuras de Marco Polo, de *Simbad el Marino* y de las relaciones de los Misioneros de la China y del Japon, publicadas en los *Anales de Propaganda Fide*, hecha en alta voz en el refectorio del Colegio, despertó en mí un vivo deseo de correr tierras. Y, mas que todo, los cortos estractos que los diarios de entónces publicaban de los viages y esploraciones de Livingstone, ese verdadero apóstol que tan bien supo conciliar las ideas de Cristo con las de la ciencia y las noticias de las espediciones enviadas en busca de Franklin, perdido entre los hielos del Norte, ejercieron en mi cerebro predispuesto un efecto singular é inesplicable y suscitaron en mi alma un sentimiento de profunda admiracion por esos mártires de la ciencia, y un vivo anhelo de seguir, en esfera mas modesta, el ejemplo de tan atrevidas empresas.

Podria atribuir esta disposicion natural á herencia de sangre, pues mi apellido materno, Thwaites, ha sido llevado por mas de un naturalista viajero.

Dos años mas tarde, nuevas lecturas despertaron en mí, aficion

por la Historia Natural, é influyeron á que me decidiera á formar un "Museo". El camino de Palermo fué puesto á contribucion los dias domingo, procurándome abundante acopio de cornalinas y jaspes, mientras los empedrados de las calles suministraban magníficos ejemplares de otras rocas.

Algunas personas se dignaron aumentar la coleccion con los donativos siguientes, que consideraba adquisiciones importantímas: dos vértebras caudales, fracturadas, de un Clyptodon; tres placas de la coraza del mismo animal, algunos insectos del Paraguay; un arco con seis flechas, arma de los indios del Chaco, y un famoso "Idolo de una pagoda china" figuron bautizado así por nosotros y que era el crédito de nuestra coleccion, y digo nuestra, porque entónces tenia de sócios á mis dos hermanos, quienes me cedieron algun tiempo despues su parte en ella. Ese ídolo era digno rival de un "Oso trabajado en marfil de morsa por los esquilmales", de la misma y en alto grado dudosa autenticidad, y que mi primo y colega E. L. Holmberg guardaba con respeto casi religioso. Este era el objeto de mayor valor de su importante coleccion que entónces cabia, holgada, en una caja de madera que, ántes de servir de salon de museo, habia contenido una gorra de señora.

El Dr. D. German Burmeister, el sábio Director del Museo Público, tambien tuvo la bondad de interesarse por nosotros, haciéndonos algunos regalos de minerales insignificantes, y sin darse por aludido una vez que uno de mis hermanos le pidió inocentemente el magnífico brillante en bruto de la coleccion del Museo. Su bondad llegó hasta el punto de visitar repetidas veces lo que llamaba "mis colecciones", subiendo, inválido como es, los setenta empinados escalones de un mirador.

Llegada la época de la fiebre amarilla en 1871, durante mi permanencia en el campo, principió mi verdadera prosperidad. La laguna de Vitel y el arroyo del mismo nombre me suministraron riquezas paleontológicas, dignas de figurar hasta en los museos mas ricos del mundo.

En 1872, el envío hecho por un amigo, residente en el Cár-

men de Patagones, de algunos objetos considerados de importancia por personas competentes, me decidió á llevar á cabo mi primer viage á la Patagonia.

Mi imaginacion exaltada con la vista de esas adquisiciones, me prometia abundante cosecha en los arenales del Sud. Corto fué el viage, pero provechoso. Los paraderos y cementerios cuya existencia habia revelado Strobel, me suministraron cráneos y objetos de piedra en número suficiente para poder formarme una idea del interés que ofrecia el estudio del indígena patagónico. Los primeros resultados de esa escursion, publicados merced á la buena voluntad del profesor Broca, me dieron á conocer que habia aún mucho que reunir allí para la historia antigua del hombre en América.

Habia descubierto singulares formas craneanas que indicaban elementos étnicos distintos, puros y mezclados, esparcidos en un espacio muy limitado; sílices tan magníficamente trabajados que despiertan admiracion por esos hombres primitivos, incultos y sepultados en la barbárie, pero dotados de un sentimiento artístico bastante adelantado.

Mi vocacion estaba decidida: habia descubierto un tesoro científico y era necesario esplotarlo.

La gran cuestion del hombre fósil cuya existencia, aún no hace muchos años, era considerada como un mito, acababa de ser sometida á discusion por eminentes sábios, y los Congresos y reuniones Arqueológicas y Antropológicas llamaban la atencion del mundo entero.

Esos sábios habian entrevisto, hacia tiempo, para la humanidad, una antigüedad mayor que la que le asignaban las tradiciones bíblicas, y la ciencia escudriñaba impasible, en busca de la verdad, las capas geológicas formadas por los grandes cataclismos de la Creacion.

La cronología vulgar habia sido desechada, y en cambio se concedia al hombre una edad tan considerable que no podia avaluarse por años ni por siglos, y para la cual la época histórica era un segundo en la hora de los tiempos.

Los sílices rudamente tallados y la mandíbula humana, envuelta aún en el rojo sudario del diluvium de Moulin-Quignon, habian demostrado á los asombrados pero rectos geólogos ingleses y franceses, la existencia del primitivo habitante que vivió allí en épocas ya perdidas en la oscuridad de las edades geológicas. Su revelacion por el inmortal, pero modesto Boucher de Perthes, contestada por unos, aceptada por otros, habia recibido la mas brillante comprobacion.

Inmensa conquista del hombre sobre sí mismo! Este, en su orgullo vano, se creia hasta entónces creado á imágen de Dios, y no habia querido estudiarse poniéndose al nivel de tantas obras de la naturaleza.

El reino humano, surjido de las formas perfectas de Adan y Eva, tenia por toda historia en su orígen, el poema del Paraiso y habia sido separado del reino animal. El sér humano, *igual en forma al Sér Supremo*, no podia estudiarse como un vil insecto, pues atentatorio era para las máximas religiosas, profundizar esa individualidad divina.

Pero la ciencia no podia dejar de abrirse camino y no tardó en establecer la comunidad de la familia humana, comprendiendo aún las especies mas degradadas é inferiores que pueblan las maravillosas islas de Oceanía, Australia y parte de América, razas que la rutina ultramontana consideraba, no hace mucho tiempo, como no pertenecientes al género humano.

Ese gran paso adelante en la historia de la humanidad, que la llena de orgullo lejítimo, ha venido á plantear una verdad indiscutible que muestra que su admirable civilizacion es su obra propia y la consecuencia lójica de la evolucion física y moral que la ha conducido, desde la época en que con piedras y ramas, disputaba el hombre, con aliento de gigante, su alimento y vestiduras á los mónstruos de las épocas perdidas, hasta el momento en que casi llega á dominarlo todo.

Las huellas de esa marcha progresiva á la perfeccion, efectuada por medio y á impulsos de la lucha por la existencia, estaban

marcadas en las mas apartadas y misteriosas soledades, por obras portentosas hijas del espíritu humano.

Los gobiernos y corporaciones científicas que, de un siglo á esta parte, se habian apresurado á reunirlas en grandiosos templos, dieron entónces nueva actividad á las investigaciones en su busca.

El éco de ellas llegó á Buenos Aires, reforzado para mí por los consejos alentadores del Profesor Pablo Broca, uno de los sábios mas modestos y eminentes de la Francia, que habia consagrado su poderoso talento al engrandecimiento y á la divulgacion de la nueva ciencia, la ANTROPOLOGIA, que puede definirse como *Historia de la formacion y evolucion del hombre.*

Desde entónces, mi mayor anhelo fué contribuir con mi humilde concurso á esos adelantos. Fruto de mis tareas ha sido la coleccion que he formado y que he tenido la honra de donar á mi pátria para fundar "El Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires", del que soy Director y á cuyo desarrollo destinaré todos los años de mi vida.

Ese establecimiento contendrá algun dia la historia de los primeros pobladores de nuestro suelo, consignadas en sus obras, asistidas por sus mortales despojos.

Allí sus descendientes podrán estudiar sus progresos.

CAPITULO II

SEGUNDO Y TERCER VIAGE A LA PATAGONIA—EL LIMAY—LAS MANZANAS—NAHUEL-HUAPI

Los viageros, en este continente, prefieren á los áridos desiertos australes, la brillante naturaleza de los trópicos, pródiga en bosques y magníficas selvas de lujuriosa vejetacion, que esconden millares de especies animales. Allí, ruinas gigantescas, vestigios de generaciones pasadas, permanecen aun cubiertas por el misterio, vijiladas por el indígena, cuyo carácter salvage hácele mirar con indiferencia esos testigos de la perdida grandeza de sus antecesores.

Para mí, sin embargo, el suelo austral, árido y triste, tenia grandes atractivos despues de mi primer visita.

No bastaba estudiar las generaciones estinguidas que el tiempo habia sepultado en el litoral marítimo patagónico. Era necesario compararlas con las tribus que las sucedieron en la posesion del territorio, y al efecto debia visitarlos en persona. Vivir con los indígenas en sus mismos reales y recojer allí los datos buscados, vale mucho mas que leer todas las relaciones de cronistas, que generalmente no son abundantes de verdad.

Otro motivo que me impulsaba á viajar en el interior de la

Patagonia, era la escaséz de conocimientos que tenemos sobre su geología y geografía.

Quizás donde las cartas geográficas presentan grandes claros, existan nuevos rios, lagos y montañas que las completarian y modificarian al mismo tiempo, y la abstraccion de lo desconocido me arrastraba á buscarlos.

Mi carácter confiado no me auguraba grandes penurias y, llegado el caso, contaba con la tenacidad suficiente para sobrellevarlas.

Por ese tiempo, á mediados de 1874, el Gobierno Nacional resolvió enviar á Santa Cruz el bergantin goleta *Rosales* comandado por D. Martin Guerrico y con consentimiento oficial me embarqué en él en compañia del Dr. D. Cárlos Berg.

Salimos en Agosto y regresamos á fines de Diciembre. En los cuatro meses que duró la escursion, visitamos dos veces el Cármen y una la Bahía Santa Cruz, donde nos detuvimos ménos tiempo del que pensábamos, pues nuestras intenciones eran ascender el rio hasta sus nacientes. Motivos que no es este el lugar de enunciar, nos impidieron llevar á cabo nuestro programa en esa parte. Las dos visitas al Rio Negro me dieron por cosecha ochenta cráneos de indígenas antiguos, mas de quinientas puntas de flechas, trabajadas en piedra, muchos otros objetos y algunos cráneos y utensilios de los actuales.

Los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en ese año influyeron para que ese viage no fuera mas prolongado y provechoso; sin embargo, habia conseguido entenderme con algunos indios sometidos á la autoridad nacional y habia entrevisto la posibilidad de efectuar un viage á través de la Patagonia. Allí encontraria lo que buscaba.

De vuelta á Buenos Aires, mi nuevo programa era seguir el ejemplo de Villarino, Cox y Musters y visitar los celebrados manzanares y pinares de la falda de los Andes.

Este programa fué aceptado por la Sociedad Científica Argentina y el gobierno de la Provincia, que costearon la mayor parte de los gastos de viage. La relacion detallada de esa escursion seguirá á esta, pues debiendo tratar en ella cuestiones antro-

pológicas difíciles, aun no tengo reunidos todos los materiales necesarios.

En los *Anales* de la mencionada Sociedad publiqué un corto resúmen, del cual presento aquí un estracto.

Si ese viaje no realizó todas mis esperanzas, no fué por falta de voluntad: encontré las tribus andinas hostiles y tuve que retroceder desde la Cordillera.

Verificada la escursion á la Patagonia Setentrional por tierra desde Buenos Aires, iniciéme en el arte de viajar en las pampas, acostumbrándome á las fatigas inherentes, y de allí resolví la esploracion del Rio Santa Cruz que trato en los capítulos siguientes de describir en estenso.

En el Limay habia vivido con los belicosos araucanos y en el Santa Cruz compartiria el *kau* (toldo) con los hospitalarios y dóciles patagones.

Doy en seguida una corta reseña de aquel viaje á las Manzanas.

De Bahía Blanca á Patagones pocos atractivos ofrece el trayecto al viajero que, sobresaltado por la vecindad de los indios *malones* que entre los médanos esperan la presa cristiana, poco encuentra que llame mas su atencion. El Rio Colorado que hay que cruzar y á cuyas orillas se vé un pequeño puesto militar, es de triste aspecto para el que llega de las pampas porteñas. Algunos sauces de verde follage sombrean su curso y contrastan con los descoloridos montes de chañares de la meseta. Comparten su sombra los pocos avestruces y guanacos que aún no han estinguido las boleadoras del indio.

Cuando mi viaje, los alrededores del *Fortin Mercedes*, iban á convertirse en campos de fiesta. Tres caciques Picunches, con sus indiadas, habian llegado desde las faldas del *Yaimas* en busca de la vida civilizada. La ceremonia de su recibimiento amistoso por los cristianos tuvo lugar despues y tomé parte en ella, contento de asistir á un espectáculo que ya no me tomaria de sorpresa en la Cordillera.

En el camino del Colorado al Cármen es donde mas se notan

las depredaciones de los salvajes; cañadones sombríos, rodeados de arbustos oscuros, son los sitios que ellos prefieren para sus crímenes. Una cruz sencilla, pero elocuente, señala allí, de vez en cuando, la tumba de una víctima.

Los preparativos para el viage al interior me detuvieron algun tiempo, que fué empleado con provecho.

Lista mi gente, es decir, el intérprete que debia servirme de vaqueano y algunos indios, continué viage.

Un mes despues llegaba á las tolderías de Shaihueque, siguiendo el Limay hasta el punto á donde llegó Villarino, unas veces por sus orillas y otras por ásperas mesetas.

Penetrando al valle del *Collon-Curá* (máscara de piedra) por entre capas basálticas y atrevidos picos porfíricos que semejaban catedrales góticas, descansamos en *Caleufú* (otro rio).

Bien recibido, viví allí aprovechando de la noble hospitalidad del dueño del suelo.

En los centros civilizados, generalmente no se conocen (ó no se quieren admitir) los instintos generosos del indio. Yo, que he vivido con ellos, sé que el viagero no necesita armas miéntras habite el humilde toldo. No será atacado, á no ser en las borracheras, y si llega el caso raro de ser ofendido, lo será siempre despues de haber sido juzgado.

Si lleva intenciones sanas, nada sufrirá; testigo yo, que he sido juzgado varias veces por delaciones en que se me hacia aparecer como hostil á mis huéspedes, y que obtuve siempre la razon, en contra de los mismos indios.

Antes de preguntársele quién es y lo que desea, será alimentado y no se le interrogará hasta que su apetito se haya saciado.

El indio puro no es el malvado que asola las fronteras, muchas veces impulsado por terceros que se llaman *cristianos*. Su mayor deseo es aprender todo lo que, compatible con su carácter, pueda enseñarle el europeo, y si con su familia llega á conseguir algunas comodidades, no vuelve jamás á su vida nómade.

No se crea, sin embargo, que en los toldos de Shaihueque se pasa una vida agradable.

Los alimentos que generosamente brinda al huéped, no son aceptables para un estómago de blanco, aún cuando este, en la travesía, los haya probado. Los hígados, pulmones y riñones crudos de yegua y de otros animales, que los indios saborean mojándolos en la sangre aun caliente, como los mondongos en el mismo estado, son bastante desagradables para un paladar europeo.

No obstante, hay que admitirlos, porque ellos dan lo que pueden y no conocen manjar mejor.

Muchas veces he sellado amistad con un cacique, engullendo con valor estóico, una gran cantidad de engrudo crudo, preparado á mi vista por una india, en un plato de madera que contenia restos de sangre fresca, manjar esquisito para ella á estar á las señales indudables que sus dedos presentaban de habérselos *chupado*.

El *Mapuche* (gente de los campos) es gran aficionado á los licores, y esta es la causa principal de su rápida estincion.

Cuando consigue el aguardiente que los indios *Aucaches* (ó valdivianos), repulsivos comerciantes, traen á vender á los toldos, ó el tiempo de la zarzaparrilla, el *michi* (Duvaua) y las manzanas ha llegado, las orgías son terribles; no se pueden describir.

Con el pretesto de propiciarse los favores del Buen Espíritu hacen reuniones en las que, despues de dar de comer y beber á las piedras sagradas y á las víctimas, ya sacrificadas,—potros, yeguas, toros y ovejas,—y regado las lanzas, se entregan á borracheras desenfrenadas y beben dias y semanas enteras.

He presenciado algunas de ocho dias de duracion.

En estas circunstancias es cuando el viagero peligra.

Entónces, los toldos se convierten en verdaderos campos de Agramante; si no se ha quitado á los indios las armas, la sangre humana corre y su vista incita á aumentar las carnicerías. Así empiezan generalmente las matanzas de brujas, infelices ancianas que el indio, en momentos de ceguedad, cree causantes de sus desgracias y enfermedades.

Lástima es que sean frecuentes tales escenas, en esa tierra de promision.

Shaihueque vive en el ángulo que forma el *Caleufú* y el

Yala-leú-curú (hacen ruido las piedras) que desaguan casi juntos en el *Collon-Curá*, en un precioso valle que se estiende al pié de la pintoresca Sierra de *Tchilchiuma*, cuyo nombre significa, *agua que gotea*, en el espresivo lenguaje de los Araucanos. En ella nace el *Caleufú*, de un pequeño lago.

Las tolderías consistian en diez grandes toldos que son habitados por los parientes y allegados del gefe principal.

La sociabilidad de aquellas comarcas tiene rasgos originales.

Las mujeres, las hacendosas araucanas, trabajan desde el amanecer en la preparacion de los alimentos, en el arreglo de su *casa* y en el cuidado de sus pequeños hijos, que tratan con el mismo cariño maternal que la mas amante de nuestras matronas. El instinto de madre es el mismo en todas las esferas sociales y en todas las razas, desde la humilde fueguina hasta la mas civilizada europea.

En los momentos que le dejan libres esas ocupaciones, teje con aparatos sencillos, los magníficos ponchos que conocemos.

El hombre, por el contrario, es haragan como todos los salvajes: acostado boca abajo ó recostado sobre un quillango, pasa el tiempo conversando de sus combates, de sus mujeres, de sus cacerías y de sus caballos. Solo cuando la comida falta y el hambre le apura, sale de su apatía en busca de guanacos ó avestruces ó de algun potro, que mata á bolazos y que las mujeres descuartizan.

Su actividad se despliega en la época de las grandes boleadas, en la primavera y principios de verano: los jóvenes van entónces á largas distancias á cazar guanacos pequeños, (con cuyas pieles las chinas forman luego quillangos) y á sacar la pluma de los avestruces ántes de empezar la muda.

La noticia de una carrera ó de un beberaje anima al indio, que rara vez deja de asistir á esas fiestas.

El gran parlamento (*Aucan-trahun*) donde debia espresar al "Consejo de los Viejos" el motivo de mi visita á sus campos, tuvo lugar en el despoblado de *Quem-quem-treu* á orillas del *Collon-curá*. En esa ceremonia tomaron parte cerca de 500 indios,

que bien dirijidos por sus capitanes, hicieron todas las evoluciones de estilo, peligrosos ejercicios que asombran y dejan ver al estrangero la indiferencia salvaje que tienen por su vida. Es un vértigo bélico que se apodera de ellos.

Duró diez horas, en las cuales estuvimos sin bajarnos del caballo y acosados por la sed, respondiendo á las preguntas astutas de los capitanes. Negado el permiso que yo solicitaba de pasar á Chile, me dirijí, invitado por el Cacique *Ñancú-cheuque*, á visitar sus toldos situados en un valle distante. En el trayecto desapareció mi bolsa de viage con mi diario, quizás estraidos por algun desconfiado Cacique de los que forman el Parlamento, en un momento en que descansábamos en un bosque, haciendo nuestro frugal almuerzo de frutillas y manzanas verdes.

Los toldos de Ñancu-cheuque estaban situados en el paraje mas bello que conozco, en el fondo de un valle, al que se desciende por la escarpada ladera de una sierra, desde cuya cumbre habia admirado los cercanos picos de los Andes, rojos y dorados por el Sol y el reflejo del cielo de la tarde, y despues plateados por la luna llena.

Hambrientos llegamos á ellos, ya avanzada la noche. Cientos de perros salieron á recibirnos en el camino que alumbraban los fogones de los guerreros Pehuenches, y despues de haber escuchado en silencio el canto monótono y triste con que las indias espresan su sentimiento por las penurias sufridas por el caminante, penetramos en el gran toldo, donde agasajado en estremo y regalado con frutillas, servidas en pequeñas fuentes de plata, pasamos una de las noches mas agradables de ese viage.

La mujer del Cacique, hermana de mi vaqueano, arregló un inmenso lecho de cueros pintados, de tejidos y almohadones para el que deseaba ser amigo de los indios. Lástima fué que en él abundaban asquerosos é incómodos insectos; pero las fatigas del dia habian sido tantas, que todo pasó desapercibido, hasta un indio viejo borracho, que amaneció recostado sobre mí, despues de haber alborotado toda la noche.

Frente á esos toldos, en Pungechaf, existe un promontorio basáltico con columnas gigantescas que desvian el curso del *Chimehuin*, torrente impetuoso entre cuyas negras rocas tendia mi recado en las noches terribles de borrachera que tuvieron lugar en esos dias.

Festejaban los Pehuenches, con un *huecu-ruca*, baile de tres dias, al rededor de una damajuana durante el dia, y de la hoguera durante la noche, la primera menstruacion de una jóven, demostrando así la importancia que parecen reconocer en esa manifestacion de la naturaleza.

Cúpome en el baile el rol de músico, encargado del *ralí* ó plato de madera cubierto con un pergamino pintado, que se golpea acompasadamente con dos palillos y á cuyo són saltan y hacen contorsiones los cinco bailarines, comunicando frenético entusiasmo á los concurrentes que se animan con el olor de los *manjares*, preparados por las chinas.

Mientras tenia lugar la orgía, que sigue regularmente á las fiestas (en ellas no se emborrachan), recorrí durante varios dias las rojas praderas de frutillas, los bosques de Pehuen (*Araucaria imbricata*), de manzanos, y de la preciosa *Fitz-Roya Patagónica*, que forman todos una verde guirnalda al rededor del magestuoso volcan *Quetro-pillan* (cerro truncado), gigantesca válvula por donde ántes escapaban los vapores interiores, y hoy dia cubierta de eterno hielo.

De regreso á Caleufú, encontré á Shaihueque ébrio, que festejaba la visita de *Quinchauala* (el Cacique del engrudo). Mi compadre habia desconfiado de mí durante mi ausencia, por noticias traidas por los indios *aucaches*. Hubo de oponerse á mi viage á Nahuel-Huapí, aconsejado por *Quinchauala*, quien se puso mas tarde de mi lado, despues de su famoso convite.

Sin embargo, tuve que dejar en su poder mi cartera, los retratos de mi familia y las cartas que llevaba para Chile. Demostré á los indios que los Argentinos y ellos éramos hermanos; que habíamos nacido en la misma tierra.

Tuve mas suerte que Musters, que fué obligado á regresar á Chile, despues de haber, en su segundo viage efectuado en el

momento de embriaguez de los indios, estado á punto de perecer en esos toldos, en los cuales vivió una semana.

Mis palabras calmaron la desconfianza y pude emprender mi escursion al lago, amenazado siempre con los *utralalves*, ó mónstruos que se ocultan en las sierras, con los *anchimalleguen* ó *walichus* enanos que viven en las cuevas y con el *Tralcan* ó trueno del Tronador. Shaihueque me hizo decir que si llevaba en mi corazon otra cosa que lo que yo le habia dicho, ó si yo tenia mas de uno de estos órganos, como habia oido decir de muchos cristianos pícaros, el Tralcan enviaria sus rayos y las lluvias para darme muerte, y que los pigmeos me arrojarian flechas y piedras para herirme.

El tiempo, entónces tormentoso, contribuia á la solemnidad de la amenaza.

Pasamos fértiles colinas y divisamos al rio Limay, que como serpiente de planta, corre por entre sierras cubiertas de cipreses hasta una gran altura, tanto que muchas veces sus copas se esconden entre las nubes.

A la tarde llegamos al "paso" que describe Musters.

Poco mas al Sur, el rio tiene numerosos saltos: allí fracasó la espedicion de Cox. Hice noche en este punto y asamos un pedazo de cordero (las provisiones eran escasas) que llevaba atado á los tientos del recado y que mi hambre, despertada por las brisas frescas, habia despojado de su gordura en el camino.

La lava que cubre las montañas, les ha dado, en este punto, un sello particular: grandes fragmentos aparecen suspendidos como estalactitas; otros se elevan, como dedos de gigantes, amenazando las nubes.

Dos dias despues llegamos á Nahuel-Huapí, llamado así en las relaciones de los jesuitas, que tenian en sus inmediaciones, una mision, en el siglo pasado. Los indios lo dominan *Tequelmalal* (nombre de un paradero vecino), y *Strectialafquen.*

Apurado por el hambre volví á los toldos de Caleufú, y despues de presenciar el gran *Camaricun*, rogativa á Dios (fiesta anual), motivada segun los indios por mi próximo viage, pero segun creo

por la llegada de bebida (la borrachera duró seis dias) me puse en marcha para Buenos Aires.

Fué entónces cuando se atentó seriamente contra mí, atentado disculpable, llevado á cabo por *Praillan* y *Llofquen*, capitanejos, hijos del Cacique Huilliqueupu (pedernal del Sur) que habia muerto en Buenos Aires, donde habia venido á hacer tratados, y que los indios creian *enwalichado* por el Gobierno.

Habia recorrido el Rio Negro y el Limay desde su desembocadura en el Atlántico hasta su nacimiento en Nahuel-Huapí. Ese inmenso lago que descarga en dicho rio el sobrante de las limpias aguas, de pintoresca y grandiosa perspectiva, presenta entre las montañas uno de los mas bellos paisajes de esas rejiones. Rodéanlo por un lado bosques de manzanos que se destacan del fondo del valle. Una faja angosta de tupida vejetacion [1], cuyas raices revuelven en busca de alimento cientos de javalíes, y que sirve de abrigo á los confiados *Huemules (Cervus chilensis)* crece al borde de las agitadas olas que revientan entre las rocas erráticas, y de trecho en trecho un Ciprés (*Libocedrus chilensis*) levanta la elevada copa, como un centinela solitario que desafía las tempestades andinas.

En los plácidos dias de verano, el viagero escucha, como la voz de la naturaleza, entre el murmullo de las aguas y de los árboles, el canto de millares de loros (*Conurus patagonus*) y de otros pájaros que el invierno ahuyenta.

Los admirables panoramas que desde ese punto se divisan son ocultados, de tiempo en tiempo, por negros chubascos que se forman en las respectivas gargantas de la Cordillera.

Los dias que allí pasé, no se borrarán jamás de mi memoria, y su recuerdo siempre me será grato: cuando estropeado por las piedras y las espinas y cansado de buscar elementos de estudio en las orillas del lago, sentia la necesidad del reposo, tendíame

(1)—Compuesta principalmente de Berberis spc—Ephedra Ondina—Fagus antartica y Fagus Dombeyi—Duvaua spc.—Retamilla spc.—Maytenus magellanica—Pernettya spc.—Aristotelia maqui—Lomatia obliqua—y la Gunnera scabra.

envuelto en el quillango, sobre mi lecho formado de piedras, cuidadosamente arregladas, cubiertas de cascajos mas pequeños, que con un poco de buena voluntad, podria figurar como mullido. Allí, sólo, admiraba ese panorama y no podia dejar de presentarse á mi espíritu la idea de la pequeñez con que aparece el hombre ante esas gigantescas obras de la Creacion, y al mismo tiempo de la imponderable magnitud de los esfuerzos hechos para llegar á investigar la Naturaleza y sorprender sus secretos. Horas enteras pasaba gozando de esa quietud que me permitia pensar desde tan remotos parajes en la pátria y en el hogar, agradables recuerdos que evocaba á la vista de los alegres *Jilgueros* (1) *Ratonas* (2) y *Chingolos* (3) esos pajaritos vivarachos que animan tanto nuestros jardines. Entónces recobraba la tranquilidad de espíritu, que dificilmente se podia conservar en las saturnales que diariamente presenciaba en las tolderías.

Algun dia volveré á visitar esos parajes, veré mis plantaciones de eucaliptus que quizás habrán respetado los inviernos; mis inscripciones en las rocas sombreadas por los cipreses que crecen sobre la lava de los antiguos volcanes en que están grabadas, y podré admirar una vez mas los ventisqueros y el cono del Tronador, donde todos los espíritus malignos celebran sus fiestas infernales, y que tachonado de azul y blanco hasta la base, todo lo domina con su aspecto imponente.

El tiempo llegará en que esos parajes vírgenes de civilizacion se conviertan en populosos centros, donde el hombre aproveche las múltiples y poderosas fuerzas que allí ostenta la naturaleza y que hoy entorpecen la marcha del viajero.

Esos mismos rápidos del Limay contra los que se estrelló la frágil canoa de Cox, pero no el pensamiento benéfico que le guiaba, desaparecerá un dia, cuando las naves surquen las aguas azuladas de Nahuel-Huapí y lleven las producciones de sus ter-

(1)—Chrysomitris magallanica.
(2)—Parecido al Troglodytes furvus, pero algo oscuro el pecho.
(3)—Zonotrichia canipilla?

ritorios, convertidos entónces en la provincia mas rica de la República, por el rio Limay, que serpentea entre praderas, bulle entre las rocas de los rápidos, recibe las aguas de dos poderosos afluentes (el *Collon-Curá* y el *Neuquen* ó *Comoe*) y cruzando veloz, por entre islas de lujuriosa vejetacion, llega á vaciarse en el Atlántico.

CAPITULO III

VIAGE A LA PATAGONIA AUSTRAL

PREPARATIVOS—PARTIDA—LLEGADA AL CHUBUT

El pensamiento de efectuar el reconocimiento del rio Santa Cruz, fué aprobado por el señor Presidente de la República, quien, por medio del Ministerio de Relaciones Esteriores, puso á mi disposicion la mayor parte de los elementos necesarios.

Desgraciadamente, la falta de práctica que aun tenemos para esta clase de viages, raros entre nosotros, impidió que obtuviera todo lo que juzgaba necesario para llevarlo á cabo con buen resultado.

La goleta "Santa Cruz" estaba pronta á zarpar para el punto de su nombre, y en ella me embarqué el 20 de Octubre de 1876. A bordo me esperaban los dos marineros que habia solicitado del Gobierno y un grumete (Abelardo Tiola) que el señor Capitan del Puerto habia destinado para mi servicio personal durante el tiempo que empleara en la esploracion.

Las provisiones y el bote que debian servir para la navegacion del rio, habian sido ya embarcados, pero las primeras, quizás por error, eran sumamente reducidas y desproporcionadas para el número de personas que habian de acompañarme, y el segundo demasiado grande y pesado. Además, uno de los dos marineros se hallaba enfermo.

En esas condiciones, el viage, desde su principio, presentaba graves dificultades; pero no era ya tiempo de pensar en allanarlas. El buque habia demorado mas de lo necesario en el puerto, y le urgia á su capitan hacerse á la mar.

A las doce de ese dia levó anclas la "Santa Cruz".

Pocas veces el Plata estuvo mas sereno; la calma era casi completa, y esta, que hace la delicia de los pasageros de un vapor, desespera y fastidia en un buque de vela, sobre todo á la salida de puerto. El viento escaso apénas movia las velas y recien á la noche fondeamos frente á Quilmes.

El buque, de solo cien toneladas, ofrecia pocas comodidades, pero en cambio llevaba dos buenos compañeros de viage, el señor D. Juan Richmond y el Capitan D. Luis Piedrabuena, quien, á cada momento, me suministraba curiosos datos sobre las tierras australes, que él habia adquirido en su vida azarosa de marino.

Algun dia se escribirá la biografía de este bravo y modesto compatriota. Su nombre se halla estampado en las relaciones de viage que de 20 años á esta parte se han publicado, tratando de las costas patagónicas; sus auxilios á los náufragos le han merecido honrosas distinciones de los gobiernos europeos, y ha prestado mas servicios á la humanidad, en esas regiones, que muchos de los buques de guerra europeos que cruzan tan temtestuosos parajes.

El "Espora" y el "Luisito", este último de *dies* toneladas, mandados por el capitan argentino, han llevado los colores patrios hasta las regiones polares, y han sido saludados por cientos de náufragos que veian en ellos su salvacion.

Muchas veces ha perdido Piedrabuena el producto de una abundante pesca por socorrer á sus semejantes. Mas de una vez

se ha llamado en el nombre de la Reina Victoria y del Emperador Guillermo, á la humilde choza de la isla de los Estados, en busca de socorro para desgraciados, perdidos en las rocas de la Tierra del Fuego, y la tripulacion de la lancha de nuestro compatriota ha recojido, á costa de grandes penalidades, la de hermosas fragatas inglesas y alemanas.

La sencillez con que nuestro heróico Capitan nos contaba esas trajedias del mar austral, que parecen leyendas, y esas hazañas, mas meritorias que las guerreras, llevadas á cabo con gauchos é indios, sin otro interés que el de cumplir con su deber de cristiano y de marino, les comunicaba mayor animacion.

Malos vientos y otros contratiempos nos detuvieron á la salida del Rio de la Plata, y recien el dia 6 de Noviembre pasamos Punta Médanos.

Marchábamos con lentitud, y el buque, poco caminador por su pesada construccion, era escoltado de cuando en cuando por multitud de juguetonas *Pontoporias* y lobos marinos.

En la tarde divisamos, entre la monótona línea que forman los médanos, el pueblo de la Loberia, y luego el elevado Cabo Corrientes.

La marejada era allí grande y una línea blanca de espuma nos señaló las rocas, que desde Punta Mogotes se adelantan por cinco millas en el mar y que son reveladas al marino que se acerca demasiado durante la noche, por el ruido de las olas al estrellarse contra ellas.

En esa noche, grandioso espectáculo ofrecióse á nuestras miradas. La brisa suave y favorable del Norte nos empujaba á rumbo. El cielo despejado de nubes, revelaba su inmenso tesoro, como reflejo de las riquezas soñadas de los cuentos árabes, en la via láctea y en las bellas nebulosas que llevan el nombre del inmortal Magallanes. El Océano agitado por vientos anteriores, que ya habian calmado, hacia tambien ostentacion de sus riquezas, que rivalizaban con la belleza del cielo, ante la vista extasiada de los que contemplábamos esas maravillas. Las olas parecian inflamadas y los grandes cetáceos que cruzaban rápidos las aguas

del buque ó seguian su estela luminosa, bañados en fósforo líquido, se nos presentaban á la imaginacion como fantásticos mónstruos con melenas de fuego, entre los cuales se deslizaba la goleta, levantando con la proa verdadera lluvia de diamantes.

La palabra es impotente para describir ese espléndido fenómeno, que siempre dará abundante alimento á la fantasía insaciable de los poetas, y cuyas causas aún no hace muchos años eran esplicadas de maneras estravagantes.

Ese y otros fenómenos del mar y algunas de las leyes que los rijen, van siéndonos revelados; y la pregunta de ¿quién penetrará los misterios del Océano? va encontrando contestacion. Este ya guarda pocos secretos; la ciencia revela sus misterios, y la sonda, que nos comunica con lo desconocido, nos muestra un mundo animado, nuevo y hasta ahora poco, invisible.

El dia 7 á las 12, la observacion astronómica mostró que nos encontrábamos en latitud 38° 17. Muchas palomas del Cabo y otros pájaros volaban en torno del buque, y mi asistente Tiola encontraba distraccion en cazarlos con un alfiler torcido en forma de anzuelo. El buque roló durante esa noche como nunca, segun nos dijo el Capitan; el movimiento y el ruido del agua al quebrarse en los costados, me mantuvo desvelado.

La responsabilidad de llevar á cabo una empresa quizás superior á mis fuerzas, con pocos elementos, y que, segun las personas prácticas de abordo, estaban léjos de ser suficientes, contribuia tambien á ello. Los dos marineros estaban enfermos; el correntino Francisco Gomez nunca habia navegado en el mar, y Pedro Gomez, negro nacido bajo los trópicos, perezoso por naturaleza, muy pocas esperanzas daba de prestar los servicios que de él esperaba. El viento Sur, que, segun su propia espresion, mata la gente, le hacia temblar. Las guardias de noche en el timon le eran temibles y no se conformaba con ir á morir, tal era su creencia, sin volver á la antigua vida de holgazan y emborracharse en las tabernas del Bajo.

Sus quejas nocturnas daban lástima y risa al mismo tiempo;

la muerte le esperaba en las soledades de la pampa, y yo tendria la culpa.

Francisco, impotente contra el mareo que le tenia postrado, prometia cumplir en tierra con su deber, y este hombre paciente y trabajador como todos sus paisanos, fué mas tarde uno de los que mas contribuyeron á que la espedicion tuviera feliz resultado.

Esos dos hombres debian tripular el bote de ocho remos (yo habia solicitado de cuatro), que serviria para efectuar la esploracion del Santa Cruz, cuyo porvenir dependia de la manera como ellos se condujeran.

Los trabajos que esperimentó Fitz-Roy cuando en 1834 tentó igual cosa, me eran bien conocidos. En botes en estremo livianos, tripulados por 25 hombres elejidos, no habia alcanzado buen éxito, y yo no lo esperaba mejor.

A bordo, embarcado en calidad de contramaestre, iba Francisco B. Estrella, práctico del Rio de la Plata, que habia deseado viajar con Piedrabuena cuyo arrojo en el mar lo ha hecho popular entre nuestros marinos. Deseaba visitar tierras nuevas y mi espedicion le proporcionaba buena ocasion. En las horas de cuarto, conversábamos sobre los parajes que debia visitar en el trayecto y de las dificultades con que ya tropezaba, y poco me costó para que prometiera acompañarme.

Así se aumentó mi tripulacion con un hombre enérgico, acostumbrado á la mar y á la pampa, que habia recorrido como soldado.

El viage continuaba bien; el viento en alternativas, nos permitia marchar á rumbo; el escandallo dió una profundidad de 45 á 90 brazas, y con ese sencillo aparato obtuve algunos moluscos que se mencionarán mas adelante.

Los pequeños pengüines ya abundan en esos parajes y se reunen en gran número; pudimos fácilmente observar sus curiosos movimientos, pero sin sernos posible cazar ninguno.

A la altura de la Península de Valdéz, la mar estaba muy agitada por las corrientes que nos impelian hacia el Norte.

Sondamos en 45 brazas, y con una pequeña draga ó mejor

dicho, una bolsa de alambre tejido, empleada como arrastradera, recojimos moluscos de los géneros *Mytilus Venus, Trochus, Purpura,* y *Ursinus,* algunas *Serpulas* y una *Asteroide.*

Las corrientes encontradas, que las mareas y los vientos ocasionan en el golfo San Matias y las inmediaciones de la península de Valdéz, son temidas con razon por los marinos que frecuentan esas costas. Desde léjos se divisan líneas blancas formadas por el choque de las olas del mar, siempre inquietas, y el ruido del remolino que hierve, hace estremecer á los que no están habituados á ese espectáculo. Inútil es arrojar la sonda, pues la fuerza de rotacion impide tomar fondo, y el buque, que parece querer sumerjirse bajo las olas que lo amenazan de todos lados, es arrastrado por una fuerza irresistible. Los mástiles crujen por los choques violentos y las vergas tocan casi las olas encrespadas, en los fuertes balances. Solo una brisa á tiempo salva á las embarcaciones de una pérdida inevitable, y el marino tiene confianza en el soplo amigo, pero el pasagero ignorante que vé inundada la cubierta, se cree perdido.

El paraje en que nos encontrábamos era la Punta Norte, donde esos terribles remolinos son mas peligrosos. Piedrabuena, en épocas anteriores habia perdido el palo mayor de su buque que fué arrastrado por uno de ellos, y en ese mismo punto, cerca de Valdéz Creek que teníamos á la vista, en una noche de tempestad que hacia mas veloces esas corrientes; se perdia, en 1874, la barca americana "Mary A. Packer", hermoso buque de 700 toneladas, parte de cuya tripulacion recojimos el 11 de Noviembre de ese año abordo del "Rosales", cuando mi primer viaje á Santa Cruz.

Triste fué la impresion que nos causó la vista de esos náufragos en el mar. Era una mañana oscura y una espesa niebla ocultaba el horizonte. El vijía atento, anunció "un bote á la vela" á poca distancia, que con gran trabajo se acercaba al costado del "Rosales", conduciendo al capitan del buque perdido, un pasajero, dos señoras, una criatura y cinco marineros que habian pasado sesenta y cinco horas en la mar, completamente mojados y próximos á perecer.

Cuando el naufragio, habian podido salvarse todos en la costa, pero temerosos en estremo de que los indios (que no frecuentan esos parajes) los maltrataran, parte de los náufragos se habian hecho á la mar en busca de socorros. La desesperacion de verse perdidos en un país inhospitalario, les habia inducido á creer en la posibilidad de llegar al Rio Negro en una embarcacion pequeña y sumamente frágil, sin cubierta y falta de víveres. El resto fué salvado mas tarde en el cuter argentino "White".

La brisa que el capitan esperaba, llegó, y la "Santa Cruz", costeando las elevadas barrancas á pique de la península, cubiertas de médanos, que alumbrados por los rayos solares muy calientes ese dia presentaban un aspecto triste aunque pintoresco, dobló Punta Delgada con intenciones de entrar en Bahia Nueva, mas el viento calmó de pronto, luego tornó al Norte poniéndose de proa, encrespando las aguas que con la marea corrian veloces en direccion opuesta para entrar al golfo. Pasamos de largo cerca de la Punta Nueva y Punta Ninfas que semejan gigantescas fortificaciones, y cortando con la proa del buque, escoltado por una hermosa ballena que seguia impasibles sus aguas,— inmensos camalotes de la alga mas gigantesca que existe, la *Macrocystis patagonica* ó *Fucus giganteus*, nos dirijimos al Chubut. Esa alga lleva entre sus hojas y raices un pequeño mundo animal, del cual se alimentaban las innumerables gaviotas (*Larus cirrhocephalus*) que blanqueaban su superficie y que al pasar nosotros cubrian el cielo con sus albas alas.

Durante la noche fondeamos, temiendo pasar mas al Sur de la embocadura, ó ser arrastrados durante la calma por las corrientes.

A tres millas de la costa se arrojó el ancla y el buque durmió tranquilo despues de varios dias de movimiento contínuo; las elevadas murallas terciarias del "Promontorio del Norte" á cuyo abrigo habíamos fondeado, se destacaban sombrías, y esa noche descansamos tranquilos escuchando el chillido del timon en los suaves balanceos, y los soplidos de algunos negros cetáceos que jugueteaban alrededor nuestro, sin ponerse al alcance del arpon, siempre listo en la proa.

El dia siguiente (14 de Noviembre) amaneció con viento contrario, pero, bordejeando, nos acercamos á la Bahia Engaño, donde desagua el rio Chubut. Fondeamos en ocho brazas, en fondo de rocas firmes y cascajo rodado, pero no pudimos bajar á tierra por la marea en contra y la fuerte marejada. La draga procuró varios interesantes moluscos, crustáceos, anélidas, etc. Durante la noche, hubo que levantar el ancla nuevamente y salir mar afuera, á causa del viento fuerte del naciente. En esos parajes no se está seguro de haber llegado á su destino hasta pisar tierra. La titulada Bahía es un verdadero engaño; es una costa abierta, sin resguardo para los vientos de afuera que, cuando soplan récio, contribuyen con las corrientes á poner los buques en peligro. Los de tierra, es decir, los del N. N.-O. á S. S.-O. son los únicos que permiten fondear con alguna seguridad á los buques que por su mucho calado no pueden resguardarse dentro del rio, y que se esponen á permanecer cruzando un mes en las inmediaciones, desde Punta Atlas hasta Bahía Nueva, sin poder poner en tierra su cargamento.

El dia quince amaneció favorable y pudimos acercarnos al Rio Chubut. Este figura definitivamente en la geografía de Patagonia, desde el 24 de Febrero de 1833, en cuya fecha el Teniente Wickham, de la espedicion de Fitz-Roy, penetró en él, á bordo de la lancha "La Liebre". El Chubut desemboca en el Atlántico en latitud 42° 20' austral y 65° 1' longitud Oeste de Greenwich. Su existencia no era ignorada antes de la espedicion de Wickham, aunque no se hallaba consignado en los mapas. Los gauchos del Cármen de Patagones, desde épocas anteriores, lo frecuentaron, segun noticias que de algunos ancianos adquirí en este punto, y no dudo que sea el mismo que los indios mencionaron á Falkner, como existente en el pais de Chulilao, aunque sin decirle de donde venia y donde terminaba, y si era grande ó pequeño. Me inclino á creer, con Wickham, que el Chubut es el rio Camarones, señalado en las cartas de D'Anville y de otros geógrafos.

A nuestro desembarco pocas probabilidades habia de que la barra diera paso, por estar la marea en bajante; pero el deseo

de llegar á tierra, despues de una travesía de diez y ocho dias, y principiar á poner en práctica los proyectos que motivaban mi viage, hizo que nos embarcáramos en el bote para tentarlo, animados, por otra parte, por la calma completa que presentaba el océano. Donde habia fondeado el buque, el agua marina azul verdosa se mezclaba tranquila con las turbias amarillentas que revelaban venir, por su color, de un rio de poca profundidad y de orillas terrosas; la mezcla formaba una línea bien definida, que ondulaba lijeramente con la escasa brisa que soplaba.

A mitad del camino, encontramos la falúa del Comisario Nacional de la Colonia, que llevaba á bordo algunos colonos. Estos conocian la llegada del buque desde el dia anterior y á nosotros nos habia sido revelada su presencia durante esa noche por grandes hogueras que encendieron á la orilla del mar, con el objeto de marcarnos la situacion de la boca del rio. El combustible que dichos colonos emplearon consistia en ramas de arbustos, y hojas raices de Kelp ó *Macrocystis*, la planta marina ya mencionada y que las corrientes y la agitacion del mar arrancan de las rocas del fondo y envuelven en grandes rollos ó nudos, para arrojarla luego á la playa, junto con los animales que alimenta.

Por medio de Luis Ibañez, antiguo marinero de Piedrabuena, que vive retirado en la Colonia, llevando la vida de cazador de avestruces, nos dijeron que la barra no podia cruzarse y que habria que esperar la otra marea. Ninguno, á pesar de vivir en pais argentino, hablaba con claridad el español, y nuestro compatriota Ibañez, cuya simpática figura, bronceada, envuelta en en el clásico quillango del Sur, contrastaba con la de los rubios galenses, nos sirvió de intérprete.

En la segunda marea, fuimos mas felices, y el bote liviano cruzó las olas que se agitan rodando sobre los bancos de arena y cascajo, que orillean al pequeñísimo canal poco profundo del centro, y cuyo cauce cambia continuamente. Esos bancos, cuando pasamos, estaban tan cercanos de la superficie que oimos el ruido

que hacen las piedras rodadas, al arrastrarse impulsadas por el agua que sobre ellas revienta, bañándolas de espuma.

Desembarcamos momentos despues, sin tener que lamentar mojaduras en la correspondencia, ni en nuestro pequeño equipaje.

El paraje no era, sin embargo, el desembarcadero acostumbrado, pero no habia tiempo de llegar mas adelante, pues el bote debia regresar con la misma marea. El piso cubierto de musgo marino y de millones de pequeños *Mytilus*, tenia un aspecto aterciopelado. Cruzábanlo á la manera de surcos practicados por un gigantesco arado, profundos callejones á cuyos bordes se adherian innumerables patelas, que las aguas marinas cubren dos veces por dia. Enjambres de *Larus dominicanus*, buscaban su alimento cuotidiano en los desperdicios que el océano arroja.

El primer objeto interesante que recojí fué un curioso huevo del *Callorhynchus antarcticus*, la Quimera del Sur, pescado de rara figura que los marinos llaman "Gallo del mar" por la cresta que adorna su cabeza. El Callorhynchus, del cual pescamos dias despues un ejemplar, parece frecuentar los mares patagónicos, pues Cunningham ha encontrado huevos en el Sur de Chile.

En la costa fuimos bien recibidos por el Sr. D. Antonio Oneto, Comisario Nacional y Administrador de la Colonia, y que luego que supo el objeto que me llevaba, puso á mi disposicion su casa y su mesa, y me proporcionó inmediatamente caballos con que llegar al pueblito, situado á cuatro millas de la desembocadura.

Las orillas del mar, en la entrada del valle por donde serpentea el rio, no tiene nada que halague á la vista. Al Sur, la meseta cae á pique sobre el océano; al Norte, una hilera de médanos, de aspecto triste, se dibuja hasta perderse en las cercanías del Promontorio del Norte, estremo Sur y Este de la meseta alta que se interna al Occidente.

La vejetacion es pobre relativamente y los arbustos espinosos que crecen decrépitos entre los cascajos y los innumerables mo-

luscos destruidos que blanquean el suelo, signo evidente del levantamiento de la costa, predisponen mal el ánimo del recien llegado, que encuentra, en ese paraje árido, la corroboracion de la fama inhospitalaria de las tierras patagónicas. Pero esa primera y desagradable impresion se disipa despues de cruzar los primeros médanos, y tórnase placentera pasada una milla, donde el cascajo y la arena movediza é incómoda desaparecen: se presentan pequeños retazos de pastos fuertes y la vejetacion es mas uniforme, predominando ya las gramíneas, entre otras la preciosa cortadura.

En las inmediaciones de la aldea principian los trigales y se ven diminutas huertas, con legumbres y pequeños alfalfares; y algunos pocos álamos plantados por los colones, y sauces de los que, ántes de la venida de estos, adornaban las orillas del rio, alegran el punto poco pintoresco, donde se levantan los escasos edificios de Tre-Rawson. El nombre de este pueblo ha sido dado en honor del Sr. Dr. D. Guillermo Rawson, quien, siendo Ministro del Interior, decretó la formacion de la colonia. Fué fundado el 28 de Julio de 1865, y se halla situado en la márgen izquierda del rio. Propiamente, no se le puede llamar pueblo, pues solo consiste en una pequeña agrupacion de 15 ó 20 casuchas, la mayor parte construidas de adobe crudo. Las principales son: el molino á vapor del Sr. D. Luis Jones, el promotor de la colonia y uno de los pobladores mas importantes y trabajadores; el almacen que surte á la Colonia; la Comisaria Nacional, y el templo, donde se reune regular número de colonos, el dia Domingo, para oir á su pastor. Está malísimamente situado, en la falda de una pequeña lomada, cubierta de cascajo que impide cultivar los alrededores, á escepcion de las pequeñas rinconadas inmediatas al rio. Los colonos han comprendido este defecto y han diseminado sus poblaciones en las orillas.

Mi intencion no es contar mi vida diaria en el Chubut, pues, su relacion poco interesaria. Me limitaré á hacer primeramente la descripcion de lo que es la colonia, para luego ocuparme de la descripcion física del valle y de los alrededores que visité en

varias breves escursiones, y la de los objetos mas interesantes que pude obtener en mi permanencia allí, que duró veintinco dias.

Setecientos individuos de ambos sexos forman la colonia y ese número está dividido en 509 galenses adultos, 35 adultos de varias nacionalidades y 156 argentinos, de los que 150 son nacidos en la colonia y solo 6 adultos. No carece, pues, de fundamento, la afirmacion que ya se ha hecho varias veces, de que la colonia se componia esclusivamente, de habitantes del pais de Gales. Esos 700 habitantes se hallan esparcidos en 120 casas, mas ó menos, en una estension de 20 millas de Este á Oeste, en el valle y á orillas del rio. Ademas de Tre-Rawson, hay otro grupo de casas en Gaiman (Piedra blanca) á la entrada del valle superior. En ese punto las habitaciones son mas cómodas y están construidas, en su mayor parte, de arenisca endurecida, que se obtiene de la meseta inmediata.

El interés patriótico hizo que al tratar de la colonizacion de ese punto lejano, no se le hiciera esplorar previamente y se aceptara su poblacion sin tener mas noticias sobre sus condiciones aparentes, que las proporcionadas por personas interesadas en establecerse allí. El resultado de este paso impremeditado ha sido que el Gobierno Argentino haya gastado en esa pequeña colonia mas que en cualquiera de las que hoy prosperan en el resto de la República, y sin tener esperanzas fundadas de que llegue á la altura de ellas.

La distancia y los pretendidos privilegios de esa colonia, que no queria otro idioma que el galense, la ha mantenido aislada y como separada de las otras poblaciones argentinas, de las cuales solo se ha acordado cuando sentia necesidades.

Tan absurdo aislamiento no le ha acarreado sinó daños; y hoy que sus pretensiones disminuyen, parece que tiende á prosperar. Si no hubiera sido por los auxilios del Gobierno, que algunos han tratado de hacer creer que no pasaban de promesas, la existencia de la colonia galense hubiera sido de pequeñísima duracion.

Basta saber que de los 509 colonos galenses, ménos de la décima parte han sido agricultores en el pais de su nacimiento, donde casi todos han tenido ocupaciones de un órden distinto, como ser: trabajadores en las minas de carbon, picapedreros, &. Han llegado así á un pais donde, para obtener buen resultado en la agricultura, era necesario poseer ya cierta práctica en ella, y si bien es cierto que el logro de la cosecha de trigo, á cuyo cultivo se dedican ahora los colonos, casi esclusivamente, está sujeto á las crecientes del rio en tiempo favorable y á las lluvias, y no puede ser nunca seguro, por lo cual temen hacer sementeras de importancia; no es ménos cierto que la desidia ó la falta de conocimientos aumenta las pérdidas.

En el año 1876 se esperaba obtener una cosecha de 10,000 fanegas de trigo, en total; la mayor desde la fundacion de la colonia, insignificante compensacion á los gastos crecidos que en su beneficio se han hecho.

Felizmente, los colonos que llegaron desde 1875 son mas aptos que los antiguos, y la comunicacion que se hace con mas frecuencia entre Buenos Aires y ese punto, junto con la mensura definitiva de los terrenos y el establecimiento de la comisaría nacional, que distribuye raciones y semillas, han dado gran impulso á la actividad de la poblacion y es de esperarse que su prosperidad aumente.

Lástima es que el terreno del valle no sea suficiente para que los colonos tengan la estension que la ley les concede; pero esto es, en gran parte, culpa de muchos de ellos, que por sus exagerados informes sobre el Chubut, indujeron en error al Gobierno. Todo el terreno cultivable ó de sembradio, no alcanza á 15,000 hectáreas en el valle. Por esto es que la colonia jamas alcanzará el desarrollo que aguarda á muchas de las establecidas en otros parajes de la República Argentina.

Sin embargo, creo que con algunos trabajos en el cauce del rio y haciendo acequias que lleven las aguas hasta regar los plantíos, como ya lo han hecho algunos colonos industriosos, las cosechas serán mas aseguradas. Deben, así mismo, en vez de

destruir los pocos árboles con que la Naturaleza ha adornado esos parajes, hacer plantaciones de otros, tales como *Eucalyptus*, algunos coníferos, álamos y sauces, que si bien no es cierto que su influencia en el cambio de las condiciones metereológicas sea muy grande, proporcionaran maderas para construccion, que hoy tienen que conducirse desde Buenos Aires ó del Estrecho de Magallanes é Isla de los Estados.

Ademas del producto del trigo, la colonia cuenta con 1500 animales vacunos, mas ó ménos, 500 caballos y algunas ovejas. Se hace buen queso y manteca, lo que con el pan de la harina del trigo que se muele en los molinos de Rawson y Gaiman, constituye, con un poco de té, el principal alimento de gran parte de los colonos.

He dicho que la colonia entra ahora en su periodo de prosperidad; algunos de los pobladores mas importantes, comprendiendo lo estrecho del valle, han hecho espediciones de esploracion en el interior, de las que me ocuparé mas adelante, y con enormes dificultades han llegado hasta gran distancia, pero sin alcanzar buen resultado.

No por eso son ménos laudables sus esfuerzos, y los señores Luis Jones, Juan S. Thomas y Juan Griffiths, que las han llevado á cabo, merecen una palabra de aplauso.

Solo á costa de sacrificios podrá algun dia vivir el Chubut de sus productos, sin necesidad de recurrir al Gobierno Nacional, aunque considero casi imposible que pueda tener gran importancia como colonia esportadora. El terreno es pequeño y la falta de un puerto de fácil acceso recarga enormemente los gastos de la esportacion de sus productos, los que relativamente no son aun de mucho valor. Los buques tienen mas conveniencia en descargar en Bahía Nueva, que podria ser el puerto de la colonia, una vez conocidos por medio de minuciosas esploraciones los puntos provistos de agua dulce, y puesto en comunicacion con aquella por un camino carretero de fácil construccion. Los colonos, que son pobres, no harán nunca ese camino sin auxilios del Gobierno.

Abrigo la conviccion de que si la colonia del Chubut, en las actuales condiciones, no tiene gran porvenir ni vida propia, cuando se estudie el territorio comprendido entre el Rio Negro y el Chubut y la inmigracion haya llevado la vida á los vastos valles del occidente hasta los Andes, su importancia será grande y será la válvula de desahogo de esas estensas comarcas. Pero ese es trabajo de un siglo.

CAPITULO IV

LA CUENCA DEL CHUBUT

El sistema hidrográfico del Chubut es poco conocido.

Las distintas cartas geográficas que circulan estan casi todas de acuerdo en colocar las nacientes de ese rio por los 43° de latitud Sur, haciéndole recorrer una línea casi recta al oriente hasta el océano; pero los materiales con que esos mapas han sido formados merecen tan poco crédito, que puede aun ponerse en duda la situacion de punto tan interesante de la geografía de Patagonia.

El viage del Capitan Musters contiene los datos mas dignos de crédito que hasta hoy se hayan publicado sobre las numerosas ramificaciones inesploradas del Chubut, ramificaciones que el esplorador ingles ha cruzado en sus fuentes.

Tres cuencas hidrográficas principales, separadas por accidentes topográficos dignos de atencion, pero que aun han sido poco examinados, dividen el territorio austral argentino; sin hacer

mencion de la del Rio Colorado, al Norte, y las aun no reveladas de la Tierra del Fuego, que considero por ahora fuera de cuestion. Indudablemente, la de mayor importancia y riqueza es la que alimenta el caudaloso Limay; síguele la de que me ocupo ahora que es la del centro, y la del Rio Santa-Cruz, con su curiosa ramificacion lacustre, se halla en tercer término.

Los hilos de agua que forman el Limay, se encuentran desde el lago Nahuel-Huapí hácia el Norte, y las aguas que contribuyen á formar la cuenca austral, aunque poco conocidas aun, puede considerarse que alcanzan su límite Norte en los grados 47-48. Los terrenos intermediarios contienen la cuenca del Chubut, cuyas aguas, distribuidas en infinidad de pequeños rios ó arroyos, forman cerca del Atlántico el curso del rio de ese nombre. Pero no todas las aguas siguen la inclinacion oriental; parece indudable que en ciertas regiones de la Patagonia, hay unas que atraviesan los Andes para vaciarse en los Canales del Pacífico. Musters vió á la altura de de Teckel un arroyo ó torrente que bajando del Norte se dirijia al Oeste; y el rio Aissen, esplorado por la espedicion chilena que dirijia el Comandante Simpson, se halla en condiciones análogas, como lo aseguran los que lo ascendieron desde la Boca en el Oeste hasta cruzar el Cordon Andino. Esto no implica que la division de las aguas en el territorio del Centro se encuentre entre los Andes y la Pre-Cordillera, porque estos son solo escepciones á la regla que es seguida por infinidad de arroyos y rios que se dirijen al Este, segun la pendiente natural.

Ademas, no está determinado astronómicamente el último punto donde la espedicion chilena alcanzó, ni el camino que llevó Musters. El que estudia esta cuestion se vé perplejo al notar que dos marinos como Musters y Simpson, no estén de acuerdo en sus trazados. El primero no ha hecho notar en su libro el curioso caso de un rio que se dirije al Oeste, como el Aissen, cuando todos los otros tienen un curso opuesto; y la omision es tanto mas notable cuanto que, comparando las cartas de ambos, se nota que el Aissen se halla situado, con cortísima diferencia,

en el mismo punto que ocupa el Rio Senguel, que cruzó el esplorador inglés, y cuyas aguas corren al oriente.

Este punto es digno de estudio, y mi parecer es que ambos observadores pueden tener razon, siempre que el trayecto de los chilenos no haya sido tan avanzado.

Entónces, el Aissen no alcanzaria en su curso E. O. al punto donde Musters cruzó el Senguel, y por el contrario naceria mas al Sur entre la Pre-Cordillera y la Cordillera real y tomaria luego la direccion indicada cerca del punto de donde regresaron los chilenos. El Senguel, segun Musters, nace mas ó menos en esa region, en el cajon formado por ambas cadenas montañosas, mas al Norte, y toma luego la direccion opuesta al Aissen.

No se debe dar mucho crédito á la palabra de los indios, pero recuerdo que preguntándoles sobre los rios que cruzan en sus correrías, me aseguraron que habia un paraje en que dos rios se juntaban, en cierta estacion, para correr en direcciones opuestas. Menciono el dato que, á ser cierto, mostraria que el Aissen y el Senguel juntos atravesarian completamente la Patagonia. Los Tehuelches me han asegurado igualmente que diez y siete rios (ellos llaman rios, á cualquier curso, por pequeño que sea, con la única distincion de "rio grande" ó "chico") forman el Chubut, y echando una ojeada á la carta de Musters, se vé que en este caso la palabra de los indios puede tener visos de verdad.

Nada se conoce con certeza, ó nada se ha publicado, respecto al interior, entre el mar y los Andes, donde viajó Musters, y como se supone vulgarmente que el territorio comprendido entre ambos puntos es de la misma formacion orográfica que el del Rio Negro y la mayor parte de la costa Patagónica ya conocida, es natural que se haya atribuido al Chubut un curso semejante al de los rios Colorado, Negro y Santa Cruz, á la vez que contrario al verdadero. Una prueba de que el Rio Chubut no tiene el curso mencionado en las antiguas cartas, es que los indios que vienen del Oeste atraviesan un territorio desprovisto de agua corriente, para llegar á las poblaciones cristianas de Gaimau, y en esto me atengo á la opinion de dichos indios, porque en

tratándose de agua y de buenos paraderos, jamás tuve ocasion de arrepentirme de darles crédito.

Las espediciones de los colonos y luego la del Sr. Durnford, confirman esta opinion. Ellos han recorrido, unos el curso del Chubut, y otros la línea marcada erróneamente como el curso, y no lo han encontrado.

En el trayecto de Musters, de poniente á naciente, por el grado 41, no se encuentra arroyo alguno que pueda aumentar el caudal del Chubut, lo que demuestra que todas las vertientes estan situadas en la falda de la Andina en la region ya marcada.

Un rio que divisé desde la márgen Norte de Nahuel Huapí en Enero de 1876, y que no pude examinar, por lo que ignoro si desagua ó nace en el lago, puede muy bien ser, si este último es el caso, el primer ramal del Chubut, partiendo del Norte. En seguida, poco mas al Sud, las lagunas Usquetagtoo, Chig-Chig y Calajá-Quitrin, situadas en la pendiente S. E. del Tronador, alimentan tres arroyos que se unen á poco andar hácia el E. en un brazo importante que pasa por el paradero de Gatehenk-aiken y que luego se inclina al Sur; mas abajo el paradero denominado Chupat-aiken, entre Telk y Dipelek-aiken es regado por otro arroyo, y hácia el Sur, entre el último punto nombrado y Teckel-aiken, hay una region fértil, frondosa, cruzada por preciosos arroyos de curso al S. E. como el Chulilao, Quisnel y el que divide los reales de los Tehuelches y Araucanos.

Esa region contribuye á formar con todos esos arroyos, muy divididos en pequeños ramales, un rio semejante, aunque un poco mayor, que el que forman las fuentes de las tres lagunas nombradas.

De ese punto es de donde sale el rio que supone Musters desagüe en el Pacífico, fenómeno quizás ocasionado por algun relieve del terreno poco notable, sin gran importancia relativa, puesto que el esplorador no lo menciona. Un simple desmoronamiento puede haber producido, en ese paso de los Andes, la division de las aguas.

Todos los arroyuelos que corren al Sur de Teckel, como ser los que forman los paraderos de Cisk, Capel, Apelek-aiken, &., hasta el Senguel, cuyo brazo principal surje cerca de Teckel, entre dos cordones de montañas en un valle boscoso, corren rectamente al Sur, y se inclinan rápidamente al Este por los 45°, y unen sus aguas á alguna distancia de la Cordillera. Mas al Sur del Senguel otros pequeños torrentes contribuyen quizás al aumento de ese caudal, dirijiéndose en rumbo inverso, es decir al N. O., pero no hay datos ciertos sobre su número.

Todos esos arroyos, desde Nahuel Huapí, (hago abstraccion completa de los que se dirijen al Pacífico) nacen unos en pequeños lagos, otros entre las rocas de los Andes, y son torrentes que corren rujiendo, encajonados entre inmensos peñascos de rocas primordiales, primero cubiertas de nieve, luego de bosques, entre cuyas raices dejan las turbulentas aguas, blancas de espuma y frias como la nieve que las producen, granos de metales preciosos, y van á regar mas abajo ese pais privilegiado que los indios consideran al Paraiso Patagónico, á juzgar por los elogios que de él me han hecho.

Allí los bosques son inmensos, abundantes en maderas de construccion; la lozanía de la vegetacion es espléndida; las llanuras de frutillas embalsaman el aire de los Andes que pierde su crudeza entre los árboles; y los helechos elegantes, preciosos geranios, calceolarias y adesmias de colores vivos, matizan las orillas del bosque y de los torrentes. Espléndidos valles que la erosion de las aguas de los Andes han trazado, se estienden en esos parajes hasta las elevadas colinas áridas del centro del territorio. Allí las yerbas crecen á la altura de un metro y medio y pacen magníficos animales salvajes, sobre todo caballos que adquieren proporciones y una belleza desconocidas para nosotros y que solo son perseguidos por el gigante patagon ó el guerrero araucano, que los atacan, no siempre para aprovecharlos con fin útil, sinó para ejercitar sus ardides de cazador.

Aquello es la continuacion de la feraz region de las Manzanas, y en la fertilidad la cuenca occidental Chubutiana, no desmerece

mucho de la cuenca occidental de Limay. Como allí, en el Aissen, segun el informe chileno, hay tambien lignita.

El Senguel, despues de cruzar esa region de privilegio, al desviar su curso hácia el Este, entre terrenos volcánicos de tintes tristes y aspecto ruinoso, parece inclinarse desde el grado 72 (L. O. de G.) al S. E. hasta dos grados mas al naciente, recibiendo en ese trayecto las aguas de los arroyuelos citados; desde allí se dirije bruscamente al Sur, cruzando entonces una region baja, mas estensa en la márgen derecha, cubierta de arbustos y frecuentada probablemente por indios que han trazado un camino para cruzar el rio que tiene innumerables rápidos en el espacio comprendido entre la Cordillera y ese punto. En el ángulo situado aproximadamente en la interseccion del meridiano 70 con el paralelo 46, el rio vuelve á inclinarse, formando una línea sinuosa, por diez á doce leguas; entre rocas eruptivas, en ambas márgenes. Las orillas se presentan como cerros elevados, abruptos y de aspecto salvaje en la derecha, y mas bajos, aunque muy quebrados, en la izquierda.

Allí el Senguel ó Singuerr (como pronuncian los indios que he visitado) baña el pié de la meseta terciaria que, corriendo en direccion E. O., se inclina casi recta al Sur, y limitada por el terreno eruptivo; y el rio entónces, arqueándose, tuerce hácia el Norte, en el punto que el Sr. Durnford me ha indicado como un paso. Siempre al Norte, y en ese punto se encuentra la roca maciza indicada, y al Este se estiende una llanura fértil, pero tan pequeña que, aunque sirve de paradero indígena, no podria alimentar una poblacion industriosa y sedentaria; esa llanura concluye al pié de rocas eruptivas.

El rio, en esa vuelta Norte y al tornar á inclinarse al E., recibe las aguas de un estenso lago. Este mide de 25 á 30 kil. de largo, N. S., por un ancho menor, afectando, á primera vista, la forma ordinaria de la seccion plana de una pera, hecha por su eje mayor, y se halla rodeada por los mismos cerros porfíricos, rojos y parduzcos, que le comunican un aspecto desolado, á pesar del bello azulado de sus aguas, indicio de su limpieza y profundidad.

El Sr. Durnford no ha podido rodear ese lago, por llevar su camino por la márgen Sur del Rio. Su notable posicion, entre montañas eruptivas, alejada de la Cordillera donde generalmente tienen su situacion los lagos, y su profundidad, grande en apariencia, bien pueden ser el resultado de un accidente geológico, antiguo, contemporáneo de la elevacion de esas rocas, quizás volcánico, y sin que los fenómenos de la erosion que han dado un relieve tan pronunciado á la orografía de la Patagonia, hayan sido la causa principal.

Como desagua en el Senguel, es claro que este rio no lo alimenta, y aunque puede creerse que quizás un brazo que se desprenda mas al Oeste, penetre en la punta Norte del lago, me inclino á pensar que recibe, ademas de los muchos arroyuelos mencionados por los indios, las aguas del rio que pasa por Gatchenk-aiken, que probablemente se unen con el sistema de arroyos llamados por Musters Rio Chulilao, y que corriendo por entre las rocas eruptivas y volcánicas que cubren como un manto desvastador gran parte de la Patagonia, se descargan en el lago.

Ese lago interesante, aun no ha sido bautizado por quien lo ha visitado, y aunque en las antiguas cartas figura uno con el nombre de Coolu-Huape, que bien puede ser este, le he dado en mi mapa la denominacion de Lago Musters, en honor del distinguido viajero que cruzó Patagonia de estremo á estremo y que bien merece este recuerdo. En homenage á él, espero que los que por primera vez lo vieron, adopten y conserven el nombre que me he permitido aplicarle.

A poca distancia de recibir las aguas del lago Musters, el Senguel penetra en otro lago, ó mas bien, gran laguna un poco mayor, pero sumamente baja, relativamente á la profundidad de los lagos Patagónicos, con aguas sucias, arcillosas, de color blanquizco terroso, sin gran corriente, á no ser en el punto S. E. donde vuelve á continuar el Senguel. Es mas bien un desplayado, algo mas deprimido que los alrededores, é inundado, á cuya formacion parece prestarse el terreno, inundacion que en otro tiempo ha cubierto tambien el pequeño valle ya indicado,

y que ha dejado testigos en varias lagunitas. Lo mismo que en el lago Musters, las rocas eruptivas lo rodean sin dejar espacio suficiente para la poblacion. El aspecto es desolado, y á ello contribuyen algunos cairns funerarios que los indios han elevado sobre los restos de sus parientes ó amigos.

Esa estensa laguna ha sido nombrada Lag. Dillon por el Sr. Thomas, quien me ha pedido que conserve su denominacion en esta memoria; justo deseo que espresa, por parte de los colonos del Chubut, su vivo agradecimiento al Sr. Comisario General de Inmigracion de la República Argentina. Lo mismo haré con el cerro Oneto, pico eruptivo situado en el punto donde desagua la laguna, y cuyo nombre es el del señor Administrador de dicha colonia. Siento no poder hacer lo mismo con el nombre de Rio Younger que dicho señor ha dado al Sengel, pues este debe conservar el nombre indígena con que lo señala Musters.

Las rocas que circundan ambos lagos tienen una altura aproximada de 800 á 900 piés sobre ellos, lo que hace mas ó menos 1000 á 1100 sobre el nivel del mar.

Al Sur de la laguna, aunque la roca predominante es la eruptiva, se divisa monótona la meseta terciaria; y al S. E. vuelve á convertirse el paisaje en irregular y triste en sumo grado.

Continúa así al Este, hasta el Océano del que no dista la laguna mucho mas de 100 kilómetros.

Desde ella, el Senguel cambia de aspecto; ya no corre entre acantilados, ni son sus aguas las límpidas, azuladas y claras que hermosean tanto los rios de la region Oeste de la Patagonia Oriental; vuélvense turbias, barrosas, y su curso se ensancha semejando una sucesion de lagunas largas, que adquieren hasta media milla de ancho; y corre perezoso, sin gran velocidad, por entre malos campos, limitados á ambos lados por los pórfiros rojos, hácia el N. N. E., habiéndose inclinado á la salida, un poco hácia el S. E. Esa anchura notable, disminuye á los 50-60 kil. de su curso, al llegar á la region baja, donde el aspecto

orográfico y la formacion geológica varian, convirtiéndose esa garganta, en un valle, con barrancas mas bajas y terciarias.

Cerca de las mesetas, cuya pendiente inclínase visiblemente al Oeste y que tienen en la region alta algunos cañadones, con agua dulce, vénse vertientes que forman pequeños arroyuelos, de los que unos se infiltran en el terreno, y otros desaguan en el Golfo de San Jorje, y algunas depresiones del suelo, que en invierno contienen agua.

Sobre esa meseta, mas al Norte, reaparecen los picos de pórfiro, entre los que se vé la antigua cuenca de un rio que desaguaba en otro tiempo cerca de Sebastian Cove en la Bahía Camarones. Probablemente, los pequeños pozos de agua salobre actuales tuvieron allí, en alguna ocasion, agua corriente, en los tiempos en que las espediciones españolas visitaron esos parajes, por lo que les dieron el nombre de rio, y los confundieron luego con el Chubut. Ya en esos territorios, al naciente del Senguel, hay salinas en que abunda el cloruro de sodio.

El rio, en el paraje donde las barrancas son bajas, corre mas veloz, por ser de menos anchura, y sin embargo, allí los espedicionarios encontraron rastros que les hicieron sospechar la existencia de un paso indio; pero no encontraron vado en ninguna parte. Esos terrenos bajos (comparándolos con la meseta) y llanos, no son de gran estension; pronto vuelve á mostrarse en ambas márgenes el pórfiro eruptivo; y el rio, enangostándose mas, hasta tener solo 20 metros, corre entre rocas, formando numerosos rápidos, y al llegar al paralelo 44, mas ó menos, tuerce fuertemente al N. O., atravesando un terreno sumamente quebrado. Algunas millas mas al Norte, recibe un afluente de aguas claras, cuyas nacientes aun no han sido reveladas, por lo que no puedo decir si sale tambien del lago Musters, ó si, cruzando la cadena de cerros bastante interrumpida del centro, es alguno de los que nacen en la Cordillera y que ya he enumerado. En ese punto es donde puede decirse que concluye el Senguel, para formar un solo rio con el Chubut, con cuyo nombre es conocido. Siempre las elevaciones eruptivas y la meseta ter-

ciaria, que se alternan, lo bordean dejando pequeños retazos fértiles pero de escasa estension. En el territorio del Este, que los indios cruzan, al separarse del rio, en el punto en que este se dirije al N. O. los campos aunque elevados en la meseta son propios para la ganadería, y tienen lagunas dulces pequeñas. Pocos kilómetros al Norte de dicha union, el rio vuélvese al N. E., siempre en el mismo terreno, y se inclina á mitad de distancia entre ese punto y el mar hácia el E. S.-E., formando un ángulo muy oblícuo. Allí principia el valle fértil que sirve de asiento á la colonia galense.

Como se verá por lo espuesto, el Chubut no recibe ningun afluente de la region del Norte: todos, desde la Cordillera, se dirijen al S. E., bañando y fertilizando el pais.

El valle que el Senguel y el Chubut recorren, me parece que puede considerarse de erosion, aun cuando las fuerzas eruptivas y mas tarde volcánicas, hayan contribuido de cierta manera á facilitar su formacion, pero en pequeña escala; y no tiene nada, á no ser el punto ya poblado, que pueda aprovecharse con éxito. El rio, aunque en su desagüe no es muy rápido, como sucede en el curso superior, es demasiado tortuoso, su profundidad muy irregular y su caudal de agua muy inferior al de los dos grandes rios patagónicos. Esto último debe consistir en que las aguas, de esa gran estension de tierras que le sirven de cuenca, se infiltran en las regiones que atraviesan, á lo que puede propender la actividad volcánica, que aun se nota en esos parajes.

El Chubut, en el valle poblado, tiene una anchura media de cincuenta á ochenta metros, en un canal angosto, y su profundidad varia de cinco á diez piés, segun las estaciones, siendo necesariamente mayor en el tiempo de la fusion de las nieves y de las lluvias. Su curso tiene allí una velocidad de 1 ½ á 5 millas, segun las épocas, y cerca del mar sus bancos son tan numerosos que, en marea baja, los botes no pueden navegar el trayecto comprendido entre la boca del rio y el pueblo Rawson. El canal de desagüe en el Atlántico tiene, á lo mas, cuarenta metros de ancho; en la baja marea no dá paso ni aun á los

botes; su profundidad varia de seis á diez piés, llegando á doce en ciertas ocasiones. En la barra, durante los temporales, las olas baten con tanta furia, que se oyen sus golpes con claridad hasta mas de 15 kilómetros en el valle. Los buques mayores que pueden entrar en el Chubut, no deben esceder de siete piés de calado.

El valle que recorre este rio, que lo divide en dos partes desiguales, y sobre el cual se han fundado las poblaciones de Rawson y Gaiman, afectan la forma de un número de 8 alongado, y tiene en su mayor ancho, de meseta á meseta, diez á doce kilómetros, por un largo máximo de setenta. Está limitado al Este por el mar, donde sus bordes se unen casi, dejando solo el espacio necesario para el desagüe del rio. Al Oeste concluye al pié de rocas eruptivas que solo dan paso á las aguas, y en el centro se enangosta en el punto donde está situado Gaiman, comunicándole así la forma indicada, y fraccionándolo en valle bajo y valle superior, el cual parece ser de importancia mayor. Así mismo, el lado Sur del rio es mas estenso que el opuesto.

El valle es bastante profundo, respecto á la meseta que se eleva, unas veces en pendiente suave, otras abrupta, á 300 piés sobre él.

Su orientacion general es casi O. S. O.; al principio se dirije al O. N. O., en un espacio de 15 kilómetros, pero luego se inclina insensiblemente al Sur. Todo él está formado por depósitos aluviales; es el lecho de un antiguo y grande torrente y está compuesto principalmente de cantos rodados en su base, y luego de arena y arcillas, efectos de las denudaciones de la meseta vecina y del drift depositado por el rio; la tierra vegetal que lo cubre alcanza algunas veces un espesor de dos piés pero esta capa no es unida, y solo se encuentra en los bajos. Los cortes hechos en el terreno para canales de riego, muestran que el Chubut ha cambiado varias veces de cauce y que hoy corre por uno de los puntos mas elevados, facilitando así la irrigacion de los bajos, situados distantes, y al pié de la meseta.

Hay muchas lagunas pequeñas que contienen sulfatos: la mayor de ellas, llamada de Chiquichano, al Norte del rio, ocupa cerca del mar una gran estension de tierras, que inutiliza completamente para la agricultura. Varias otras mas pequeñas, contienen cloruro de sodio ó sal comun, que aprovechan los colonos. Los análisis químicos de otras sustancias contenidas en las lagunas serán mencionados mas adelante.

Los terrenos, á partir de la costa del mar, son elevados y ondulados. El valle propiamente dicho principia á una milla de allí. Casi todos son bajos; en muchos puntos hay estensas capas de cascajo rodado, que los hacen inservibles. En otras, las tierras saladas no producen nada útil.

Es comun encontrar moluscos marinos recientes, que conservan aun vivos sus colores, lo que revela que esos terrenos hánse elevado no hace muchos siglos, hecho comprobado por la cantidad de bajos salobres y la escasez de agua potable, en los pozos del valle, donde las eflorescencias salinas blanquean grandes espacios. Ese levantamiento reciente hace que la comarca no se encuentre aun en buenas condiciones. Ademas, unas veces las crecientes del rio, suelen anegarla casi completamente, y otras, el esceso tórnase en defecto, y las avenidas son insensibles y el agua que el rio conduce no es suficiente para fertilizarla. Los médanos que tambien se internan en el valle desde las orillas del mar, quitan estensiones notables á la agricultura, y las islas del rio, que son demasiado bajas y pequeñas para aprovecharlas con ese objeto, suministran solo abundante leña y palos para los corrales, merced á los sauces que nacen entre los juncales.

En suma, el valle del Rio Chubut, no es comparable con el del Rio Colorado ó el del Rio Negro, mucho mas fértiles y útiles bajo todo sentido, y es difícil concebir como los colonos se han decidido á poblarlo, sin hacer antes reconocimientos prévios en busca de territorios mas aparentes al objeto que se proponian al ir á establecerse en la lejana Patagonia.

Con todo lo que antecede, queda descrita la cuenca hidrográfica del Chubut, la que he bosquejado, en gran parte, con

datos que he tomado de informes verbales de los colonos, del Sr. Durnford, del diario de Musters, de los indios, y ayudado por lo poco que he visto. Siento no haber podido hacerlo mas estensamente con observaciones personales, que espero completar en un próximo viaje.

CAPITULO V

FORMACION GEOLOGICA DE LAS MESETAS

Una de mis escursiones fué dirijida á la meseta del Sur, en busca de fósiles.

La meseta pertenece á la formacion geológica que D'Orbigny llamó *Terciaria Patagónica*, nombre que ha aceptado la ciencia, representada en las obras de Darwin, Bravard, Burmeister y Agassiz, y que en la escala de los tiempos geológicos, indica uno de los periodos mas dilatados en América.

Sobre esa capa tiene su asiento gran parte de la República Argentina. Por espacio de mil millas se la encuentra en el litoral; el Entre-Rios participa casi por completo su formacion, y las barrancas del Paraná son conocidas por los trabajos que les han consagrado algunos de los sabios citados. En la Provincia de Buenos Aires, se hunde bajo la gran hoya del Plata y del terreno cuaternario que forma la pampa, y solo la revelan las perforaciones artesianas. Se levanta gradualmente en Bahía Blanca, hasta la Tierra del Fuego. Por el Oeste, la limita la Cordillera.

Es un depósito marino inmenso, formado por diferentes capas,

entre las que predominan las arenosas, habiendo de arcilla, marga, calcáreo y yeso, producto todo de un número incalculable de siglos, durante el cual, el limo del mar se ha depositado tranquilo, como lo indica la sucesion y el gran espesor de algunas de las estratas que forman ese terreno poderoso. Esto, en tiempos en que esta parte Austral de América, estaba léjos de tener un relieve macizo como actualmente, y en que, el ahora continente, era un conjunto de grandes islas.

Las causas que han ocurrido á darle su actual carácter geológico y topográfico, han sido muy discutidas, siendo diversas las opiniones que se han omitido. No entraré á mencionarlas, y solo consignaré mis observaciones generales.

Es cierto que este terreno, tomado en conjunto, no presenta alteraciones notables y que puede decirse que desde el Paraná al Estrecho la estratificacion concordante de la meseta no sufre desviaciones, esceptuando la parte profunda del Plata que no conocemos; es tambien exacto que los mismos fósiles se encuentran, con pocas escepciones, en toda su estension; pero, estudiando porciones aisladas, se nota gran variabilidad en la disposicion de sus distintas capas, que no siempre son constantes y en las que muchas veces se encuentran los restos orgánicos á diversas alturas.

Sin embargo, entre el Rio Negro y el Chubut, las capas son bastante semejantes, aunque en distintas posiciones. En el punto que los colonos galenses conocen por el *Castillo Viejo* á mitad de camino entre Rawson y Gaiman, se vé un manto calcáreo de dos á tres metros de espesor, en el que abundan dientes de tiburones y moluscos marinos muy destruidos, generalmente ostras y turritelas, algunas de ellas ya convertidas en yeso. En seguida se encuentra una gruesa capa de arena mezclada con pequeñas partículas de arcilla de color blanquizco amarillento, en la que recojí fragmentos del cráneo, un diente y vértebras de una Otaria, restos del paladar y de la mandíbula inferior de dos especies de delfines, un diente de cocodrilo y huesos de pájaros, todos los que, quizás, cayeron de la capa superior calcárea. En la

arenosa, hay en abundancia núcleos de calcedonia y resinita. Mas al Sud Este, en otro punto donde el terreno es muy quebrado, las capas tienen distinta disposicion: la calcárea, con fósiles, contiene gran cantidad de ostras, y luego, en vez de la arenosa arcillosa, se vé una de arenisca azulada, compuesta de pequeños granos de pórfiro y otras rocas antiguas mezcladas con gran acopio de granos de arenas ferrotitanadas que algunas veces por sí sola, forma delgadas estratas, y contribuye á dar el color azulado negruzco al total de la capa. En ella se notan con claridad las líneas onduladas que el vaiven de los golpes del mar terciario ha dejado al mover las partículas entonces sueltas.

En algunos puntos, esta arenisca, que es muy desagregable, mide hasta cien pies de espesor, y en el que me ocupa, estaba dividida por otras capas muy delgadas relativamente, del calcáreo-arcilloso, de arcilla pura verdosa, de yeso fibroso de muy lindo aspecto y de arenisca mas compacta. A inmediaciones de Punta Delfin, no ví esta arenisca azulada, en la que, sea dicho de paso, nunca he encontrado fósiles: solo una capa de arena blanda, de granos finos, contenia dos bancos delgados de ostras, uno al nivel del mar, otro á veinte pies mas arriba, paralelos en toda su estension. En el primero, esos moluscos están adheridos unos á otros por una marga calcárea de la que es casi imposible desprenderlos por completo; en el segundo, por el contrario, están muy sueltos y abundan otros, principalmente de los géneros *Voluta* y *Cardium*, los que rarísima vez pueden conseguirse en buen estado, porque su esqueleto calcáreo se ha alterado y calcinado por acciones químicas, dejando sólido solo el molde. Mas arriba, á treinta pies, hay otro pequeño lecho fosilífero, con moluscos y restos de vertebrados marinos; y de cuando en cuando un manto delgado de cascajo sumamente fino y de yeso, corta las capas arenosas.

Bajo todas estas capas, se vé á veces una de arena-arcillosa verde-azulada, en la que se recojen moluscos del género *Dentalium*.

Los moluscos de mayor tamaño y que mas abundan allí, son

las ostras; he recojido ejemplares de un pié de largo y de ocho libras de peso. Se encuentran á diversos niveles: unas veces al del mar, otras al de la meseta, y esta circunstancia no solo la he observado en el Chubut sinó tambien en el rio Negro, á 30 kilómetros al Sur del rio, donde están en la superficie del terreno alto, cerca de las barrancas de los Loros, y tambien al pié de las mesetas, á orillas del mar, al Sur de la boca del rio, á una altura que el Océano baña todos los dias.

He corroborado, en el Chubut, la observacion que el Dr. Burmeister ha hecho en el Paraná: los dymiarios, como la *Venus Munsteri* y el *Arca Bomplandiana*, que allí se encuentran, están con sus dos valvas, pero en el mismo ó mayor grado de composicion que en el Paraná; y por el contrario, los monomyarios como los *Pecten*, siempre sueltos, nunca completos, tienen su esqueleto calcário sólido y hasta parece que conservan cierto colorido natural.

De paso diré que en el Chubut hay seis especies de moluscos fósiles, las mismas que en el Paraná.

No he observado en el Chubut resto alguno de mamíferos terrestres, aunque se me ha dicho por los colonos, que se encuentran en algunas ocasiones huesecillos de un roedor, probablemente el *Megamis patagonensis* que D'Orbigny recojió al pié de las barrancas del rio Negro. No quiere decir esto que las curiosas formas animales de ese órden, que el terciario superior alimentaba, han faltado en la region Patagónica que describo. Ulteriores observaciones suministraran, tal vez, prueba de la existencia de esos animales terrestres, cuya ausencia, no obstante, en los puntos que he visitado, merece mencionarse.

Los mamíferos marinos han sido numerosos: he recojido restos de *Otaria*, y el Dr. Burmeister encontró en el Paraná un diente que él cree pertenecer al mismo género, lo cual viene á establecer, para los mamíferos marinos, la misma contemporaneidad y distribucion geográfica ya señalada en los moluscos. Los restos que he recojido son sumamente parecidos á los de la *Otaria jubata*, el gran lobo marino que habita hoy las aguas del Atlántico y

que juguetea cerca de los restos de sus congéneres terciarios. Compruébase, pues, la mayor persistencia de las formas marinas y anfibias vertebradas de esa formacion, que las terrestres, de las cuales no hay actualmente un solo género vivo que haya tenido su representante en esa época. Pareceria que los eslabones del encadenamiento animal en los seres terrestres se hubieran sucedido con mayor rapidez que en los marinos.

Hasta ahora no se habian hallado restos de aves en el terciario patagónico, pero se ha comprobado su existencia con el descubrimiento, que ya he mencionado, de algunos huesos largos.

Pequeños fragmentos de la cáscara de una tortuga y un diente largo, de casi cinco centímetros, quizás del *Cocodrilus australis* que Bravard obtuvo en el Paraná, representan en el Chubut á los anfibios.

Los restos de pescados son muy numerosos, pero no puedo indicar los géneros á que pertenecen. Los *Selacios* son los mismos que en el Paraná; solo un fragmento de mandíbula, que me parece indicar un *Sparus* (Sparus antiquus Bravard) hace inferir la presencia de los Acantopterigios. He recojido grandes dientes, uno de ellos de siete centímetros de largo en la base, que perteneció á algun tiburon gigantesco; otros de aristas como sierras, pertenecen quizás á la especie que Bravard ha denominado *Squalus obliquidens*; otros, largos, atribúyolos al *Squalus eocenus*, por concordar con las dimensiones que el sabio francés dá en su obra sobre el terciario del Paraná; el *Lamna elegans* tambien ha vivido allí, á juzgar por los dientes que he recojido, lo mismo que el *Lamna unicuspidens*, de dientes largos y angostos, y el *Lamna serridens*, además de otra especie que tiene á cada lado del ramo mayor agudo del diente otros dos tubérculos agudos pequeños. La formidable Raya ha vivido igualmente en esos tiempos y he recojido varias placas dentarias, unas grandes, otras pequeñas, que quizás pertenecen al *Myliobates americanus* de Bravard.

Algunos fragmentos de cáscaras y de la punta de las tijeras, revelan la existencia de cangrejos, que puede ser un *Homarus* como el del Paraná. Valvas de las Ostras y de los *Pecten* han

procurado habitacion á millares de cirrepedios que se han establecido en ellos: pertenecen á dos géneros y como hay tanta analogía entre los fósiles del Paraná y los Patagónicos, no dudo que sean los *Balanus* que Bravard llama *Balanus foliatus* y *Balanus subconicus;* se les recoje en abundancia en toda la capa fosilífera.

Los moluscos fósiles del Chubut no ofrecen mucha variedad, debido quizás á que los mas delicados han ido desapareciendo, alterados por agentes químicos que han destruido sus formas. Como ya he dicho, la *Ostrea patagonica* es el mas abundante; otros del mismo género parecen ser la *O. Alvarezi;* los *Peeten* (*P. paranensis, P. Darwinianus*) son raros, y mas aun los *Dentalium;* las *Turritellas* (*T. patagonica*) encuéntranse en agrupaciones unas veces, y otras aisladas, en una marga calcárea amarillenta. Ademas de estos, la *Notica solida, Venus meridionalis, Cucullæa alta, Nucula ornata, Terebratula patagonica* y la *Voluta alta* son los mas frecuentes. Son menos numerosos un *Mytylus* que siempre he encontrado en fragmentos y un *Lithodomus* de valvas muy delgadas, asilado en las diversas ostras que ha perforado.

Los Equinodermos están representados por un *Spatangius* que recojí; y los Pólipos, estos animales tan simples, pero que construyen continentes, han producido en los tiempos antiguos bancos de los cuales pueden recojerse fragmentos al Sur de Punta Delfin, en baja marea.

El Dr. Burmeister, en su importante descripcion física de la República Argentina, ya habia hablado de estos organismos, á propósito de algunos restos que se conservan en mi coleccion y que procedian de las inmediaciones de San Nicolás de los Arroyos, al Norte de Buenos Aires. Son de las mismas especies que las observadas en la Patagonia, lo que comprueba la opinion de ese distinguido naturalista, de que dichos fósiles son terciarios y no cuaternarios, á cuyos terrenos pertenece la formacion de San Nicolás.

Escusado es hablar de otros restos fósiles, que el rio Chubut arrastra en su lecho ó que se encuentran sobre la meseta. Están lejos de su verdadero yacimiento y son secundarios, de las forma-

ciones inmediatas á la Cordillera, de las que han sido arrancados y llevados por las aguas y los hielos de otro tiempo.

Las capas terciarias de Patagonia están cubiertas por un espeso manto de cascajo rodado, que principia entre Bahía Blanca y el Rio Colorado, y el espesor y tamaño de los cantos aumenta á medida que se inclina al Sur y Oeste. Este inmenso depósito, dice Darwin, constituye la capa mas considerable de cascajo que haya en el mundo.

Problema interesante es el de averiguar las causas de ese gran fenómeno geológico, relativamente moderno y quizás contemporáneo y emanado de las mismas que formaron el depósito arcilloso de la pampa, que falta en la Patagonia y en el cual no se encuentra la mas insignificante piedra que indique haber sido transportada y redondeada por las aguas.

El mismo sabio inglés atribuye á esa formacion una estension, de Norte á Sur, de mas de mil kilómetros, un ancho medio de trescientos veinte y un espesor de quince metros, y agrega:

"Si se apilara esta inmensa capa de cascajo, sin ocuparse del barro que la friccion ha producido necesariamente, se podria formar una gran cadena de montañas. Y cuando se considera que esas piedras, tan numerosas como las arenas en el desierto, proceden todas de un lento desmoronamiento de los peñascos á lo largo de antiguas barrancas, sobre el borde del mar ó sobre las orillas de los rios; cuando se considera que esos inmensos fragmentos de rocas han tenido que quebrarse en fragmentos mas pequeños; que cada uno de ellos ha rodado con lentitud hasta redondearse perfectamente, permanece uno estupefacto pensando en el número increible de años que ha debido transcurrir para llevar á cabo ese trabajo. Y bien pues, todos esos cascajos han sido transportados y probablemente redondeados despues de las capas blancas y largo tiempo despues de la formacion de las capas inferiores que contienen los moluscos que pertenecen á la formacion terciaria".

En las orillas del mar, en el litoral Patagónico, he visto como olas de cascajo, señalando los distintos niveles de las mareas,

y en las faldas Andinas el pié del viajero forma, al cruzar por esas colinas compuestas casi esclusivamente de piedras rodadas, en un manto de trescientos pies de espesor, pequeñas avalanchas que ruedan por horas enteras, hasta amontonarse en el fondo de los valles y quebradas.

Las observaciones hechas en mi trayecto sobre esa capa, me han inducido á creer que los materiales rodados que la forman han sido suministrados, en su mayor parte, por cerros antíguos de la Cordillera, del centro y de la costa del territorio, como lo demuestra la gran preponderancia de los pórfiros, entre los elementos petrográficos que se han reunido para constituirla. El hielo, en la época glacial, singular periodo geológico, cuya existencia sobre la costa terrestre, aceptada ya, esplica tantos fenómenos, enigmáticos miéntras no fué admitida su intervencion,—creo que ha contribuido poderosamente á que los cantos rodados cubran la Patagonia: y á su accion se debe la fractura, en grandes fragmentos, de las rocas que al principio cubrió, accion que, continuada, ha traido el desmenuzamiento de esos fragmentos, hasta reducirlos á las dimensiones que hoy afectan.

Las cadenas porfíricas, que se elevan á un nivel mayor que la meseta, han llevado despues de la Cordillera, su contingente al depósito; y el hielo, con el cincel poderoso de su erosion, ha cortado grandes masas de sus cumbres, que ha modelado y redondeado hasta darles la apariencia de rocas *moutonées*. De aquí la disminucion de la altura de los cerros, hasta alcanzar muchas veces al nivel de las capas de cascajo, y que sólidas montañas se hayan convertido en mares de piedras. El hielo es, pues, sin duda, el gran agente que ha originado esa capa interesante. En tal virtud, no debe estrañarse que no se encuentren en el Chubut, cerca del Océano, las grandes piedras erráticas que en el Santa Cruz y mas al Sur, merced á la gran anchura relativa del territorio en el primer punto; pero es indudable que el periodo glacial ha arrastrado piedras enormes por toda la Patagonia. En la region setentrional, en el territorio del Limay, al Norte del grado 41, se notan algunas grandes, redon-

deadas, encajadas en quebradas profundas y angostas, de distintas formaciones petrográficas. En el mismo Chubut se nota, entre el cascajo pequeño, una que otra piedra redondeada, de un pié de diámetro, cuya presencia revela el vehículo de que se valió la Naturaleza para transportarla á ese punto, donde espera que otro accidente geológico la haga alejar mas ó la acerque á su primer yacimiento.

Agassiz opina que todos los pequeños cantos rodados han pasado á través de un molino de ventisquero, antes de haber sido arrastrados al punto donde él los ha estudiado, y esta opinion del sabio suizo es de gran peso.

Antes del levantamiento de la meseta, grandes aglomeraciones de piedras rodadas se elevaban al pié de las montañas, formando enormes morenas, inmediatas á los ventisqueros que las producian; pero ese movimiento lento de muchos siglos que ocasionó quizás el deshielo, junto con causas atmosféricas, las diseminó. Las lluvias diluvianas, torrenciales, que forzosamente sobrevinieron y la accion de las olas mismas, que libres batian entónces esas rocas, las desparramaron en todo el mar, ya poco profundo —por la elevacion gradual de su fondo—y en su lecho algo inclinado, como lo atestiguan aun hoy los pórfiros rodados que la draga ha revelado cerca de las islas Falkland, donde no existen en el estado de rocas *in situ*, y que pueden solo haber sido arrastradas desde la Patagonia. Todos estos agentes han contribuido á formar, con las rocas que desprendieron de las montañas, triturándolas, la enorme capa de cascajo, que no contiene fósiles propios de ninguna clase, á no ser los procedentes de otras capas más antiguas y que está muchas veces conglomerada, merced á una marga calcárea ó tosca, y mezclada con arena y arcilla, producto de las rocas blandas descompuestas y de la presion de las duras.

Vistas desde el mar, las barrancas terciarias á pique tienen una estratificacion tan próxima á la horizontal que es casi paralela al nivel de las aguas, indicio seguro de que la fuerza del levantamiento ha sido uniforme; pero la elevacion parcial,

en épocas diferentes, de ciertas porciones de la meseta, causada algunas veces por fuerzas volcánicas, probablemente, ha hecho que esa estratificacion se altere en algunos puntos, incline la direccion de las capas y dé por resultado la altura distinta á que se encuentran algunos organismos fósiles.

Este fenómeno del levantamiento es sensible en toda la costa: todos los geólogos que han visitado esas regiones lo han mencionado, y puede decirse que en el Chubut continúa en accion lentamente; es fuerza que produce el fenómeno en cuestion, que mencionaré muchas veces en el curso de este libro. Los moluscos marinos de especies actuales, en diversas capas, entre el cascajo y en delgadas cintas por ellas formadas, delantan las diferentes líneas del nivel, sobre las orillas del Chubut, cerca del mar y aun en el Valle; innumerables *Mytilus*, *Patellas*, *Trochus*, *Volutas*, blanquean algunos parajes, y en la meseta primera, do 40 á 70 piés de elevacion, rocójense los mismos moluscos, aunque mucho mas destruidos y descoloridos, por remontar su depósito allí á épocas mas apartadas. No creo que se deba á distintos periodos de levantamiento rápido la formacion de las tres mesetas que se elevan á 80, 200 y 350 piés sobre el nivel del mar, en la vecindad del Chubut; mas bien me inclino á pensar que son el producto de un lento levantamiento en distintos periodos de descanso que ha dado así por resultado distintas costas antiguas, que poco á poco se han ido desmoronando, hasta constituir las faldas de las mesetas. A formar esta opinion ha contribuido la ligera inclinacion de las capas que se elevan gradualmente de Este á Oeste hasta las inmediaciones de los Andes, donde los cantos rodados son de mayor tamaño que en las mesetas mas bajas, cercanas al mar.

Sobre la costa, cerca del Atlántico, se encuentran médanos iguales á los de la Provincia de Buenos Aires, donde abundan tambien cantidades bastante notables de moluscos, que viven actualmente en esos mares. En el Valle y sobre la meseta hay salinas que contienen sulfato de sosa, sulfato y carbonato de cal, de magnesia, etc. Ademas, el señor Kyle ha examinado

últimamente una materia salina, en la que el sulfato de sosa predomina y creo sea la misma que se recoje en el Valle donde se levantan los cerros del Cairn. Todas esas sales son exudaciones de las materias que contienen las capas mismas del terreno Patagónico.

He mencionado los caracteres geológicos y los organismos fósiles principales que forman el terreno del Chubut, y paso ahora, de su enumeracion suscinta, que revela la existencia de una vida pasada, estinguida ya, á la de los organismos actuales, que representan la vida de la época en que vivimos.

CAPITULO VI

CLIMA, FLORA Y FAUNA DEL CHUBUT

Las observaciones meteorológicas efectuadas durante mi corta permanencia, no son, en manera alguna, suficientes para conocer las condiciones climatéricas del Chubut, por lo que, ateniéndome á los informes que he recojido, diré que, con corta diferencia, son las mismas del Rio Negro.

El clima es muy seco y sano, por lo cual las enfermedades y la mortalidad son insignificantes en proporcion, y aunque llueve menos que en las regiones setentrionales, en el interior, hácia el Oeste, las precipitaciones atmosféricas son bastante frecuentes, pero de corta duracion. En la costa he observado, durante casi todos los dias, lijeros chubascos que de súbito oscurecian el cielo y descargaban unas veces gruesas gotas, otras una garúa fina y fria, acompañada con frecuencia de granizo bastante grande y molesto para el que viaja por el descampado. Estos chubascos vienen acompañados de vientos frios y violentos del S. O. y S. E. que duran poco tiempo.

En invierno, la temperatura no es tan cruel como podria suponerse en un pais tan árido y desamparado en las tierras

altas, y aunque cae nieve en abundancia en ciertas ocasiones, las personas que han viajado en esa estacion dicen que no es insoportable, como sucede mas al Sur, siendo menos sensible en la costa, donde la abundancia de cañadones y pequeñas serranías sirven de abrigo contra los vientos. En las tierras de Mackinchau, en el centro, los indios viven durante todo el año en los mismos parajes, lo que hace pensar que esas llanuras pastosas no son cubiertas por la nieve, y alimentan continuamente las escelentes caballadas de los indígenas.

En Noviembre y Diciembre, el termómetro marcó, término medio, once grados centígrados, y las transiciones de dicho instrumento fueron algunas veces tan violentas, en los momentos en que se acercaban los chubascos, que, á medio dia, en un espacio de dos horas, bajaba la temperatura de quince grados á diez, y entónces sobrevenian pequeñas lluvias, con vientos fuertes del mar, los que condensaban los vapores de la atmósfera; pero inmediatamente de cesar el viento, el sol volvia á aparecer y la temperatura se hacia normal á la vez que agradable.

Por su situacion geográfica, pocas descargas eléctricas se producen en el Chubut, y el cielo, en la mayor parte de las estaciones favorables, es decir, en la primavera, verano y otoño, es casi siempre sereno y limpio. En verano la irradiacion solar es muy fuerte y la refraccion de la atmósfera sumamente marcada, de modo que se observan con mucha frecuencia bellísimos mirajes que alteran en un momento el aspecto poco pintoresco de aquellos parajes. En esa estacion el calor insoportable dura pocas horas y solo durante el tiempo que el viento escasea, pero luego que sopla mas el aire refresca, y por la mañana y tarde hay siempre una temperatura de primavera avanzada. En invierno sucede lo contrario: por la mañana y durante la tarde el aire es frio, pero á medio dia, no amontonándose las nubes merced al viento seco, los rayos solares calientan el suelo y son bastante fuertes para producir una temperatura que puede considerarse templada para dicha estacion.

El viento que menos sopla es el del Este. En invierno algunos,

de tierra son constantes, y en el resto del año varian todos con muchísima frecuencia; algunas veces soplan con fuerza increible pero casi siempre disminuyen durante la tarde en velocidad, hasta acercarse á la calma, por lo que las tempestades son de muy corta duracion, aunque al dia siguiente vuelvan á soplar con la misma intensidad, y así consecutivamente durante algun tiempo.

Todas estas condiciones meteóricas, unidas á las físicas del suelo, ya mencionadas, contribuyen á que la vejetacion del Chubut no sea muy rica. Voy á dar una idea de ella, describiendo someramente el manto vegetal que cubre ese suelo, y que brota bajo esa atmósfera, aunque mis observaciones son poco numerosas, habiendo entrado la flora como un objeto secundario en el plan de mi viaje. Con los datos ya conocidos, y los que los viajeros futuros obtengan, se tendrá el cuadro botánico de dicho territorio, cuadro bien pobre en verdad.

Los arbustos que desde Bahía Blanca principian á caracterizar la formacion fitológica patagónica, que tiene muchos puntos de contacto, aunque menos rica, con la de Mendoza, adquieren en el Rio Negro un desarrollo bastante considerable, el que es mayor hácia el Oeste, donde los montes de Chañares (*Gourliea decorticans*) y una especie de *Colletia*, hacen sumamente incómodo y penoso el camino. Esta formacion declina luego hácia el Sur, donde gran número de las plantas que crecen en las inmediaciones del Rio Colorado y Rio Negro desaparecen, como sucede con el mencionado Chañar y el Piquillin (*Condalia microphylla*), arbustos principales que caracterizan bien esas regiones y que son muy poco numerosos en el Chubut, donde raras veces los he visto, al contrario de lo que sucede cerca de la confluencia del Limay y Rio Neuquen, region que pertenece á la formacion del monte, en que el Chañar es abundantísimo, aunque no el Piquillin.

Subiendo la meseta que bordea el Rio Negro de Este á Oeste; se entra de nuevo en la zona de dichos arbustos, la que ha sido dividida por el Valle. Agrupados aquellos en pequeños

matorrales, crecen juntos buscando, al parecer, abrigo comun en dicha union, contra los vientos andinos y polares. Vénse así mismo algunas gramíneas de los géneros Stipa y Medica, verdes en los lugares húmedos y en las inmediaciones de las pequeñas lagunas; de hojas agudas y amarillentas, doradas, en los parajes elevados, donde con gran trabajo se han levantado, en pequeños manchones sumamente agrupados, de entre el cascajo que cubre el suelo, siendo allí completamente desconocidos los prados de buen césped de las pampas. A la altura de San Antonio, se desciende á un valle donde bellas praderas con trebolares verdes proporcionan cómodos paraderos á los nómades Pampas y Tehuelches en sus peregrinaciones al Rio Negro. Un hermoso arroyo, el Balcheta, riega esa region.

Hácia el Oeste, cruzando los cerros ó mesetas de ese nombre, hay cañadones situados á muy corta distancia unos de otros, donde las gramíneas y otras plantas herbáceas, superan en número á las leñosas, que tienen su zona preferente en el ángulo del Rio Limay y Rio Negro. En esos cañadones es donde se encuentra la tierra aluvial que contribuye á enriquecer la vegetacion tan pobre y raquítica de las mesetas; los arbustos adquieren mayor altura, belleza y verdura, aunque son menos numerosos.

Las sierras de San Antonio, al decir de los que las han visitado, contienen campos pastosos, escelentes para ganados, regados por preciosos manantiales y abrigados de los vientos, y cuya buena capa de tierra negra podria aprovecharse para la agricultura. Son verdaderos oásis de ese suelo, en gran parte ingrato al trabajo humano.

La Península de Valdes que poco al Sur se prolonga al Este, tambien contiene retazos herbáceos, pero no son frecuentes y los arbustos vuelven á predominar. Al Sur de la península, y desde la sierra, preséntase nuevamente y bien caracterizada la vejetacion de los matorrales, en las distintas escalas que corresponden á las diferentes alturas de las tres mesetas que desde el Océano se elevan hasta la continuacion de dichas serranías al S. O. En la

primera, aunque los arbustos se hallan en número notable, el pasto abunda y hermosea el terreno, mientras que en la segunda, este se hace mas escaso, presentando grandes claros de tierra blanquizca y sin vejetacion en que los arbustos son mas frecuentes, reunidos en matorrales, que comprenden distintas especies, así como algunas Cactáceas, sobre todo la *Opuntia ferox*, que lastiman los piés, causando un dolor sumamente agudo. En la tercer meseta, las matas grandes desaparecen á su turno, vénse algunas pequeñas gramíneas sumamente escasas de vida, y en el piso duro, cubierto de cantos rodados y grietado por el aire seco que evapora rápidamente los escasos rocios, predomina una Compuesta, cuya clasificacion botánica no he podido obtener: imita un Cactus y cubre por millares el suelo, donde una que otra mancha verde señala la presencia de una especie de Azorella que, con algunos Líquenes adheridos á las piedras, forma el conjunto floral de esos poco atrayentes parajes.

En las sierras, con la humedad, vuelven los arbustos y los buenos pastos. Segun dicen los indios, pasándolas, el pais es fértil hasta llegar al Limay, cuya region es regada por pequeños manantiales que se pierden entre las rocas eruptivas y basálticas allí predominantes.

Si se cruza el valle del Chubut, que es otro oásis verde, en medio de la aridez de la tierra alta, vuelven estas y continúan sin interrupciones notables hácia el Sur, siempre abundantes de arbustos que proporcionan leña, predominando el incienso *(Duvaua magellanica)* y otros que la cubren y sirven de resguardo á los animales salvajes.

Solo en el valle de Chubut se ven árboles como el sauce (*Salix Humboldtiana*) y una especie de Molle muy poco abundante, que se encuentra cerca del mar, orillando el rio en su curso del Oeste. Quizás mas al Sur, en parajes que aun no han sido bien estudiados por tierra, existan otros en la proximidad de la costa. Los marinos ingleses vieron troncos secos, cerca de Sebastian Cove, que bien podrán ser de grandes Duvauas, muy viejas.

El valle, en la estension que me ha sido dado examinar,

difiere mucho en cuanto á la vegetacion de la meseta, aunque algunas plantas características de este viven en sus laderas, que se estienden suavemente, y en algunas isletas mas elevadas del valle.

Los bajos ó llanos que cubren médanos ó tierras fértiles estan adornados por varias especies de Gramíneas, tales como una *Phalaris*, una *Typha* y una *Ephedra;* en las orillas del rio, el mas bello ornamento de la pampa, la elegante Cortadera (*Gynerium argenteum*), que balancea sus elegantes plumachos plateados, y algunas otras, en las que predominan los géneros *Stipa* y *Melica*, constituyen, con una Geraniácea, el *Erodium cicutarium* que se denomina vulgarmente alfilerillo, una especie de trébol (*Trifolium polymorphum*), la *Medicago denticulata*, algunas *Oxalis*, un *Lupinus* y una *Senebiera*, lo que pueden llamarse pastos del Chubút. Abunda tambien una Cyperácea. Entre las Malváceas es muy comun la *Sphœralcea cisplatensis*. Una Liliácea, *Lothoscordum Sellowianum*, se nota frecuentemente, lo mismo que algunas Umblíferas de los géneros *Bowlseia* (*B. tenera*), *Acalina*, y *Corilio* (*C. nodosa*), dos Plumbagíneas (*Statice brasiliensis* y *Armeria* spc.) En la costa, cerca de la boca del rio, alegran la vista Papilionáceas (*Adesmias* y *Lathyrus*) y una *Onagraria* (*Oenothera* spc.) de bellas flores amarillas, que crece entre la arena, y el verde Orozús (*Phaca* spc.), con sus lindas hojas y sus flores azules, las inmediaciones del rio. Ademas he observado en el valle una Cesalpínea (*Cassia aphylla*), varias Compuestas, *Grindelia speciosa*, *Baccharis microcephala*, *B. lanceolata*, y algunos *Senecio*, *Alsinea*, *Cerastium semidecandrum*, una bonita Asperifoliácea (*Heliotropium* spc.), Soláneas (*Solanum chenopodiifolium*) *Lycium* spc., y la *Euphorbia chilensis*. En los bañados salitrosos ó lagunas de poco fondo, con agua durante el invierno y secas en verano, crecen varias Quenopodiáceas de los géneros *Salicornia* y *Sinanthrea* y una Crasulácea, unas de hojas de color verde negruzco, otras blanquizcas, que constituyen la única vegetacion de esos parajes de tierras sueltas y donde se observan, en mayor número, formando matorrales muy estensos y adquiriendo proporciones

de tamaño notables. Algunos *Lepidophyllum cupressiforme* se ven de cuando en cuando, pero no en gran abundancia, como sucede mas al Sur. Con los colonos hánse introducido varias plantas dañinas, como la ortiga (*Urtica urens*), *Sisymbrium officinale*, la *Capsella bursa-pastoris*, el *Senecio vulgaris*, etc. Las plantas útiles exóticas, tales como las legumbres y plantas de ornato, me parece innecesario enumerarlas, tanto que muy pocas he podido observar; los colonos tienen pequeñas huertas, donde las papas, las coles, los porotos, los rábanos, el maiz y la alfalfa producen regularmente.

Esceptuando el sauce colorado indígena (*Salix Humboldtiana*) que segun D'Orbigny ha dado su nombre al rio Chubut, solo uno que otro *Eucalyptus* recien plantados y algunos álamos (*Populus dilatata*) representan el adorno arbóreo de ese valle; por otra parte, algunas personas han empezado á plantar pequeños jardines y es de esperarse que el número de estos se multiplique.

En la Meseta, á la inversa del Valle que tiene un conjunto verdoso simpático á la vista, la vegetacion es desparramada. En mis cortos paseos he tenido ocasion de observar las pocas plantas que voy á enumerar, que dan fé de la aridez y tristeza de ella. Como allí los vientos son fuertes, la lluvia no muy abundante y la tierra vegetal que fertiliza falta del todo, la vegetacion no puede desarrollar sus galas, y se caracteriza por arbustos cubiertos de mas espinas que hojas, tales como la *Colletia ferox*, *Colletia longispina*, *Oxycladus aphyllus*, y otros de troncos retorcidos que se elevan generalmente á mas de dos metros de altura. Los mayores como el *Duvaua magellanica*, *Margyricarpus setosus*, *Gourlicea decorticans*, *Larrea divaricata*, *Zuccagnia punctata*, *Berberis illicifolia*, *Prosopis dulcis*, *Ephedra triandrea* y la *Condalia microphylla*, que crecen muchas veces juntos en matorrales enmarañados. Ademas se ven algunas Adesmias que brotan entre las escasas Gramíneas, y otras plantas bastante hermosas para disminuir ó atenuar en algo la monotonía de la meseta alta, y la incomodidad que ofrecen las espinas de los arbustos apiñados,

que hay que apartar ó rodear para seguir el camino.

Ateniéndome á los informes que poseo, esta formacion fitológica se estiende por muchas leguas en el litoral patagónico, entre el ramal de sierras que he descrito anteriormente y la costa del mar. Al Oeste, ella cambia, conviértese en llanuras pastosas en los valles cercanos á los Andes, y luego vienen los bosques vírgenes que ocultan las rocas de los primeros contrafuertes, hasta su falda, donde comienza el hielo sólido. Pero esos parajes, aún no los he recorrido y referiré al lector á la interesante obra del capitan Musters, mientras llega el momento de visitarlos personalmente, para comunicarle luego mis observaciones.

Las Criptógamas tienen pocos representantes en el Chubut: en las orillas marinas se recogen algunas Algas de los géneros *Conferva*, *Polysiphonia*, y una *Halymenia* y la gigantesca *Macrocystis*; algunos Hongos viven en el valle en los parajes húmedos; pocos Musgos, se estienden entre las piedras de la costa del rio; y en la meseta algunos Líquenes, unos blanquizcos, otros plomizos, parecen á lo léjos capullos de nieve súcia que cubre el suelo.

Esto es, á grandes rasgos, lo que puedo decir de la Flora del Chubut, pero es lo suficiente para demostrar que hay mucho malo y poco bueno, en relacion; que esto último se encuentra en las tierras bajas y en las faldas de las sierras, donde el agua es abundante y que para unir ambas zonas fértiles hay que atravesar inmensos espacios áridos y penosos, como los que ya he descrito. En los parajes que habitan actualmente los Pampas, entre el Chubut y el Limay, los indios aseguran que el país es escelente, y los colonos que se han internado en esa direccion así lo confirman.

Allí, pues, es donde debe estenderse la poblacion futura mezclándose con los ígenas de Mackinchau. La esplotacion de las riquezas de otro género que hay allí ayudará á la agricultura, y la tolderia de hoy, podrá ser con la ayuda de los caciques Inacayal y Foyel, que por lo general viven en ese punto, un

centro de civilizacion, de gran porvenir, y así tendremos una línea de comunicacion, casi igual á la del Rio Negro, desde Bahía Nueva á Nahuel Huapí y de allí á Chile.

En el establecimiento de ese centro consiste, en gran parte, el porvenir del Chubut.

***

La fauna del territorio que se estiende entre el Rio Negro y el Chubut no varía mucho de la del Sur de la Provincia de Buenos Aires, aunque se acerca mas á la de Mendoza y Chile, donde se encuentra la mayor parte de los animales que voy á enumerar.

Los colonos me han dicho que entre los sauces vive algunas veces un murciélago, que no he tenido la suerte de ver, pero cuyo grito agudo he escuchado algunas noches. Creo será el mismo que, en iguales condiciones, vive en el Rio Negro, donde lo he obtenido: es el *Nycticejus bonaërensis*, que se encuentra en toda la República de Chile.

Tres felinos merodean en las mesetas y algunas veces bajan al valle; su morada habitual es entre las islas ó en los matorrales. El leon comun americano (*Felis concolor*) es el mayor de ellos, y el que, por consiguiente, obtiene las presas mas importantes, tales como guanacos y avestruces, y aun entre los ganados de los colonos. El gato montés (*Felis Geoffroyi*) tambien hace estragos, lo mismo que el gato pajero (*Felis pajero*) mas pequeño y de carácter feroz; el último, sobre todo, es sumamente arisco y sanguinario y destruye sin piedad cuanto pequeño mamífero ó ave se pone al alcance de sus garras. Cuenta así mismo sus víctimas entre los guanacos jóvenes y hasta en los grandes avestruces.

Los *Canis* que viven en los alrededores son todos conocidos; el *Canis jubatus*, lobo rojo que conocemos con el nombre de Aguará, abunda poco; en cambio el zorro comun (*Canis Azarae*) y el *Canis griseus*, son muy numerosos. Es admirable la astu-

cia y la paciencia increible con que entre las matas aguardan las liebres jóvenes ó los *charas* (avestruces pequeños); en la costa del rio hacen una guerra sin cuartel á los pájaros acuáticos, sobre todo en la estacion de la muda de su plumaje. En los territorios del Oeste vive, entre los boques y matorrales espesos, el zorro grande (*Canis magellanicus*).

Dos *Galictis* ó hurones vulgares (*G. barbara* y *G. vittatus*), ayudan á los zorros en su vida de destruccion, dedicándose con especial empeño á la de los roedores pequeños y de los pajaritos; se amansan fácilmente y los he visto domesticados en el Rio Negro.

El zorrino (*Mephitis patagonica*), lindo animalito que se hace repugnante por el olor acre é insoportable de un líquido que encierra en ciertas glándulas y que es arma formidable con que lo ha dotado la naturaleza, es abundante y los indios hacen de su piel escelentes mantas de abrigo, que son un hermoso adorno. Toda su belleza, cuando camina libremente en la llanura, desaparece cuando se penetra en la zona donde ha derramado la sustancia fétida.

En los rios del interior vive una *Lutra* que los indios llaman "tigre del agua". Poseo un cuero armado, que los Mapuches me regalaron en Caleufu, diciéndome haberlo cazado al Sur de Tequel-Malal, es decir, en territorio del Chubut; en la *Lutra chilensis* ó *Huillin* que no habia sido señalada aun en esa parte de Patagonia. En el Rio Chubut son muy raras, y en el Rio Negro tampoco son abundantes: las conocen por "lobitos de agua".

Patagonia parece ser la tierra predilecta de los ratones: en la porcion que describo se observan muchas especies y entre ellas los *Mus griseo-flavus*, *Mus elegans*, *Mus xanthopygus* y el *Reithrodon cuniculoides*: el *Mus musculus* y el *Mus decumanus* han invadido tambien esas regiones junto con el hombre blanco. Pero los roedores que hacen mayores estragos, minando y destruyendo cientos de leguas, son el *Ctenomys brasiliensis* y el *Cavia australis* que han convertido en un estensísimo arnero el suelo de esa

region y Tierra del Fuego, desde el Norte al Sur y desde el Este al Oeste.

Si bien la viscacha de la pampa (*Lagostomus trichodactylus*) no se encuentra al Sur del Rio Negro, en las inmediaciones del Limay, en el territorio del Chubut, he visto un animalito trepando ágilmente las rocas, en gran número, frente á "Cum-Cum geyu" y aunque no he podido obtener ningun ejemplar, por la descripcion que me hicieron los indios de su pelaje y forma creo que es el *Lagidium Peruanum*, ó viscacha de la Cordillera, que he tenido ocasion de ver en la sierra del Ambato, en la Provincia de Catamarca.

La *Dolichotis patagonica*, animal que impropiamente se denomina liebre, es abundante en pequeñas tropillas; su carne proporciona alimento agradable, y buenos abrigos su piel que es bastante hermosa pero de poca duracion. Es el roedor de mayor tamaño que vive en la actualidad en la Patagonia, siguiéndole el *Cavia australis*.

El único desdentado que hay en el Chubut es el Pichi (*Dasypus minutus*), el mas pequeño de ese género allí, que cierra la lista de los mamíferos que habitan en cuevas en el suelo austral.

El guanaco (*Auchenia huanaco*), es el mas bello adorno animal de las mesetas; se le encuentra en tropas hasta de doscientos individuos, vagando en las tierras áridas, arrancando las escasas yerbas, ó deleitándose en los cristalinos manantiales de las cañadas. Es el mas elegante, el mas curioso y el mas útil de los mamíferos patagónicos.

Los ciervos ó venados (*Cervus campestris*) son ya bastante raros al Sur del Rio Negro, pero se les vé á veces en las mesetas inmediatas al Chubut. Otro ciervo, el Huemul fabuloso (*Cervus chilensis*) se esconde entre los bosques cercanos á la Cordillera, y rara vez se atreve á llegar á la meseta, donde el descampado parece contrariar sus gustos sombríos.

Por último, un solo Paquidermo, el *Quetré-Quetré* de los Mapuches, javalí de regular tamaño, vive entre los bosques del

Oeste, en Nahuel-Huapí, Rio Limay y Rio Negro, hasta mas al Este de Choleachel, donde se le encuentra entre los sauzales. Aunque muchas veces oí el ruido que en el citado lago hacian al huir en tropel, y los ví á la distancia, entre los árboles, no pude examinar de cerca ninguno, ni ver su cuero, consolándome con haber probado de su rica carne, y con la adquisicion de dos cráneos. Faltando el cuero, es imposible decir que especie representa este animal, cuya existencia en esos parages no habia sido aun señalada, pero me inclino á creer que es el "Taytetu" ó "Chancho del Monte" que describe Azara. La semejanza entre la fauna y la flora de las Provincias de Cuyo con la de la Patagonia Setentrional, ha llamado la atencion de quienes se han ocupado de esas regiones, y bien puede ser que el *Dicotyles torquatus* ó el javalí argentino comun, que es el citado animal, estienda su área de habitacion hasta las poco frecuentadas tierras del Chubut Occidental, como sucede con tantos otros animales y plantas.

Las costas del mar, en el Chubut, han sido en otro tiempo renombradas por las grandes pescas de focas que allí han tenido lugar y en las que se han sacrificado millares de esos animales, tanto que hoy solo se encuentran al Sur de Buenos Aires pequeñas Roquerias, como llaman los pescadores á los puntos donde se reunen los lobos marinos. Estas Roquerias no son siempre habitadas, sinó que las focas, con intérvalos de uno á dos años y en grandes tropas, cuyo número llega hoy hasta dos mil, invaden las rocas, al pié de algun promontorio, elevado casi á pique, sobre el Océano. En el mar nunca las he visto reunidas en número considerable: solo cinco ó seis muestran sus negros hocicos para respirar, y se hunden con su lastre de piedras, que llevan consigo para triturar los alimentos, cuando notan que la curiosidad ó el instinto destructor del hombre puede ponerlas en peligro. En el agua es dificultoso apresarlas, pues luego de heridas desaparecen en las profundidades, pero en la costa sucede lo contrario. La caza, aunque no está exenta de peligros, es casi siempre segura, cuando se ha tenido buen cuidado de burlar

la vigilancia de los venerables y feroces machos melenudos de la tropa, encargados de hacer de centinelas mientras las hembras buscan su alimento y cuidan con cariño casi humano sus hijuelos ó duermen tranquilas sobre las rocas, á donde con gran dificultad han trepado.

Dos especies de estos animales se observan en las inmediaciones del Chubut. La *Otaria jubata* ó leon marino, llamado así por los largos pelos que el macho tiene cerca de la cabeza, asemejándose así á los feroces habitantes de las selvas africanas, es la que ha proporcionado aceite á las *fábricas* que en la costa patagónica se establecieron en otro tiempo y de las que hoy solo quedan ladrillos refractarios y enormes tachos de hierro, entre los médanos; de esta especie obtuve un cráneo. La *Otaria falklandica* es mas rara y representa el valioso lobo de dos pelos, por cuya piel se han librado sangrientos combates entre pescadores, en esas regiones donde la justicia no ha hecho sentir aun su influencia y donde reina el derecho del mas fuerte. Uno de estos animales, ya muerto, habia sido llevado á la orilla por la marea y algunos crustáceos voraces se habian encargado de despojarlo de sus carnes putrefactas.

Los cetáceos de esa region son los mismos en toda la parte austral. La pequeña "franciscana" que algunas veces se vende en los mercados de Montevideo y Buenos Aires y que la ciencia ha denominado *Pontoporia Blainvillei*, delfinoide pequeño que ha sido objeto de diferentes descripciones, se vé á menudo jugueteando en torno de los buques, á los que acompaña por largo tiempo, adelantándose en la proa y pasando bajo su quilla, sin descuidar entre tanto su alimento, pues los numerosos y agudos dientes que guarnecen sus puntiagudas mandíbulas, hacen presa de las pequeñas sardinas, que la claridad del agua permite ver, huyendo en tropel.

Un dia que el buen tiempo convidaba á recorrer la costa, me dirijí á pié orillando los médanos hasta el promontorio del Norte, con la intencion de coleccionar los despojos del mar. Obtuve buen resultado: recojí primeramente un cráneo de *Delphinus*

microps que la corriente habia arrastrado, envuelto en un sudario de hermosas plantas marinas. Este animal, que vive en el Atlántico, al Sur del Ecuador, es comun en las costas argentinas, y muchas veces se interna en los rios: poseo un cráneo recojido en la laguna de Vitel, en el partido de Chascomús, prueba de que el animal recorrió mas de 200 kilómetros desde la boca del Salado hasta el punto donde se encontró. El bonito *Delphinus Fitz-Royi* frecuenta tambien esos parajes y conseguí un cráneo completo; pero el cetáceo que á mi modo de ver es el mas comun, es el *Delphinus* (*Tursio*) *Cymodoce*, pues ví cinco cráneos, de los que pude recojer solo tres, por ser el peso demasiado grande para mis hombros y contribuir el calor y el suelo arenoso de los médanos á hacer sumamente fatigoso un camino de seis millas donde no hay agua que beber. El *Lagenorhynchus cœruleo-albus*, blanco con fajas negras, tambieu se acerca á la costa y juguetea entre las olas que ruedan hácia la orilla, sin ocuparse aparentemente del que en ella pasea. Tambien recojí un cráneo de un cetáceo del género *Phocæna*.

El *Epiodon australe* que ha descrito estensamente el Dr. Burmeister, segun el ejemplar que se conserva en el Museo público de Buenos Aires, y uno de cuyos mejores adornos forma, es, esceptuando las ballenas, el animal mas grande que he visto en los mares patagónicos; el ejemplar citado pertenece á un individuo jóven y mide cerca de cuatro metros de largo; tuve la suerte de descubrir en la arena gran parte de un cráneo de uno de esos animales, cuyas dimensiones hacen ver que el individuo adulto á que perteneció ha debido tener un tamaño mucho mayor que el descrito por el Dr. Burmeister.

Ademas, en mi primera escursion á Santa Cruz, en 1874, recojí el ramo izquierdo de la mandíbula inferior de otro ejemplar, ramo que mide ciento diez centímetros de largo, que comparándolo con el del animal jóven citado, da, para ese Epiodon, un largo total de ocho metros.

Quizá este Ziphioide es el animal que varias veces he confundido en el mar con ballenas pequeñas, al verlos pasar cerca del

buque haciendo suaves ondulaciones, respirando ruidosamente en la superficie y lanzando una pequeña columna vertical de agua.

Un diente grande y grueso que recojí revela que un *Physeter* vive en esos mares.

Hallé tambien despojos de ballenas, consistentes en algunos huesos grandes y otros gigantescos, y restos del cráneo, que parecian grandes hélices de algun vapor naufragado, y las enormes mandíbulas que el vulgo cree costillas.

Probablemente los mas pequeños pertenecian á la *Balaenoptera bonaerensis*, y los mayores á la inmensa *Sibbaldins antarcticus*, ambas descritas por el Dr. Burmeister. Esta última es uno de los mayores enjendros vertebrados de la Naturaleza.

La Bahía Nueva, cercana al Chubut, era en otro tiempo guarida de innumerables ballenas que alegraban con sus juegos de agua esa region solitaria; pero un dia, flotas de balleneros descubrieron el refugio, y testigos oculares me han contado que la mar tranquila del golfo estremecióse á impulso de los movimientos de esos animales, enormes como inofensivos, heridos por el arpon, y que las aguas cubriéronse de sangre y aceite. El instinto feroz de la bestia, que de cuando en cuando recuerda al hombre su orígen, cambió en pocos dias ese paraje en una escena de carnicería espantosa. La embriaguez de la sangre y del lucro pobló de enormes esqueletos de colosos la costa donde blanquean aun, y desde entónces domina el silencio, allí donde antes era todo alegría.

Del gigante de los mares paso al gigante de los aires, siguiendo la clasificacion natural de los vertebrados.

El Rey de los alados, el Cóndor (*Sarcorhamphus Gryphus*) el mayor de los rapaces actuales, habita tambien el territorio del Chubut; cerniéndose entre las capas de la atmósfera, gira describiendo inmensos círculos á una altura donde la vista apenas alcanza á divisarlo, y cae casi á plomo, con una velocidad increible, sobre los animales que su escelente vista elije por víctimas. En los cerros del Cairn ví uno de ellos, que compartia casi amistosamente el festin de un guanaco, con un puma, su compa-

ñero de aventuras. Aunque muestra preferencia por los mamíferos y aves, lo he visto alimentarse tambien de pescados, encontrándosele muchas veces solitario en las barrancas verticales de la costa. Indicio seguro y precursor de una escena sangrienta en esas soledades es ver al Cóndor, como un punto negro apenas visible en el cielo, acercarse con rapidez y batir casi con sus poderosas alas la superficie de la meseta: ó busca su garra una presa ó la ha encontrado ya hecha por las fieras de la tierra; y generalmente no es uno solo el que llega; el viajero que mira al cielo, antes desierto, verá aparecer de todos lados puntos negros, é inmediatamente despues, delante de sus ojos, cruzarán inmensas sombras que se disiparán con rapidez: son otros tantos Cóndores que acuden al festin y que luego pasan graznando y aleteando horas enteras, antes de volver á levantar su vuelo, á esperar nueva oportunidad.

Sigue al Condor el *Cathartes Urubu*, que recoje los desperdicios de aquel; en las márgenes del Rio Negro lo he visto reposando en gran número en las ramas de los sauces secos, al parecer soñolientos, con sus peladas cabezas recogidas, pero en realidad esperando con avidez las inmundicias del saladero. En el Chubut abundan tambien: vénse en los árboles sus figuras repugnantes, durante los dias nebulosos, cuando sus instintos hambrientos no los apuran, y recuerdan las lúgubres escenas de horca de la Edad Media, reproducidas en los fantásticos grabados de Doré. Jamas ataca un animal vivo; es sumamente cobarde y los caranchos lo persiguen cuando el alimento no es suficiente para contentar á todos; sin embargo, divide la presa en sociedad, á la orilla del mar, con algunas aves marinas. Al Urubu no le gusta el aislamiento y por el contrario busca al hombre, quien puede proporcionarle desperdicios que no desdeña su paladar poco escrupuloso; llega hasta acercarse á pocos pasos de él, esperando paciente los restos que el cazador abandona; muchas veces cuando este corre hácia el animal cazado, ya lo han adelantado.

He encontrado, sobre un guanaco muerto, mas de veinte de ellos, cebándose en carnes podridas, y mostrando en los picos,

asquerosos despojos y tiras sangrientas, que eran objeto de lucha encarnizada. Otros, alrededor, esperaban su turno, seguros de que la presa era abundante; mojaban las garras en la linfa impura, y se paseaban tranquilos, ó saltaban abriendo las sucias alas, lanzando un graznido de codicia sobre algun fragmento que los que combatian sobre el guanâco habian arrojado.

Esta ave trata siempre de aprovechar la ocasion y hace buen acopio de alimentos para varios dias, pues á juzgar por las apariencias, no sufre del hambre. Despues de comer, hace ejercicio; su marcha es lenta y grave; pero sucede á veces que otros animales, mas fuertes ó mas atrevidos lo persiguen, y entónces su cobardia lo obliga á volver lo que ha comido, para poder huir.

El *Cathartes Aura*, abunda como el Urubu. Tiene sus mismas costumbres, y despide, como aquel, un olor fétido y repugnante.

El Carancho (*Polyborus vulgaris*,), tan comun en Buenos Aires, frecuenta tambien el Chubut. Este animal, aunque prefiere la vecindad del hombre, habita igualmente la meseta alta donde en viejos Inciensos, construye con la hembra, de la que casi nunca se separa, monumentales nidos, sobre los cuales se les vé balancearse, á la caida de la tarde, despues de haber empleado el dia en provechosas correrías. Si algun viajero descansa un momento, para hacer la comida, vé llegar inmediatamente al Carancho, que se acerca primero volando al rededor, á cierta altura, se posa luego á poca distancia, sobre una mata, y vá creciendo en osadía hasta llegar á disputar á los perros los pocos despojos que se les arrojan; luego que el viajero se aleja, se posesiona del sitio abandonado y no se retira hasta no haber consumido todo lo posible. A veces pasa dias sobre una osamenta, ya blanqueada por el tiempo, haciendo oir su grito triste y desagradable.

El Chimango (*Milvago chimango*), que no es tan familiar, es su digno compañero. El *Circus cinereus*, así como el *Buteo melanoleucus*, que hace una guerra sin cuartel á las tímidas palomas, y el *Buteo erythronotus*, que elije con preferencia para hacer su nido, los arbustos de los cerros, abundan en la meseta y

en el valle. La hermosa Aguila gris (*Circaëtus coronatus*) solo la he visto una vez, solitaria, sobre una meseta ruinosa, cerca del valle; el *Tinnunculus sparverius*, es comun y hace bastante daño; el *Falco cœrulescens* aparece en las barrancas cercanas al mar.

El Buho de las tierras Magallánicas, que conocemos por Ñacurutú (*Buho magallanicus*) es raro en el Chubut, donde á causa de sus hábitos de retiro, se le vé muy de tarde en tarde. El Lechuzon plomizo-blanquizco de la pampa (*Noctua cunicularia*) tampoco es abundante; lo he visto en los claros de los matorrales de la meseta, donde su grito agudo y prolongado señala su presencia, generalmente á la puerta de una cueva de zorro ó liebre, abandonada, que elije para hacer su nido. La Lechuza color plomizo-rojizo (*Glaucidium nanum*) y la comun (*Strix perlata*), vense tambien de cuando en cuando en la meseta y en el valle.

Una *Hirundo* (*H. leucorrhœa*) es comun en el último, lo mismo que la Golondrina de vientre blanco (*Atticora cyanoleuca*) y la *Progne purpurea* que vive en los agujeros de las areniscas duras del borde de la meseta. La *Uppucerthia dumetoreus* mora entre los arbustos de la meseta y parece que prefiere su soledad y esterilidad, al valle. En este viven varios *Synallaxis* (*S. patagonica*, *S. melanops*, *S. sordida*, *S. Hudsoni*), en los parajes secos, siendo raros en las alturas. El Gallito (*Rhinocrypta lanceolata*) que abunda tanto en la vecindad del Cármen de Patagones, tambien frecuenta el valle del Chubut, donde lo he visto, saltando con la cola levantada, y guerreando con los insectos. La Ratona (*Troglodytes furvus*), tan familiarizada con el hombre, es numerosa cerca de las habitaciones y en los arbustos de las tierras altas, lo mismo que el *Anthus correndera*.

Solo ví una vez el Tordo (*Turdus falklandicus*) entre los sauces del rio. La Calandria comun (*Minus patagonicus*) modula, en los bajos y en los altos, himnos de tonos tan variados que parecen emitidos por distintas aves, y su canto alegre pide una tregua á la tristeza de esos parajes. La Calandria blanca se observa algu-

nas veces entre los arbustos de la meseta. La preciosa Viuda (*Lichenops perspicillatus*) anida entre la paja brava (*Gynerium* spc.) del valle, y pasa las horas enteras parada sobre los tallos de esa planta, esperando inmóvil que su buena suerte le depare insectos. En los médanos de la costa vuela por tropas la *Muscisaxicola mentalis*. Dos *Euscarthmus*, el *Hapalocercus flaviventris* y el *Anæretes palurns*, viven entre los sauces. El *Cyanothis omnicolor*, de bonito plumaje, es comun entre los carrizales, lo mismo que el negro *Agelaius Thilius*.

El Pecho colorado (*Stirnellu militaris*), el gran aprovechador de las cosechas, es uno de los pájaros mas comunes del territorio del Chubut; y se le encuentra en bandadas numerosas.

Se vé con frecuencia entre los sauces, al *Molothrus bonaërensis*, lo mismo que al *Fringilla auriventris*, que vuelan juntos en algun número, con un *Phrygillus*, y el *Diuca minor*, que hace oir su bonito canto en las espesuras. El conocido Chingolo (*Zonotrichia australis*) abunda indistintamente en todas partes.

El Loro bullanguero (*Cunuros patagonus*), en la estacion que realicé mi viaje, no era muy abundante; solo ví algunos en el Castillo Viejo, donde me aturdian mientras recogia fósiles en los agujeros donde tenian sus nidos. Un solo *Picus* ví, y esto, volando, de modo que no puedo decir á qué especie pertenece. La Paloma del monte (*Columba maculosa*) se encuentra en grandes bandadas, á la caida de la tarde, en los arbustos de los cerros. Pocas perdices pequeñas (*Nothura Darwinii*) viven en el Chubut, siendo mas abundante la Martineta de plumaje variado y de elegante copete (*Eudromia elegans*), sobre todo en las tierras altas, donde deja escuchar á menudo un silbido dulce y agradable.

El griton Teru-teru (*Vanellus cayenensis*) aturde en el valle; en la meseta se le oye menos, como si la soledad lo entristeciera. El Chorlo amarillento (*Agealiptis falklandicus*) y la Gachita (*Endromia modestus*) frecuentan en número considerable las orillas de las lagunas.

Los avestruces que se encuentran en el territorio del Chubut

pertenecen á dos especies: el Avestruz moro (*Rhea americana*) es el menos comun, pues su área de habitacion está situada mas al norte, y no sé que se le haya visto cerca del valle, aunque me consta que se han cazado algunos en los alrededores de Bahía Nueva. El Avestruz petizo (*Rhea Darwinii*) es abundante y se le caza en gran número sobre las mesetas; pero antes de poco tiempo se habrá retirado tambien, pues al indio que antes lo perseguia, se ha agregado el europeo, que sin conciencia de lo que hace, destruye esta interesante especie, que durante mucho tiempo ha servido para mantener con su pluma un comercio activo entre el salvaje y el civilizado de los pueblos del Sur. La Garza mora (*Ardea cerulescens*) déjase ver entre los juncales secos y la chillona *Ardea Nicticorax*, que vive oculta durante el dia, incomoda de noche, con sus gritos desagradables. La Bandurria (*Theriscus melanops*), la Gallareta (*Fulica leucopyga*), el Flamenco (*Phœnicopterus ignipalliatus*), la *Mareca sibilatrix*, el *Dafila oxyura* que es el pato mas comun de Patagonia, el *Querquedula cyanoptera*, y la bonita *Spatula platalea* en gran número, alegran las lagunas poco profundas, cuyas aguas son casi completamente cubiertas por sus vistosos cuerpos. En las lagunas, como en todo el valle, abundan las abutardas (*Bernicla antartica*), ave que proporciona buen alimento al cazador. En el rio nadan gallardos, el elegante Cisne de cuello negro (*Cygnus nigricollis*) y algunos ganzos (*Cygnus coscoroba*).

Entre las aves de mar mas comunes en las costas del Atlántico, se encuentran en el Chubut, los *Larus cirrhocephalus*, *Larus dominicanus*, *Sterna Cassini* y *Sterna hirundinacea*. El curioso Pengüin, (*Spheniscus patagonicus*) ya no abunda tanto allí, pues el hombre le ha casi estinguido y hecho alejarse para ir en busca de parajes mas retirados y apacibles. El hermoso Albatros (*Procellaria gigantea*) que puede llamarse el cóndor del agua, frecuenta ese punto, que es tambien visitado por la variedad oscura mas pequeña (*P. gig.* var. *fusca*) y la preciosa Paloma del Cabo (*Daption capensis*). Un Haliæus (*H. Brasiliensis*) pesca en el Rio, y otro, el *Haliæus carunculatus*, ó Shag comun en la costa del mar.

En mis condiciones, se juzgará fácilmente que no podia dar la preferencia á los animales del territorio que visitaba de tránsito. No se crea pues que esta lista esté completa, aun cuando Patagonia sea pobre de mamíferos lo mismo que de aves. Todas las mencionadas son las principales aves que he visto en el Chubut, pero el señor Dourneford, que ha visitado dos veces ese mismo punto, menciona varias otras de los géneros *Stenops*, *Homorus*, *Agriornis*, *Tœnioptera*, *Hoplopterus*, *Thinocorus*, *Querquedula*, *Erismatura*, *etc.*

Un fragmento de la coraza me indicó la existencia, en esos parajes, de la tortuga de tierra (*Testudo sulcata*), cuya clasificacion ha dado lugar á controversias entre la gente de ciencia. La lagartija comun de Buenos Aires, el *Acrantus virilis*, se estiende hasta el Chubut, donde otros saurianos, del género *Proctotretus* (*P. Fitzingerii*, *P. Kinyii*, *P. gracilis*, *P. Wiegmanni*, *P. pectinatus*, *P. multipunctatus*) abundan, lo mismo que el *Diplolaemus Darwinii*, pero el *P. Bibronii*, de manchas doradas, es muy raro.

Una especie de *Amphisbœna* vive entre la tierra, y se recojen allí varios ofidios, como la *Coronella pulchella*, *Leophis poecilostictus* *Dryophylax Burmeisteri* y *Chlorosoma sagittifer*.

He recojido un solo batracio, pero se ha estraviado despues. En el rio, los colonos pescan truchas de buena calidad (*Perca laevis*) y ademas he conseguido un siluroides.

No he podido obtener ningun molusco terrestre ó de agua dulce, pero no dudo que se encuentren; en cambio los siguientes, que recojí en varias escursiones por la costa, pueden dar una idea de la fauna malacológica marina de esos parajes: *Bullia cochlidium*, *Trophon magellanicus*, *T. geversianus*, *Terebra patagonica*, *B. globulosa*, *Oliva patagonica*, *Purpura labiosa*, *Voluta magellanica*, *V. fusiformis*, *V. ancilla*, *V. brasiliana*, *V. angulata*, *Natica obstructa*, *Scalaria elegans*, *Crepidula patagonica*, *C. aculeata*, *Trochus corrugatus*, *Monodonta fragrarioides*, *Fissurella alba*, *F. picta*, *F. radiosa*, *Nacella vitrea*, *N. hyalina*, *Patella deaurata*, *P. magellanica*, *Solen sculprum*, *Pectunculus angulatus*, *Nucula striata*, *Pecten pictura*, *Pinna patagonicu*, *Mytilus chilensis*, *Modiola*

purpurata, Venus Alvaresii, V. purpurata, Lucinnia sp., Cyclas Fontanei, Cholas lamellosa.

No menciono entre ellos el *Octopus Tehuelchus* porque no lo he visto, pero me dicen que abunda en Bahía Nueva.

Poco interesante tendria que decir sobre los pescados marinos, los insectos, crustáceos, anélidas, animales radiados y protozoarios observados durante el viage, porque el número de ellos ha sido muy reducido. Por eso me abstengo de hacerlo por ahora, dejando esta parte de la zoología del Chubut para mas tarde, cuando los materiales recojidos hayan sido estudiados y las colecciones sean mas completas.

CAPITULO VII

ESCURSION A LA MESETA NORTE—UNA TUMBA INDIA—ERUPCIONES PORFIRICAS

Un viagero halla siempre múltiples atractivos en los parajes que visita, por mal que los haya dotado la naturaleza; y su curiosidad no deja de encontrar incentivos, sea cual fuere el carácter de las comarcas que recorra, desde los hielos paleocrísticos del Polo, hasta los pantanos miasmáticos del Africa con su calor sofocante. Cediendo á ese impulso y á pesar de los muy reducidos recursos de que disponia y de la falta de seguridad sobre el tiempo que debia demorar el buque, lo que no me permitia internarme á largas distancias, no pude menos de hacer un paseo á la meseta que limita por el Norte el valle.

Muy triste me hubiera sido abandonar el Chubut, sin haber tentado siquiera, el inquirir lo que, escudado por esa monotonía poco halagadora, guardaba en sus soledades aquel lecho de mar antiguo, levantado por las fuerzas que desde su interior diseñan y cambian continuamente la fisonomía esterna del globo.

Despues de tocar con mil dificultades para procurarnos caba-

llos, tan escasos allí, salí una mañana en compañía de los señores J. M. Thomas y Berwin con rumbo á cruzar el valle. Este, muy desigual, estaba cubierto por pequeñas lagunas secas ó bañados antiguos, limitados por albardones matizados de arbustos espinosos. En su suelo blanquizco, relumbraban numerosos fragmentos de sílices, á que los indígenas ya estinguidos, antiguos habitantes de esos puntos elevados, habian dado la forma de puntas de flechas.

Inclinándonos al Este, divisamos una inmensa sábana salina, que inutiliza gran estension del valle y que se denomina Laguna de Chiquichano, nombre del Cacique de los Quirquinchos, tribu Pampa. A la sazon estaba seca, su suelo era blando, muy suelto, hasta hundirse en él el caballo, y contenia eflorescencias salinas á las que el sol comunica una reverberacion que daña la vista.

El señor Puiggari que ha examinado muestras de ese suelo, señala en él ácido sulfúrico, cloro, sílice, magnesio, sosa, aluminio y hierro, sin haber hallado, como otras personas lo creian, el valioso nitro. Algunas Quenopodiáceas que allí crecen han adquirido casi las proporciones de árboles, y á su alrededor hánse formado eminencias terrosas que las aguas no han podido arrastrar y que en algunas ocasiones han servido de sepulcros á los indios, como lo atestiguan huesos muy destrozados que encontré.

Cruzamos la laguna, con gran fatiga de los caballos, y alcanzamos el pié de la meseta, á tiempo que se acercaba un chubasco que, apenas llegados á la cumbre plana, descargó sobre nosotros. Resguardados detras de unas matas, con la cabeza protejida por las caronas del recado, contra el granizo grueso que podia herirnos, almorzamos un pedazo de pan y manteca. El viento frio nos helaba, mojados como estábamos por la lluvia.

Un matorral de *Colletias* resinosas, que encendimos, nos volvió el calor necesario para continuar viage. Estas plantas, verdes y mojadas, arden con facilidad.

Hasta la tarde continuó desagradable el tiempo. A intérvalos, él aparecia ó la lluvia arreciaba; nuestro camino se hacia en estremo tortuoso, el fuerte viento impedia observar en la pequeña

aguja la direccion que seguíamos, y toda nuestra atencion debia contraerse al caballo, que á cada momento hundia sus manos doloridas, lastimadas por los Cactus, en las cuevas traicioneras de los *Ctenomys*, infiltradas de agua, y en las que, caballo y ginete, caso de caer, tuvieran gran trabajo de levantarse.

Desagradable es por cierto viajar por las mesetas en dia de lluvia: á la molestia del agua, únense los obstáculos del terreno convertido en un guadal de leguas, y solo el deseo tenaz de visitarlas pudo hacer que no desistiésemos de nuestro paseo. Aun cuando reinara buen tiempo, pocos atractivos hubiera encontrado la vista en el trayecto de ese dia. La planicie, entre la niebla de la lluvia y la bruma que, al reaparecer el sol, se levantaba, ocasionada por la evaporacion, cuyo proceso se hace con gran rapidez en las tierras altas, se estendia llana, limitada al Oeste y Norte por el escalon de la segunda meseta. Solo algunos guanacos viejos rumiaban impasibles las escasas gramíneas, acostumbrados ya, y veteranos de las inclemencias de las estepas; otros mas jóvenes, con sus largos cuellos cómicamente estirados y aguchados, sus cabezas en rueda, se prestaban proteccion mútua esperando la calma, al reparo de algun gran incienso.

El desierto patagónico, hubiérase dicho abandonado por los dones de la naturaleza desde el último tiempo geológico; los enmarañados matorrales remedaban restos informes de una vegetacion mas lujosa, de otra época y otro clima mas benéfico, vegetacion que parece estacionada desde el fin de la época glacial y cuyo aspecto, si ha cambiado, ha desmerecido desde entónces. La capa aluvional moderna que llamamos *humus* no lo cubre ni fertiliza en ninguna parte.

A la caida del dia, ascendimos el segundo escalon, elevado de doscientos pies sobre el primero, al que la influencia colectiva del levantamiento y la erosion han dado un aspecto de grada ruinosa pero soberbia. La misma vista y el mismo carácter monótono, solo interrumpido á lo lejos por algunos pequeños cerros aislados, restos quizas de mesetas que el agua en cientos de siglos ha

gastado y que se elevan solitarios, como grandes formas truncadas, semejando gigantescos Teocalis mejicanos. En esos monumentos geológicos, á diferencia de los sacrificios humanos que exigia la religion de los Aztecas, solo los guanacos son, de vez en cuando, inmolados por alguna puma en aras de su apetito voraz.

En una suave hondonada, guarecida del viento, encontramos un buen retazo de pasto dorado y resolvimos hacer allí noche. No nos habia sido dado encontrar agua: la lluvia habia sido duradera, pero era tal la sed de la estepa que toda la habia absorvido. Los pobres caballos hubieron de contentarse con el duro pasto y nosotros con un fragmento de pan negro y queso. Sin embargo, no podíamos quejarnos: despues de ese dia desagradable, la tarde presentábase espléndida, iluminada por los rayos solares oblícuos que daban largas sombras y matices oscuros á los matorrales. A ellos acudian cientos de palomas (*Columba maculosa*), sin prevencion alguna contra los hombres, amparados por el mismo abrigo.

A lo lejos, en el fondo del Oeste, el gran claro, entre los restos de las mesetas que el reflejo de la atmósfera coloreaba de violeta y púrpura, era iluminado por el rojo ígneo del sol que se ocultaba, y un magnífico arco-íris dibujaba en el cielo los purísimos colores del espectro.

Tan bello espectáculo no duró largo tiempo; el horizonte oscurecióse rápidamente al Sud-Este y pronto los característicos chubascos se sucedieron sin interrupcion, apagaron nuestra hoguera y apenas pudimos gozar de algun sueño, envueltos en los quillangos, luego de recojer agua para atenuar la sed que nos acosaba.

La noche del 27 de Noviembre pasóse así, y habiendo amanecido el dia siguiente claro y despejado, prometiendo buena continuacion de viage, ensillamos y nos dirijimos á las elevaciones citadas.

En el camino encontramos un nido de la hermosa perdiz martineta (*Eudromia elegans*) que contenia ocho huevos verdes, feliz hallazgo que vino á asegurar nuestro almuerzo. El suelo

se habia endurecido bastante y los agujeros de los roedores no eran ya tan fastidiosos; las aguas habian desmoronado sus bordes y millares de esos dañinos animalitos habian sucumbido.

Entramos en un terreno mas ondulado que de costumbre; la vegetacion era mas robusta y el pasto abundante, por lo que dimos un pequeño descanso á los caballos, para prepararlos á ascender un cerrito de aspecto estraño que á la distancia de una milla al Oeste, se divisaba. Llegados á él, vimos que las rocas que lo formaban, no eran del terciario, sinó mas antiguas, alteradas por acciones plutónicas; eran rocas metamórficas no denunciadas aun en esos parajes y por consiguiente un descubrimiento de gran importancia.

Las planicies terciarias desaparecian allí para dar lugar á una formacion de diverso orígen.

En la cumbre del cerro nos aguardaba una sorpresa.

Elevábase del suelo un monton de piedras y ramas secas, de un metro y medio de altura, que parecia haber sido arreglado así hacia largo tiempo, y entre cuyas junturas blanqueaban restos humanos. Era un cairn funerario.

Ya en mi viaje á Nahuel-Huapí habia visto esos modestos monumentos que el respeto y la amistad, á mas de la costumbre, han elevado en forma de pirámide de piedras sueltas, sobre los restos y para recuerdo de los que allí murieron. En Chocongeyu, á inmediaciones del Limay, pasé junto á nueve tumbas de esa clase, atribuidas por mis compañeros indígenas á una familia Mapuche (gentes de los campos), que segun ellos, habia muerto de frio, á causa de haberles arrebatado los caballos los Picunches (gentes del Norte) durante la noche. Sus restos reposan allí y uno de mis acompañantes dijo que las ramas que los cubrian eran destinadas á suministrarles fuego en la otra vida.

Los indios, al pasar por ese punto, colocaban antes sobre las tumbas una piedra que aumentaba la altura ú ocupaba el sitio de las que el tiempo desmorona; luego se contentaron con cortar ramas de los arbustos cercanos y ponerlas sobre las piedras, y ya en el momento de mi viage, se limitaban á depositar respetuo-

samente, y en silencio, ramitas pequeñas é hilos de los ponchos desflecados por las espinas.

Ni á la ida ni á la vuelta pude registrar esas tumbas, de las que, de todas maneras, no me hubiera sido dado sacar provecho alguno, pues á haber intentado recojer los despojos que encerraban, enviáranme mis guias á hacerles compañía.

En la meseta alta del Chubut, era caso distinto, y pude estraer siete cráneos y algunos fémures, sintiendo que el mal estado de los caballos no permitiese llevar todos los huesos. Semejantes monumentos fúnebres no son raros en Patagonia; en las costas del mar los viageros hánlos mencionado repetidas veces, y Cox señala uno de ellos en un paso de la Cordillera. En el interior los he visto, y el señor Dournford que últimamente ha seguido el curso del Chubut en una gran estension, ha encontrado mas de diez de ellos, aunque sin poder reconocerlos ni obtener un solo cráneo, como ha sucedido con los otros descubridores.

Esos cairnes estan formados de piedras amontonadas que rodean y cubren los restos humanos, colocados al parecer sobre un piso artificial de piedras planas; el mas elevado que conozco mide cerca de tres metros, y algunas piedras de las que los forman pesan de cuarenta á cincuenta kilógramos.

Conociendo la índole descuidada y negligente del Patagon, puede calcularse el gran interés que en tiempos remotos tuvo por preservar los restos de sus deudos ó amigos, cuando para cubrirlos ha tenido muchas veces que transportar esas pesadas piedras.

En otra ocasion me estenderé con mas detenimiento sobre las razones que aquí, como en el Norte de la República, han impulsado á los indígenas á hacer tales construcciones, que actualmente no se practican por ninguna de las tribus patagónicas. Conociendo los parajes donde se conservan generalmente, me inclino á creer, como los indios actuales, que la mayor parte han sido levantadas para señalar el sitio donde, en épocas apartadas, perecieron de frio, ó por otras causas, algunos desgraciados viageros, y apoya esta hipótesis el hecho de que siempre se

encuentran dichos cairnes en puntos desiertos, donde los indios no han tenido sus tolderías.

Esa arquitectura particular de las tumbas ha sido empleada en casi toda la República, en tiempos muy lejanos, por tribus nómades, perdidas hoy, que no conocieron instrumentos con que profundizar la tierra para enterrar sus muertos.

Las Chulpas de los antiguos Bolivianos, mas civilizados que dichas tribus, no son sinó un simple perfeccionamiento del cairn patagon; digo patagon, porque me ocupo ahora de Patagonia; pero es bien sabido que ese modo de perpetuar el sitio de una tumba es casi universal, en los tiempos y en las razas primitivas. En Europa, Asia, Africa y América, ha sido empleado; Livingstone menciona los cairnes en su último viage y aun los Noruegos y Corsos, tienen respeto por ellos y les colocan piedras y ramas. Costumbre ya inconsciente, cuyo significado ha quedado seguramente perdido en los tiempos pasados.

El salvaje patagon, en su vida nómade, quizas ha tenido la idea de reunir en dichos monumentos los restos de los que en vida vivieron juntos formando una familia, y que han perecido juntos, á juzgar por las edades que demuestran los cráneos que he exhumado; prácticas á las que han propendido ciertas ideas religiosas que se revelan en los restos de alfarería y útiles empleados por los vivos y que, probablemente, se colocaron allí para servir en la vida futura, á la familia á que pertenecieron. Esto vendria á demostrar que los hombres que amontonaron esas piedras, creian en la subsistencia de la vida del espíritu despues del aniquilamiento de la materia en la tierra.

Tentadoras son las analogías que existen entre estas costumbres y muchas otras de los habitantes antiguos y actuales de Patagonia, con los de las otras partes del mundo que vivieron ó viven en condiciones parecidas, para hacer creer en la posibilidad de un orígen comun; pero, para mí, solo demuestran una infancia igual, en las razas que forman la humanidad.

Cierto es que el humilde cairn, levantando sobre la cumbre de los cerros, y habitado por las aves de rapiña, es fruto de la

misma idea que ha elevado las gigantescas tumbas de la India, las pirámides de Ejipto y los ciclópeos monumentos funerarios de Bolivia, Perú y Méjico.

El mismo significado moral tiene, pues, el modesto agrupamiento de piedra primitivo, que el magnífico sepulcro de mármol y bronce moderno. Ambos imponen el mismo respeto y evocan el mismo recuerdo.

Ese cairn domina una region completamente distinta de la que habíamos dejado atrás: un valle profundo, ó, mejor dicho, un gran bajo, situado al pié del cerro en que nos encontrábamos, se estiende hácia el N. N. E. hasta una larga distancia. En el centro levántanse rocas rojizas de aspecto abrupto, que quiebran la igualdad del paisaje, pero de tan escasa altura que apenas llegaban al nivel de las mesetas, no sobresaliendo de ellas para alterar en lo mínimo su triste horizonte.

Las rocas blandas han desaparecido alrededor de ese agrupamiento de montañas en miniatura, pero no le han quitado su vista salvaje; las aguas no han tenido tiempo aun de suavizar los ángulos del pórfiro. La materia ígnea, al elevarse ha metamorfoseado las rocas neptunianas antiguas y las ha quebrado, alterándolas, sobre todo ciertas capas arcillosas de un período geológico lejano, cuyos colores vivos en fajas delgadas, cruzan la roca plutónica comunicando desde lejos á la montaña una fisonomía que acusa el fenómeno que la ha formado.

La desagregacion de esas rocas, que la fuerza interna, en una de sus convulsiones, ha arrojado de su centro, ha formado una lijera capa terrosa, donde la vegetacion engalana algunos pequeños retazos. Algunas calceolarias y adesmias la adornan con sus bonitas flores.

Un pequeño arroyo, formado por la lluvia del dia anterior, nos proveyó de agua, aunque bien mala por la cantidad de arcilla, yeso y sulfato de sosa que arrastraba á su paso por los cerros. Algunas matas de Incienso brindaban su sombra humilde, y á ella nos acojimos durante la siesta, mientras el fuerte sol de medio dia reflejaba sus rayos como en espejo, en las grandes lajas de

yeso, de que estaba sembrado el suelo. Animaba el paisaje la presencia de algunos guanacos que relinchaban sobre las rocas y mostraban sus elegantes y curiosas cabezas entre las grietas de las pequeñas cavernas, que semejan burbujas gigantescas, que dejára al solidificarse el líquido ígneo. Capas de tufas de colores suaves, que alternan del blanco al amarillo y rosado, veíanse al pié de los cerros, y embellecian el aspecto caótico de aquel fragmento de la Tierra.

El fenómeno del espejismo se reproducia á esa hora, y los mirajes surgian del horizonte imitando inmensos bosques que en vano se buscarian. En la planicie, al Oeste de los cerros rojos, el bañado cargado de sales cristalizadas representaba una estensa plaza de cristal en cuyo centro, los fragmentos aislados del pórfiro adquirian proporciones gigantescas imitando arcos de triunfo y enormes monolitos macizos de figuras estravagantes.

Resolví demorar en ese punto el resto del dia, para dar libre campo á mi espíritu impresionado, concediendo al mismo tiempo descanso á las cabalgaduras.

Nuestro almuerzo pasóse de frugal; debia componerse de los huevos de perdiz, y de un poco de té amargo, al que la mala agua le daba el color de leche. Tan pobre *menu* sufrió aun restricciones, pues al abrir los huevos para asarlos en las cenizas, vimos que se hallaban empollados unos, y otros podridos. Debimos contentarnos con solo el té, aprovechando las cáscaras para hacer pequeñas tazas, tan pequeñas y tan delicadas, como las que emplean los mandarines para beber el néctar de su patria. Para suplir el olvido del encargado de las provisiones, la necesidad me reveló ese recurso, que fué puesto en práctica con gran precaucion á causa de la esquisita finura de tan preciosos productos de la naturaleza, transformados en objetos de uso doméstico.

Nuestras esperanzas de encontrar en el transcurso del viaje, huevos de avestruz, que son allí los proveedores de alimentos y el gran recurso del viagero mal montado, no habian podido realizarse y convencímonos allí, desgraciadamente, de lo mal que

habíamos hecho en confiar demasiado en la abundancia de las mesetas.

Nada mas monótono que la hora del medio dia en aquellas regiones: los rayos de un sol ardiente caen á plomo del cielo sofocado de nubes; solo el molesto ruido peculiar del Tuco-tuco. que se escucha á intérvalos desde el fondo de su cueva, cavada perfectamente en el suelo blando, cerca del agua, interrumpe durante las horas de la siesta, el silencio y la quietud.

El viajero no puede sacudir la pereza y laxitud que le asaltan, y esa influencia no desaparece hasta que el sol declina y llega el aire fresco de la tarde, que despeja el cérebro, sacándolo de su abatimiento. El descanso ansiado es invariablemente interrumpido por una verdadera lucha con los insoportables tábanos de picadura enconosa, las nubes de jegenes microscópicos y los innumerables mosquitos, enemigos declarados de todo durmiente, y cuyo zumbido y picaduras alteran el ánimo y atenuan el entusiasmo del mas decidido naturalista. Si es muy hermoso admirar, el rededor del fogon, las noches claras australes, en medio del silencio de la meseta, ante la transicion del dia siguiente, el espíritu olvida las elevadas impresiones que aquel espectáculo le produjera, y llega casi hasta negar la importante grandeza del cielo magallánico.

Desde que un libro raro y curioso, publicado en 1640 [1] dice en una nota fechada en 1594 que el Tucuman se estiende hácia el Estrecho de Magallanes con *campagne tanto spiegate, e comode* en las que se pueden andar dos mil millas en carroza, todos los libros generales, aun los publicados últimamente, nos hablan de las estensas llanuras patagónicas, como continuacion de las de Buenos Aires, sin que accidentes topográficos notables alteren ese océano de tierra y verdura, y señalan las sierras del Tandil y la Ventana como únicas protuberancias que interrumpen la inmensidad de la pampa.

Demostraré ligeramente lo erróneo de tal aseveracion, contra lo que se eleva todo lo que conozco de la orografía de esos parajes.

(1) Relatione Universali di Giovanni Botero, in 4° Venetia M. DC. XL. página 199.

El agua, cuya accion mas ó menos tranquila ha producido las llanuras y mesetas, no es el único gran agente físico á que se debe la existencia actual de esos territorios. Los cerros del cairn solo son una isleta, ó quizás un ramal, que se estiende cubierto por capas mas modernas, para mostrarse en esa hondonada, cuyo orígen no he tenido tiempo de esplicarme y que puede ser debido á la accion química, combinada, de la atmósfera y del suelo, del cordon montañoso eruptivo que principia en lo que llamamos Sierra de San Antonio. Este se dirije con una altura de 1600 á 1500 metros, hácia el S. S. O. desprendiendo varios ramales, y por entre ellos corre el Chubut, obligando esta formacion á tomar variados rumbos á la enorme masa de agua, que en otro tiempo contribuyó á labrar el lecho del hoy, en comparacion, insignificante rio. La accion plutónica y la accion volcánica se observan en casi todo el territorio del Chubut, y han transformado á veces hasta los restos de los animales que en otro tiempo lo habitaron, y las maderas de los bosques terciarios que, silificadas, se recojen al presente en fragmentos, conservando la apariencia de frescura, al pié de los cerros mencionados.

Subiendo la meseta que frente al paradero mostraba sus barrancas perpendiculares y su estratificacion horizontal característica, y caminando dos dias al Oeste, se llega á esas montañas, á cuyo pié se halla la laguna *Getalaik* (quizás corrupcion de *Fetalafquen*, que en araucano significa *Laguna Grande*), que es alimentada por las nieves de los cerros que llegan á ella por un arroyuelo situado poco mas al Norte. La naturaleza parece que ha prodigado á esas montañas los favores que ha negado á la meseta: allí, segun los indios y por las muestras que ellos han traido, abundan los metales: les he oido conversaciones interminables sobre un gran fragmento de oro puro, del que hicieron una boleadora que luego vendieron en el Cármen de Patagones por una insignificancia, á un comerciante que en Buenos Aires obtuvo una fuerte suma por ella; les he visto un fragmento de roca rico en cobre, hematitas y varios ocres; y un cacique llevó últimamente al Chubut varias piedras de

la "Tierra del Hierro" que analizadas por el químico Sr. Kyle han demostrado contener mineral de buena calidad, con un equivalente de 56" 77 0/0 de hierro metálico. Mas al Oeste de esas sierras, continúan las mesetas terciarias, pero mas entrecortadas, alternadas de rocas cristalinas antiguas, y luego mantos de basalto bastante gruesos, que negrean sobre profundos valles con aguados permanentes, tales como *Mackinchau*, *Tran-geo*, donde abunda el cloruro de sodio, *Kaltraune*, *Limen Mahuida* (Sierra de la piedra de afilar), *Tamuelin*, *Treneta*, etc., parajes que visitan con frecuencia las tribus nómades pampas y tehuelches.

Pero en medio de esa fertilidad hay planicies engañosas situadas en valles, en los que la actividad volcánica continúa en accion. Ese "pais del diablo" como me lo han señalado algunos indios, lo ha visitado Musters; su suelo es caliente, haciendo un agujero, la tierra parece estar encendida y el calor quema el pelo de las patas de los caballos. Al perforar estas la costra amarillenta de la superficie, muestran un sub-suelo negro, en el que, aunque en combustion, no se ven llamas, pero de donde se eleva un vapor suave. Las fuentes calientes abundan; hay grandes pozos hásta de seis pies de diámetro, donde hierve el agua, y sé de paraje donde el agua surgente lanza chorros á cuatro metros de altura, que son probablemente Geysers en el centro de Patagonia. Gran parte de esa region es aun misterio no desvelado por europeos; los indios, poseidos de un terrer supersticioso, no se atreven á penetrar en ella, y quizás contenga riquezas esplotables con provecho, en las sustancias que la accion de los volcanes produce.

Al dia siguiente, veintinueve, emprendimos, apurados por la necesidad, el regreso á la colonia, siguiendo el bajo hácia el Sur, dejando á la izquierda los cerros eruptivos y á la derecha las barrancas terciarias. Caminamos por un bañado salitroso, surcado por pequeños zanjones, sumamente pantanosos, donde, entre los grandes claros sin vegetacion, se veian de cuando en cuando algunas matas de incienso y muchos guanacos que por la refraccion atmosférica aparecian gigantes, como elevadas girafas, recordando involuntariamente á los rumiantes de las épocas perdidas.

Concluido el bajo, ascendimos la meseta donde esperábamos cazar algunas liebres para nuestro alimento. Este animal tan lindo como el europeo, pero menos ligero, solo se encuentra bien en ese desierto que su mayor enemigo, el indio, poco frecuenta. Veíamoslas en tropas de veinte ó mas, unos momentos atentas, sobrecojidas de terror, paradas todas al mismo tiempo para escuchar el ruido sospechoso que su timidez y fino oido les revelan desde lejos, y luego corriendo veloces á grandes saltos, en línea recta, para escapar de nuestros caballos cansados. No sé si por lo mismo que para el zorro de la fábula las uvas estaban verdes, las liebres nos parecieron flacas, y nos contentamos con verlas desaparecer entre los matorrales y esconderse en sus cuevas. Solo cuando el cazador consigue tapar estas, puede con paciencia agarrarlas, porque su timidez es tanta que se confunden y no aciertan á alejarse de ellas á grandes distancias.

Los avestruces que vagaban, eran presas demasiado difíciles, y ni siquiera tentamos acercarnos á ellos.

A la caida de la tarde, bajamos entre cañadones, cuyas pendientes, desnudas de vejetacion, mostraban escrita la formacion geológica del terreno. Recojí algunos fósiles marinos. Ya avanzada la noche, llegamos á una de las casas de Gaiman, donde pedimos hospitalidad; al dia siguiente cruzamos el rio en la angostura que divide ambos valles, y tres horas mas tarde entraba en la Comisaría Nacional, contento de la corta, pero provechosa escursion, con las maletas cargadas de cráneos, rocas y fósiles, y con un vivo deseo de emprender otras, mientras dispusiera de tiempo suficiente.

CAPITULO VIII

RESTOS HUMANOS—LLEGADA DE INDIOS—UN CHASQUE DE LAS MANZANAS—RECUERDOS DEL VIAGE ANTERIOR

El aviso de Piedrabuena, de que estuviera pronto á embarcarme á la primera señal, me obligó á completar lo mas ligero posible las colecciones, sobre todo las de antropología, que figuraban en primera línea en mi programa y que hasta entónces solo se componian de los objetos recojidos en los albardones del valle ya mencionado, en otros puntos y en el cerro del Cairn, y que dejaban mucho que desear en cuanto á restos de los indios que de cuando en cuando visitan el Chubut.

Cerca de la Comisaría Nacional está situado el Cementerio de la Colonia y en él habia sido inhumado mi amigo San Slick, buen Tehuelche, hijo del cacique Casimiro Biguá. Conocí á ese indio en mi viage anterior á Santa Cruz; habia sido herido en uno de los frecuentes combates que tienen los Patagones cuando el aguardiente, los escita y le encontré refugiado en los galpones de la colonia Roucaud, donde habia sido socorrido por Lacalaca, á quien tanto estiman los indígenas. Nuestra

llegada en el "Rosales" á ese punto, fué un motivo de gozo para el buen Sam, por los regalos y los *ponches* con que lo obsequiábamos y que realizaban uno de sus mayores deseos al probar esa bebida que habia oido ponderar en Malvinas, parage que conocia por haber sido llevado á él por Piedrabuena. Su contento rayaba en entusiasmo cuando lo embarcábamos de vez en cuando en el bote, le dejábamos manejar el timon, y escuchar el tambor y el pífano abordo del bergantin.

Consintió en que hiciéramos su fotografia (lámina 8), pero de ninguna manera quiso que midiera su cuerpo y sobre todo su cabeza. No sé por qué rara preocupacion hacia esto, pues mas tarde, al volver á encontrarle en Patagones, aun cuando continuamos siendo amigos, no me permitió acercarme á él, mientras permanecia borracho, y un año despues, cuando llegué á ese punto para emprender viage á Nahuel-Huapí, le propuse me acompañara y rehusó diciendo que yo queria su cabeza. Su destino era ese. Dias despues de mi partida, dirijióse al Chubut y allí fué muerto alevosamente por otros dos indios, en una noche de orgía. A mi llegada, supe su desgracia, averigüé el paraje en que habia sido inhumado y en una noche de luna, exhumé su cadáver, cuyo esqueleto se conserva en el Museo Antropológico de Buenos Aires; sacrilejio cometido en provecho del estudio osteológico de los Tehuelches.

Lo mismo hice con los del Cacique *Sapo* y su mujer, que habian fallecido en ese punto, en años anteriores, en una de las estadías de las tolderías. Ambos habian sido enterrados en cementerio cristiano, conservando, sin embargo, las prácticas indígenas en la colocacion sentada de los cadáveres. [1] Al lado del cacique encontramos un hacha de hierro, de construccion inglesa, quizás la prenda mas estimada del pobre gefe y de quien ni la muerte la separaba; al costado de la mujer, mezclados con algunas de sus alhajas, recojimos los huesos de un

(1) Véase "Description des Cimetiéres et Paraderos Préhistoriques de Patagonie", por François P. Moreno. Revue D'Anthropologie," tomo III. Paris 1874.

Pelado, infeliz sacrificado al cariño casi maternal que las Tehuelches tienen por esa clase de perros. Con estos objetos y los anteriores quedé satisfecho sobre este punto importante de mi viage.

Hay algo de poético en lo que motiva el entierro de los perros, junto con los restos de los que fueron sus dueños.

Los indígenas creen en la persistencia del espíritu y en el viage que este emprende á otro mundo, despues de haber abandonado, por la muerte, el cuerpo que lo generó; y no solo creen en esa nueva vida, sinó que la imaginan más ó menos con las mismas necesidades que en esta, sin preocuparse muchas veces de la forma que el alma reviste allí como individuo.

Quizás restos de tradiciones que denotan un feticismo antiguo les imponen creencias que no siempre están de acuerdo con el modo de vivir de ellos actualmente; y forman, las nuevas con las viejas, las indígenas con las adquiridas mas tarde, despues del contacto con los blancos, una Mitología, si es que así puede llamarse ese conjunto de creencias supersticiosas, tan mezclada que solo una gran paciencia puede desligar las diversas faces de ella, siguiendo su graduacion progresiva.

En la segunda parte de este libro trataré de hacer conocer las ideas religiosas de los indígenas que he visitado, pero aquí voy á permitirme indicar qué causa motiva la presencia de los restos del Pelado, juntos con los de la esposa de *Sapo;* ejemplo que quizás pueda dar alguna luz sobre una antigua zoolatría.

Despues que el espíritu abandona la materia, se dirije al pais donde va á residir, situado lejos, del otro lado de los mares ó de los lagos, es decir, en lo desconocido, donde continúa gozando en mayor escala de las mismas comodidades y placeres que en la tierra que deja. Pero el viage es largo y el alma humana tiene serios enemigos en el trayecto; las aves nocturnas que atemorizan con sus gritos tristes y lastimeros, luego que el manto de la noche, cubriendo la tierra, despierta las supersticiones acalladas por la luz del dia, en el cerebro del indio,

son indudablemente para él la encarnacion de malos espíritus, que tratan de apoderarse de ella antes de llegar al anhelado descanso.

Para su defensa, sirve el perro que se inmola, el que además de continuar acompañando á su dueño en el mundo de las almas, donde tambien tienen reservado local todos los animales sin escepcion, impide, guerreando contra ellas, que las aves que encarnan algunos malignos, se apoderen del alma de quien los ha poseido en vida.

***

En esos últimos dias, llegaron de Mackinchau algunos Pampas, con el objeto de negociar un poco de pluma de avestruz y algunos quillangos, por aguardiente, el claro *pulcu* que se vende en el Cármen y en el Chubut y que prefieren en mucho al turbio de los negociantes Valdivianos.

A este, sin embargo, no hacen mucho asco, pues suministra materia á las borracheras que tienen lugar en las inmediaciones del Limay.

La mayor parte era de indígenas puros, y otros, en sus facciones y su carácter, indicaban mezcla con sangre de blancos, del Cármen ó de Valdivia. Doy preferencia á los primeros de estos: son mas nobles y mas apuestos que los segundos, que tienen estatura menos elevada y carácter taimado.

Habian oido hablar de la llegada de un cristiano al Limay, y como me interesára el asunto, pues se trataba de mí, pedíles que me contáran lo que sabian de él.

Shaihueque les habia enviado un chasque, hacia un año, para comunicar su llegada y la amistad que lo unia con un cristiano, y participarles que ya no debian moverse, por haber resuelto suspender la invasion, para la cual los habia invitado hacia algun tiempo, sin embargo de que debian quedar prevenidos. La desconfianza bien fundada que habia alarmado tanto á los indios solo se habia calmado, y aún ardia bajo la capa de indiferencia de que hacen generalmente gala. Nada les conmueve en apariencia, pero nada se escapa á su observacion.

El relato del chasque es curioso y debo mencionarlo, pues en él se pinta bien el carácter del Mapuche.

Un Queleuche (hombre colorado,—así nombran á los europeos), habia llegado á los campos, atraido por el renombre del cacique, que era considerado, por el viagero, mas poderoso y mas valiente que Namuncurá (pié de piedra), Gefe de Salinas Grandes.

La noticia de su próximo arribo, fué conocida de antemano en los toldos; el cacique habia "soñado un sueño" (estos juegan un gran papel en la diplomacia indígena) y le habia sido anunciada con dos dias de anterioridad por su Espíritu bueno. Pero, á pesar de que el pronóstico le hacia llegar oculto, mezclado y disfrazado de indio, entre los mocetones de la tribu de Inacayal, lo que mostraba que el viagero debia ser mal intencionado y temeroso de que "la sangre brotara de su rostro", en caso de ser visto, ademas de poseer un corazon chico (figura india que significa cobardía), se habia presentado con la cara descubierta, habia cumplido con todos los requisitos de la etiqueta mapuche, enviando chasques anticipados para anunciar su llegada y pidiendo permiso para acercarse á los toldos, en vez de tratar de cruzar escondido á Chile. La hospitalidad reconocida del indio no se habia desmentido en esa ocasion, y la confianza del cristiano habia tocado el corazon del Cacique.

Este se encontraba agraviado por los malos tratamientos que los cristianos daban á sus indios cuando iban á Patagones, y por la falta de cumplimiento de los tratados que mantenian con el Gobierno, lo que motivaba la invasion para la cual habian sido invitados los Pampas.

Habia resuelto enviar á su hijo Cachull, acompañado del capitan Nahuelpan y algunas *lanzas*, con el objeto de saludarle en su campamento á orillas del "Quem-quen-treu" é invitarle á llegar "á sus casas." En ellas le habia recibido con sus principales gefes, luego que las mujeres hubieron revelado con sus cantos sus sentimientos por los malos ratos sufridos en el viage y el contento que esperimentaban por su feliz terminacion. Le

habia invitado á entrar á su casa para alimentarle, y allí sus capitanes le habian apretado la mano derecha; las mujeres le habian saludado y servido.

Se habia alegrado mucho al saber que el "Gobierno y sus Capitanes" gozaban de buena salud y que este tenia interés en saber de la de él y de los suyos. El *huinca* le habia dicho que era mentira que los Argentinos y los Chilenos, unidos, hubiesen resuelto invadir los campos, y que la causa por la cual no se habian cumplido las raciones, la tenian los Mamuelches de Salinas, que, poco tiempo hacia, robaron las yeguadas que el Gobierno enviaba á los Mapuches. Esto le probó que Namuncurá, á quien nunca consideró dueño del terreno en que vive, pues que Dios le hizo nacer en Yaimas y no en Salinas, no se portaba bien y que "le venian ganas de ir á pelearlo."

El Gobierno de Buenos Aires habia dado al cristiano una *chilcá* (carta), diciéndole que visitara á los indios, juntára bichos y yuyos, pues era hombre curioso, y le llevára en seguida noticias de sus amigos, porque deseaba saber si vivian contentos.

El permiso que solicitó para pasar á Valdivia no se le habia concedido, porque ni sus padres, ni sus abuelos, jamás oyeron hablar ni permitieron que un cristiano conociera los campos que hay entre las dos "Aguas Grandes" (los oceanos), y que él no podia faltar á lo que habia prometido á quienes, al morir, le habian exigido que les imitara en todo.

Le habia dicho que podia pasear en sus toldos, sin cuidado alguno, porque era amigo de los blancos, mas que estos de él, y que por eso habia reunido á sus principales Capitanes y Caciques cercanos, para decirles que conocieran al cristiano y que lo miraran bien, como á un hijo, pues lo habia hecho su compadre.

Sin embargo, en el Aucan-Trahun, los ancianos se habian opuesto á que se dirijiera á Mendoza, como él se lo habia prometido, pues creian en la palabra de Chacayal, que opinaba que bien podia tener el cristiano corazon de *piche* (Dasypus) y guardar en él algo malo, y que por eso se interesaba en vi-

sitar los campos. Además, los hijos de Huilliqueupu (Pedernal del Sur) habian dicho que demasiado se hacia con no vengarse en el huinca, despues que los de Hue-meu (que puede traducirse: "donde antes estábamos", es decir, Buenos Aires), se portaban tan mal con ellos, habiendo hecho morir á su padre.

Que lo habia defendido, y que con sus dos segundos, los caciques Ñancucheuque y Molfin-queupu (Pedernal sangriento), se opuso á que le hicieran mal alguno. Que los ancianos se habian contentado y Ñancucheuque lo habia llevado á sus toldos, donde Quinchahuala habia querido ofenderlo, porque creia que tenia cuatro corazones, lo que era una gran mentira.

Le habia permitido visitar á Tequel Malal (Lago Nahuel-Huapí) é iba á regresar á Buenos Aires, de donde volveria pronto porque deseaba que fuera su hijo.

Que al querer casarlo, habia rehusado porque aun no se consideraba bastante amigo de los indios.

Todo esto me relató el Pampa, con mil rodeos, no tan largos, seguramente, como los del verdadero chasque, cuyo discurso conjeturo que duraria de sol á sol.

La memoria de los indios es extraordinaria y recuerda con facilidad el mas insignificante incidente, complaciéndose en mencionarlo cada vez que se presenta ocasion.

Su gran elocuencia y su mayor triunfo oratorio consiste en hablar horas enteras y cuanto mas sea posible, para hacer duradero é importante el discurso.

Citaré, como ejemplo, uno que escuché en los toldos de Ñancucheuque. Un indio de aspecto sério, llegó cierta mañana al amanecer. Luego que se le concedió permiso para bajarse del caballo, y concluido el llanto de las chinas, se dirijió al interior del toldo.

Allí me encontraba con el cacique, esplicándole la composicion de un paraguas antiquísimo y desvencijado, recuerdo quizás de alguna invasion lejana, y que era guardado como una de sus prendas mas importantes, junto con una gran máscara de madera (objeto muy interesante, bajo el punto de vista

etnográfico y que no pude obtener ni copiar). Ambos salian á lucir, en los grandes festejos, llevados por un indio que envuelto en un quillango, hacia contorsiones carnavalescas, cancaneando y asustando á las mujeres y chiquillos de la tribu.

Tres edades sociales, el quillango, una de las vestiduras mas primitivas, la máscara, hija de la civilizacion antigua y casi universal, y el paraguas, producto de la industria moderna, formaban, en esas ocasiones, el conjunto mas grotesco imaginable, pero filosófico en estremo, reuniendo así, en un momento de locura y en un horizonte modesto, casi toda la evolucion social del hombre.

El indio taciturno sentóse en el cuero de lujo, que siempre se ofrece al que por primera vez llega al toldo. No despegó sus lábios hasta que le trajeron de comer, y luego que hubo saciado su apetito, que debia ser muy grande, con un plato colosal de semillas de *Araucaria imbricata*, principió su alocucion al gefe.

Le habló primero de sus gloriosos abuelos, mostrándole conocer la genealogía de los valientes antepasados de mi amigo el cacique, cuya herencia no ha desmentido, y luego remontóse al orígen de los suyos, que habian peleado contra los españoles en los primeros tiempos de la conquista.

¡Quizas dijera que combatieron al lado de Lautaro, Caupolican y Tucapel!

Estendióse sobre la guerra que los indios del lado de Chile sostienen, desde ha mas de tres siglos, y concluyó casi llorando al relatar la muerte del valiente Quilapan, cacique que habia hecho correr mucha sangre cristiana, y hermano de mi compañero Nahuelpan, á quien tenia á mi lado escuchando atento.

El sol cruzaba el meridiano, cuando el indio araucano decia esto, lo que solo era una pequeña parte de lo que tenia que recordar de las hazañas pasadas.

Ñancucheuque, que es mirado como uno de los oradores de

mas nota en las Manzanas, le contestó en el mismo estilo, recordando las épocas en que las indiadas de ambos lados de la Cordillera se habian unido para combatir al usurpador de sus tierras, y la noche llegó sin que pudiéramos saber aun á que conducia ese gran parlamento.

Por mi parte creía que iba á tener por desenlace la declaracion del desconocido, de ser algun enviado de los indios araucanos, pidiendo auxilios de gente á sus hermanos los Pehuenches, para alguna tentativa de reconquista de sus antiguos hogares.

La cena de araucarias y frutillas vino á interrumpir, felizmente para mí, los discursos que fueron suspendidos hasta el dia siguiente. Hasta entonces volvió á entrar el araucano en su primer silencio. A la misma hora què en el dia anterior, volvió á tomar la palabra, mas ó menos con el mismo tema, sin demostrar señales de cansancio, y no la dejó hasta avanzada la tarde, concluyendo, y despejando la incógnita, con gran asombro mio, diciéndose indio comerciante que venia á pedir permiso al cacique para entrar en sus tierras á vender aguardiente.

Fuéle concedido en el acto, despues de haber ponderado la indiada presente su "buena lengua".

¡Dos dias, para decir que era negociante! ¡Con razon fué tan aplaudida esta hazaña!

Dias despues, una mañana que me encontraba á orillas del Rio Chimehuin, á algunas cuadras de los toldos, llegaron unos indios de Salinas, de paso para Chile. Preguntáronme con señales de miedo qué hacian los indios Pehuelches en ese momento. Habiéndoles dicho que no tuvieran cuidado, pues estaban borrachos, no pudieron menos de detenerse todo ese dia para contarme que Catriel habia muerto, lo que sabia yo hacia mas de un año,—dicho esto en un discurso parecido al anterior, y que fué acortado por haber oido gran ruido en las tolderías.

Bastan estos dos ejemplos para saber á qué atenerse respecto de las dotes oratorias de los habitantes de la parte occidental de la Patagonia setentrional.

El parte de Shaihueque era sumamente halagüeño para mí,

hasta el momento que habia contado el indio, pero este agregó en seguida que aun cuando el gefe se oponia á que maltrataran al cristiano, habian sabido, en Mackinchau, que algunos indios iban á hacerlo, pues no habia salido todavía de los toldos, á pesar de haberlo anunciado el chasque.

Los que desconfiaban, estaban convencidos de que su venida á las tolderías tenia por objeto buscar la plata y el oro de las sierras, y no los animales y pastos de los campos. Esas riquezas las conocia, gracias á su vista de *Manque* (Cóndor); subia á las montañas y desde allí, mirando hácia abajo, encontraba el *cullulcurá* (carbon de piedra) y otras piedras que los blancos buscaban para ir luego á poblar esa region. Ademas, les constaba que "mil quinientos cincuenta gringos" iban á entrar por Villarica á pelearlos y que quizas el cristiano era un espía, pues se creia que no venia de Patagones, sinó de Chile.

Esta sospecha me habia dado mas de un motivo de alarma en los toldos.

Aunque me separe completamente de la relacion de este viage, creo deber esplicar aquí el porqué de aquella, dando algunos pormenores sobre los episodios que motivaban esa alarma y otros sobre mi vida, en esos parages, desde el momento que cundió la desconfianza en los toldos.

Ya he dicho que á la salida de *Caleufú* los hijos de *Huilliqueupu* quisieron jugarme una mala partida, de la que escapé gracias al aviso del cacique *Molfinqueupu*, (ofensa cuya principal causa revelaré algun dia, y para cuya realizacion se esplotó la desconfianza de algunos indios).

Mis anteojos dieron la primera voz de alarma. Desde mi llegada á los toldos de Shaihueque, noté que las mujeres me miraban con temor y estrañeza, y que luego lloraban algunas. Dias despues, cuando las primeras borracheras tuvieron lugar, y que ya era íntimo del gefe, gracias á una botella de coñac, le pregunté qué motivo de temor tenian ellos contra mí. Me indicó los anteojos, agregando: "Ellas temen, porque dicen que teniendo cuatro ojos, bien puedes tener cuatro corazones y ser

malo". Esplicado su uso, satisfactoriamente, aunque con gran detrimento de ellos, quedó convencido del poco fundamento de la sospecha de las chinas.

La creencia de que fuera chileno, vino nuevamente á despertar la prevencion en los indios supersticiosos, por intermedio de un *Aucache* (1) que habia llegado á Caleufú con aguardiente para vender, y que habia afirmado que en el otro lado de la Cordillera se aseguraba que yo no era argentino, que no habia pasado por el Rio Negro, que las cartas de los Linares no eran auténticas y que por un indio que habia llegado á Huechehue-hum enviaban á decir que se cuidaran de mí, pues era Chileno, enviado por ese Gobierno y no por el Argentino. En esto, lo único cierto era lo de las cartas: las habia escrito yo mismo, pero con consentimiento de mis amigos los indios del Rio Negro.

El citado Aucache tenia ciertamente interés en que yo desapareciera lo mas pronto posible.

Habia sido testigo, en un momento de soledad en los toldos de una escena repugnante, que la buena educacion y el pudor no me permiten mencionar, y la que, á ser conocida por los Mapuches, hubiera tenido malas consecuencias para él, y temia, sin duda, que fuera revelada por quien involuntariamente la habia presenciado.

Felizmente, Shaihueque no se encontraba en Caleufú, habia salido esa mañana á bolear avestruces, pues nos encontrábamos escasos de alimentos, y pude saber antes que él lo que se tramaba contra mí.

Por algunas palabras sueltas que escuché, dirijidas por el Aucache á un indio, el platero de la tribu, á quien yo ayudaba á fundir unos estribos de plata, comprendí que se urdia algo desagradable.

(1) Los indios de este lado de la cordillera dan ese nombre á los que viven en la provincia de Valdivia y que son generalmente mestizos. AUCA quiere decir salvaje, montaraz, y CHE gente. Los Mapuches me han dicho que los llaman así porque son muy zonzos, muy ignorantes y que ni domar saben. De esto último he sido testigo y puedo dar fé de la exactitud de la aseveracio de Shaihueque: ninguno de ellos pudo montarse sobre un potro, en las varias veces que visitaronn, en número de 4 y 5, los toldos de Caleufú.

Aparenté tranquilidad, pues conocia lo grave del caso, y dije á Shaihueque, apenas llegó, que sabia que un mal intencionado le enviaba á decir mentiras, y que todo lo que pudiera contar el Aucache era falso, pues él ya podia conocerme lo suficiente para saber si yo tenia mal corazon para engañarlo; y que ademas no debia dudar de su compadre, pues era inferirle una ofensa.

Este vínculo, con que el cacique me habia ligado á él pocos dias despues de mi llegada, en un momento en que el coñac "Martell" habia enternecido su espíritu y trataba de pagarme el regalo de la botella con las mayores distinciones, habiéndole ya rechazado el que me imponia (el honor del enlace matrimonial con su sobrina), es tan sagrado como el de hermano entre los indios, y solo se olvida en los momentos de perturbacion que ocasiona el aguardiente.

Varias veces he visto llorar al bravo cacique, cuando sus mujeres le contaban, luego de pasada la orgía, las amenazas que habia proferido en ella contra mí. En una ocasion, al dia siguiente de mi llegada á su toldo, cuando enfurecido por la bebida se lanzó puñal en mano, tratando de herirme, le contuvo al solo grito de su mujer *Fia*, de "vas á matar á tu compadre". Al oir esas palabras, su cerebro se despejó, se serenó un momento y luego rompió á llorar.

Entre compadres, todo es mútuo, escepto la mujer; y uno no puede negar al otro lo que pide, aun cuando sea el caballo ó la lanza, que son sus prendas de mas estimacion; están obligados á prestarse auxilios en caso de peligro ó vengar al que ha sido maltratado ó muerto. Nada debe separarlos.

Basta que dos indios se den el título de hermanos, para que vivan juntos y mueran juntos, si posible es.

Es el mismo vínculo que unia á René con el heróico Outogamiz, que nos pinta Chateaubriand.

Desagradable momento fué aquel en que estuvo á punto de malograrse el éxito de mi espedicion: Shaihueque no habia tenido buen resultado en su caza, pues la niebla habia cubierto

esa tarde las eminencias de las colinas donde esperaba encontrar los avestruces, y su hijo mayor, Truquel habia sido herido por una flecha arrojada por los walichus que viven en las cavernas, herida que, en realidad, habia sido el resultado de una caida del caballo. Mal dispuesto ya con este suceso, la noticia le desagradó sobremanera y me interpeló sériamente, pues si bien no podia admitir como cierto todo lo que se decia de su compadre, algo, á lo menos, habia en el fondo del corazon de este, pues en ese órgano reside, segun los indígenas Patagónicos, el principio del bien y del mal.

En un caso tan crítico, el menor síntoma de flaqueza nos hubiera perdido indudablemente: por eso, jugando el todo por el todo, díjele, con la mayor enerjia posible, que podia creer todos los cuentos que quisiera, pero que, cuando llegué á su casa, me habia dicho que me respetaria y que siempre habia tenido confianza en su palabra, y que, dado el caso de que el gefe de las Manzanas no guardase la suya, seria él y no yo, quien tendria corazon malo. Ya que el aguardiente que necesitaba para hacer la fiesta deseada, habia llegado, podria esperar á que en ella dijera la adivina si era culpable ó nó, y entre tanto habia tiempo de pensar si desde el momento de mi llegada habia dado lugar á dudas.

Accedió á ello, envió chasques convocando á la reunion, y como la vista del licor le tentára, principió á beber.

No estaba todo arreglado. Aunque el juicio se demoraba, no podia esperar mucho bien de quien iba á fallar, esto es, de la agorera, que era hermana de la *nóvia* que habia rechazado.

La *Machi*, hechicera y médica al mismo tiempo, y cuyo físico estaba lejos de acusar el oficio que desempeñaba, era una jóven de diez y ocho á veinte años, y una de las indias mas bonitas que conozco. No parecia mirarme con muy buenos ojos, lo que atribuyo á las maravillosas curas que habia tenido la suerte de realizar en las tolderías, y que me habian dado gran renombre y numerosa clientela.

Las borracheras y la curiosidad femenina, las habian motivado al principio. Un ejemplo es la siguiente *cura*. Poco despues de mi llegada, Shaihueque se alejó una noche del gran toldo; deseaba beber y no habia aguardiente, pero en los toldos cercanos de Chacayal, quedaba un barril no destapado aun.

Descansábamos en paz, evocando reminiscencias agradables que consuelan y hacen olvidar la vida real, despues de algun tiempo de presenciar bacanales, cuando fuí despertado bruscamente por un indio chasque que el cacique enviaba para conducirme á donde *se divertia*, previniéndome, al mismo tiempo, que llevara todos mis "remedios".

¿Qué querría mi compadre? ¿Qué nueva exigencia le habia sujerido la bebida? Ya estaba exhausto de regalos; apenas unos pocos hilos de cuentas me quedaban, guardados para los dias de hambre, en que habia que convertirse en mercader con las chinas y los muchachos. Y ahora queria mis remedios! Quizás iba á insistir en que le diera alguno para que las jóvenes fueran mas dóciles á sus exigencias impuras, cosa que ya habia solicitado varias veces. Acudí á su llamado, sin embargo.

Le hallé en el toldo, donde habia pasado la noche bebiendo él y parte de la indiada.

Se hallaba apesadumbrado porque la hija de Chacayal, que era al mismo tiempo mi prometida, parecia estar gravemente enferma y exigia mis cuidados médicos. El licor la habia seducido, y la embriaguez le habia ocasionado fuertes dolores de cabeza, cuyas causas no adivinaban los indios, aturdidos en esos momentos.

Las únicas drogas que contenia mi botiquin, ya exhausto, eran: un poco de árnica, magnesia calcinada y sinapismos preparados segun la receta del Dr. Rigollot. Apliquéle, sin compasion, cinco de estos últimos, mojados en árnica, en ambas pantorrillas, en los brazos y en la nuca, advirtiéndole que inmediatamente que sintiera ardores que no pudiera soportar, la enfermedad desapareceria, huyendo al mismo tiempo el *walichu* que habia penetrado en la parte dolorida.

Sea que la casualidad hiciera que la congestion se disipara, ó que el efecto de los sinapismos fuera demasiado fuerte, el caso fué que la enferma se encontró sana, á lo ménos en apariencia, á los pocos momentos. Esta cura me valió un caballo.

Los remedios que su hermana la adivina le habia suministrado, no habian hecho sinó agravar su enfermedad.

Desde ese dia, la machi me miró con prevencion; sus aptitudes médicas, con las cuales habia nacido, segun decian los indios, quedaban casi anuladas, ó por lo menos oscurecidas con mi cura; prevencion que luego aumentó con la curacion de un pasmo de que un indio infeliz sufria atrozmente en una mano, á causa de que un walichu le habia hincado allí una flecha.

Su dolencia desapareció con paños mojados en agua y árnica, en la que habia diluido magnesia para dar importancia al remedio por el color, único recurso que me quedaba y que no me infundia mucha fé, por el mal estado del enfermo, el cual me tuvo preocupado por varios dias, temiendo un desenlace fatal para él y por consiguiente para el médico.

Felizmente, el pobre enfermo, el que, sea dicho de paso, quedó agradecido hácia mí, no por los servicios suministrados sinó porque los walichus de que yo disponia eran mas poderosos que los del brujo que habia enviado la flecha y habian podido extraer esta, curó á los pocos dias, despues de haber estado á punto de dejar este mundo, para ir á habitar el otro.

Algunas creencias de esos indígenas no están de acuerdo entre sí, y, al juzgarlas, se encuentra que muchas veces su significado es contrario al que se desprende de ellas; análogas en apariencia, pero imposibles de conciliar luego que se investiga su orígen. Encuentro poca connexion entre la que les hace suponer todas las enfermedades y muertes, fruto de hechizos y no de alteraciones patológicas y la que les dice que muchos al espirar vuelven á la vida, porque en el pais de los espíritus se les rechaza. Esto hace nacer un antagonismo entre los espíritus que dejaron sus cuerpos en este mundo y los brujos que tratan de aumentar el número de los que lo abandonan.

La muerte, á no ser en combate, no es cosa natural entre los indios; es algo incomprensible y por ello hija de hechizos, y estos no pueden existir sin que haya seres que los engendren.

Si el indio hubiera fallecido, yo habria sido *lógicamente* considerado brujo y causa, en consecuencia, de esa desgracia.

El enfermo estuvo varios dias postrado, hubo momentos en que las apariencias indicaban haber cesado en él la vida, pero su robusta naturaleza retardó el trance fatal, natural para nosotros, sobrenatural para ellos.

Los que vivian en el mismo toldo que mi cliente, es decir, en el de Zumughueque, hermano del gefe, me dijeron mas tarde que el alma del tetánico habia abandonado por un momento su cuerpo, para llegar al país de los espíritus, pero estos le habian negado la entrada, diciéndole los manes de sus abuelos: "Véte de aquí, aun no ha llegado tu tiempo, no haces falta". Agradable interpretacion del sopor de la agonía!

Así, unas veces se atribuyen las curas al poder del médico ó machi, y otras al rechazo del moribundo, en la region espiritual. ¡Cuánto mejor seria reconocer, en ellas, la obra de la naturaleza! Pero no culpemos al salvaje. Nosotros mismos, civilizados, estamos llenos de supersticiones, algunas de ellas dignas de australianos, y nos hallamos generalmente en igual caso. Negamos lo palpable, para creer en lo impalpable.

El licor y la lectura del capítulo "*Les Roches*" del tratado de mineralogía de Beudant, hecha en francés y en Parlamento, á pedido del cacique, y la de una carta, en inglés, del explorador Musters, todo lo cual arrancaba al auditorio furibundas carcajadas que se repetian todas las tardes en ese *certámen* literario, hicieron olvidar por un momento la denuncia; y los *gatos*, *pericones* y *malambos* que mi asistente tocaba en la guitarra que habíamos llevado con ese objeto, alegraron al gefe hasta que llegó el dia en que debia tener la junta.

Emprendimos viage á la Colina, situada á orillas del Ya-la-ley-curá donde se habia desplomado el gran conglomerado que servia de piedra sagrada.

Esa piedra habia rodado allí, enviada por Dios, segun lo anunció el Machi predecesor, como una advertencia que el Espíritu Eterno hacia al cacique, demostrándole el descontento con que habia mirado el que no hubiera hecho *rogativas*, para agradecer á quien lo habia formado, el buen resultado de una escursion, realizada hasta la isla Choleachel, y los pocos disgustos que en ella habia tenido.

Algunos astros y los fenómenos meteorológicos, tales como ciertos vientos, exhalaciones nocturnas y bólidos, que, segun los indios, tienen por guias en sus cruzadas los grandes gefes, no habian dejado de presentarse, haciendo propicio el viage, y sin embargo mi compadre no habia hecho ningun sacrificio de víctimas ni licores.

Mito antiguo y que todas las naciones han tenido en su infancia, la brillante estrella que guió á los reyes magos, guia en las soledades de la pampa al salvaje en sus depredaciones.

De lo que pude escuchar allí, infiero que el hechicero anterior era un gran borrachon y no habia perdonado al gefe que no celebrára su feliz regreso con alguna bacanal.

Cuando llegamos al pié de la piedra, que mediria unos veinte metros cúbicos, principiamos á correr al rededor de ella, ejercicio que no dejaba de ser muy peligroso, por estar colocada en una fuerte pendiente. Los indios elevaron sus preces al Eterno, en forma de alaridos, imitándolos yo, sin saber en realidad cuanto *decíamos*.

Despues de repetir diez veces dicha operacion en la que dirijíamos, casi en coro, esta oracion al Eterno, que indica creencias religiosas elevadas: "Miradnos Hombre Grande: (Feta huentrú), dadnos la mano derecha y favorecednos con la salud," elevando al aire, al mismo tiempo, dicha mano, cerrándola y abriéndola como para empuñar la del Eterno, nos apeamos. La hermosa hechicera repartió á cada uno un puñado de arvejas grandes, que los aucaches habian traido, y algunos cuernos y las tazas de lata de mi servicio doméstico, que habian pasado, no sé como, á ser propiedad de ella, llenas de Queneu-pulcu (bebida hecha de

zarzaparrilla), y depositamos, siempre con alaridos, granos en cada agujero de la piedra, donde los cascajos habian dejado huecos cóncavos, al desprenderse de la marga que los unia, y á los cuales los indios consideran como los "ojos de las piedras". Los regamos despues, mojando los dedos en el licor, rociando tres veces los principales y apurando luego cada indio el resto del contenido de las tazas y de los cuernos.

Apagábamos la sed de Dios, quien, segun los indios, parece sufrir las mismas necesidades que nosotros, y que calmó sus iras, segun lo anunció la machi, momentos despues.

Mientras nosotros corríamos, ella permaneció aislada sobre una pequeña eminencia, libre de arbustos, de pié, con una roca lisa por pedestal, tañendo el *ralí* y entonando un canto triste, y bastante melodioso, con el que quizás pedia inspiracion para el juicio en que debia fallar.

Estaba envuelta en una carpeta amarilla de mesa con grandes flores verdes, despojo de alguna invasion y que le habia regalado *Quinchauula;* su moreno cuello estaba adornado de infinidad de collares (*llancatu*), en su seno relucia un *tupu* de plata pulido y en su cintura un ancho tirador bordado de cuentas de colores y de plata (*kepántue*).

Adornaba su cabeza la elegante redecilla india *(tacu-loncó)* que caia hácia atrás, cubriendo dos largas trenzas, llenas de hilos con cuentas de plata *(Kezkell'hué)* y que se enredaban en los grandes aros cuadrados del mismo metal (*Chahuaito*) que pendian de sus orejas y de parte del pelo (son demasiado pesados), cuando movia la cabeza para acompañar al del ralí, el ruido de los dedales metálicos de la redecilla y al de los cascabeles de sus pequeñas botas adornadas de plata (*Shumell*). Vestida así, unia á la majestad de la sacerdotisa, toda la coqueteria de que es capaz una india jóven y bonita.

Su figura era mas que simpática, y si su mision en ese momento era apartar las flechas arrojadas por los espíritus malignos, mientras duraba la fiesta, para que no penetrasen en el corazon de los ancianos que presenciaban el juicio, ella

inocentemente se convertía en instrumento del brujo Cupido y mas de un bravo moceton ponia mas atencion en la hechicera que en el *Illatun* (sacrificio).

Digo inocentemente, porque el voto de castidad es indispensable para ejercer el delicado cargo de oráculo y no debo poner en duda su fidelidad á él.

Este espectáculo hacia repugnante la vista de una vieja horrible, verdadera bruja, que acompañaba á la machi, moviendo en sus brazos, que parecian carbonizados, dos tripas infladas (*Uazá*) llenas de piedras pequeñas y *llancás* (piritas de hierro), otros tantos misterios que la adivina no permite examinar, pero que son, segun ella, un llamativo eficaz á los walichus buenos de que dispone para arrojar á los malos que son sus enemigos, cuando se oponen á que realice alguno de sus sortilegios.

Concluido el licor, el cacique Chacayal, mi presunto suegro, quien parecia el mas impresionado por la grave denuncia que pesaba sobre mí, tomó la palabra. Principió diciendo: "Dios nos ha hecho nacer en los campos y estos son nuestros; los blancos nacieron del otro lado del Agua grande y vinieron despues á estos que no eran de ellos, á robar los animales y á buscar la plata de las montañas. Esto dijeron nuestros padres y nos recomendaron que nunca olvidáramos que los ladrones eran los cristianos y nó sus hijos. En vez de pedirnos permiso para vivir en los campos, nos echan, y nos defendemos; y, si es cierto que nos dan raciones, estas solo son un pago muy reducido de lo mucho que nos han quitado. Ahora ni eso quieren darnos, y como concluyen con los animales silvestres, esperan que muramos de hambre y no robemos.

"El indio es demasiado paciente y el cristiano demasiado orgulloso. Nosotros somos dueños y ellos son intrusos. Es cierto que prometimos no robar y ser amigos, pero con la condicion de que fuéramos hermanos. Todos saben que se pasó un año, pasaron dos años, pasaron tres años y que hace cerca de veinte que no invadimos, guardando los compromisos contraidos. El cris-

tiano ha visto las *chilcas* (cartas) de los Ranqueles y Mamuelches, pidiendo gente y convidando á invadir, y sabe tambien que no hemos aceptado. Pero ya es tiempo que cesen de burlarse; todas sus promesas son mentiras (*Coilá-Coila!*) Los huesos de nuestros amigos, de nuestros capitanes, asesinados por los huincas, blanquean en el camino de Choleachel y piden venganza; no los enterramos porque debemos tenerlos siempre presentes para no olvidar la falsía cristiana.

"Hace mucho tiempo que no mojé mi mano en sangre de ellos. Desde San Antonio, no he comido *caritun* de *huincá* y me vuelven las ganas. (*Caritun* significa carne cruda, y esa es una figura de retórica india, que ellos emplean cuando han hecho alguna matanza de cristianos y que quizás es reminiscencia vaga de un tiempo lejano en que practicaban la antropofagía; conozco casos en que el vértigo de la venganza ha hecho que algunos indios beban la sangre y aun coman el corazon del blanco enemigo. San Antonio, que recordaba Chacayal, es el nombre de una estancia al Sur de esta provincia, donde tuvo lugar, 1854, una espantosa carnicería de soldados y gauchos argentinos, y en la que él y Shaihueque tomaron parte; las escenas que me contaron ellos, á ese respecto horrorizan).

"El Aucache dice que vienen los gringos á pelearnos, ahora que no nos cumplen las raciones. No hemos dicho nada porque pelean en Salinas, porque Namuncurá es intruso y Dios no le dió esos campos; pero nosotros debemos defender lo que él nos dió. Quilapan peleó en Chile, pero Quilapan murió, y ahora vuelven á querer quitarnos nuestras tierras y envian á buscar los caminos. Mal ha hecho el cristiano en engañarnos, diciendo que es amigo de los indios de Patagones. Ni Puelches, ni Moluches, ni Pincunches, ni Huilliches lo han visto. Es chileno y su sangre va á chorrear de su cara, de vergüenza, y su pequeño corazon va á reventar cuando confiese que nos ha engañado".

Chacayal continuó así mas ó menos una hora, mientras lo escuchaba yo asombrado de su elocuencia y de la entonacion notable de su voz poderosa y su aspecto guerrero. El parlamento era

á caballo, y armados todos de lanza; recordaba alguno de los adalides araucanos celebrados por Ercilla. Esperaba que yo contestara por intermedio del lenguaraz, pero Shaihueque me sacó de apuros, contestando por mí y riéndose. Una idea luminosa habia surjido de su cérebro influenciado por el *Queneupulcú*.

—"¿Cómo cree Chacayal—dijo Shaihueque,—que Tapayo (era el nombre que me daban algunos indios), sea chileno? El no ha mentido!" Y volviéndose bruscamente hácia mí preguntóme en araucano:

—"¿Cuántos años tienes, compadre?"

Felizmente no me turbé, y como la contestacion fuera sumamente fácil y entraba en lo poco que conocia de ese idioma, contestéle inmediatemente:

—"Veintitres, compadre!"

—"Ya ves, Chacayal, el chasque dice que el cristiano que viene escondido es un viejo, y este es un jóven, es casi mi hijo".

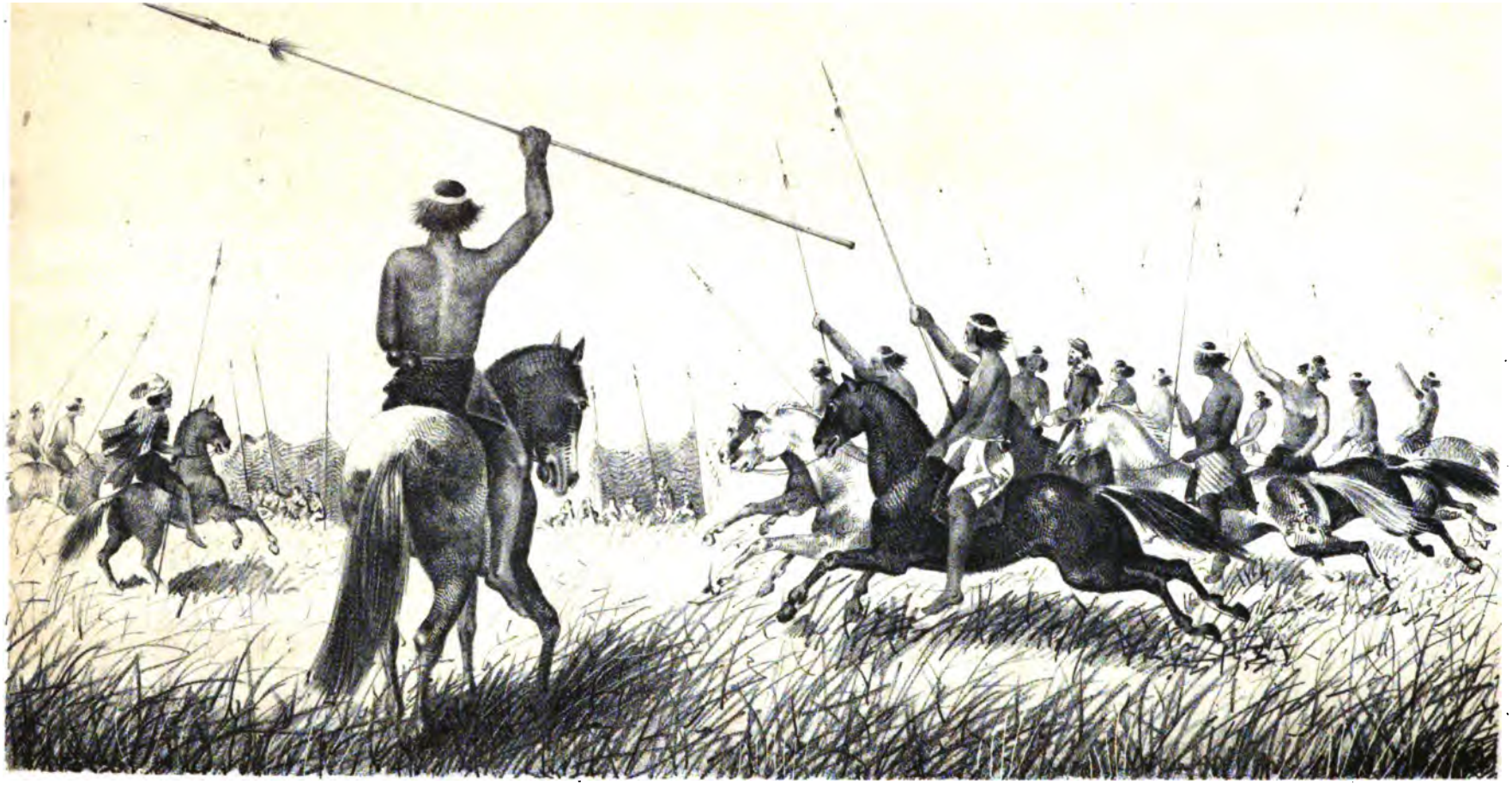
Shaihueque, en las borracheras, me daba ese título por mi edad, pues aunque seguramente no podia saber cuantos años tenian sus propios hijos, me creia aproximadamente de la misma que su hija Liquechem, cuyas facciones demostraban veinte años.

—"¿Cuándo has visto que corra un avestruz y lo bolée? ¿Cuándo le has visto enlazar un potro, como hacen los chilenos? ¿Cuándo has visto un chileno vestido así?"—y señalaba mi traje de pana hecho pedazos, y sobre todo los pantalones,—"que lleve eso en los ojos, y ¿cuándo has visto un chileno que tenga esas botas?" —y me pedia que le mostrara á Chacayal los botines rotos de elástico que calzaba y que este jamás habia visto.

—"¡Los chilenos no tienen nada de esto!"

Por lo que se vé, Shaihueque no sabia que existen chilenos de levita; y esto se esplica porque ellos entienden por chilenos los rotos valdivianos; á las personas de las ciudades llámanlas "españoles", y de ahí, un chileno con pantalones y botin elástico ¿puede creerse tamaño desatino?

¡No boleaba, ni enlazaba! En mi ignorancia casi completa de estos ejercicios indios, consistió quizás en gran parte mi salva-



Litogr. de Alb. Larsch, Florida 164, Bs As.

UNA FIESTA EN CALEUFU. (LAS MANZANAS.)

cion, aunque Shaihueque habria respetado el vínculo que nos ligaba.

Chacayal, al oir esto, calmóse, y como viera que la sangre no brotaba de mi rostro y que la gran piedra permanecia quieta sin aplastarme, dió crédito á las palabras mencionadas de Shaihueque, y á las cuales agregó este, que mas se inclinaba á pensar que los chilenos eran mentirosos. Que habia enviado en esos dias un caballo overo para vender en La Union, de donde le habian escrito diciéndole que se lo pagarian mejor que en Patagones, y que despues solo le habian enviado le mitad de lo que pensaba obtener; que, además, á todos los mapuches les constaba que el aguardiente de los chilenos era peor que el de los Argentinos, y que, sin embargo, ellos lo vendian caro, y yo se lo habia regalado. (Se referia al cognac).

Mientras tanto, yo trataba de convencer á los otros indios de la veracidad de la lógica de mi compadre, lo que no costó mucho trabajo, pues deseaban concluir el parlamento cuanto antes para entregarse á la orgía.

Shaihueque obtuvo, pues, en su alocucion un éxito completo: quedé vindicado y el Consejo convencido. Chacayal se acercó á darme la mano (que casi me deshizo con su fuerza hercúlea), y á decirme que desde entónces seríamos amigos: pero el gordo Yankakirque, el cacique de las nueve mujeres, que, segun él mismo, tenia un corazon tan grande como su inmensa barriga, donde se encontraba aquel órgano y en la cual se daba fuertes palmadas á cada momento, no se contentó con las palabras del gefe: necesitaba mas pruebas. Al darme, ó mas bien, al despedazarme la mano derecha, trató de arrancarme del caballo, de un fuerte tiron. Felizmente ya estaba prevenido desde los parlamentos anteriores, y, apretando las rodillas, pude mantenerme en el recado, sin soltar la mano callosa del cacique que quedó convencido, por mi fuerza bruta, de la rectitud de mis aseveraciones.

La machi, entre tanto, aceptó la opinion favorable del gefe, como era de esperarse.

Una carrera desenfrenada dió fin al parlamento, cuyo recuerdo no perderé fácilmente. Por entre arroyos, montes, grandes piedras, corrimos un trayecto de dos leguas, hasta el punto donde debia celebrarse la gran orgía, ó *rogativa*, por mi buen regreso á Patagones. En él los indios, haciendo alarde de la mayor indiferencia por el peligro, rivalizaban con las mujeres, montadas estas de á dos y de á tres en un caballo, y que pugnaban por adelantarse á los mas atrevidos de los mocetones, sin cuidarse de las que caian y eran pisoteadas.

Cuando llegamos á Caleufú era media tarde y las viejas habian improvisado grandes toldos en media rueda, con la faz descubierta al lado del naciente, y esperaban la concurrencia para dar comienzo á la fiesta que prometia ser magnífica.

La vista de ese paisaje era preciosa: cientos de individuos, entre hombres, mujeres y niños, se habian dado cita para celebrar la omnipotencia del *Fta-Huentrú*. Los que venian de lejanos toldos y no los habian traido, habian construido pequeñas chozas de ramas verdes y, delante de ellas y de los toldos, las lanzas de los guerreros, adornadas de plumas rojas, relucian sus puntas al sol. Las mujeres preparaban allí *Caritun* para el desayuno de los hombres, y las yeguas, muertas á bolazos delante de ellas, lanzaban del pecho chorros de sangre que las viejas recojian en fuentes inmensas de madera ó de plata, para que los valientes la saborearan antes de dar principio á la ceremonia. El gran toldo donde Shaihueque, su familia y los caciques invitados debian pasar los tres dias de la fiesta, habia sido construido con los mejores y mas vistosos tejidos que durante el invierno habian hecho las chinas, y las enormes lanzas que lo sostenian, en número de cuarenta, habian sido pintadas de rojo y adornada de plumas y gallardetes. La bandera argentina que habia llevado flameaba en medio de ellas, dominando sus colores todo ese conjunto y animando al viajero con su vista.

Es imponderable el efecto que produce en el ánimo de este, la vista del símbolo de la pátria. Todo su esplendor se presenta al recuerdo, que pasa rápida revista á su grandeza, y entónces

busca hacerse digno de ella y de los que, lejos, veneran los colores que la simbolizan.

Las mujeres se habian arreglado de la mejor manera posible; las caras de las jóvenes habian sido pintadas de rojo, azul, blanco y negro, colores con que se adornan, y sus lábios, mas rojo, á causa de la pomada que hacen de médula de guanaco y ocres y que usan para preservarlos del aire seco de las montañas, dejaban ver espléndidas dentaduras, al demostrar la alegria que les comunicaba la perspectiva del baile. Mas de mil sortijas falsas, y arrobas de cuentas de colores, que les habia dado, lucieron sus rubíes, esmeraldas y diamantes en esos dias.

Los jóvenes habian revestido todos sus lujos; la plata abundaba mas que el hierro, y el peor vestido era el viajero. Los enamorados habian agotado todos los recusos para agradar á sus «amadas palomas» (*Maicoños*) y uno de ellos, el gallardo Paishí, que quizas tuviera rival, habia bañado su abundante y negra cabellera con un frasco entero de aceite «Mompelas» que habia robado á mi asistente y que chorreaba por su cara á causa del calor y de la agitacion.

Shaihueque, mas lujoso que todos, relumbraba al sol, con el traje completo de goma que le habia regalado en prueba de amistad, y su hija Liquechem, que se presentó envuelta en una sábana de hilo blanco (que era el consuelo del viajero sibarita en los momentos de enfermedad), con un espejo en la cabeza, que reverberaba al sol, y la cara adornada de etiquetas de carreteles, en las que se podia leer «*D. C. Thompson* núm. 36, etc.,» que como último recurso, era el presente de gala que le habia hecho en esa misma mañana, eran las dos figuras mas notables de la reunion, junto con un indio Picunche, que lucia en su cabeza una gran gorra de señora, la cual contrastaba con su quillango pintarrajeado. El paraguas rojo, abierto delante de la tienda de Ñancucheuquen, atraia la atencion de todos.

La fiesta principió con la corrida del Espíritu Malo. La encabezaban Umautesh, la segunda hija de Shaihueque, y Tacuman, el tercero de los varones, ambos muy jóvenes aun y que cabal-

gaban, la primera en un blanco pintado con rayas azules y el segundo en un colorado, pintado de rayas blancas y adornado de cascabeles y plumas.

Durante todo ese dia lanceamos al Walichu, tirando golpes al aire, á cual mas fuerte, para ahuyentarlos; despues apaleamos los toldos, por si en ellos se hubiera ocultado; y satisfechos con creerlo alejado, se organizó el baile.

Encendieron grandes hogueras. Clavaron frente al *ruca* (toldo) del Loncó *(cabeza-gefe)*, dos hileras de lanzas perfectamente alineadas, colocáronse las jóvenes de un lado y los hombres de otro, y principió la danza, marchando y haciendo mover la cabeza hácia los lados y cantando monótonamente para acompañar á la música represensada por el ralí, que tocaban las viejas sentadas cerca del escenario del baile, y por dos *rutrucas*, intrumento compuesto de una larga caña de *colígüe*, hueca, forrada con tripa, y en la punta un cuerno de toro, y que llevan dos indios, uno el músico, que sopla con toda la fuerza de sus pulmones para producir solo un sonido seco y desagradable, y otro que conduce en sus hombros el instrumento. Algunos indios usaban pequeñas flautas de caña tierna, de las que no obtenian sinó silbidos; y todo era acompañado por la guitarra de mi asistente.

El baile consistió en vueltas y en contorsiones y saltos, sin salir de ambas filas y en las que marchaban haciendo piruetas cada uno para sí, cojeando ya de una pierna, ya de otra, siempre oponiendo el hombre la contraria á la de la mujer, de la que lo separaban las lanzas, ó asidos de las fajas todos los hombres y de las mantas todas las chinas.

Las mugeres, sobre todo, las bonitas y gordas, y por eso las mas perseguidas por los enamorados (la gordura es considerada como gran belleza entre los habitantes de la Patagonia), llevaban pequeños palos para castigar á los mas osados que pretendian atentar contra su pudor, cuando se encontraban en el estremo de la calle de lanzas; palos que, en esos momentos, son su única defensa, pues los padres y hermanos presentes poco se cuidan de hacerlas respetar, y por el contrario, festejan con risas los ademanes

escandalosos de los bailarines. Seria impropio que consignara aquí las escenas que presencié, y los dichos de mi compadre, el *"Gobierno de las Manzanas"* (es el título que se dá Shaihueque) respecto de su hija Liquechem, mientras echados de barriga en el césped, presenciábamos el baile que se hacia en honor de mi buena suerte.

Esa música monótona, aunque original, los alegres ú obcenos cantos de las viejas, sentadas al rededor de las hogueras donde se asaban potros, el relinchar de los briosos caballos de los mocetones, y las hileras de luces producidas por el reflejo de la luna en las puntas bruñidas y agudas de las lanzas, comunicaban algo mágico á aquella escena.

La fiesta duró tres soles, y durante ellos, el baile de la noche y las variadas ocupaciones del dia mantuvieron contenta la muchedumbre que se regocijaba en la vega de Tchilchiuma, al borde del Caleufú.

Entre el juego de la baraja, la payana, la checa y las carreras trascurrieron las horas que las corridas del walichu ó las danzas nocturnas dejaron libres á los hombres. Las jóvenes emplearon las suyas en mostrarse, alegres, los espejos, los lujosos aros, sortijas y collares, y las mantas azules y rojas con que las habia obsequiado; estimulantes todos de la coqueteria indígena, y que despertaban envidia en las pobres llegadas de otros toldos á destiempo de aprovechar de mi prodigalidad. Algunas de ellas mantuvieron amorosas pláticas con los bailarines de la noche, mas prendados por la vista de los elegantes atavíos que ellas lucian. Los jóvenes infantes, los futuros defensores de la pátria mapuche, se ejercitaron, mientras tanto, en tirar las bolas, y en enlazar, teniendo por blanco los perros de las tolderías, ó desnudos, en hacer ejercicios de lanza, arma figurada por tiernas y rectas ramas de manzano, cortadas con ese objeto.

Los encanecidos guerreros, sentados lejos de las mujeres, á quienes no juzgan dignas ni capaces de escuchar sus proezas, relatáronse sus pasadas campañas, mientras que las viejas, ya repugnantes, hacian la comida ó cantaban picantes epígramas á juzgar por la algazara de quienes las oian.

Una de estas, sin embargo, venida de los reales de mi amigo el buen cacique Naguipichuin, y que gozaba de gran fama como conocedora de cuentos viejos, se señaló por la seriedad de su relato, el que no alborotaba, como las otras, su auditorio, pues el interés de este en escucharla era tan grande como la bulla en los corrillos vecinos.

Mi poco conocimiento de la lengua araucana no me permitió comprender inmediatamente el suceso que le servia de argumento, pero con paciencia he podido hacerme traducir mas tarde algunos fragmentos que consigno aquí, ligándolos, para regalar á mis lectores una muestra de la fantasía del soñador indígena, que he oido en su agreste morada.

Ella encarna la idea mitológica que les reserva otra vida, despues de la estincion de la que hoy gozan. Idea tan antigua quizas como la humanidad, pues la muerte total no es comprendida por ningun salvaje. Su poética ignorancia no vé en el cadáver un anonadamiento completo del individuo, sino una de las faces de la evolucion que debe completar todo organismo. Su sencillo pensamiento prefiere admitir la transformacion de su ser en otro distinto, cuya composicion ó forma no se esplica, sin embargo. Para él, la muerte que llega solo es una modificacion de la vida que no cesa.

Quizas en sus adentros, el salvaje compara el esqueleto del fenecido, con la crisálida de donde nace la mariposa; é identifica al hombre con el gusano que se arrastra sobre esta tierra, la inmóvil ninfa, con su cadáver, y la mariposa de bellos colores con el alma que vaga desde el mundo que habita despues de su alejamiento de este, hácia los espacios y hácia la tierra, donde otros hombres-gusanos aguardan el complemento de su metamórfosis. Y bien puede que la supersticion que nos hace temer, á nosotros civilizados, la aparicion de las velludas mariposas nocturnas, como augurios de desgracia, no sea sino reliquia de otra creencia que encarnaba en ella almas malhechoras, precursoras de males.

Solo la ciencia puede darnos la conviccion de que todo cesa

con nuestra desaparicion del escenario terrestre, pero la ciencia es desconocida en el cerebro primitivo y sin cultura.

Lo que sigue no es creacion de la india, sino producto de lejanos abuelos, quienes mas libres que el actual mapuche, cuya inteligencia parece atrofiarse con los vicios introducidos por los Europeos, tuvieron, en el tranquilo goce de sus hogares, ancho campo donde alimentar su fecunda imaginacion, despertada por el espectáculo que rodea los sitios donde vivieron.

Allá lejos, entre las fragosas montañas donde todo impulsa al misterio, donde las gigantescas manifestaciones de la naturaleza hacen que el estado intelectual del hombre inculto, rodee todo de un respeto supersticioso, está el escondido paraje que la anciana elijió para teatro donde debia desarrollarse el principio de su fábula fantástica.

Inmensos picos que parecen reflejar el espacio azul y las blancas nubes, en el hielo, tan antiguo como ellos, dominan una profunda quebrada, tan oculta que ni el mismo Pillan, (espíritu del mal), que engendra los rayos, los truenos y desprende las atronadoras avalanchas, la distingue para saciar en ella sus iras.

En su centro se eleva, en medio de verde césped y fragantes frutillas, una corpulenta y secular Araucaria, el *pehuen*, tan estimado del indio, y cuyo tronco recto, coronado de elegante copa, busca las alturas, tratando de cruzar las sombras.

Mientras tiemblan con el viento las ramas del hermoso conífero, balanceando las hojas gigantes del fresco *Pange*, mojadas en el torrente cercano en los espesos y oscuros *Rarales* que protejen el pequeño prado con su tupido ramaje, canta triste el melancólico CHUCAU, único compañero de quien se interna en esas regiones. Pero no es el solo canto del ave amiga lo que interrumpe el silencio de ese desierto; tambien, al pié de la Araucaria, llora un indio.

Los despojos de quien fué su compañera en esta vida, de quien endulzó su hogar, al regreso de las correrías sangrientas, yecen allí, por la mala voluntad de un hechicero.

Nada ha podido contrarestar el daño causado por este; los

sacrificios propiciatorios, implorando el favor del Buen Espíritu, no han bastado para arrancar su presa al celoso brujo, y el alma de la recien esposa del guerrero pehuenche, ha abandonado esa mañana la hermosa cáscara que la guardaba.—Ha dejado solo á quien, sin fuerzas para seguirla, queda llorando su flaqueza sobre el cuerpo que ha podido sustraer, sin ser visto de los brujos, para sepultarlo en sitio solo de él conocido.

¡Qué inesplicables contradicciones hay en las manifestaciones del sentimiento humano! El Pehuenche que esponia su vida, casi diariamente, en heróicos combates contra los usurpadores de su pátria, que mas de una vez habia visto de cerca la muerte y desafiádola con honor, al retorcer su lanza en las entrañas del blanco, habíase convertido en pusilánime.

Con menos resolucion que las mujeres indias, que frecuentemente buscan el recurso del suicidio para acompañar al esposo perdido, el hombre jamás la imita, ó por lo menos no he oido mencionar un solo ejemplo, y creo que la anciana hacia alusion en su fábula al poco cariño de ellos, que no les escita á afrontar el trance que tan poco temen en otras circunstancias.

Un amargo dolor abruma al Pehuenche, que en vano ha luchado por romper los lazos que le unen á la tierra y que le impiden acompañar el alma de su amada, en el vuelo á la region de la dicha; su fuerza de ánimo ha chocado con algo inesplicable que se lo prohibe, y abatido por esa cobardia, que él reconoce, sin poder vencer, inunda de lágrimas la tumba querida.

Tres dias y dos noches han transcurrido ya, y el indio continua implorando la compasion de la que allí duerme el eterno letargo, sobre el musgo mullido, que cubre el fondo de la fosa, envuelta en cruzadas mantas y acompañada de sus dos perros renegridos mas estimados.

En vano el infortunado moceton ruéga: nadie le ha contestado aun. El Genio del mal no consiente que el espíritu de quien espera el perdon y el que aun no se ha alejado de las inmediaciones del punto donde reposa el cuerpo que animaba, visite al doliente; solo este oye, como único consuelo, el tétrico aleteo de

los reales *Manques* (cóndores) en la montaña y el triste y tímido canto del Chucau.

Por fin llega la tercera noche: la ternura del indio aumenta (si posible es) gradualmente, al avanzar aquella, y, segun la anciana, con las lágrimas que él derrama crece el torrente; ¡tanto es su desconsuelo!

El Pehuenche no desmaya; deja que el feroz Pillan haga lo que su mano se resiste á hacer; no piensa ya en sí mismo; su ser físico ha desaparecido ante la necesidad moral de sentir de su corazon fogoso, y la vehemencia del dolor le tiene postrado sobre lo que cubre á quien fué su compañera.

Ha evocado el alma, cuya vista ansía su amor avivado por el sufrimiento; pero su dolor llega á convertir su natural sentimiento en un cáos, y la angustia moral hace que á ese estado frenético de la pasion suceda la inercia.

Ha oscurecido: la bruma fria de la quebrada ha llegado á la cima de los cerros, y sobre los Andes se han disipado las últimas claridades del dia. En el firmamento, la pálida *Yepum*, la estrella de la tarde, se define y las sombras han cubierto el prado sepulcral. Solo los reflejos suaves del hielo eterno, alumbran ténues esa melancólica escena, y los sollozos del indio son en ella los únicos síntomas de vida.

A esa hora recien el Espíritu Grande, el Ftá-Huentrú, se deja tocar por sus ruegos; vence al Maligno, y consiente en que el alma evocada consuele á quien la ingratitud ha hecho infeliz. Las lágrimas de este han tocado el corazon del Hombre-Grande y han conseguido tambien vivificar el cuerpo que guarda la tumba.

El alma, para los indios, reviste algunas veces la forma humana, y en el momento que la anciana mencionó, tambien tuvo esa misma encarnacion.

El viudo Pehuenche pudo ver elevarse sobre el monton de tierra humedecido, una forma nebulosa, que indefinida primero tomó luego la apariencia del cuerpo que dias antes habia estrechado agonizante entre sus brazos. La tierna admiracion del salvaje que siente escuchados sus ruegos, aunque sin darse bien

cuenta de ello, tal es la apatía causada por el pesar, cámbiase de alegria en temor, cuando vé que la sombra de su esposa al levantarse de la tumba no se dirije hácia él, por el contrario le vuelve la espalda. El Pehuenche no ha soñado, lo que tiene delante es realidad y no vision del delirio, pero realidad abrumadora! La esperanza que le habia sonreido un momento, desaparece ante el ceño adusto de la sombra.

Largo rato transcurrióse antes que esta se dirijiera al que imploraba cobarde, teniendo la conciencia intranquila, (así lo entendió la sombra) por la falta de cumplimiento de su deber, pues tal era el no haber dejado este mundo al mismo tiempo que ella. Irritada lo hace por fin, las acriminaciones no cesan durante reina el silencio de la noche, y mientras el *Culchinculchin* (grillo) chilló, el *Unelve* (Lucero) apaga sus luces, la aurora aclara las nubes, hilos de oro y rosa se reflejan en los Andes, sin que el pobre indio consiga del alma de su bella amada el perdon que solicita.

Otro dia pasóse así, y el Pehuenche no se alejó de la tumba sinó para recojer para su alimento algunas frutillas y piñones de la Auracaria que le daba sombra. Apenas la noche estendió su misterioso manto, la vision reapareció; la calma del indio fué mayor y la esperanza le sonrió de nuevo, sus ruegos encontraron eco, y el alma compadecida olvidó la pasada ingratitud, perdonó y concedió permiso al *Hueichave*, (guerrero) valiente, para acompañarla en vida, al Alhué-Mapu, al país de las almas, á la mansion eterna.

El término señalado para que el alma se aleje de la fosa que contiene el cuerpo que animaba, y el cual, segun los indígenas, no puede esceder de tres soles, habia espirado, y solo los ruegos del indio pudieron demorar el viage del alhué de su esposa.

Acompañada de las de los dos fieles perros renegridos, que su marido habia inmolado para que le sirvieran de eterna compañía, la sombra lo condujo entre truenos y rayos á través de los Andes, hácia donde el Sol desaparece en el misterio, sin cuidarse de los torbellinos de nieve, luchando contra las tétricas aves,

cruzando fragosos precipicios, violentos torrentes y cascadas profundas.

Inútiles son los esfuerzos que hace el Pillan para oponerse á la marcha de ellos, sus manifestaciones hostiles luchan en vano contra la benéfica ayuda del Ftá-Huentrú que los proteje, y el cuerpo animado y las almas llegan á la costa de la gran laguna, donde un espeso bosque les proporciona cómodo descanso. Este viage, sin tropiezos, allanados todos por la voluntad de quien todo lo manda, efectuado de noche, pues solo entonces es cuando las almas viajan, habíales conducido al fin de la Tierra.

El cansancio rinde al viajero, y este duerme allí, al borde del ilimitado mar, hasta la tarde avanzada.

El esplendor del dia ha trascurrido insensible para él; su ser físico ha vuelto á predominar y descansa; la vision se ha disipado.

El magnífico celeste del firmamento y las plateadas nubes que lo entapizan, van desapareciendo; el astro del dia, el *Anteu* venerado, baña su roja esfera en las oscilantes aguas del Pacífico, y solo quedan franjas de púrpura en el horizonte; ya las chispas de oro que brillan en las cúpulas gigantes del Quetropillan y el Yaimas se han estinguido. Ha despertado el Pehuenche y ha reaparecido la sombra. Llama esta, y momentos despues, de entre las imaginarias costas apenas definidas del Oeste, que cambian y se disipan á voluntad de los últimos reflejos del dia y de las nubes, y que los supersticiosos indígenas creen orillas del Mundo de las Almas, se desprenden tres Huampús (1) que veloces se dirijen á la tierra habitada por los Cuerpos.

Dos de ellos conducen mujeres, y en el mayor un hombre de estatura elevada y de fuerza hercúlea, rema de tal manera que la canoa es mas veloz que las aguas de un torrente andino.

Toca el gran *huampú* la costa, desembarca su anciano y fornido conductor y se queja, con marcadas señales de disgusto, de la tardanza del alma que solicita el paso al reino de ella. Varios

(1) Canoas hechas de un gran tronco cavado toscamente.

dias hacen ya que es esperada, y allí se hacen comentarios sobre su lento viage.

Pero no es ese el mayor motivo que tiene el anciano para demostrar tanto disgusto. A su llegada al país de los vivos, algo ha ofendido su delicado olfato de espíritu, algo que jamás ha sentido despues que abandonó su cuerpo, y ese algo no puede desprenderse en manera alguna del alma de la hermosa india.

Esta, temblorosa, pregúntale qué siente, qué le molesta de ese modo?

Algo hediondo hay aquí, en este último descanso de las almas en la tierra! replica el anciano.

—Es el cuerpo de mi esposo que vive aun y que no teniendo valor suficiente para dejarlo, espera, escondido en el monte, el permiso para acompañarme en vida, en recompensa del cariño que me tiene.

El anciano irguióse al oir tal blasfemia. Un cuerpo vivo penetrar al pais de los espíritus era algo monstruoso, pero los atractivos de quien pedia fueron tantos, el alma de la india fué tan seductora en sus ruegos, que el permiso fué concedido, el bravo Pehuenche salió del bosque, penetró en la laguna, y allí el anciano lo lavó, y en forma de millones de piojos, estirpó las miserias del hombre de la Tierra, y así purificado, embarcáronse en el *huampú*. Cuatro horas despues llegaba al mundo deseado.

¿No podrá verse en esta purificacion, una alusion á las inmundicias físicas y morales que el hombre guarda y que, segun el salvage, no abandona sinó con su cuerpo, y las cuales no tienen entrada al reino de la felicidad de que hablan los indígenas?

Seis meses pasó el enamorado indio la vida de las almas; pero esa vida que para el espíritu es la delicia, para el cuerpo es un martirio. A la inversa de lo que acontece en la tierra, allá en la region eterna, reina el dia mientras la noche nos cubre en esta, y á nuestras horas de bullicio sucede allí el silencio de la muerte. Todo era alegria para el Pehuenche durante las horas que, en este suelo, hubiera consagrado al descanso; apenas el crepúsculo llegaba, luces aisladas aparecian en el inmenso

desierto y gradualmente, con la oscuridad de la noche, la árida pampa convertíase en poblado aduar. Millares de fogones señalaban otros tantos toldos, y el alma del guerrero, dejando inerte su cuerpo, se unia á los corrillos formados por las almas de sus antepasados y de sus amigos, y contemplaba á su lado la de su amada. Los placeres mundanos, únicos que conoce el salvage, tomaban inmenso desarrollo; una vida espiritual, exhuberante, proporcionaba todos los deleites mas apreciados del indio, y hasta los organismos mas simples eran dotados de alma, por la anciana, en su leyenda, pues en el reino de la alegria, que tambien es el reino de las tinieblas, todo lo que en la Tierra ha gozado de vida, tiene entrada. Segun ella habia allí hasta comerciantes de aguardiente. Las grandes orgías se sucedian sin interrupcion, en tan alto grado, que las de Tierra, que duran á veces un mes, solo eran pálido reflejo de aquellas; las matanzas de animales domésticos y las grandes cacerías no tenian fin. La glotonería de las almas jamás se queja de la abundancia.

Los bailes, las carreras, los placeres carnales, no fatigan las almas allí; pero para el pobre Pehuenche, las horas de la vida transcurrian con rapidez vertiginosa; las diversiones no le permitian acercarse á su esposa, sinó cuando el cansancio se apoderaba de los espíritus. Todo se desvanecía, cuando llegaba la hora de la vida en este mundo, y la del silencio para el otro. Apenas conseguia el enamorado, que su amada descansara en su lecho, las tinieblas principiaban á desvanecerse, y con ellas, la materializacion del alma de su compañera, y la aurora alumbraba al pobre indio estrechando entre sus brazos no un bello cuerpo, sinó alguna espinosa tuna ó un lagarto.

Diariamente se repetia esta ilusion del delirio, y el desgraciado iluso, esperando la hora de ella, buscaba su alimento en un espantoso desierto que solo produce algunas frutas amargas, salvajes, y que no es habitado sinó por insectos, víboras, sapos y lagartos. Pero esas frutas no eran suficientes para alimentar la actividad corporal del Pehuenche, que no participaba de la nutricion espiritual del alma, durante la vida nocturna; las reses

carneadas para las orgías, eran almas tambien y no alimentaban el cuerpo.

Llegó el momento en que la necesidad física acalló la necesidad moral que el indio tenia de encontrarse al lado de su amada, y la lucha por la existencia le hizo solicitar de ella el regreso desde el *Hullchei-maihue* ("de donde no se vuelve"), al pais de los vivos. Complacióle y le condujo hasta el pié de la Araucaria—sobre la tierra que habia humedecido con sus lágrimas—y allí le dejó llorando nuevamente su desventura.

Tanto habia sufrido el guerrero, tantas privaciones se habian amontonado en su ser, que de gallardo que era, cuando dejó este mundo, regresaba con la decrepitud de un centenario. Su espíritu habia flaqueado, sus recuerdos terrestres eran vagos, y cuando volvió al aduar, sus compañeros que le creian muerto no hablaban mas de él, y habian quemado cuanto le habia pertenecido, para olvidarle al oir su relato, llamáronle *Fofo-Huentrú* (loco)!

Vagó entre las selvas y las montañas un año más; pero el temor y la repulsion que sentian por él sus antiguos compañeros en las lides, la lástima chocante con que le miraban, cuando relataba su cuento (así era considerado), y el apodo de brujo que le habian dado por vivir en las cuevas, donde creen que los malos espíritus habitan, consiguieron hacer lo que el amor no habia hecho.

Cierto dia algunos cazadores que perseguian una tropilla de *Huemules* ariscos, encontraron colgando, de un gigante Pehuen, un cuerpo momificado. Era el titulado loco, que habia hallado por fin, valor para ceñir á su cuello el lazo, que el dia en que enterró á su esposa, colgó del árbol.

Todo esto escuché de la anciana,—y lo publico, sin poderlo comentar, pues no es este el momento de hacerlo. En esta leyenda hay tantas vislumbres de antiguas creencias que suministra materia para mas detenido estudio.

La seductora idea de la inmortalidad del alma, nacida en la inmensidad de los tiempos, no fué, quizás en su principio, sino producto de un acto fisiológico del cerebro funcionando en el ensueño; hémosla creido una verdad, á partir del estado embrionario de nuestra cultura intelectual y la hemos seguido tambien esplotando para contribuir con ella al engrandecimiento de nuestro progreso, que nos va revelando por fin su causa: ella es la base de esta leyenda, lo mismo que lo es la creencia en los reaparecidos, íntimamente ligada con la de la inmortalidad.

Hay en ella rasgos de fetiquismo muy pronunciados, en varias de sus manifestaciones; en la naturaleza animada, en la inanimada, en el culto de los espíritus y en el de los cuerpos celestes. El último, que es el que creo encarna en ellos, el mundo eterno, y que tiene la vida durante la noche, puede haber sido tomado de la lujosa magnificencia del cielo austral; los fogones que aparecen gradualmente, son las estrellas que á medida que avanza la oscuridad brillan con sus espléndidos fulgores, y el árido desierto del dia, es el cielo claro, ó sombrío, sin ningun astro visible (esceptuando el sol ó la luna); además, es sabido que los indios creen en la encarnacion de las estrellas, y que muchas de ellas tienen clasificaciones humanas. (1)

Perdone el lector estas largas digresiones, mientras vuelvo á tomar el hilo de mi relato.

Al amanecer el cuarto dia, tuvieron lugar grandes sacrificios al borde del Caleufú.

Despues de las grandes orjías, no he presenciado escena mas espantosa que aquella. Las víctimas maniatadas, revolcándose y lanzando mujidos lastimeros, no inspiraron compasion á los sacrificadores que les abrian el vientre, arrancándoles brutalmente el corazon, para poder arrojar la sangre bullente aun, hácia el cielo, para implorar los favores de Dios. El vértigo de la sangre dábales un aspecto feroz, cuando así desnudos, bañados en ella, corrian á pié delante de sus víctimas, regándolas con licores, ó llenándoles la boca con los pastos mas delicados y que ellas mas

(1) Véase 'Cimétières et paraderes' citados anteriormente.

estimaron en vida. Al mismo tiempo los espectadores atronaban los cerros con sus alaridos, que aumentaron luego que principiamos á arrojar al precipicio los cuerpos inmolados.

Concluida la sangrienta ceremonia y convencidos de que la abundancia y la felicidad en los viages y en el seno de la familia mapuche no faltarian, regresamos á los toldos y principió la borrachera.

Empeñáronse en que bebiera y no hubo mas remedie que complacer. Preferí hacerlo con el *Queneu-pulcú*, por ser la bebida que mi compadre me instaba á tomar, diciéndome que era muy "mamadora", esto es, muy embriagante, bebida que en realidad era preparada por las chinas de una manera asquerosa. Chacayal y Shaihueque se empeñaron en que tomara grandes cantidades para demostrarme cuánto agradecian que hubiera preferido la bebida de los campos á la de los cristianos.

Chacayal habia cambiado de traje para solemnizar la borrachera y se habia engalanado como mejor le habia sido posible, con su chaleco colorado sobre las carnes, un pequeño chiripá y una bata verde de mujer, resto de un saqueo en Chile y un sombrero de paja chileno que llevaba en vez de cinta la divisa roja con el letrero "Viva la confederacion argentina, mueran los salvajes unitarios". Esa prenda la habia traido del Rio Colorado en sus mocedades, y la conservaba como un recuerdo de Rosas, de quien queria que yo fuera amigo.

Con la efervescencia del licor volvieron los indios á hacer oir murmullos poco tranquilizadores.

Vaqueano ya, huí cautelosamente hácia el monte y allí esperé tres dias con mi asistente y dos ancianos, que los indios borrachos querian últimar por considerarlos brujos, alimentándonos de manzanas verdes y algunos pedazos de cordero que cambié á una china por mi único calzoncillo.

Solo cuando conocí que la indiada no se hallaba en estado de hacerme mal, volví á los toldos, donde encontré á mi compadre sentado en el suelo, teniendo entre las piernas un balde que yo le habia regalado, llorando y preguntando si no me habian hecho

algun mal, á su mujer Fia que le mojaba la cabeza para evitar la congestion y le tranquilizaba de la pérdida de su última esposa, la Tehuelche Cheleukchen, que se habia huido de los toldos despues de haber recibido una tremenda paliza. Nos llamamos "Toros" (valientes), le hice acostar en mi cama, y en momentos en que disputaban los indios totalmente ébrios, cambieles el aguardiente por agua pura, la que continuaron bebiendo, creyéndola el espirituoso licor, con gran contento de Fia, quien temia que al dia siguiente, si continuaba la borrachera, ardieran los toldos. A la otra mañana todo habia concluido, y dos dias despues despedíme de Shaihueque.

De estos sucesos, el chasque habia referido algunos á los Pampas y he creido conveniente recordar yo los otros, para dar siquiera una lijera idea de la vida en los campos del Limay.

Como no supieran que habia regresado al Cármen, habíanse figurado los últimos que los indios Manzanares, mas feroces que ellos, me habrian hecho desaparecer; "hemos llorado todos", decia el mas anciano "pobrecito cristiano, ¡á qué se le ocurriría ir á las Manzanas!"

Cuando les dijo que el principal actor de estos sucesos y que ellos compadecian, era yo mismo uno de los que estaban mas retirados en la rueda, me dijo: "ahora recuerdo haberte visto en el Cármen, hace muchas lunas, pero entonces no tenias barba y no quisiste venir con nosotros".

Prometíles visitarles pronto, durante algun tiempo y nos separamos, despues de hacerles algunos regalos,—contentos ellos de su negocio y yo de haber sabido lo que habia dicho el chasque enviado durante mi visita al Caleufú, lo que me proporcionaba ocasion de agregar algo, á lo poco interesante de mis observaciones en el Chubut.

Al dia siguiente, 10 de Diciembre, concluidos todos los arreglos, me embarqué en la goleta con las colecciones.

CAPITULO IX

PUERTO DESEADO—ESCURSION AL INTERIOR

Con una hermosa tarde y favorecidos por la fresca brisa del Norte, nos alejamos del Chubut.

Al dia siguiente, en la línea de la costa, paralela á nuestro rumbo, y mas pintoresca que los inmensos murallones de la Península de Valdez, se diseñaron los innumerables picos eruptivos de Punta Atlas, Punta Tombo y del Puerto Santa Elena. Con los postreros rayos del sol, perdimos de vista la tierra, en este último punto, para tener, por todo horizonte el inquieto Atlántico.

Diciembre 12.—En la noche del once al doce, la tormenta cruza rápida, estremeciendo el casco del pequeño buque, y los fuegos del mar rivalizan de nuevo con los del cielo; diríase que navegamos entre relámpagos, en el océano ardiente, y que la tempestad eléctrica, poco frecuente en estas latitudes, se desencadena en el agua y no en el aire, donde sólo refleja.

Diciembre 13.—Un magnífico tiempo nos reconcilia con el Golfo San Jorge tan temido. La primera claridad del dia alumbra las

olas ya acalladas y pocas horas despues divisamos la costa que limita por el Sur al Golfo, y en cuyo estremo se destacan los peñones del Cabo Tres Puntas. Así lo llamaron por tres promontorios de 60 metros de elevacion, que afectan la forma cónica, desde alguna distancia y que son las avanzadas del continente.

A algunas millas se desliza serena la "Santa Cruz", con todas sus velas desplegadas, mas blancas, por el contraste con el mar oscuro, azul-verdoso, matizado de pequeñas ondas, rizadas por las crecientes que doblan el Cabo.

La alegria reina abordo; el buen humor se ha apoderado del equipage y de los pasageros; el primero vé que, sin sus esfuerzos, el buque corta las aguas, con rumbo casi fijo hácia el próximo puerto; los segundos ansian el momento de llevar sus proyectos á buen fin.

Primero, las olas espumosas y rujientes que se estrellan contra los arrecifes de Byron, y luego, en el fondo, formando horizonte, las mesetas uniformes, limitadas por barrancos á pique, de suaves, pero claros colores, acentuados por la fuerte luz de un dia caluroso y sin nubes, dan á ese paisage, envuelto en una ténue bruma, resultado de la evaporacion del mar y de las varias lagunas saladas de las inmediaciones, tintes agradables, que nos hacen olvidar la triste desolacion real. Esceptuando el bullicio de abordo, algunos Albatros y Pengüines que pescan y las Gaviotas que surcan el espacio, ningun síntoma de vida presentimos en esas playas cercanas.

Bordejeamos en aquel mar tranquilo, aunque sombrío, si se recuerdan las muchas trajedias que oculta su seno, y donde tanto intrépido marino pescador ha encontrado su tumba. Sentados en la popa, gozamos del espectáculo que Piedrabuena anima á nuestros sentidos, relatándonos las terribles escenas de naufragio que ha presenciado el Golfo.

La belleza del dia y el aspecto del mar, su elemento, hacen que nuestro amigo, generalmente parco en palabras, cuando se trata de referirnos su vida en esas regiones, como los héroes cuando cuentan sus hazañas, dé, en esos momentos, rien-

da suelta á sus recuerdos, para asombrarnos, sin pensarlo, con los rasgos de valor que modestamente menciona. Diríase que el Océano, conmovido por tanto arrojo, hubiera cedido, al esfuerzo y coraje humanitario de nuestro compatriota, las vidas de innumerables infelices náufragos, para brindárselas como gajes de su oficio heróico.

Siento no tener una pluma digna de revelar sus proezas. Le he escuchado relatar, con la misma calma con que lo hacemos nosotros cuando referimos los incidentes de una partida de placer, y con la sencillez característica del marino, sus terribles correrías en las tempestuosas regiones del Cabo de Hornos.

El Capitan don Luis Piedrabuena no tiene ninguna condecoracion de las que premian el valor militar. No le ha cabido la envidiable gloria de haber derramado su sangre en defensa de la Pátria, ni ha participado de las luchas fratricidas que la enlutan.

Lejos del teatro en que esas escenas se han desarrollado, su nombre no figura en los partes despues del combate, ni jamás sus superiores han recomendado su valor y pericia.

Ha consagrado su vida á fines igualmente nobles, aunque mas humanitarios y de los que no solo aprovecha la Nacion, sinó la humanidad entera.

Marino, educado por audaces pescadores, ha hecho su aprendizaje en la estensa costa Austral. Patriota como el que más, con voluntad de hierro, sacrificando sus propios intereses, ha conservado durante veinte años, flameando á orillas del Santa Cruz, la bandera que le recuerda lo que mas quiere. Antes que su familia y su prosperidad, ha estado para él su pátria, y á conservarle esos dilatados territorios, abandonados por la desidia, ha destinado, sin pararse en sacrificios, los mejores años de su vida.

Su carrera le llevó á establecerse en la Tierra de los Estados, posesion argentina envuelta en las nieblas polares y en cuyas costas ya habia auxiliado cientos de desgraciados náufragos.

Allí, único gefe, con un puñado de heróicos hombres de mar

de todas las nacionalidades, ingleses, americanos, argentinos, entre estos, tehuelches y fueguinos, ha continuado su humanitaria tarea, aumentando siempre y sin interrupcion, su corona de gloria.

El aislado Peñon, batido sin cesar por las tempestades, ha sido convertido por él en noble morada de la caridad.

En la region del Sur "donde, como en ninguna parte, el hombre esperimenta mas vivamente la conviccion de su impotencia, en un mundo inerte, lúgubre y silencioso, donde todo amenaza el anonadamiento de sus facultades; allí donde si tuviera la desgracia de quedar abandonado á sí mismo, ningun recurso, ningun rayo da esperanza podría suavizar sus últimos momentos" (*) es donde el marino argentino, con su pequeña chalupa, busca con estóica serenidad, sin temer á la muerte, á quien necesita su ayuda. En él hay un magnetismo desconocido que le conduce á donde la desgracia impera.

¡Cuántas víctimas ha arrancado al Océano, y cuántos recordarán diariamente, con gratitud, el nombre del capitan y los colores de la bandera que lo acompaña!

Mas de una vez la lancha argentina ha salvado las vidas confiadas á fragatas estranjeras, en cuyos pescantes hubiera podido ser ella suspendida. Cuántas veces no han cabido en ella salvados y salvadores, habiendo quedado estos últimos abandonados en las rocas!

Oir á Piedrabuena el episodio del salvamento de la tripulacion del buque "Dr. Hansen" es escuchar un cuento fantástico. La encuentra asilada en una peña de la Tierra del Fuego y la conduce á Punta Arenas en su lanchon, dejando parte de sus propios tripulantes en el lugar del naufragio, lo que le obliga á tomar otros para ir á buscarles.

Las penurias, los momentos terribles de esa travesía, y el efecto que ellas produjeron en el ánimo de nuestro capitan, pueden calcularse por las palabras con que me referia los instantes que siguieron á ese salvamento.

(*) Dumont D'Urville, "Viage al Polo Sur y á la Occeanía".

"La lancha cruzaba sobre las piedras, y en los fuertes balances golpeaba sobre ellas; yo, acostumbrado á esos trances, fumaba tranquilo junto al timon, cuando oigo, debajo de cubierta, llantos y gritos; bajo y veo al capitan aleman y á su señora que lloraban desesperados. Se creian perdidos nuevamente. ¡No parecia marino! ¡Asustarse solo de golpes contra las piedras! cuando, por el contrario, esos accidentes dan mas energía y hacen tomar mas gusto al oficio! El agua mansa solo es buena para los pichones."

Piedrabuena no sabe el número de buques y tripulantes que ha auxiliado ó salvado y opino que la mejor escuela que pueden tener nuestros marinos es un crucero de un año, en el Cabo de Hornos, con el Capitan de la "Santa Cruz."

Uno de los primeros servicios que prestó éste, fué ayudar al descubrimiento de los restos mortales del malogrado Capitan Allen Garner, el mártir de la Tierra del Fuego, muerto de necesidad con sus acompañantes, en la playa frondosa y sombría de la isla de Navarino, cerca del Cabo de Hornos.

Escuchamos las últimas palabras consignadas en el diario del marino misionero,—que demuestra la sublime energía del mártir inglés, realzada por la palabra del marino argentino, relacion que se habia encontrado donde lo llevó su generoso afan de esparcir la luz de la civilizacion en el cerebro del salvaje fueguino y en la que, en sus últimos momentos, pedia, desde esa helada region, como años despues lo hizo Livingstone, desde el corazon del Africa, no fuera abandonada su humanitaria empresa,—cuando el vijía, de lo alto del mastelero, anuncia una vela cerca de la playa, entre las rugosas toscas del Cabo Blanco, en la pequeña ensenada situada en el lado Norte del istmo que une el promontorio con la meseta.

La distancia no permite distinguirla con claridad, pero el marinero novicio cree tener la certeza de lo que dice.

Vamos, pues, á tener la dicha de auxiliar á algunos colegas desgraciados y esto, en condiciones mucho mas favorables que

las que acabamos de escuchar, realizadas en las tempestuosas regiones antes referidas.

El entusiasmo del capitan le hace ver ya, arrancados de aquel desierto, tan inhospitalario como el mar, algunos compañeros que atenderá solícito en su buque, llegado quizá en momento tan oportuno que salve de la muerte á los sobrevivientes de un naufragio, en cuya existencia ya todos creemos.

La vela blanca en su principio parece pertenecer á un bote inmediato á la orilla; mas próximos, semeja una gran lona cuadrada ó enorme bandera levantada en la costa, como en demanda de socorro, y momentos despues podemos convencernos de que lo que nos ha sugerido la idea de ser testigos de algun terrible drama, es una solitaria roca, cubo calcáreo, desprendido del elevado murallon, alto de cuarenta metros y rodado hasta el mar, que lame su blanquecina base.

Reconocido el error, doblamos el Cabo, pensando cada uno, aunque sin comunicárnoslo, que si para nosotros ha habido engaño, ¡cuántas escenas de desconsuelo habrá presenciado esa abandonada costa, cuando, en vez de la roca blanca, es una tienda ó bandera de desgraciados que solicitan auxilios, y el buque salvador, que parece acercarse, una vana ilusion, una nube fugaz que el viento disipa, junto con la esperanza que ha engendrado!

En esas playas se encuentran algunas veces blancos esqueletos de infelices para quienes el momento de la salvacion nunca llegó.

Diciembre 14.—La proa de la goleta surca majestuosa las aguas inmediatas á Puerto Deseado, que es, indudablemente, el parage mas pintoresco de la tan igual costa oriental patagónica. Nuestra vista, ya cansada del aspecto monótono de las barrancas terciarias, se distrae con la de los cerros porfíricos de distintas formas á las afectadas por la meseta y con los grandes peñascos calizos blancos que se avanzan hácia el reino Neptuniano, entre los colores rojizos de las rocas plutónicas aisladas en el mar donde baten las olas, y donde algunos Lobos marinos juguetean ó duermen calentados por el bello sol de Diciembre. Inmen-

sas bandadas de aves revolotean gozosas y gritonas, arrojándose sobre los cardúmenes de pequeños pescados que abundan en esa region, hoy abandonada, pero donde hace pocos años prosperaba una importante pesquería, situada en la isla Pengüin, cerca del Puerto.

Impelidos por la marea, damos la vuelta al Promontorio del Norte y penetramos por las rompientes en el largo puerto, rozando la roca entonces visible, donde el casco del *Beagle* chocó en su célebre viage de esploracion.

Fondeamos momentos despues frente al antiguo establecimiento español, en el Norte, y frente tambien á la conocida Roca de la Torre, situada en el costado del Sur, en la Bahía.

VISTA DEL PUERTO DESEADO

Puerto Deseado es célebre en los anales de la navegacion de las tierras australes. Lo descubrió el dia 17 de Diciembre de 1586, el marino inglés Thomas Candish, quien lo bautizó y perdió allí varios de sus hombres que, mientras lavaban sus ropas, el dia de Navidad, fueron heridos por las flechas de los salva-

jes dueños del suelo. Los pengüinés le suministraron abundante caza, y, despues de salados, le sirvieron para el consumo de su tripulacion, durante su inolvidable viage. Su compatriota Juan Chidley fondeó allí en 1589, y el 18 de Marzo de 1592, Candish, de regreso, volvió á resguardarse allí, despues de haber sido rudamente batido por la tempestad sobre la costa de los Patagones.

El almirante holandés Olivero de Noort, entró el 20 de Setiembre de 1599, cuando era habitado por una tribu de indios que atacó, matándole tres hombres. Quizás Drake siguió á Noort en su visita á Puerto Deseado, y el dia 6 de Diciembre de 1615 fondeaba en él Jacques de Lemaire para carenar el bajel que poco tiempo despues surcara por vez primera el Estrecho que lleva su nombre.

El 26 de Febrero de 1670, llegaba el célebre navegante Juan Naborough;—hizo allí una colecta de cien mil huevos de pengüin, y tomó posesion de esa region en nombre del Rey Cárlos II de Inglaterra, el 25 del mes siguiente.

Desde ese tiempo la pintoresca bahía ha albergado casi todas las espediciones que han recorrido la costa Patagónica y ha sido frecuentada por gran número de buques pescadores, que han hecho abundante cosecha en sus aguas.

Fué uno de los puntos de la costa que, en el siglo pasado, determinó ocupar el Gobierno Español.

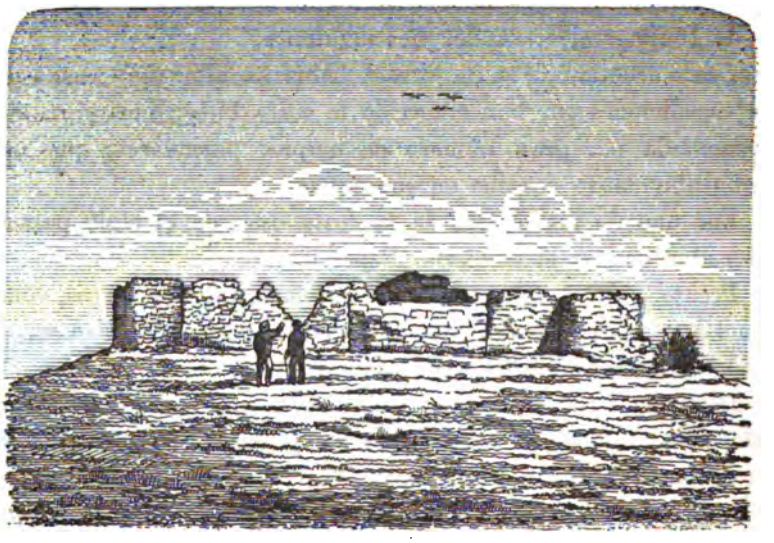
Frente á nuestro fondeadero, en la ladera de los cerros, vénse aun los restos del fuerte que levantó Francisco de Viedma, en 1780, para abandonarlo poco despues.

Destruyóse con la misma rapidez con que habia sido levantado, pues nueve años mas tarde solo quedaban ruinas, al decir del teniente de navío Viana, que lo visitó en ese tiempo.

"Lo que queda hoy, muestra cuan liberal y fuerte era la mano de España", decia Darwin en 1834, hablando de ese establecimiento que ocasionó tanta erogacion al erario de la metrópoli—y hoy las ruinas que hacian esclamar así al sábio inglés, no existen en gran parte; el edificio dibujado en la narracion del viage del *Beagle* solo es un monton de piedras sueltas.

Nuestra visita á Puerto Deseado era, mas ó menos, motivada por el mismo objeto que condujo allí á Viedma. El Director del Departamento de Inmigracion deseaba tener informes sobre ese parage, para colonizarlo en caso que se presentara aparente.

Inmediatamente despues de fondeado el buque, bajamos á tierra; las parásitas y los aterciopelados Mytilus, los moluscos mas abundantes de esas costas que cubren, sombreándolas, las pulidas rocas de la playa, crujieron bajo nuestros piés, y cruzando sobre ruinas, llegamos á uno de los bastiones del fuerte. Desde allí gozamos de la estensa perspectiva que se desarrolla hácia el Sur, sin cuidarnos de las innumerables lagartijas y ratones que huyen entre las piedras y que son inofensivos habitantes, durante casi un siglo, de esa antigua mansion del trabajo, perdida en las soledades del Sur.



RUINAS DEL FUERTE DE PUERTO DESEADO

El fuerte está situado en la primera colina, antes de llegar á la cumbre de la meseta, en una pequeña eminencia que le

sirve de asiento y domina la Bahía. En el Norte, lo resguardan pintorescos cerros porfíricos, color púrpura y negruzco, que le dan, á la tarde, un aspecto triste; al Este, la vista se abisma en el Océano; al Sur, la dilatada costa, el peñon de las islas Pengüin, la Bahía del Oso marino y las onduladas colinas, donde de vez en cuando, un verde manchon en la parda aridez, delata un pequeño manantial que, en hilos, desagüa en una lagunita que reverbera al sol. En el fondo Oeste, la angosta bahía donde se balancea la goleta, se interna, serpenteando, hácia lo desconocido.

Las ruinas hoy existentes demuestran un vivo deseo ú orgullo, por parte de quienes levantaron el establecimiento, de perpetuar el recuerdo del poderío de España en esas regiones; todo ha sido bien construido y, á haber concluido esos depósitos, las inclemencias de la intemperie y de los años poco detrimento hubieran ocasionado.

A principios del siglo, los cañones con que el Gobierno del Rey hubiera defendido ese territorio, en caso de haberse hecho efectiva la sospecha que ocasionó la fundacion de los establecimientos patagónicos, yacian entre la maleza, al pié de los bastiones que estaban destinados á armar, pero los buques pescadores los han llevado ó arrojado al mar al cargarlos, y hoy las bocas que debieran lanzar la muerte á los atentadores contra la soberanía de España, sirven, quizá, de cómoda morada á cautelosos moluscos.

Inmediato á las ruinas hay un pequeño pozo con agua potable, el que parece habia sido ahondado por manos de hombre, aumentando así el estanque que la naturaleza ha formado y donde se conservan las aguas que en tiempo de lluvia descienden por la quebrada. En ese punto fué tal vez donde los indioss atacaron á la tripulacion de Candish.

Las inmediaciones del pozo son relativamente fértiles: cubre el suelo una pequeña capa de tierra tapizada de pasto indígena mezclado con las plantas que generalmente acompañan al colono europeo.

En el vallecito cercano al pozo, donde se encuentran rastros de antiguas habitaciones españolas, hay un pequeño bañado salitroso, inmediato á la cantera de donde han sacado las tufas eruptivas de bellos colores, para construir los edificios, y parece que en tiempos anteriores fuera ese punto ocupado por los indios, á juzgar por la bella punta de flecha, resto de su industria, que he recojido en este punto.

Las quebradas, entre los cerros, presentan en sus laderas, cubiertas de cascajo, pastos fuertes y muy abundantes, sobre todo en los puntos abrigados, donde la fertilidad es tanta que se olvida el encontrarse en la costa patagónica. En las grietas del rojo pórfiro, las alberjillas despliegan sus racimos de flores celestes; entre las matas de pasto verde, se levantan matorrales de adesmias, de aspecto sedoso, y en las faldas de los cerros, las Oxalideas de variados tintes, las Calceolarias anaranjadas y de manchas purpurinas, se inclinan al soplo fresco y encerrado de las quebradas.

La vegetacion que en ciertos parajes cubre el suelo es bastante mas lozana que la de las tierras altas del Chubut, á causa de que sus aguas pluviales no se infiltran ni evaporan con la misma rapidez que allí, manteniendo húmedo el suelo á una determinada profundidad.

Si las faldas de esos cerros tienen esa apariencia de fertilidad, en cambio las tierras altas vuelven á presentar el carácter desolado de la region austral. Darwin las describe de una manera tan exacta que prefiero estampar el párrafo que en su diario les dedica, en vez de hacerlo con la aridez de mi estilo.

"A una altura de 200 á 300 piés sobre algunas masas de pórfiro se estiende una inmensa llanura, carácter particular de la Patagonia. Esta llanura es perfectamente plana y su superficie se compone de rodados, con los cuales se mezcla una tierra blanquizca. Esparcidos aquí y allá, se ven algunos matorrales de yerbas pardas y coriáceas, y con mas escasez aun, algunos arbustillos espinosos. El clima es seco y agradable y el hermoso cielo azul rara vez se encuentra velado por nubes. Al encontrarse el viajero en

medio de una de estas llanuras desiertas, y cuando mira al interior de la comarca, su vista es limitada regularmente por la escarpa de otra llanura un poco mas elevada, pero tan plana y tan desolada como la primera. En cualquiera otra direccion, el miraje, que parece elevarse de la superficie recalentada, vuelve el horizonte indistinto" [*].

La precision asombrosa que el eminente naturalista emplea al manifestar sus impresiones de viage, como en todas sus demas obras, hará que muchas veces transcriba párrafos de ellas, cuando se relacionen con los puntos que debo tocar en mi relato.

Sobre una de las colinas encontramos un cairn igual al del Chubut, pero que habia sido destruido. No dudo que fuera el mismo que el jesuita Cardiel examinó en 1745 y donde encontró "restos de un hombre de mediana estatura", "ya casi todos podridos" y "pedazos de ollas" enterrados con ellos.

Varios de los antiguos visitantes de Puerto Deseado han hablado de restos humanos, y algunos han llegado á asegurar que en ese punto y sus inmediaciones se han encontrado huesos gigantescos. Los oficiales del *Adventure* y del *Beagle*, se refieren á ellos varias veces, en distintos puntos cercanos, y el mismo Darwin dá la siguiente descripcion de un dolmen, que allí se puede ver y que he tenido ocasion de examinar á la ligera:

"Dos inmensos trozos de piedra, cada uno de los cuales pesaria por lo menos dos toneladas, habian sido colocados delante de una eminencia de roca que tendria cerca de seis piés de altura. En el fondo de la tumba, sobre la roca, se encontraba una capa de tierra de un espesor de un pié próximamente; aquella tierra debió haber sido traida desde la llanura. Encima de esta capa se hallaba una especie de enlozado de piedras planas, sobre las cuales se habia amontonado una cantidad de piedras sueltas como para llenar el espacio comprendido entre el reborde de la roca y los dos grandes trozos. Finalmente, para completar el monumento, los indios habian desprendido de la eminencia de la roca un fragmento considerable, que descansaba sobre los dos trozos.

[*] Voyage d'un Naturaliste autour du Monde.

Removimos esta tumba sin poder encontrar en ella ni huesos, ni restos de ninguna clase. Los huesos probablemente hacia largo tiempo que se habian pulverizado, en cuyo caso la tumba deberia ser muy antigua, porque he hallado en otro sitio montones de piedras mas pequeñas, debajo de la cuales he descubierto algunos fragmentos de huesos en que aun podia reconocerse que habian pertenecido á un hombre. Falkner refiere que un indio es enterrado allí donde muere, pero que mas tarde los parientes recojen cuidadosamente sus restos para ir á depositarlos cerca de las orillas del mar, cualquiera que sea la distancia que deba recorrerse. Segun creo, se puede comprender esta costumbre si se recuerda que antes de la introduccion del caballo, estos indios debian llevar mas ó menos el mismo género de vida que los actuales habitantes de la Tierra del Fuego, y por consiguiente, habitar por lo comun las riberas del mar. La preocupacion ordinaria, segun la cual debe irse á descansar allí donde descansan los antepasados, hace que los indios errantes lleven aun las partes menos perecederas de sus muertos á sus antiguos cementerios cerca de la costa» [*].

La noticia del descubrimiento de restos humanos, por los antiguos navegantes, quizás indujo al jesuita Falkner, quien no creo visitase la comarca situada al Sur de 40° latitud, á colocar allí la region sepulcral de los Patagones. Es fuera de duda que varias de las antiguas tribus llevaron en sus migraciones los restos de sus deudos, muertos en lejanos parajes, para enterrarlos en el panteon donde reposaban sus abuelos, pues conozco algunos depósitos mortuorios; que en las tolderías se preparaban las osamentas, despues de cierto tiempo de inhumado el cadáver, para transportarlas en viage y, que las adornaban por lo general con vistosos colores, costumbres todas que muy de tarde en tarde se practican aun; pero no por eso creo que la costa del Océano fuera la region preferida para esas inhumaciones. En todo el territorio se encuentran tales enterratorios.

La forma de los cráneos del Cairn del Chubut, y la pre-

[*] Obra citada.

sencia de restos de alfarería en el de Puerto Deseado, me hacen suponer que los indios que tuvieron la costumbre de elevar esos monumentos, quizás conmemorativos, y los que bien puede ser que interpretaran otra idea que la de simple resguardo de las fieras y de la intemperie, á restos queridos, no fueran los patagones actuales, y que estos solo la hubieran heredado y puesto en práctica algunas veces. Me inclino tambien á pensar que esa costumbre se hiciera efectiva en épocas anteriores á la propagacion del caballo y de ciertos animales domésticos, pues á haberlo sido despues, es indudable que los huesos de esos animales se encontrarian al lado de los de los indígenas que los utilizaron en vida, y á los cuales, segun sus creencias ó ritos religiosos, debieran acompañarles á la otra, en la cual creen.

Solo descubrí un fragmento de flecha, un rascador y un cuchillo de piedra, cerca del monumento citado. Este dolmen es parecido, si no en un todo, á lo menos por su figura general arquitectónica, á los que la nueva ciencia de la investigacion del hombre ha descubierto en todos los puntos donde habitaron nuestros antepasados congéneres.

He oido á los indios hablar de algunas construcciones análogas que se encuentran en el interior del pais, y que ellos tienen hoy por morada de espíritus maléficos, perturbadores de su sueño, cuando la noche los toma en sus inmediaciones y les obliga á esperar allí la claridad del dia, que despeja las sombras con que la ignorancia y la supersticion cubren el cerebro del salvaje.

Despues de haber dado un pequeño paseo por la huerta de Viedma, vuelvo á bordo para arreglar las colecciones formadas en aquel dia.

Esta huerta se halla situada al Oeste de la Fortaleza, en un pequeño valle que puede utilizarse para la agricultura, lo mismo que otros inmediatos, y donde el pasto fuerte, llamado comunmente de puna al cual pronto se acostumbra el ganado, abunda con tal lozanía, que es molesto transitar á pié por entre él. Hállase rodeada por algunas pequeñas paredes de piedra que

levantaron los antiguos colonos para preservarla, quizás, del daño que pudieran causarle los ganados.

Algunas coles, un pequeño monte de manzanas, membrillos y cerezos, con sus frutos aun verdes estos últimos, recostado todo sobre un murallon de pórfiro, de fuerte colorido, hermosean ese paisaje sombreado ya por el crepúsculo. A no ser la necesidad de preparar las colecciones, no regresaria abordo.

Estos restos del antiguo jardin, plantado, quizás, por la mano de Viedma, noventa años antes, y que gracias á la fertilidad del suelo se ha reproducido sin ayuda del hombre, tiene infinitos atractivos.

Cada vez que el viagero, léjos del hogar, encuentra algo que le sujiera un recuerdo de él, esperimenta un bienestar indefinible, y con sentimiento se aleja de donde su espíritu lo transporta á puntos queridos.

Meditar y reposar una noche sobre esa tupida yerba salvaje, teniendo por techumbre las hojas oscuras de los olvidados Guindos y Manzanos, hijos de la civilizada tierra, y por almohada el porfiro de la quebrada, hubiera sido para mí un placer inmenso. Hay algo de sibaritismo en esos deseos de cómoda holganza mental que se esperimentan en los parages solitarios, léjos del bullicio humano.

¡Cuanto más noble y cuánta mas impresion causa al ánimo del naturalista, el descanso durante la noche, al aire libre, teniendo por todo resguardo el espectáculo grandioso de la naturaleza, por mas árida que sea esta, que el permanecer encerrado en un camarote, donde, si tiene mas comodidades, en cambio las emociones son casi nulas!

Diciembre 15—Apenas la aurora destacó las cimas de los cerros y bañó de suave luz las aguas da la Bahía, lanzamos al mar el bote que el Gobierno me habia proporcionado. Vá á servir por primera vez al objeto para el cual ha sido destinado, y como un favorable augurio, su elegante quilla seguirá las huellas de la lancha que condujo á Darwin.

Gratas emociones me ha brindado mi buena estrella, al per-

mitirme visitar los parajes y pisar las mismas sendas, donde probablemente el campeon de la teoría de la descendencia bosquejára, en esas escursiones, la base de sus célebres ideas.

Hacemos fuerza de remos con rumbo al Oeste, donde la tierra es aun un nublado. Las algas marinas, en inmensas guirnaldas, nos rodean, mientras cruzamos sobre los arrecifes sumerjidos que se destacan de los cerros vecinos, y en los cuales vara el bote, obligándonos á penetrar en el agua salada, hasta medio cuerpo, para aligerarlo de peso y remolcarlo, desligándolo de las plantas entre cuyos flexibles vástagos encalla.

Mis marineros reciben aquí el bautismo patagónico, que debe darles constancia y fé en la utilidad del viaje.

La brisa nos permite izar el velámen, y por el medio de la Bahía, teniendo á la derecha los oscuros cerros eruptivos y á la izquierda una blanca costa, baja y acantilada, pasamos inmediatos á algunas pequeñas islas. En esos momentos las gaviotas rozan el ligero gallardete, los pengüines se zambullen y luego se ierguen, batiendo gozosos sus aletas, para mirarnos asombrados; los patos marinos, unos solitarios, cruzan como flechas, otros en bandadas, trazan en el aire figuras geométricas; los cormoranes ganan presurosos, con la primera comida de la mañana, las nidadas, donde, como en un damero gigantesco, han nacido sus negruzcos y velludos hijos.

Algunas millas adelante, cruzamos frente á una pequeña península de aspecto alegre, donde una tropilla de guanacos busca su alimento, en ese sitio preferido, sin preocuparse mucho del enemigo que los mira cercano.

Ya el sol muestra su disco, y sus rayos interceptados por ténues nubes, alumbran ese paisaje donde aparecen los dos grandes sistemas geológicos que caracterizan la Patagonia. Ora inunda de vívida luz los enormes peñascos rojo-plomizos del pórfiro; ora las blancas y rosadas tufas y las fajas terciarias,—que se alternan tambien, formando un precioso contraste y reflejando en las aguas azuladas de la Bahía,—ora en las bellas laderas verde-amarillentas por su vejetacion herbácea, y en los oscuros y tupidos matorrales de arbustos.

Cerros rojos perpendiculares elevan en la costa norte sus atrevidas, aunque pequeñas crestas, y en el Sur, de entre las colinas se evapora visiblemente el rocío de la noche, en medio del cual distinguimos guanacos curiosos, relinchando estridentemente, ó bajando hácia las aguas mansas á arrancar el musgo de la costa.

La vista de esos animales ejerce poderoso atractivo, y los instintos de Diana, mi renegrido y sedoso Terranova, acallados durante la navegacion, se despiertan de tal manera que no puedo impedirle se lance, en su persecucion, á la costa, distante 300 metros.

Durante un largo rato, vémoslo correr delante de los esbeltos guanacos, mas ligeros y mas trepadores, y que no hacen gran caso del poco terrible perseguidor.

Esperámoslo algun tiempo. Lo llamamos repetidas veces, pero solo nos contesta el éco de las colinas desiertas y tenemos que abandonarlo, so pena de perder la gran marea de novilunio que, por una feliz casualidad, tiene su mayor amplitud en este dia. La pérdida del fiel y utilísimo amigo del viajero me causa pena, pero el fondo de la Bahía está frente á nostros y es necesario alcanzarlo antes que principie la bajante.

A medida que nos internamos divisamos nuevos horizontes, los cerros se aproximan y la Bahía es mas estrecha; de su centro se elevan torres monolíticas de aspecto gótico, cuyas murallas asaltan de contínuo las aguas, pero inútilmente; entre las grutas de su base duermen aun grandes Otarias, arrulladas por el éco suave del cuchicheo de las ondas. La rápida corriente y la vela bien cortada y llena nos llevan por entre ese paisaje que recuerda un Fjord Escandinavo y del cual se espera ver aparecer, entre las quebradas sombrías ó en los matorrales, algun monstruoso y hercúleo Han.

Esas concepciones fantásticas de la naturaleza, unidas á las concepciones del hombre, obligan á la imaginacion de este á emprender grandes viages, trasportándole en un instante, combinando un mundo de ideas, á escenarios lejanos. Así el infortunado Bellot, el intrépido marino francés, cuya vida consagrada á buscar al igualmente malogrado Franklin, se estinguió entre dos peñascos

de hielo, en las soledades del Polo Norte, evocaba el recuerdo de las murallas y de los edificios destruidos de Montevideo, la Troya Americana, al presenciar el desfile de los gigantes témpanos cuyas formas imitaban, y que veia en el peligroso *pack*, donde el héroe, cumpliendo su deber, debia encontrar la muerte de la larga noche boreal. El Mirador, acribillado por la metralla de Oribe, amenazando ruina, se reflejaba en el recuerdo del intrépido marino, al contemplar la vista de la colosal montaña flotante.

A medio dia llegamos al último punto donde alcanzó la espedicion inglesa. En el costado Sur, el agua baña la base del murallon de pórfiro; en el Norte, un desplayado bajo, cubierto de matorrales, se estiende al pié de un cerro aislado. En el fondo, el canal sigue enangostándose, á causa de un enorme peñon, entre el cual y el cerro del Sur corre descendiendo ya con fuerza la marea, arrastrando un agua turbia y de gusto menos salado que el de la mar. Por mas esfuerzos que hacemos, es imposible pasar mas

VISTA TOMADA EN EL INTERIOR DE PUERTO DESEADO

adentro y despues de tentarlo sin resultado, varando repetidas veces, resuelvo tomar tierra en aquella playa. Allí tambien desembarcó Darwin.

Hé aquí lo que él dice de esos parajes (*):

"El paisaje no presenta sinó soledad y desolacion; no se distingue allí un solo arbusto, y, á escepcion, quizás, de algun guanaco, que parece montar la guardia, centinela, vigilante, sobre la cumbre de alguna colina, apenas se vé un solo animal.

"Y sin embargo, se esperimenta algo como un sentimiento de vivísimo placer, sin que pueda definirse bien, cuando se cruzan esas llanuras en las que ni un solo objeto atrae nuestras miradas. Nos preguntamos desde cuándo existe la llanura en ese estado y cuánto tiempo durará aun esa desolacion.

"¿Quién podrá responder?—todo lo que nos rodea actualmente parece eterno.—Y sin embargo, el desierto nos deja oir voces misteriosas, que evocan terribles dudas. (SHELLEY—vers sur le mont Blanc)"

"En la tarde remontamos algunas millas; en seguida disponemos la carpa para la noche. Durante el dia siguiente, la lancha varaba y el agua era tan poco profunda que no podia ir mas lejos. El agua era casi dulce, por lo cual Mr. Chaffers tomó el bote de remos para remontar dos ó tres millas aun. Allí volvimos á varar, pero esta vez en agua dulce. Era esta limosa, y aunque fuera un simple arroyo, seria difícil esplicar su orígen de otro modo que por la fusion de las nieves de la Cordillera. El punto en que habíamos establecido nuestro vivac estaba rodeado por elevadas barrancas é inmensas rocas de pórfiro. No creo haber visto jamás un sitio que pareciera mas aislado del resto del mundo, que esta grieta de rocas, en medio de aquella inmensa llanura".

Pintura exacta, pero sombría. Con cuarenta y tres años de intérvalo, en la misma estacion y con una semana de diferencia, visito este punto, y, francamente, el espectáculo que aquí se desarrolla, no me causa una impresion tan desfavorable.

Quizás la costumbre ya adquirida y el mayor conocimiento

(*) Obra citada.

de la region Patagónica, me hacen encontrar alegrias donde Darwin solo halló tristezas. Quizás tambien el tiempo en que él describiera ese paraje fuera desagradable y distinto del dia verdaderamente "glorioso" en que yo tengo la dicha de visitarlo.

Verificado nuestro frugal almuerzo, en el punto donde probablemente plantó Darwin su carpa, y dejando tres hombres al cuidado del bote, con órden de ir alejándose de allí gradualmente con la marea, para no quedar en seco, lejos del canal, me interno acompañado de otros dos, siguiendo la gran quebrada.

Pasamos el cerro que oculta la prolongacion del canal y encontramos de nuevo este, ya muy pequeño, y que corre lentamente con gruesas aguas, serpenteando por el centro de una planicie ó bañado, despojado de vegetacion y cubierto de pequeños fragmentos de yeso en lajas, y de cristales salitrosos que brillan y donde solo algunas liebres saltonas vagan inquietas. En las guadalosas orillas vemos algunos moluscos y cangrejos marinos, que las grandes mareas han acarreado hasta allí. Una pequeña fuente cargada de cloruro de sodio destila, conduciendo súcios cristales al arroyo, y revelando la presencia de alguna capa de sal gema en el interior del terreno.

Seguimos por entre esa quebrada, bordeada de cerros abruptos bastante tristes, unas ocho millas, hasta el punto donde, de la direccion Oeste que ha llevado hasta allí, tuerce al N. N. O., y donde, desde el verde cañadon, se distinguen algunas mesetas terciarias. Aquí la comarca mejora, la cañada se ensancha algo y es alimentada por algunos manantiales insignificantes de agua potable.

El desfiladero que seguimos, pues, no merece el nombre de valle; parece haber sido, en remotas épocas, lecho de algun gran rio, que corrió á gran profundidad del resto del terreno, á juzgar por la cantidad de cantos rodados, bastante voluminosos, de piedras estrañas á la formacion vecina, de tamaño mayor que los que se encuentran sobre la meseta inmediata y que por otra parte pertenecen, además, á las rocas andinas. Este rio que descendia quizás de las Cordilleras, ó que era desagüe de algun otro que se

desprendiera de ellas, para llevar las nieves derretidas al Atlántico, se ha obstruido cerca de sus fuentes por algun accidente notable.

A juzgar por las señales que hay en las grandes piedras que de vez en cuando perforan el suelo arenoso, inmediato al cauce, y las que veo en un manto de melafira (roca que solo he encontrado en ese punto), el nivel de las aguas procedentes de las avenidas, si es que existen estas en notable escala, ó de las lluvias, no aumenta mucho, ó, por lo menos, el cajon no permanece inundado suficiente tiempo para dejarlo marcado.

El terreno que rodea este pequeño curso es suelto y fangoso, y creo que no nace en la Cordillera, como lo supone Darwin, prefiriendo atenerme á la opinion de Fitz-Roy que es la contraria. Puede ser que tenga su principio en la cadena de montañas pequeñas del centro del pais, que el ilustre naturalista no conoció.

En la actualidad, ningun vestigio induce á suponerle al impropiamente llamado "Rio Deseado", naciente en los Andes, y alimentado por sus deshielos, por el contrario, casi todo el antiguo lecho del rio se halla cubierto por una capa aluvial arenosa casi despojada de tierra vegetal, y cuyo espesor varia de uno á dos metros, sin contar algunos médanos. Solo en determinados parajes se notan signos de su antigua velocidad, en los lechos de cantos rodados.

El agua, aunque potable, no es completamente dulce; el terreno contiene sulfato de sosa y las grandes mareas alcanzan hasta 40 millas desde la Boca de la Bahía. En las inmediaciones hay pequeñas lagunas con cloruro de sodio.

La velocidad de sus aguas en este tiempo es apenas sensible y su ancho varia, en el punto mas lejano que alcanzo, de uno á tres metros por 10 á 50 centímetros de profundidad. En muchas partes está cortado y solo son pozos, rodeado de verde trébol *(Trifolium)* y alfilerillo *(Erodium)*.

El deseo de averiguar si es real ó pura ficcion la existencia del Rio Deseado que señalan la generalidad de las cartas geográficas, puedo satisfacerlo en este paseo. Por estos datos se verá que los informes sobre este punto, publicados en Buenos Aires hace

algun tiempo, son contradictorios con los mios. No encuentro que el Rio Deseado sea "caprichoso en su carrera", pues es un simple cañadon; ni puedo convencerme de que sea "torrente impetuoso en primavera, al derretirse la nieve", pues era en esa misma estacion cuando lo examinó Darwin y lo calificó de simple arroyo, y, en la que lo examino casi seco. Tampoco veo aquí "los juncos mas altos que un caballo" que se mencionan en ese informe.

Varios ejemplos de rios secos hoy, y que en otro tiempo desaguaban en el Atlántico, se observan en Patagonia y creo que su obstruccion actual debe ser debida á algun pequeño cataclismo geológico. Tambien puede influir el que las condiciones climatéricas de este inmenso territorio hayan cambiado algo desde el principio del periodo actual.

Llegados al punto en que la quebrada cambia de direccion, nos sorprende la tarde y con ella enjambres de pequeños dípteros, que nos acosan de tal manera que, luego que saciamos en los pozos nuestra sed, no tenemos mas remedio que incendiar los matorrales para ahuyentarlos. El fuego se propaga con tal rapidez que, para no esponernos á ser sofocados, tenemos que emprender la ascension de un cerro inmediato, cuyas faldas, casi á pique, están cubiertas de espinas. Lo hacemos jadeando, aprovechando los senderos de los guanacos ó trepando como lagartijas, sujetándonos con manos, codos, rodillas y pies y, casi sin aliento, alcanzamos un retazo mas estenso, situado á 50 metros sobre el incendio, que chisporrotea entre las plantas resinosas.

Los unos cargados con el herbario, los otros con bolsas llenas de muestras de rocas, tenemos que descansar unos momentos al reparo de una piedra, que intercepta el rayo del sol y el humo.

Ascender mas es difícil, pero uno de los marineros, alegre francés que habia visitado las escarpadas costas noruegas, pronto encuentra senda para llegar á la cumbre próxima, donde podemos hacer funcionar libremente nuestros pulmones, y presenciar la puesta del sol en plena Patagonia, entre las espirales de humo que se elevan de la quebrada incendiada.

Antes de emprender el regreso al bote, nos dirijimos á una piedra aislada que semeja, desde lejos, una choza, sobre la meseta horizontal. Es el resto de un cerro antiguo, cuyo altivo pico, corroido por los hielos, ha quedado reducido á dos monolitos muy próximos uno de otro, de 20 pies de altura y que están rodeados de los resíduos del mar terciario, representados allí por la gigantesca *Ostrea*.

Por el estilo de Tower Rock, á la que los ingleses llaman tambien Roca Britania, doy á esta el nombre de "Roca Porteña".

ROCA PORTEÑA

Los dos fragmentos rojizos parecen restos de un monumento funerario ó sagrado, *menhir* de las edades perdidas, abandonados por el hombre, siguiendo la progresion de su inventiva, y figuran en el primer plano de una perspectiva verdaderamente patagónica. Hácia el setentrion, un cerro solitario se pierde en el azul ahumado, color característico aquí de la atmósfera de la tarde, y á cierta distancia, al Oeste, se escalonan las mesetas, prestando

la hora un aspecto de melancolía á esas regiones desconocidas aun, que tenemos delante, y cuyos misterios no podemos despejar en este viage.

Con las últimas vislumbres del crepúsculo, descendemos la cuesta de una quebrada para buscar el bote; las piedras ruedan con sonidos graves para llegar al fondo oscuro, aumentando así la lobreguez del camino.

Cuando llegamos al sitio en que hemos dejado la embarcacion, no la hallamos; en cambio un gran incendio se ha propagado en ese punto, donde cansados y con la soñolencia que dá la media noche, esperamos encontrar el deseado reposo.

Las rocas entonces negras, se destacan sombrías é imponentes entre las llamas del voraz elemento y creo presenciar una escena de los tiempos en que el rojo pórfiro se formara.

Despues de una hora de penosísimo camino, quemados y lastimados por las ramas carbonizadas, que con la reverberacion deslumbradora no se distinguen de noche, encontramos, en un claro que el fuego ha respetado y rodeado por las sierpes ardientes de la llama que devora el pasto y los arbustos, al negro brasilero que, como en danza diabólica, atiza el incendio. El muy cobarde (entonces) ha encendido los grandes matorrales resinosos, con el pretesto de marcarnos el punto á que habia llevado el bote; pero en realidad con la idea de resguardarse de los leones ó pumas, que su espíritu pusilánime imagina escondidos en las cavernas de las rocas, listos á arrojarse sobre él al menor descuido.

No hay mas remedio que decir al brasilero que los indios nos han sorprendido; que nos buscan y que, si continúa aumentando el incendio, darán con nosotros, para sacrificarnos sin piedad. El indio es para él peor enemigo que el leon, y por eso hay que emplear la mentira para calmar en algo su escitacion, pues las órdenes mas enérgicas chocan contra su gran pánico.

A la una de la mañana podemos tendernos sobre el junco mojado por la marea.

Diciembre 16.—Dos horas despues, una brisa del Oeste nos despierta, y, apenas aclara el dia, emprendemos la vuelta al fon-

deadero de la "Santa Cruz". Venciendo la corriente contraria» poco despues nos ponemos en frente de las islas, donde, á nuestra ida, abundaban las aves.

En los pequeños huecos de una elevada muralla de pórfiro, vemos una gran cantidad de aves que pian sin cesar y á los cuales acuden bandadas inmensas, todas de la misma especie. Son Cormoranes del género *Haliœus* y de la especie *H. Gaimardi*, peculiar de la Patagonia Occidental, y que, probablemente, por un curioso caso de inmigracion, viven en Puerto Deseado, donde los señaló el Capitan King, antes que yo, y que nunca han sido mencionados en otro paraje del océano Atlántico, á la inversa de su congénere el *H. carunculatus*, que conocemos por *Shag*, y que es el ave que aumenta los depósitos de huano. Aunque del mismo género, las dos especies tienen varias costumbres distintas; por ejemplo: el *H. Gaimardi*, muy parecido al *H. punctatus* de Nueva Zelandia, anida en las rocas perpendiculares; el *carunculatus*, lo hace en las islas horizontales, trazando con sus escrementos amontonados un círculo mas elevado que el terreno, y en el cual deposita tres huevos. En el interesante libro de Cunningham, puede verse la curiosa y geométrica disposicion de los nidos de esta última especie.

Con la escopeta puedo procurarme dos de los primeros, uno de los cuales desaparece inmediatamente de caido al agua, devorado por un tiburon, que la claridad de aquella permite distinguir nadando gallardo, moviendo velozmente sus bien modeladas aletas, al costado del bote; el otro figurará en el Museo Público de Buenos Aires, al cual haré donacion.

Un Cóndor jóven, monarca alado de las regiones australes, se vé posado sobre la cumbre inaccesible; golpeando con ruido estridente su filoso y córneo pico, abre sus garras ensayando los poderosos músculos, y, batiendo las monstruosas alas, lanza penetrantes gritos de lujuriosa alegría. Se prepara á la carnicería de los tiernos cormoranes, cuyos gritos temerosos atraen á sus padres, los inteligentes pescadores de la Bahía.

La vista aguda del feroz rey andino goza ya de la tierna presa

casi segura, cuando el rayo artificial lo precipita revoloteando, muerto, al abismo, rozando las habitaciones de sus perseguidos, y cayendo frente al bote, con gran susto del negro, que teme le aplaste aquella inmensa mole. Así, por la muerte, se unen en la misma bolsa, sacrificador y víctima, obra toda del hombre y del plomo.

Para la lucha por la existencia, los animales inferiores á él solo disponen de las nobles armas con que la naturaleza los ha dotado; nosotros, á la inversa, las pedimos á nuestra industria, hija de nuestras propias fuerzas y de nuestra debilidad muscular relativa.

Este cóndor lo destino á reposar empajado, guardando sus colecciones Cachalquíes en el Museo Antropológico y Arqueológico de mi propiedad.

Momentos despues atracamos á una isla donde damos caza á algunas gaviotas de las mismas especies que las del Chubut, y juntamos los mismos moluscos. Obtengo un *Hæmatopus paliatus* ú Ostrero (nombre impropio para los de este género que viven en Patagonia, pues en esos parajes no abunda la ostra, molusco del cual se alimentan otros *Hæmatopus*). Es una elegante ave, muy abundante allí, donde en bandadas hace repercutir sus agudos chillidos, cuando el hombre se aproxima; además, es una de las aves mas bonitas de ese territorio. Deposita sus huevos en nidos, ocultos entre las matas, pero para cuya construccion no parece demostrar mucha habilidad.

Al pasar por otra isla, mas cercana al Atlántico, presenciamos una interesante escena. Sobre la suave playa ancha que aun no ha cubierto la marea, creemos ver un ejército, cubierto de armaduras escamosas relucientes, dirijirse, desde un matorral cercano, hácia el agua. Aunque estamos inmediatos á la costa, parécenos presenciar desfiles militares en alguna gran plaza, todo reducido por la inversion de anteojos.

Batallones tras batallones, en fila y órden, llegan á la orilla del mar, nos miran unos instantes y desaparecen en sus ondas. Un espíritu impresionable pensaria tener delante hordas disciplinadas

de pigmeos; el brasilero piensa quizás en los indios tan temidos de la noche anterior.

El espectáculo es gracioso y nos lo proporcionan los respetables pengüines que, sin temer al bote, se dirijen, zarandeándose, al agua, para ser el terror de los pescados y cangrejos pequeños. Saltamos á tierra: algunos, viéndonos ya próximos á ellos, apresuran su marcha y de consiguiente ruedan, por la pérdida del equilibrio, hasta refugiarse en el mar. Otros, que se hallan mas distantes, dan vuelta automáticamente é imitando venerables cartujos liliputienses, con las manos escondidas entre sus anchas mangas (las aletas), se dirijen á sus conventos (ó nidos).

El destrozo que de sus tranquilos habitantes hacemos en esta isla, es grande. Veinte de ellos quedan en el fondo del bote, víctimas del coleccionista y de las necesidades del estómago de los tripulantes. Nuestros instintos sanguinarios no se compadecen al ver á los curiosos pengüines defender con valentía, entre una mata, hiriéndonos en las piernas, sus jóvenes hijuelos. La impotencia de estos animales en tierra es tal que solo cuando el hombre procura darles el golpe que ha de herirlos tratan de huir, y si no lo consiguen buscan por la astucia la region mas vulnerable de las pantorrillas del enemigo para hincarle su agudo pico.

Al mirarlos, se creeria encontrarlos asombrados, embebidos en una muda admiracion, que no les permite huir; mas tarde sus movimientos parecen indicar que un sentimiento de burla se apodera de ellos al ver al intruso de sus dominios. Mueven de derecha á izquierda la cabeza, luego lo hacen á la inversa, batiendo las mandíbulas terribles, y mirándonos, se puede decir que con desden, de rabo de ojo, se creeria que nos piden cuenta de nuestra presencia aquí y de lo que buscamos.

Los pengüines (*Spheniscus patagonicus*) que representan la familia de los *Mancos* en Puerto Deseado, van concluyendo y difícilmente se podrá hacer allí, en todas las islas, la décima parte de la coleta de Narborough.

A las cuatro de la tarde llegamos con las presas á la goleta, y una hora despues cruzamos al Sur, á examinar la célebre Roca

de la Torre. Está situada á corta distancia de la costa, y sirve de escelente punto de marca para entrar al puerto. Como la "Roca Porteña," es resto vetusto de un antiguo peñon destruido por la formidable accion del tiempo y de los elementos, y cuyos restos se hallan esparcidos alrededor del monolito principal, adherido aun á la montaña y sobre una pequeña eminencia rodeada de enormes piedras sueltas.

"Tower" ó "Britannia Rock" mide diez metros de alto por tres de diámetro y recuerda el enorme tronco petrificado de algun Baobab gigante de las selvas africanas, transportado por el fósforo del cerebro á las áridas playas patagónicas. A un tercio de su altura se divide en dos ramas, la una mayor que la otra, forma que le dá el mencionado aspecto. La roca que la constituye es el mismo pórfiro de los alrededores. La fisonomía que desde lejos le comunican los musgos y líquenes que han arraigado en las grietas, hacen de este interesante monumento geológico, uno de los objetos mas dignos de mencion que pueden citarse en Puerto Deseado. A sus inmediaciones parece que de tiempo en tiempo acampa alguna tribu indígena, pues se notan huesos de animales, destruidos y comidos, sobre todo de guanacos y caballos;—el dia de nuestra salida de ese puerto vimos un fornido caballo salvaje que pastaba tranquilo al costado de una hermosa piedra y que relinchaba al ver las blancas velas de la "Santa Cruz".

Por la nómina siguiente, de las principales plantas que recojí en el Puerto Deseado, puede verse que entre ese punto y el Chubut no hay gran diferencia en cuanto á vegetacion.

Varias Gramíneas (*Stipa* spc., *Gynerium*, etc.) el *Erodium citarium* y *Erodium* spc., el *Trifolium polimorphum*, una Cyperácea, varias Umbelíferas de los géneros *Corilio*, *Acœna*, etc., dos Leguminosas (*Lathyrus*, *Adesmia*) el Oruzus (*Phaca*) algunas compuestas (*Tagetes*, *Senecio*, *Trichocline Gnaphalium*, etc., dos Asperafoliáceas, Soláneas (*Lycium*) una Verbenácea, una Filicínea, varias Quenopodiáceas, la *Berberis heterophilla*, *Duvaua dependens*, *var patagonica*, etc., *Cactus* y otras plantas que aun no han sido clasificadas.

Lo mismo digo de la zoología, y en cuanto á geología, lo poco que he examinado lo mencionaré en la segunda parte de este libro.

Faltándole valle estenso y agua dulce en abundancia, creo que este punto solo puede ser colonizado en pequeña escala, pues apenas hay suficiente tierra, pasto, agua en la cañada y en los pozos, y caza para un centenar de colonos. El fuerte es de posible reparacion, y trayendo de Buenos Aires ó del Estrecho de Magallanes maderas, para techos y puertas, podria ser ocupado por una pequeña fuerza militar. Entonces seria cuando, enviándose al interior espediciones en busca de terrenos apropiados y mejores pudiera utilizarse ese punto con ventaja.

Los cien colonos, además del cuidado de sus ganados, encontrarian lucro en la caza de liebres, guanacos, avestruces, que son muy numerosos, y en la pesca de que es abundante la Bahía; con pequeñas espediciones marítimas, podrian apresar lobos marinos y pengüines para la fabricacion de aceite. Aquello seria, en cierto modo, cambiando unas producciones por otras, una imitacion de un villorrio de los Fjords, de Noruega, pero mas productivo. Inútil será tentar aquí la formacion de una colonia agricultora, pues la tierra cultivable solo es la suficiente para el consumo de los pobladores.

El puerto militar podria servir de presidio para los destinados á trabajos forzados por la justicia nacional, los que se ocuparian en abrir represas para conservar las aguas de las lluvias. Entonces Puerto Deseadó seria visitado por muchos buques pescadores, que irian en busca de ese elemento necesario que no se encuentra en grandes cantidades entre el Chubut y Santa Cruz. Creo que entre estos dos puertos hay algunos parajes fértiles, los que, conocidos y colonizados, con el tiempo la República Argentina tendria alli una poblacion ganadera mas importante que la que el Gobierno Inglés tiene, indebidamente, en Malvinas, donde los campos parecen inferiores á los que menciono.

El puerto es uno de los mas conocidos de Patagonia y protejido contra casi todos los vientos. Aunque en su entrada hay

arrecifes, estos se distinguen á baja marea y pueden ser marcados. La marea crece 18 ½ pies. Fitz-Roy cree que buques de mas de 300 toneladas no tienen muy fácil acceso por lo angosto de la entrada, los arrecifes y la fuerza de la corriente, pero algunos de estos inconvenientes pueden hacerse desaparecer con el estudio.

Diciembre 17—Salimos de Puerto Deseado, pasando cerca de la isla Pengüin, cuyas costas, alteradas por espléndidos mirajes, no puedo copiar. Este fenómeno de la refraccion ha sido mencionado por Fitz-Roy, á quien llamó la atencion su estraordinario efecto en estas regiones.

Diciembre 18—Avistamos el Monte Wood y un rato despues la entrada de la Bahía San Julian. Durante la noche vientos polares nos traen un fuerte temporal.

Diciembre 19—Continúa el mal tiempo; el 20, con la virazon de la tarde, volvemos á acercarnos á tierra, de donde nos ha alejado el temporal del dia de ayer.

Diciembre 21—Con viento en popa seguimos á dos millas de la costa, pasando el cabo San Francisco, admirando las rectas capas arenosas y calizas de la meseta y los verdes manantiales de hilos cristalinos que caen al mar; y á medio dia fondeamos frente á Monte Entrance, en la entrada de la Bahía de Santa Cruz.

CAPITULO X

LA BAHIA DE SANTA CRUZ—LLEGADA A LA ISLA PAVON

En 1519, el piloto Serrano, de la Armada de Magallanes, fondeada en la Bahía San Julian, descubrió, en un reconocimiento al Sur, la Bahía Santa Cruz. "Allí su buque naufragó y dejó su casco entre las rocas, el primero de la larga lista de buques perdidos en esa estensa costa que, desde la boca del Rio Negro hasta el Estrecho, solo ofrece uno ó dos buenos puertos, mientras que arrecifes sumerjidos, terribles borrascas, fuertes corrientes y remolinos se combinan para convertirla casi en la mas peligrosa conocida por los navegantes". (*)

Serrano, al perder su buque en esa Bahía, la descubrió para la historia; King y Fitz-Roy la dieron á conocer á la ciencia geográfica. Donde el *Beagle* habia fondeado en 1834, la goleta dió fondo á su ancla. Por segunda vez llego yo á este puerto, con las mismas intenciones; pero felizmente ahora con los auxilios de que no habia podido disponer en el primer viage, y que eran necesarios para satisfacerlos.

Entrando en el lado Norte orillando la costa medanosa, se presenta por la proa del Monte Entrance, siguiendo hácia el

(*) Musters 'At home with the Patagonians'.

Oeste, una línea de colinas uniformes. A ambos lados de la estensa Bahía se dilatan llanuras desiertas, que están lejos de indicar, por su pálido colorido, huellas de fertilidad. Como sucede generalmente con el aspecto topográfico de los puertos patagónicos, donde algun rio desagua, sus dos costas no tienen el mismo nivel. A la inversa de Puerto Deseado, que en su entrada tiene la costa elevada al Norte y baja al Sur, las costas de la Bahía Santa Cruz tienen en general la misma disposicion que en el Rio Chubut y Rio Negro, cuyas márgenes izquierdas, al llegar al Atlántico, bañan una larga estension de médanos, y en la derecha, orillean murallones terciarios á pique. La escepcion de Puerto Deseado puede ser debida á su formacion geológica distinta, y la igualdad de la disposicion de la desembocadura de los tres rios patagónicos que conozco, á partir del Rio Negro, de igual formacion geológica, no deja de ser curiosa y digna de mencionarse; lo mismo sucede con las de los Rios Colorado, el que desagua en Coy Inlet y Rio Gallegos. Aunque no he visitado estos últimos puntos, por las cartas geográficas y los datos que poseo estoy seguro que así sucede.

La vista del Monte Entrance es notable: de forma cónica, visto del N. E., rodeado de grandes fragmentos de rocas que se han desprendido de su masa terciaria y contra los cuales se estrella la mar, empujada por la corriente veloz de la marea, su efecto es imponente, á pesar de su poca elevacion (356 pies). A ello contribuye, tambien, el gran camino del buque que, impelido por el viento y la marea, toma puerto con velocidad, cambiando á cada momento la perspectiva de las distintas quebradas que hay entre los cerros del Sur.

Hácia esa direccion, desde el Monte citado, se diseñan desvaneciéndose en la lejanía, varias mesetas escalonadas de quebradas suaves y murallones blancos, á pique, con médanos cuyos granos de arena cuarzosa relumbran. Hácia el Sud Oeste, entre los barrancos elevados de la costa, se destaca el Monte Leon (1,000 pies). En la línea del agua del mar, una faja blanca amarillenta, picada de penachos diamantinos, señala la barranca á pique, donde

el océano se agita; ciertos intérvalos bajos, pardos ó rosados, señalan los médanos; más arriba cerros, denudados con fajas y escalinatas, representando graderías de anfiteatro, coronados de redondeadas cúpulas, son los contrafuertes de la meseta, que se desagrega para formar la playa, y á mayor elevacion aun una línea recta señala la meseta verdadera. Todo esto es de tintes variados; la bruma peculiar de esas regiones inmediatas al mar, los mirajes contínuos, el colorido que les dá el reflejo de las nubes y del sol, unas veces oscuro plomizo, otras amarillento, que es el color verdadero, con variantes claras y oscuras, segun si relumbra el sol ó la oculta la niebla, le dan un sello especial que no deja de ser agradable.

Desde la entrada hácia el O. N. O. una série de cerros listados, quebradas angostas, colinas cubiertas de arbustos, llegan hasta la punta Keel, donde Fitz Roy varó el *Beagle* para reparar las averías causadas por el arrecife de Puerto Deseado. Desde allí, pasando un pequeño valle, continúan las barrancas terciarias hasta la Punta Repair, donde desagua un manantial, cerca del Promontorio Weddell, nombre que recuerda el heróico marino que visitó ese paraje, antes de internarse en las soledades del polo antártico. Al fondo, como una cuña, se adelanta el Promontorio Beagle, que ascendiendo en tres escalones, se pierde de vista al Oeste. En la márgen Norte la tierra es baja, muy poco elevada sobre el nivel de las mareas; desde Punta Cascajo, solo es un bañado antiguo que se estiende elevándose gradualmente con lagunitas saladas, zanjones profundos casi invisibles, y se prolonga hasta la línea de mesetas que concluyen el Cabo San Francisco. Es region verdaderamente desolada, árida, y no tengo duda de que sea el lecho antiguo del Rio, que es poblado hoy por algunos arbustos, tales como Incienso (*Duvaua*) y el *Lepidophyllum cupressiforme* que se presenta en grandes matorrales, en los parajes mas húmedos.

Mas al Oeste el terreno se levanta algo y á la altura del Promontorio Weddell la barranca de cascajo alcanza un espesor de 30 pies. En el centro de la Bahía se encuentra la Isla de

Leones Marinos, que no mide una milla de largo por media de ancho.

La Bahía es considerada como uno de los mejores puertos de la costa atlántica austral. Aunque las cartas hidrográficas señalan en su entrada una barra, con rompientes muy visibles en marea baja, no debe esto asustar al marino que por primera vez entra á ese puerto, pues hay entre esos arrecifes ó bancos, canales que tienen, cuando las aguas están en completa bajante, mas de quince pies de profundidad. Además, los buques que no tengan urgente necesidad, no deben entrar en esos momentos, en los que siempre habrá cierto peligro, pues los bancos de adentro como de afuera cambian de situacion á impulso de las fuertes corrientes ó del oleaje que, con frecuencia, es grande allí, lo que contribuye á remover el cascajo y la arena de que están formados.

Un buque que nunca haya entrado á Santa Cruz, puede fondear afuera ó mantenerse á la vela hasta la completa bajamar, y marcar entonces los bancos y arrecifes que se presenten visibles. Despues, cuando la marea asciende, á medio de ella, puede dirijirse al fondeadero que mejor le convenga, sin cuidado alguno, por alguno de los varios canales de la entrada. Los distintos cerros que de un lado limitan la Bahía, pueden servir para marcar con suficiente certeza los bancos y arrecifes.

La grande diferencia que hay entre la bajante y la creciente de la marea, ambas en su plenitud, es tan notable, que cambia totalmente el panorama de la Bahía cada vez que esos fenómenos se presentan. A marea llena, una gran sábana líquida se estiende tranquila delante del que, desde su centro, admira el noble panorama que se desarrolla ante sus ojos. Solo la isla de los Leones Marinos se eleva á pocos pies sobre su nivel. En la bajante sucede todo lo contrario; se presentan bancos en casi toda su estension, separados por tortuosos canales, entre los cuales el torrente, que siempre desciende, reparte sus aguas, enturbiadas por el limo que arrastran, y esos bancos se diseñan tan bien que hay algunos que semejan islotes, de cuyas lomadas

se desprenden pequeños arroyuelos de corta vida. En algunos de ellos solo se ven sinuosidades y ondulaciones que dibujan las olas que se retiran, para volver luego á borrarlas; en otros, millares de moluscos que los tapizan. El buque, entre tanto, tumbado sobre una de sus bandas, parece mas bien el resto de un naufragio. Completamente en seco, sus grandes vergas tocan á veces la arena, sobre la cual reposa su quilla.

En muchas ocasiones he dado largos paseos alrededor del casco del *Rosales* en busca de moluscos y zoófitos. Alejado á cierta distancia, y dando vuelo á la imaginacion, diríase que se tiene delante un paisaje polar. Los oscuros tintes de la tarde reemplazan las brumas que parecen preceder, en el lejano Norte, la desaparicion del astro de la vida, y cambiando mentalmente el blanco virginal del hielo por el súcio parduzco de la revuelta arena, se tendrá un paisaje de la Bahía Melville. El buque, recostado sobre el banco, recuerda el buque recostado sobre el pack, que tritura sus flancos, mientras se distraen de la invernada sus tripulantes esçalando pequeños témpanos ó hummocks (aquí bancos) en busca de las deseadas focas, osos blancos ó zorras. Pero la Bahía no tarda mucho en adquirir su primitivo aspecto; un rumor lejano se escucha del Este, y entonces el paseante debe acudir inmediatamente á bordo, pues es peligroso esperar en seco la marea, que llega anunciada por ese rumor con una rapidez de seis millas por hora, y que fácilmente corta la retirada al poco precavido soñador que se crée en las regiones, donde, desafiando las iras del Espíritu del Polo, se inmortalizaron los Franklyn, Ross, Parry, Mac-Clintock, Hall, Nares y Marcklam.

En la Bahía Santa Cruz las mareas alcanzan hasta 42 pies, y su velocidad es de 3 á 6 millas por hora, y como sus orillas son de contornos suaves y sin grandes piedrus, pueden vararse en ellas los mayores buques. A 3 millas de la entrada el navegante encuentra baraderos de todas clases, fondo duro, blando, arenoso, limoso, etc., donde su buque pueda formar *cama*. Para reparaciones es uno de los puertos mas aparentes que existen en el mundo, pues seis horas despues de varadas, las embarcaciones

pueden estar nuevamente á flote, haciendo lo primero á media marea bajante. Desde que se reparó allí el *Beagle*, varias veces han aprovechado esos diques naturales los buques que van á dar la vuelta al Cabo y sufren averías. El dia que aquellas regiones, secundadas por la poblacion, ofrezcan además auxilio de otro género, la mayor parte de los buques que necesiten reparaciones llegarán á componerse á ese punto, sin necesidad de recurrir á un dique artificial, por la gran diferencia de gastos. En estos, el hombre y su industria piden emolumento; en Santa Cruz la naturaleza generosa no lo exige.

No me estiendo mas sobre la importancia de esta Bahía, porque mas de una vez tendré que referirme á ella.

Reverendos chascos aguardan á quien, sin perfecto conocimiento de las corrientes y mareas del Puerto de Santa Cruz, se lanza á pasear en sus aguas: víctimas de uno de ellos fuimos algunos de los que lo visitamos en el *Rosales* en 1874.

Acabábamos de fondear, el 8 de Octubre, cerca del Monte Entrance. Un viento fuertísimo del Nord-Este esparcia sobre la cubierta una fina lluvia, que su violencia arrebataba de la cresta de las olas, cuando el buque se tumbaba, haciendo crujir los inmensos eslabones de las gruesas cadenas de las dos anclas. Pero al que desea conocer un pais, nada le arredra, y pudimos convencernos á nosotros mismos de que bien podíamos aprovechar esa tormenta para, con el viento favorable, llegar á la costa y principiar las colecciones que eran nuestro sueño.

Así dispuestos, el Comandante Guerrico, el Dr. Cárlos Berg y yo, nos embarcamos, acompañados de los guardias marinos Ezcurra y Pintos, con seis marineros, en una de las chalupas, sin cuidarnos de la marea que, ayudada por los vientos, corria con gran velocidad.

Apenas dejamos el *Rosales*, la embarcacion perdió el manejo, los marineros no pudieron luchar contra la influencia de los elementos combinados, y nos dirijimos rectamente al Oeste, mientras los hilos poderosos de la corriente servian de rieles á nuestro bote, y sobre los cuales, por mas balances que esperimentaba, era imposible descarrilar.

Impotentes fueron todos los esfuerzos que hicimos para llegar á la márgen del Sur. El viento, la corriente y la lluvia fria, cuyas penetrantes gotas nos incaban como agujas, los contrarestaba y no hubo mas remedio que dejarnos llevar, confiados á los elementos que nos oprimian. Llegar al Sur era imposible; retroceder al buque, imposible; tomar la costa Norte, tambien imposible; luego no habia solucion mas satisfactoria que dirijirnos al Oeste, á donde la fatalidad, es decir, la corriente, nos empujaba.

Pronto perdimos del vista al buque, cuyos masteleros, inclinados por el huracan, se diseñaban entre la niebla, alumbrados por los rayos del sol entrante, que rasgaban los chubascos negros, dorando sus bordes.

El dia decaia y el viento arreciaba, y no hubo mas remedio que varar en la isla de Leones, que creímos seguro refugio, tabla de salvacion.

Cuando llegamos, una estensa playa precedia á los matorrales de la cumbre horizontal de la isla, y mientras los marineros buscaban un ancon, donde resguardar el bote de los furores del huracan, para esperar allí la bajante y la calma, si es que fuera posible que esta llegara antes del siguiente dia, principiamos nuestras investigaciones. El islote, en medio de esas desolaciones terribles era animado por miles de pájaros que revoloteaban sobre nuestras cabezas, curioseando ó protestando contra nuestra invasion.

Las gaviotas en el cielo, los pengüines en tierra, los ligeros patos-vapores, (*Micropterus brachypterus,*) se confundieron con nuestra visita, y en vez de hacernos los honores de la casa, se alejaron de los que la invadian.

El instinto de la lucha por la vida les demostró lo peligrosa que para ellos era la presencia de dos naturalistas colectores, y de sus respectivas escopetas.

Arreglado el bote, la tormenta arreció aun mas, y con la oscuridad de esa noche, que solo alumbraban las chispas fosforescentes del agua, no tuvimos mas remedio que reconciliarnos con la idea de pasar la noche sobre esa tierra desierta.

Habíamos llegado allí en media marea creciente y la isla nos habia parecido tan alta que la creíamos resguardo seguro, pero por lo mismo que no habíamos contado con la fuerza de la marea, no contábamos con la gran altura á que alcanza esta.

"No hay peor enemigo que la ignorancia," decíamos entonces, cuando sentíamos toda la crudeza del tiempo, acurrucados unos contra otros, sobre el punto mas elevado del islote, donde la creciente nos habia obligado á asilarnos, habiéndonos desalojado ya varias veces de pequeñas zanjas resguardadas, pero que el agua invadia; y repetíamos lo mismo cuando, cada cinco minutos, por turno, teníamos que ir á ciegas, sin tener á nuestra disposicion la linterna de Diógenes para buscar, dando traspies ó cayendo en los pozos, no un hombre honrado, sinó algunas matas de *Symantereas,* que nos proporcionaran calor y nos abrigaran algo de la violencia del viento, que habia cambiado al Sur y llegaba en turbonadas, mojándonos con la lluvia y la nieve mezclada que lo acompañaban.

Esa noche la temperatura bajó indudablemente del punto de congelacion, porque á bordo señaló el termómetro resguardado 2 cent. y como íbamos vestidos á la ligera, sobre todo yo, que llevaba un traje tropical, el frio no nos permitia articular palabra sin tiritar. La necesidad convierte en filósofo al viajero, y en vez de decaer nuestro ánimo, juzgamos mejor que desahogarnos contra el tiempo, vivir de recuerdos, para balancear nuestra situacion lastimera. La ópera *Aida* fué recordada! Anteponíamos así la deliciosa armonía, el bullicio egipcio y el calor del Africa, al silencio y al frio de la region austral.

Era aquella una conversacion de tartamudos. El nombre de *Radamés* era pronunciado con un trémolo admirable.

No se crea que nos faltaba razon al evocar recuerdos musicales, no; entre el silbido contínuo del viento y el batir furioso de las olas, oíamos de tiempo en tiempo una orquesta singular, pero que, sin embargo, en aquellos parajes, era orquesta.

Rebuznos espeluznantes calmaban de cuando en cuando nuestros tiritantes coros; parecia ser aquello una tropa de asnos que

se quejaba de la furia de los elementos y que reemplazaba por un momento la marcha de las trompetas egipcias que vibraba en nuestro recuerdo. Otras veces silbidos agudos maltrataban nuestros oidos. Los primeros eran de los pengüines, los segundos de las gaviotas que el temporal desvelaba y que, con sus gritos, asustaban á nuestros marineros; y no era para menos! El nombre de la isla no era muy satisfactorio para ellos, poco conocedores de la zoología de esas regiones. Esos rebuznos... podian ser de leones.

Apenas comenzó á venir el dia salimos á recorrer la isla para dar movimiento á nuestros miembros entumecidos y conocer el terreno sobre el cual habíamos pasado esa "noche de perros".

Nos dirijimos primero al punto de donde los rebuznos habian partido; los marineros armados de los remos del bote, el que puede decirse colgaba casi de la barranca, varado en el punto mas elevado de la isla, y el Dr. Berg y yo admirando la vida exhuberante que se presentaba á esas horas en ese árido islote.

Los pengüines buscaban la onda querida; los millares de gaviotas los moluscos que la baja marea habia dejado en seco.

De cuando en cuando, en esa pequeña esploracion, oíase el chasquido de un formidable pico que partia de entre las matas y luego sentíamos un dolor agudo en las piernas, resultado de la anticipada defensa que hacian los pengüines de sus huevos, que en número de dos, blancos, del tamaño de los de ganso, depositan en sus nidos.

Nada mas rudimentario que uno de estos: á los pájaros niños, nombre vulgar con que se conoce á los pengüines *(Spheniscus Humboldti)*, alusivo á la figura que afectan desde lejos y que puede ser tambien por su inocencia aparente, les basta un agujero bajo una mata para cuidar el fruto de sus amores y defenderlo con valor. Veinte y tantos de esos pájaros fueron víctimas de nosotros.

Las *Sternas* y *Larus* mencionados ya en el capítulo sobre la zoología del Chubut, frecuentaban en gran número ese paraje, pero en cambio muy pocos pengüines con anteojos (*Aptenodites demersa*) vimos allí jugueteando en la orilla.

Los pollos de mar (*Haematopus palliatus*) aturden, y bandadas de patos caminan, comiendo, sobre los bancos.

El suelo está completamente blanqueado con los escrementos de todos estos animales y con los distintos moluscos, *Mytilus Fasciolaria*, *Trochus*, *Patella*, *Fissurella*, *Fusus*, etc., siendo los mas abundantes las *Patellas* y los *Trochus*, todos llevados allí por las aves marinas ó arrastrados por las tempestades.

La Isla no es sinó un antiguo banco de la Bahía, que se ha ido elevando por la aglomeracion de los detritus que el rio arrastra ó que el Océano deposita, al ascender y descender de la marea. Está compuesta su base de una arcilla barrosa, violácea azul, con granos de óxido de hierro titanado; luego sigue una capa de arcilla y arena amarillosa en la que abundan pequeñas concreciones de óxido de hierro, que afectan la forma de raices, y su superficie, finalmente, se halla cubierta por una capa de huano cuyo espesor es muy variable.

Su vegetacion es bien pobre; mi compañero de viaje, entónces, dice que un pasto duro y corto crece sobre los bajos fondos y constituye con una *Salicornea*, una *Synanterea* y una *Crassulacea*, toda la alfombra vegetal de esa lengua de tierra.

Los esqueletos de leones marinos (*Otaria jubata*) abundan en ciertos parajes, y nos mostraron que la casualidad no los habia reunido allí, sinó que la mano del hombre habia contribuido á ello. Restos de una poblacion, tachos de hierro, ladrillos, etc., nos revelaron que en otro tiempo el islote habia sido morada de pescadores; un pequeño cuadrado, cerrado con maderas, contenia en su centro los restos mortales de algunos marinos que, nacidos en distintos puntos del globo, habian muerto en medio de las rudas faenas de su dura vida, lejos del techo que les cobijó al nacer. Esas sencillas cruces, esas simples inscripciones negras, grabadas sobre el tosco pino, me mostraron que los que allí reposan fueron todos jóvenes, nacidos quizás en la holganza y que los desaciertos de la adolescencia los llevaron á donde los lobos vivian tranquilos. Sólo faltaba ese cuadro para completar el bosquejo lúgubre de la isla de "Leones marinos", donde la

tempestad azota lo que la muerte ha depositado en su seno.

Estas tristes ideas se disiparon luego que descubrimos una numerosa tribu de Cormoranes (*Haliaeus carunculatus*) que contribuyen con los pengüines y las gaviotas á formar la capa de huano que allí existe. Ya he mencionado estos pájaros en el capítulo sobre Puerto Deseado y he hablado sobre sus nidos.

Antes de medio dia nos llegó auxilio del buque. Despues de almorzar algunos pengüines (comidá que no recomiendo á los gastrónomos) lanzamos el bote al mar, y escoltados por la gran lancha, llegamos al *Rosales*.

Fué ese paseo uno de los episodios mas interesantes de mi primer viage y por eso lo menciono.

Vuelvo á la *Santa Cruz*.

Diciembre 21.—Tan luego como fondea esta, la rodean centenares de delfines que se ponen al alcance del arpon. La curiosidad los ciega y aún cuando la sangre de los que son heridos colorea el agua, no abandonan el costado de la goleta durante mas de dos horas. Obtengo dos ejemplares: la especie á que pertenecen es desconocida. (Desgraciadamente, los cráneos de estos individuos fueron arrojados mas tarde al agua, durante el regreso del buque á Buenos Aires, lo que hace imposible su clasificacion zoológica exacta, por la falta de esa porcion tan esencial del esqueleto; sin embargo, en la segunda parte de este libro haré conocer los dibujos del hermoso cuerpo de ese interesante animal). Aun cuando varios de estos cetáceos, manchados de blanco y negro, se conocen en la ciencia y que algunos habitan estas regiones, ninguno concuerda con el modo de distribucion de sus colores. Inmediatamente que concluyo de despojar los esqueletos de sus partes blandas, hago lanzar el bote al agua, para aprovechar la marea que entra con fuerza y dirijirnos á la isla de Pavon, último punto argentino, habitado ahora, en el estenso territorio del Sur.

Pasamos de largo por la isla de Leones, sin atrevernos á abordarla, teniendo presente el estado caluroso del dia y las emanaciones fétidas del huano que ya en otro tiempo habia

aspirado, cuando fuimos á vengarnos en los cormoranes que la habitan, de la mala noche pasada allí el 8 de Octubre de 1874.

Los tufones de viento que descienden por las quebradas y que en unos momentos nos son favorables y en otros contrarios, nos obligan á bordejear.

A veces entorpecen nuestra marcha las mismas plantas que he mencionado en Puerto Deseado: el Kelp ó *Macrocystis*. Sus delgadas hojas, sujetas á las vesículas piriformes que le han dado el nombre, se enredan en los remos, ó la fuerza de estos no basta para cortar las largas tiras verdes de decenas de metros que la marea hacer afluir desde el Océano hácia el interior de la Bahía.

Me recuerdan los hermosos camalotes que, descendiendo desde los confines de Bolivia y del Brasil, aumentados por los que se desprenden de las costas del Paraguay, Paraná y Uruguay, flotan al acaso en la llana bahía del Plata. Detengámonos un momento, y ya que ellos, con el obstáculo que nos presentan, parecen querer llamar nuestra atencion, satisfagámosla.

Todos los que han viajado por el Sur han pagado un tributo de admiracion á esta inmensa y simpática planta, el organismo gigante que revela la lujosa fuerza de la vegetacion marítima, y ciertamente bien la merece. Es una enmarañada pradera en el mar, que flota lozana y tranquila en medio de las tempestades y conserva la calma en los sitios que cubre su ramazon bienhechora. ¡Qué grandes historias podria contarnos esta alga que vive sobre las siempre inquietas aguas australes, arraigando en las inmóviles peñas del fondo de ese Océano! Las maravillas que encierra en su seno son imponderables; tanta es la vida animal que conserva cariñosa entre sus hojas y raices ese prodigio de vida vegetal!

La sublime ley de la armonía, que lo rije todo invisiblemente, pero penetrada por quien la observa, no podia haber elejido mejor espacio para desarrollar esta planta que la desolada region antártica; allí es el principal elemento de una poderosa vida, que sin ella casi desapareceria.

¡Cómo cambiaria la faz de esos distantes parajes si ese humilde jigante faltára! El mundo animal que en esas regiones de aspecto mortuorio y desierto vive casi invisible se estinguiria; los eslabones de la cadena que suministra la vida, se quebrarian y todo sucumbiria. Casi toda la vitalidad de esa region está sujeta á la de esta planta:—el combate por la vida la hace, pues, necesaria, indispensable. De sus laberintos de hojas y ramas, inconsistentes en apariencia, sale el sustento del sér mas inferior de las espléndidas Ascídias, Holoturias, y por el progresivo encadenamiento que rije la creacion, el del hombre, la cúpula animada que corona su obra y la contempla.

Los primeros navegantes, tan ignorantes como heróicos, los intrépidos investigadores del misterio, al mencionar esta planta, á mediados del siglo XVI, no le dieron la importancia ni el verdadero rol benéfico que tiene en la naturaleza; solo vieron un beneficio para ellos, un alerta que les revelára las rocas, una planta aislada que prestaba inconscientes servicios al hombre, previniéndole los peligros: solo cuando la luz de la ciencia iluminó las oscuras soledades del Sur, esta alga fué comprendida. Como todo lo grande de la naturaleza, se inculca en el cerebro de sus grandes admiradores; por eso célebres viajeros le han consagrado descripciones y célebres botánicos la han clasificado.

Cook, Dumont d'Urville, Fitz Roy, Hooker y Darwin la admiraron, unos en su brillante escenario flotante, otros en el laboratorio del sábio. ¡Dignos espectadores de tal espectáculo!

Darwin compara esa selva acuática del hemisferio meridional con las selvas terrestres de las regiones inter-tropicales, y agrega que no cree "que la destruccion de una selva, en cualquier pais, arrastre mas ó menos, la muerte de tantas especies animales como la *Macrocystis*. En medio de las hojas de esa planta viven numerosas especies de pescados que en ninguna otra parte encontrarian abrigo y alimentos; si esos pescados desaparecieran, los cormoranes y los otros pájaros pescadores, las nútrias, las focas, los delfines, pronto desaparecerian tambien, y en fin, el salvaje fueguino, el miserable dueño de ese miserable pais, redoblaria sus

festines de caníbal, decreceria en número y quizás dejaria de existir!"

Inmejorable cuadro, en que un vigoroso talento bosqueja toda la importancia del objeto que describe.

Pero no es solo el fueguino ni el antiguo patagon, á quienes les es indispensable esta planta: muchas veces ella indica tambien á los marinos los arrecifes sumerjidos, y en esa selva flotante encuentran refujio donde resguardarse del embate de la borrasca. Grandes buques fondean al abrigo de esos rompe-olas que flotan y contra los que pierden su potente impulso las aguas agitadas y se convierten en casi inmóviles ondas. Allí, largan sus anclas y en vez de arena ó peña donde morder férrea uña, se sujeta esta en los flexibles troncos, que como una inmensa liana acuática, ondean coronados de huecas vainas y elegantes cintas, en sedosas guirnaldas, sobre la superficie azul sombría de aquellos mares.

Este inmenso vegetal del Océano, tan grandioso como los imponentes y seculares árboles de América y de la India, algunas veces mide de estension, sobre la superficie del agua, hasta cerca de trescientos metros y su retorcido tronco se adhiere á la roca, á una profundidad de mas de sesenta! Mas de una ocasion ha envuelto en sus brazos salvadores, débiles cuando aislados, potentes cuando unidos, embarcaciones casi perdidas y las ha salvado del naufragio. Bajo su aparente modestia, alberga orgullosa mundos pequeños, pero interesantes en alto grado. Cada vez que he examinado una hoja de *Macrocystis*, he encontrado infinidad de organismos vivientes que la han elejido para su domicilio y cuando la curiosidad me ha llevado á rebuscar en el intrincado laberinto de raices que forma su base, he visto cientos de pequeños seres guarecidos y viviendo tranquilos allí. Darwin dice que podria llenarse un volúmen, haciendo la descripcion de los habitantes de esos grandes bancos marinos. La industria química puede obtener de ellos tambien abundante cosecha de iodo.

La *Macrocystis* ciñe el Globo en su region austral, con una verde y gigantesca orla. Allí, precediendo á la muerte glacial, ondula lujosa entre la region templada y algunas veces se la

vé flotando hasta en las inmediaciones de los hielos polares.

En sus inofensivas redes, varan y mueren inmensos y terribles témpanos.

Su verdor solo adorna el Atlántico y el Indico en los parajes donde cruzan las corrientes australes y llega á veces hasta la embocadura de nuestro fecundo Plata. En las costas de Quequen he recojido sus muestras. Camalotes inmensos de ella navegan por las costas patagónicas, hasta doscientas millas al Norte de las islas Falkland, en cuyas costas nacen tambien, y muchas veces varan en las playas del Cabo de Buena Esperanza. Continúan su viage en esa direccion pues las corrientes y la temperatura del Océano, no les permitiría llegar mas al Norte en esos puntos. El gran Pacífico es mas privilegiado: las corrientes que parten de las inmediaciones del Cabo de Hornos, esparcen y adornan con bancos de *Macrocystis* las costas occidentales de ambas Américas. Nacidas al reparo del estremo Sur del rugoso continente, con las corrientes frias cruzan las zonas templadas y cálidas; trasladan la vida antártica á las costas árticas de Aleutia y Kamstchatka. Desprendidas de su cuna nativa, viajan lentamente casi toda la sábana marina del globo. Así, pues, seres que producidos en ese vegetal regazo han sido espectadores de las horrorosas tempestades del Sur, han admirado la placidez del trópico y en las largas noches hánse visto alumbrados por las espléndidas auroras boreales.

El fueguino del Sur y el Koloche del Norte quizás han buscado su alimento algunas veces en la misma balsa de verdura.

¡Portentoso ejemplo de la admirable distribucion de la vida que, representada por ínfimos, delicados y luego casi perfectos séres, entona de polo á polo su himno de alabanza á la sublime Creacion!

¡Qué inmenso papel desempeñan en la economía del mundo las humildes hojas que corta nuestro bote y que al principio considerábamos un estorbo!

Continuemos viaje, distraigámonos con los juguetones delfines que retozan por centenares en las aguas tranquilas de la bahía,

irguiéndose de á dos y tres juntos, saltando fuera de ellas ú ondulando suavemente, describiendo curvas iguales, en las que muestran primero su cabeza y aleta dorsal negra, y luego sus costados blancos cuando azotan las pequeñas ondas con sus elegantes colas. Este espectáculo nos encanta de tal manera que dejamos el bote á merced del capricho del viento y de las corrientes que nos internan. Esos veloces nadadores son tan confiados que no temen acercarse al bote; si levantamos los remos y permanecemos silenciosos, vemos acercarse con rapidez sus blancas formas, bajo las aguas limpias; cruzar bajo la quilla y ascender al nivel, rozando los costados del bote, permitiéndonos pasar la mano sobre sus suaves lomos, mientras lanzando sonoros bufidos vuelven á hundirse en las profundidades, para describir una nueva curva. Conjeturo que fuera aquella la época de sus amores.

Los patos vapores (*Micropterus brachipterus*), las gaviotas (*Larus hematorhynchus*), los grandes patos (*Dafila*) y los ostreros (*Haematopus*) cruzan y recruzan mientras tanto sobre nuestras cabezas, unos silenciosos y otros haciendo oir fuertes chillidos y ruidos metálicos, producidos por el movimiento rápido de sus alas; quizás festejan ó protestan contra nuestra llegada.

En una de las bordadas nos acercamos á la costa Norte, frente al Promontorio Weddell; aquí encuentro el primer trozo errático de gran tamaño que revela la presencia indudable de la época glacial; su parte visible mide un metro cúbico, pero como se ensancha hácia su base, sepultada entre la arena y el cascajo, creo que su tamaño total es mucho mayor.

¿Qué otro agente que el hielo puede haber transportado esa enorme roca desde los Andes hasta el Atlántico?—Quizás un témpano al fundirse depositólo allí. Este objeto interesante escapó á la investigacion de Darwin, quien no llegó á ese punto, pues á haberlo hecho, su atencion se hubiera fijado en él para corroborar su teoría del modo de transporte de las grandes piedras.

El tiempo transcurrido en esas observaciones es tanto que cuando queremos continuar viage ha principiado el descenso de

la marea. Me alegro de ello: es necesario esperimentar, antes de separarme completamente del buque, la gente que debe acompañarme en el trabajo de ascender, remolcando el bote, el Santa Cruz.

Cruzamos á remo las dos millas que nos separan de la costa opuesta, que abordamos en el ya citado promontorio, en momentos en que la bajante es ya muy sensible. "Todos al agua" es la primera órden que doy á mi gente en el Santa Cruz, y principiamos el remolque que mas tarde debemos continuar por trescientas millas.

Desde este momento, los dos marineros comprenden las fatigas que les aguardan. El cascajo se desliza al impulso del pié y les hace caer por la falta de costumbre, ó se hunden en la fangosa arena de los bancos en formacion. Sin embargo, todos estamos contentos, tenemos la fé suficiente para arrostrar las fatigas y los peligros venideros. Partidario del adagio que dice "el primer paso es el que cuesta", ensayo mis marineros en el trayecto mas cómodo para que sin desfallecer lleguen gradualmente al mas peligroso.

Al doblar la punta del promontorio, entramos en el magestuoso rio, que teniendo allí un ancho de dos millas, desciende veloz del O. S. O., encajonado entre barrancas escarpadas, elevadas de 250 piés en el costado Sud-Este, y de colinas suaves de la misma elevacion al N. O. Aquí se adelanta como una cuña el Promontorio Beagle, cuya falda, que mira al Norte, baña el segundo de los dos brazos fluviales que forman la Bahía de Santa Cruz y que se denomina "Rio Chico". Ese brazo lo remontó el capitan Stokes de la espedicion de King, hasta doce millas en el interior, donde cesa de ser navegable.

Los bancos fosilíferos que se encuentran en esas barrancas nos dan motivo para unos momentos de descanso ó de variedad en el trabajo; juntamos una abundante cantidad de moluscos y principalmente de la gigantesca ostra, y como nada es mas trasmisible que el entusiasmo en nuestro carácter nacional, hasta mis marineros se convierten en adeptos de la paleontología y

muchos de los interesantes moluscos terciarios, descubiertos en las distintas paradas de este dia, se los debo á ellos.

A la tarde, llega el momento en que la baja marea es completa, lo que hace imposible por ahora continuar el remolque, y como mi deseo es llegar esta misma noche á la isla, dejo los marineros al cuidado del bote, para que, cuando la marea vuelva á repuntar, continúen á remo; por mi parte sigo á pié, acompañado de Estrella.

El cañadon por donde subimos á la colina está cubierto de magníficos pastos y las planicies llenas de arbustos y cactos; algunos bajos ostentan una alegre alfombra de césped y algunos altos son tan áridos que solo los tapizan cantos rodados. Sobre los escalones de las colinas los guanacos de guardia dan la voz de alarma á la tropilla, que se acerca curiosa, precedida del gran macho, de andar magestuoso. Las horas de la tarde avanzan, las mesetas del Cerro Guanaco se pierden ya en el Oeste y la noche estiende su manto sobre el desierto. El horizonte, al poniente, parece despedir llamas y humo denso, quizás exhalado por algun volcan andino.

Es la primera noche que voy á pasar en la region que tanto ambiciono conocer á fondo. Las emociones de este dia deben ser el preludio de las que esperimente en este, mi segundo viage, en el cual debo tentar lo que no ha sido posible verificar en el primero. La inquietud del espíritu, que abarca todo, quiere dominar y comprender el panorama presente; trata en vano de rasgar el velo del futuro, que cubre lo que oculta la distancia, donde el negro y rojo horizonte se destaca, y esa impaciencia de la mente se comunica á mi cuerpo, que recorre millas y millas sin sentirlo.

Inesplicable es la accion de la naturaleza sobre el hombre viajero; ni siquiera es descriptible, ni analizable. Basta una mata espinosa, sobre una pampa árida, para alimentar esa admiracion extraña por las cosas creadas, y, por mi parte, no puedo definir lo que siento, cuando, en medio del desierto, encuentro estas bellezas, pues todas son bellezas las que emanan de las fuerzas que vienen evolucionando desde lo casi increado.

Mi compañero, mas hombre de mar que de tierra, no ha adquirido aún bastante práctica ni entusiasmo por las cosas de la meseta, y mientras que yo no tengo rumbo cuando admiro estos espectáculos, el de él es el recto, y mis zig-zag le cansan. No tengo tiempo de compadecerme y acortar mi marcha, porque unos médanos con profundos pozos nos cortan el camino. Están próximos á la costa, nos acercamos á ella y distinguimos que aun continúa descendiendo el rio y batiendo la escarpada muralla.

Ya el cansancio y la sed se van apoderando de nosotros, y los médanos la aumentan, hasta que descubrimos un sendero que, á algunas cuadras de allí, nos conduce nuevamente á la barranca. Delante de nosotros tenemos una llanura de plata, reluciente, imágen de la salina, cuyos cristales de cloruro de sódio le dan esa apariencia. Abajo de la loma vemos unas negras sombras: son las poblaciones donde se guarda la sal.

Emprendemos el descenso, con gran cuidado por parte de Estrella, quien, no estando acostumbrado á estos trances, crée desplomarse á cada momento, teniendo poca confianza en la mala vista de quien le sirve de guia.

Abajo ya, en el pequeño valle que forma el rio, en una de sus bruscas vueltas, la oscuridad es tan grande, que mis recuerdos no bastan para orientarnos, y en vez de dirijirnos por el que conduce, bordeando las lomas, hasta frente á la isla Pavon, tomamos el que se interna en la península, hácia el rio.

Recien cuando nos encontramos delante de los fangosos pajonales mojados por la marea, comprendemos nuestro error, pero la sed y el cansancio son tan grandes, que no tenemos valor para retroceder. Con la ayuda de los sombreros, en los que recojemos agua aun salobre, calmamos la primera y decidimos pasar allí la noche en un pequeño desplayado, para hacer desaparecer el segundo. Así, en los dos viajes la primera noche de tierra fué al aire libre, contra mi voluntad; y si mala fué la de 1874, no lo es mejor la de 1876.

No teniendo cubierta de ninguna especie para envolvernos, no hay mas remedio que amontonar un poco de arena para impedir

que la humedad del pantano se trasmita al cuerpo; ponemos de almohada el saco lleno de piedras y de plantas y nos cubrimos las cabezas con los sombreros mojados y los pañuelos. Esta es exígua defensa contra los millones de mosquitos que nos asedian y pican, mientras, en mangas de camisa, no dormimos ni descansamos, pues piernas y brazos tienen que estar en contínuo movimiento para espantar estos incómodos vecinos.

Diciembre 22.—Al despuntar el dia volvemos á emprender la marcha, sorprendidos agradablemente con el encuentro de varias puntas de flechas de piedra, producto de los antiguos indígenas que allí vivieron en remotos tiempos, ocupados seguramente en tomar la abundante pesca que se obtiene en los remansos que forma esta casi isla. Mas adelante recojo cuchillos de piedra, rascadores, boleadoras pulidas, hasta llegar al paradero de los indios actuales; desde él distinguimos la isla Pavon. Una pequeña columna de humo que se eleva de las casas; los caballos, perros y gallinas que relinchan, ladran y cacarean respectivamente, nos anuncian la vida civilizada, en esta apartada posesion argentina.

Frente al paso, disparamos unos tiros de rewolver, los perros nos contestan con furiosos ladridos, y una figura humana aparece sobre el pequeño techo de la casa, para averiguar quiénes interrumpen de ese modo, al aclarar, la plácida tranquilidad de la isla. Momentos despues, un hombre cruza á caballo el brazo de rio que separa la isla de la meseta Sur y se acerca á nosotros: es un gaucho compatriota; luego, una rara figura envuelta en un quillango, llega apresuradamente: es mi antiguo conocido Isidoro Bustamante, gaucho santiagueño, que el azar de la vida ha conducido aquí. En seguida estrecho la mano del Sr. Dufour, cuñado de Piedrabuena.

Estamos entre amigos, con gran contento de los que, al principio, habian creido que nuestros gritos y tiros eran de desertores chilenos de Punta Arenas, ó náufragos.

Cruzamos el rio por el vado y llegamos á la casa, donde dos años antes habia grabado mi nombre, al lado de los de algunos oficiales chilenos, cuando estos tentaron, tan inútilmente, lo que

yo iba á procurar, quizás con el mismo resultado. Aquí encuentro al Sub-teniente Don C. Moyano, que desea ser mi compañero de viage. A la tarde llega la embarcacion con mi gente, y la bandera del sol se iza sobre la casa, para contestar á la que, con gozo, se arria y se iza en el tope del mástil del bote.

La isla Pavon, cuyo nombre ha sonado tanto en nuestra cuestion con Chile, es la que en la carta de Fitz-Roy lleva el nombre de Islet Reach, y pertenece, por donacion que de ella le hizo el Gobierno de la Nacion, al Capitan Piedrabuena. Mide, mas ó menos, dos quilómetros de largo, comprendiendo pequeñas porciones de tierra, situadas en sus estremos, y que se convierten en islas, cundo la marea ó la creciente es grande. Su anchura mayor pasa de trescientos metros. En el centro está situada la poblacion principal, que consiste en cuatro pequeñas piezas unidas y un corral para el ganado y los caballos. Rodea todo esto una palizada, que en otro tiempo pudo servir de defensa. Esto, un pequeño cañon desmontado y unos cuantos fusiles viejos, son las fortificaciones y armamento que en varias ocasiones han alarmado á nuestros intranquilos vecinos del Estrecho.

Fuera de la palizada, hay otras dos piezas separadas: una sirve de almacen para negociar con los indios y la otra para depositar las materias primas que estos cambalachean con los cristianos.

Antiguamente, el foso, que se llenaba con las aguas de las mareas, rodeaba la humilde construccion del centro, sobre la cual flotan hace veinte años los colores de la patria.

A la isla se llega por el costado Sur, cruzando un brazo de rio de 50-60 metros de ancho, pero que pocas veces puede seguirse recto, sinó al sesgo, lo que hace que el vado mida ciento cincuenta metros. Además, solo en el tiempo en que la bajante es muy grande, se puede cruzar á toda hora, pues cuando las mareas toman mayor fuerza, solo es posible hacerlo durante el reflujo. El canal del Norte es el verdadero canal del Santa Cruz, ancho allí de mas de 300 metros; corre con una velocidad mínima de cinco millas, siendo esta anormalmente menor cuando las grandes mareas ejercen hasta este punto su influencia, y atajan las aguas

que descienden de los Andes; entonces la isla se anega casi completamente.

En una pequeña huerta, los habitantes de la isla cultivan algunas legumbres, tales como papas, nabos, rábanos, coles, lechugas, etc., que adquieren todas un tamaño notable.

Se ha ensayado el plantío del trigo y ha producido el 30 por uno.

El suelo en las orillas del rio es muy feraz y está cubierto por un tupido y elevado césped, que alimenta algunos caballos, cabras y ovejas. Algunos cerdos rebuscan y se nutren de raices, y mas de cien gallinas y patos proporcionan agradables momentos de cuando en cuando, á los estómagos de los que viven en esas soledades.

Muchas palomas anidan en pequeños cajones, arreglados en las paredes, y una cuadrilla de avestruces domesticados hace oir contínuamente suaves silbidos pidiendo las golosinas de la civilizacion. Gran cantidad de perros bulliciosos indica la profesion y el modo de procurarse alimento que emplean los isleños. En suma, esto es una pequeña chacra, semejante á las de las inmediaciones de Buenos Aires, y donde, si bien falta la inmensa pampa, domina la triste meseta.

La vida que aquí se pasa es monótona, pero la visita que hacen de cuando en cuando los indios Tehuelches, que llegan en procura de los resultados de la industria europea, á los cuales van acostumbrándose de tal manera que ya les es muy sensible pasarse sin ellos, proporciona distraccion á sus habitantes, tomando compensacion al mismo tiempo del sacrificio que hacen los que viven en este punto.

La agradable temperatura y la poca humedad contribuyen á que en este paraje no se sufran graves enfermedades, aun cuando las transiciones barométricas y termométricas sean muy notables en ciertas ocasiones, y esto hace que, si bien las comodidades no son aquí abundantes, por lo menos la salud se robustece y no se desea mucho el bullicio enfermizo de la ciudad.

Diciembre 22-28—Esta semana la empleamos en arreglar los

víveres y los objetos que debemos emplear en la ascension del rio, y disponemos el bote para recibirlos: se le hacen cajones y lo calafateamos. Luego envío los marineros á ayudar en la descarga del buque, que ha venido á fondear frente á las Salinas. Visito estas en los momentos que mis ocupaciones me dan lugar y concluyo la correspondencia oficial.

Festejamos la Noche Buena, reunidos todos en la isla, acompañados del capitan, recordando á los que estimamos.

La fiesta de Navidad atrae hasta á los llamados "descreidos"; por mas diversas que sean las creencias religiosas que profesamos, tomemos unos á Cristo Hombre, otros á Cristo Dios, el aniversario del hecho ó ideal á la idea que se venera, tiene para todos un significado tan elevado en la historia de la humanidad y la civilizacion, que no se olvida. En el palacio del grande, en la choza del pobre, en la cámara del marino, en el fogon del soldado, en el polo, en el trópico, en la celda del religioso ó en el estudio del filósofo, se la recuerda, sea cual sea la importancia que á cada uno le señale su criterio.

En el año anterior, Piedrabuena la habia celebrado en el Cabo de Hornos; yo la habia recordado en las orillas del Limay.

En la tarde del veintiocho decimos adios á la goleta, que lleva á Buenos Aires las colecciones formadas durante los dos meses que han transcurrido desde mi salida de ese punto, y el anuncio de que pronto emprenderé la marcha hácia los Andes.

En las observaciones practicadas en estos dias y las que he adquirido en épocas anteriores, puedo convencerme de la verdad de los párrafos siguientes de Musters, que reproduzco aquí, porque mis datos son el fiel reflejo de los suyos, y si los consignara podíaseme acusar de plagiario. Además, me anima el deseo de que la obra del valiente esplorador inglés sea más conocida por mis compatriotas.

"Fué un error singular el de los españoles en formar una poblacion en el Puerto San Julian, descuidando las ventajas mayores que proporciona Santa Cruz. Las llanuras y las islas de este último presentan buenos terrenos pastosos y de labranza, lo mis-

mo que asiento para un pueblo seguro contra las repentinas invasiones de los indios; por lo que respecta á la conveniencia para una estacion de embarque, no hay comparacion posible entre ambas localidades, porque los buques pueden vararse en Santa Cruz, en sitio resguardado, con la marea; en cuanto á la madera, en busca de la cual hizo Viedma su espedicion, se encuentra en abundancia ascendiendo el rio".

Pero si Santa Cruz es mas favorecido que otras regiones de Patagonia, no se deben hacer muchas ilusiones sobre los elementos de lucro que pueda suministrar. La precipitacion puede arruinar á los que, sin preparacion, se dirijan á este punto donde la labor que dá resultado es dura y difícil, y como un ejemplo de esto puede citarse al Sr. Roucaud, comerciante de Buenos Aires, quien, seducido por diversos informes, se lanzó impremeditadamente á plantear aquí una fábrica de aceite y de conservas de pescado, pero en una escala tan grande que sólo obtuvo la ruina para este establecimiento, el que quizás en otras condiciones hubiera podido prosperar. Las construcciones de éste, que he visto en el paraje denomiuado "Los Misioneros", revelan la importancia de los gastos hechos para plantearlo, y, sin embargo, si no estoy mal informado, esta fábrica no llegó á dar principio á sus faenas.

Algunas personas han querido atribuir su total abandono á las insinuaciones y luego á oposicion de los chilenos, pero esto no es exacto, y dicha aseveracion mas de una vez ha sido refutada por argentinos, quienes no pueden consentir que se falsée la verdad. No dudo que la fábrica mencionada fuera abandonada por ser imposible sostenerla en las mismas condiciones en que había sido planteada, y los buques chilenos que han fondeado algunas veces en su vecindad, en lugar de oponerse á la esplotacion de la industria, para la cual había sido levantada, auxiliaron mas de una vez á los habitantes, y por último, algunos fueron conducidos á Punta Arenas, á pedido de ellos, en buque chileno.

CAPITULO XI

ESCURSION A LAS SALINAS Y A LA ISLA DE LEONES

Antes de principiar el viaje al interior, decido recorrer la pequeña estension de tierra que se encuentra al Este de la Isla Pavon y que está rodeada, á partir de Monte Leon, por el Atlántico, la Bahía, parte del rio y la cadena de colinas, precursoras de mesetas mas elevadas, que se estienden hácia Sud-Oeste, en direccion del primer paradero de los indios "Amenkelt". Aunque yá en época anterior la he visitado, quiero renovar este paseo con el objeto de ver nuevamente las salinas, la pampa y la famosa isla, donde se consumó el atentado de la "Jeanne Amélie".

Diciembre 30.—De madrugada, salgo con rumbo al Este acompañado del Sr. Moyano y del buen gaucho Cipriano Garcia. Nuestra primera visita es á las salinas de la primera meseta, las que en número de dos semejan á la distancia grandes láminas de plata bruñida, que reverberan al sol; aun no están secas completamente; una espuma con grandes burbujas rodea la masa solidificada, y líneas onduladas marcan los distintos niveles de las aguas y los diversos periodos de sequedad. Un borde oscuro, barroso en estremo, las circunda y sigue el descenso del terreno, cuyas depresiones circulares ú ovaladas sirven de receptáculo á la

sal como una gigantesca fuente; á ese borde suceden cristales aún súcios, hasta llegar gradualmente á la sal blanca, cristalizada y de apariencia conjelada.

El espesor de la capa no es ahora grueso, y no lo graduo en mas de cuatro pulgadas, en término medio, pues los guanacos y avestruces han dejado las impresiones de sus piés en el fango que cubre la sábana blanca. La altura á que estas salinas se encuentran sobre el mar no me parece esceder de 120 piés.

Una milla mas al Este, trepamos otra meseta por entre lomadas abundantes de pastos y abrigadas, y despues de recorrer un trayecto igual, encontramos otra salina, que nos es desconocida. Su aspecto es el mismo que el de las anteriores, á escepcion de los cristales de sal, que son de un tamaño mucho mayor, y de un color blanquizco-amarillento; su elevacion sobre el mar corresponde á 300 piés mas ó menos.

Aquí ya nos encontramos en plena pampa; aunque ella es mas agradable que la del Chubut está menos sembrada de arbustos, pero es mas rica en pastos. La vista puede abarcar, para admirarla, una vasta llanura, con horizontes mas definidos que en las porteñas.

En el lado Norte nada altera la llana superficie en el punto donde el cielo se confunde con la tierra, pero la graderia de mesetas, primero verdosas, luego pardas, azules y celestes, ténues, se ven alejándose en las demás direcciones. Es un anfiteatro grandioso, pero solitario; su arena solo es frecuentada por los guanacos y avestruces, y el puma, el gato salvaje y el cóndor son los dominadores de la rejion. La civilizacion no ha estendido aún su influencia hasta allí. La monotonia del desierto solo la interrumpe, de tarde en tarde, el cazador argentino y el tehuelche ó algun desertor chileno. Mientras el hombre no ha penetrado en esta comarca, todo es soledad en ella, nada se mueve; los animales tranquilos cumplen con las exigencias de la vida, reposan y se alimentan; pero la presencia de nosotros, enemigos de casi todas las obras animadas, interrumpe hoy esa aparente soledad.

Apenas hemos pasado la salina nos separamos los tres indi-

viduos que formamos la comitiva. Pero á poco, de los matorrales se elevan al cielo densas columnas de humo; el cerco que nos debe proporcionar la cena va cerrándose, y en donde no habíamos visto sér animado alguno, aparecen cientos de guanacos y avestruces; de cada mata, de cada hondonada, huyen con estrema ligereza tropas de esos animales tan deseados. En un instante transformamos el paisage de solitario en estremo animado. Tres émulos de Nemrod acosan á los ágiles habitantes de la pampa, pero la rapidez de los guanacos y las gambetas de los avestruces no les permiten obtener en sus hazañas el mismo éxito que al gran cazador antiguo.

El raciocinio del viajero precavido prevé el caso probable de que las cabalgaduras se cansen en estas corridas y considera mas prudente continuar viaje, porque no es cosa de esponerse á no poder llegar al punto señalado en el programa de la escursion, por satisfacer el orgullo de cazar un guanaco. Los revolvers de unos y las bolas de otro vuelven á las cinturas respectivas y continuamos hácia las colinas, confiados en que la naturaleza nos proporcionará otras piezas mas fáciles con qué organizar nuestra cena. En esta llanura hay abundancia de lagunas de agua salobre y dulce, que se suceden sin interrupcion y que están muy lejos de dar al suelo la aridez terrible de que le hace gozar la fama. La abundancia de gansos, cisnes, patos y avutardas es inmensa en ellas, y con constancia, mojándonos algo y despues de chapalear dentro de una de ellas mas de una hora, persiguiendo los pichones de estas últimas, cuyas pequeñas plumas no les permiten volar, obtenemos á fuerza de astucia y rebencazos cuatro de ellos, suficiente número para pasar una agradable noche, la que no se presenta muy de nuestro gusto, pues la tormenta se cierne sobre la cumbre de las colinas donde esperamos descansar. Esas lagunas no son permanentes, pero hay algunas suficientemente grandes para que, con escepcion de dos ó tres meses del año, puedan aplacar la sed de los animales de una estancia. Su fondo no es barroso, sinó mas bien duro y lleno de cascajo; sus orillas sumamente fértiles y cubiertas de un césped tan tupido y

lozano que las convierte en pequeños oasis. El viajero se cree en los alrededores del Tandil, en vez que en Patagonia.

La parada para la noche la hacemos dentro de los cañadones, rodeados de un precioso escenario, al borde de una laguna de agua dulce, dominada por las colinas cubiertas de pastos amarillentos. Este punto es un valle que se dirige serpenteando desde el Este, con manantiales cristalinos que descargan sus aguas, subterráneamente algunos, en la laguna. Aunque de poca estension, le calculo 400 metros de diámetro; tiene la apariencia de un lago andino. Sus elevadas orillas, cubiertas de cantos rodados, recuerdan el borde del Océano, á lo que contribuye el murmullo contínuo del rodar de sus pequeñas olas, aumentado por el éco de las colinas.

Nuestra parada aquí desaloja una tropa de mas de cien guanacos que iban á pasar, abrigados en los matorrales, la próxima tormenta y á los que parece que nuestra llegada indiscreta disgusta, sobre todo á los machos de ella, pues momentos despues que las hembras y los pequeñuelos se cobijan en las quebradas, vuelven aquellos á presentarse en las alturas, relinchando quizás de disgusto, haciendo cabriolas hasta el oscurecer, y los vemos centinclas frente á nosotros, y hasta muy avanzada la noche no dejamos de oir sus estridentes relinchos. La lluvia que ha principiado calma sus enojos.

Por nuestra parte, tenemos tiempo de resguardarnos contra el chubasco del Sud-Este detrás de unas pequeñas matas, donde pelamos y comemos dos de los pichones. No es posible conciliar el sueño con la lluvia fria y tenemos que pasar la noche sentados, envueltos en los quillangos, cubierta que recomiendo y que debe ser inseparable compañero del viajero en Patagonia: presta el servicio de abrigo y techo y en ocasiones como esta sirve de capa de goma.

Este tiempo es favorable á la conversacion, único consuelo que hay en estos casos, cuando es fácil obtener conformidad, y mientras Garcia habla de sus boleadas, de las libras de pluma que ha vendido, y mi amigo Moyano estimula sus deseos de prosperar, porque además de un buen compañero, tendrá otro

poblador patriota mas Santa Cruz, pasemos revista á las observaciones efectuadas en este dia y comuniquémoslas al lector.

Despues de mi primer viage, en una nota sobre las Salinas de Patagonia, inserta en el apéndice de la obra de mi respetable amigo el Dr. Burmeister (*), me ocupé de las de Santa Cruz; hoy, ampliando mis recuerdos de entonces, quiero dar aquí algunos datos más sobre estos interesantes depósitos que se encuentran en la República Argentina.

Darwin dá una escelente descripcion de la salina situada en las inmediaciones del Rio Negro, y su pintura es tan fiel que la trascribo, precediendo mis observaciones.

"Fuí á visitar un gran lago salado ó salina, situado á cerca de quince millas del pueblo. Durante el invierno, es un lago poco profundo, lleno de agua salobre, que se transforma en verano en un campo de sal, tan blanco como la nieve. La capa, cerca del borde, tiene de 4 á 5 pulgadas de espesor, pero este aumenta hácia el centro. Este lago mide dos millas y media de largo, por una milla de ancho. En sus inmediaciones se encuentran otras, mucho mas grandes aun, cuyo fondo consiste en una capa de sal que tiene dos ó tres piés de espesor, aun en invierno, cuando están llenas de agua. Esas cuencas admirablemente blancas en medio de esta llanura árida y sombría, forman un contraste estraordinario. Se saca anualmente de la salina una considerable cantidad de sal, y he visto en los bordes grandes acumulaciones de algunos centenares de toneladas de peso, prontas para la exportacion.

"La estacion de las faenas de las salinas es el tiempo de la cosecha en Patagones, porque la prosperidad del pueblo depende de la exportacion de la sal. Casi toda la poblacion acampa entonces sobre los bordes de la salina y transporta la sal al rio, sobre carretas conducidas por bueyes. Esta sal cristaliza en gruesos cubos y es notablemente pura. El Sr. Trenham Reeks ha tenido la bondad de analizar algunas muestras que he traido, y no encuentra en ella sinó 26 centésimos de yeso y 22 centésimos de materias terrosas. Es singular que esta sal no sea tan buena para

(*) «Description physique de la République Argentine, vol. II, páis. 402 y siguientes.

conservar la carne como la estraida del mar de las islas del Cabo Verde; un negociante de Buenos Aires me ha dicho que valia 50 por 100 menos. Por esto es que se importa constantemente sal de las islas de Cabo Verde, para mezclarla con la producida por estas salinas. No se puede dar otra causa á esta inferioridad, que la pureza de la sal de Patagones, ó la ausencia en esta de otros principios salinos que se encuentran en el agua del mar. Nadie, creo, ha pensado en esta esplicacion que se encuentra, sin embargo, confirmada por un hecho que se ha señalado últimamente; es decir, que las sales que conservan mejor el queso son las que contienen mayor proporcion de cloruros delicuescentes.

"Los bordes del lago son pantanosos; en este barro se recojen numerosos cristales de yeso, algunos de ellos hasta de tres pulgadas de largo: en la superficie del barro se encuentra tambien gran número de cristales de sulfato de sosa. Los gauchos llaman á los primeros los *padres de la sal* y á los segundos las *madres;* afirman que estas sales progenitoras se encuentran siempre sobre los bordes de las salinas, cuando las aguas principian á evaporarse. El barro de las orillas es negro y exhala un olor fétido..."

Esceptuando las dimensiones, que son variables, la parte que se relaciona con la industria y la proporcion de las sales que contienen, esa descripcion concuerda con la de todas las salinas que he examinado en Patagonia.

Los depósitos llamados *salinas* se encuentran diseminados en distintos parajes de la República; en el Norte, inmensas regiones estériles, se deben á la gran cantidad de sales que contiene el suelo. El gran desierto salado, que sustrae á la industria una notable estension del territorio de las provincias de Catamarca, Rioja, Córdoba y Santiago del Estero, está formado por una depresion que se estiende en el Norte, desde las sierras de Ambato y Atajo, limitada al Oeste por las de Zapata, Velasco, Famatina y la Huerta, hasta las de las Quijadas, Gigante y Alto Pencoso, donde, en el llano que se estiende entre las dos últimas montañas y la Sierra de la Punta, se encuentra el depósito salado mas meridional de ese gran desierto. Al Este, las sierras de la pro-

vincia de Córdoba orillean la depresion, y el Abra que se estiende entre estas y la Sierra del Alto la ocupa el lago ó bañado de mas consideracion. Siendo el fondo de esa depresion muy variable, no es una salina continuada; estas se presentan en dilatados manchones aislados, sin ninguna conexion visible.

La existencia de ellas, en ese punto, es considerada por algunos autores como los restos de un antiguo mar interior, un mar evaporado, cuya desecacion ha dado por resultado los depósitos salados. Pero, si bien es cierto que á algunos depósitos que contienen, en general, las mismas materias, se les atribuye ese modo de formacion, como sucede con las salinas de Cobija, elevadas á 600 y 700 pies y las que D'Orbigny cree hayan sido dejadas por la evaporacion del agua de mar, juzgando así por ser invariablemente superficiales y por la presencia en ellas de moluscos iguales á los que viven en la vecina playa, y que Darwin opina que esa misma conclusion puede estenderse á los depósitos salados de Iquique, á pesar de estar á 3000 pies, mi amigo el señor don Federico Schickendantz, en su interesante "Estudio sobre las Salinas" (*) opone á la suposicion de que la formacion de ellas se deba á la desecacion de lagos de agua salada, restos de mar, otra que le parece mas adecuada y que constituye una teoría aplicable á las formaciones análogas en otras partes del mundo. Piensa que la formacion de las citadas salinas del Norte de la República, es "debida á la liquefaccion de rocas de sales y de la eflorescencia por medio de la elevacion capilar".

La posicion de las salinas del Norte, en el centro del cuadro de montañas que he señalado, y que contienen en las rocas que las constituyen las materias que luego se recojen en las lagunas, donde, indudablemente, por infiltracion, los depositan los rios visibles ó corrientes subterráneas que se desprenden de esas sierras, parece favorable á la opinion del señor Schickendantz, y hace abandonar la idea de que esos depósitos hayan sido el resultado de la evaporacion de un mar, que en otro tiempo bañaba esa region. Además, si esas lagunas resultaran de esa evaporacion y

(*) Boletin de la Academia Nacional de Córdoba.

los lagos, restos de dicho mar, este, indudablemente, deberia haber existido en tiempos no muy remotos y su profundidad deberia haber sido considerable, pues sin tener en cuenta el levantamiento parcial, por fuerzas internas, variaria por lo menos entre 500 metros. Bien, pues, en toda esa estension, ese mar no ha dejado ninguno de los vestigios que se recojen en Cobija.

Un dato digno de mencion es que los grandes depósitos se hallan situados en los terrenos que el Dr. Burmeister clasificó de pampas estériles y que, geológicamente, pertenecen á los aluviones modernos. No tengo duda de que una capa de agua corre bajo ese lecho de tierra arcillo-arenosa suelta, que hace estéril esas regiones cubiertas de arbustos característicos y de escasísimas gramíneas. Tal corriente subterránea formada por las infitraciones de las superficiales, como ser rios, etc., y que descienden hasta bajo dicha capa, llevan quizás en disolucion elementos de las rocas que la erosion ó influencias climatéricas han desagregado, las que luego han sido depositadas en las grandes depresiones ó cuencas subterráneas. Luego esos elementos ó sales se elevan, por la capilaridad, favorecidos por la humedad de las depresiones superficiales que han obtenido, por la infinidad de arroyuelos que se pierden en ellas, en ciertas estaciones del año, cuando llega la estacion lluviosa en las montañas. Además, la suma permeabilidad del terreno contribuye á ello.

La evaporacion de las aguas superficiales por los vientos y otras influencias meteóricas, dejan las sales en descubierto.

La falta de cortes geológicos no permite conocer cuales son las materias que entran en la composicion de esos depósitos salinos subterráneos, pues es muy probable que existan otras, además de las que se recojen sobre la superficie. Recien entonces cuando se conozcan esos cortes, sabremos á qué atenernos con seguridad sobre el orígen de las salinas.

En el terreno pampeano, clasificado de diluvial, no conocemos hasta ahora ninguna verdadera salina, y quizás esto sea debido á que las capas de tosca impermeable que contiene, no permitan la elevacion de las distintas sales depositadas en su suelo, ó que

la mucha profundidad relativa á que se encuentran estas, por tener una cuenca mas grande, comparándolas con las del Norte, no alcance la influencia de la capilaridad hasta elevarla á la superficie. Sin embargo, no faltan en la pampa eflorescencias salinas, y creo que todas las lagunas que hay en sus llanuras ostentan en sus bordes alguna señal de ellas.

Cuando están llenas de agua, pocas son las que tienen un sabor que acuse la existencia de sales, y hasta en el Rio Salado, en la Provincia de Buenos Aires, cuando está crecido, las haciendas beben sus aguas sin inconveniente. Este rio nace en parajes donde el terreno puede considerarse aluvial, á juzgar por la vegetacion que lo cubre y los informes que poseo, y como es sabido que las sales son mas abundantes en los terrenos de esas condiciones, lógico es que el curso de agua que las cruce arrastre mayor cantidad de esas materias.

En las lagunas de Buenos Aires, cuando están secas, se nota una pequeña capa delgada blanca y cuya presencia allí debe ser esplicada por haber sido contenidas esas sales en las arcillas de la pampa, habiendo sido arrastradas con los constituyentes de ella, por el elemento que las condujo allí, para formar el gran depósito pampeano. No hay duda que el resto de la pampa sea formado de los productos de la descomposicion lenta de rocas antiguas, lejanas, y que algun agente físico condujo hasta allí; y como esas rocas han debido contener materias salinas, estas tambien han sido transportadas junto con las arcillas y depositadas en gran parte con ellas. Hoy, por la humedad, á la orilla de los rios, lagunas y arroyos, se elevan á la superficie, pero no llegan á formar grandes depósitos. Las sales que constituyen estas, son, en cierto modo, distintas de las del Norte, ó, por lo menos, se hallan combinadas de otra manera.

A la inversa de los depósitos aluviales del interior del pais, donde predominan los cloruros de sodio, corresponden á la capa diluvial los sulfatos, y si por casualidad se me hiciera la observacion de la gran cantidad relativa de sulfatos que contienen las capas modernas de aluvion del bajo de Buenos Aires y de la costa

hasta cerca del Rio Colorado, diria que su presencia allí, en esas condiciones, no implica el hecho de pertenecer á esa formacion, sinó que pertenecen á la capa diluvial, situada debajo, y de la cual se elevan dichas sales por la mayor humedad del bajo suelo arenoso, que recibe mas aguas que en las otras regiones.

Los depósitos donde predominan los sulfatos se encuentran todos en terrenos bajos, é indican que están mas superficiales, ascendiendo con mayor rapidez que los cloruros, que quizás, aunque están cubiertos por aluviones modernos, dependen en su formacion primitiva de épocas geológicas mas remotas que el depósito de los sulfatos. Hay grandes estensiones áridas, en cuya superficie se depositan los sulfatos, que impropiamente se llaman *salitreras* y se caracterizan por un suelo sumamente suelto y despojado de vejetacion herbácea, encontrándose en ellas solo algunas Salicórneas.

Ahora que me acerco á los depósitos patagónicos, voy á mencionar los que conozco personalmente en ese suelo, y aquellos de cuya existencia he recibido noticias, además de los que he publicado en la obra del Dr. Burmeister, que son los siguientes:

"Siguiendo mi camino por las orillas del rio Sauce chico, arroyo que nace en la sierra de la Ventana, lo continué hasta los cerros de Nueva Roma, de donde, tomando al Sud-Oeste, para llegar á los terrenos bajos de Salinas chicas, crucé un gran salitral que contiene en su suelo sulfato de sosa en abundancia; continuando en esa direccion, pasé una cadena de médanos, conocidos con el nombre de Cabeza del Buey. Del otro lado de esta cadena está situada la laguna de sal comun, ya nombrada, de Salinas chicas (*Chasi-co*, de los indios). Esta laguna tiene un largo de seis quilómetros, y corre de Sud-Este á Nor-Oeste, y en su estremo occidental hay una pequeña laguna, llamada por los indios *Chapayco* (agua de paja) alimentada por un pequeño arroyuelo, *Liarra-co* (agua de liebre). Los lagos de Salinas chicas están orillados al Norte por médanos de diez metros de alto, que dan nacimiento á pequeños manantiales de agua dulce, y estos manantiales se vacian en la laguna y contribuyen á hacer salir del fondo

de esta la sal comun, para dejarla depositar cuando el agua se evapore durante el verano. En Octubre, es decir, en la primavera, cuando la visité, la laguna contenia aun agua en el centro. De Salinas chicas, al Este, se encuentra otra pequeña salina llamada Escobas, situada tambien al pié de los médanos y alimentada por un manantial que sale de ellos. En esa direccion, pero mas al Sur, se llega á otra laguna llamada Calaveras, alimentada igualmente por manantiales, pero contiene agua amarga. La laguna se encuentra en medio de una cadena de médanos y de colinas bajas, paralelas á las del Norte y que encierra varios bajos fondos, abundantes en sulfato de sosa, como los de Romero Grande y Algarrobo clavado (*Potrili Huitru*, de los indios). Hay aun muchos otros parajes con depósitos de sulfatos, al Sur del Rio Colorado, generalmente secos en verano y que se convierten en bañados en invierno.

Siempre es cerca de médanos, donde se encuentra agua en esos parajes estériles; los pozos artificiales dan, generalmente, agua poco potable, y una persona que la beba, sin estar acostumbrada á su uso, siente pronto una indisposicion general. Lo mismo que en el Sur de la provincia de Buenos Aires, todo el terreno de la llanura Patagónica abunda en depósitos de sulfatos, que he examinado hasta *Ranquel-có*, cerca del *Colloncura*, en las inmediaciones del Limay, á poca distancia de la Cordillera de los Andes.

Las verdaderas salinas, es decir, los lagos con cloruro de sodio, como Salinas Chicas, están todas situadas mas cerca del Rio Negro; sobre los bordes del Rio Colorado no sé que exista ninguna. La mas conocida es la salina del Algarrobo, al Norte del Cármen; no la he visto sinó de léjos y me ha parecido muy estensa y de grande importancia. Poco mas al Sur se encuentran otros dos depósitos de sal comun: el llamado "Salina de Piedras", y la "Salina del Inglés"; son los que proporcionan la mayor parte de la sal que de Patagonia se trae á Buenos Aires.

Aun mas cerca del Cármen, á 25-30 quilómetros al Oeste del pueblo, se vé la salina de Crespo, que se esplota mucho. Esta es la que visitó Darwin, y, como este sábio, he visto la sal recientemente

amontonada, de un color rojizo, que parece deberse á infusorios contenidos en el agua.

Este tinte de la sal solo se nota en estas lagunas; la sal de las Salinas chicas tiene un color completamente blanco, lo mismo que la de las Salinas de Santa Cruz, mas al Sur de la Patagonia.

En otros parajes, al Sur del Rio Negro, existen muchas otras lagunas saladas, pero son poco conocidas.

He sido informado, por los indios, de la presencia de semejantes depósitos, al Este del Rio Limay Leufú, á donde van los que viven inmediatos á la Cordillera á hacer sus provisiones, lo mismo que á cazar guanacos. Cerca del Océano Atlántico, á doscientos quilómetros al Sur del Cármen, está la Salina de San José, donde durante la dominacion española habia un puesto militar. Se encuentran otros depósitos cerca de la costa, hasta Santa Cruz, aunque Darwin les asigna como límite austral la Bahía de San Julian.

Personalmente, he visto dos pequeñas lagunas saladas sobre la orilla del Rio Santa Cruz, entre la isla Pavon y Weddell Bluff, en las colinas que orillean el rio. La mas grande tiene un diámetro de 250 metros, la otra apenas 150, y se esplotan algunas veces por los pescadores que visitan esas costas. He recojido muestras de la sal que contienen".

Ampliando esta noticia, agregaré que hoy creo que el primer depósito mencionado en esa nota, no solo contiene sulfato de sosa, sinó tambien sulfato de magnesia, como los demás de ese género que se encuentran en Patagonia. Salinas Chicas se halla en terreno terciario, y no creo alejarme de la verdad al asegurar que todos los grandes depósitos de cloruro de sodio reposan sobre el terciario Patagónico, aun cuando una capa de cascajo ó tierra aluvial moderna los cubra. No dudo que Salinas Grandes pertenezca á esa formacion y quizás tambien, si se hicieran perforaciones en el valle de Andalgalá y Santiago del Estero, se encontraria la misma en ellas, y de la cual dependerían, en gran parte, los depósitos de cloruros que se presentan allí, en la superficie del suelo.

Salinas Chicas está situada en una gran hondonada; la de las Escobas lo mismo; y las diversas lagunas, de iguales condiciones, situadas al Norte del Rio Negro, algunas de las cuales he visitado, se estienden todas en una gran quebrada ó valle que principia en el paraje conocido por Abra de la China Muerta.

Primero se encuentra la de Crespo, luego la de los Algarrobos, la del Inglés y la de Piedra, que es la situada mas al Este. Esa hondonada no es contínua, no tiene la misma elevacion en toda su estension; aunque es siempre mucho mas baja que la meseta, tiene diversas, suaves y grandes ondulaciones, en el centro de las cuales se encuentran los lagos salados.

Además de los ya mencionados, existen en Patagonia otros depósitos de cloruro de sodio, como ser en el Chubut, en Tilly Road y en el Cabo Blanco, donde son muy estensos; he visto uno pequeño en puerto Deseado, los hay en San Julian, en los parajes que describo, y se encuentran otros, de que á su turno me ocuparé, situados entre Santa Cruz y Coy-Inlet, donde es el límite mas austral en que los he encontrado.

En cuanto al modo como se alimentan las salinas de Patagonia, diré que en cierta manera es distinto al de las del Norte, pues en ellas ningun rio ó arroyo importante vacia sus aguas.

Solo he visto pequeños manantiales en sus bordes, pero es seguro que las capas de agua dulce, que se encuentran bajo el cascajo, las alimentan por exhudacion.

Sobre el modo como se forman esos grandes depósitos de cloruro de sodio, y á las opiniones vertidas por distintos autores, añadiré que las cuencas de esas salinas reposan sobre depósitos de sal gema antiguos, que quizás pertenecen á la época terciaria y que hoy se encuentran cubiertas por capas de arena y cascajo, mas modernas, permeables, que permiten el ascenso capilar de las sales diluidas hasta los depósitos actuales.

El orígen del depósito de sal gema, no pasa hasta hoy de hipotético, y ninguna de las opiniones vertidas para esplicar su formacion resiste á todas las objeciones que se hacen en contra de ellas, y no puedo ocuparme yo, simple viagero, de esas

cuestiones; pero me basta saber que la sal gema se encuentra, entre otros modos, en montañas, ó en depósitos horizontales y que este último es el que presentan las de Patagonia, á juzgar por la disposicion esterior de ellas.

Tambien puede suceder que la hipótesis de que los depósitos de sal gema provengan de erupciones antiguas de aguas cargadas de sales y de barro, fenómeno análogo al de las Salsas, y que se hayan depositado durante un largo periodo, sirvan para esplicar la formacion de algunas salinas de Patagonia, porque me consta que en los sondajes practicados en la salina de San Julian, se encontró una capa de agua caliente que quemaba las manos de los que manejaban la sonda. Pero de lo que no dudo es de que el depósito superficial de cloruro de sodio procede de un depósito de sal gema mas antiguo, cubierto por capas de barro y cascajo, como se ha observado en las salinas de Patagones, San Julian y Santa Cruz, y que de ninguna manera han resultado del fenómeno citado de Cobija ó Iquique, y me esplico que el depósito de sal gema sea lenticular, porque su apariencia esterior es esa, y que á corta distancia de las salinas se encuentra agua potable, cavando, lo que hace suponer que la capa de sal gema no tiene mas estension superficial que la salina esterior. En esto no me refiero al agua dulce de los médanos, que en ciertas salinas se encuentran inmediatos, porque esa corriente no es sinó el depósito del agua de las lluvias, que la permeabilidad de la arena ha absorbido antes de dar tiempo á la evaporacion y que luego se encuentra en las orillas de esos médanos, cavando á cierta profundidad, y que contribuye, con la de la lluvia, á aumentar el caudad de agua de ciertas salinas.

Los análisis siguientes, hechos por mi amigo el Dr. D. Pedro N. Arata, de las dos muestras de sal de los depósitos que se encuentran en el territorio que he descrito en este capítulo, muestran la pureza de la sal que ellos contienen, la que es aun mayor que la de Patagones, que menciona Darwin.

La muestra de las dos lagunas de la meseta baja ha dado 96.5 de cloruro de sodio y 3.5 de agua; de sulfatos, solo rastros.

La que corresponde á la laguna de la segunda meseta, que no conocí en mi primer viage, ha dado 99 de cloruro de sodio y 1 de agua.

Diciembre 31.—Me parece inútil decir que vemos llegar el dia con vivo placer: apenas el cielo cambia su negro tinte por el aplomado de la madrugada tormentosa, deshacemos el monton de ceniza que guarda el fuego, digno de ser venerado en esta ocasion; acercamos á las brasas algunas ramas de olorosos arbustos, y momentos despues la caldera nos proporciona agua para el mate.

No se crea que el mate, para el viagero andariego, es el mismo mate, instrumento que favorece la ociosidad proverbial de nuestros paisanos, para quienes es casi indispensable. Para él, tiene una grande importancia moral: el mecanismo de sorberlo dá una tregua á su agitacion intelectual y con hacer esta operacion, en rueda, en el pequeño campamento, se olvida la mala noche anterior y los sufrimientos que trae consigo. Nosotros no nos hallamos, sin embargo, en este caso; no ha habido padecimiento, sinó molestia, y aunque la noche pasada no ha sido de las mas deseables, en cambio, el dia de ayer nos ha dado mas de un motivo de agrado.

Dividimos con los perros los dos últimos pichones de avutarda, ensillamos y emprendemos marcha al Este, para salir al encuentro del sol que ya refleja en las cimas de las colinas, vivificándolas. Un aire frio é incómodo corre por los cañadones, pero cuando, para acortar camino, trepamos los cerros, una tibia atmósfera nos envuelve agradablemente.

A medida que nos internamos, cruzamos una region de ondulaciones, que ascienden de un modo insensible, con faldas pedregosas algunas, y otras pastosas; todas presentan arbustos mas ó menos desarrollados. Las adesmias de hermosas flores, agrupadas en pequeños hemisferios, semejan claros peñascos redondeados y son las mismas que crecen en las inmediaciones de la Bahía (*Adesmia trijugata, Adesmia boronoides, Adesmia pinifolia*). Los calafates, (*Berberis ilicifolia*) con sus frutas aun verdes, crecen

lozanos, cerca de los manantiales, que en las profundas quebradas vemos correr en delgados hilos de agua, cristalina y agradable en algunos, y en otros tan salobre que ni aun los caballos la quieren beber. El incienso (*Duvaua*), menos abundante que en la meseta que cruzamos ayer, lo vemos enmarañado en los arenales y pedregales. En las lomadas, el golpe de vista que nos regalan las *Oxalis* y *Calceolarias* aviva la naturaleza adormecida; las primeras (*O. enneaphila*), con sus flores en forma de estrellas, de colores fuertes ó suaves, varian de colorido segun la altura á que crecen ó segun la mayor ó menor sombra ó sol de que gozan, desde el azul sombrío con venas aun mas oscuras del mismo color, en los bajos, hasta el blanco venado de lila, en las cumbres. Recojo en mi cartera de viage estas flores que tanto alegran esta region y que por su estrema delicadeza parece que no pudieran prosperar aquí.

Nos aproximamos al mar; escuchamos un rumor sordo que se hace oir en la lejania; la comarca se vuelve mas agreste aun, y las quebradas dificilmente dan paso; muchas veces no podemos mantenernos á caballo por la gran pendiente de las cuestas. Los torrentes insignificantes, secos casi todos entonces, nos cortan el camino con sus bordes á pico. Todos estos son inconvenientes que aumentan, momentos despues, nuestra admiracion, al presenciar desde una altura de ochocientos pies el grandioso panorama del Oceano.

Aún está distante el medio dia, pero el calor es sensible en estremo y la notable refraccion que se desarrolla en esas regiones, brilla casi en toda su plenitud.

A nuestros pies, la accion lenta ó incesante de la atmósfera y del tiempo, ha desagregado la meseta, la ha grietado y hecho presentar sus carcomidas faldas, como si monstruosas olas la hubieran atacado; sus abundantes vestigios, á cuya base se amontonan grandes cantidades de sutil polvo, producto del formidable ataque, muestran en sus flancos gigantescas graderías, dignas de aquel grande anfiteatro.

El Monte Leon se eleva delante, triste, árido, sembrado de

cascajo glacial y perforada su abrupta ladera por innumerables cuevas, puntos negros en el blanco calcáreo, donde se asilan los pumas, mientras los cóndores anidan ó revolotean en la cumbre. Nuestra llegada agrada á estos, que esperan nuestros desperdicios.

Los guanacos, á los que sirven de pedestales, labrados por el tiempo, ese gran modelador, los restos de las colinas, escuchan asustados el ruido de las piedras que se desprenden á nuestro paso y que ruedan al fondo. Uno que otro avestruz silba tranquilo, haciendo la guerra á cuanta fruta ó insecto encuentra, y algunos zorros, que abundan allí, huyen de los perros, guareciéndose en las cuevas. Uno de ellos, preocupado en devorar el contenido de un huevo *huacho* de avestruz, que ha quebrado contra las piedras, muere víctima de su glotonería. Una vaca alzada muge en las quebradas.

El vapor de la tierra húmeda se vá espandiendo sobre el mar, unas veces azul-sombrío, otras verdoso parduzco, y donde grandes sombras diseñan, fantásticamente, la forma de sencillas nubes que recorren el hermoso cielo.

Todo parece envuelto en una atmósfera luminosa, particular, y cada objeto titila, desde el lejano Monte Entrance del Norte, hasta el solitario Monte Observacion del Sur. El espejismo nos regala con sus castillos, tomados por la fantasía de la óptica de los desiertos, pero que parecen levantados por algun amable mago, que desea olvidemos la siempre árida perspectiva.

Las dos veces que he visitado esta region he esperimentado impresion idéntica; esa luz tan vívida, pero tan indefinida, especialidad de estos puntos, parece que oprime, y la bruma lejana que se imajina velo de gasa, que los rayos solares colorean de rosas, indica que hay algo de somnolencia en este horizonte. La naturaleza parece despertar aquí de un prolongado letargo, que podemos creer efectivo, á juzgar por los pocos resplandores de la vida que notamos en este punto.

Subiendo y bajando quebradas, llegamos al pié del Monte Leon y buscamos, entre los médanos movedizos, camino para llegar al

mar. Vuelvo la cabeza hácia los sitios que acabo de cruzar ¡qué triste desolacion, qué estragos ha hecho el tiempo, cómo ha devastado esta inmensa costa! Las areniscas, los calcáreos desagregados, hánse convertido en el polvo suelto que pisamos; resíduos de antiguos barrancos, precipicios inmensos y atrevidos. Ellos en otro tiempo oponian resistencia soberbia al mar que los batia con fuerza; pero sus pendientes desgastadas, muestran que esa pasada arrogancia fué vencida. Miremos al Norte, hácia el Santa Cruz: las colinas disminuyen de elevacion con la distancia que borra las rugosidades, y van disminuyendo hasta perderse casi enteramente del otro lado de la Bahía, formando playas bajas. En el primer plano vénse de tiempo en tiempo algunos escollos que quiebran el mar. Al Sur, las colinas son mas altas que en el lado inverso, mas sombrías, mas quebradas, y el aire luminoso las baña de lleno; los médanos relumbran; las fajas del terreno presentan con claridad las severas líneas del terciario; y delante de nosotros, el atrevido, y hoy histórico peñon, se eleva sobre la playa. Su cumbre la animan millares de aves marinas que aturden, pero que no alegran este desolado paisaje. El bullicio de los cormoranes no consuela, no proporciona alegría; al contrario, impresiona desagradablemente, y el contraste de esa vida exuberante, con la raquítica de los cerros, me entristece no sé porqué; los chillidos de los pichones me parecen quejas y no manifestacion de contento, y el espíritu siente soledad entre tanta animacion.

Quizás esta impresion emana del espectáculo que presencio desde el médano, sobre el cual observo. La mar está tranquila, en creciente, y lame la pedregosa playa, haciendo rodar multitud de pipas y tablas, entre algunos enormes restos de ballenas. La industria de la naturaleza está aquí mezclada con la del hombre; las ha unido el grandioso elemento que todo lo nivela. Un antiguo cráneo de colosal cetáceo, antes blanco, hoy verdoso, envuelto en la diminuta vejetacion marina, ataja algunas pequeñas ondas que llegan desfallecientes á la costa. Estas despues de haber vagado por toda la esfera del mundo, se quiebran, arrojando blanca espuma, sobre este inmenso hueso, convertido en roca. En

la mar no se ven sinó algunos delfines overos, y en el horizonte, una vela, aparentemente inmóvil, sigue quizás las huellas de Magallanes.

Tenemos que esperar la bajante que se aproxima, para llegar á la Isla de Leones, que ha dado tanto que hablar y discutir desde el apresamiento injustificable de la *Jeanne Amélie* en ese punto. Á pesar de hallarse á cortísima distancia de nosotros, la mar alta no nos permite cruzar hasta allí. La agitacion de este rincon rocalloso, es demasiado grande, aun en el estado de calma en que se encuentra el Océano. Son dignas de admirar estas mansas olas, casi insensibles, que á medida que se acercan, se encrespan, se ondulan fuertemente, rozan el fondo, retroceden, chocan contra las piedras y lanzan fina lluvia, que irrádia al sol y cae blanca, al parecer hirviendo, á nuestros pies, moviendo los cascajos, y haciendo rodar los barriles; algunas se estrellan contra la muralla geológica ó truenan entre las pequeñas cavernas, horadadas por ellas.

Ya que tenemos que aguardar un par de horas antes que el mar haya dado paso, evoquemos recuerdos, que aunque me son tristes, darán á conocer á mis lectores una tragedia casi ignorada. Este mismo mar, cuya calma es hoy tan grande como su agitacion en el dia de que me voy á ocupar, guarda en sus abismos marinos amigos argentinos. Durante el gran temporal que en los primeros dias de Noviembre de 1874 se desencadenó en estas costas, llegando su fuerza hasta ocasionar grandes destrozos en la Bahía de Montevideo, sucumbió, quizás á la vista del paraje desde donde lo recuerdo, el Comandante de la Marina Argentina D. Guillerno Lawrence, con toda la tripulacion de un pequeño Pailebot, en el cual se habia lanzado al mar. Dias antes nos habíamos despedido contentos en la Bahía Santa Cruz, dándonos cita para el Rio Negro. El dia 2 de Noviembre, al principio del huracan, avistamos desde el *Rosales*, en el Océano, el pequeño barco, y desde entonces no hemos vuelto á saber mas de él, ni de los amigos que conducia. La osadía de Lawrence le condujo á la muerte.

¡Qué espantoso temporal aquel! Una tempestad en el Sur es indescriptible, lo mismo que las escenas que se desarrollan á bordo de los buques que sorprende. El cielo, momentos antes despejado, cúbrese totalmente; las nubes bajan y parece que oprimen las grandes olas, cuyas crestas hace blanquear el viento, ó la pesadez de la atmósfera las convierte en inmensas moles de grandes cavidades, silenciosas y gruesas, como si tuvieran la consistencia del aceite; los negruzcos nimbos y los variados cirros cruzan veloces; el viento sopla con fuerza intensa, y una oscuridad prematura parece descender sobre el Océano. De repente ábrese el cielo; los rayos del sol, que calientan las tranquilas capas superiores de la atmósfera, alumbran al buque que, con dificultad, combate contra los elementos; doran con fulgor, casi siniestro, los mástiles, algunas veces astillados, y bañan con su luz las escenas heróicas de que es teatro la cubierta. La claridad se difunde entonces sobre el Océano enfurecido, y presencia el conmovedor espectáculo de la lucha del hombre contra los grandes elementos de la naturaleza, que trata de dominar. Las nubes cambian sus tintes opacos y trasforman sus contornos; todo parece querer ayudar al heróico combatiente que, con su única, pero poderosa arma, el génio, espera triunfar airoso. Poco tarda en mudar de faz esa escena sublime y se renueva el combate; en él con frecuencia vence el hombre.

Creo que nada puede infundir mayor entusiasmo ni mas valor, que la vida de mar; esta es la lucha contínua que proporciona confianza en sí mismo; que obliga al hombre á reconcentrarse y á buscar en sus fuerzas, que una labor incesante le revela, los medios de continuarla. Como en el viagero en regiones desconocidas ó peligrosas, las emociones se suceden en ella, se eslabonan, y al condensarse le dan mayor vigor; todo le arrastra, nada le arredra si vé que su propósito de alcanzar un fin deseado puede realizarse. Un peligro le liga á otro mayor, al cual se acerca con fé. Jamás desfallece. Solo se aleja cuando su conciencia le dice que es temerario atentar contra lo imposible. La pusilanimidad no penetra en quien nace marino ó viagero en tierras nuevas.

Hay algo en mi espíritu que me lleva hasta forjarme, en un instante, la apoteósis de un marino ó de un viagero.

Entiendo por viagero, no solo el que camina leguas con sus pies, en busca de adelantos, sinó tambien el que las recorre con su imaginacion, haciendo progresar los conocimientos que han de ir sometiendo á nuestro imperio los demás elementos de la naturaleza, para llevarnos al goce pleno de nuestra libertad en el mundo. Si bien un dia, los Colon, los Magallanes, los Cook, los Franklyn, los Livingstone, que descubrieron casi mundos y que murieron al revelárnoslos, no encontrarán ni modestos imitadores, por falta de escenario, y que la tan grandiosa como pequeña esfera terrestre, nos será familiar en sus mas lejanos rincones, los que sigan las huellas de los Galileo, los Voltaire, los Humboldt, serán inagotables. Ellos concluirán el conocimiento de los mundos; todo lo que existe nos será revelado por su estudio, y llegará un dia en que el espíritu humano se entronice sobre todo lo creado ó increado. El mundo será entonces el digno pedestal del hombre.

Mi admiracion por aquellos héroes es grande, y por eso pido me disculpe el lector, cuando me vea en uno de estos momentos de espansion; debo mi corta carrera á esos ejemplos y es veneracion lo que por ellos abrigo...

La marea ha bajado; las olas ya no cubren la playa; esta nos muestra las aristas de piedra, contra las que momentos antes se estrellaron las aguas; podemos cruzarla sin peligro. Solo nuestros caballos oponen alguna resistencia, alarmados por el sordo rujido del Océano, que al alejarse se encabrita frente á la muralla del peñon. Llegamos á su pié, que ha sido ya rodeado por bandadas de pequeñas *Sternas* que vienen á buscar los despojos que el Atlántico les ha abandonado.

La isla es un fragmento de meseta que se ha separado del continente por la lenta accion de las aguas modernas, que destruyen lo que las pasadas formaron. Fué en otro tiempo un prolongado Cabo, que se internaba atrevido y que combatió rudamente, durante siglos; pero como nada resiste á la ley que quiere que

todo, por mas inerte que aparezca, no permanezca inactivo y participe del incansable trabajo del progreso, pues la estabilidad, aun en los cuerpos inorgánicos, representaria el retroceso, que es desconocido en la naturaleza, ha pagado por fin su tributo á ella. El deterioro que le ha causado esa necesidad fatal que para la existencia requiere la evolucion en un todo, aun cuando sea en una aglomeracion de cuerpos orgánicos é inorgánicos, como los que formaban este Cabo, lo ha convertido á la larga en un peñon aislado, hasta que esa misma necesidad lo haga desaparecer del todo ó lo vuelva á unir al continente, aprovechando sus despojos.

¡Por cuántas transiciones habrán pasado los finos granos que constituyen las mesetas; cuántas combinaciones químicas han necesitado para llegar á este estado actual; y qué inmenso número de siglos ha sido necesario para unir esos granos, conglomerarlos, solidificarlos y formar la colina; en cuántas olas habrán rodado los fragmentos de las rocas que ellas desagregaron para formar otras, siguiendo la ley del trabajo incansable, y luego depositarlas en las capas horizontales que el levantamiento del terreno presenta á la vista del espectador asombrado!

Anúblase el espíritu al tratar de indagar la edad de estos testigos de la poderosa enerjía de las fuerzas naturales, siempre activas, creadoras y demoledoras, para volver á ser creadoras.

La Isla de Leones se ha desprendido de la costa firme en tiempos modernos y muchos casos iguales se notan al recorrer estos parajes.

Algunos escalones tallados con atrevimiento en la roca endurecida, y algunos fragmentos de cuerdas que cuelgan de la cima, permiten llegar hasta la llana superficie del islote, que se eleva á cerca de cien pies sobre la playa. Llegados allí, encontramos una plaza de quince mil metros cuadrados, mas ó menos, que es todo lo que constituye aquel paraje renombrado. Muchas bolsas llenas de huano y apiladas, barriles, armas, carpas y una habitacion construida con maderos y que contiene abundantes víveres, se encuentran abandonados desde el dia del atentado. La isla solo está habitada, en el momento en que la visitamos, por millares

de pájaros; entre ellos, predominan los *Haliaeus Carunculatus, Larus dominicanus* y los *Haematopus palliatus.* A escepcion de los pengüines, cuyas formas no les permiten trepar esas paredes abruptas, todas las especies aladas que habitan las costas del mar antártico se dan cita bulliciosa en este paraje. Esta isla puede contener aun dos mil quinientas toneladas de huano.

Bajo la capa de esta materia, encuentro una estrata gruesa hasta de dos metros, que contiene innumerables moluscos marinos petrificados, pero que parecen mas modernos que los que se recojen en las barrancas del Santa-Cruz. Predominan los *Mactra Venus, Terebratula, Fusus* y *Voluta.* En este último género me llama la atencion encontrar una especie casi idéntica á la *Voluta Brasiliana,* que no he recojido hasta ahora, fósil, al Sur del Chubut y que predomina en los bancos modernos de la costa oceánica, entre Buenos Aires y Bahía Blanca; los moluscos de especies actualmente vivas son muy abundantes en esta capa. El mismo depósito vése en las barrancas á pico inmediatas, de las cuales solo está separada la isla 50 metros, y sobre la superficie del suelo vuelvo á encontrar momentos despues las mismas especies (*).

No dudo que su presencia aquí sea el signo de un levantamiento en tiempos no muy lejanos, pero el cual no ha sido el agente que ha separado la isla de la tierra firme, pues esta no muestra ninguna alteracion ni diferencia en su estratificacion horizontal.

El embate contínuo de las poderosas olas, durante las tempestades, sobre todo cuando estas coinciden con las grandes mareas, ha motivado este fenómeno, y los grandes fragmentos de roca que han quedado en el espacio comprendido entre ambas murallas, semejan enormes cubos, trabajos de cantería, restos de una construccion ciclópea destruida, entre los que crecen algas y bajo los cuales se ampara mas de una poblacion marina.

La playa de este triste pedazo de costa, es interesante para el estudio de la fauna inferior marina, modesta en sus manifestaciones esteriores, pero bien digna de simpatía. Examínola un momento; en sus frias arenas veo brotar puntos negros

(*) En el segundo tomo de este libro, que debe contener los resultados científicos de mi viage, encontrará el lector detalles mas ámplios sobre estos objetos.

aterciopelados; me enseñan colonias de Mytilus, que buscan el engrandecimiento en su mútua proteccion. Desde el infinitamente pequeño ejemplar, con su cáscara clara como el cristal, endeble casi como una burbuja de agua, hasta el macizo y anciano animal que mide diez centímetros de largo, y que me lastima los pies con sus bordes filosos, tapizan la verde-parda superficie. Si observo un momento cualquier rincon de arena, veo que esta parece agitarse y formarse un pequeño cráter; es un cangrejo (*Halicarcinicus planatus*) que sacude su pereza y que despierta á la luz del dia. Una chapa limosa se anima; la recojo en la mano, la invierto, me admiro al ver viviente una forma que me recuerda el inmensamente antiguo Trilobita, el tranquilo habitante de la tierra, en las épocas de sus grandes convulsiones; tengo al *Serolis Orbignyanus*, pequeño crustáceo actual en el que persisten algunas de las formas del crustáceo secundario. Donde en un principio no habia visto sinó desierto, veo maravillas tras maravillas; cada piedra movida me revela organismos distintos, y aunque nó con la lujosa variedad del trópico, todo aquí está labrado por la vida inferior, esa vida vegetativa que lucha contra todo y que, con su exuberancia, sobrepuja los destrozos de los elementos que la combaten.

Entre las guirnaldas de algas, encuentro prisionera una *Acanthia*, ó pescado-perro, semejante á un tiburon pequeño, animal que abunda mucho en estas regiones y que mas de una vez he tomado con el anzuelo.

Inmediata á la isla, en las barrancas que limitan la costa, al nivel de la playa, encontramos una caverna curiosa, en cuya entrada los marinos que han visitado esta bóveda natural han grabado sus nombres; los imito, dejo mis iniciales y penetro á caballo á ella, por un pasadizo, largo de unos ocho metros. En el interior, una pieza de mas ó menos doce metros de ancho, casi circular, de techo elevado de cuatro metros y abovedado, constituye la caverna, que está enlozada con grandes fragmentos de arenisca endurecida.

La luz solo penetra por la entrada, así es que se goza dentro de una agradable penumbra, y donde, si en un principio la tran-

sicion desde la claridad fuerte del dia, ciega y no permite distinguir nada, pronto aparecen definidos sus suaves contornos. ¡Qué interesante monumento natural! Esa oscuridad es fecunda; una hermosa tapicería cubre sus paredes, donde las mareas dejan diariamente señales de sus caricias, y en las que depositan la vida que traen, en finísimas cintas de colores que varian del verde al azul morado. Todo tiene el vello del terciopelo, barniz viviente, producto de animalículos microscópicos ó pequeñas plantas. Las *Patellas*, las *Siphonarias* adheridas á ellas, las matizan, y los *Balanus*, hermosos cirripedios de rosadas cáscaras, que al sentirse tocados por el que profana ese santuario de vida infinita, se esconden bajo su coraza calcárea, parece que cuchicheen al lanzar columnitas de agua. Permanezco un momento silencioso y creo escuchar voces estrañas, pero armoniosas. Todo parece animado de vida, de todos lados veo formas á cuál mas curiosa; un elegante pólipo de la familia de las *Zoantarias* pende del techo, con cinco preciosos badajos violetas, llenos de burbujas de aire, que parecen diamantes; entre las piedras planas del piso, encuentro algunas rojas y pequeñas Holoturias que ha dejado el mar, entre algunas *Boltenias* y *Ascidias* (Cynthia). Compadezco una herida y purpúrea *Eolis*, maltratada por el choque del agua. Diminutas *Asterias* verdosas, rosados *Ursinus* y grandes *Afroditas*, cuyos pétalos irradian á pesar de la poca luz que penetra, se encuentran entre las piedras, donde se ve humilde, unas veces plegada, otras ostentando todo su lujo de vivo colorido, una sanguínea anémona de mar, la flor viva. Estos séres viven aquí, gozando de este precioso refugio, habitado por los espíritus que agitan el mar, segun opinion de los indios, que han oido tronar las olas de una manera espantosa, dentro de la mágica vivienda, en los dias de tempestad.

Volvemos á subir la barranca y almorzamos unos fragmentos de un guanaco que Garcia ha boleado esta mañana, y nos dividimos un huevo de avestruz que hemos salvado de las mandíbulas de los zorros. Descansamos en una pequeña siesta, en el paraje donde dos años antes habia hecho lo mismo.

Algunos cuchillos de piedra y gran número de *Patellas* destruidas indican que este paraje ha sido tambien, en tiempos anteriores, paradero temporario de indios, cuando los manantiales vecinos no se habian agotado. Nosotros, para nuestro almuerzo tenemos que contentarnos con el agua que se ha depositado en una pequeña cavidad hecha por los guanacos al revolcarse. De esta agua tienen que beber, antes que nosotros, los caballos, quienes no lo hubieran hecho despues de enturbiada, lo que es casi imposible, á no convertirla en barro. Tres calderas ó tres litros, es todo lo que conseguimos para el mate y el té.

A la tarde retrocedemos y pasamos inmediatos al fogon que ha dejado la guardia puesta por los chilenos, para cuidar lo que ha quedado abandonado aquí, despues del apresamiento de la *Jeanne Amélie*. El camino que seguimos es mucho mas fácil y mas agreste que el que hemos traido esta mañana; los cerros son algo mas elevados, sus flancos unas veces mas desnudos, salvages, otras mas verdosos, proporcionan interesantes contrastes, y las sombras de la tarde que llegan y que van cubriendo las cañadas les dan un aspecto mas característico de soledad. Acampamos en un pequeño bajo rodeado de preciosas colinas y donde el pasto es abundante; unos pozos de agua, aunque algo salobre, nos han invitado á hacerlo aquí, despues de haber buscado en otros puntos parecidos un rincon donde los mosquitos no fueran tan numerosos. Antes de entrarse totalmente el sol, obtenemos, con el revólver, un hermoso guanaco que se habia empecinado en vigilar nuestros movimientos; es destinado para servir de provision fresca en la Isla Pavon.

El cielo vuelve á presentar la misma apariencia sospechosa que en la tarde de ayer, y gruesas nubes se amontonan sobre nuestro profundo vivac, por lo que inmediatamente despues de asegurar los caballos, de manera que los pumas, los zorros ó los mosquitos, que abundan aquí, no los hagan alejar y nos dejen á pié, tomamos sérias disposiciones para la noche. Cada uno elije una mata de incienso, la despoja de algunas de sus ramas inferiores y de las espinas del suelo, y tiende su recado sobre las pequeñas

piedras; dejamos los quillangos amarrados á las ramas del espinoso arbusto para que en caso de lluvia sirvan de carpas.

Este es el último dia del año de 1876, y lo festejamos dignamente con un magnífico asado de guanaco y un buen jarro de té indígena, muy agradable, (para estas regiones) hecho con hojas de la olorosa *Verónica elliptica*. Despues de combinar el plan de campaña para mañana, cada uno se retira á su *dormitorio*.

En el trascurso del año, no nos preocupamos del tiempo que se aleja con los dias. Solo recordamos los que dan motivos, segun los sucesos que en ellos se desarrollan, sin fijarnos en el papel que han desempeñado en esa parte de nuestra existencia. Pero llega el último, igual en su esencia á los demás, y un impulso, que no se esplica, nos lleva involuntariamente á hacer el exámen del año que concluye en esas pocas horas que van á agregar uno mas al número de los que se han estinguido.

Los despreocupados no ven en esto sinó el cumplimiento de una de las leyes fatales, la evolucion del tiempo, en un plazo imaginado por el hombre, apoyado en su ciencia. Un año para ellos solo es una medida de tiempo, medida astronómica, tomada de la division del eterno movimiento del cuerpo celeste que habitan; el tiempo, sin principio ni fin, no implica nada mas para ellos. Pero el que observa, el que piensa, vé algo de muy solemne en esos últimos instantes; analiza esos dias aparentemente llegados y pasados sin dejar ningun rastro, y encuentra tiempo ganado ó perdido, consuelo ó desconsuelo, y obtiene con ese exámen provechosas lecciones para los venideros.

Raros son los dias de esta clase, que he pasado lejos de las personas que quiero. Mis pocos años han trascurrido en el seno de la familia, hasta que mis inclinaciones me han alejado de ese centro, y lejos, en estas soledades australes, acaricio recuerdos.

Me aparto del campamento; la impaciencia nerviosa que me producen ellos no me permite el descanso. Además, el espíritu sibarita desea hallarse solo en sus digresiones intelectuales, y hasta el poco movimiento que se nota aquí me molesta. Los ronquidos de mis dos compañeros que tengo vecinos, el zumbido de los mos-

quitos que reinan en los pozos, y los enérgicos ladridos de los perros, cuyo delicado olfato les atrae las emanaciones de los zorros ó de los pumas, tampoco son á propósito para producir la calma intelectual.

La claridad de la noche, pues la tormenta prevista se ha disuelto, incita—y envuelto en mi quillango, trepo al cerro inmediato y mas elevado de los alrededores, que domina la region. Desde él se abraza el panorama del cielo, del continente y del Océano. Es el modo mas digno de principiar un nuevo año, corta etapa de nuestra vida.

Aquí, el viagero, dominando esas inmensidades, goza y saluda en este lejano rincon su feliz estrella, que le permite agregar uno mas, quizás no infructuoso del todo, á los años que, juntos, deben completar su evolucion física y moral. Todo está sereno; el disco de la luna, llena hoy, se eleva grandioso sobre el gran Océano, que ilumina con sus fuegos de luces plateadas; allí, las aguas tranquilas, oscuras, parecen, al ondular, estremecerse con esas brillantes y suaves caricias. La calma y el silencio reinan tambien en la alta meseta; uno que otro grito de águila ó de cóndor desvelado lo rompe, y en el bajo se apagan ya los últimos fulgores de la hoguera, á cuyo alrededor negras sombras diseñan los compañeros que duermen y los perros que velan atentos. En lo alto, un bello cielo, claro, estrellado, permite extasiar la vista en el encantado paisaje de los mundos del firmamento. Estos no tienen aquí la suavidad de luces que agrada á la voluptuosidad de los habitantes de los Trópicos; por el contrario, centellean con viveza.

El espectáculo es espléndidamente bello, pero triste; predispone á la contemplacion de la naturaleza, y arrastra hácia ella el pensamiento. Este se siente libre aquí; la noche al estender su velo sobre esta porcion de tierra, ha rasgado el que lo ocultaba; durante el dia, la vida animal lo ha absorbido todo, el bullicio del trabajo lo ha contenido, pero en estas horas de soledad, cuando creemos que la naturaleza terrestre duerme, cuando parece que solo los cuerpos celestes son los que velan, siguiendo su

inmutable carrera, el espíritu despierta, se diria que se desprende y se siente conmovido. Ante las sublimes manifestaciones de la creacion, que el hombre mira en lo alto, créense escuchar voces que le revelan vida en esas otras tierras, y los recuerdos que ese espectáculo desarrolla en su alma, se agolpan, y llegan á ser tan innumerables como los puntos luminosos que irradian alrededor de los grandes grupos estelares—núcleos de mundos. Aquí los sentidos se desligan de las impresiones materiales que causa un ser definido cuyos límites conoce. Al dirijirme á este cerro, solo llevaba la idea del análisis de mi año concluido; pero nosotros ignoramos casi siempre lo que buscamos, nada rije nuestra mente caprichosa, y, á la primera intencion del exámen de mi vida, se sucede aquí, ante este panorama, la admiracion por lo infinito. Abandono mi revista humana para contemplar el espectáculo del Universo que lo hace olvidar todo. El sentimiento del infinito es el mayor dón que la naturaleza ha podido hacer á su mejor obra.

Al principio todo me confunde; reina el cáos en mi sér, lo produce la violenta transicion que he esperimentado, trasladándome desde mí *mismo*, y de los mios, hasta el Todo donde modestamente evolucionamos. No encuentro palabras con que espresar lo que pasa en mi interior; esa sensacion ha abatido mi espíritu, que fluctúa. Hay gran vaguedad en las sensaciones de este momento y en él las ideas se chocan, se anonadan, pero ni siquiera se bosquejan. No dejan impresion en el cerebro, se borran con la misma facilidad que se estampan y no dan tiempo á trasformarlas en palabras. No me permiten decir lo que pienso.

Es necesario descansar y esperar que en las tinieblas intelectuales brote siquiera vaga luz, y que la calma suceda á la exaltacion mental que produce á esta hora la soledad de la meseta patagónica. La intensidad luminosa de los astros llega por fin al espíritu, que despierta, y el infinito del pensamiento trata de igualarse al infinito del tiempo y del espacio, que en un principio lo abruma.

Lo mismo que ciertas nebulosas son embriones de mundos, esta situacion del alma que ha pasado, es la sustancia caótica del espíritu, es el embrion del pensamiento.

Sin esos puntos casi indefinidos, no habria armonía en el espacio sideral; sin ellos el equilibrio universal se resentiria y lo mismo sucede con las ideas, sin las irreductibles que flotan, sin fijarse en el cerebro, no se llegaria á las que se graban en él y se comprenden. Todo necesita combinarse, eslabonarse; las nebulosas son la base de los mundos, la monera preparó el camino al hombre. Las mismas leyes que rijen los cuerpos celestes y los animados que en ellos viven, rijen el espíritu humano—todo responde á la sublime ley de la armonía. El mismo génesis, la misma evolucion que rije la materia, rije la inteligencia. Sin el desarrollo gradual del cerebro, no se esplica el desarrollo gradual del pensamiento, ni puede negarse la influencia de este sobre aquel. La fuerza que lo engendra, condensa todas las de la naturaleza; estas, múltiples en sus manifestaciones, se unifican en el génio...

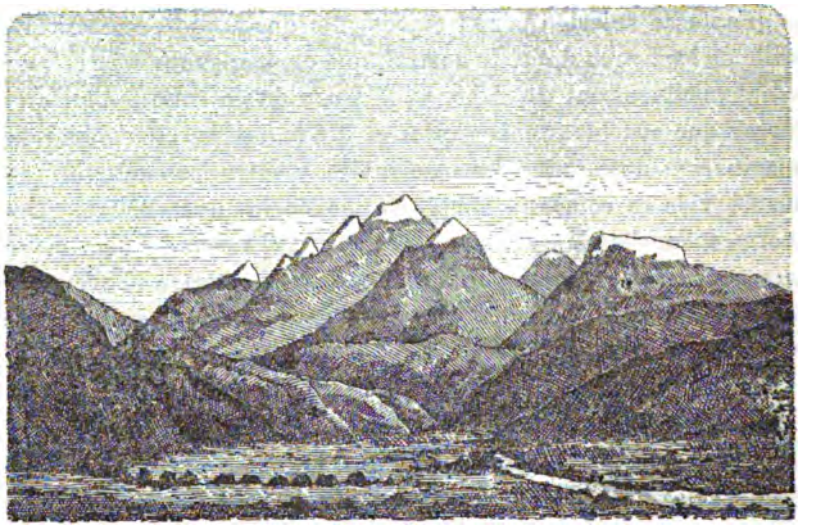
¡Fantaseo sujerido por el espectáculo que tengo presente! El brillo de los astros del cielo austral, que en la gigante faja celeste se aglomeran, no al capricho, sinó donde deben estar, es tal que parece que sus luces chispeantes se reflejan y hacen inclinar la imaginacion ante esos soles insumables, y entre los cuales el que nos dá vida es como un simple átomo de los que existen. Las enormes manchas Magallánicas resaltan en el fondo del firmamento; parecen alborotadas por las tempestades, y traen el recuerdo del gran navegante, cuyo nombre inmortalizan, cruzando los tenebrosos mares del Sur.

Es imposible dejar de pagar tributo á la belleza y variedad de este cielo, donde esas nubes que se reunen para formar mundos, recuerdan las nebulosas del espíritu humano, afanándose por alcanzar la ciencia que debe darle aliento. La espléndida Via láctea parece ronda gigante de agradecidos génios que veneran la fecunda creacion. Nosotros pagamos tambien, aquí abajo, humilde tributo á la naturaleza, cuya esencia no nos esplicamos, que nos es desconocida y que, sin embargo, presentimos en todas las manifestaciones de lo que vemos.

Ocupémonos ahora de nosotros mismos. El tiempo ha ido trascurriendo en divagaciones, muchas de ellas irreductibles en

palabras, como muchas de las nebulosas en estrellas, y ha llegado el momento de pasar revista á mi año.

Cumple uno hoy, que no pagaba de esta misma manera tributo á la naturaleza. Habia llegado un dia antes á las tolderías, en las inmediaciones del Limay, en las alturas donde el cielo, cuando limpio, es tan digno de admiracion. Allí tenia los plateados picos de los Andes, las laderas de las Sierras de Tchilchiuma, de Moncol y Ya-la-ley curá, por telon grandioso, y presenciaba al borde del torrrente de Caleufú, en cuyas aguas bulliciosas reflejan los mismos astros que hoy admiro, la orgía mas espantosa de que pueda hacer mencion.



SIERRAS DE TCHILCHIUMA (territorio del Limay)

Ese último dia del año 1875 hubo de ser el último de mi vida. Era aquello el desenfreno mas grande imaginable, la borra-

chera horrorosa, el desenfreno mas asqueroso reinaba allí; los ultrajes mas terribles se cruzaban entre mas de cien individuos, hombres y mujeres, que se habian convertido en mónstruos. Las antiguas saturnales habrian perdido su fama ante esta escena, á ser ella conocida. Allí, á la lumbre de hogueras siniestras, que desde su centro alumbraban el gran toldo, convertido en infierno, y donde se quemaban repugnantes desperdicios, las armas, escondidas momentos antes, relucian, empuñadas por salvajes de melenas sueltas, de cuerpos bronceados, casi desnudos y de ojos chispeantes por la influencia del aguardiente que habia despertado el rencor al cristiano. Los gritos de los borrachos, los alaridos de los guerreros enfurecidos, los quejidos de los maltratados, los recuerdos de trájicos dramas relatados con feroz alegría, prometiéndose renovarlos, se escuchaban entre el ruido producido por la lucha de los hombres con las mujeres, quienes, con los quillangos hechos girones los primeros, con las mantas caidas las segundas, y mas lascivas por los incitantes alcohólicos, se disputaban entre ellos. Las escenas de pujilato feroz, ó las *loncoteadas* (arrancadas de trenzas) tenian lugar en medio de la sangre y despojos de animales recien muertos y entre los chillidos de los chiquillos y de los perros.

Allí, presenciando ese espectáculo, el viagero recordaba la familia y las personas queridas, que quizás pensaban, en esos momentos, en él; aquello era un antítesis formidable á la tranquilidad del hogar lejano, y tambien al dia de hoy en que tranquilo lo recuerdo en la meseta.

La ambicion de no sé qué, el vértigo de lo desconocido, me tiene vagando en estas regiones y me hago un placer en evocar reminiscencias, que si bien no me alegran, me dan mayor fortaleza de ánimo para lo venidero. Que la nueva cruzada que voy á emprender me sea provechosa, es lo que deseo.

Enero 1° de 1877.—La oscuridad del firmamento disminuye, anunciando la aparicion del nuevo dia, cuando bajo á descansar á mi sencillo lecho.

Horas despues, en seguida de desearnos, casi á un mismo

tiempo, "un buen año" para los que queremos y para nosotros, nos ponemos en camino.

El rumbo es recto al Oeste, direccion siempre deseada por mí; adelantamos por entre las colinas que en las cartas geográficas figuran con el nombre de Cadena del Leon. El sol ya alumbra y la naturaleza se anima; vuelven los avestruces y los guanacos á vagar en tropas, y con el calor de la mañana, que promete un medio dia ardiente, aparecen numeros insectos. Los lagartos del género Protoctretus cruzan por todos lados. Todos los insectos que veo pertenecen á especies distintas de los de la Patagonia Septentrional. Los Rincophoros parduscos abundan en los grandes depósitos de estiercol de los guanacos, donde recojo tambien algunos *Plast. depressa.*

Algunas especies de *Nyctelia* (*N. Fitz-Royi, N. Darwinii, N. var. Bremei*) pueden juntarse aquí por millares, sobre todo las dos primeras, y hacemos buena cosecha.

Varios lepidópteros he recojido en el dia de ayer y hoy; el mas abundante es el *Colias Lesbia* que abunda tanto en Buenos Aires, y que aquí vuela en torno nuestro cuando pasamos por un sitio abrigado. Son escasas dos Pieris (*P. Demodice, P. Microdice*) y la pequeña *Euclidia tehuelcha* (Berg); la *Cerostoma crispulella*, de color oscuro, se le vé raras veces á causa de su reducido tamaño, pero en cambio una *Gelechia* (*G. ferella*), microlepidóptero gris amarillento, descrito por Berg, es abundantísima.

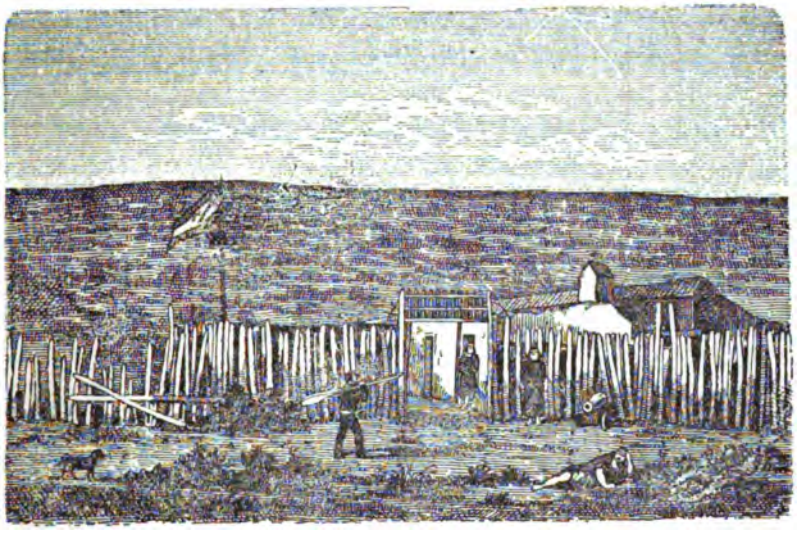
Consigo tambien un ejemplar del *Satyrus Morania.*

Anoche he recojido muchos *Tribostethes villosus*, que volaban alrededor del fogon; son bonitos, de color caoba pulida y con un sedoso vello en sus costados; y hoy aumento la coleccion entomológica con algunos negros *Epipenodata* (*E. lata, tricostata*) que son muy abundantes, lo mismo que el *Cardiophthalmus clivinoides*, de lustroso cuerpo. Obtengo tambien dos *Emallodera* (*E. ebesina*) y varias curculionides, y sobre todo el *Cylindrorhinus angulatus* que es muy comun.

A medio dia cruzamos una meseta llana elevada, desde la cual se distinguian los cerros lejanos de rio Chico, y donde disparan

inmensas tropillas de guanacos. Una de ellas cuenta quizás mas de quinientos individuos. Muchas lagunitas preciosas abundan en bandurrias (*Ibis melanops*), flamencos (*Phoenicorpterus ignipalliatus*) y espátulas rosadas (*Spatula platalea*) que viven en tranquila sociedad, con numerosos patos. Los hacemos volar para deleitarnos con la belleza y variedad del plumaje que ostentan sus cuerpos al alejarse.

Almorzamos en un profundo y árido cañadon, al resguardo de un incienso cubierto casi completamente de *Usnea barbata;* presenta una apariencia de vejez decrépita, al borde de una zanja donde encontramos agua potable. Dormimos la siesta y volvemos á ascender la segunda meseta, dejando ya las dos altas que forman la gran planicie. Este cañadon ó quebrada, es muy profundo: al Este lo forman los descensos de cuatro escalones y corresponde, con pequeña diferencia, al nivel del valle por el cual corre el Santa Cruz.



ISLA PAVON

Corremos innumerables guanacos, chicos y grandes, y cojemos tres pequeños, y á la caida del dia, cuando los cerros se entriste-

cen, llegamos satisfechos á la isla Pavon, donde desde lejos divisamos banderas nacionales izadas en festejo del dia.

Nos reunimos aquí todos los que componemos la colonia, y hasta muy avanzada la noche nos entretiene el acordion, la guitarra y los dos organitos que he traido para los indios. El Himno Nacional, tocado por el Sr. Dufour, es escuchado por todos con recojimiento; los aires gauchescos y las alegres cuadrillas de la *Belle Helene* y de la *Fille de Mme. Angot*, nos alegran el alma, que no toma nota de seis distintos aires alemanes que ó son de música clásica ó son tan incomprensibles, que sus melodías no causan gran impresion á nuestros oidos poco musicales.

CAPITULO XII

UNA VISITA DE INDIOS PATAGONES—ESCURSION A SHEUEN-AIKEN LA TOLDERIA—VISTA DE LOS ANDES

Enero 2.—Habiéndose señalado humos al Oeste, enviamos á Isidoro al encuentro de los indígenas, que emplean este telégrafo primitivo para anunciar su aproximacion á las habitaciones de los cristianos.

Llegan a media tarde. La comitiva la componen cuatro indios que vienen acompañando á la china María, esposa del cacique Conchingan, cuyos toldos están clavados en el valle de Shehuen, inmediato al del Rio Chico. Desean cambiar algunos quillangos y una pequeña cantidad de pluma de avestruz, por azúcar, yerba, galleta y, sobre todo, por aguardiente, el cual están deseosos de beber.

No pueden llegar en mejor oportunidad. Mi intencion es salir á buscar á los Tehuelches por los alrededores de San Julian, creyéndolos aun en ese paraje, donde comunmente algunas tribus se dirijen en el invierno, demorando allí hasta el tiempo en que comienza la paricion de los guanacos.

Es necesario recibir á estos hijos de la pampa con la solemnidad debida, para atenuar con cierta apariencia pomposa el desden que pueden sentir por el insignificante personal de la espedicion,

destinada á cruzar los territorios donde ellos vagan como únicos dueños. La bandera se iza; los marineros visten su traje de gala; Moyano se coloca su uniforme y la espada, y yo no tengo mas remedio que revestirme de un sobretodo que he adornado con botones dorados y galones, y que reservo para ocasiones solemnes. El indios es amigo del aparato y las pobres pompas que nos es dado ostentar pueden contribuir en algo al respeto de nuestra mision por parte de ellos.

Como sea necesario un título que equilibre siquiera al de cacique, adopto el de Comandante.

Tenemos una larga conferencia con María, quien habla algo el español por haber vivido durante algun tiempo en las inmediaciones del Rio Negro y frecuentado la colonia de Punta Arenas, los dos estremos del territorio Patagónico.

María, aunque esposa de un Patagon, no es de la misma raza; es pampa, Gennacken. Aunque sus facciones no tienen nada de agradables, su modo de espresarse y el amor que demuestra tener por sus hijos, sobre todo por Shelsom, su hija mayor, para quien reserva en una bolsita de cuero, unas galletitas de Bagley y unas pasas de higo que le doy, disponen bien el ánimo y auguran buena acojida en el Kau de su marido, el gefe de los hospitalarios habitantes de Shehuen-Aiken. Nada mas plácido, relativamente, que la sonrisa de la buena india cuando le muestro las ilustraciones del libro de Musters y refiérole lo que dice de sus amigos los Tehuelches. La muerte del valiente Castro, en las alturas del Rio Chico, las penalidades del invierno, la caza de toros salvajes y tanto otro cuadro de la vida nómade en esas regiones, trazado por la pluma del esplorador inglés, aunque abreviado por mí, son fielmente traducidas por María á sus compañeros, que no comprenden el español. Ella ha conocido á Musters, y lo recuerda perfectamente; me dice: "Musters mucho frio tenia; muy bueno pobre Musters". Las penalidades que este valiente marino sufrió, y que aumentan el valor de su escelente relato de viage, fueron mas tarde materia de largas conversaciones.

Los lagos, las montañas y los campos del interior del pais, los

rios que hay allí, y la posibilidad de visitarlos, es el principal objeto de la conferencia, y como sea satisfactorio el resultado, propóngoles alquilarles caballos para mi espedicion, con la condicion de que iré personalmente á buscarlos á sus toldos. La noticia de que voy á subir en bote el Santa Cruz, no les parece creible.

"Si corre mucho, pues; si hay muchas piedras, pues," son generalmente las contestaciones de María, á cada pregunta sobre las condiciones aparentes de las márgenes del rio para costearlo hasta las "aguas grandes" ó lagos.

María me ha hecho regalo de un quillango, formado de cueros de avestruz, y en cambio le he dado dos mantas de bayeta punzó que le agradan sobre manera, quedando así sellada nuestra amistad que debe ponerse mas de una vez á prueba en el trascurso de este viage. Igual obsequio hago á los demás indios, conquistando así su voluntad para cuando tenga lugar la medicion de sus macizos cuerpos, operacion que es uno de los motivos de mi viage.

Uno de ellos, el anciano *Haikokelteish*, verdadero Tehuelche bronceado, de formas atléticas y de elevada estatura, recuerda cuando habia *Españoles* en San Julian, y me dice que conoció á los cristianos que fueron al "Agua Grande"; es decir, á Viedma. Cuenta, pues, mas de un siglo, que sin embargo no lo doblega.

En la indiada tiene fama de loco, lo que puede ser debido á los viejos acontecimientos que relata, como habiéndolos presenciado, y que los demás indios, mas jóvenes, no creen verosímiles.

Gennayo, tambien Tehuelche puro, es otro de los acompañantes de María, y aun cuando solo representa 25 años, mas ó menos, tiene una pereza tal que cuando les propongo medirlos es el que opone mayores obstáculos—Quiere dormir porque está muy cansado, y al preguntarle de qué, contesta: "No hacer nada, pues!" La apatía vence al Tehuelche.

El tercero de los indios es uno de los hijos de María, Gencho de nombre. El cuarto es un mestizo Tehuelche y fueguino, conocido por Chesko ó Juan Caballero, indio ladino que servia de intérprete de Piedrabuena en sus viages á la costa de la Tierra del Fuego.

Enero 3.—Es escusado decir lo que sigue á la venta de los productos indios y á la compra de los productos cristianos. La borrachera dura hasta el dia de hoy, en que emprenden los indios el regreso á sus toldos.

Enero 5.—Temprano cruzamos el rio, Moyano, Garcia, Isidoro y yo, en direccion al campamento Tehuelche. Despues de galopar por una planicie abundante en arbustos, ascendemos la meseta con rumbo hácia el N. O. Encontramos varias lagunas con agua dulce, pero no permanentes, por ser muy pequeñas.

El paisaje es el mismo que en el lado del Este que ya he descrito. Desde el rio se distinguen con claridad cinco escalones que son otras tantas mesetas.

A diez millas encontramos un gran bajo que probablemente comunica con la quebrada mencionada, y en el cual abundan depósitos salinos. En él vemos algunas aguadas permanentes y potables. Muchos fragmentos de yeso, ostras y turritelas revelan la formacion geológica del terreno. (El análisis siguiente corresponde á una de las materias salinas que recojí allí:

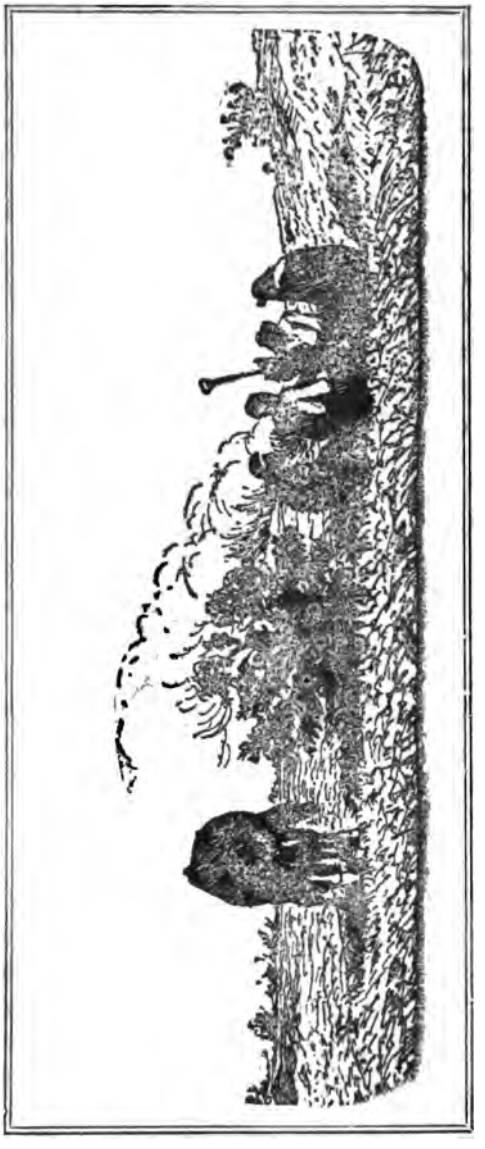
Agua	17.00
Sulfato de magnesia	34.05
Cloruro de sodio	31.67
Sulfato de sodio	17.28
	100.00

Ha sido practicado por mi amigo el Dr. Don Pedro N. Arata, y dá la composicion de lo que se denomina pomposamente Nitreras de Patagonia y en cuya explotacion los ilusos pueden encontrar la ruina en vez de fortuna).

Mas al Norte de este bajo, subiendo nuevamente á la meseta, encontramos malísimos campos cubiertos de cascajo y arbustos pequeños. En ciertos parajes engaña el verde del Orozú, y despues de buscar largo tiempo un paradero aparente, tenemos que acampar al lado de un pozo de agua salobre, donde una nube de mosquitos nos incomoda cruelmente, no teniendo cómo impedir que esas pequeñas fieras nos piquen á nosotros y á nuestros

pobres caballos que trata de huir desesperados. Como se vé, poco halagador es el paisaje de este dia; la aridez, la falta de agua buena y los enemigos mencionados, hacen que ofrezca pocos alicientes al caminante. Este trayecto lo hemos hecho en un dia en estremo caluroso.

Enero 6.—Al salir el sol continuamos con rumbo al O. N. O. por campos mejores, donde la vegetacion es mas abundante y el terreno mucho mas ondulado y pintoresco.



Algunas veces nos cortan el paso profundos zanjones que dan interés al paisaje y hacen prever un próximo descenso de la meseta; pocas horas despues divisamos un estenso valle que se dirije al Oeste. Es una region de gran tristeza, vista desde lejos. La perspectiva al Norte es completamente desolada; tiene por fondo las lejanas mesetas situadas del otro lado del Rio Chico, el que se distingue apenas entre la desnuda pampa.

El valle estenso presenta aspecto mas agradable; vénse inmensos manchones verdes alrededor de una laguna bastante importante, for-

mada por las aguas de un rio que desciende por el centro del valle y que luego se une al Rio Chico, que se desliza viniendo del N. O. por entre las mesetas, formando en su conjuncion una hermosa isla, en cuyo estremo Este los dos se enlazan y se unen para correr en un solo brazo en direccion á la bahía de Santa Cruz, costeando el pié de la meseta. Hemos descendido esta, siguiendo por los rastros de los indios unas quince millas, por malos campos y galopando siempre al Oeste hasta llegar al rio. Este es indudablemente el Rio Chalia del cual se ocupa Viedma en su diario al relatar su interesante visita al lago que desde entonces lleva su nombre.

Como se sabe, Viedma salió de San Julian en direccion al Oeste, lo que le hizo cruzar primeramente el Rio Chalia, y despues de entrar en otra pampa, llegar á un rio llamado "Chalia" que no pudo vadear allí por su mucho fondo. De la relacion de ese trayecto se desprende que el arroyo donde acabo de acampar es el Chalia, que no pudo examinar ni distinguir Musters, quien llevó su camino mas al Este del paraje donde se unen los dos rios; es decir, en el punto que los indios nombran Corpe, mas al Este de Cayick, y que algunas veces les sirve de cuarteles de invierno.

Musters es quien está equivocado al decir que Viedma cruzó dos veces el Rio Chico, tomándolo luego por dos rios distintos.

En el punto donde paramos, tiene el rio de cuatro á diez metros de ancho por algo mas de medio de profundidad, pero esta es sumamente variable. Su corriente es aquí de cuatro millas, mas ó menos, por hora.

Habiendo boleado Garcia un guanaco, almorzamos en este punto, y despues de dormir una corta siesta, volvemos á caminar á las tres de la tarde. Dejamos á nuestra izquierda la roca que llama Viedma *Quesanexes* y que no es otra cosa que un fragmento de meseta que se desmorona lentamente, pero que tiene una vista bastante interesante como se puede juzgar por el dibujo adjunto, para llamar la atencion del viagero, aburrido de la monotonía del paisaje general.

A medida que adelantamos hácia los Andes, el terreno mejora;

lo notamos en las diez millas que recorremos esta tarde, pero ya grandes estensiones están totalmente cubiertas de esos cantos rodados, y algunos de estos alcanzan un pié de diámetro. Puede juzgarse por ellos qué torrente inmenso tendria por cauce este valle, en tiempos no muy remotos, cuando esas piedras rodaban, como hoy ruedan las arenas en el rápido curso que es su resto.

VALLE DEL SHEHUEN Ó CHALIA

A la noche descansamos sobre un precioso césped al lado del agua, despues de haber obtenido para la cena algunos pichones de avutardas, que antes de completar su plumaje nadan ya en el arroyo.

Enero 7.—A medio dia distinguimos humos en el horizonte, y á poca distancia de una angostura, donde se acercan las dos barrancas de la meseta, divisamos grandes hogueras sobre las cuales se elevan densas espirales de humo negro: es la señal que hemos convenido con los indios para indicarnos sus tolderías.

Pocos momentos despues, algunos de ellos vienen á recibirnos y á acompañarnos al paradero de Shehuen, donde una buena estension de campo fértil, cubierto de escelentes manantiales,

proporciona á los nómades Patagones las comodidades exigidas por su casi ninguna ambicion.

La sensacion que esperimenta el viagero cuando llega á una toldería de *Ahonnekenkes* ó Tehuelches, está lejos de ser la misma que se siente ante el recibimiento solemne que se le hace en los aduares de los Pehuenches y Mapuches.

No hay aquí ninguna etiqueta prévia que cumplir, ni siquiera es necesario el permiso para penetrar en el *Kau*, donde lo esperan curiosos los indígenas. La confianza que inspira la vista de ese tumulto, que lo mira con asombro, es mas ó menos la misma que se tiene cuando se llega á un rancho de gauchos boleadores, en los puntos apartados de la pampa porteña: en uno y otro punto, todo es del viagero, con tal que se acomode á las escasas comodidades de que en ambos se goza.

Las grandes juntas de guerra, en las que el explorador debe esponer el objeto que le lleva á las regiones donde el Pehuenche ó el Mapuche es rey, no intervienen para nada en el recibimiento que se le hace en el humilde toldo del bondadoso Patagon. No encuentro aquí esa fuerza de carácter guerrero, de que hace ostentacion el habitante de las regiones del Limay. Sin embargo, el patagon no es menos valiente y defensor de su soberanía, como lo atestiguan las relaciones de combates que, en las veladas, cuentan los guerreros de todas esas tribus, y en las que muchas veces la peor parte no la han llevado los Tehuelches.

Estos son exaltados en la guerra, pero en la paz no creo que haya salvaje en el mundo mas tratable, sin tener en manera alguna la susceptibilidad de carácter del belicoso Araucano ó Pampa.

Este dia de mi llegada á Shehuen, cumple un año del en que tuvo lugar el imponente parlamento de *Quem-quem-treu*, de que ya he hablado. La comparacion de las impresiones esperimentadas en ambos, me hace apreciar mas el recibimiento que en los toldos agrupados alrededor del de la familia de Conchingan, ha tenido mi reducida comitiva.

La alegría que es dado demostrar á un salvaje que, en medio de la barbarie en que trascurse su vida, no deja de dar hospitalidad,

sin restriccion alguna, al civilizado que lo visita en su hogar primitivo, es muy diferente de la cruel desconfianza con que al principio se le trata en las regiones donde la vecindad y la lucha contínua de distintas razas, hace nacer la ambicion y el deseo de predominio.

Mi anhelo de varios años se satisface con mi llegada á Shehuen. Siéntome dichoso de penetrar en la vida íntima del legendario Patagon: voy á estudiarlo en su misma patria, en toda su libertad, vagando en la árida meseta ó cazando en las llanuras. Lejos de la civilizacion, viviendo en las crudas asperezas de las tierras australes, el Tehuelche, libre del contacto con el blanco, que ahora vá á examinarlo, no es el mismo que vemos en las ciudades. Allí queda anonadado, cuando se le trasporta bruscamente desde la region donde es desconocida la ambicion y los vicios de la cultura, al medio europeo. En este, un modo distinto de vida, otras costumbres y otras necesidades, le hacen perder, aun cuando mas no sea en apariencia, su fisonomía de hombre de la naturaleza, sin ninguno de los disfraces con que lo reviste nuestra industria.

El único modo de comprender la vida primitiva, para los que estudiamos el remoto pasado del hombre, es admirarlo y observarlo en sus primeras impresiones, que en Patagonia, como en Africa y en otras partes, reflejan la infancia de la humanidad.

Su industria, apenas en bosquejo, hace resaltar los grandiosos adelantos de nuestro siglo, y el espíritu investigador del viagero se retempla al poder recorrerlos en un instante, y comparar el casi desnudo Tehuelche, armado algunas veces del cuchillo y del rascador de piedra, consigo mismo, munido de la brújula y del sextante. ¡Cuánta compensacion encuentran así sus esfuerzos! Sin verdaderos sufrimientos, se trasporta realmente desde el refinamiento de la civilizacion y de la ciencia, á los tiempos fósiles. En el trascurso de dos meses el viagero puede recorrer palpablemente 200,000 años y puede ver á su abuelo armado unas veces de un filoso casco de piedra, disputando su alimento á las fieras, y otras, combatiéndolas con las armas de acero que su nieto, llevado por la fuerza irresistible del progreso, ha conseguido

fraguar, metamorfoseando, con la evolucion de su inteligencia, el cuchillo ó la flecha de silex.

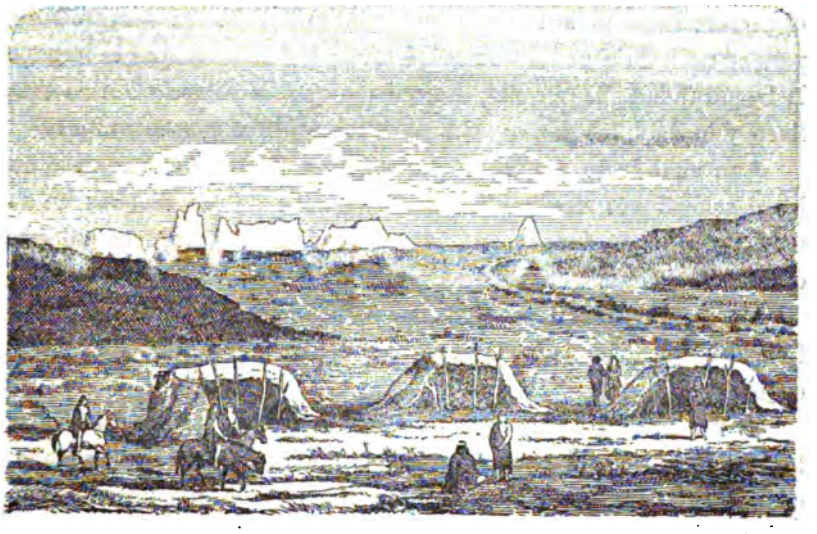
Apenas bajado del caballo, Maria me condujo á un pequeño toldo que con el objeto de hospedarnos habia preparado con cueros y ramas inmediato al de su marido. Esta precaucion la agradezco debidamente, pues si bien la vista de él tiene poco de halagadora, indica por lo menos el deseo de festejarnos, proporcionándonos comodidades para nosotros, y local donde los recados y los objetos traidos para obsequios puedan conservarse, lejos de la mano de los chiquillos. Estos se encargan siempre de alijerar en la mayor escala posible el equipaje del caminante.

La perspectiva que tenemos de pasar algunos dias en este toldo, no tiene nada de risueña, pues la limpieza es desconocida en la morada de estos indígenas; aconsejo á las personas de estómago débilmente constituido, que no intenten penetrar en ella. Aun cuando recien ha sido construido, y los quillangos y cueros que sirven para asientos son nuevos, aquí hay algo de nauseabundo, y el olfato no deja de ofenderse con las emanaciones que se desprenden de sus costados. Es imposible no sentir, despues de trascurridos algunos minutos, dentro de esta tienda de pieles, ciertas sensaciones desagradables, que al principio pueden creerse nerviosas ó producidas por el desasosiego que trae consigo una marcha rápida en dias calurosos; pero fuerza es convencerse de que ellas son los preludios de una invasion de asquerosos insectos que, por mas cuidado que se tenga, atacarán indefectiblemente. Para mí, es el mayor atenuante del entusiasmo que puede apoderarse de uno cuando pasa la vida de un salvaje.

El gefe Conchingan se halla enfermo de una oftalmía purulenta que se ha declarado hoy, pero esto no obsta á que trate de agasajarnos de la mejor manera posible, despues que le he hecho algunos regalos y prometido otros, si consigue cumplir mis deseos.

Esta enfermedad que lo aqueja es muy comun en los indios que habitan la Patagonia, y en su desarrollo debe influir mucho la vida nómade que llevan, siempre espuestos á la intemperie,

sufriendo las grandes humaredas de los incendios, y sobre todo la irritacion que sobreviene despues de las grandes borracheras. Aun cuando los indios se bañan de vez en tarde, la suciedad de sus habitaciones es tal, que bien puede ser la falta de higiene corporal su incentivo mayor. Esta enfermedad aquejó á toda la indiada que vivia en el toldo de Shaihueque luego que tuvo lugar una de las grandes orgías, y los únicos que no padecimos fuimos mi asistente, uno de mis indios y yo, que no tomamos parte en ella. En los toldos de Ñancucheuque, sucedió igual cosa.



TOLDOS DEL CACIQUE CONCHINGAN (Valle del Shehuen)

Conchingan me dice que le es muy agradable y honroso que un Comandante haya llegado á su casa á visitarlo, y que puedo contar con su influencia para que los demás indios, que dependen de él, me alquilen los caballos necesarios para mi espedicion. Por su parte siente, sin embargo, no poder hacer gran cosa en mi favor, pues su tropilla ha sufrido mucho en las boleadas que han tenido lugar estos dias y está casi imposibilitada de prestar servicios.

Solo Maria y su pelado predilecto tienen dos caballos disponi-

bles que quizás podríamos utilizar, en caso que el precio que ofrezcamos por su alquiler le convenga. Aconsejará, además, á otro indio amigo suyo que nos proporcione algunos, en las mismas condiciones.

Antes de principiar el trato, que es asunto importante, pues el indio jamás está contento con lo que se le dá, considerándolo todo insuficiente, Maria quiere que almorzemos con ella, en lo que tengo que consentir aun cuando sé el suplicio gastronómico que me aguarda. En las tolderías no es bien mirado que el viagero consuma sus provisiones, cuando iguales hay en ellas; y rehusando el ofrecimiento galante de la buena india la hubiera desagradado, porque no habria podido hacer efectivos los deberes que le impone la hospitalidad. Segun ella, el guanaco que ha boleado Garcia está flaco y lo dá á los perros, sin pedirnos nuestro consentimiento.

Aun cuando se me tache por algunos de poco escrupuloso en las descripciones desagradables de algunas de las escenas de la vida en estas regiones, que mencionaré en el trascurso de este diario, no creo deber privar de sus detalles al lector curioso.

No suministrarán lectura amena, pero en cambio con ellos se formará una idea de las costumbres de los habitantes que visito en este viage.

El recuerdo del almuerzo que voy á bosquejar me hará mas tarde estremecer de repugnancia, pero confieso que esta mañana, cuando tuvo lugar,—tal vez porque comprendia que pocos escrúpulos debia tener en la eleccion de los manjares, ya que queria conquistarme la amistad del índigena,—no pude sentir, visto el medio que me rodeaba, toda la repulsion que debí esperimentar ante tal espectáculo, solo comparable al que el Dr. Kane presenció en la choza de nieve de los Esquimales.

Chora, otra hija de Maria, colocó delante del toldo, sobre las brasas del fuego, que se alimenta casi perpétuamente, un asador conteniendo un gran trozo de carne de caballo, de apariencia espléndida y cuya vista era un deleite para indios y cristianos. Maria se encargó de hacer un puchero de avestruz, en un tarro de pintura vacío, que habia destinado para olla.

El hambre acostumbrada ya á no revelarse sinó cuando hay con que satisfacerla, principiaba á despertar ante el olor del asado, cuando los perros hambrientos, que hasta entonces habian permanecido á cierta distancia, gozando de las emanaciones del futuro almuerzo y esperando impacientes que se les tiraran algunos huesos con que atenuar su apetito jamás satisfecho, se tomaron en pelea con los del toldo inmediato, con los que viven en enemistad contínua, apurados por la necesidad. En la furia del combate voltearon asado y puchero, que fueron á caer entre los desperdicios que rodean el fogon. Segun parece, esta escena debe repetirse con frecuencia, porque apenas los indios hacen ademan de disgusto serio. Tres ó cuatro huesos arrojados por los chiquillos, lejos de la perrada, alejan esta hasta el punto donde han caido, para continuar allí el combate, disputando la presa. Los encargados del almuerzo recojen los pedazos de carne y los colocan nuevamente en sus respectivos adminículos culinarios, despues de limpiarlos con un asqueroso cuero de guanaco. Así se pierde la mitad del almuerzo.

Solo los pelados, esos perros de aspecto repulsivo que conocemos, fueron admitidos y se encargaron de *espumar*, con sus lenguas, el puchero, lamiendo de cuando en cuando el asado, que en las brasas concluia de condimentarse; así se producia una escena desagradable para un blanco, y que pasa desapercibida ante el sucio dueño del toldo. Pero esto no es todo! El pelado preferido de Maria alterna las lamidas del asado, con engullidas de piojos que las chinas se sacan para regalar con ese bocado esquisito (segun ellas) al estimable faldero! Nada mas asqueroso que la comida de los Tehuelches, y mas de una vez he tenido nauseas al presenciar tal espectáculo.

Nuestro círculo, alrededor del asado, se compone, además de los dueños del toldo y de sus hijos, del viejo Kaikokelteish, del gigante Collohue, de su mujer, una especie de bruja á quien le hemos dado el apodo de "la Silvestre" por el inmenso matorral que representa su cabellera, y Zamba, desgraciada india, de aspecto repugnante por estar desfigurada por la caries sifilítica que le

ha consumido la nariz. Segun los indios, en su juventud habia sido la china mas bonita de la tribu, pero habiéndose quedado en una de las estadías, en el Cármen, habia adquirido allí esa enfermedad.

Mientras no estuvo pronto el almuerzo, se entretiene á nuestra vista en golpear un quillango con una varita, para cazar los asquerosos insectos que su buena vista le revela y que devora en gran cantidad, con la naturalidad mayor, mientras otras dos chinas, las viejas Jonjonia y Chamenec-quihue se espulgan mútuamente á mi lado, comiendo el resultado de las pesquisas hechas con detenimiento en las enmañaradas cabelleras.

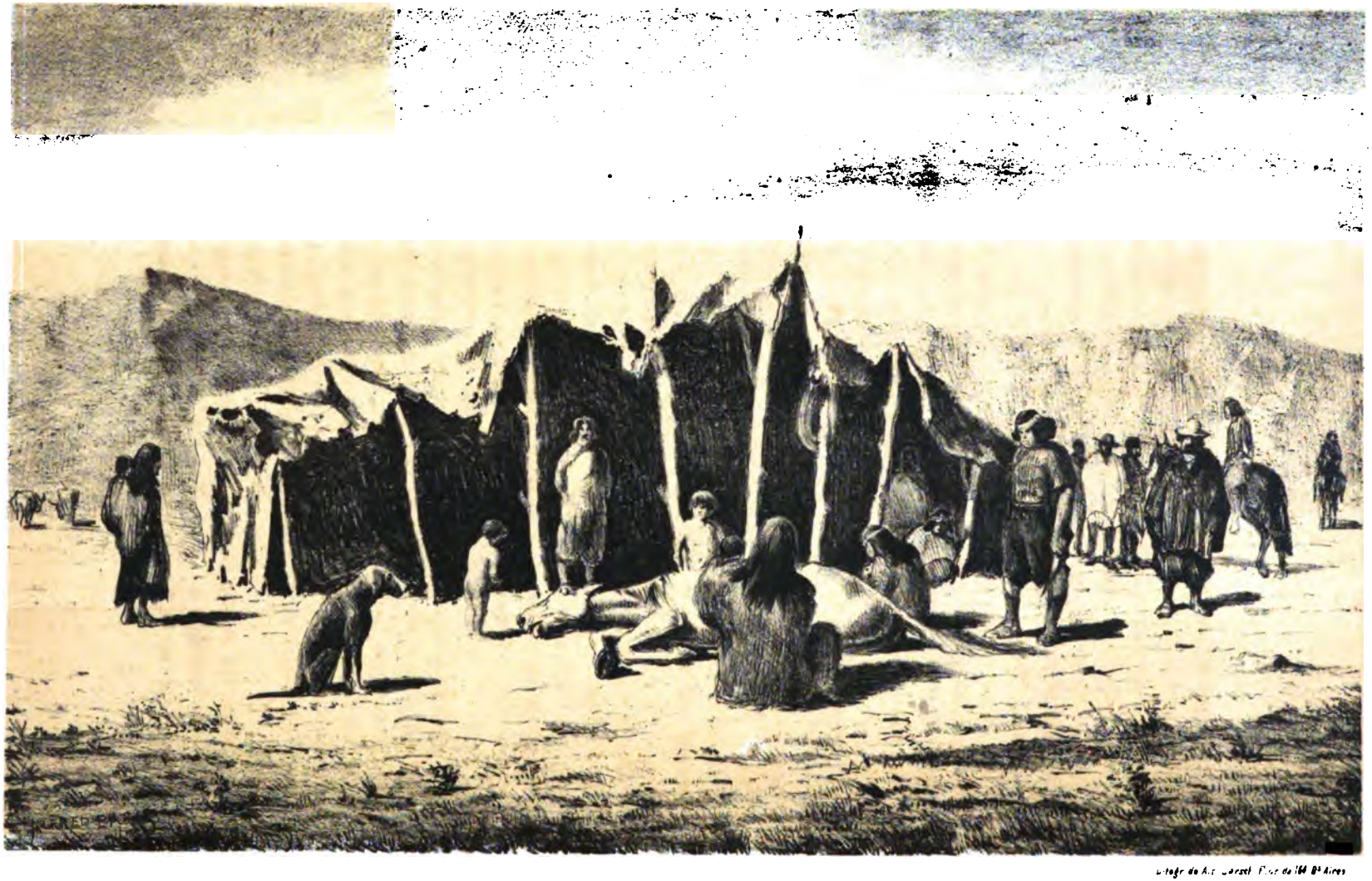
Buen espectáculo para prepararse á almorzar!... pero los viageros se acostumbran á todo, y haciendo abstraccion mental de los pelados, de la suciedad del toldo y sus habitantes, diré que el asado estaba bueno, y que satisfizo nuestro hambre, ya poco exigente, sin embargo, despues de los paliativos que nos han proporcionado esas escenas.

A costa de empeños y regalos, puedo conseguir que Maria me alquile un caballo, por cierta cantidad de azúcar y yerba; pero tengo que solicitar del pelado, tan estimado de ella, y ya tan odiado por mí, su consentimiento, y esto con la mayor seriedad posible, para que me ceda uno de los suyos.

No sé cómo comprende el perro la importancia del ruego, pero su propietaria asegura que accede con tal que se lo pague bien. Segun ella, este pelado es muy rico, es dueño esclusivo de cuatro caballos, dos vacas y un toro, lo que constituye la mayor fortuna que hay en la tribu, pues en toda ella el ganado vacuno se compone de tres vacas, el citado toro y un ternero.

El alquiler de los otros caballos se puede conseguir en el toldo de Maria, y tengo que ir á solicitarlo de los indios propietarios en sus respectivas chozas, pues así lo prescribe la etiqueta.

Para hacer esas visitas á los otros toldos, para llegar á los cuales, aunque no dista el mas cercano dos metros del de Conchingan, hay que hacer un peligroso viage, pues el arribo á ellos es casi imposible sin serio peligro, á causa de los perros centinelas,



Litogr. de A. Carset Flor. de 164 Bs Aires

UN TOLDO TEHUELCHE

Dibujo de Alfredo Paris segun un croquis de F P Moreno

tengo que envolverme en un quillango. De otra manera, los citados animales, que no conocen los deberes de la hospitalidad, hubieran dado pronto cuenta de mis pantorrillas. Trasformado en Tehuelche de una manera tan exacta que mis enemigos no conocen el disfraz, consigo en el toldo de Bera (otro indio gigante) dos caballos mas al mismo precio que los otros, pero es imposible obtener ninguno del mestizo Tétao, pues este es en estremo desconfiado y opone el pretesto de que el bote es demasiado pesado y que con su peso quebrará el espinazo del caballo que lo cargue. No es posible hacerle comprender que los caballos son para remolcar el bote y no para llevarlo sobre el lomo.

En este toldo vive Juan Caballero con su novia la china Losha, jóven, viva y coqueta en estremo, que tiene trastornado al pobre fueguino.

Hay álguien que dice que el amor es casi desconocido en el salvaje; no trato ahora de probar si esa aseveracion es exacta ó nó, pero Juan ya es medio civilizado, ha visitado Buenos Aires, y, sin embargo, prefiere Losha á las porteñas. Esto no pasa de ser una opinion de salvaje.

Desgraciadamente para él, los padres de ella conocen la belleza de su hija y la consideran, con fundamento, la mas hermosa Ahonnecke que habita estos toldos, y los vehementes deseos del pobre enamorado chocan contra el gran precio que los poco compasivos progenitores de Losha quieren obtener por ella. Seis caballos! es demasiado caro para quien no posee uno solo, viviendo de prestado, y el infeliz Juan ha tenido que dejar para tiempos mejores, que es probable no lleguen nunca, la oportunidad de ser dueño esclusivo de la risueña china. Sin embargo, mas de una vez pone hoy á contribucion mi escasa provision de regalos, para poder conservar encendido *el amor que ella siente por él*, y que probablemente se hubiera apagado á no tener á mano las mantas rojas, los espejos, las cuentas y las sortijas que hay en mi equipaje.

Con los cuatro caballos conseguidos, agregándoles los de que dispone Isidoro, tengo ya los necesarios para el viage, y aunque

ninguno de ellos es bueno del todo, no quiero insistir en obtener mejores, temiendo que los volubles Tehuelches cambien de opinion, y desconfiando de nosotros no quieran alquilarnos ninguno. El viejo Pampa Rapa no puede comprender qué interés tiene para un Comandante visitar las sierras y el agua grande, donde nace el Rio Santa Cruz, y como todo lo que no es comprensible es sospechoso para ellos, ya cierto recelo se nota en los toldos, respecto al destino que debo dar á los cuatro caballos, de los cuales uno es manco, otro cojo y tuerto y el tercero lastimado en el lomo.

Tranquilo ya sobre este primer punto, trato de tomar algunas medidas antropométricas, lo que tambien consigo, mediante algunos regalos y algunas mentiras.

Mas adelante mencionaré estas observaciones, que pueden arrojar luz suficiente sobre la tan debatida cuestion del gigantismo de los Patagones.

Una escena curiosa tiene lugar durante la medicion. La china Silvestre se ha enamorado de uno de los miembros de la comitiva, y está empeñada en abandonar el *tálamo* de su marido Collohue, porque este ha comprado otra mujer; felizmente, podemos convencerla de que si bien ella es dueña de abandonar á su marido para seguir á nuestro compañero, no consideramos que pueda dejar abandonado á su sobrino Málen, que se dice hijo de Kaikokelteish, y á quien ella quiere en estremo. Este mocetou, ya de mas de veinte años, puede pasarse sin los cuidados de su titulada tia.

Aun cuando los Tehuelches conocen varios lazos de parentesco, parece que no dan á los vínculos sanguíneos la importancia que tienen, y desconocen la verdadera acepcion de las distintas denominaciones; muchas veces puede tomarse el nombre de hermano ó sobrino, como sucede en este caso, sin tener la menor relacion de sangre. (Por eso, mas de una vez, el centenario Kaikokelteish, pretendió ser hijo del viagero que tenia 24 años, insistiendo cuando se le queria contradecir; y Juan Caballero, cuando emborrachándose volvia á sus instintos salvajes, me llamaba su "abuelo").

Cuando los indios visitaron la isla Pavon, me hablaron de un

"agua" que hervia y que era venenosa, pues cuando hombres, caballos y perros la bebian, morian indefectiblemente.

Está situada á trescientos metros de los toldos; es un pequeño pozo, que se nota en el centro de una costra, al parecer calcárea, llena de fragmentos de rocas volcánicas y de la cual los indígenas han desprendido trozos para cubrir la fuente, pues la supersticion la hace ser habitada por el Agschem, ó espíritu maligno.

Mide la boca veinte centímetros de ancho y su profundidad quince. Está casi lleno de un agua que exhala un olor bastante semejante al petróleo y que bulle en infinidad de burbujas.

Puedo llenar una botella que con este objeto he traido desde Pavon; en el fondo del pozo, la mano, al remover el barro, siente corrientes gaseosas que se elevan, pero el nivel del agua no aumenta mientras la registro, y los indios me dicen que nunca han visto lleno el pozo.

La temperatura de dicha agua es de 25°, mientras al sol marca el termómetro 28.75 Reamur.

(El doctor Arata que ha estudiado el agua contenida en la botella, ha tenido la bondad de darme el análisis siguiente:

Agua.....	989.55
Carbonato sódico.....	10.19
Cloruro de sodio.....	0.26
	1000.00)

Hubiera deseado averiguar, por medio del fuego, si hay aquí gases combustibles, pero la supersticion ya ha alarmado á la indiada que me rodea mientras registro la fuente y se queja de los males que puede acarrearles mi osadía, al tratar de averiguar lo que hay en la morada del maligno espíritu. Para los pobres, estas burbujas tienen algo de sobrenatural, y el poco sensible ruido que hacen lo interpretan en el sentido de demostrar los enojos de quien mora en el pozo, y que no desea ser molestado; segun ellos el agua está quieta mientras no la miran.

Su asombro al verme meter el brazo dentro del agua aumenta cuando pruebo de ella sin que me haga ningun mal, y algunas

miradas del viejo Tétuo me indican que la sospecha de que sea yo brujo, ha cruzado por su cerebro. Me amenaza con el Agschem, que me hará caer la mano que he mojado, y con el rencor de los indios, á quienes por mi imprudencia van á sobrevenir grandes males. Una formidable nevazon caerá el próximo invierno, y si durante ella no mueren todos los habitantes de la toldería, tendrán que sufrir grandes penurias.

Los magníficos Andes blanquean en el fondo del valle, destacados del azul del cielo, y el pobre indio supersticioso los siente amenazadores, preparando cruel venganza de mi atentado contra la fuente.

La vista de la botella y el misterioso fin con que he recojido el agua que contiene, dá pábulo al insaciable espíritu supersticioso de la indiada. Indudablemente va á servir para algun maleficio, y este pensamiento tiene desveladas y llorosas á la mayoría de las mujeres, alarmadas con el augurio del viejo y el del daño que puedo hacerles yo, usando esa agua venenosa.

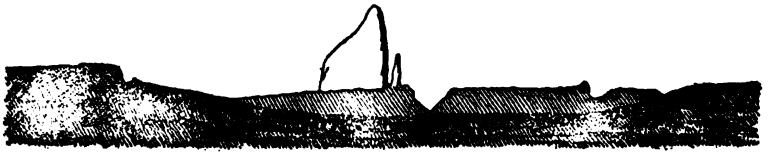
Ninguno de los tres grandes hechiceros Tehuelches, Cuastro, Samell y Enrique el fueguino, está en la toldería de Shehuen, ellos viven ahora entre los indígenas que habitan el valle del Rio Gallegos, y no pueden, felizmente, esplotar la credulidad de mis huéspedes en pró de la gran fama de que gozan y en contra, quizás, de mi espedicion.

Enero 8.—Encuentro á cierta distancia de los toldos, en la falda de una loma baja, otra fuente mas pequeña, de la cual solo se desprenden algunos delgados hilos de agua, pero donde las emanaciones gaseosas son mucho mas abundantes. (Segun el doctor Arata, contiene las siguientes sustancias:

Agua.....	31.75
Cloruro de sodio.....	5.84
Carbonato de sodio.....	58.53
Resíduo insoluble, alumina, fierro, cal, magnesia.....	3.88
	100.00)

Estas materias revelan una nueva é importante riqueza, que algun dia contribuirá á hacer próspera esta apartada region.

El paisaje que rodea la toldería indica la presencia, en sus cercanías, de fuerzas volcánicas, de las cuales esas fuentes pueden ser manifestaciones. En el fondo se distinguen negras fajas horizontales que parecen basálticas, y al Norte, cruzando varias mesetas escalonadas, que se interponen entre el valle de Shehuen y el Rio Chico, se distinguen cerros cuyas formas, indudablemente, son debidas á la existencia de esas rocas, y uno de ellos, como puede juzgarse por la figura siguiente, afecta la estructura volcánica y segun el nombre con que lo señalan los Tehuelches, "Chalten", se vé que estos han encontrado semejanza entre él y otros picos volcánicos que se encuentran en la Cordillera, que mas adelante mencionaré y que son señalados del mismo modo.



El cerro K'mahuaish, que es el paradero que Musters indica con el nombre de Mowaish ó Sierra de la Ventana, no es visible desde Shehuen, pero me consta que tambien es de contestura basáltica.

El valle de Shehuen, en ciertos parajes situados al Este de los toldos, en el trayecto de la ida, no presenta sinó desolacion, y las mesetas denudadas y casi sin vegetacion tienen el aspecto mas triste que conozco hasta ahora en Patagonia; pero á partir de ellas, hácia el Oeste, el paisaje es inverso: todo cambia, el valle es mas angosto, mas verde, el pasto amarillento es mas visible y tupido y las mesetas tienen sus escalones mas inmediatos. Además, las montañas que al N. Oeste se elevan, cruzan el horizonte, y al Oeste, la grandiosa Cordillera, erizada de picos siempre nevados, celestes, blancos, dorados y rosados se presenta unas veces como nubes y otras contorneada severamente en el

espacio azul, ostentando la esplendidez de los soberbios gigantes.

Pero los indios gozan poco de esta admirable vista: los temporales que se fraguan en estas montañas, no les permiten tener sus toldos con su parte abierta hácia ese lado, pues correrian peligro de volar al menor amago de huracan andino. Prefieren tenerlos abiertos hácia el Este, opuestos á los Andes y de donde aparece el astro que los calienta, que al Oeste, de donde viene el cierzo que los hiela.

Es muy probable que este sea el motivo que impulsa á los habitantes de todas estas regiones á tener la entrada de su habitacion abierta hácia el Este; y quizás la disposicion de hoy de los toldos, que muchos atribuyen á una especie de culto por el astro del dia, sea mas que todo una costumbre, de la que, en cierto modo, se ha desprendido una idea mitológica. Esta costumbre es el resultado de una necesidad absoluta primitiva, como lo es el resguardarse contra las asperezas del tiempo. Así, á la larga, una necesidad puede llegar á crear un culto aparente. Muchos ejemplos pueden citarse en apoyo de esta opinion.

Enero 9.—Emprendemos regreso á la isla Pavon, despues de despedirnos de los habitantes de Shehuen, quienes, burlándose amigablemente de nosotros, nos dan cita para el lago donde nace el Santa Cruz, al cual debemos apresurarnos á llegar cuanto antes, por temor de que la estacion fria se aproxime. Los incrédulos indígenas no pueden dejar de sonreirse ante nuestra promesa de regalarles víveres, donde es insensatez pensar en llegar, pues segun ellos, "el agua es tan brava, que muchas veces no permite que las mujeres recojan la suficiente para beber",—y allí queremos llevarles víveres!

Seguimos el mismo camino que antes y acampamos á la orilla del rio, en el punto donde lo hemos hecho á la ida. Aun cuando el terreno en este punto es malo ahora, creo que en este paraje, haciendo algunas acequias, que en ciertas estaciones fertilizáran las cercanías, podria plantearse una pequeña poblacion que sirviera de intermediaria entre las de la costa y las que han de construirse en las inmediaciones de la Cordillera. La principal

vegetacion consiste en algunas Quenopodiáceas, y el pasto lo componen las mismas Gramíneas que he citado para el valle del Chubut.

Enero 10.—A la tarde cruzamos el Rio Chico para penetrar en la hermosa isla que ya he mencionado, pasando antes por el paradero nombrado *Cayick*, donde Maria nos ha dicho que encontraremos su depósito de pinturas.

Lo encontramos y recojo muestras de ellas. Están envueltas en un cuero y atado este sobre un palo; alrededor hay gran cantidad de huesos de animales que han comido, pero no puedo ver ningun objeto que haya sido usado por los indios.

Los Tehuelches, lo mismo que los Mapuches, queman, al cambiar de toldería, cuanto objeto inservible no pueden llevar consigo. Creen que basta que un brujo enemigo encuentre uno de ellos, para que pueda dañar al indio á quien ha pertenecido; segun ellos, el pelo es uno de los objetos que mas prefieren los brujos para sus maldades.

La suerte del indio que va á ser ofendido depende de ellos, si llegan á apoderarse del cabello que buscan, y nada podrá salvarlo del maleficio. El espíritu bueno, Sesom, no tiene poder contra un brujo que tenga el pelo del indio á quien quiera atacar. En muchas ocasiones he visto quemar los cabellos que, al peinarse ó espulgarse, se han caido, y mas de una vez, cuando viajaba entre los Mapuches, ví á Shaihueque que entregaba á alguno de sus hijos, hebras sueltas para que las quemara ó llevara á arrojarlas al rio, de donde el Espíritu de las aguas no permitiria que los brujos las consiguieran nuevamente. Entre los Patagones hay la creencia que poniendo un cabello de indio dentro de la máquina de un reloj, la muerte del indio, de cuya cabeza se ha desprendido el cabello, es segura. Esa admirable obra de la industria moderna, la creen los sencillos Tehuelches habitada por un ser malo y algunos de ellos á quienes se la he mostrado, la han mirado con recelo manifiesto.

El Rio Chico dá vado en el paso y sus aguas correntosas no tienen el claro color del Chalia ó Shehuen. (Este último nombre

será el que emplearé en adelante porque es el mas conocido, aunque no se aplique al rio, sino al paradero indio). Arrastra materias terrosas que le dan cierta opacidad que contrasta con la limpieza de las del arroyo. En los dos puntos que lo cruzamos no hay mas de metro y cuarto de agua. Lo costeamos por su márgen del Sur, y á la noche acampamos en otro paradero indígena abandonado y donde, á causa de la oscuridad, no podemos obtener buen agua, y tenemos que contentarnos con la salobre de unos pozos vecinos. Esta noche es terrible: los mosquitos son abundantísimos. Sobre una loma cercana, no dormimos, sino que nos revolcamos toda la noche, envueltos en nubes de ellos, que no nos permiten conciliar el sueño.

Enero 11.—En la madrugada continuamos, sobre las mesetas, con rumbo hácia el Sud-Oeste, perseguidos de tal manera por los mosquitos, que hasta impiden arrear los caballos de muda que llevamos; felizmente, una benéfica lluvia acompañada de fuerte viento aleja poco despues esos crueles insectos, que van á alojarse en las quebradas. A las doce del dia entramos á la Isla de donde no saldremos ya sino para ascender el rio.

CAPITULO XIII

ASCENSION DEL RIO SANTA CRUZ

Sumario—Primeros trabajos—Antigüedades—Las Mesetas—Chickrook aiken—Escursion á las alturas—Malos pasos—Los guanacos—Un puma—Formacion volcánica—Su aspecto—Campamento.

Enero 12-14.—Los dias trascurridos entre nuestro regreso de Shehuen-Aiken y el señalado para la partida definitiva, los empleamos en arreglar el velámen de la embarcacion, que es demasiado grande, y en construir dentro de esta divisiones destinadas á contener las provisiones necesarias para el viage. Su arreglo es serio asunto; debemos llevar la mayor cantidad posible, pero tambien en el menor espacio posible y todo en condiciones seguras, pues su pérdida nos traerá indefectiblemente la ruina de nuestra espedicion.

Enero 15.—Todo queda listo temprano, y los víveres embarcados; hacemos cruzar la caballada á la ribera del Norte, que es la elejida para principiar la labor que debe conducirnos á los Andes. A medio dia, despues de haber almorzado todos juntos

los habitantes de la isla, y de habernos regalado con los mejores manjares de que aquí podemos disponer, nos despedimos del Sr. Dufour, brindando por el buen resultado del viage.

Ninguno de los que lo emprendemos duda de él; todos llevamos voluntad decidida para hacer los esfuerzos necesarios para conseguirlo, y la casi seguridad de navegar en el Lago, nos sonrie. La confianza que nos dá la ignorancia del porvenir nos acompaña, y cada uno de los espedicionarios se imajina hollando ya tierras vírgenes de planta humana.

Navegar al pié de los Andes, surcar con la quilla de nuestro bote aguas donde hasta entonces solo flotaron témpanos, y agregar así algunos conocimientos mas á la geografía de la patria, es para nosotros algo que no puede ponerse en duda, desde el momento en que lanzamos la embarcacion al agua, para cruzar el principal brazo del correntoso Santa Cruz.

El entusiasmo hace vibrar las mas humildes fibras del jefe y de sus compañeros, al penetrar en el bote. No puedo decir que este se aleja de la costa "con vigoroso empuje, rasgando majestuoso las alborotadas ondas", puesto que con los dos únicos remeros de que dispongo no es posible vencer la corriente, además de ser la vista de la embarcacion poco majestuosa, dada la gran diferencia que hay entre su gran tamaño y la exigüidad de su tripulacion. Sin embargo, diré con verdad que no porque la corriente, invencible por nosotros, nos aleje del rumbo que debemos seguir, decae nuestra confianza.

Entre saludos, con las banderas izadas en el mástil de la ballenera, y sobre la casa de la isla, las salvas de los revólvers y los "adios" deseándonos mútuas felicidades, llegamos al costado opuesto donde nos aguarda, listo ya, Isidoro.

Algo de solemne en el fondo, aunque muy vulgar en la apariencia, tiene para mí el momento en que embicamos en el cascajo para principiar el remolque. ¿Llevaré á cabo mi proyecto? ¿Tendré suficientes fuerzas para ello? Son las cuestiones que se ajitan en mi espíritu, sin que pueda resolverlas.

Bien podrán tacharse de necio orgullo, de vanagloria impropia,

mis ilusiones de este momento, pero todo lo disculpa el propósito que me guia. Las nacientes del Santa Cruz son un problema aun no resuelto completamente y creo que á nadie con mas derecho que los argentinos, dueños de ellas, corresponde descifrarlas.

Se dice, con ó sin razon, que el patriotismo ciega, y á ser cierto esto, quizás en mí se produce este noble fenómeno. Nada veo en este dia que pueda ocasionarme tropiezos; olvido las penurias del marino inglés que me ha precedido, y solo pienso que, con energía y voluntad, condiciones con las cuales se vencen casi todos los obstáculos, obtendré el fin deseado. El ejemplo de tanto osado viagero que no disponiendo, generalmente, de los elementos materiales indispensables, cuenta con la fuerza moral que allana todo, que no reconoce estorbos, para conseguir por medios loables lo que intenta, lo tengo siempre presente y bien necesario me es, dada la composicion del personal de mi espedicion, que presentaré dentro de un momento al lector.

Si grande es el fin que nos lleva á la region desconocida, pequeños son los elementos de que disponemos. El bote que acaba de alejarse de Pavon, quizás para no volver, no corresponde á la clase de espedicion que emprende, y el personal que ha sido calculado para uno mitad mas liviano y pequeño, no es suficiente para manejarlo; sin embargo, la conformidad, hija de la necesidad, no me hace presajiar negros colores en el futuro horizonte.

Todas las espediciones que antes que la que dirijo han intentado descubrir las fuentes del Rio Santa Cruz, contaron con mayores elementos. En 1834, la que emprendió el ilustre Fitz-Roy, y que es uno de los mas importantes trabajos de esploracion llevados á cabo en las costas argentinas por el *Beagle*, dió á conocer la importancia de este gran curso de agua, aunque tuvo que retroceder á los veintiun dias de penosísimo trabajo, sin haberlo podido reconocer en toda su estension. Fitz-Roy llevó en esa escursion tres botes lijeros, tripulados por diez y ocho marineros, además de un cuerpo de oficiales, y, sin embargo, los obstáculos fueron tantos, que hubiera sido temeridad continuar, entonces, dicha esploracion. Si bien no pudo obtener el éxito deseado, cábele á esa

espedicion la gloria de haber señalado el camino á otros, y los nombres del almirante inglés y de Cárlos Darwin, son protestas suficientes contra los que pretendan tachar de poco feliz el relativamente importantísimo resultado de aquella primera ascension del Santa Cruz.

En estos últimos años, dos espediciones chilenas han tratado de seguir el imperecedero surco de las embarcaciones inglesas, pero ninguna de ellas ha podido adelantar nada á lo que nos han dejado los esploradores de 1834. La mas importante, compuesta de una lancha á vapor y de dos embarcaciones livianas de remos, sirgadas por caballos, regresó á la bahía, despues de diez dias de viage, habiendo recorrido solo una pequeña parte del curso del rio.

Unicamente la espedicion que en 1873 envió el Comandante Lawrence de la Goleta Nacional *Chubut* y que dirijia el Sub-Teniente Don Valentin Feilberg, compuesta de cinco hombres, llegó con un bote ballenero hasta el punto donde un gran lago lanza las aguas en el Santa Cruz, pero no pudo navegar en él por los malos tiempos que reinaron durante su esploracion. No obstante, Feilberg pudo pasar mas adelante del paraje desde el cual regresó Fitz-Roy.

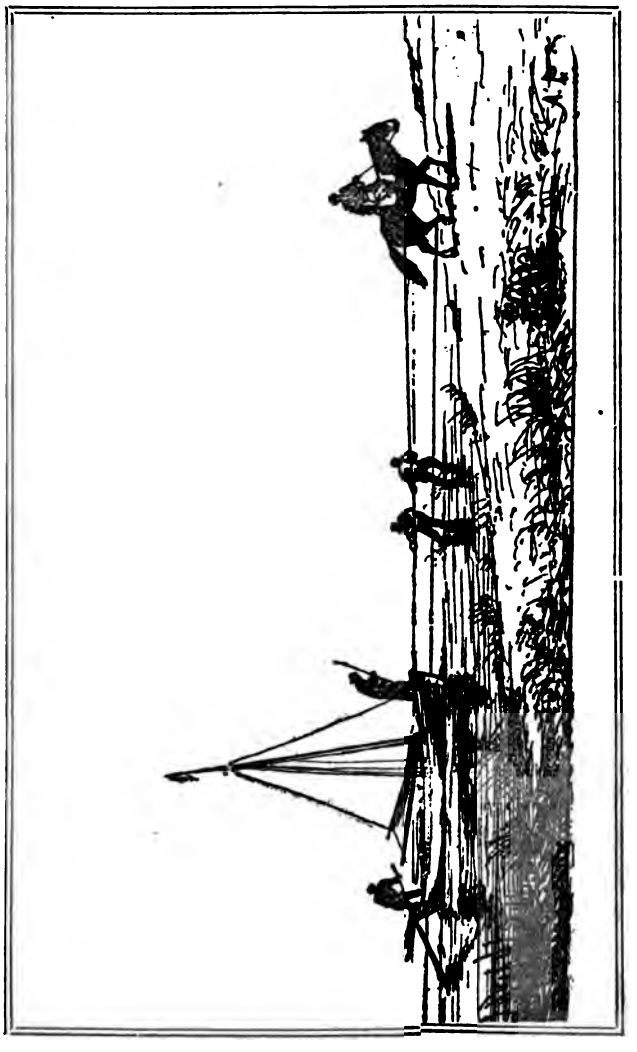
La espedicion que á mi turno dirijo y que vá á tratar de avanzar mas, si posible es, es aun mas modesta que la del Sr. Feilberg, dadas las condiciones *naúticas* de la embarcacion. Esta mide una eslora de ocho metros y sesenta y cinco centímetros, lo que corresponde á ocho remeros, y, sin embargo, es tripulada por solo dos de ellos: Francisco Gomez (el correntino) y José Gomez (el brasilero), y un timonel (Estrella). He destinado el grumete para el cuidado de los caballos, pues Isidoro tendrá que alejarse contínuamente para proveernos de caza.

Además, me acompaña el Sub-teniente de la Marina Nacional Don Cárlos Moyano, quien, desde hace largo tiempo, desea tomar parte en esta escursion, tan soñada por mí.

Como se vé, humildes son los recursos con que cuento, pero el valiente y el alentador "adelante," lacónica frase que nos sirve de

proclama para el combate que vamos á librar contra la "Llanura Misteriosa", lo acalla todo, aleja los presentimientos funestos y no nos permite fijarnos en las incrédulas, aunque amigables sonrisas de los que no esperan el mismo resultado que nosotros, para esta nueva tentativa. El "no llevan ustedes suficientes elementos", lo hemos olvidado.

Inmediatamente principiamos el trabajo.



No pensamos, por supuesto, en ascender á remo; la poderosa correntada nos hubiera llevado al Atlántico en vez de á la Cordillera; ellos son inútiles mientras nos encontremos en el canal del rio, y solo podremos hacer uso en los remanses formados por las innumerables vueltas.

La sirga de este dia es encomendada al brasilero Pedro. Encargo

al correntino Francisco de impedir, sondando con el bichero, que el bote vare, y de llevarlo siempre á cierta distancia de la orilla para que las ramas no entorpezcan el remolque. Estrella dirije el timon para que la embarcacion ofrezca siempre la proa á la correntada. El Sr. Moyano se encarga de seguir en ella, con la aguja de marear, las ondulaciones del rio, comparándolas con la carta de Fitz-Roy, que hemos aumentado para este objeto, en una gran escala. A Abelardo le recomiendo el cuidado de la tropilla, mientras que Isidoro va á bolear algo para la cena. Yo sigo á pié por tierra y por agua dirijiendo la sirga y juntando al mismo tiempo objetos para las colecciones.

Nuestra inesperiencia nos ocasiona al principio grandes embarazos. El caballo y el caballero, ambos poco práticos en la sirga, trastornan á cada momento la marcha; la inteligencia del primero le hace conocer el poco valor del segundo, y á la menor dificultad con que tropieza, se resiste á ir adelante, seguro de que quien le guia no pondrá gran empeño en la prosecucion del viage. El temeroso "Patricio" (es el apodo que le hemos dado al brasilero Pedro, y así lo llamaré en la relacion de este viage), desde el momento que se sienta en el recado, comprende lo penoso de la tarea que le he encomendado, y aunque no hay mas recurso que obedecer, lo hace de bastante mala gana. Confieso que, para su primera prueba, esperaba de él algo peor, teniendo en cuenta sus antecedentes y conociendo los desvelos contínuos que le ha producido la sola idea de ver los Andes, y sobre todo, vivir con los salvajes. Mi pretendido ódio de raza es el motivo que tengo para hacerle hacer esta espedicion, y "puesto que ya que me consta (mentira que le han dicho sus compañeros, que conocen su poco valor) que él no regresará vivo, ¿por qué no dejarlo en Pavon? ¿Por qué llevarlo á morir, cuando allí lo quieren tanto? Odio al Brasil es la causa, y no hay otra! Estos monólogos son mas enérjicos cada vez que un pantano ó un matorral espinoso se le interpone al paso. Entonces las murmuraciones suben de tono, y dice preferir morir que continuar de esta manera. Esta insurreccion fatal, que se produce en nuestro sirgador, hace que el

bote, el cual, tambien tengo que confesarlo, no está todavia bien arreglado, cambie de posicion á cada momento, presente al torrente sus costados y se vare. Además, el rio crece con rapidez, habiendo ya pasado en mucho la línea mas alta de creciente conocida hasta ahora, llegando el agua fuera del cauce natural, hasta cubrir parte de los matorrales de la costa, y hace realmente difícil y muy engorroso el camino.

Las fanfarrónicas promesas con que se ha despedido Patricio de los amigos que quedan en la isla, las ha olvidado ante el poco aliciente que le ofrece el vigae empezado de esta manera; es decir, sufriendo;—así entiende él las hincaduras de las espinas de los arbustos, que le molestan bastante. La jactancia no le sirve de nada, una vez puesto á la obra, y conoce, esta vez sin remedio, que las hazañas prometidas tan lijeramente son difíciles de realizar.

En un momento en que pensando en los rigores de su suerte no se fijó en un rápido producido por una enorme mata de incienso, que está ya casi cubierta por la inundacion, cae con el caballo dentro del rio, recibiendo así involuntariamente el bautismo del Santa Cruz al cual tanto teme. Este cómico suceso, aunque retarda unos momentos la marcha, contribuye eficazmente á que Patricio juzgue prudente abandonar esos tristes pensamientos que le sujiere la desidia con que cumple su trabajo, tome aliento, obligado por la necesidad, y continúe mejorando su servicio. De nada le ha servido mostrarse miedoso.

La marcha, ya mas enérgica, nos aleja pronto de la isla; el bote, remolcado por una briosa yegua, rompe, aunque con trabajo, la corriente, que lleva una velocidad de seis millas.

La union de las mareas que algunas veces llegan hasta este punto, han formado algunos pantanos, que ofrecen dificultades para cruzarlos, pero pronto los pasamos, y con la llegada de la tarde suspendemos el trabajo, á unas seis millas de la isla Pavon, trayecto suficiente para el primer dia. En frente, tenemos el estremo Oeste del Rincon de los Machos, uno de los puntos mas preferidos para la caza por los habitantes de la isla.

El rio, sembrado de islas mas ó menos pequeñas, que si bien le dan cierto aspecto lozano á este valle triste, no las creo muy adaptables á la poblacion, corre intrincado por entre ellas, arrastrando un agua azulada, lijeramente turbia, unas veces, otras muy clara, segun el fondo por donde corra. El lijero tinte lechoso, que le da Darwin, es característico para este punto, pero en los que la creciente ha bañado fuera del cauce, las arcillas le dan otros mas oscuros y barrosos.

En los parajes por donde hemos cruzado hoy, el fondo del rio lo componen unas veces capas de cascajo, esto es, cuando el hilo de la creciente los baña; pero cuando, á la inversa, forma remanses, se vé arena mezclada con arcilla muy fangosa. En este lugar, el ancho del rio mide trescientos metros mas ó menos y no varia visiblemente, donde las costas son bastante elevadas, para que la inundacion no las cubra; en los bajos el ancho es sumamente variable.

Las mesetas inmediatas se aproximan, enangostando el valle; el gran bajo que se estiende al N. O. de la isla Pavon, desaparece gradualmente, y en el lado Este, la primera meseta que se desprende, desde mas al Sur de dicha isla, se ha unido con la que se divisa en frente de ella, y forma un primer escalon bastante elevado, que hace que cese la diferencia que se notaba en la altura de ambas costas. El suelo es arenoso, arcilloso, y cubierto casi completamente de cascajo; grandes cantidades de arbustos (Inciensos, Calafates, etc.) de hojas de colores distintos, armonizan el paisaje, y entre ellos, manchones con pasto amarillento de penachos plateados le dan cierta apariencia metálica que alegra el suelo. Este está surcado por infinidad de pequeñas sendas de guanacos, que facilitan la marcha á pié, pues los *Cactus*, las espinas de los arbustos y la fabulosa cantidad de cuevas de *Ctenomys*, cansan y maltratan cruelmente al caminante.

El campamento se forma detrás de grandes Quenopodiáceas que nos protejen contra el fuerte viento de la Cordillera, que nos ha molestado y retardado bastante en el trabajo. Una pequeña bahía nos proporciona lugar seguro donde amarrar la embarcacion, y la

gran cantidad de arbustos que hay aquí, pues este es uno de los parajes mas abundantes de leña, nos suministra la suficiente para hacer grandes fogatas con que anunciar á los habitantes de la isla el punto á que hemos alcanzado en nuestro primer dia de esploracion.

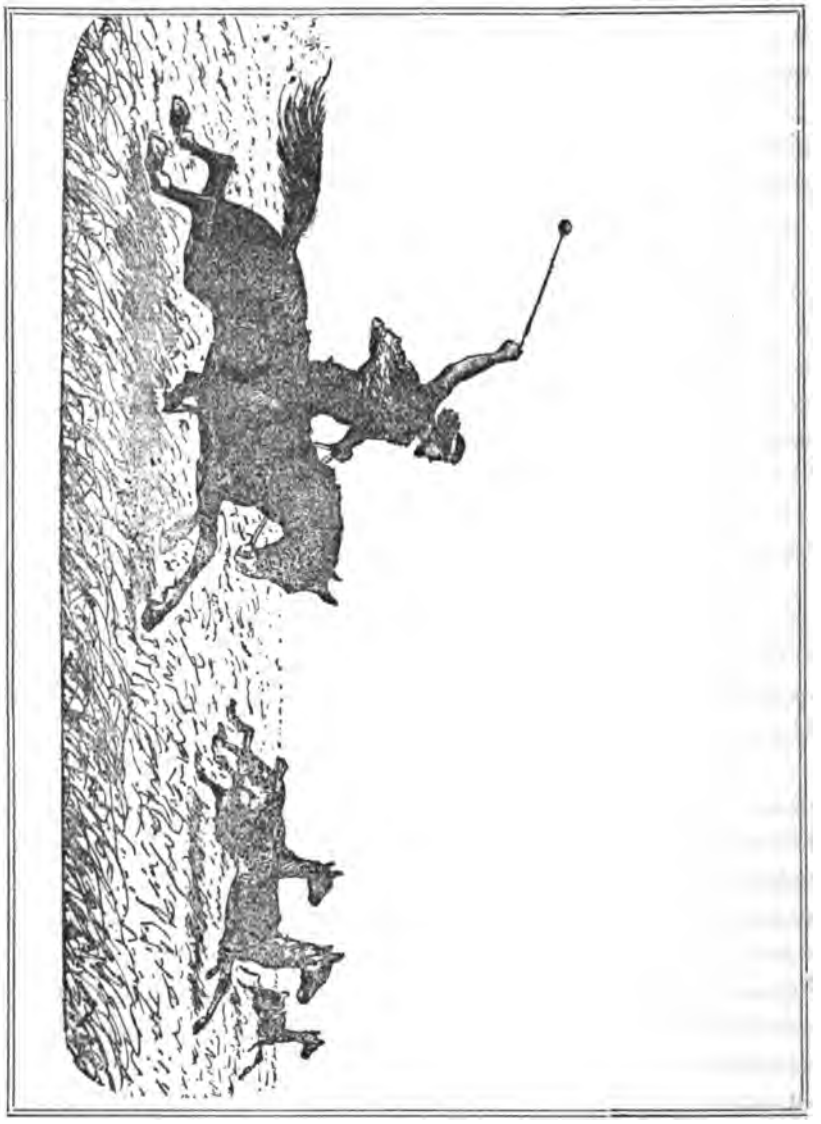
Inmediato á nuestro paradero la meseta se eleva á unos 100 pies y á ⅔ de su altura puede verse un trozo errático, sepultado entre el cascajo menudo, que mide cerca de un metro cuadrado. Es el segundo testigo de la época glacial, y de tamaño considerable que menciono, y el que, aunque de menor volúmen que el primero, se encuentra situado á una altura muy considerable, relativamente. Muchos otros fragmentos, algo menores, pero que no esperaba hallar aquí y que establecen por eso una diferencia bien marcada con los que abundan en las planicies, se observan en este pequeño desagüe de la pendiente, y suministran un motivo de observacion bastante interesante. La causa que los condujo á este punto vá grabándose cada vez mas en el cerebro de quien los encuentra.

Isidoro ha corrido, mientras trabajamos con el bote, una tropilla de guanacos, y trae uno pequeño para la cena, el que es asado y comido alegremente por todos los espedicionarios. Apenas oscurece, cada uno tiende su quillango y se entrega al reposo, bien ganado, de estas primeras fatigas de la espedicion.

Por mi parte, he hecho un hallazgo feliz en el pequeño claro donde he arreglado mi cama. Consiste en dos hermosas puntas de flechas; una de ellas (*), de obsidiana renegrida, tallada á grandes golpes, me ha sido revelada por su hermoso brillo; otra mas pequeña, de distinta forma, trabajada esquisitamente en sílice traslúcido (**), con sus aristas admirablemente definidas, la he exhumado al alisar el suelo arenoso donde mi espalda debe encontrar comodidad. Un tercer objeto, consistente en un cuchillo pequeño de obsidiana, tallado de un solo golpe en una de sus faces y de tres en la otra, y que es el instrumento (***) que aun á veces emplean

(*) Véase tomo II, pl. 11, fig. 8.
(**) " " " " " " 10.
(***) " " " " " " 17.

los indios para sangrarse por las venas del brazo, cuando no han tenido buen éxito en los tiros de bolas, completa mi felicidad, que



poco ambiciona este dia. ¿Qué mayor éxito puede desear un viagero antropólogo, en estas regiones, que dormir en el mismo sitio en

que quizás lo hizo el primitivo Patagon, en sus incansables correrías, cuando tenia por única habitacion el resguardo de las matas y cuando buscaba con esas humildes armas su alimento ó confiaba á ellas su defensa? Si es cierto que la diferencia real es bien grande entre el que estudia y el estudiado, ¿quién, trasportado á nuestro paradero, hubiera distinguido si el que envuelto en el quillango es el indígena, ó es el que pretende descifrarlo por estas antigüedades? Seguramente las apariencias le hubieran engañado. En este momento, con diferencia de algunos siglos, salvaje y civilizado se encuentran mas ó menos en igualdad de circunstancias.

Todos descansamos perfectamente esta noche, á escepcion de Patricio, quien ha hallado en la costa del rio una avutarda (*Bernicla*) destrozada por un zorro, y en cuyas heridas vé, con seguridad, las terribles garras de un leon. A él nadie le engaña; vela toda la noche.

Enero 16.—Bien temprano continuamos la marcha que debemos distribuir diariamente en dos etapas á causa de los largos dias de la estacion y del calor que á medio dia es sofocante. Tomado el café con una galleta por hombre, pues esta clase de provision no abunda, habiéndose perdido casi el total de ella por descuido de los marineros, la sirga dirijida esta vez por el correntino Francisco, remolca el bote con mayor empuje que en el dia de ayer. El curso del rio se dirije desde el Sur, teniendo varias islas en su centro y en ambas márjenes; costas bajas, arenosas con gran cantidad de matorrales. Aun cuando el trabajo se hace con empeño, esos obstáculos ofrecen siempre dificultades que entorpecen la marcha, la cual debe continuar unas veces tirando el bote á pié por dentro del agua, ó espinándose entre la maleza. En los puntos donde el rio no presenta islas, su aspecto es magnífico; los hilos de su rápida corriente se dibujan con claridad, y las aguas bullen saltando sobre las matas que la inundacion ha cubierto; una noble placidez reina en el centro del gran torrente que desciende con lijereza, mientras que en los costados el agua choca en los recodos, entre las rocas de las barrancas, ó asalta las

citadas ramazones. En ciertos parajes la corriente es tan veloz que al menor accidente del terreno forma un pequeñe rápido ó remolino, que dificulta el paso del bote y que nos obliga á hacer grandes esfuerzos.

A unos trescientos metros del paradero, el rio corre lamiendo y batiendo la meseta del Norte, casi vertical, mientras que al Sur se dilata una planicie inundada. Esta, por desgracia nuestra, no tiene agua suficiente para permitir el trabajo del remolque, sea á pié, sea á caballo; los traicioneros *Cactus* ocultos, las espinas de los arbustos y las cuevas de *Ctenomys* llenas de agua, nos son bien conocidos ya por desgracia nuestra y comprendemos la imposibilidad de cruzar á ese costado.

No hay mas remedio que salvar la meseta, y á ello vamos. La pendiente del rio es visible al ojo, y la fuerza de su descenso, aunque grande, no acobarda. La inclinacion de la cuesta y el suelo suelto, producido por el desmoronamiento de la cumbre que forma la meseta, no nos permiten emplear los caballos, pero tratamos de salvar el mal paso poniéndonos, los dos marineros y yo, á hacer ese trabajo. Lo conseguimos, no haciendo caso de las espinas que nos arrancan grandes fragmentos de las ropas, y no pocas gotas de sangre, ni de los *Cactus* que nos hincan cruelmente los pies; hay que *hacer pié* y tirar la cuerda, sin preocuparse de que basta una sola pisada falsa para desplomarnos hasta el agua, de una altura que varia entre 30 y 50 pies. Pasada la meseta, la costa es mas tendida y los matorrales van decreciendo en número. No se divisan tropiezos en la parte que se distingue del rio, y juzgando innecesaria mi presencia allí, salgo á caballo, á visitar los alrededores.

Subiendo hácia el N. N. O. la meseta empinada, pedregosa, diviso nuevamente el gran bajo que he mencionado, situado en frente de Pavon, y que se dirije hácia el Oeste. Entre ese bajo y el rio, se eleva una isleta separada, compuesta de tres mesetas de las mas inferiores en altura (300 pies) y que la espedicion de Fitz-Roy nombró "Cerro Guanaco" (Lat. 50°, 2. Long. 69, 3, G^{ch}).

En la cima de este hay una capa terciaria, cuya estrata

superior es compuesta casi esclusivamente de *Ostrea Patagónica*, mientras que en la inferior abunda mas la *Venus meridionalis*, formando un conglomerado difícil de desagregar. La altura á que se hallan estos fósiles, relacionándola con la de las capas fosilíferas de las inmediaciones de la Bahía Santa Cruz, indica una alteracion de nivel igual á las que he señalado en el Chubut (pág.). Esta capa presenta un tinte amarillento, debido al óxido de hierro que contiene.

Un panorama tristísimo se estiende desde esta cumbre; los cerros denudados, áridos, pálidos, no se destacan bien contorneados en esa monotonía contínua, que resulta de la disposicion igual que ha producido la erosion del tiempo; solo en la parda planicie baja se ven algunas lagunas; tres de ellas son de regular tamaño y dán al paisaje cierta variedad, que la vista contempla con algun gozo, aunque el suelo blando, la falta de vegetacion y el poco aire que corre en el bajo hacen preferir la brisa de las alturas, que continuamente refresca las piedras caldeadas por el sol. Desde ellas, si bien la perspectiva no es mas variada, por lo menos hay mayor grandeza en su misma uniformidad.

La vejetacion de ese bajo es la misma que la de los alrededores de Pavon, pero las matas de *Duvaua* son mas numerosas y de tamaño mayor.

Los dos escalones que se destacan al Este desde Pavon, se distinguen claros, con sus pastos permanentes, y, mas distantes, los "Cerros Azules", nombre que se ha dado á los que forman la Cadena del Leon, se van desvaneciendo hácia el mar. En el Norte, el rio corre majestuoso en direccion á la Bahía, primero sembrado de islas, luego límpido y anchuroso.

Desciendo de la meseta y sigo los bajos que se estienden al pié de ella, con matorrales tupidos, en pequeñas agrupaciones, hasta un punto en que el rio vuelve á recostarse á la barranca, y donde seguramente tendré que prestar ayuda, por mas débil que ella sea; hago campamento junto á Isidoro que me ha precedido con la caballada y me espera con el mate listo. El bote no se distingue aun, y por mas fuegos que he encendido en todo el

trayecto, desde el sitio en que me he separado de él, en la costa no se divisa ningun humo, en contestacion. Recien á medio dia llega; cruzamos el mal paso y descansamos.

Seis horas de consecutivo trabajo son merecedoras de un buen pedazo de puchero ó asado y un jarro de café, *menu* que con un poco de fariña, debe variarse rara vez en el trascurso del viage. Un Piche (*Dasypusminutus*) que ha cazado Isidoro, y que incita el apetito con su amarillenta gordura, es pronto asado y devorado de una manera poco conocida de los que no han gozado de la vida austral.

No podré decir si la necesidad ó la gastronomía patagónica, ha revelado el siguiente procedimiento culinario á los indígenas, que lo emplean frecuentemente; pero sí declaro que merece imitadores. Basta calentar algunas piedras rodadas (planas y ovaladas son las preferidas), colocarlas dentro del Piche, y coser con el mismo cuero ó con una ramita la abertura del vientre por donde se han estraido los intestinos, para conseguir un manjar delicioso. Esto, en menos tiempo que el que se emplearia haciéndolo directamente en el fuego. El medio entre asado y cocido, que producen las piedras, es escelente, y el jugo de la carne y la gordura deja un caldo sustancioso que no se desperdicia jamás. Este mismo procedimiento se emplea en otros muchos animales, avestruces, guanacos pequeños, etc.

El descanso á la sombra de unos inciensos dura hasta las tres de la tarde. A esa hora continuamos, y pasamos frente al paradero indígena de *Amenkelk*; que se encuentra á la entrada de una quebrada honda, fértil, donde se unen varias mesetas, formando un conjunto de cerros de apariencia bastante pintoresca. En este punto concluyen los Cerros Azules, y la pampa alta, que continúa hácia el Estrecho, se eleva en varios escalones bien pronunciados, pero tendidos. El rio baña aquí la costa Sur, formando grandes recodos á los cuales no llega la inundacion. Las orillas son firmes; las matas poco numerosas, y el camino se hace esta tarde tan cómodo como ha sido engorroso en el trayecto verificado por la mañana. El viento es de arriba y mantiene sereno el rio; nada

nos impide seriamente la marcha adelante. En las barrancas vecinas, infinidad de cóndores revolotean, señal de que hay alguna presa cercana.

A la entrada del sol paramos en un pequeño desplayado, inmediato á una gran mata de incienso, donde hallamos algunos troncos cortados hace muchos años: es el paradero de Fitz-Roy en el tercer dia de su esploracion; pero á la inversa de la noche cruel que esa inolvidable espedicion pasó allí, nosotros, felices de haber hallado esos vestigios y gozando de una temperatura bien distinta de la del 21 de Abril de 1834, cenamos y nos dormimos en santa paz; solo los perros vigilantes se encargan de hacer la guardia á los zorros que abundan aquí y que pueden hacer algunas pesquisas en nuestras provisiones.

Enero 16.—Los rumbos que hemos anotado hasta ahora concuerdan perfectamente con los de la espedicion inglesa. Ponemos el mayor empeño en observarlos, y salvo detalles muy insignificantes, no podemos sinó admirar la precision asombrosa con que han sido dibujados. La marcha se hace hoy muy difícil. Los matorrales espinosos abundan en el lado Norte, por donde vamos, pues en el Sur los cerros llegan hasta el agua.

Apenas hemos andado una milla, enfrentamos el paradero de *Chickerook-aiken* situado en el lado Sur; es punto bastante frecuentado en las cacerías por los habitantes de Pavon. Fitz-Roy señala en él (ó en sus proximidades), un paso ó vado de los indios, á juzgar por el siguiente estracto de su precioso diario:

"*Abril* 22.—No habíamos adelantado una milla esta mañana, cuando rastros frescos de indios á caballo, arrastrando sus lanzas, despertaron nuestra vigilancia.

"Pensamos que habian estado reconociendo nuestra comitiva, al amanecer, lo que quizás fuera cierto. El humo de sus fogones al lado de la línea de colinas bajas mas cercanas, en nuestro lado del rio, que era entonces el del Norte, era mejor el terreno para caminar. . . Comimos cerca del punto donde creimos que habia acampado una tribu de indios; y en consecuencia, nuestras armas permanecieron listas y colocamos una guardia. Despues, proce-

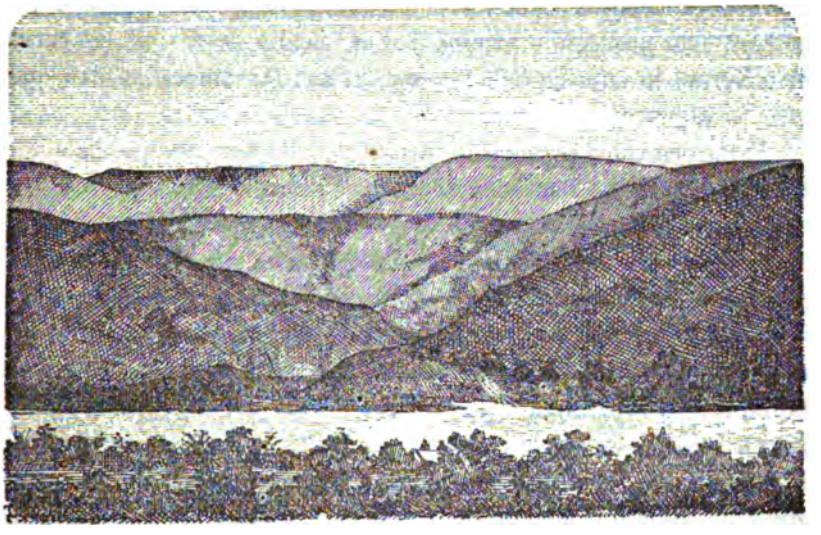
diendo cautelosamente, llegamos al punto de donde habian salido los humos, pero no vimos ningun sér humano, aunque señales de un fogon reciente y numerosas impresiones de pies sobre el suelo blando barroso de la orilla del rio, mostraban que una partida de indios habia cruzado ultimamente allí, y un humo que se veia á cierta distancia en la orilla opuesta, indicaba dónde habia pasado. En ese paraje habia cerca de un acre de buen pasto, al lado del agua, y el ancho del rio era algo menor que por lo general; razones que habian inducido á los naturales á elejirlo como un pasaje para cruzarlo (señalado en el mapa "Paso Indio").

"Cruzar un rio que corre á razon de 6 ó 7 millas por hora, y de cerca de doscientas yardas de ancho, puede no ser una tarea fácil para mujeres y niños. Pero como vimos en el barro muchas impresiones de pies muy pequeños, las mujeres y los niños deben haber cruzado en ese punto con los hombres. ¿Cómo pudieron efectuarlo? No hay allí madera, ni juncos para que hubieran podido hacer balsas. Probablemente algunas de las mujeres y niños fueron puestos en botes toscos de cuero y llevados á remolque por los caballos, cuyas colas servian para asirse los hombres nadadores y quizás muchas de las mujeres".

No hay duda de la exactitud de estas palabras; el paraje se presta facilmente al paso, pues aun cuando en este punto el rio es mas estrecho que en otras partes y corre con una velocidad de siete millas por hora, la ondulacion que forma su curso y la disposicion del terreno lo hacen preferible á otros puntos. Los indios tambien confirman el aserto del almirante inglés, y me han dicho que antes que la Isla Pavon fuera poblada, ellos cruzaban el rio en este punto y en otros parajes situados mas al interior, donde, aunque el rio siempre es demasiado profundo, como sucede en el punto de que me ocupo, para permitir el paso á pié firme, ellos siempre encuentran mas ó menos facilidades para cruzarlo. Lo efectuaban (y aun hoy algunas veces lo practican) en balsas hechas de ramas y troncos de árboles que el rio arrastra en su curso superior, y cuando los troncos faltan, como sucede aquí, en Chickerook-aiken, construian dichas balsas, aunque

mas pequeñas, con los palos de los toldos. Sobre ellas colocaban los hijos pequeños y los reducidos bagajes; las mujeres y los hombres se agarraban de las puntas de los palos sumerjidos en el agua, y, nadando, seguian la balsa. Esta era llevada por un caballo, en cuya cola iba atada, pero antes de que tuvieran caballos los indios mas nadadores eran los encargados de dirijirla.

Este medio de cruzar los rios no está exento de peligros y es frecuente el caso en que se ahoguen uno ó mas indígenas; sin embargo, algunas veces lo he empleado con escelentes resultados en mi esploracion por el Rio Limay y el Rio Negro. Nuestro compañero Isidoro me asegura que á él tambien le consta que este punto ha sido paso de indios.



QUEBRADA DE CHICKEROOK-AIKEN

Chickerook-aiken presenta un panorama que no es de desdeñarse en estas regiones. Las pendientes sucesivas de varias mesetas, que descienden gradualmente, desde alguna distancia, forman una pintoresca quebrada. Principia esta desde los primeros derrames de las alturas, y aumenta en ancho y profundidad á

medida que se acerca al rio, á cuyo nivel, con muy corta diferencia, se encuentra la region inmediata. La humedad producida por la capa acuosa que se halla entre el cascajo que cubre el suelo de Patagonia y la impermeable terciaria, adorna el paisaje con una faja de verdor entre el punto permeable y el impermeable del terreno. Además, abundantes arbustos, protegidos por los barrancos contra los vientos, forman un pequeño prado, risueño si se le compara con la esterilidad de la márgen opuesta del rio.

Pasando Chickerook-aiken, el horizonte al Oeste se despeja; las barrancas no son tan inmediatas al agua, ni sus pendientes tan escarpadas, y á ambos lados las mesetas se alejan, formando llanuras bastante estensas. Una planicie se desarrolla amarillenta y triste, rodeada por graderias gigantes que gradualmente se desvanecen hácia el Oeste, y pequeños sacos de barrancos bajos cubiertos de pedregullo grueso, por en medio de los cuales corre el torrente en caprichosos serpenteos, son los únicos puntos que ofrecen algun verdor.

Faltan en estas regiones los accidentes del terreno, que halagan tanto la vista y que ofrecen al viagero tanto motivo de estudio y de ilimitada variacion en sus ideas; todo es igual, la monotonia opresora enerva aquí, desespera. La aridez contínua, las sábanas de piedras, los arbustos que viven muriendo, le comunican un abatimiento con el que solo la energía puede luchar. Si bien no se siente aquí el decaimiento que causa el trópico, la desolacion es tanta que se esperimenta una misma impresion, hija del espectáculo tristísimo de la pobreza de la naturaleza. Así las impresiones entusiastas de los primeros trabajos van desapareciendo en nosotros á medida que adelantamos, y el espectáculo que se desarrolla á nuestra vista no es á propósito para alentarnos.

La igualdad de Patagonia es lo que mas choca al viagero que, ávido de paisajes, sean risueños, salvajes, tristes, recorre con la vista ese panorama, y si en la disposicion orográfica y geológica ofrecen esas comarcas tan pocas variaciones, en la fauna y flora sucede igual cosa. Guanacos, avestruces y nada mas divisamos sobre la tierra; algunas aves de rapiña vuelan tétricas, y los

lucientes y renegridos coleópteros desafían las arenas calentadas por el fuerte sol. Solo las orillas inmediatas al rio ofrecen vegetacion relativamente casi lujosa, pero ella nos incomoda para nuestro trabajo; así, lo único que en la naturaleza nos sonrie, nos es tambien tropiezo. Sin embargo, en el rio hay vida; patos y avutardas lo surcan descendiendo, pues la corriente no les permite ascenderlo, y en los remansos sus nuevas y jóvenes familias aletean zambullendo contentas.

El remolque se hace muy dificultoso; la corriente ha aumentado en velocidad y encontramos algunos parajes donde se forman verdaderos rápidos. Nos vemos obligados á ayudar al caballo, tirando todos de la cuerda. A la menor negligencia la embarcacion puede zozobrar y concluir con nuestra espedicion; además, las vueltas van aumentando en tal número que parece que no adelantamos camino.

Encontramos en la primera parte del tránsito de este dia una tropilla de jóvenes avestruces, de la que obtenemos una docena; los demás, en número de cien mas ó menos, se dispersan en las mesetas ó cruzan el rio á nado. El avestruz no se echa al agua por su propio gusto y lo hace solo cuando se encuentra apurado por el cazador ó por alguna fiera. Fitz-Roy cita el caso presenciado en el Rio Santa Cruz de seis ó siete avestruces que cruzaron nadando el rio, y agrega que hasta entonces no habia tenido idea de que ave de patas tan largas pudiera, por su solo gusto, echarse al agua y cruzar un torrente rápido, pero que ese espectáculo le daba la prueba de lo contrario, porque nada, á su modo de pensar, habia incomodado en tierra á los avestruces. Quizás algun zorro ó un puma los estuvo acosando en esos momentos. Es curiosa la vista que proporcionan estos animales nadando: solo dejan que el largo pescuezo salga fuera del agua y van lanzando un triste silbido.

A medio dia descansamos para pelar los avestruces y almorzar algunos de ellos, pues el trabajo nos ha dado gran hambre; una vez satisfecha esta, nos tendemos sobre la arena á reposar, en la siesta bien ganada. La modesta espedicion duerme dos horas, lo

suficiente para recuperar fuerzas y ánimo, que se consumen en la pesada tarea. Esta continúa á la tarde de una manera aun mas engorrosa. El desaliento va apoderándose de los marineros y á las chanzas de los primeros dias sucede el silencio que produce el disgusto; pero ¿qué hacer? si retroceder, materialmente, es lo mas fácil, es imposible, moralmente, abandonar el proyecto de ascender el rio, por mas descabellado que sea él, dadas las circunstancias en que ha sido emprendido. Seria desdoroso para los que componemos la comitiva, y esto solo hace que continuemos, confiando en que las fuerzas que el trabajo gasta, las recupere el patriotismo. Solo llevamos tres dias de viage y nuestras ropas revelan, por lo menos, el pesado trabajo de meses; las espinas hánlas convertido en harapos, y nos van dejando desnudos; el calzado se va gastando rápidamente con el roce de las piedras y por los agujeros se introducen enconosas espinas de *Cactus*. Las manos se llenan de ampollas con el trabajo de la cuerda, y los chicoteos de los arbustos arañan en todo sentido piernas y brazos.

A la caida de la tarde, en lo mas penoso del trabajo que se hace por la falda de una barranca sumamente tupida de arbustos y que nos hace marchar con lentitud y precaucion, sentimos, á algunos pasos de nosotros, los ladridos de los perros, y vemos un puma que corre saltando entre los arbustos y que luego busca su salvacion cruzando á nado el rio. Estos animales son ya muy frecuentes en estos parajes y mas de una vez han asustado al brasilero las señales que sus patas dejan en la arena. Los huesos de las víctimas que encontramos entre las matas, donde la fiera se ha regalado, y los guanacos muertos que aun conservan parte de sus carnes con el cuello dislocado y los miembros destrozados, son testimonios suficientes para hacer temer la vecindad de estos terribles merodeadores de la Patagonia, que se ensañan con toda clase de víctimas, desde el elegante guanaco hasta el humilde raton, como lo prueban los restos de uno de estos últimos animalitos dejados por el que los perros han perseguido.

Nos encontramos frente á una barranca á pico, bastante estensa, y avanzando ya la noche, hacemos campamento, á pesar de las

protestas de Patricio á causa de la vecindad de las fieras. El miedo le mantiene desvelado y acompaña en la guardia á los perros.

Enero 18.—De madrugada monto á caballo y me dirijo hácia el Norte, hasta alcanzar la meseta alta. Se cuentan cinco escalones que ascienden gradualmente desde el rio. Entre los primeros hay menor diferencia en sus respectivas elevaciones y estas aumentan á medida que se asciende. La altura total de los cinco la calculo en 550 piés. Hácia el interior se ven otras aun mas elevadas. La vegetacion es pobrísima y los arbustos muy pequeños; la mata negra es raquítica, aunque prepondera en número entre las escasas plantas que aquí viven. Las *Azorellas* son tambien abundantes.

El viento no encuentra obstáculos aquí y arrasa todo con la violencia característica de estas latitudes; apenas recojo algunos coleópteros *(Nictelias)* y algunos lepidópteros *(Colias Lesbia* y *Pieris Demodice)* que las ráfagas de las quebradas han elevado y que vuelan atontadas, dejándose tomar fácilmente.

Nada se distingue en el horizonte por donde desciende el rio; no se vé la anhelada Cordillera y si la ilusion proporcionada por pesadas nubes, en esa direccion, da en ciertos momentos prematuras esperanzas, pronto el viento caprichoso borra esas vislumbres de alegria, otros tantos picos y mamelones vaporosos que el deseo imagina gigantes andinos.

Este espectáculo me entristece; es demasiada desolacion y no quiero permanecer largo tiempo en esta altura; desciendo la falda de la meseta en momentos en que una gran tropilla de guanacos desfila, costeándola por las sendas que durante años han seguido. Los curiosos animales, al verme, se han parado como autómatas, todos al mismo tiempo; el venerable macho, el sultan de la tropa, se adelanta y relincha con brio, pateando el suelo y corcoveando; reconoce al intruso en sus poco disputados dominios. No es un puma, no es un zorro, ni un gato, ni un cóndor, es un hombre, animal que él no conoce.

Desciendo del caballo y me siento sobre el cascajo para presenciar el espectáculo que se prepara y que me ha dado á conocer el «Viage» de Darwin. Los guanacos, considerándome inofensivo

(á lo menos en apariencia), van aproximándose: siguen al gefe. La curiosidad les hace olvidar el miedo y de la gran tropa solo permanecen léjos algunas madres temerosas, que amamantan en la quebrada sus recientes hijos, y que ya prevenidas, están prontas á fugar á la primera señal de peligro. El ser desconocido silba: *Rigoletto* y la *Fille de Mme. Angot* producen en ellos sensacion; parecen luego preferir *Aida*; ponen gran atencion, estiran sus cuellos, los irguen, reconocen con mirada curiosa los alrededores y la fijan luego en quien les hace oir ese relincho ó grito; se alejan algunos pasos, se paran; el macho brinca, saltan todos, corren, vuelven apresurados, se paran atentos y haciendo cómicas cabriolas se acercan hasta pocos metros del que les proporciona tal espectáculo. Se vuelven atrevidos; los relinchos se suceden al mismo tiempo que las piruetas y pasan en estas evoluciones largo rato, hasta que un tiro al aire los calma, pero no los asusta. Prestan atencion nuevamente; quizá comprenden, por la impresion que han causado al caballo el fogonazo y el trueno, que hay peligro; parecen consultarse, acercan sus suaves hocicos al suelo, le aspiran; su instinto les hace comprender que esa manifestacion de la industria humana les es hostil y deciden alejarse. Principia el desfile; las hembras, con sus crias, marchan adelante, luego las que aun no las tienen. El macho es el último; camina con pausa, salta de cuando en cuando, relincha, me mira á la distancia, y cuando parece comprender que no los persigo, vuelve á rumiar en las faldas. Tres ó cuatro tiros mas los asustan nuevamente y una nube de polvo que dura largo rato me indica que huyen con gran prisa. Sin embargo, no he pensado hacerles mal, sinó observarlos. En mi corta vida de viagero jamás he cazado por mi mano el mas insignificante animal, cuando no ha sido necesario para las colecciones ó para el alimento. ¿Qué mas gozo puede encontrarse que verlos libres sin temor de uno, cuando la lucha por la vida no nos obliga á destruirlos? No debemos hacer aun mas grande y triste el desierto destruyendo ó alejando sus escasos habitantes.

Despues de perder de vista á los guanacos en los cañadones, enciendo grandes fogatas para anunciar á la gente del bote el sitio

donde me encuentro y bajo por un arroyo, seco ahora, pero que en invierno conduce al rio las aguas y las nieves de la meseta.

Recien á medio dia nos movemos hoy. El camino por tierra es tan malo, hay tanta piedra, que los caballos han empezado á sufrir mucho. Antes de subir á la meseta habia resuelto parar este dia y dar descanso á la tropilla, pero he reconocido un pedazo del rio y como veo que hay un pequeño trayecto inadecuado para hacer uso del caballo, decido que continuemos á pié para salvar unos tres quilómetros de mal camino. A la tarde lo hemos hecho, despues de grandes esfuerzos; tenemos que emplear toda la cuerda que traemos y añadir cuarenta metros mas de la que nos sirve para sondar, pues encontramos pequeños rápidos estremadamente correntosos que nos obligan á llevar el bote alejado de la costa y á remolcarlo por donde el agua desciende con mayor violencia. El rio continúa creciendo y son tales los esfuerzos que hacemos, que á cada momento debemos descansar; nos fatigamos en este corto trayecto mas que en todo el trabajo verificado hasta ahora.

Un refresco de Hesperidina de Bagley con agua y azúcar y dos galletitas del mismo fabricante, por hombre, es la recompensa que doy á toda la comitiva, que la recibe alegremente y olvida las fatigas de este dia.

Hemos muerto dos gatos *(Felis pajero)*. Este animal abunda mucho mas en estas regiones que en la parte setentrional, ó por lo menos, se ha presentado á mi observacion con mas frecuencia; no sucede así con el gato montés *(Felis Geoffroyi)*, que no he visto aun aquí. En este punto no se encuentran pajonales como en las pampas, donde aquella especie tiene costumbre de vivir y cuyo nombre deriva de ellos, pero en cambio se esconde en los matorrales que le sirven de segura guarida. Es de mayor tamaño que el gato doméstico pero menos que el montés; su cuerpo es mas elegante y su pelage difiere bastante; su fondo es blanco gris con manchas redondas, ovaladas, negras, bien pronunciadas, que le dan el aspecto de un pequeño leopardo; en la cola, las manchas se convierten en amarillas, que alternan entre el blanco y el negro, y lo mismo sucede con las piernas. Es una fiera pequeña pero

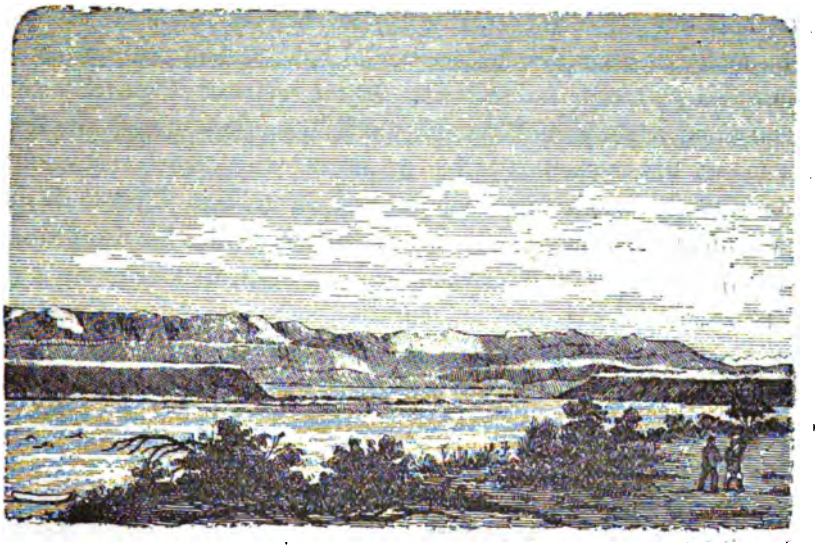
terrible, irascible de una manera asombrosa y cuesta mucho trabajo cazarla. Relativamente, es mas difícil obtener un gato pajero que un puma: se defiende con valentía; sus pequeños ojuelos relumbran y sus garras crispadas mantienen en respeto á los perros que lo combaten.

Es el enemigo declarado de cuanto animal vive en estos parajes, pues hace destrozos en los avestruees grandes y pequeños, á los cuales les come la cabeza y el pecho, partes que parecen ser las preferentes. Uno de los que hemos cazado se encontraba, cuando lo descubrimos, al acecho de una cuadrilla de *Charas* (avestruces jóvenes).

En este paradero pescamos dos truchas *(Perca lævis)* y un *Silurus* igual al que he mencionado en el Capítulo sobre la fauna del Chubut. Hemos sido mas felices que Darwin, cuyas tentativas de pesca no tuvieron buen éxito. Las truchas son de regular tamaño; una de ellas pesa cerca de dos libras; su carne es buena y nos sirven de esquisito manjar con qué variar nuestra igual cena.

Enero 19.—Trabajamos muchísimo hoy, es un dia cruel; caminamos poco y con dificultades enormes; las dos orillas son á pico; la del Sur, mas baja, nos deja ver la línea fértil que separa el cascajo de la roca terciaria; los matorrales en el Norte son sumamente incómodos y el rio corre con tanta fuerza que forma ondulaciones; perdemos mas camino que lo que ganamos, y á medio dia nos encontramos mas abajo del paraje donde hemos dormido anoche. Mas de una vez tenemos que soltar la cuerda del remolque, pues los que lo llevamos por tierra nos encontramos en inminente peligro de ser arrastrados al rio. Nada resiste á la correntada de un recodo: la cuerda se corta cada vez que hacemos esfuerzos un caballo y tres hombres, y los borbollones de agua que asaltan la proa del valiente bote son tan altos que pueden inundarlo. El brasilero tiembla y no habla: ha llegado para él el momento de prueba. Nadie se fija en las espinas que nos traspasan las piernas; el rápido y el bote son centro de nuestras miradas. Estamos ya sobre él. Estrella y Patricio abordo, tratan, el primero en el timon, el segundo en la proa con un remo, de mantener esta

última fija hácia la corriente; ya casi tocamos el fin, cuando la cuerda se corta nuevamente y la embarcacion tuerce con velocidad y retrocede cerca de una milla por el centro del canal. Debemos volver al mismo trabajo, pero esta vez con mejor éxito; descargamos parte de las provisiones, alijeramos el bote y hacemos con la pala un pequeño canal, por el cual cruzamos dejando atrás el rápido. A las tres de la tarde volvemos á encontrar otra barranca elevada de cien pies y casi á pique, sumamente arbustosa; la cruzamos con peligro, pero con felicidad; es el punto llamado por Fitz-Roy, Swim Bluff, promontorio á cuyo pié se estiende una hondonada que sirve de estuario, en invierno, á las aguas de las mesetas vecinas. Es tristísimo paraje.



PAISAJE EN EL RIO SANTA CRUZ

Acampamos á las cinco de la tarde en una escelente rinconada, bien abrigada. Aquí parece que acampó Fitz-Roy, pues hallamos viejos troncos hachados y huesos quemados hace largo tiempo. El Sr. Moyano caza un guanaco con el revólver, y los dos marineros descansan y pescan luego algunas truchas, que comemos fritas

en grasa de avestruz. La cena es abundante y consuela nuestros estómagos, vacíos desde la noche anterior, y ansiosos de encontrarse repletos despues de las grandes fatigas de este dia. Por no permanecer ocioso, pongo mis iniciales con grandes piedras, para señalar nuestro paso por este punto.

Enero 20.—¡Qué mal dia se prepara hoy! Desde temprano principian los apuros. He pasado una mala noche; el trabajo de ayer ha estenuado mi gente, sobre todo en el último momento, al pasar una muralla perpendicular cubierta de médanos y en los cuales nos ha costado trabajo hacer pié para sirgar el bote. Tenemos las manos quemadas por la soga y las piernas y pies ulcerados por las piedras y las espinas. No puedo exigir mas esfuerzos, y voy creyendo que, aun á pesar de la decidida voluntad que tenemos, el buen éxito no coronará mi empresa. Los remolinos terribles por en medio de los cuales ha cruzado el bote, se han grabado en mi cerebro y su vista no se aparta de mi espíritu. El padecimiento moral principia y me tiene agitado. Es demasiado el peso que llevo encima; hay momentos en que yo mismo considero tentativa loca la empresa, pero la razon vuelve y no me doblego, á pesar de que las dificultades van sucediéndose progresivamente. Me desconsuela el ver mis pobres marineros, rudos, pero fieles, no murmurar, aunque hay razon para ello. La muralla penosa está frente á nosotros y no pueden haber olvidado el atroz momento de su paso. Los premio, al despertarme, con la racion de galleta que me corresponde; es decir, una que parto en dos y que no desdeñan. ¡Qué exígua gratificacion!

Al levantarme hoy me he derramado el jarro de café hirviendo sobre un pié, lo que me hace sufrir bastante. Continuamos la sirga. Hacemos media milla sin sérias dificultades, pues ya no lo van siendo para nosotros los arbustos que incomodaban tanto al salir de Pavon; la costumbre y el encuentro de otros mucho mas grandes las hacen olvidar y no nos causa estrañeza ni mucha pena, el encontrarnos de un momento á otro, arañado el rostro por una rama atrevida de Berberis, ó casi cruzado el pié por una espina de Cactus. En los barriales, que están tan sueltos que no se puede

emplear el caballo, pues desapareceria entre ellos, nos hundimos algunas veces hasta cerca de la cintura y, para adelantar camino, hay que hacer dos trabajos: remolcar y arrancarnos de una arcilla pegajosa que parece querer absorbernos. Nuestras caras parecen brotar sangre; el calor de la mañana y la escitacion nerviosa, nos tienen agitados, y la perspectiva de una inmensa meseta á pique, en un recodo del rio, nos pone casi fuera de nosotros. Trabajamos como fanáticos y no nos fijamos en obstáculos. La corriente ha aumentado y los rápidos van siendo mas frecuentes; llega un momento en que parece imposible adelantar; las orillas del Sur son á pique, y no nos dejan paso; la del Norte, por la cual vamos, presenta aun mayores dificultades; las vueltas del rio se hacen mas seguidas, y las aguas, al costearlas, forman remolinos que mantienen el bote en contínua oscilacion. Al pasar un sério rápido, el pobre Patricio se asusta:—con grandes esfuerzos hemos ido tirando los tres por dentro del agua, pero el miedo se apodera de él, y creyendo ahogarse, se lanza dentro del bote. Este suceso, casi nos lleva á una pérdida segura. Como cada hombre tiene su lugar señalado en el trabajo, basta que falte uno para que este se modifique, y la menor alteracion en él, aquí, puede perdernos. El señor Moyano ha sido encargado de llevar la punta de la cuerda por tierra, para enredarla en alguna mata, en caso de que la fuerza de la corriente arrastre la embarcacion y á los hombres que la remolcamos; Francisco Gomez sigue llevando la cuerda á la cincha y cinco metros mas atrás le sigo yo, haciendo el mismo trabajo dentro del agua, y Patricio, al costado del bote, trata de que este conserve la proa á la corriente; Estrella dirije el timon. Con la falta de Patricio, la embarcacion, que se siente libre, se inclina y presenta su flanco al rápido; el agua la asalta y ya la imagino así perdida; me lanzo al agua, pero pierdo pié; una poderosa fuerza de absorcion me arrastra hácia el fondo del torrente, y pareciendo que me hace girar, me vuelve á la superficie; creo que he trazado con mi cuerpo una espiral en medio del cauce del Santa Cruz. Felizmente, al ascender al nivel, puedo apoderarme de la cuerda que Francisco hace esfuerzos para no largar, arrastrándose en

el suelo. Es tal la velocidad del agua que me cuesta trabajo sujetarme, y empleando una frase vulgar, diré que algo me ha tirado de las piernas tratando de arrancarme de la cuerda. Si mi buena suerte no me hubiera ayudado, de seguro que hoy blanquearia mi cráneo en algun rincon del Santa Cruz. Es casi imposible salvarse de uno de estos remolinos durante las inundaciones.

Hay que cruzar al Sur para pasar un nuevo rápido y perdemos tres horas en andar cien metros; hechos estos, descansamos un momento. La fatiga nos vence; amarramos el bote en un recodo, y así, mojados como estamos, tomamos un pequeño lunch; el balde-despensa contiene unos fragmentos de puchero de guanaco que el brasilero ha guardado con grandes precauciones, y esto, con migas de galleta y unas gotas de Jerez, que distribuyo de mi pequeña provision, á la gente, nos dan nuevas fuerzas, que bien necesitamos para cruzar el murallon que nos desafia en frente. Aquí se ven elevados barrancos, algunos de trescientos pies y son los que entorpecen tanto nuestra esploracion. No es solo su elevacion, sinó que encajonan el rio, el cual adquiere así mayor velocidad y se torna caprichoso en sus vueltas, lo que hace que las aguas los batan y remolineen en ellos. Aquí los dos lados presentan orillas á pique, aunque generalmente, hasta ahora, siempre hemos tenido una costa baja, frente á otra alta.

Atacamos la alta muralla, pero hay que tomar grandes precauciones; un prévio reconocimiento me muestra rocas que hacen bullir el agua al pié, y el paredon geológico á pique, no permite que cerca de ella lo costeen hombres; el rio lleva una velocidad de ocho millas. Embarco toda la gente y solo quedamos yo y Abelarlo en tierra; Isidoro va conduciendo los caballos á través del valle. Hago que Abelardo monte la briosa yegua, que es la que destino para los pasos difíciles, ponemos toda la cuerda disponible y ¡adelante! He embarcado á todos porque en este punto, si no se está prevenido, el bote puede zozobrar y perderse irremediablemente; además, en caso de que la soga se corte, el bote arribará á la costa contraria y la sirga tendrá que buscar camino por allí. Tambien, lo confieso, veo sério peligro en llevar la cuerda por

sobre la meseta; el caballo debe ir retirado del borde de ella, lo menos cinco metros, y la gran inclinacion de la soga, vista la gran altura á que la llevamos, (mas de 100 pies) hace que roce los cantos de la muralla y que se enrede en las matas ó grietas verticales del abismo. Hay que seguirla para impedir estos estorbos y el menor descuido puede lanzar al agua (es decir, á la muerte) á quien haga este trabajo. No debo esponer á nadie; ninguno mas que yo tiene la responsabilidad de esta espedicion, y, por lo tanto, yo debo afrontar el peligro.

Hemos subido á la meseta y he principiado mi trabajo; los esfuerzos son grandes, mi corazon parece querer estallar y el pañuelo mojado que llevo en la frente se calienta, tanta es la sofocacion que me produce el ascenso con la cuerda. El bote se desliza con trabajo, pero adelanta; la valerosa yegua no afloja y resuella con fuerza al adelantar inclinada, pero la muralla se resiste, no se deja vencer fácilmente; de pronto la correntada es tan fuerte, que el bote arrastra el remolque y no hay mas remedio que largar la cuerda; esta silba, chicotea las piedras, pero no me envuelve. El bote, sintiéndose libre, ha remolineado; el torbellino de la correntada lo ha hecho girar, pero obedece al brazo fuerte del buen Estrella, que no deja el timon; los marineros no pierden ánimo, están listos á los remos, hacen fuerza, y un momento despues, luego que puedo arrastrarme hasta el borde del precipicio, veo al blanco bote que cruza ondulando, descendiendo veloz al Este, y que trata de tomar la orilla opuesta. Toca la costa á quinientos metros mas abajo y distingo á la gente que no se acobarda y que principia el trabajo del frustrado ascenso. Esta gran vuelta que Fitz-Roy llama Swamp Bend (Vuelta del pantano), es difícil dejarla atrás, sobre todo con la actual inundacion.

Desde el punto elevado en que me encuentro, domino el valle desolado, y distingo á lo lejos al incansable Isidoro que bolea avestruces. Al Oeste, los cerros van acercándose mucho mas y me aseguran nuevas dificultades; allí el rio debe ser mas angosto y corre con mayor violencia. Los cerros inmediatos á nosotros han adquirido mayor elevacion que los que hemos pasado.

El cansancio es tan grande, que luego que veo á los marineros adelantar en frente, aunque con lentitud, bajo por la muralla para tomar agua, pues la sed es espantosa y el calor sofocante. Hay aquí un espeso matorral, que las barrancas protejen contra el viento y donde los arbustos son mas elevados, pero hay muchos médanos. Ya la inundacion vá adelantando, y antes de muchos dias los habrá cubierto.

Caigo deshecho sobre un médano que han calentado los rayos solares, y mojado como estoy y fatigado hasta no poder mas, quedo rendido y dormido al sol. Quizás lo hubiera sido para siempre, á no haberme despertado tres horas despues Abelardo, quien me buscaba, á caballo, temiendo que á pié y en esta soledad, sin armas, hubiera sido atacado por los pumas, pues dos de estos animales se han visto en los alrededores.

No sé lo que pasó por mí durante ese trascurso; solo recuerdo que mi sangre afluia con fuerza al cerebro y hasta me era difícil articular palabras, y fué necesario que el grumete me trajera agua para mojarme la cabeza. El bote habia cruzado á este lado y habia pasado la muralla; feliz nueva, despues de mi siesta forzada.

Pero no hemos concluido por hoy; volvemos á remolcar el bote por la costa baja, pero esta se hace mas pantanosa. Las aguas llegan con tal fuerza, que hay que volver á largar la sirga, y quedando Francisco Gomez en el Norte, todos los demás cruzan obligatoriamente al Sur. La corriente es muy grande, tanto que impide el manejo del bote, el cual no puede presentar sus bandas porque se tumbaria. Vamos adelantando con la proa hácia el rio, que desciende, y así llegamos al Sur. Trabajamos, pues, pero con dificultad; son muy empinadas las costas y llega un momento en que la barranca es á pique. En un instante en que el Sr. Moyano ha bajado á atar la cuerda, el bote se suelta y tenemos que volver á cruzar al Norte, porque ir á tomar la costa Sur mas abajo, seria perder el trabajo de todo el dia; remolineando como una tina, tomamos la tierra en el punto donde habia dormido la siesta letárgica. Patricio y yo, al remo, hemos hecho este *tour de force;* ¡cuarenta metros mas abajo, y hubiéramos tenido que volver á

cruzar la inolvidable muralla! Con mas facilidad ahora y con mas precauciones, podemos, ayudados de la pala y del pico, adelantar lo suficiente para dejar atrás el mal paso que nos hizo cruzar al otro lado, y cuando calculo que podemos hacerlo sin perder mucho camino, atravesamos nuevamente para traer al Sr. Moyano, quien, considerándose olvidado, hace grandes fogones para llamar nuestra atencion. Es la primera vez que se divide así el personal del bote.

Decido acampar en un desplayado donde abundan los arbustos; pero, para esto, hay que andar una milla mas, y bien penosa. Tenemos nuevamente barrancas á pique, pero esta vez mas bajas; encuentro sobre una de ellas, en un médano, un *Pecten*, molusco cuya presencia aquí seria difícil de esplicar, á no ser que lo hubieran llevado los antiguos indios, en lo que creo, pues he recojido hoy algunos cuchillos de piedra, que me muestran que ellos frecuentaron estas orillas.

Llegados al estremo de la vuelta pantanosa, acampamos al borde del rio, antes que el rojo sol desaparezca entre los negruzcos cerros de Oeste. Media hora despues, reunidos todos alrededor del fogon, devoramos un asado de guanaco, pues desde la madrugada no hemos tomado nada caliente. Estamos completamente mojados y el estómago frio necesita calentarse.

Enero 21.—Paramos, obligados por el mal tiempo, lo que nos vuelve las fuerzas perdidas. Un temporal fuerte del S. E. inquieta el rio; el agua parece que hierve y blanquea su curso con miles de penachos, formados por el viento, al soplar contra la correntada. Hemos pasado la noche al lado del bote; pero el ventarron es tan fuerte que no podemos plantar las carpas, y además, la inundacion aumenta, y nuestro campamento, al borde del agua, vá siendo invadido. Hemos sentido pumas en la vecindad y Patricio ha velado y ha quemado su quillango, porque ha tendido su cama al borde del fuego.

Cada uno hace campamento aparte para pasar el dia con las mayores comodidades posibles; las matas abundan, y con paciencia las convertimos en palacios provisorios. La que he elejido yo,

antigua guarida de pumas, es magnífica, y habiéndola despojado de sus ramas espinosas y de las espinas y huesos que abundan á su alrededor, restos de feroces festines, construyo un resguardo donde solo me incomoda la arena menuda que levanta el viento y donde, con la lectura, dejo trascurrir, echado sobre el cascajo, las horas del dia. Es imposible hacer nada para comer; la arena lo convierte todo "á la milanesa" y los granos de cuarzo platean y doran el asado. Los remolinos elevan columnas de arena, y si nos alejamos de nuestras respectivas cavernas vegetales, el polvo no nos deja respirar, ni mirar. En este paraje, el valle es mas ancho, pero en frente el rio vuelve á correr al pié de unas mesetas bajas que se dirijen del Este y Sud-Oeste, pero que tienen siempre el mismo aspecto triste y árido de las mencionadas anteriormente. "La esterilidad se estiende como una verdadera maldicion sobre el pais." Aquí ya abundan mucho los fragmentos pequeños de basalto, que venimos encontrando de tiempo en tiempo desde el Atlántico.

Enero 22.—A pesar de haber calmado el viento ayer tarde, esta mañana vuelve á arreciar y en direccion distinta; desciende de la Cordillera y nos obliga á buscar nuevos reparos, porque las carpas no pueden mantenerse sujetas al suelo á causa de su blandura. El rio parece de leche; el viento levanta una lluvia fina que nos oculta por momentos la otra orilla, y hay algunos en que es tal la fuerza de rotacion de los remolinos, que estos elevan pequeñas columnas de agua de un metro de altura. Hago una pequeña escursion y encuentro otra boleadora y una punta de flecha bastante bien trabajada.

Enero 23.—Tercer dia de temporal; tenemos los ojos rojos á causa de la arena, pero ya vamos acostumbrándonos y podemos pasarlo con mas comodidad. Como ha disminuido el viento, Isidoro y yo salimos á recorrer el camino al Oeste y tratar de obtener algun avestruz. La demás gente se ocupa en hacer, de cogotes de guanacos, cuerdas para aumentar la línea de sirga y reemplazarla en caso que se gaste, lo que, desgraciadamente, es muy probable, vistos los inconvenientes que vamos encontrando; hacen

tambien calzado de repuesto, pues el nuestro ha casi concluido. Aprovecho este descanso para decir algo sobre el guanaco, que nos va proporcionando elementos tan útiles para nuestro trabajo.

El guanaco es sin duda uno de los animales mas interesantes que posee la parte austral del Nuevo Mundo, y, sin embargo, no ha merecido hasta ahora los honores de las grandes descripciones que los hombres de ciencia han consagrado á animales menos importantes. Solo encontramos observaciones ligeras en los libros de algunos viageros, y muchos de estos, modernos, se contentan con nombrarlo. D'Orbigny le consagra contadas líneas, á pesar de haber recorrido casi todos los parajes que este animal frecuenta, pero King, Fitz-Roy y Darwin lo citan con algun detenimiento, sobre todo el último; ellos lo encontraron mas de una vez en sus fatigosas escursiones, teniendo ocasion de examinarlo al aprovecharlo.

Desde que Pigafetta lo describió fabulosamente, como teniendo la cabeza y las orejas de un asno, el cuello y el cuerpo de un camello y la cola de un caballo, ninguno de los visitadores de Patagonia ha dejado de citarlo en términos mas ó menos exactos. Ha sido comparado con Camellos, le han encontrado analogías con el Caballo, con el Anta, con el Ciervo y hasta con las ovejas; le han llamado "Carnero de la Tierra." Su nombre llegó á ser casi tan popular, como el de los habitantes de estas regiones, que él alimenta. Estos "Ciervos de largos cuellos" recien encontraron un historiador detenido, aunque poco verídico, en el Almirante Wood, quien durante su viaje al Estrecho, hace dos siglos, los vió pastando en esas regiones. La descripcion mas detallada y la lámina mas perfecta que conozco de este animal es la que se encuentra en el libro de Meyen. *(Beiträge zur Zoologie*, etc., von Dr. T. J. F. Meyen—1833).

Si hay inexactitud en las primeras descripciones, es porque ellas son el resultado del entusiasmo ciego que habia en otros tiempos para las cosas de América, pues si hubieran sido estas descritas tales como eran, no habrian tenido la aceptacion deseada.

¿Serian conocidos hoy los Patagones de la manera que lo son, si no se hubiera exagerado su talla gigantesca?

Aunque Darwin dedica en su libro admirables pájinas á los guanacos, voy á tener la osadía de indicar aquí algunas de sus costumbres, que he observado donde ellos son mas abundantes; distraeré así á mis lectores de la bien fatigosa y monótona ascension del rio, pero no esperen una descripcion completa: no soy capaz de hacerla.

La historia genérica del Guanaco, no ha sido descifrada aún y dos opiniones le señalan diverso puesto en la escala zoológica. De la útil familia del Camello, del cual tiene algunas condiciones en su estructura y en sus costumbres, es de proporciones mucho mas modestas. Pertenece al género *Auchenia*, pero como aun se duda si este género está compuesto de solo dos especies, es decir, el Guanaco y la Vicuña, que han producido por la domesticacion la Llama y la Alpaca, ó si todas son especies distintas, nos encontramos con que no puede ocupar aun un puesto bien definido en la Historia Natural. Como solo lleno aquí mi obligacion de viajero y no la de Zoólogo, dejaré para otros la tarea de indagar cuál de las dos versiones es la verdadera ó cuál de ellas presenta mas probabilidades de serlo.

El guanaco es libre por naturaleza, es el heróico combatiende los elementos. Pocas veces busca los halagos que pueden prote porcionarle las feraces tierras bajas, prefiere las alturas, el desierto árido, las cumbres andinas; en la soledad retoza. Mas difícil de domesticar que el camello y de mucho menores proporciones, no nos puede prestar los mismos servicios que este "barco del desierto" que cruza las olas de arena y que á veces naufraga en ellas, pero lo encontramos en iguales parajes, físicamente, aunque muy alejados por la geografia. Este pequeño camello sin giba no solo vaga en los arenales que convierten parte de nuestra América en pequeños Saharas y en las inmensas estepas patagónicas que recuerdan los desiertos del Asia, sinó que, mas fogoso que su hermano mayor, desafía las grandes alturas; vive salvaje, al nivel de los páramos de la Cordillera; allí el estridente

relincho alertea al viagero que los atraviesa. Desde el Ecuador hasta la Tierra del Fuego estiende su área de habitacion; presencia todas las grandes escenas de la naturaleza sud-americana; busca en el verano la sombra bajo las selvas vírgenes del trópico y se cobija en invierno entre los sombríos bosques, cubiertos por la nieve antártica; bebe á veces, el agua salada del golfo San Jorge y se deleita otras en los torrentes que bajan gozosos del pico del Illimani; pero donde se le admira en su completo desarrollo salvaje, es aquí, en Patagonia, de dónde, como dice Darwin, es característico, y donde tambien, puedo decirlo, todo es salvaje, sea sus habitantes, sus bosques, sus rios, sus soledades, sus desiertos y sus montañas. En estas regiones es abundantísimo, y siempre en mis espediciones lo he visto, admirado, corrido y comido. Los hay de gran tamaño: he medido algunos que tenian desde la cabeza hasta los piés una altura de mas de dos metros, pero la generalidad varía entre tres ó cuatro piés de altura hasta el lomo por cuatro ó cinco desde el hocico hasta la cola. Pesan hasta doscientos kilógramos. Su carne aunque seca es agradable, sobre todo en estos parajes donde solo como un grato recuerdo se conoce la ternera; la de los jóvenes y hembras es preferible, la de los machos viejos tiene cierto olor desagradable y es muy dura, pero siempre es comible.

Es petulante en alto grado; su gallarda figura acompaña larga distancia al viagero que lo encuentra, sea para desafiar á este ó para reconocerle. Coronando una colina, una meseta ó un peñasco, domina esta soledad austral y su relincho rompe á cada momento este triste silencio; cuesta quitar la vista del sitio desde donde mira orgulloso. Generalmente no es el hombre quien vé primero; el guanaco casi siempre lo adelanta y le advierte que ha sido descubierto; desde lejos le envía su grito de alerta y le sigue durante largo tiempo. Es el dandy de la region: su elegante cuerpo, su largo cuello é inteligente cabeza, su delgado y lanudo tronco y sus piernas finas y claras le dan una bella presencia. Difiere de todos los rumiantes, pero participa de varios de ellos; tiene, como dijeron los primeros que lo vieron, algo de camello,

de ciervo, de cabra y aun de oveja, pero á ninguno de estos tipos se inclina con preferencia bien marcada. A haber sido conocido por los antíguos Griegos, la fantasía de estos le hubiera hecho representar importante papel en sus mitologías.

Su color general es amarillento, colorado y gris, pero entre estos colores se destaca el blanco, uniéndose los otros tres en tintas suaves, sin formar manchas. Estos varían segun la edad y el sitio en que viven; he visto guanacos grises, casi blancos, y en las grandes tropillas se ven algunas veces uno ó dos oscuros, rojos, casi negros. En su cabeza predomina el blanco y el negro con sus variantes; las orejas al reverso son blanquizcas pardas, en el interior negruzcas; la frente es del mismo color, que aumenta, hasta el hocico, que es negro ahumado y muy suave; el pescuezo en el frente es blanco, en lo posterior es amarillento rojizo desde el occipital y bastante lanudo; la parte mas oscura rojiza, se encuentra en el lomo y los omóplatos donde la mancha de este color se distingue en el resto del cuerpo; arriba es amarillento rojo, hasta la cola, que generalmente es del mismo color, aunque un poco mas fuerte; el blanco predomina en el cuello, bajo el abdómen, en el lado interior de las piernas, á partir de un poco mas arriba de las rodillas; los muslos son rojizo-amarillosos; sus rodillas, algo arqueadas. Se para con gracia sobre sus piernas y cuando camina lleva siempre levantada su corta cola; es muy gracioso en todos sus movimientos y se nota gran flexibilidad en su cuerpo. Hay algunos animales que producen hasta tres libras de lana.

Son miedosos, pero tambien curiosos en alto grado, y muchas veces esta última cualidad vence á la primera y le basta á quien lo examina hacer el menor movimiento que no sea el de ofenderlo para que se acerque hasta muy próximo á él. Se ve unas veces solo, otras en grandes tropillas; he visto algunas de estas que contarian mas de mil individuos y semejaban, disparando en las laderas, una majada de ovejas grandes. Entre ellos reina, como en todas partes, el derecho del mas fuerte, y, generalmente, las tropas que se encuentran, compuestas de cien animales, son dirijidas por un solo macho, pues 99 son hembras que el valiente guanaco ha

reunido y conquistado para formar su serrallo al aire libre. A veces dos ó tres machos, que deben considerarse amigos, reunen hasta mas de doscientas hembras y vagan en las orillas del Santa Cruz donde son menos molestados por su gran enemigo, el indio. Se encuentran tambien tropillas de machos solos y sobre todo en ciertas estaciones; las componen los flojos que no han sido suficientemente valientes para procurarse las tan deseadas hembras y vivir separados dominándolas, pero, en la estacion apropiada, estas tropas, que algunas veces llegan á reunir doscientos individuos, buscan con el valor que dá el número, las tropas femeninas y se libran sangrientos combates con los guapos machos que las acompañan. Es entonces cuando las grandes tropas se reparten, y los guanacos solteros hasta ese momento llegan á obtener esposas, formando reuniones de tres ó cuatro hembras para un macho; pero con la division han perdido sus fuerzas: se forman entre ellos caudillos, combaten y el gaje de quien triunfa son las hembras del vencido, pues estas son esclavas y cambian con frecuencia de dueño; cuando esto sucede, los machos flojos viven aislados, temerosos, y se les vé tristes, en número de dos ó tres, léjos de los poderosos sultanes. Muchas veces he visto á cierta distancia de las tropillas de hembras, tres ó cuatro machos aislados, y los indios observadores me han dicho ser guanacos flojos que no se atreven á mezclarse con ellas, de temor de quien reina allí; suspiran desde léjos. Muchas veces los machos de las tropas de hembras se disputan sus amadas y las soledades australes son entonces testigos de combates formidables. Hay veces que uno de los combatientes muere y el otro queda inválido; siempre que he cuereado uno de estos guanacos grandes lo he encontrado cubierto de cicatrices. Las cuadrillas de machos son las mas osadas, las que se aproximan mas al cazador, pero tambien son las que huyen con mayor lijereza.

La hembra solo pare un guanaco, aunque hay ejemplos de que se vea una con dos ó tres; los pequeños, que son los que mas prefiere el indio, pues es de ellos de donde se sacan los cueros para los quillangos, son muy lijeros desde que nacen y ya á los dos

meses es difícil tomarlos; tambien ese es el límite de tiempo que deben tener los que el cazador aprovecha; teniendo mayor edad el cuero se vuelve mas lanudo y pierde la suavidad que le hace tan estimado. Cuando son muy jóvenes no es muy difícil cazarlos; las madres en un principio los acompañan huyendo, pero cuando el cazador las apura pronto se adelantan á sus hijos y entonces ellos se dirijen al hombre á caballo ó á pié, que se encuentra mas cerca y este puede tomarlo con ciertas precauciones.

Las madres al principio protejen la retirada de los hijos. Es frecuente que éstas, con el macho, esperen á quien los persigue, para dar tiempo á que los pequeños se retiren, pero pronto los perros del cazador las asustan y la defensa es exígua; he visto caso en que la madre, viendo cazado á su hijo, se aproxima á quien lo ha conquistado. Heridos y en tierra, se defienden á mordiscos y patadas y aun á escupidas y es difícil arrancarles la vida. He visto correr mas de una milla un guanaco que habia sido herido mortalmente de bala de Remington.

Ya he consignado en otra ocasion la sorpresa que esperimenta el guanaco y el modo cómo representa la sensacion que le ha causado la presencia del hombre. La caza de ellos es fácil, cuando se dispone de varios hombres; entonces, formando cerco y llevándolos á un punto donde se encuentren rodeados, es seguro tomarlos, porque se confunden y no aciertan á disparar, pero cuando el cazador está solo, necesita tener buen caballo y perros para alcanzarlos. Los indios, generalmente, esperan formar cerco antes de correrlos aislados. Se les domestica con facilidad y pueden formar rebaños como las ovejas. En el Cármen he visto algunos que vivian sueltos en una pequeña tropilla y que no se alarmaban del caballo ni de los perros. Como su lana es apreciada, llegará un dia en que las tropillas salvages de Patagonia se domestiquen, y que el hombre, en vez de aniquilarlas, como lo hace ahora, buscando solo su carne y abandonando su piel, á no ser la de los jóvenes, aproveche su lana, sin quitarle la vida, como artículo de comercio lucrativo.

El guanaco es viagero; poco permanece en un mismo sitio y

hace grandes viages, segun las estaciones; en verano, busca el centro del territorio, los valles y las mesetas del interior, y en invierno, cuando el viento frio y la nieve le incomoda, busca los tupidos bosques de las faldas de la Cordillera y las costas del Océano; en ese tiempo es raro encontrar un guanaco en el territorio intermedio. La emigracion se hace ó parcialmente en pequeños grupos, ó en grandes tropillas, y marchan de uno á uno por sus innumerables senderos, trazados algunos por otras generaciones de ellos. En las inmediaciones de la isla Pavon se han visto tropas tan numerosas, que han tardado en cruzar la meseta mas de una hora, y esto mismo lo han observado los indios en otros puntos. Esas sociedades se compondrian indudablemente de miles de individuos, que la necesidad hacia viajar unidos.

El guanaco es sóbrio, pues no busca los sitios bien provistos de pastos tiernos; prefiere las gramíneas bajas de las tierras altas, y gusta de preferencia del pasto que llamamos "fuerte". Cuando encuentra alguna lagunita, vive en sus inmediaciones, y aprovecha la oportunidad de beber, aunque en poca cantidad, y como es poco escrupuloso bebe hasta barro, y se le ha visto saciar su sed en agua salada. Como se le encuentra en abundancia en parajes donde el agua falta casi totalmente, es probable que este animal soporte la sed mas que muchos otros, y algunas veces me he engañado al creer encontrar agua donde vivian grandes cantidades de estos animales.

Dícese que los indios antiguamente tenian guanacos mansos y adiestrados para la caza, y que les servian para atraer á los salvajes, pero hoy no los emplean.

Darwin menciona una curiosa costumbre del guanaco: dice que durante varios dias seguidos depositan sus escrementos sobre un sitio que es siempre el mismo, y segun Alcides D'Orbigni parece que todas las especies de este género tienen la misma costumbre, de gran importancia para los indios del Perú, que emplean estas materias como combustible y que ni siquiera se toman el trabajo de recojerlo. Aún domesticados tienen este hábito, como me ha sido fácil observarlo en distintos parajes. Los que forman estos

montones de estiércol solo son los machos; desde largas distancias concurren á la letrina comun, y el observador puede ver que muchas de las sendas que encuentra concluyen en ella. He visto unirse hasta veinte caminos que llegan de todas direcciones. Estos depósitos esplican los manchones fértiles que se ven esparcidos sobre las mesetas patagónicas. En medio de la aridez característica, aparecen, como oasis de dos metros de diámetro, formados por agrupaciones de verde-amarillentas gramíneas, que han encontrado sustento en los desperdicios animales.

Otra costumbre de los guanacos es formar revolcaderos comunes, donde toda la tropilla se despereza, y cuando esta es muy numerosa, se ven, en un pequeño rádio, ocho ó diez de estas concavidades, próximas unas de otras. El guanaco tiende á la sociabilidad comunal.

El paraje donde nos encontramos está sembrado de esqueletos de guanacos, y desde que hemos principiado la marcha, podemos observar, en distintos puntos las mismas aglomeraciones. Darwin opina por esto, que los guanacos parecen afeccionar particularmente ciertos sitios para ir á morir, y dice que ha visto en este punto (Rio Santa Cruz), paraje en que el suelo está oculto por los esqueletos acumulados. "Esos animales debieron, en casi todos los casos, arrastrarse á este punto para morir en medio de los matorrales." Esta esplicacion del célebre naturalista no satisface completamente, ni esplica la presencia de esas grandes cantidades de huesos que se ven detrás de cada mata. Esta mortandad de guanacos es debida únicamente al frio, acompañado de los temporales, que en invierno se desencadenan en estos parajes. Las tropillas bajan en esa estacion de las mesetas, donde la crudeza del tiempo es terrible y donde la nieve ha cubierto los escasos pastos que les sirven de alimento; gradualmente los guanacos se refujian en las orillas del rio, no para "beber antes de morir", como congetura Fitz-Roy, sinó porque aquí la nieve no es tan espesa para que cubra totalmente la yerba. Se reune gran número en pequeñas tropillas, y estenuados por la falta de alimento y el frio, los que no han encontrado asilo en los bosques de la Cordi-

llera, emprenden su emigracion al Este. Así, los pobladores de Pavon han visto grandes tropas desfallecientes, seguir hambrientas las orillas del rio, dejando huellas horribles de su paso, en las rinconadas, donde descansaron los fugitivos durante la noche; el frio aniquila los mas débiles que, en grupos, buscan, al reparo de un matorral, el escaso calor que puede darles el mútuo contacto. Así se esplican los esqueletos reunidos, que siempre se encuentran depositados al lado opuesto de donde llegan los temporales. He visto aquí un rincon abrigado donde se pueden contar mas de cuarenta esqueletos, unos enteros, otros destruidos por los pumas y gatos, que acompañan á los elementos en su obra de destruccion y la completan.

Si en las estaciones agradables el guanaco busca, para descansar, los puntos elevados y limpios, donde sus enemigos no puedan acercarse sin ser sentidos,—en el crudo invierno, la necesidad les hace muchas veces ir á guarecerse hasta al reparo de la misma mata donde espia el puma. He observado tambien que, generalmente, los esqueletos pertenecen á animales de dimensiones pequeñas, lo que me hace creer que los que mueren, son parte de los que han entrado á la vida en la primavera anterior. Cerca del rio es donde siempre he visto estos depósitos; en las alturas de las mesetas pocas veces se ven guanacos muertos, pues este animal prefiere morir en las quebradas, donde, cuando el cazador le acosa, cae al ir á buscar, cruzando el rio, la salvacion. Nunca he visto en la meseta dos guanacos muertos juntos, á no ser en la guarida de los pumas. A Darwin le sujirió la vista de estas osamentas y la de un amontonamiento de huesos de cabras que encontró en Santiago, en las islas de Cabo Verde, la reflexion siguiente que, con la esplicacion de la causa verdadera que doy ahora, puede ser exacta, tanto mas que los depósitos de huesos de las cavernas pertenecen muchos de ellos á una época en que la temperatura debió ser mas cruel que la de Santa Cruz durante el invierno: "Doy á conocer esta circunstancia, insignificante en apariencia, porque puede esplicar de cierta manera la presencia de grandes cantidades de huesos en una caverna, ó el amontonamiento de huesos en un

depósito de aluvion; ello esplica tambien por qué razon ciertos animales son sepultados mas comunmente que otros en los depósitos de sedimento."

Cada año, miles de guanacos deben encontrar la muerte en las regiones australes, á causa de la temperatura.

Enero 24.—Habiendo calmado el viento pampero, salimos á las diez de la mañana y caminamos sin tregua hasta las siete de la noche. Es el mejor camino que hemos encontrado desde la Bahía, pues la márgen norte siempre nos dá paso con grandes ó pequeñas dificultades, pero no nos estorban las mesetas á pique que tanto tememos. Pasamos por parajes donde el rio es bastante mas angosto que su curso general, pero hay pocos rápidos en la orilla y aunque las vueltas son numerosas, los arbustos han disminuido y permiten que el caballo nos ayude en el trabajo.

Van siendo mas abundantes los restos de industria humana; á cada momento vemos rastros del paso de los antiguos indígenas, y sin alejarme de la cuerda que tiro, encuentro varios cuchillos de piedra. El paraje en que se recojen estas antigüedades, es generalmente en los bajos, donde una lomada baja, que desciende hasta el rio, proporcionaba abrigo á los primitivos habitantes.

Una loma que sirva de reparo al viento, una mata que brinde proteccion, las boleadoras y las flechas para los guanacos y avestruces, las pequeñas puntas de flecha para el pescado, que la claridad del agua permite distinguir, cuando hay calma, nadando en los remanses, bastaron al antiguo patagon para llevar una vida que quizás lo hizo feliz. Se comprende fácilmente que ellos elijieran estos rincones, porque no teniendo caballos, la caza en los despoblados abiertos hubiera sido imposible, y solo en los bajos, con lomadas y arbustos, pudieron encontrar emboscadas fáciles y provechosas.

No se encuentra mas vestigio humano que esas armas de piedra, y solo he recojido un fragmento de hueso, que parece haber sido pulido para darle punta y que puede haber servido de alezna para hacer los cobertores de pieles que usaron.

Las mesetas desagregadas què dejamos al Sur, nos ofrecen un

interesante panorama; una arquitectura fantástica ha convertido ese pedazo de pampa en castillos arruinados, murallas imponentes, pirámides de flancos desmenuzados, con grandes cubos en la base; todo árido, blanquizco y alumbrado por el sol que los destaca del fondo incierto. Allí parece yacer una ciudad geológica destruida, entre cuyos edificios inmensos se han formado médanos. Una interesante coleccion de fósiles espera en ella al feliz colector que disponga de tiempo y medios. Es este un paisaje de Norte-América, de las tierras de Nebraska, tan áridas para la labor industrial del hombre, pero tan útiles para el conocimiento de la historia del pasado de nuestro globo.

En el paradero de esta noche, Isidoro ha cazado un puma, el que despues de haber sido despojado de su piel, que se destina para las colecciones, es dividido en dos partes, una para la cena y la otra para los perros, los que no quieren comerla. Esta pieza, en el momento en que Isidoro la encontró, espiaba una tropilla de guanacos que bajaba á beber al rio. Patricio, al verla, ya muerta, se asusta de tal manera que, sin fijarse que es inofensiva, dispara de ella y se refugia en el bote; solo cuando la vé dividida cobra ánimo y devora su carne con un placer tan grande como el temor que antes le ha tenido. Los negros y otros salvajes comen la carne de las fieras para tratar de adquirir por ese medio el valor y la fuerza de ellas; Patricio, tal vez por herencia de sangre, hace lo mismo. Notando la aficion que tiene por esta clase de alimento, le damos el apodo de *Yanta-féras*, aunque él desea el de *Mata-féras*. Este jamás lo conseguirá. Se siente orgulloso con su nuevo nombre.

El paradero está situado en la falda de la meseta norte, al principiar una vuelta del rio, que cruza transversalmente el valle y donde hay un pequeño bañado bajo, que se interna en una quebrada que cae de los cerros y que presenta un aspecto pintoresco por la abundancia de arbustos. Se nota cierto cambio en la orografía de la region, y divisamos al Oeste tablas negras que nos anuncian el basalto; en la costa hemos visto fragmentos redondeados de esta roca, muy celulares, que semejan negras esponjas

petrificadas. Las mesetas se encuentran mas próximas unas de otras. En el bañado cazamos algunas zamaragullones *(Haliaeus Brasilianus)* y una Ardea (*Ardea melanoleuca*), que, con el cuello encojido, esperaba la noche para hacernos oir su lúgubre grito.

Enero 25.—Corriendo el rio por la falda de la meseta casi vertical, el principio del trabajo es sumamente engorroso, pues cuando no tenemos ese obstáculo, los bañados de la orilla opuesta se han vuelto intransitables con la creciente; esta va en aumento y en ciertos sitios bate con tal fuerza la costa á pique, que se desploman grandes fragmentos de roca, que pueden aplastar nuestro bote, el que arrastramos con energía y paciencia, sin tener en cuenta el peligro.

Salvado el primer mal paso, monto á caballo y subo á la meseta; necesito estar solo, pues me temo que los obstáculos agrien mi carácter, y comprendo que no debo manifestar á los buenos trabajadores que me ayudan, mi intranquilidad respecto al porvenir de nuestra tentativa. Alcanzo á cruzar tres mesetas elevadas, la última es de cerca de 1,200 pies (cálculo aproximado) y, sobre esta, encuentro un manantial situado en una hondonada agreste, pero triste, y al cual rodean mas de cincuenta guanacos, que se revuelcan en el barro salitroso, para refrescarse del calor insoportable del dia. Es el fragmento de territorio mas triste que he cruzado. Reina una aridez espantosa; la sequedad se opone al desarrollo de la vida orgánica, y asombra que el guanaco recorra esta tierra muerta; la lluvia pocas veces humedece esta planicie, y si llega con ella á desarrollarse la vegetacion, pronto la crudeza del tiempo la abate. Solo los depósitos huaneros de los guanacos distraen la vista; ese pasto amarillento que crece en ellos les proporciona alimento; estos animales fecundan la tierra que los nutre.

La impresion que nos deja el aspecto de la naturaleza en una region determinada está íntimamente ligada con el estado del espíritu del observador en el momento que observa, y quizás mi opinion sobre este punto esté sujeta á esa impresion, pero la encuentro así estampada en las notas tomadas esta mañana y ahora que las pongo en órden, considero que debo asentarla. Solo

he visto escasas matas de Calafates, pero, en cambio, en la última meseta, la mata negra sombrea grandes estensiones con sus oscuras ramas, y encendiéndolas, me dan ocasion de avisar á los del bote mi paradero, poniendo en fuga, al mismo tiempo, á los pumas y zorros que, guarecidos en ellas, presiente el famoso picaso, tuerto y cojo, que monto. Este es mas terco que dañino el puma.

Cruzando planicies y quebradas, llego á una de estas, cuyos bordes perpendiculares y renegridos anuncian el basalto. Corresponde á la meseta mediana que se eleva á 750 pies sobre el mar. Cuesta trabajo encontrar fácil descenso entre estos enormes cristales imperfectos, opacos, que parecen ahumados por tremendos incendios. Es un desfiladero sombrío y tétrico, dominado por inmensas murallas, cuyos flancos parecen haber sido asaltados y defendidos por gigantes, que desmoronaron sus piedras. La lava basáltica ha formado, entre la soledad de las mesetas, parajes aun mas tristes, mas imponentes, verdaderamente salvajes, abrigos de pumas y cóndores que en las cuevas rujen y en las alturas aletean.

La sábana ígnea que se entendió bajo el antiguo mar se ha quebrado sembrando de fragmentos la grieta, y entre estos sigo por el precipicio que se dirije desde el N. O. Lo dominan á ambos costados el basalto en cristales imperfectos, negros unos, pardos otros, sirviéndoles de contrafuerte los fragmentos que su infatigable enemigo, el tiempo, ayudado por el frio, han arrancado de esos muros verticales, de 120 pies de alto y que se elevan soberbios, entristeciéndolo todo. Es un espectáculo que ejerce melancólica influencia sobre el viagero; este enmudece, y hasta puedo decirlo, cierto temor, inspirado por el recuerdo de la catástrofe geológica que produjo esta escena, se apodera de él. Todo calla aquí; hasta los guanacos cesan de anunciar su presencia y vagan solos entre los matorrales; únicamente chillan los halcones blancos y negros y los cóndores. Un pequeño arroyuelo, hoy casi seco, con mala agua, pero que en otoño ó en invierno debe contenerla en mas abundancia, serpentea por el centro de la quebrada, que está obstruida en distintas partes por los peñascos que han caido de las alturas, y por los matorrales que la naturaleza

parece haber colocado aquí para atenuar la desoladora perspectiva de esta region verdaderamente infernal. Verdes gramíneas, algunas tan altas que parecen juncos, contrastan con la roca volcánica, y algunas amarillas y rojas calceolarias, inclinan su tallo sobre esta negra lava, representando la vida sobre una region de muerte. Es difícil recorrer á caballo esta garganta, y aun á pié hay ciertos puntos en que es muy molesto hacerlo.

Al volver al valle, noto que la salida de estos cerros se halla situada solo á media milla del paradero de anoche, y en su borde esterior la meseta me muestra la inclinacion del basalto que vá desapareciendo entre la capa glacial hácia el Este; al Oeste continúa la negra sábana tomando mayor desarrollo. El rio corre léjos de la meseta, y me es necesario galopar largo rato, entre parajes sumamente áridos para encontrar el bote que avanza lentamente. La lectura de los respectivos diarios de Fitz-Roy y Darwin me anuncia mas sérios obstáculos en los parajes que tenemos delante, al pié de las imponentes y negras murallas y fortalezas arruinadas, construidas por las lavas, y ansiosos de llegar á ellos trabajamos hasta muy entrada la tarde.

Enero 26.—Hoy, á medio dia, hemos llegado al punto peligroso que señala Fitz-Roy; el Santa Cruz baja saltando por sobre rocas que costean su márgen setentrional. Inmensas moles negras se destacan sobre la meseta, formando siniestro contraste con el celeste del cielo y las faldas están sembradas de enormes fragmentos cubiertos por arbustos. Es un paisaje completamente distinto de los que hemos cruzado; á la aridez producida por la falta de agua en terrenos generados por ella sucede la sombría formacion volcánica. La amarilla cumbre de la meseta ha cedido bajo el sólido y espeso basalto, y la escena, si bien continúa siendo patagónica, no conserva ya los dilatados límites que generalmente la caracterizan. Sus horizontes son reducidos; mas diversos, de tintes mas vivos; y el azul de arriba, la oscura faja volcánica, la parda meseta, los arbustos creciendo mas verdes entre las negras piedras al borde del ancho rio, de aguas azul-verdosas, que las bate blanqueándolas, forman un variado panorama, por el cual

el hombre desarrolla tambien sus fuerzas con el blanco bote que roza los peñascos basálticos que hacen nuestro trabajo sumamente peligroso, pues las aguas forman entre ellos rápidos remolinos que inclinan la embarcacion esponiéndola á zozobrar á cada momento y á arrastrar á los que, desde las puntas de las piedras, llevamos el remolque. A cada instante nos encontramos en presencia de dificultades de esta clase, pero siempre tenemos suerte y las vencemos, y dejamos atrás el paradero de Fitz-Roy, al llegar á Basalt Glen. Esta sombría quebrada, inmensa rajadura en la estrata volcánica que la domina á ambos costados con sus moles geométricas, se dirije desde el N. O. hácia el rio, formando en este punto una pequeña bahía pintoresca en su misma tristeza. Estas moles oscuras, casi columnares, que caen á plomo desde la meseta, y cuyos fragmentos han rodado hasta el agua, están matizadas de lujosas gramíneas y de otras plantas distintas á las de la meseta, que ya hemos observado, y todo indica mas vida vegetal y mas variedad en ella, que en el territorio ya recorrido. Estos pequeños desfiladeros oscuros, sembrados de enormes peñascos de ángulos fuertes, negros y mohosos por el tiempo, dan al paisaje un aspecto de una region de hierro; el basalto cubierto de pequeños líquenes tiene, desde lejos, cierto viso de vetustez que caracteriza las antiguas construcciones del hombre. Un pequeño manantial corre por el centro con poquísima agua y es alimentado por las que se depositan en el punto en que la capa volcánica reposa sobre la capa sedimentaria y la que produce en este punto una cinta alegre, verde, bien definida, de plantas tiernas, que tratan de atenuar esta imponente soledad.

Fitz-Roy se equivoca al creer que por esta quebrada corre el Chalia, mencionado por Viedma, en su viaje á la Cordillera. El manantial que he visto hoy, se habria sin duda convertido en pequeño arroyo, en el tiempo que el célebre marino lo examinó, es decir, en otoño (26 de Abril de 1834) y esto le hizo suponer esa direccion al rio citado por Viedma y á quien los indios dijeron que desaguaba en el Santa Cruz. En los datos que he dado en el capítulo XII de este libro, encontrará el lector el verdadero curso

QUEBRADA BALSÁTICA EN LAS INMEDIACIONES DEL RIO SANTA CRUZ

del Chalia, que no es otro que el arroyo que pasa por el paradero de Shehuen Aiken y que desagua en el Rio Chico, el cual, á su vez, afluye á la Bahía de Santa Cruz.

Hemos conseguido salvar los malos pasos y hacemos nuestra parada al pié del murallon basáltico, en la vuelta del rio que forma un valle pequeño. En este, la caballada puede encontrar buen alimento; los matorrales abundan y adquieren dimensiones bastante notables. Establecemos el campamento en un sitio bien resguardado y cómodo para poder descargar el bote y revisar el estado de las provisiones, pues con los distintos tropiezos hemos hecho algunas averías á causa del agua que ha penetrado en él.

Enero 27.—Isidoro amanece enfermo. El viento de los Andes sopla con fuerza y agita el agua que se encrespa sobre las piedras y choca en ellas con gran ruido. Como el cauce del rio es aquí angosto (mas ó menos 200 metros), la corriente es mas veloz y el trabajo incómodo en alto grado; no debo esponerme á que fracasen mis proyectos y resuelvo no moverme hoy. El Sr. Moyano sale á cazar y vuelve con un avestruz (*Rhea Darwinii*), cuyo cuero saco para las colecciones, y en seguida hago una escursion á las quebradas basálticas, para poder, desde las alturas, buscar las crestas de la Cordillera.

Todo se combina para hacer mas lóbrego este desfiladero de basalto; el dia es frio, oscuro y á ratos cae lluvia fina y el viento sopla con furia, produciendo en ciertos momentos, en el valle silencioso, silbidos tristísimos. Este escenario fuera digno teatro de las hazañas cantadas por Ossian; recuerda las soledades, hijas del paso de Fingal. Cuando en un momento un chubasco cargado de grueso granizo, blanquea, golpeando los negros flancos de los peñascos, la superficie escabrosa de la angosta quebrada, mi imaginacion cree ver aquí un sudario mortal, y en los esqueletos, resíduos del festin del puma, despojos de algun héroe de las huestes de Loclin, abatido por el dardo del titan de Morven. Los cristales de sólida lava, tronchados y caidos unos sobre otros, semejan piedras funerarias, sobre las cuales exhalan las águilas gritos siniestros, que el espíritu toma por un momento como fatales augurios.

Enero 28.—Al Oeste del paradero, el rio forma una rápida vuelta viniendo del Sur, desde el borde de la meseta opuesta, dejando al Norte una estensa llanura, pues la meseta balsática no la sigue, viniendo casi en línea recta E. O. Presenta esa llanura dos pequeñas mesetas, y en la superficie, inmediata á la lava, se admiran preciosos manantiales, fertilísimos, como no esperaba encontrar aquí; dos pequeñas lagunas permanentes alimentan miles de aves, y se regocija el viagero mirando los flamencos (*Phoenicopterus ignipalliatus*) los patos (*Daphila spinicauda)* los chorlos (*Totanus melanoleucus)* y las gallaretas (*Fulica leucopyga*) que en innumerables bandadas cambian á cada momento de bañadero. Esta capa de agua, que nace bajo el basalto, fertiliza la region, y su aspecto nos arrebata la tristeza que produjeron las quebradas visitadas ayer. Los guanacos abundan por cientos, y en todas direcciones vemos tropas de avestruces que huyen de los perros de Isidoro, que tambien se han animado como nosotros. Esto es espléndido para una cacería, pero Isidoro continúa enfermo y bastante molestado, y ni siquiera le participo, á mi regreso al campamento, el hallazgo feliz que he hecho de este fértil oásis. No podria aprovecharlo.

Esta tarde he hecho una escursion sobre la capa de lava; sobre ella se divisan mesetas elevadas de 2,000 á 2,500 pies, que se escalonan hácia el Oeste; pero á pesar de hallarse despejado el horizonte en esa direccion, la Cordillera está velada aun por la distancia á que nos encontramos de ella.

Creeríase que el hombre no hubiera vivido en esta region árida y escabrosa, pero me prueba lo contrario el encuentro de algunos rascadores y un cuchillo de piedra, dejados por los antiguos indígenas.

Enero 29.—Por las alturas termométricas tomadas hoy, en el punto de ebullicion, obtengo una altura para la meseta basáltica, inmediata al campamento, de 751 pie y para este la de 235, medidas que considero bastante aproximadas á la verdadera. La última dá una pendiente bastante sensible al curso del rio, pero la vemos confirmada por su velocidad; la capa de basalto la calculo

aquí en cerca de 140 pies. La temperatura media del dia ha sido de 12° Réaumur.

El Sr. Moyano ha cazado hoy un guanaco; así nuestro compañero reemplaza con buen éxito á Isidoro, que continúa enfermo.

Enero 30.—Nos ocupamos de levantar un pequeño cairn, como signo de nuestro paso por este punto.

Al presenciar este espectáculo, la tristeza vuelve á apoderarse de Patricio, que no alcanza á comprender el significado de nuestra operacion, no pudiendo pensar sinó que ella tenga por objeto servirnos de tumba.

He incendiado los matorrales de la falda del cerro para ahuyentar los pumas que anoche han molestado á la caballada y que distinguimos ahora, huyendo de las oscuras grietas que abundan en los flancos de estos enormes peñascos. A la noche el frio nos asalta y nos hace pasar momentos bastante desagradables, pues nos anuncia un prematuro invierno.

Enero 31.—Aun dura nuestra detencion; innumerables cóndores y caranchos (*Polyborus vulgaris*) acuden al campamento en busca de los despojos de nuestra *cocina*, y estamos rodeados de centinelas alados que alarman al brasilero, el cual no duerme la siesta por temor de ser atacado por ellos.

El tiempo ha recrudecido; á las doce el termómetro marca 5° Réaumur; el frio andino nos llega, y á la noche, en el arbusto inmediato á mi cama, encuentro que dicho instrumento ha descendido á 2°, temperatura bastante desagradable para el mes de Enero! El brasilero la comenta, y bravateando la desafía; sus botaratadas llegan á tal punto, que le obligan á bañarse en el rio, produciéndole una sensacion tal, que pasa mas de cinco minutos sin poder articular palabra y con los miembros entumecidos por el agua helada.

El desgraciado bañista tirita toda la noche, prometiéndose no volver á ser valiente "á la fuerza."

Nuestro campamento presenta un aspecto mágico. El incendio continúa con mayor intensidad; ha atacado los murallones de basalto y devora los arbustos.

La luna, que hace un mes veía elevarse sobre el tranquilo Océano, alumbra radiante esta escena ardiente; las llamas gigantescas serpentean entre las grietas y hacen destacar los negros muros invencibles para ellas, y las columnas tumultuosas de densísimo humo hacen resaltar la suavidad y los ténues contornos de pequeñas nubes fugitivas que corren empujadas por el crudo viento andino. Los rayos lunares las platean unas veces y otras los interceptan ellas; entonces admiramos mas la escena infernal que se desarrolla frente á nosotros, produciendo ruidos pavorosos y que contrastan con el bello panorama que, desde la altura, domina á nuestro tranquilo campamento.

CAPITULO XIV

ASCENSION DEL SANTA CRUZ—LLEGADA AL LAGO

SUMARIO—Cerro "Tres de Febrero"—Mal paso—Pumas—Rocas erráticas—Alteraciones en las capas terciarias—Fósiles—Depósitos glaciales—Manantiales—Paso de Indios—Primera vista de la Cordillera—Enfermo—Buen camino—Nuevos tropiezos—Los Andes—Ultimo paradero de Fitz-Roy—Penoso carnaval—Arroyo del bote—Escursion á caballo—El Gran Lago—Continuacion de la marcha—Grandes trozos erráticos—El bote surca aguas lacustres.

Febrero 1°.—La noche ha sido cruel y nos ha tomado desprevenidos. Isidoro ha curado, y podemos continuar viage á la madrugada. La inmensa vuelta hácia el Sur no nos ofrece grandes probabilidades de adelantar mucho al Oeste, lo que nos obliga á levantar campamento antes de la hora ordinaria, para poder llegar á otra meseta, cuyos flancos se inclinan á cierta distancia, anunciándonos que allí corre el rio, antes de torcer para formar la gran curva.

Al principio encontramos tropiezos, porque las piedras agitan demasiado el agua y además es necesario conocer la profundidad

del rio en este punto, para lo cual debemos cruzar á la otra orilla, largando la sonda en medio del cauce. Encontramos 84 pies, 48 pies y 24 pies en los distintos puntos; en la vuelta 30 pies. Concluida esta operacion, dejo que la gente continúe con el bote, y emprendo la cruzada á pié para acortar camino y conocer ligeramente la llanura. Sigo un pequeño sendero que vengo observando desde hace algunos dias y que no me parece trazado por los guanacos; es camino de "Chinas", llamado así por haber sido formado por las mujeres indias, que siempre siguen el mismo trayecto, cuando van en marcha con los toldos, mientras los hombres buscan la caza. Parece ser muy antiguo, de la época en que el Patagon usaba cuchillos de piedra, pues he recojido dos de estos.

El aspecto de la comarca es bastante variado y las lomas no son planas, imitando mesetas, sinó onduladas, como si hubieran sido levantadas por fuerzas internas, y forman bajos bastante pronunciados al llegar á la meseta alta que es coronada por el basalto negro.

Todo es mas fértil; la vista del paisaje es mas risueña y los pájaros mas abundantes; los guanacos ascendiendo las pequeñas colinas retozan alegres, sin recelo del hombre que, á pié, cruza cercano, espantando bandadas de Pechos Colorados (*Sturnella militaris*) ó de patos que se alimentan con la esquisita fruta del Calafate (*Berberis*). El rio corre por el lado Sur, pero las mesetas del Norte se han aproximado mas, siempre con las ondulaciones ya señaladas, lo que impide distinguir una larga distancia desde la costa.

He descansado durante la siesta al resguardo de un pequeño matorral, hasta que Isidoro llega con la caballada á este punto; pero el bote no se divisa, y varios cóndores que revolotean lejanos entre las colinas inmediatas al curso del rio, me hacen pensar que alguna desgracia ha acontecido á la tripulacion; retrocedo á pié siguiendo la orilla, y recien á la tres millas doy con él y comprendo la causa que motiva el retardo; el camino que ha hecho es engorroso, y además ha sido necesario demorar para cargar un guanaco que han cazado y que es la presa que atrae á los cóndores.

Recien á las diez de la noche llegamos al matorral paradero, no sin grandes esfuerzos, sobre todo en la última parte, donde el borde del rio es en estremo fangoso, y donde la noche oscura nos oculta los buenos trechos para llevar la sirga. Pasamos agradable noche, despues de habernos alimentado bien con fariña guisada con grasa de avestruz, y escelentes beefsteaks de guanaco.

Febrero 2.—La corriente no es tan rápida en este punto, pero la inundacion nos retrasa mucho en la marcha; hay parajes en que el rio tiene 400 metros de ancho y donde las aguas han ocultado matorrales sobre los cuales vara el bote y que nos maltratan cruelmente al echarnos al agua para desligarlo de las ramas. El cauce del Santa Cruz se dirije ahora del Norte; y estos zig-zags van siendo tan numerosos y tan espaciosos que poco ganamos al Oeste. A medio dia se levanta un fuerte viento que acrece la velocidad de la corriente de tal manera que nos obliga á parar antes de entrado el sol, entre un bajo inundado, cubierto de Matorro blanco (*Quenopodiácea*) y de Calafates. Es el paraje mas montuoso que he encontrado hasta aquí; lo cubren médanos grandes, que ocultan los peñascos negruzcos desmoronados de la capa basáltica que lo domina y con la cual el rio, que desciende rugiendo al pié, forma un cercado natural, casi completo, para nuestra caballada. Este es el punto donde el almirante Fitz-Roy estuvo á punto de perder una de sus embarcaciones; el ruido que las aguas hacen al chocar en los peñascos derrumbados que hay en el fondo, en una hoya profunda y dominada por otras piedras, es grande: es una enorme caldera que bulle y cuyo hervidero siembra de blanca espuma todo el ancho del canal. Un trueno siniestro, aunque no fuerte, se siente contínuamente y nos avisa el peligro que vamos á arrostrar si tentamos salvar ese infierno de rocas y de olas. El rio está sembrado de islas formadas por la inundacion que vá invadiendo el valle y me encuentro perplejo sobre cuál de los canales debo seguir, pues por todas partes vemos piedras ó matorrales cubiertos, pero denunciados por los penachos que el agua forma sobre ellos.

Febrero 3.—Nuestro campamento ha sido instalado ayer entre

unas matas abrigadas, que la casualidad nos ha mostrado y que hemos elejido previendo temporal. Los fenómenos meteorológicos parecen oponerse á nuestro progreso hácia lo desconocido, y el frio, el viento y lluvia, ó el calor insoportable, nos incomodan cuando encontramos que el torrente no nos muestra séria oposicion. No podemos pasar una hora sin que alguno de esos obstáculos ponga á prueba nuestra paciencia humana. Anoche, sin embargo, hemos tenido buena eleccion en el paradero, pues no sé cómo la hubiéramos pasado acampando en despoblado.

Aun en el abrigo en que nos encontramos todavía hoy, pues dura el temporal, hemos sentido los efectos de las inclemencias patagónicas. La maleza, que me recuerda dias agradables pasados en las Salinas Catamarqueñas, durante mi espedicion á las ruinas de los Calchaquíes, ha sido débil reparo; la lluvia ha descargado sobre nosotros y nos ha mojado completamente, á pesar de las cuevas que cada uno ha formado en los intrincados troncos de los arbustos, precaucion que no olvidamos cada vez que el tiempo nos amenaza. Al despertar, cada uno se encuentra convertido en isla, rodeado completamente por el agua y apénas podemos levantarnos, pues nos encontramos sumidos en la tierra guadalosa. Es un amanecer bastante desagradable.

El viento continúa del O. S. O. con fuerza cada vez mayor, levantando remolinos de arena que recorren, caracoleando, la llanura y elevando columnas de polvo sobre los peñascos basálticos, lo que nos produce la ilusion del humo de la lava, aun incandescente; el bote balancea con el viento y la corriente, y á pesar de sus buenas amarras, nos infunde sérios cuidados su situacion.

No hay posibilidad de movernos; si tratáramos de cruzar á la orilla opuesta, seguramente iríamos á tomar la costa, frente al paradero de donde salimos ayer de mañana; mas vale permanecer tranquilos entre tanta intranquilidad y aguardar, para continuar la marcha, que los elementos se apacigüen. El Señor Moyano, Isidoro y Patricio salen á cacería y vuelven á la tarde con los excelentes resultados de la escursion, la que ha proporcionado un Guanaco, un Avestruz y una Ardea (*Ardea mycticorax*), en cuyo buche

encuentro pequeños pescados. El avestruz, que es muy gordo, alimentaba en sus intestinos una lombriz cilíndrica bastante desarrollada. Todas estas presas, aumentadas con un gordo pato (*Daphila*), de carne sumamente agradable, se convierten en pródigo banquete con que mi espedicion festeja el aniversario de la caida del Tirano.

Es el apéndice forzoso al bautismo que he hecho del cerro basáltico inmediato y donde truenan las rompientes. Acabo de recorrer sus pedregosas faldas; he rebuscado en sus peñascos sombríos, en medio de ruinas geológicas inmensas, á las que los elementos han dado la apariencia de devastaciones humanas, y por una de esas evoluciones del pensamiento, que sin quererlo unen en una misma idea sensaciones bien opuestas, he encontrado analogías entre esta creacion de las furias volcánicas y las sangrientas obras del hombre odiado, cuya caida tuvo lugar hace hoy 25 años.

El luto pétreo que cubre la meseta y que domina la garganta que he recorrido, impresionado por el recuerdo de la historia, me hace pensar en el luto de la pátria, en aquellos aciagos años que precedieron al dia que hoy festejamos.

He mirado el espantoso remolino que gira vertiginoso, puliendo los negros cantos del basalto, que se ven renegridos entre la blanca espuma; he visto los desplomes del borde arenoso, que la creciente labra y desprende de la orilla á pique y que pulverizan las veloces corrientes que debemos tratar de vencer, siguiendo nuestra marcha adelante, y esos obstáculos físicos me han recordado obstáculos morales que produjeron los malos dias; dando impulso al cuerpo al mismo tiempo que á la mente, me he internado entre las peñas y los matorrales espantosamente sombríos por la tormenta que oscurece el cielo y el fuerte viento que hace temblar los tupidos arbustos en las empinadas y angostas quebradas, y al llegar á una de estas, cauce de un pequeño, pero profundo torrente, seco hoy, he visto un gran puma que destroza los sangrientos despojos de un indefenso guanaco que acaba de sacrificar, saltándole al cuello desde el escondrijo volcánico que le sirve de guarida

Esa escena, aquí, dominada por esos cerros negros que para alejar las fieras he coronado de llamas que serpentean ascendiendo y asaltando la cumbre que queda envuelta en denso humo, impone y fortifica mas el recuerdo triste evocado al entrar en la quebrada obstruida: y para perpetuar el aniversario de la caida de Rosas, hombre, pero puma de instintos, doy á este paraje el nombre de "Cerro 3 de Febrero".

Este bautismo lo festejamos de la manera ya enunciada.

He vuelto á encontrar rastros del paso del hombre salvaje; desiertos hoy, estos parajes han debido ser sumamente frecuentados en épocas lejanas. Conforme con la opinion de Fitz-Roy, creo que la naturaleza del terreno no incita á que los que usan caballos atraviesen estas regiones donde hay tan poco alimento para ellos y tan mal terreno; pero para el hombre á pié, necesitado, nada le presenta sérios estorbos, y la prueba de que han pasado por este punto rocalloso no consiste solo en cuchillos y rascadores, con los cuales las mujeres preparan las sencillas vestiduras de esos nómades Nemrods australes: en la cima del basalto he encontrado esta mañana un pequeño túmulo ó cairn, muy antiguo, casi destruido completamente, y donde solo he hallado un fragmento de antebrazo humano, señal de que aquello fué el sepulcro de un indígena, y cuyos despojos trataron sus deudos de preservar de esa manera.

Los mosquitos nos incomodan horriblemente esta tarde; el sol ha vuelto á aparecer, habiendo calmado el viento, y el calor ha alentado esas pequeñas fieras que en grandes enjambres nos asaltan, produciéndonos fiebre.

Varios cóndores silenciosos vienen lentamente á posarse cerca de nosotros, ahuyentando algunas palomas *(Columba maculosa)* que temblorosas se asilan en las ramas, pero es tal la escitacion que nos causa la nube de Dípteros que ninguno de los cazadores puede hacer presa de ellas.

Febrero 4.—Apenas aclara, Isidoro, que ha pasado casi toda la noche en vela á causa de haberse alejado la caballada alborotada por algun puma, y que se halla impaciente por salir de este

sitio, nos despierta con un buen jarro de café bien fuerte, segun lo he dispuesto anoche. Vamos á atacar el mal paso; energía no nos falta, pero juzgo conveniente cierta escitacion artificial para llevar adelante la marcha, donde el terreno nos ofrece tantos obstáculos. La principiamos, pero por mas tentativas que hacemos, es imposible vencer el remolino; avanzamos hasta él, pero la corriente poderosa nos arranca la cuerda de las manos y hace girar el bote, alejándolo aguas abajo y esponiéndolo á zozobrar contra las piedras.

Tres ataques seguidos y enérgicos no nos ayudan y resolvemos emprender la tarea del remolque por el Sur, que es bien ruda y la mas penosa que hemos efectuado hasta hoy. La anchura del rio es grande, pues la inundacion va ganando terreno y no es posible ir por la orilla, porque los arbustos son numerosísimos y los rápidos que la corriente forma sobre ellos son casi invencibles; la velocidad es tal que el agua ondula en los canales formados en los desplayados, y los matorrales cubiertos solo están denunciados por los penachos del agua que choca contra ellos. Todos nos lanzamos al agua, y, no ya tirando, sinó arrastrando el bote, unas veces tendiéndonos, otras enredándonos en las matas sumergidas, avanzamos así hasta que por entre ese intrincado archipiélago de islas, piedras y arbustos sueltos, podemos llegar con grandes precauciones al cauce del rio, y haciendo esfuerzos para no dejarnos arrastrar demasiado por la corriente, arribamos á la orilla Norte, donde Isidoro nos espera con la caballada. El sitio en que varamos solo queda á cien metros del torbellino y para salvar ese espacio hemos necesitado cinco horas de trabajo contínuo.

El escitante café ha ayudado á la energía de que hace alarde mi gente, que ahora almuerza para continuar la tarea.

La lámina representa el paisaje á cuya vista hemos tenido que trabajar tanto, y el mal paso se encuentra ocultado por el promontorio negro de basalto y los matorrales. Despues de almorzar, continúa la marcha del bote, remolcándolo con el caballo hasta el punto donde desemboca una quebrada, que es la situada en medio del grabado, y allí, como la barranca es á pique, é

imposible de salvarla por su falda y presentando al lado Sur orilla cómoda para continuar á pié, hago cruzar el bote y me dirijo con Isidoro y los caballos por la quebrada mencionada. Esta, en su borde derecho, se presenta coronada de basalto; á la izquierda el cascajo glacial reposa sobre la arenisca terciaria. Las capas de esta última formacion no se encuentran aquí en estratas horizontales; hállanse inclinadas hácia abajo, en direccion al Este.

CERROS TRES DE FEBRERO

La formacion basáltica cesa aquí, y bordea la quebrada en direccion Nor-Oeste hasta mesetas altas, que se divisan hácia ese lado y cuyas cimas onduladas no presentan la horizontalidad de las líneas que caracterizan las regiones que ha cubierto la lava sub-marina luego de solidificada. La meseta terciaria sobre la cual cruzamos se dirije al Sur, sin indicar el menor rastro de sábana basáltica. Curioso es el fenómeno de estas colinas, tan próximas unas de otras, unas coronadas de negra lava, otras de arena y cascajo, sin que estas últimas conserven señales que puedan inducir á pensar que en otro tiempo fueran cubiertas por el líquido

ígneo, aun cuando este, despues de solidificado, se hubiera descompuesto. Los fragmentos de esta roca son raros sobre ellos.

Al ascender por un cañadon la quebrada despojada de basalto, hallamos que sus laderas están cubiertas de un pasto amarillento, con pequeños manantiales profundos, rodeados de lujosas gramíneas, donde los caballos gozan aprovechando esta yerba tierna que hace ya tiempo no comen. Un leon espanta la caballada que huye despavorida, y mientras Isidoro lo corre con sus perros, me encargo yo de dirijir la tropilla y el carguero en busca de descenso fácil por la abrupta ladera. De jefe de la espedicion me convierto en arreador de caballos, pero lo hago con gran placer. Sobre la meseta que es mas fértil que las otras elevaciones que ya he cruzado, se distinguen cerros en ambos costados, pero distantes. Al Oeste, tambien, algunas mesetas elevadas se definen con claridad, pero la tan anhelada Cordillera aun está velada; cúmulos blancos como nieve forman, en el fondo azul celeste del cielo, espléndido telon á los gigantes andinos, cuya vista ansío tanto, pues preveo que ella nos dará mas aliento para proseguir la marcha hasta admirarlos desde sus grandiosas bases.

El descenso con la caballada es asunto sério, aumentadas las dificultades por mi falta de práctica en esta operacion de conducir tropillas y por la escabrosidad de la pendiente, por la cual debemos llegar al fondo del valle. Las yeguas y potrillos se asustan al mirar al abismo, caracolean y echan á disparar por la inmensa pampa alta; el carguero siembra la llanura de los despojos de su carga desarreglada, y el picaso tuerto y cojo, se convierte aparentemente en estátua de piedra, al borde de la meseta, al mirar cómicamente de reojo la profundidad árida del valle. Su escuálida figura no me hace reir, por el contrario, me fastidia sobremanera. Solo despues de largo rato y de repetidas tentativas, frustradas al creerlas coronadas de éxito, consigo que la caballada se arriesgue por los empinados senderos de los guanacos, que serpentean en la falda. Aseguro que mi aprendizaje fué cruel; el picaso, ciego del lado de la meseta, mira solo el precipicio y este le espanta; le teme, dá vuelta y emprende nuevamente la

ascension á la pampa. Si no fuera por el gran valor que le han asignado los indios y que debo satisfacer en caso de pérdida, lo abandonaria á los pumas.

Mientras trabajo en las vueltas y revueltas espantando los caballos, que por cualquier piedra grande que se desprenda ó cualquier matorral que se les interponga al paso, vuelven hácia atrás, diviso algo mas al Norte, en el bajo de la meseta, enormes rocas pardas y amarillentas de fisonomía estraña á las demás y que atraen mi atencion. Llegado al paradero del bote, donde Isidoro ya me ha adelantado llevando á la grupa el leon que nos proporciona buen asado, hago atar el caballo á la sirga, pues el camino se presta para ello, y me dirijo en seguida á esas rocas curiosas.

En el trayecto examino los primeros grandes trozos erráticos; inmensos peñascos pulidos, suavizados por el enérgico rozamiento de los hielos, se ven sepultados entre el cascajo, y con mas generalidad al borde del rio, donde van á aumentar con los matorrales el número de los rápidos, y, por consiguiente, el de los inconvenientes del viage. Esos enormes fragmentos transportados, de granito, basalto y traquita, muestran sus faces negras, blancas y grises sobre la superficie del suelo. Son páginas imperecederas, donde encuentra el geólogo, que lée en el gran libro de la naturaleza, la prueba evidente de uno de los fenómenos mas grandiosos de los últimos tiempos geológicos. Al verlos, la imaginacion retrocede en las edades é imagina el gigante ventisquero que sembró con los destrozos de las montañas el valle triste por donde serpentea el Santa Cruz, que se alimenta hoy de las frájiles ruinas de sus hermanos menores, las sábanas heladas de las cordilleras, y que salta bullicioso sobre los antiguos testigos de la pasada actividad del líquido elemento congelado.

Las rocas amarillentas que habia distinguido desde la meseta, se encuentran á un quilómetro de la orilla del rio. Es la parte mas compacta del terreno terciario, que por la desagregacion de las superiores mas deleznables avanza en peñascos macizos y de grandes dimensiones, al pié de la meseta, medio ocultos por matorrales

de ropaje bastante lujoso, si se les compara con los que brotan en la planicie. Cubos enormes, grupas redondeadas de inmensos mónstruos, escalinatas aun bien conservadas, vestigios de labor humana en los tiempos de su grandeza brutal, créese ver en esos trabajos del tiempo, que semejan productos de creaciones antiguas del hombre.

Este rincon aislado que escapó á la observacion de Darwin, ¡qué inmenso interés hubiera tenido para el ilustre naturalista! La historia de generaciones pasadas yace sepultada en las entrañas arenosas de este gris zócalo de meseta. La superposicion de las capas ha conservado entre ellas restos de séres que la naturaleza ha colocado en ese lecho, unas veces enteros, otras en pequeños fragmentos, para atestiguar á los otros organismos generados por la incansable progresion de sus fuerzas, la genealogía de los que les precedieron en el teatro de la vida, preparando su aparicion en esta escena. Esos animales cuyos restos han hecho rodar las aguas marinas y las fluviales hasta dejarlos sepultados bajo la superficie del suelo patagónico, muestran la riqueza y la variedad de séres que ostentaban sus curiosas formas en los paisajes terciarios.

Esta inmensa tumba que conserva un mundo nuevo, que la erosion desentierra y revela al feliz observador, guarda los vestigios de la vida de miles de siglos. He investigado sus ruinas, he recorrido sus paredes y al menor indicio de vestigios las he atacado batiéndolas con el martillo y el pico; y entre esa árida soledad he encontrado la animacion de las épocas perdidas, han resucitado á mi vista los estinguidos vertebrados de los tiempos de la aurora del terciario!

El período eoceno, no denunciado aun en Patagonia, me ha asombrado con la estraña forma de alguno de los séres que vivieron durante él y que han cumplido su evolucion, sin dejarnos descendientes próximos en que imaginarnos la figura de los que cesaron. Incrustadas en la dura piedra, mi feliz estrella me hace encontrar grandes osamentas; en las pequeñas grietas recojo, en varios fragmentos, el colmillo de un poderoso paquidermo desa-

parecido, y ascendiendo la escalinata geológica de blancas, amarillas y grises fajas, mi coleccion paleontológica se enriquece con los despojos de variadas formas vivientes en los distintos períodos del terciario: Marsupiales, Roedores, Carnívoros, Paquidermos y hasta los Desdentados, que habíamos creido hasta ahora pertenecer al cuaternario. Diez formas distintas de séres vivientes en épocas en que la tierra patagónica estaba distante de tener la disposicion orográfica de la actualidad, han encontrado un nuevo reposo en mi maleta, despues de haber, en su duradero yacimiento, cruzado los grandes cataclismos; han reposado en el fondo del mar, han sido arrastrados por perdidos rios, han vuelto á las profundidades del Océano, han sentido quizás el calor de la ardiente lava que cubre hoy las mesetas, luego el frio glacial representado por la capa de *detritus* de esa época, hánse sentido humedecidos por las lluvias diluvianas, y hoy el cierzo seco y el sol hánlos acariciado antes de ser admirados por el hombre y ser recojidos como materiales importantes para la reconstruccion de la vida del pasado. La ley fatal los ha hecho desaparecer del escenario del mundo, dejando solo sus osamentas para que con el trabajo de su sucesor, el hombre, se reconstruya el panorama mas ó menos real de la época en que precediendo la aparicion de quien lo estudia, cumplía su mision en el universo.

Buscando la orilla del rio á través de unas lomadas sinuosas que cierran el pequeño valle por el Oeste, he encontrado señales evidentes de la alteracion de las capas terciarias, producida por algun levantamiento rápido; las barrancas de flancos desnudos muestran una inclinacion en sus capas de 45° y hay algunas donde se las vé casi verticales; se hallan sembradas de fragmentos grandes y pequeños de basalto y otras rocas, predominando las primeras, lo que puede ser debido al desagregamiento de la capa volcánica y glacial por el impulso del accidente que ocasionó esa diferencia notable en la disposicion del terreno.

En este punto el curso del rio se presenta muy variable y las vueltas son rápidas, produciendo remolinos en las corrientes que retroceden al chocar con los trozos erráticos de basalto y granito

que hay en las orillas. Poco falta para perder el bote que, en uno de sus retrocesos, arrastrado por esos remolinos, choca contra un peñasco; tenemos que cruzar cuatro veces el rio, para salvar este paso.

Almorzamos á las tres de la tarde en una pequeña ensenada donde desagua en invierno un arroyo que debe ser bastante caudaloso; desciende del N. O. y corre por un cañadon bastante pintoresco, dominado por amarillentas quebradas y fortificaciones volcánicas. Vuélvese á divisar hácia el Oeste una nueva llanura, tan solitaria como las anteriores, pero ya mas agreste; los inmensos trozos de piedra con que está sembrado el suelo semejan á la distancia pequeñas chozas, y una vez la ilusion me ha hecho ver un rodeo de vacas dormidas, en las piedras que señalan, al parecer, una antígua morena. Los cascajos han aumentado de volúmen y los de un pié cúbico son innumerables. Algunos peñascos erráticos miden hasta 15 metros cúbicos y los hay de formas distintas: unas veces créese tener delante un menhir funerario; otros, á primera vista, tienen la fisonomía de un pico de montaña, cubierto por el pedregullo. Muchas veces se duda si son rocas erráticas ó rocas *in situ* sobre todo, los enormes fragmentos basálticos; pero inmediatamente, al costado de una de esas rocas, se encuentra otra de cuarcita ó de traquita, lo que desvanece toda duda. Algunos presentan el aspecto de piedras largamente trabajadas por las aguas ó los hielos, y otros tienen sus ángulos tan bien definidos que se cree hayan sido separados de la roca madre en estos últimos tiempos.

El camino, á partir de este punto, se hace mas fácil, habiéndose alejado hácia el Norte la meseta abrupta basáltica, dejando libre el valle bajo. Al Sur se vé ahora esta formacion, que entristece la comarca con su negro manto, y hácia el Oeste y Nor-Oeste las mesetas á la distancia vuelven á presentarlo tambien á ciertos intérvalos.

A la entrada del sol acampamos en la márgen norte, en un retazo fértil, al pié de un gran Calafate de aspecto arbóreo y que por su tamaño se divisa desde una distancia considerable, desta-

cado sobre el azul del agua, que dominada al Sur por una barranca casi á pique, corre sombría por la hora, cubierta aquella cumbre por la lava basáltica á la que la fantasía de los elementos ha dado el aspecto de una imponente fortaleza.

El sol ha descendido enrojeciendo el horizonte pequeño que dejan ver dos negros peñones volcánicos, y el cielo azul oscuro con la tenuidad de la declinacion del crepúsculo, nos muestra lánguidos los grandes astros aislados. Gozando del fresco de la noche que reemplaza al calor sofocante del dia, alrededor del fogon que mirado de léjos parece una llama desprendida de la lava que lo domina, comentamos las fatigas del dia, las pesamos con nuestra energía, y, contentos con haber cumplido nuestro deber, nos dormimos todos.

Febrero 5.—Desde el momento en que salimos hoy, las piedras entorpecen nuestra marcha; un promontorio basáltico se adelanta hasta el mismo cauce y forma innumerables rápidos, á lo que contribuye el menor ancho del rio. Los grandes fragmentos de rocas amontonados unos sobre los otros, dan con dificultad paso á la caballada que tiene forzosamente que cruzar por sobre ellos.

Las mesetas enangostan y cierran casi completamente el valle, dejando solo la abertura por donde el rio, que forma una rapidísima vuelta trayendo su curso del Sur, corre rujiendo.

Encontramos aquí estensos pastizales verdes, alegres, alimentados por preciosos y ligeros manantiales que nacen en la base del basalto. El viento fresco hace ondular los penachos de las gramíneas, entre las cuales de vez en cuando se destaca un montuoso calafate que las domina con sus oscuras hojas; los juncos abundan en los parajes pantanosos y los berros prosperan en las orillas del manantial poco profundo que los alimenta. Cruzamos cuadras y cuadras refrescándonos los piés en esta agua fria y en el césped, pero encontramos pasos tan barrosos que es imposible cruzar por allí tirando á pié el bote: hay que hacerlo por el Sur. La inundacion vá borrando el buen camino y convirtiéndolo todo en un pantano inmenso.

Estos sitios son los preferidos por los pumas y los condores;

sobre todo en las dos mesetas basálticas que dominan las márgenes del rio, borrando su vista la alegría que comunican los fértiles matorrales. Entre las peñas blanqueadas por sus escrementos, se ven los gigantes del aire chillando lúgubremente, persiguiendo á veces algunos loros incautos (*Conurus patagonus*) mientras no se le ofrece á su aguda vista otra presa mas importante. En la llanura donde los avestruces y los guanacos vienen á solazarse en estos oasis situados en el centro de tanta desolacion, los pumas huyen de nuestro tropel y de nuestros cuatro perros. Miran asombrados la tropilla que un momento creyeron ser de guanacos, y dando grandes saltos se alejan á buscar refugio entre los peñascos y los tupidos matorrales.

Paramos á medio dia en las inmediaciones de un buen matorral y en la pequeña península que forma un rio seco, que cuando trae agua se dirije, á juzgar por su cauce sumamente tortuoso, desde el Norte, El paisaje me recuerda una escena del territorio de las Manzanas á orillas del Limay, cerca de Nahuel-Huapí, pero faltan los corpulentos árboles que adornan esa region. El agua sumamente clara nos permite ver hermosas truchas nadando en un remanso, las que pescamos y comemos.

Mientras descansan los marineros salgo á caminar por el cauce seco, y encuentro un puma, el mas grande visto hasta ahora y que Isidoro enlaza momentos despues. Estaba en acecho esperando la oportunidad de arrojarse sobre uno de los potrillos, pero lo descubren los perros y el gaucho vaqueano poco tarda en alcanzarlo; lo ha enlazado de una mandíbula al ir á hincar sus colmillos en uno de los cachorros que lo acosaban y que ha herido con sus garras. Al irle á colocar bien el lazo y concluirlo de matar se abalanza sobre mí, y casi me hubiera despedazado si Isidoro no dá un buen tiron del lazo y lo arrastra. Ví su garra á pocas pulgadas de mi cabeza. Patricio guarda las manos con las uñas para hacer tabaqueras que regalará á sus amigos en Buenos Aires, como prueba de la veracidad de las aventuras de viage que contará. Los demás nos contentamos con comer un buen costillar y con guardar el resto para los dias venideros,

pues el terreno es tan pedregoso que ya se vá haciendo difícil obtener caza por medio de las boleadoras y los perros, y nuestras municiones no son muy abundantes.

A las tres de la tarde continuamos: el rio corre con ménos fuerza y considero fácil ganar el estremo de la vuelta que hemos nombrado "de los Tres Cerros" por algunos mamelones glaciales que distinguimos sobre la meseta Norte.

Este punto era en otro tiempo uno de los preferidos por los indios para efectuar el paso del rio, y en sus márjenes he encontrado pedazos de palos de toldos. Le llaman "Yaten-huajen;" conjeturo que haya sido elejido por la facilidad que presente el menor ancho del rio, su corriente menos veloz á causa de la poca pendiente, los buenos pastos para los caballos, cuando llegó el tiempo que los indí-

genas los tuvieran, y por la abundancia de caza en los manantiales, cuando cazaban á pié.

Los hielos flotantes antiguos han depositado en este valle inmensa cantidad de rocas amontonadas, que forman pequeñas colinas que llevan la direccion N. O. á S. E., como si hubieran sido depositadas por un inmenso ventisquero en distintos puntos de descanso, aunque me inclino á creer en lo primero. La ondulacion del terreno es cada vez mas pronunciada en el bajo, cuando se adelanta hácia el interior y las mesetas se elevan á 1150 pies; se nota mas variedad en la disposicion de las cumbres, lo que hace cesar la perspectiva uniforme hasta ahora de la region por donde corre encajonado el Santa Cruz.

Cruzando el valle á caballo para alcanzar el estremo de la vuelta, he encontrado en el camino un elegante zorrino que aprovechando la tarde hacia caminar sus pequeños hijuelos; esta preciosa escena que se desarrollaba alrededor de la cueva, en cuya boca los esperaba la madre amorosa, fué interrumpida por mis acompañantes, los perros, que dieron muerte á esos bonitos, pero asquerosos habitantes de la antigua *Morena*. Sus cueros sacados por Isidoro servirán algun dia de abrigada alfombra en algun lujoso salon de elegante dama.

Paramos la caballada en la falda de los Tres Cerros, entre unos médanos que bordean por el Este el rio que corre en este punto N. S. La abundancia de piedras erráticas es muy grande, y los vientos han levantado la arena que las rodeaba, formando profundas cavidades, en medio de las cuales se hallan esos trozos. De nuestro paradero situado en una de esas hondonadas no se distingue nada; solo el rio que ruje al saltar por unos peñascos que se divisan al pié de la opuesta barranca á pique; pero he subido al primero de los Tres Cerros y desde allí he esperimentado un gran gozo. ¡Los Andes están en el fondo del horizonte! sus atrevidas moles azules se destacan severas, coronadas sus cumbres de blanca nieve, pues ninguna nube las oculta. Encuentro compensadas todas las fatigas y solo siento no tener la tripulacion á mi lado para admirar juntos el grandioso respaldo de nuestra gran pátria.

Nuevos tropiezos detienen el bote que no se avista, y recien en la noche avanzada distingo una hoguera lejana en el oscuro fondo Sur, inmediato á la meseta; dejo á Isidoro en el paradero, y temeroso de que algo haya sucedido á mi gente, cuando vamos tan cerca de ver coronadas de éxito nuestras fatigas, me dirijo hácia la luz, sin preocuparme de llevar armas, y con solo una caja de fósforos para ir anunciando mi aproximacion.

Aseguro que mas de un rato amargo he pasado en el trayecto que separa ambos campamentos. La noche es sumamente oscura y los pozos en los médanos tan numerosos, que no comprendo cómo no he muerto al caer á ellos por entre los arbustos espinosos que cubren sus bordes; pero esto no ha sido el mayor peligro. Solo quedaba un fósforo, y faltaba la mitad del camino que hacer, cuando escucho el ruido producido por un animal que se mueve en la oscuridad; el instinto de conservacion me anuncia un enemigo, enciendo ese fósforo último y veo delante un puma listo á lanzarse sobre el hombre, que ha equivocado con el guanaco y que al reconocer el error huye saltando. Cómica escena, que hubo de convertirse en sangrienta, pero bastó la luz del fósforo, destello de la inteligencia humana, para hacer comprender á la fiera la inmensa distancia que existe entre la víctima que creyó tener delante y la que encuentra.

Recien á media noche llegué al paradero del bote que habia sido sorprendido por la oscuridad al dar la vuelta al Norte. Patricio me cree á la distancia un puma y casi me dispara un tiro de Remington. La embarcacion ha caminado bien, pero ha habido que cruzar un rápido bastante grande. Mando á Francisco á caballo á que acompañe en el otro campamento á Isidoro y le lleve algo que comer, pues él, como yo, nunca lleva nada cuando nos separamos del bote; la costumbre de vivir en el desierto nos ha vuelto sóbrios, cualidad que están lejos de tener los que vienen en el bote, pero ya se acostumbrarán!

Febrero 6.—Un fuerte viento andino no nos permite caminar; además, la enfermedad que me han producido las agitaciones físicas y morales, sobre todo en los últimos dias de trabajo, me ha

abatido hoy, y los dolores reumáticos que vengo sintiendo desde el dia en que caí al agua y dormí rendido al sol, me han atacado la espalda y la cabeza, de tal manera que me es imposible moverme. Con bayetas calientes desaparecen momentáneamente mis dolores, y una fuerte dósis de sulfato de quinina calma la fiebre; esto me permite recorrer á la tarde las alturas de los Tres Cerros para volver á ver la Cordillera, vista que espero me consuele.

El mismo puma que hubo de atacarme anoche trata esta madrugada de hacer presa de Francisco, que ha quedado descansando dormido en el paradero de Isidoro; debió su salvacion á haber sido sentido por el vigilante "Blanco" que dá el furioso ladrido de alarma. El temeroso Patricio se desespera, á todos lados vé leones y me pide permiso para dormir en el bote, donde estará seguro.

Moyano caza un guanaco y Estrella, solícito conmigo, se convierte en escelente cocinero y me obsequia con un esquisito beefteack del puma cazado ayer, que me hace olvidar por un momento mi triste posicion, enfermo, á mitad de camino, entre el Atlántico y la Cordillera.

Febrero 7.—Cruzamos á la orilla opuesta con el bote, porque los rápidos aumentan del lado Este y los médanos inundados se han vuelto tan pantanosos que hay peligro de vida en ir por dicha orilla del rio; al concluir la vuelta vemos que este desciende ondulando, pero casi recto del Oeste, lo que nos promete adelantar gran camino hoy; muchas de las barrancas son á pique, en otras el basalto inclinado llega hasta el agua, formando inmensos remolinos, pero siempre una de las dos costas nos permite el paso, y además, la gente ha visto los Andes; estos ejercen atraccion sobre ellos, y hacen grandes esfuerzos.

Pasado el terreno volcánico, el valle se ensancha á ambos lados; colinas suaves preceden á las mesetas basálticas que se han alejado hácia los costados; el campo mejora; la vista tiene para admirar un horizonte mas vasto y mas alegre; los arbustos tienen mayor amplitud y mas verdor; los cañadones son mas fértiles y toda la comarca aumenta el contento que procura al ánimo entristecido por la sombría lava, el lejano panorama de la Cordillera. Las bar-

rancas del rio varian de colores; vemos grandes fajas blancas que se reflejan en las aguas azules; de otras amarillas, brotan verdes manantiales; un negro trozo de basalto yace al lado de un blanco peñasco errático de cuarcita. La gigante *Ostrea patagónica* vuelve á aparecer mostrándonos que el inmenso manto fosilífero que se estiende desde el Paraná hasta la Tierra del Fuego, en la costa del Atlántico, penetra tambien en el corazon de la Patagonia. ¡Qué exuberancia de vida antigua denotan estos vestigios marinos!

La llanura está cubierta de matorrales de Matorro blanco, que le dan un bello aspecto, y la arena que cubre el cascajo pequeño permite galopar con gusto. Se respira libremente aquí. Todos tiramos la sirga con placer, y siendo el camino tan cómodo (relativamente) vamos amontonando castillos sobre castillos, que se desmoronan en los primeros rápidos que encontramos al llegar á un zanjon que debe ser arroyo en invierno, y que se dirije del Nor-oeste. Dormimos en él.

PAISAJE EN EL RIO SANTA CRUZ

Febrero 8.—El camino continúa por bañados estensos donde no se puede sirgar á caballo, siéndolo sumamente molesto á pié; pero en los parajes donde la inundacion ha abarcado gran parte del valle, podemos marchar ayudando los remos con el bichero. Las vueltas son sumamente rápidas en ciertas partes, y en otras el cauce del rio adquiere un ancho normal mayor que en la region que hemos recorrido. El valle es muy pobre de vegetacion, pudiéndose decir que casi son tantos los trozos erráticos, como los arbustos; así el país vuelve á revestir su triste carácter patagónico. En la costa del rio hemos encontrado los primeros troncos de árboles, mayores que los inciensos ó calafates, los que nos anuncian los bosques de la Cordillera. La vegetacion aquí cambia de aspecto, y los arbustos citados van siendo menos numerosos, lo mismo que otras plantas de las que abundan en las inmediaciones del Atlántico. Acampamos en un bajo, habiendo caminado poco, pues mis dolores reumáticos han vuelto á presentarse.

Febrero 9.—Anoche los pumas han alborotado la caballada, lo que no nos ha permitido dormir; uno de ellos se ha atrevido hasta llegar á nuestro campamento, causando gran pánico á Patricio y llevándose un avestruz que Isidoro boleó ayer.

El camino es pésimo y el calor insoportable; la creciente es terrible y hace difícil la continuacion de la marcha; cuando no hay que cruzar por sobre matorrales sumerjidos, las vueltas nos desesperan. Algunas barrancas á pique, que se desploman, nos ponen á riesgo de zozobrar. Tenemos ya los cuerpos completamente destrozados, y varias veces el decaimiento moral de alguno de nosotros espone á la espedicion á volver sobre sus pasos.

Al principio de una barranca á pique, que hay que cruzar indefectiblemente, paramos á descansar, teniendo nuestros cuerpos calados por la fria agua del torrente y calentada la cabeza por un sol de 25° Réaumur, á la sombra. Es uno de nuestros dias mas crueles; suave vapor se eleva de nuestros cuerpos y siento latidos dentro del cráneo, lo que me hace temer una congestion al cerebro.

Desde aquí, en el Sud-Oeste, se divisa un cerro negro bas-

tante elevado, que presenta grandes manchas blancas que atribuyo á descomposiciones de sustancias calcáreas dejadas por el agua, durante la época del levantamiento de las mesetas, desde el fondo del Océano hasta la altura que ocupan hoy. En un principio creí fueran depósitos de nieve.

Con peligro emprendemos el paso de la barranca, habiendo estado los dos marineros y yo, que somos quienes tiramos, á punto de perecer desplomados; pero á mitad de camino se aumenta tanto el trabajo, que decido cruzar al Sur, esponiéndome á estrellar la embarcacion contra una barranca de piedra dura, ó zozobrar en el centro del rio sobre una isla medio sumerjida. Vamos teniendo poco temor á un fin desastroso, tales son los tropiezos que encontramos; insignificantes quizás para una espedicion numerosa, son muy sérios para la pequeña que dirijo.

Patricio se resiste á marchar á pié tirando el remolque, porque ha visto en las orillas ciertas señales que le demuestran que los pumas han andado por allí; tanto mas cuanto que oímos los ladridos de los perros, que en la ribera opuesta persiguen á uno de estos animales.

Lo que ha alarmado al brasilero son las impresiones de las patas de los avestruces que se han refrescado en la arena humedecida.

Debo ponerme en la punta de la cuerda y tirarla por dentro del agua ayudado por el correntino, porque Estrella y Patricio, desde adentro, dirijen el bote. El Sr. Moyano ha quedado en la orilla del Norte.

A no ser por la espléndida vista de la Cordillera, el paisaje aquí no podria ser mas desconsolador.

Llegados al punto que Fitz-Roy señala como segundo "Paso de los indios", encontramos huesos de caballos y un fragmento de cuchillo, lo que prueba la veracidad de la observacion del marino inglés; y habiendo cruzado á la márgen norte, acampamos en el mismo punto que lo hizo él, alrededor de las osamentas que menciona en su diario.

Los picos de la Cordillera están mas definidos, y nos orienta-

mos con la aguja, tomando como punto de observacion el "Castle Hill" de Fitz-Roy. La apariencia de esta tarde es espléndida y nos compensa el mal dia. Una nube celeste y blanca oculta el agudo pico de un atrevido cerro muy elevado, cubierto de hielo eterno, y la ilusion del deseo me dice que es la gigante bandera pátria que flamea gozosa saludando nuestra llegada. ¡Qué alegres ensueños voy á tener esta noche!; qué agradables recuerdos vá á evocar mi alma, mientras el cuerpo descansa de la marcha penosa del dia!

DESCANSO EN LAS ORILLAS DEL SANTA CRUZ

Febrero 10.—Peor camino que ayer; no hemos hecho en todo el trayecto marcha mas penosa; encontramos puntos en que el rio parece tener una milla de ancho, tal es la gran inundacion. Las vueltas, aunque no muy estensas, van siendo mas numerosas. Las orillas del Norte son bajas, preciosas, con pastos escelentes, con abras, que son cauces de rios de invierno, y cuyos horizontes estensos y amarillentos dejan ver á lo léjos, en el N. Oeste, las capas basálticas que van retirándose á ambos lados, formando un

valle mas ancho; en el Sur, barrancas á pique, tristes, cubiertas de piedras, limitan el valle por ese lado. En el fondo los Andes van definiéndose cada vez mas, y algo nos dice que pronto estaremos á la vista del ansiado lago. Una gran quemazon oculta la region del S. O. y una cadena casi recta E. O. de colinas elevadas de 1400 piés, con grandes quebradas y que sirven de escalones para llegar á otros cerros mas elevados, limitan el valle en el Sur. Al O. de nosotros y al Este de "Castle Hill" se divisa una quebrada grande á cuyo pié me parece que debe correr un rio. Vamos, pues, á entrar en la parte mas interesante del viage, en la region desconocida, en lo que Fitz-Roy llamó "Llanura del Misterio".

En el cauce actual del rio hemos encontrado un gran trozo errático que mide fuera del agua 4 piés de altura.

En este dia alcanzamos el paraje donde suspendió su esploracion Fitz-Roy, pero no hemos podido hallar el menor vestigio porque la creciente lo oculta todo; hubiera sido una dicha para nosotros obtener algun resto de aquella tentativa de develar las misteriosas fuentes del Santa Cruz. Solo la falta de elementos, y sobre todo de alimentos, pudo hacer que retrocediera el marino inglés; tantos valerosos esfuerzos, tantas fatigas, se estrellaron contra la falta de provisiones, y tuvo que dejar sin concluir la espedicion, que realizada en todas sus partes, hubiera tenido magnífico resultado.

La rápida vuelta del rio hácia el Sur y un gran bajo que sigue en esa direccion, en este punto, fué la causa por la cual suspendiera Fitz-Roy el trabajo de los botes para proseguir un dia mas á pié, hácia el Oeste. Al principiar esta vuelta, hay, en el Norte, una laguna bastante bonita, casi circular, la cual no fué vista por Fitz-Roy y que se alimenta con las aguas del rio que penetran á ella por un pequeño canal.

Hemos tenido que tirar el bote á pié, durante casi todo el dia, y esto dentro del agua, á causa de los arbustos y de la inundacion, pero lo hacemos con gusto, deseando llegar cuanto antes al famoso Lago Viedma, que es donde nos dicen nace el Santa Cruz. El valle está formado aquí por cascajo y arena traida por

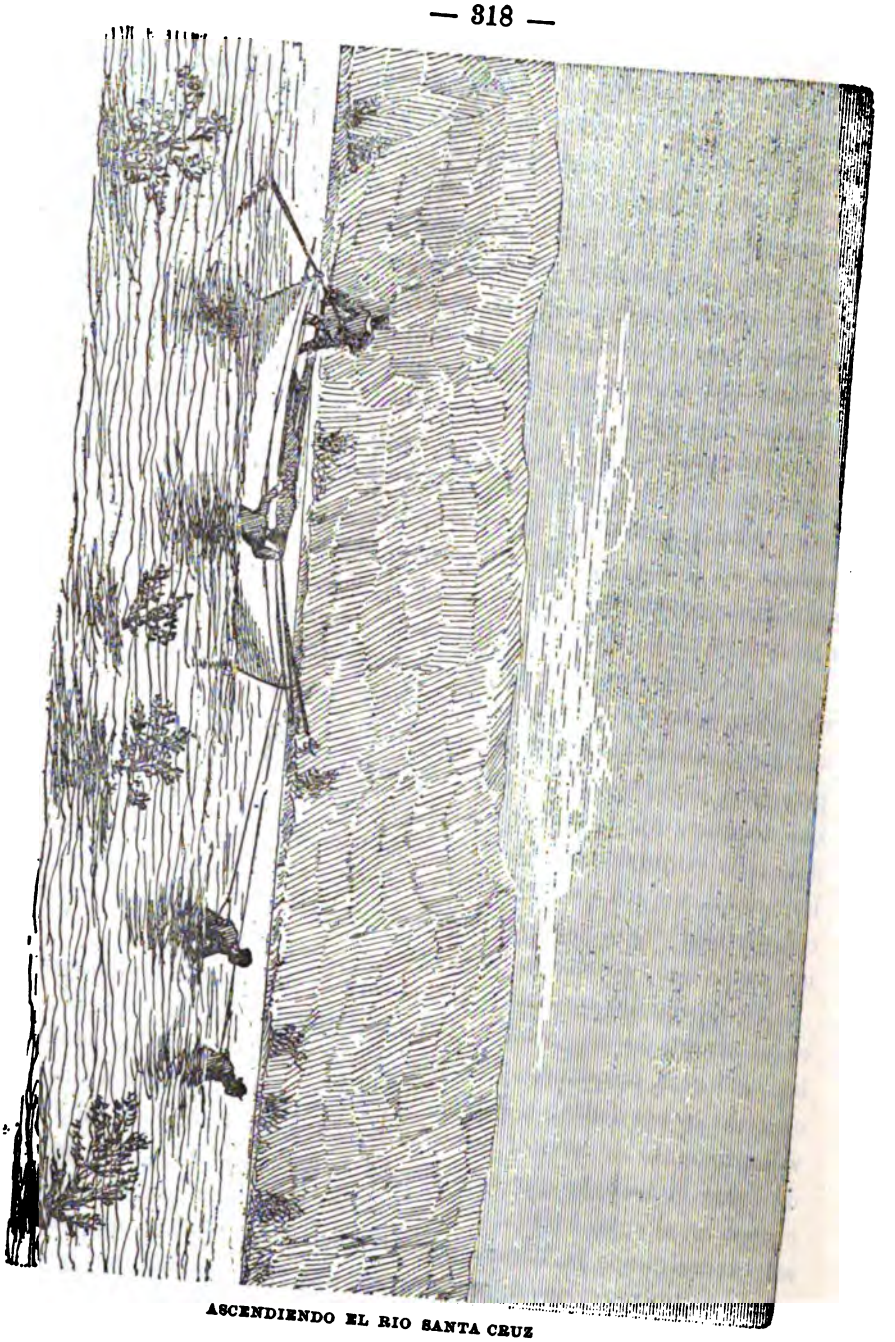
los hielos; la cantidad de los trozos erráticos es inmensa y vemos colinas de pedregullo, esclusivamente, á 200 piés sobre el rio.

El bote ha tenido que pasar en el centro del cauce y fondear en medio de un matorral casi sumerjido, porque no ha sido posible llegar á tierra firme á causa de los guadales, donde, á pisar en ellos, gran trabajo hubiéramos tenido para salir.

No hemos comido nada hoy, y aunque Isidoro, desde la costa, nos grita que ha cazado un avestruz, no podemos ir a buscarlo por mas tentativas que hacemos, y aunque tenemos á bordo algunas conservas, un dia de hambre se olvida con el sueño; debemos guardarlas para el porvenir, para cuando lleguen los dias en que el terreno no permita la caza, ó falte esta. Además, el cansancio es tan grande, que ni ánimo hubiéramos tenido para hacer nuestra comida; no solo ha habido que sirgar por entre rápidos, lagunas, pedregales y matorrales, sinó que para entrar en la vuelta ha sido necesario construir un canal por donde arrastrar el bote.

La corriente velocísima aquí, lo devasta todo, y habiéndose desviado en parte el curso del rio, este está sembrado de rápidos. Su aspecto desde la barranca casi me ha desalentado en un principio, pero esos penachos blancos que saltan sobre las matas, con ruido que abruma, esas líneas de corrientes blancas, que van arrastrándolo todo y que debemos resolvernos á atacar, so pena de suspender la marcha, no nos han arredrado y hemos emprendido la tarea de combatirlas con la pala, el remo y la sirga, esponiéndonos á perdernos antes que retroceder.

Un espectador impasible que mirara la escena que se desarrolla en el centro de esta vuelta, dominada por barrancas á pique, de las cuales se desploman grandes fragmentos al venir las avalanchas de la corriente, y donde el bote y sus tripulantes tratan valientemente de vencer los obstáculos, hubiera creido empresa de locos el trabajo que estamos haciendo; desnudos, con medio cuerpo en el agua helada, con la cabeza calentada por el ardiente sol, arrastramos la blanca embarcacion sin nombre, que lentamente avanza, gracias á los esfuerzos que trae consigo una pequeña ambicion de gloria.



ASCENDIENDO EL RIO SANTA CRUZ

A la noche, el mismo espectador, atónito, hubiera visto la misma embarcacion, inmóvil, fondeada en el centro del rio, iluminada por rojas hogueras, fantásticas luminarias con que alumbramos el veloz Santa Cruz, encendiendo las copas de los arbustos á mitad inundados. Es un mágico espectáculo el que nos proporcionan esta noche los rayos que serpentean sobre las aguas que bajan.

Pasado el primer cansancio, recobramos ánimo, y canciones alegres nos recuerdan la pátria y las diversiones con que estos momentos contentan la amistad lejana. Es la víspera del Carnaval; todos los que estamos reunidos somos jóvenes, y aunque mas no sea que en recuerdo, las fiestas nos regocijan, cualquiera que sea el punto en que nos encontramos.

Febrero 11.—Entre las bancadas del bote, ó entre los arbustos, encojidos como aves de rapiña, dormimos esta noche pasada sin acordarnos que el menor cambio en la corriente nos hubiera arrastrado á la muerte. El brasilero está orgulloso porque hemos dormido todos tranquilos en medio de un torrente. ¡Qué cuento para Buenos Aires; cómo se asombrarán sus compañeros de taberna!

Hoy en la capital mis amigos festejan con alegría el primer dia de Carnaval.

Honda impresion hubiera causado á los chiquillos que admiran el Corso, la vista de estos cinco Neptunos estrafalarios, que no juegan con las aguas, sinó que luchan contra ellas en el centro del Santa Cruz. Este tambien para nosotros es un dia de locura frenética, pero bien distinta á la que tiene por teatro las calles de las ciudades porteñas. Es un carnaval siniestro; á cada momento la pequeña comparsa que arrastra el bote puede ser hundida en los remolinos ó aplastada por un desplome de la barranca.

Hemos dejado atrás las huellas de las canoas de Fitz-Roy y vamos siguiendo las del guigue de Feilberg, quién, mas feliz que yo, no tuvo que luchar con esta gran inundacion, y esto es consuelo grande; los colores argentinos son los únicos que han flameado en estos parajes, pero es deber nuestro llevarlos aun mas adelante y con provecho.

Esta vuelta del Santa Cruz, prolongada en apariencia por un gran bajo que á primera vista parece ser el cauce del rio, pues la bordean barrancas escarpadas que se internan al Sur hasta perderse entre elevados cerros, fué, como ya he dicho, lo que indujo á Fitz-Roy á no continuar el viage por agua; á nosotros tambien nos ha desconsolado durante todo el dia, hasta que en un momento en que podemos atracar á la costa Sur, distinguimos desde lo alto de la muralla el curso del rio, que á pocas cuadras de allí desciende rápidamente desde el Oeste, por entre barrancas muy aproximadas, lo que nos indica que el gran bajo que nos ha alarmado es solo un antiguo cauce. En esta vuelta, inmensa S, bordeada de barrancas escarpadas unas veces, otras de pantanos, es donde mi tripulacion demuestra la resistencia tenaz que, llegado el caso, pueden desarrollar contra los obstáculos quienes se proponen llevar á cabo una idea que realizada, seria recibida con aplausos; bástame decirles esto, para que no desmayen en el penosísimo trabajo de diez y seis horas consecutivas, durante las cuales solo adelantamos á rumbo cuatrocientos metros. Pasados estos, nos encontramos en la "Llanura Misteriosa", próxima al lago, que debe estar ocultado por las grandes humaredas producidas por incendios de bosques andinos. Esta inmensa hoguera de leguas nos oculta hoy toda la falda Sud-Oeste de la Cordillera y no nos permite orientarnos con sus montañas.

Cuesta trabajo la indagacion de lo que encierra esta desconocida region, pero, por lo mismo, mas agradable es la vista de cualquier objeto nuevo, que, estamos seguros, ha escapado á la de otros hombres civilizados. Sumamente rendidos, hacemos noche en la costa del Sur, dentro del bote, mojados y sin tener ropas que mudarnos, porque durante el trabajo del dia varias veces las aguas han penetrado en él, y ha escapado milagrosamente de hundirse; solo tenemos que lamentar la pérdida de parte de nuestras exíguas, pero preciosas provisiones.

Febrero 12.—Continúa el trabajo para concluir la vuelta, lo que conseguimos á medio dia, acampando en la márgen norte, en el paraje donde el rio desemboca, descendiendo casi recto del Oeste.

En el gran bajo hemos encontrado un arroyo angosto, muy correntoso, que corre en el centro de un pequeño valle bastante fértil que se alterna con médanos y grandes estensiones de cantos rodados por donde el agua salta bulliciosa. Este bajo, como ya lo he dicho, es el cauce de un gran rio antiguo, aunque ménos profundo que el Santa Cruz. Debió ser alimentado en lejanos tiempos por las aguas y las nieves de las montañas terciarias y basálticas que se elevan al Sur á una altura mayor de tres mil piés, negras, pardas y todas áridas. Llamo á este pequeño curso de agua "Arroyo del Bote" en recuerdo de la embarcacion que tripulamos.

Ni ayer ni anteayer hemos comido carne, y sí solo algunas galletas y dos cajas de sardinas con fariña frita en grasa de avestruz; pero es necesario buscar mejores alimentos, pues los enumerados no bastan para las seis personas que forman la espedicion. Isidoro ha salido á campear guanacos, pero estos han desaparecido, lo que nos alarma, pues un avestruz por mas hermoso que sea, solo es suficiente para un dia, y los caballos se encuentran en deplorable estado.

Empleamos el medio dia en descargar el bote y en poner al sol las provisiones para secarlas y aprovechar las que no se hayan perdido, operacion que nos muestra que la avería del Carnaval nos cuesta la tercera parte de los alimentos indispensables para el cumplimiento del viage.

Salgo á pié á recorrer las inmediaciones y á contemplar otra vez mas la vuelta que nos ha costado gran trabajo en salvar; la llanura alta está sembrada de gruesas piedras y hay puntos en que parece que la mano del hombre ha contribuido á elevar los montones que el hielo ha formado. Mas de una vez me he engañado creyendo tener delante un cairn, donde Fitz-Roy y Darwin hubieran dejado testimonio de su llegada hasta aquí. La vegetacion es mas arbustosa que pastosa, y el campo mucho mas ondulado, en la vecindad de nuestro paradero. En las cumbres de algunas colinas se ven inmensas piedras erráticas, que semejan monumentos sepulcrales, tumbas de antiguos héroes que la idea

transporta desde las Galias heróicas al despoblado desierto austral. En el paradero he hecho repetidas observaciones termométricas, para averiguar por medio del grado de ebullicion del agua la altura del terreno sobre el nivel del mar, las que me han dado un término medio de 392 piés, altura que concuerda bastante con la observada en estas inmediaciones por Fitz-Roy, y que, comparándolas con las que he verificado en otros puntos, me dan la creencia de que el rio no es uniforme en su descenso gradual, sinó que hay puntos en que la diferencia de nivel, en un espacio dado, es menor ó mayor. Esto tambien puede corroborarse por la variacion en la velocidad de las correntadas, y en la simple observacion "á ojo", pues, como ya he dicho, se encuentran parajes donde la vista encuenta una inclinacion en el curso del rio, mientras que en otros no sucede eso. Esta altura notable me parece que no ayuda mucho la opinion de Darwin, quien imagina al Santa Cruz actual como corriendo por el cauce de un antiguo estrecho, que uniera los dos mares Atlántico y Pacífico, como el actual Magallanes. Mas adelante me ocuparé de esta opinion del sábio naturalista del *Beagle*, mencionando algunas observaciones que vienen á mostrar las pocas probabilidades de certeza de ella.

La latitud de este punto es 50°. 14 Sur y su posicion respecto á "Castle Hill", es S. 79, E. magnético.

Febrero 13.—Caminamos; el rio desciende por un cauce angosto con barrancas bastante elevadas, algunas de ellas á pique. Al principio es un verdadero rápido, pero poco á poco la corriente disminuye en velocidad hasta alcanzar á lo mas cuatro millas, tanto que nos permite adelantar con los remos y el bichero, durante gran parte del trayecto. Paramos despues de caminar unas seis millas á rumbo, habiendo encontrado solo pequeñas vueltas. La anchura media del rio puede avaluarse en 150 á 170 metros, limitado por barrancas de 10 á 20 metros. Nuestro campamento se instala en un pequeño desplayado donde abunda el pasto suficiente para la caballada, y donde, en las orillas, encontramos muchos trozos de madera de los bosques de la Cordillera que pueden servirnos para arreglar las carpas, pues el tiempo amenaza

y el aspecto del cielo nos anuncia que será grande la tempestad. Los marineros han quedado tan rendidos por el trabajo rudo de los dias pasados, que conceptúo prudente no continuar por hoy; tanto mas cuanto que creo, haciendo un esfuerzo, posible llegar mañana al lago, que no debe estar muy distante, y para ello es necesario un descanso preliminar.

Luego que queda arreglado el campamento de manera que la tormenta no nos ocasione perjuicios, monto á caballo y sigo al Oeste en busca del Lago, del cual debemos encontrarnos próximos, á juzgar por el aspecto de las montañas. A ambos lados el triste valle está limitado por mesetas escalonadas que se elevan hasta cerca de mil metros, pero á cierta distancia, al N. O. se distingue un claro al pié del descenso de una colina, lo que me hace presumir la presencia allí de un rio. Mas al Oeste las montañas vuelven á aparecer mas rugosas hasta Castle Hill, y en el fondo, anteponiéndose á la Cordillera, limitan el horizonte grandes macizos de cerros menos elevados que ella; al S. O. hay mesetas semejantes á las del Norte y en el centro un gran bajo, envuelto en el humo de los incendios, denuncia el lago.

Siguiendo al Norte del campamento y á rumbo E. N. E. de Castle Hill, encuentro colinas que son verdaderas *morainas* formadas por acumulaciones de rocas erráticas, amontonadas por los hielos que quizás al vararse sobre algunas elevaciones terciarias, dejaron, fundiéndose, los trozos viageros que trasportaban. Me parece que este es el punto donde Fitz-Roy en su última escursion á pié, hizo su observacion de altura, y llamó á la comarca que en la estacion de nieblas se desarrollaba desconocida frente á él y á la cual no podia develar: "Llanura del Misterio".

Mirando hácia el Oeste sobre el monton de rocas, veo ya, gracias al compatriota que me precedió, una region menos misteriosa que para el marino inglés, y me imagino qué tristes reflexiones harian y con qué disgusto retrocederian los infatigables esploradores de 1834 al verse obligados por la necesidad á suspender la marcha adelante; me impresiona el pensar á qué corta distancia del lago almorzaron Fitz-Roy y Darwin, seguramente

bien tristes, tratando de indagar con la mirada los nebulosos horizontes del Oeste antes de volver hácia atras.

Estos recuerdos y presunciones atenúan bastante mi contento al encontrarme en el último paradero de mis predecesores ingleses y con mayores elementos que ellos para seguir adelante.

De este punto continúo recto al Oeste; el camino mejora, aunque el terreno es en estremo pedregoso y los trozos erráticos innumerables, habiendo algunos de estraordinario tamaño. En las colinas el suelo no es tan suelto como en la region que hemos recorrido en los últimos dias y las cuevas de Ctenomys han disminuido mucho. No veo Inciensos *(Duvaua)*, pero en cambio el Calafate es abundantísimo; la mata negra *(Verbenácea)* que en el trayecto de la última quincena era mas numerosa que en cualquiera otra parte, desaparece aquí casi completamente.

Las colinas glaciales que forman el valle del Santa Cruz y algunos mamelones terciarios que en otro tiempo fueron islas, se acercan mas unas de otras y van descendiendo gradualmente hasta un bajo lleno de grandes médanos semejantes á los que ocupan las orillas del Atlántico en la provincia de Buenos Aires; unos tienen sus flancos desnudos, otros son sombreados por inmensos matorrales de Berberis, en fruta, la que se halla en tal abundancia que hace tomar á las matas un color azul-morado y en las cuales sacio mi apetito bastante sensible. Esta fruta es escelente y en estremo agradable, y los indios que van á los bosques de la Cordillera á cortar palos para los toldos, se alimentan únicamente de ellas, cuando la carne les falta.

Entre estos médanos se ven pequeñas playas desnudas y cubiertas de cascajo ó pobladas de pasto amarillento felposo que les comunica un reflejo pintoresco, aumentado con la presencia de tropas de guanacos que pastan en ellas mientras los avestruces atacan gozosos sin piedad las moradas guindas del calafate, sin fijarse que un hombre los admira de cerca, contemplándolos en su natural libertad. Mi presencia alarma las bandadas de rojos Pechos Colorados que vuelan chillando á mi aproximacion; alborota á los tranquilos dueños del arenoso anfiteatro, y un relincho del

caballo llena de espanto á la temerosa cuadrilla de guanacos que cruza y recruza delante de mí sin atinar á alejarse, mientras los avestruces desplegando vaporosos sus pequeñas alas, describen curvas y círculos en sus rápidas gambetas, hundiendo sus patas en la arena, al tiempo que un Piche (*Dasypus*) calmoso, trata de huir, escalando en vano un médano. Esta es mi única víctima, pero bien estimada, porque esta especie es rara en estos parajes, donde no creí encontrarlos.

Muchos insectos interesantes, entre ellos un curioso Taurocerastes, dejan en la arena las impresiones de sus patas, en huellas punteadas que cesan de continuarse, pues los que las trazan encuentran pronto cárcel en mi maleta; pero el objeto mas interesante que ofrece á mi vista este paisaje, es un zorro blanco, variedad del *Canis griseus*, que, de cuando en cuando, se vé en las inmediaciones de la Isla Pavon; huye apresuradamente al verme llegar á la cumbre de un médano, con el caballo fatigado, lo que le dá tiempo á llevar una tierna avutarda que ha sido presa de su astucia y de sus garras.

Pero ya no dirijo mi atencion á las cosas de los médanos. El aire ha refrescado; hay olor de agua, y un ruido cercano halagador en estremo y que revela olas que baten contra rocas, me hace olvidar todo lo anterior.

Nada puede espresar mi entusiasmo en estos momentos en que el caballo asciende y desciende jadeando la cadena de médanos, aguijoneado por la espuela, hasta caer estenuado en un pozo ó embudo formado por el remolino de viento entre la arena movediza. El ruido es mucho mas sensible, pues parece que detrás del médano choca el agua; ya se oye el ruido del cascajo que rueda á su impulso; trepo la oleada de arena y encuentro al grandioso lago, que ostenta toda su grandeza hácia el Oeste. Es un espectáculo impagable y comprendo que no merece siquiera mencion lo que hemos trabajado para presenciarlo; todo lo olvido ante él. Las aguas azules-verdosas penacheadas por las corrientes, vienen ondulando á desparramarse sobre estas playas. Moviéndose á la distancia vése un cristalino témpano que balancea, fantástico, su blanco

castillo, en las profundas aguas del centro que minan su base, mientras que el sol radiante derrite manchones de nieve nueva sobre la elevada cumbre de "Castle Hill", inmensa fortaleza geológica destruida por las inclemencias y el tiempo. De un chubasco renegrido que se cierne sobre los canales del Pacífico, se destacan blancos y azules picos, otros tantos girones del manto pátrio que se divisa en el horizonte.

Un dia mas de trabajo y veremos flotando nuestro bote en las aguas de este mar interior, dulce, claro y profundo, alimentado por los derrites de los grandes ventisqueros.

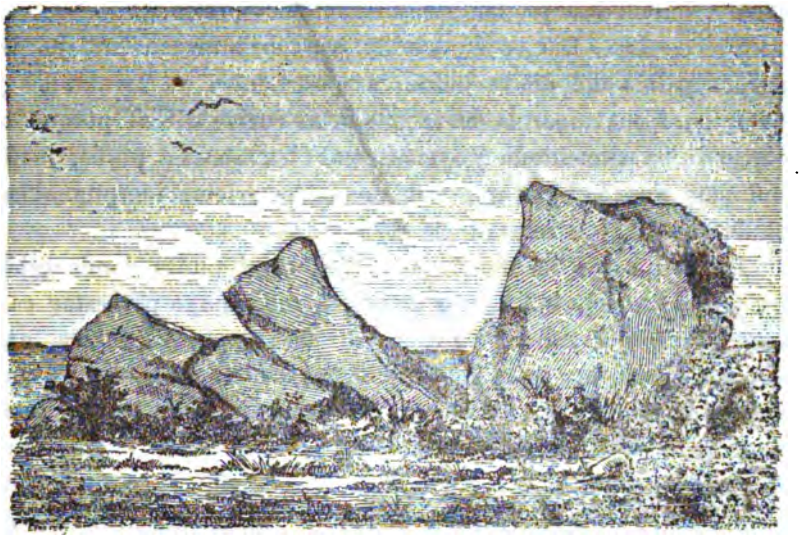
Es deber mio ir á anunciar á los compañeros la buena nueva, y arrancándome á la contemplacion que me absorbe desde el médano árido, ante el espléndido panorama que se desarrolla frente á mí, me alejo, no sin haber penetrado á caballo en el agua, mojándome todo lo posible; pueril satisfaccion de un deseo largo tiempo arraigado.

Siguiendo la costa medanosa encuentro la naciente del Santa Cruz, en la que, por un ancho canal, descarga el lago sus siempre aumentadas aguas, por entre grandes trozos erráticos, sobre los cuales las corrientes se estrellan con ruido atronador, pero que sin embargo, halaga mi oido. Es cuestion de circunstancias; veremos si mañana me sucede lo mismo.

En la entrada del lago he encontrado elevado sobre un médano un remo que conserva en su estremo restos de una bandera. Es el pabellon argentino que dejó flameando el subteniente Feilberg, en el punto mas lejano que él alcanzó en su esploracion. Atada al remo recojo una botella que contiene el documento que demuestra la feliz realizacion de la primera espedicion nacional llevada á este punto. Con su lectura espero dar un gran gozo á mi tripulacion, pues es la prueba, irrefutable por ella, de que está cerca el punto donde terminarán las fatigas del remolque por el Santa Cruz, para lanzarse en medio de las aguas desconocidas del anchuroso lago.

Al regresar por sobre la barranca, elevada de mas de doscientos piés sobre el rio, en una pequeña rinconada formada por una vuelta rápida, encuentro grandes trozos erráticos, los mayores que he

visto hasta ahora, uno de los cuales, desde lejos, parece un edificio arruinado. Como se puede juzgar por el grabado, esa inmensa mole de roca cuarzosa situada á esa elevacion, en medio de una meseta terciaria y cascajo estraña á la formacion petrográfica del citado trozo, es una de las pruebas mas evidentes que se encuentran en estas regiones de la antigua inmersion del valle, entónces inmenso



TROZO ERRATICO (A CERCA DE DOSCIENTOS PIES SOBRE EL RIO SANTA CRUZ)

rio y donde flotaban témpanos tan grandes que podian transportar monolitos de mas de quinientos metros cúbicos, como el de que me ocupo. Este está quebrado hoy por algun accidente meteorológico en varios pedazos y el mayor de ellos mide en su faz oriental nueve metros y cuarenta centímetros, en la occidental once metros y sesenta centímetros, cinco de altura por cuatro metros sesenta y cinco centímetros de ancho en la faz del sud—y cuatro metros en la faz norte. A corta distancia se encuentra otra roca errática de tamaño colosal, con su faz occidental á pique; mide de alto tres metros y cuarenta centímetros desde la superficie del suelo, por

veinte y un metros y cuarenta centímetros de circunferencia. Ambos trozos están en línea Norte-Sur y paralelos, por consiguiente, á la Cordillera.

A la tarde llego al campamento, donde la buena nueva es recibida con gran gozo. Isidoro ha boleado un avestruz, el que llenamos de piedras, asamos y devoramos contentos. La tormenta que nos alarmó se ha disipado sin causar gran daño al campamento, habiéndose reducido á un simple chubasco.

Febrero 14.—Dia de emociones, pero de inmenso trabajo. La aurora pálida del dia nebuloso nos encuentra ya levantados y listos para continuar la marcha que se vuelve difícil porque la corriente ha aumentado y encontramos barrancas á pique, donde infinidad de cóndores que anidan en sus grietas inespugnables, chillan cuando pasamos al pié de ellas.

La vuelta que he mencionado ayer, en el punto donde están los trozos transportados, nos detiene algun tiempo por estar casi inundada y por formar el rio una curva tan pronunciada, que aparentemente desciende del Este. A las doce la cruzamos y á una milla de distancia al Oeste nos detenemos para tratar de cazar unos guanacos que se presentan en la orilla Sur, y que, muy confiados, nos miran con curiosidad. Herido uno de ellos, nos dá gran trabajo para agarrarlo y cuando no puede disparar mas de los que lo perseguimos á pié, se arroja al rio y puede cruzarlo, muriendo frente á la barranca del norte.

A las cuatro de la tarde, los que vamos tirando de la cuerda que remolca el bote, divisamos el lago, en momentos en que hacemos grandes esfuerzos para cruzar un rápido producido por el derrumbe de un barranco elevado. La alegria rebosa y se refleja en nuestras caras. Rozando las piedras donde las aguas furiosas se estrellan, adelantamos por entre enmarañados matorrales hasta un pequeño remanso, donde al cuidado de los marineros dejo amarrado el bote, mientras Moyano, Estrella y yo, vamos por tierra en busca del punto por donde debemos hacer nuestra entrada al Lago. Estamos indecisos; el camino está obstruido á ambos lados por enormes trozos; en la playa baja sobresalen, de

entre el pedregullo, grandes rocas, sobre las cuales pasan arrolladas las olas, empujadas por una correntada veloz. Las márgenes arbustosas inmediatas son abundantes en cactus, que nos maltratan cruelmente, pero, ¿cómo fijarnos en ellos, cuando tenemos delante lo que tanto ambicionamos? ¿Cómo escuchar los dolores físicos, cuando el contento moral es tan grande?

Todo nos halaga: el dia baña con luz nítida las aguas tranquilas ó agitadas contra las rocas; el sol brilla en todo su esplendor, purpureando las quebradas lejanas y dorando las crestas con sus rayos. La vista se recrea y el corazon se espande, y para que el regocijo sea completo, encuentro bajo una hermosa mata de calafate de la que cuelgan los mas esquisitos frutos de esta clase que he conocido, algunos cuchillos de piedra. El antiguo patagon tambien ha tenido la suerte de admirar este magestuoso panorama; sus cacerías han tenido lugar ante él.

Las corrientes del Lago se unen al llegar al principio del desagüe del rio, donde creo que hay algun banco escondido, á juzgar por unos trozos erráticos que se distinguen, elevándose de la superficie, bañados y batidos siempre por las olas, y forman un solo hilo sumamente veloz, pero de corto ancho. Aprovechamos ese punto para cruzar al norte, lo que conseguimos, no sin habernos balanceado en grande, al llegar á las corrientes, en las que penetramos, dándoles la proa á causa de su potencia. Nuestra buena suerte nos hace entrar en un gran remanso que nos lleva hácia el lago, en vez de alejarnos de él, tanto que casi sin necesidad de remos, podemos poner en tierra al Sr. Moyano que, á caballo, debe ir en busca del guanaco muerto, el que dada nuestra escasez de provisiones no podemos dejar que sea aprovechado por los cóndores y no por nosotros.

Solo quedamos con el bote Estrella, los dos marineros y yo, para hacerlo penetrar en el lago, doblando la punta que forma la entrada norte, á la que he bautizado con el nombre de Feilberg.

Es el momento crítico; hemos dejado muy atrás el último punto alcanzado por Fitz-Roy y nos hallamos en el mismo, con diferencia de unos doscientos metros, del que sirvió de campamento á Feil-

berg, quien llegó allí arrastrando su bote por tierra; pero nosotros no podemos hacer lo mismo, porque el lago ha aumentado tanto sus aguas que no se encuentra playa entre ellas y las barrancas. Para doblar la punta nos dividimos la tarea: Estrella toma el timon, coloco á Patricio en la proa, para que con el bichero impida que la embarcacion choque contra las rocas, y Francisco y yo nos encargamos de la sirga; ambos nos atamos á la cuerda para servir, en caso necesario, de ancla contra los peñascos de la costa, lo que vá á hacer peligroso el trabajo. Francisco se multiplica, lo que es necesario, pues Patricio á cada momento se asusta; las aguas truenan dentro de las pequeñas cavernas formadas entre los trozos erráticos y al salir de ellas chocan espumosas contra la ballenera, amenazando hacerla zozobrar al menor descuido; á veces el retroceso de las corrientes es tan fuerte que rechaza el bote, que roza las piedras, arrastrándonos á los dos que lo sirgamos; felizmente, siempre hay un hoyo ó un arbusto donde enredarse, anclarse y contener así la embarcacion. Mas golpes nos llevamos hoy, que en todo el transcurso del viage, pero no se puede desmayar al llegar al final de la tarea.

Despues de dos horas de trabajo conseguimos doblar la punta y descansar un momento, bebiendo el agua del lago, y varar el bote en el cascajo fino al pié del médano donde Feilberg elevó la bandera! Un mes de viage nos ha costado el poder contemplar sus restos!

Recien ahora, en que el sol se esconde entre dos montañas, grieta gigante en la magestuosa muralla andina, encontramos tiempo para gozar de este grandioso panorama.

El lago está cubierto en parte por el humo del gran incendio de las montañas del Sur; las blancas crestas de los Andes muestran de cuando en cuando sus nevadas y azules cumbres sobre el horizonte plomizo; pero es imposible distinguir la gran Cordillera en toda su magestad, á causa de las nubes que se han agolpado sobre ella. El cielo se ha convertido en espléndida paleta de la luz artista; los renegridos chubascos que asoman cerca de Castle-Hill contrastan con blancos cúmulus, que se forman y se disipan, cual

enormes capullos de nieve, á media altura de las montañas; cirrus purpurinos parecen reflejar en lo alto las ondulaciones del lago, y de vez en cuando, una rajadura entre las estratas permite ver el azul oscuro del cielo. La esfera que se hunde entre dos picos, cuyas agujas doradas cruzan las nubes, enrojece entre las grandes sombras de los cerros las aguas verde-azuladas del lago, y baña con sus luces la punta donde, sobre un médano cubierto de pasto claro que amarillea ondulando, he elevado la bandera del sol.

Este es un momento que no olvidaré: Moyano, Isidoro y Abelardo han llegado; los dos primeros trayendo la caza sobre el caballo; la tropilla baja gozosa á beber en las aguas del lago, mientras los perros ladran á las olas y á los pequeños palos que ellas arrastran. Los tripulantes, dentro del agua, rodean la ballenera para sacarla fuera, aprovechando los últimos rayos que destacan la blancura de ella, del azul del lago y de la amarillenta arena vidriada. El tiempo es de una dulzura inesplicable en el sitio en que nos encontramos, mientras que á lo lejos los chubascos y el incendio devastan la region aun misteriosa. Todos estamos impresionados; todo ejerce sobre nosotros una sensacion inesplicable de bienestar y gozamos de este espectáculo que por mas previsto que nos haya sido, lo encontramos nuevo, pues ninguno de nosotros imaginó la salvaje grandeza del lago, digna de la salvaje aridez del desierto que hemos cruzado. En las provisiones vienen dos botellas de cognac; destapo una de ellas y doy una racion á cada hombre, y todos, sin consultárnoslo, brindamos por la pátria lejana, cuyo recuerdo nos ha dado ánimo para llegar hasta aquí y que nos lo continuará dando hasta el fin de la espedicion.

El pequeño grupo que con la cabeza descubierta, rodea la bandera sobre el árido médano, promete cumplir con su deber y seguir adelante, mientras los escasos recursos lo permitan. Esta modesta ceremonia, verdaderamente espontánea, me impone el compromiso de cruzar el Lago; mañana lo tentaré.

Pasamos el resto de la tarde en festin, regado, no por el vino,

sinó por el agua del lago, que preferiríamos, á tenerlo, al mas esquisito Champagne. Piche, avestruz, guanaco, fariña frita, y de postre dulce de leche, con un buen jarro de café y dos galletas por hombre, forman este banquete que nos damos en honor del gran acontecimiento del dia.

La misma mata de Calafate que sirvió de asilo á Feilberg, nos proporciona cómodo abrigo contra el viento que se prepara y que ya agita el lago que muje sordamente. El cansancio del dia no dá lugar á soñar, ni á formar nuevos castillos, que la esperiencia vá demostrando ser cada vez mas imposibles, y pasamos una noche plácida, dumiendo sobre la blanda arena, arrullados por las olas inmediatas y por el ruido del cascajo que vá y vuelve al impulso de ellas.

CAPITULO XV

EN EL LAGO ARGENTINO

SUMARIO—El Bautismo—Nuestro paradero—El desagüe del Santa Cruz—Un rio nuevo—Navegamos en el Lago—Tierras vírgenes—Cruzamos al Sur—Los témpanos—Punta Walichu—Inscripciones indígenas—Una momia—Malos tiempos—Temporal en el Lago—Casi naufragio—Llegada de los indios.

Febrero 15.—¡Qué delicioso despertar! Aun resuenan agradablemente en mis oidos las armonías que el Espíritu de las Aguas hace entonar por las olas del Lago que ruedan sobre las piedras, al aparecer la aurora de este dia. ¡Qué espléndidos mirajes se reflejan en mi mente al mirar desde mi arenoso lecho estas aguas verdosas que han arrullado mi sueño! Por lo que gozo ahora comprendo los encantos de Livingstone al dominar el africano Tanganika. Juzgad, lectores.

Los vientos de la noche han calmado; el Lago está tranquilo. Los destellos del gran incendio oscilan en las montañas del Sur. El fondo de la Llanura Misteriosa de Fitz-Roy, para nosotros lago grandioso, permanece soñoliento, envuelto en la bruma que anun-

cia el dia. Sobre él, en las alturas, los eternos y mágicos espejos de hielo que coronan los picos que rasgan altivos el velo de las nieblas, reflejan ya, en medio de sus colores, el naciente sol de nuestra bandera. ¡Mar interno, hijo del manto pátrio que cubre la Cordillera, en la inmensa soledad, la naturaleza que te hizo no te dió nombre: la voluntad humana desde hoy te llamará "Lago Argentino! ¡Que mi bautismo te sea propicio; que no olvides quién te lo dió, y que el dia en que el hombre reemplace al puma y al guanaco, nuestros actuales vecinos; cuando en tus orillas se conviertan en cimientos de ciudades los trozos erráticos que tus antiguos hielos abandonaron en ellas; cuando las velas de los buques se reflejen en tus aguas, como hoy lo hacen los gigantes témpanos y dentro de un rato la vela de mi bote; cuando el silbido del vapor reemplace al grito del Cóndor que hoy nos cree fácil presa; le recuerdes los humildes soldados que le precedieron para revelarte á él y que en este momento pronuncian el nombre de la patria, bautizándote con tus propias aguas!

No hay que estenderse en la contemplacion de lo futuro; el real presente pide nuestro tiempo, que no podemos distraer. La marcha desde el Atlántico al lago demanda reposo, pero no es posible tomarlo; el descanso prolongado ahora, seria quizás precursor de desaliento. Inmediatamente de levantados, descargamos el bote para organizar nuestro almacen de provisiones que debe quedar en tierra al cuidado de Isidoro y Abelardo, mientras me interno al Oeste con el bote; las malas condiciones marineras de éste no permiten conducir nuestras riquezas alimenticias á través de las aguas, pues seria perderlas. Demasiadas averías contamos ya desde nuestra salida de Pavon.

Levantamos al lado del matorral la carpa que nos queda, habiéndose destrozado completamente la otra, y colocamos dentro de ella todo lo que tenemos de mas precioso; es decir, la fariña, el azúcar y la yerba, mi baul de libros y las colecciones. En el bote quedan algunas conservas y provisiones para quince dias, y dos guanacos charqueados para el caso que en las montañas no podamos obtener caza, y hacemos en él las reparaciones indispen-

sables, sobre todo en el timon, que se ha hecho pedazos durante el trabajo de subir el rio. Cuando está todo listo y almorzamos para embarcarnos, el tiempo se descompone y los chubascos que desde ayer tarde se formaban en los desfiladeros del Oeste, se desencadenan barriendo la superficie del lago, inquietándolo, y el viento aumenta rápidamente, de tal manera que, en vez de salir á navegar con el bote, tenemos que retirarlo de las aguas y vararlo sobre la playa lo mas lejos posible de ellas, pues las olas ya se estrellan y pueden destrozarlo; el lago quiere guardar aun sus misterios y los defiende, pero al fin venceremos. Dejamos la tentativa de cruzarlo para mañana.

Sin embargo, el dia de hoy no ha sido perdido; lo hemos empleado en examinar el desagüe que forma el Santa Cruz, y la ribera hácia el Norte, donde la quebrada nos ha indicado la probable existencia de un rio.

Desde el punto en que nos encontramos dominamos el canal con rompientes en el centro, por donde el lago envia al Océano, á través de cien leguas de desierto que acabamos de atravesar, la exuberancia de sus aguas. En vano el ventisquero andino se agrieta y siembra con sus fragmentos las profundas aguas; estas nunca rebosarán ni cubrirán totalmente las áridas orillas, pues el curso del Santa Cruz las vaciará en el Atlántico, unas veces con lentitud, otras con increible rapidez, como sucede en estos momentos.

El canal, desde cierta distancia, no se distingue, y media milla antes de llegar al lago no se sospecharia su proximidad, por el poco aumento de la velocidad de las aguas que descienden por él, comparándola con la de otros puntos ya señalados en nuestro trayecto; pero una vez que se llega frente á su principio, los trozos erráticos, al estorbar el tranquilo paso de las aguas, hacen rujir sordamente éstas, refrescando sus pulidos bordes con la blanca espuma que produce el choque, y recuerdan involuntariamente al viagero el sério peligro que correria si dentro del lago las corrientes arrastraran su embarcacion hácia el desagüe. Como la inundacion hace que este tenga un ancho anormal, no puedo decir con

seguridad cuál es el verdadero, pero actualmente mide mas ó menos doscientos cincuenta metros. A ambos lados de él hay médanos, mayores en el lado Norte que en el Sur, y entre estos los trozos erráticos son muy numerosos y de notable tamaño. Sin embargo, ninguno de los dos trozos que he mencionado en la meseta que limita el bajo (pág. 327), encontrará aquí otros con que ser comparado. Los grandes trozos, en las orillas, están rodeados de otros muchos mas pequeños, y de cascajo, entre el cual se elevan los Calafates, que es la planta mas predominante de la region; un alhelí sedoso plateado sombrea y aterciopela los médanos, pero se encuentra aquí, en este paradero, la mayor parte de las plantas patagónicas. En este costado Norte no he visto aun el Incienso, pero lo he encontrado ayer en el Sur, y en ambas márgenes ya se ven muchas plantas que me son desconocidas. Los troncos, fragmentos de ramas y hojas que el agua arroja en las playas vecinas al lago, me indican selváticos bosques en sus orillas del Poniente, pero no se distinguen desde este punto, á causa de la enorme distancia.

El rio Santa Cruz no nace inmediatamente de la gran cuenca del lago; le precede una pequeña ensenada, con recodos tranquilos, abrigados por médanos y lujosos matorrales, donde los botes que lleguen á ese punto en momentos de malos tiempos que no permitan pasar por sobre las piedras de la entrada, pueden anclar ó sujetarse en la costa, antes de entrar, sin temor alguno. Luego que una embarcacion haya penetrado en el lago, operacion que siempre deberá hacerse con buen tiempo, no encontrará fácilmente reparo: en el paraje donde me encuentro ahora estará siempre espuesto á los vientos del N. O. hasta S. S. O. y creo que inmediato á la boca del rio ningun abrigo ofrecerá buen refugio, pues en lo que alcanzo á distinguir no veo sinó una playa desamparada, limitada en un lado por un médano y en otro por la intranquila línea blanca que forma la ola al derramarse sobre el cascajo.

Este lago, en tiempos no muy remotos, ha debido tener una estension bastante mayor, y esto en la época geológica actual. Las mesetas (300 piés) que dominan la llanura baja medanosa, han

sido la muralla contra la cual, en los tiempos á que me refiero, batian las aguas del lago; tanto detritus amontonado con lentitud, pero tambien incesantemente por las olas, ha llenado ese espacio, lo ha levantado sobre el nivel del agua, sembrándolo de rocas y polvo de ellas, que han formado los médanos, sobre los cuales hemos instalado el campamento. Hoy esta region es árida, pero no hay duda para mí que el tiempo, ayudado por el hombre, la fecundará.

He recorrido á caballo la pequeña estension situada al Norte del paradero; el camino es incómodo por la gran cantidad de médanos elevados, algunos de 10 metros y sumamente sueltos, y el paisaje, ahora que la tormenta nos oculta el horizonte montañoso, es parecido al del Océano Atlántico, en las inmediaciones de la Bahía San Blás; pero aquí, los arbustos (que son algo distintos de los que allí se encuentran) adquieren mayor tamaño. El Calafate y el Matorro blanco son los principales; aunque el último parece preferir terreno mas sólido, abundando con mayor profusion en las mesetas. La costa es corrida N. S. con solo pequeñas entradas bajas, donde acuden en vano en busca de alimento, algunas gaviotas que, engañadas, chillan tristemente. A cierta distancia los médanos cesan, reemplazados por colinas glaciales de altas pendientes y que muestran en sus flancos inmensos trozos de rocas; el agua baña su pié batiéndolo suavemente.

El lago concluye en este punto; pasando una corriente que baja del Norte, se divisa desde la colina al Oeste una planicie inundada, luego una ensenada profunda que se interna hácia el Norte; en seguida una lengua de tierra que adelanta al Sur y mas lejos elevadas mesetas y montañas lo bordean en línea casi recta al Oeste inclinándose algo al Sur. El fondo del poniente no se distingue; en él reina la tempestad que desprende veloces emisarios que, en forma de negruzcos chubascos, cruzan sobre nuestras cabezas, regándonos de cuando en cuando, y nos anuncian que aquella region es su trono, bien digno de ella por cierto. Despues del momento de tranquilidad de ayer tarde, en la mañana el viento no cesa de soplar; parece que el celoso Espíritu de la region se ha

apercibido que hay temerarios que quieren buscar sus misterios, y trata de desanimarlos, previniéndoles con estas manifestaciones que se traducen en chubascos y vientos, el poco deseo que tiene de ver allí intrusos. Los indios dicen que el Espíritu del Lago se disgusta con la llegada de hombres; que á veces se enoja, que alborota el agua sin cesar y barre con sus olas las playas; en su avaricia no les quiere permitir sacar ni siquiera el agua necesaria para beber; ¿qué hará, pues, al verlas cruzadas por un bote?

A nuestros piés, la potencia irresistible de la inundacion vá arrasando un pequeño valle; al Oeste vemos avanzar las aguas y me temo que cuando tenga que llegar allí con el bote, no encontraré paraje seco donde hacer campamento. La corriente que desciende á nuestros piés desde el Norte, es un rio; desemboca en el inmenso bañado que tenemos en frente y sus aguas, que corren por la pendiente, se dividen en infinidad de brazos, por el delta que les ha formado la inundacion; pero entre ellos se distinguen dos canales que cuando bajen las aguas serán indudablemente los únicos por donde descarga sus aguas este rio, que creo es el que Viedma vió salir del Lago que lleva su nombre y que los indios que le acompañaban le dijeron ser el Santa Cruz. Galopando mas hácia el Norte, veo que este rio aumenta de velocidad en su descenso, la que es mayor que la del Santa Cruz.

La vista del territorio es diferente ya aquí; aunque es un desierto como lo señalado anteriormente, hay algo de pintoresco en las barrancas que dominan este rio, donde hay mas arbustos y pastos, bien distintos de las áridas barrancas y médanos movedizos que han fatigado la vista en la comarca recientemente recorrida; algunos pequeños vallecitos me parecen risueños, á pesar de ser solitarios, y un trozo errático de espléndida blancura hace creer á mis ilusos sentidos que tienen delante una pequeña morada humana en los flancos escondidos de la quebrada. Engañoso fantasma de la distancia y del deseo, que pasarán largos años y quizás siglos antes de que se convierta en una realidad.

El aspecto geológico de la meseta inmediata, que cae casi á plomo sobre dicho rio, el cual corre encajonado, sin valle, es dis-

tinto al de las mesetas que dominan el Santa Cruz; se elevan gradualmente hasta una altura de mas ó menos 1500 piés, y en su límite superior, bajo el manto glacial, se vé una capa verdosa amarillenta en estratificacion poco visible, agrietada, con grandes derrumbes que han sembrado su base de peñascos enormes; la roca es blanquizca y amarillenta cerca del rio. Este no corre directamente de Norte, y forma una vuelta al salir del cajon de las mesetas, con un desagüe ancho.

Ningun ser viviente vimos en estos parajes, á no ser dos zorros (*Canis griseus*) que nuestros perros no pudieron cazar, á pesar de haberlos perseguido con encarnizamiento. A la noche regresamos al paradero, sin traer carne, y sí solo la noticia de que aunque no hemos visto ningun guanaco ni avestruz, los rastros de estos animales son muy comunes; Isidoro dice que mañana saldrá á campearlos. Si bien no los hemos visto vivos, en cambio es inmensa la cantidad de osamentas de guanacos que hay entre los médanos, al abrigo de las grandes matas. Del lado resguardado del O. S. O. hay inmensos depósitos, y en uno de ellos que por escepcion mira á la laguna, es decir, espuesto á los vientos, he contado 48 cráneos de animales, muertos todos en la misma época, á juzgar por el estado de los huesos. Quizás un temporal del invierno los aniquiló, sin darles tiempo á abrigarse, ó quizás, tambien, el médano movedizo, al cambiar de sitio pudo haberlos transportado juntos del punto donde murieron.

Viérnes 16.—El dia ha amanecido tranquilo; las pesadas nubes que ocultan el Oeste se han disipado, y las cumbres de los Andes despiden entre la bruma rosada, destellos dignos de esos eternos gigantes; el lago, hermoso en su calma, nos convida á internarnos en él, mientras su Espíritu agitador duerme. No hay tiempo que perder y tratamos que el primer rayo del sol refleje en el bote, navegando, izada la blanca vela y el pabellon al tope. Como el deseo no tiene en cuenta los obstáculos, ya nos hemos embarcado; mentalmente, la embarcacion flota ondulando y se sacude gozosa, sintiendo llena de aire la lona; creemos vernos en el centro del lago, atracados á un témpano, saciando la sed en la nieve, que

como cana cabellera, cubrió durante siglos la montaña, y que la tempestad de ayer ha hecho rodar hasta las profundas aguas; cuando el *Walichu* del lago despierta y parece ordenar á los vientos que nos son favorables, que se tornen en contrarios. Tristes volvemos á desembarcar y sirgamos el bote desde la costa, durante un trayecto de dos millas, hasta colocarnos en posicion aparente para que, aprovechando el viento del O. S. O. que sopla, podamos cruzar á la orilla del N. O., frente al rio que baja del Norte.

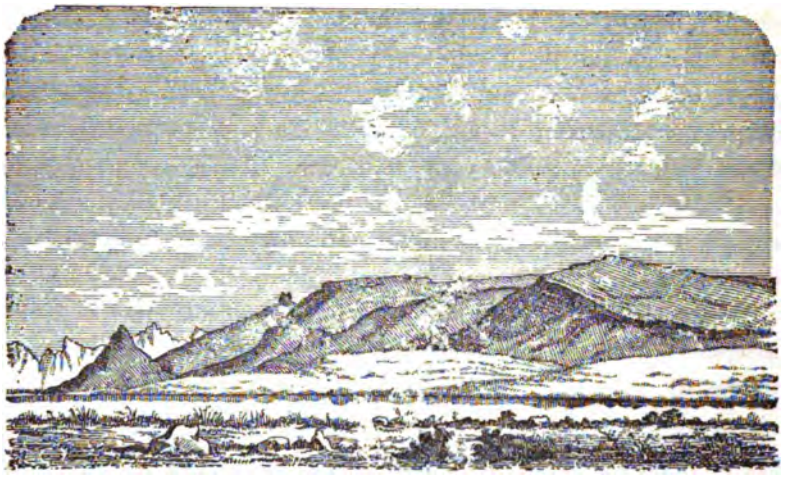
El viento arrecia, pero no nos acobardamos. Francisco y yo nos mojamos completamente y el bote casi se llena de agua, pues al varar sobre un banco, una ola lo cubre y lo tumba. Nos embarcamos nuevamente y tratamos de dirijirnos á la desembocadura del rio del Norte, lo que recien conseguimos despues de repetidas tentativas, pues tenemos que luchar contra el viento y la correntada que nos arrastra con fuerza hácia el desagüe y que al mismo tiempo nos impide, no pudiéndola vencer, de ganar camino hácia el punto de desembarque. El bote es sumamente pesado, de malas condiciones marineras y no se levanta con facilidad al cruzar la ola y ésta penetra dentro de él ó choca con violencia, y como es sumamente angosto (8.65 metros de eslora y 1.65 de manga) se tumba con facilidad, poniéndonos en peligro de perecer ahogados. Además, cuando en las *viradas* el viento nos es contrario, tenemos que emplear solo los dos remos, pues la vela es inútil. Entónces la embarcacion no obedece bien al timon y las corrientes que hacen bullir el agua y blanquean de espuma la superficie del lago, juegan con él arrastrándolo fuera de rumbo. Los remolinos que forman estas corrientes encontradas en sus choques, y que nos ponen en sérios peligros, tienen accion sobre el fondo del lago, el que en ciertos puntos, como por ejemplo el paraje que cruzamos, no debe ser muy profundo, y comunican á los hilos de corrientes, con los detritus que levantan, un color parecido al del Rio de la Plata. Estas fajas plomizas, de color siniestro, parecen zonas de muerte, de donde nos cuesta trabajo arrancarnos. Forman contraste con las aguas que á cierta distancia divisamos azuladas, meciéndose, pero sin sacudir sus cabelleras. La mare-

jada es hoy tan fuerte en estas corrientes, que me parece igual á la que se levanta en el puerto de Buenos Aires cuando sopla el fresco S. E. Las provisiones se han mojado completamente, y sinó fuera por el trabajo contínuo de los que desagotamos el agua que hay dentro del bote, poco hubiera tardado éste en irse á fondo. Los golpes de la marejada en la popa son tan grandes, que el timon sale de su lugar varias veces, pero es arreglado siempre por Estrella. Recien á medio dia podemos, á fuerza de remos, llegar á la costa y desembarcar en una caleta angosta y profunda (25 piés), protejida contra todos los vientos, suerte rara, pues los abrigos parecen ser muy escasos en este inhospitalario lago.

He satisfecho una de mis mas grandes aspiraciones; es decir, navegar en el lago y pisar tierra vírgen de planta humana; ni salvajes ni civilizados han impreso sus plantas en la fina arena de esta playa, pues no creo que los antiguos Patagones fueran navegadores. Es un nuevo misterio develado; estas matas que tenemos delante causan mayor impresion á mi alma, que la que sintiera delante de las grandes ciudades del mundo. Esta misma soledad habla; parece que nos llama; los jilgueros que saltan de rama en rama, no huyen, y un loro gozoso se para en el mástil y nos mira curioso. Es la edad de oro; aquí se olvida la estepa, pero se recuerda la pátria; su imágen está arriba de todo. Mis compañeros, al pisar tierra, piensan probablemente en el cumplimiento de mi promesa al salir de Pavon. "Navegareis donde flotan témpanos; hollareis tierras vírgenes". ¡Qué gran satisfaccion esperimento! He cumplido.

En este ancon escondido, pero desde el cual se distinguen bien el lago y sus imponentes costas, no sopla el viento y el agua clara está tranquila. Los patos, las avutardas y las gallaretas la rayan con animado buril, mientras el blanco casco del bote se refleja en ellas. La bandera que mis amigos me entregaron al embarcarme en Buenos Aires, sube al mástil; la pequeña que ha flameado constantemente en tierra y en agua, sobre el basalto y sobre el lago, se coloca en la costa sobre un remo y armamos campamento

sobre esta vírgen tierra argentina, no hollada aun ni por sus mismos dueños.



PAISAJE EN LA MARGEN NORTE DEL LAGO ARGENTINO

Luego que ponemos á secar nuestras ropas y las mantas que forman nuestras camas, dejo á cargo de Estrella el desembarque de los víveres que están completamente averiados y salgo con Moyano hácia el Norte á visitar el país y buscar objetos. El aspecto del suelo no varia mucho del de la costa del Este; las mismas plantas, los mismos pájaros, los mismos médanos, pero en insectos se nota variedad, aunque todos los que veo están muertos. Donde solo se pueden coleccionar es en los telares de unas arañas negras y coloradas, que parecen ser grandes destructoras de esos animales. En este punto los rastros de los pumas son mas frecuentes que en la region del Este, lo mismo que los huesos de los guanacos que han sido sus víctimas, y á esto atribuyo el que estos animales sean aquí mas ariscos que en cualquiera otra parte. Moyano trata en vano de matar alguno; uno de ellos, aunque herido, dispara y no puede ser encontrado.

He examinado muchos trozos erráticos y veo que todos son de rocas antiguas y generalmente primitivas. No se ven los de basalto; esto me demuestra que las capas de lava no llegan hasta este punto, pues los hielos que han arrastrado los otros, hubieran podido tambien transportarlos en caso de haber existido. De estos trozos hay algunos que miden cien y doscientos metros cúbicos y estos últimos no son raros; hay lomas de doscientos piés de elevacion que parecen ser casi enteramente formadas por una aglomeracion de ellos, entre grandes y pequeños, y están cubiertos por cascajo mas pequeño y arena sobre la cual crece una yerba amarillenta. Parecen monumentos funerarios de razas perdidas y me recuerdan los Mounds norte-americanos; otros están despojados de yerba: semejan materiales amontonados por la naturaleza para formar nuevas llanuras, en lo que se convertirán seguramente, con el tiempo.

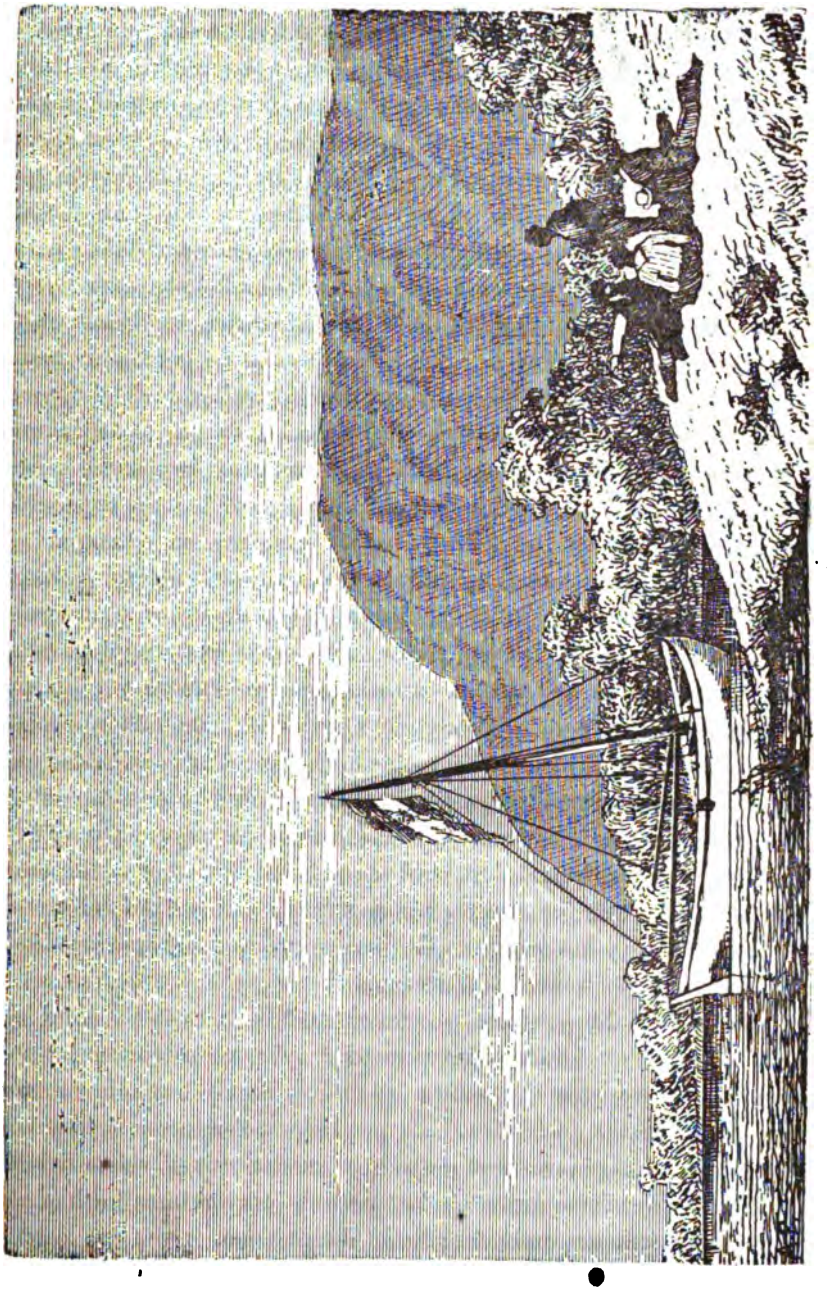
Caminando hácia el Norte llegamos hasta el nuevo rio, frente á la meseta elevada del Este; el rio parece descender con una pendiente muy grande y veo que es imposible emprender, con la clase de embarcacion que llevo, su ascension á la sirga, pues los rápidos son en doble número que en el Santa Cruz, y siempre aumentan con la inundacion. Es mas angosto aquí, y tiene en su aspecto general cierto parecido con el Limay, aunque la formacion geológica de la comarca es distinta.

Ya tarde, á la noche entrada, regresamos al paradero que nos es señalado por grandes fogatas encendidas para indicarme el camino y para anunciar á los dos espedicionarios que vigilan el almacen de provisiones, en la márgen Este del Lago, el punto donde hemos acampado y al mismo tiempo la feliz nueva de haber cruzado el lago. Despues de comer un humilde puchero con fariña, y festejado el acontecimiento con un trago de Hesperidina, que es el último licor que nos queda en el bote, encontramos en nuestra cama humilde descanso de las fatigas del dia, bajo la inmensa bóveda austral celeste y plateada. Los cinco tripulantes del bote dormimos orgullosos y contentos; somos los primeros navegantes del Lago Argentino; algo nos ha costado—no lo olvideis, lector.

Febrero 17.—El tiempo no nos favorece; los ventarrones que bajan de los Andes, alborotan el lago durante la noche; sus olas han rujido, y hoy, cuando lo miramos á la claridad del dia, lo encontramos encrespado, rompiendo ruidosamente contra la estrecha península que se vá inundando, y saltando sobre las grandes piedras glaciales. El viento nos es contrario para hacernos á la vela; juzgo, pues, conveniente disfrutar un dia mas de esta soledad que hoy debiéramos abandonar. Las provisiones necesitan tambien un poco de sol, para poder utilizar la mitad de las que hemos traido; la otra mitad se ha perdido.

Paso parte del dia sobre una colina terciaria cubierta de despojos glaciales, que domina parte del lago y el rio del Norte, y desde la cual distingo en frente á Isidoro, que busca los guanacos cuyos rastros vimos hace algunos dias. Es un punto aparente para orientarse y tomar direcciones para formar el croquis de la region, lo que hago de la mejor manera posible. Frente á este sitio, hácia el S. O., se vé en el lado Sur del lago un elevado promontorio blanco amarillento, ó negruzco, segun el estado del cielo, y que se adelanta hácia el agua, despertando cierto interés por visitarlo. Parece ser un contrafuerte de las mesetas elevadas que en ese costado bordean en una línea casi recta, que asciende en escalones desde el Atlántico hasta los Andes, en direccion E. O. Desde este mamelon se vé la pequeña ensenada donde está amarrado el bote y pasando las lenguas de tierra en que hemos establecido el campamento, se distingue una larga bahía, la cual no puedo decir si es formada por la inundacion ó si persiste en el tiempo de la altura normal del lago.

Siguiendo al Oeste, encuentro una larga llanura cuya costa se inclina al N. O. hasta casi encontrarse con la meseta alta. Allí, un brazo del lago se interna y forma una preciosa bahía casi circular, en cuyo fondo Norte y Oeste se elevan murallas altas que le dan un aspecto agreste bastante interesante. Toda esta region, á partir del punto donde la meseta elevada que sigue desde el Este, es casi paralela á la que he mencionado en el Sur, y que se interrumpe, para dar paso al rio del Norte. Continuando



CAMPAMENTO EN LAS TIERRAS VIRGENES DEL LAGO ARGENTINO

luego hasta el borde de la citada bahía redonda, el terreno es bajo, esceptuando el mamelon que me sirve de observatorio y que ha sido formado por los materiales glaciales; está tan sembrado de arbustos como de trozos erráticos, sobre los cuales veo parados infinidad de caranchos y chimangos. Al Norte, el rio que baja de esa direccion, aparece entre quebradas; el lado Este es mas elevado que el contrario, donde una hilera de colinas precede una meseta inclinada y deja ver su cumbre sembrada de amarillento pasto que doran los rayos solares alegrándola. Mas al Oeste, otras mesetas mas ó menos uniformes, pero mas elevadas, se siguen hasta Castle-Hill, cuya cumbre, que imita restos de geológica torre, elevada por fuerzas gigantes y destruida por los hielos eternos, los indios la creen morada de Espíritus. A su pié se eleva una montaña mas baja, puntiaguda, que creo es la que Fitz-Roy llama Hobler Hill, aunque su posicion geográfica no concuerda del todo con la que el marino inglés le asigna en el mapa.

El viento va calmando en el bajo y ha tornado al Sud y luego al Sud-Oeste como ayer, lo que muestra que la virazon es aquí á la inversa de la de Buenos Aires, pero en el cielo se nota gran agitacion en las nubes. Son imponentes los blancos y plomizos chubascos que, naciendo trás de Castle-Hill, en una nubecilla blanca, van aumentando de volúmen hasta cubrir la mitad del cielo y pasan veloces, regando al mismo tiempo que sombreando un gran espacio, mientras á corta distancia los rayos solares, que cruzan por el firmamento azul despejado de nubes, alumbran otros parajes que parecen recibir mas brillo á causa del contraste. Cuando la luz y la sombra se alternan sobre la superficie del lago, se diseñan en él inmensos fantasmas.

La latitud del punto en que tenemos el bote, es 50° 11 Sur.

Las arañas coloradas que mencioné ayer, no se contentan con devorar los insectos; he puesto dos en una caja y hoy solo encuentro una y restos de la otra. Los pequeños coleópteros negros son los únicos del género *Nictelia* que se encuentran al Oeste del rio del Norte; los semejantes á ellos, pero de mayor tamaño, han ido desapareciendo gradualmente desde Basalt Glen.

Esta tarde el viento calma, y el tiempo, de crudo que ha sido durante el dia, se torna agradable. Hace feliz á quien lo disfruta; el sol se hunde tras los Andes, entre nubes de púrpura, y sus rayos aunque colorean los bordes de ellas, hacen resaltar la blancura del hielo de sus picos, que aparecen y desaparecen agujereando altivos las capas de rosadas nubes para presentarse gallardos ante el azul del firmamento. El lago calla sus enojos; ya no alborota entre las rocas; todo me anuncia para mañana un buen dia, para ir á buscar lo que encierra el otro costado. Soy feliz aquí; puedo abandonarme libremente á mis pensamientos. Me siento solo en este inmenso, pero escondido templo de la naturaleza, donde sus mismas fuerzas levantan altares para que el hombre la venere. Los malos ratos que ha producido la ascension del rio van desapareciendo del recuerdo, y la enfermedad que me habian producido se disipa, lo mismo que la tristeza que la acompañaba. No hay ya lucha; uno de mis propósitos se ha satisfecho y puedo gozar á mis anchas de los encantos de esta soledad tan buscada. Este silencio que durante la tarde patagónica envuelve la naturaleza que en el dia no se muestra en estas áridas soledades sinó para revelar su energía en este bosquejo de tierra, cuadro físico que aun no parece concluido, sinó para hacer alarde de algunas de sus terribles manifestaciones, proporciona languidez al espíritu y en una niebla intelectual dejo transcurrir las horas de la tarde que siguen á la humilde cena, hasta que el sueño me sorprende.

Febrero 18.—A medio dia, un viento favorable nos ayuda y abandonamos el campamento para hacernos á la vela en direccion al fondo del lago, á rebuscar en los ancones del pié de Castle-Hill y en los resíduos de los antiguos ventisqueros, los bosques que han producido los troncos y las hojas que boyan sobre las aguas. Al principio, la corriente nos empuja nuevamente hácia el desagüe; pero el viento arrecia y ciñendo la vela, á la que tomamos rizos, vamos contentos, saltando de ola en ola, hácia los témpanos. Estos parecen islas de claro cristal en medio de las aguas; unas veces brillan, otras permanecen pálidos y tristes. La incidencia de la

luz, producida por las nubes, les comunica alegrias ó tristezas. Cuando alumbrados por el sol, proporcionan contentos; hay entónces algo de suave dulzura en esas inmensas moles conjeladas que balancean sobre el celeste del agua, pero cuando un negro chubasco oculta el rayo vivificante, pierden ese aspecto, adquieren un color equívoco, terroso, severo, y parece que reflejan las nubes pardas.

Pasamos á corta distancia de un fragmento de gran tamaño y vemos que sirve de pedestal á una negra roca que reposa sobre su cima. Este témpano nos muestra cómo han sido depositados los grandes trozos erráticos que hay en la costa.

A lo léjos, vemos inclinarse una enorme masa blanca, que se hunde momentos despues con estruendo—produce una gran ola que viene rodando hasta estrellarse contra nuestra embarcacion. Donde ha desaparecido, vemos alzarse blancos conos que se diseminan y balancean al impulso del agua alborotada con el choque. Son los restos del gótico monumento, tallado y desprendido por la hábil naturaleza en el flanco del ventisquero. ¡Qué cruel es el destino de éste! La nieve vetusta que lo forma, anciana de siglos y siglos, ha avanzado lentamente hácia el lago, coronada de ligeros capullos y de rocas que han desprendido á su lento, pero magestuoso paso, del flanco de la montaña, y de este modo ha ido creciendo el campo de hielo que cubre los valles ó sirve de cintura cristalina al pico de granito. Pero las aguas del lago, hijas de otros hielos anteriores, baten con sus olas los flancos conjelados, lo carcomen, lo agrietan por su base, desgajan grandes trozos y dan nacimiento al grandioso témpano; así la bulliciosa onda triunfa, y en un instante desaparece la obra del cierzo helado de los siglos, que se disipa á los primeros rayos del sol de Enero. La montaña flotante es un pedazo del ventisquero; los pequeños conos que vemos son los fragmentos en que se ha convertido ella, con su hundimiento, en el seno de las aguas. Así los hijos, viven á espensas de los padres; así lo exige la marcha de la naturaleza.

¡Qué multitud de recuerdos se despiertan en mí, mientras dirijo el timon hácia los hielos! Recien ahora comprendo las obras de

los navegantes polares, que tantas veces he hojeado y que otras tantas me han producido sensaciones desconocidas con su lectura: de asombro, de admiracion y de incredulidad algunas, lo confieso, ante la sublime abnegacion de esos hombres que oponen solo el ardiente entusiasmo de la ciencia, al espantoso frio del polo, donde los lleva la progresion del pensamiento que no reconoce barreras. Recien, cuando tengo delante un pálido reflejo, me imagino las bellezas sublimes, pero terribles, que ostenta el mundo en sus estremos. No hay aquí el temible pack, ni la bruma mortal, pero, en cambio el inmenso témpano tambalea al recibir los rayos de un sol, que en ocasiones recuerda el de los trópicos, pero que dista mucho de dar al paisaje el colorido fantástico de las auroras en un dia de calma boreal, ó el de la llegada de las ondas luminosas ardientes, que en medio del largo crepúsculo anuncian la reaparicion del astro del dia. Encuentro cierta voluptuosidad en esta escena patagónica, cada vez que los chubascos, al pasar por sobre nuestras cabezas, siembran de luces y sombras la superficie del lago ó de destellos los hielos, cuando aparece despejado el firmamento.

Lo mismo que los lagos alpinos, estos lagos de los Andes deben tener grandes profundidades, en relacion con su tamaño, pero me encuentro desprovisto de los elementos necesarios para hacer sondajes continuados; sin embargo, cuando hemos largado el plomo, nos ha dado honduras que varian entre 17-32-56-65-78 piés á corta distancia del paradero de donde hemos salido, y á dos millas de la costa, la línea de sonda que mide 120 piés, no encuentra fondo en las varias veces que tentamos buscarlo. Esto sucede en la parte del lago que se halla al N. O. del desagüe; no podemos continuar en la parte Sur, por el mal tiempo que nos sorprende. Al creernos ya próximos al canal que se estiende al pié de los cerros de Castle-Hill, en direccion al N. O. de esas montañas, y que es uno de los canales por donde bajan los hielos, nos encontramos con vientos sumamente violentos, que ponen por un momento en peligro nuestra embarcacion y nos obligan á retroceder y buscar punto de desembarco en la márgen Sur. Estos tufones y las

corrientes, nos arrojan á una pequeña playa rodeada de rocas, y en la cual varamos el bote, que las grandes olas y el viento hacen chocar contra el fondo, llenándolo de agua, lo que nos hace perder otra parte de las provisiones.

El arribo á estas playas desabrigadas y sin fondeaderos, equivale casi á un naufragio. Necesitamos hacer esfuerzos sérios para poner el bote á salvo, haciéndolo rodar por sobre ramas de árboles que la casualidad nos proporciona, hasta la mitad de la barranca, donde aunque las olas al estrellarse barran sus costados no hay peligro de que lo arrastren. La violencia del choque es tal, que nos cuesta trabajo impedir que al empujar el bote nos maltratemos contra sus costados. Inútil es decir que no tenemos nada seco sobre nosotros, y que el viento fresco al barrer el pequeño campamento que formamos en la llanura abierta, nos hiela, sobre todo al brasilero, que en voz baja maldice los magestuosos Andes.

Nos encontramos á corta distancia del promontorio que divisábamos esta mañana desde el lado opuesto y el cual deseaba visitar, aunque no tan pronto.

Febrero 19.—Mal tiempo; es imposible navegar á causa de la agitacion de las aguas. Salgo á caminar hácia el promontorio y despues de curiosear largo rato entre los derrumbes que caen casi á pique sobre el lago, hago un descubrimiento interesante.

Las barrancas verticales están cubiertas de signos trazados por mano de hombre. Tengo delante mas ó menos los mismos vestigios que en medio de las lujuriosas selvas y al lado de las fragosas cataratas de Orinoco, revelaron al ilustre Humboldt la existencia de un gran pueblo antiguo y estinguido. Estas inscripciones, aunque mas humildes y menos complicadas que aquellas, revelan aquí, al borde del gran lago austral, el paso y quizás tambien la prolongada morada de hombres mas perfectos moralmente que el Tehuelche, que no tiene otra idea del dibujo que las informes rayas y puntos que traza al reverso de sus quillangos.

En el segundo volúmen de este libro el lector encontrará

ámplios detalles y la cópia de estas inscripciones ó signos (*); su descripcion será demasiado larga—y colocándola aquí saldria de los límites de un simple "diario" como este.

Este encuentro me es agradable en estremo; habíales oido hablar á los indios, en mis escursiones por la Patagonia setentrional, de ciertas cavernas habitadas por malos espíritus, y que, en algunas se distinguian figuras trazadas "por mano de ellos", en las sombrías paredes. Las hay en las inmediaciones del Rio Negro, en las Sierras de San Antonio, en los alrededores de Mackinchau, y Shaihueque me señaló repetidas veces una sierra que se halla situada frente á sus toldos, en Caleufú, diciéndome que allí se encontraban guaridas de walichus, con paredes pintadas, pero nunca, á pesar de habérmelo prometido, quiso acompañarme ni que yo llegara á ellas. En la falda del Quetropillan tambien me las indicaron, desde muy lejos, pero sin permitir que me acercara.

Por las indicaciones que he recibido de algunos indios que por casualidad, sin haber tenido la intencion de examinarlas, habian penetrado allí obligados por las tormentas, congeturo que esas figuras son semejantes á las que tengo delante, y esto me muestra la presencia indudable en este estenso territorio, en tiempos remotos, de una raza estinguida hoy y que quizás precedió en él á sus indígenas actuales.

Estas inscripciones se estienden en la escarpa del promontorio, en grupos aislados, representando cada uno, como se verá cuando me ocupe detenidamente, una combinacion de distintas figuras; adelantaré que en el primer grupo, si se esceptúa unas dobles sucesiones prolongadas de puntos rojos que en un estremo se unen y que probablemente en un principio hicieron parte de un tosco dibujo de forma animada y que se hallan situadas á ambos estremos del fragmento de barranca sobre el cual han sido pintadas, se nota gran semejanza en estas combinaciones de signos con las que han sido descubiertas en el territorio del Colorado, en Arizona y Nuevo Méjico, y que allí han sido trazadas en peñascos de estructura igual á los que menciono. Esas manos rojas estampadas

(*) Plancha, XVI, XVII, XVIII y XIX.

son idénticas, lo mismo que ciertas combinaciones de puntos y líneas. Encuentro tambien cierto parecido con algunas figuras informes de animales formados con puntos rojos, que se notan en otro peñasco, y mas adelante veo figuras humanas, trazadas tan toscamente que algunas podríanse tomar por imágenes de lagartos y que son del mismo género que las ya citadas de Norte-América. En mas de cien que cópio, noto analogías mas ó menos exactas, con las que Schomburgk y Brown citan de las Guayanas, con las de Ceará en el Brasil, descritas por J. Whitfield, con las que se encuentran en el Perú, Bolivia, República Argentina y Chile, hallando muchas parecidas á las de Norte-América. Hasta los mismos colores de las últimas se encuentran en estas; el rojo predomina, pero hay algunas purpúreas, blancas, amarillas y hasta verdes.

Este descubrimiento me demuestra que las inscripciones que asombraron á Humbold no están ya encerradas en centenares de leguas, sinó en decenas de miles; me hace ver que, con corta diferencia, se encuentran los mismos signos en todo el Nuevo Mundo desde las islas de Vancouver cerca del Círculo boreal, hasta este "Lago Argentino", y que las figuras pintadas que cópio de las paredes abruptas y verticales de Punta Walichu, nombre que le he dado á este promontorio, son iguales á las que los esploradores americanos han señalado al Norte de Méjico, y que las piedras grabadas en remotos siglos por los habitantes de Méjico, Centro-América, Guayanas, Brasil, Perú, Bolivia, Chile, República Argentina, parecen haber sido trabajadas por individuos, sinó de la nueva raza, á lo menos provistos de igual cultura.

La descripcion de estos signos, que será clave del conocimiento de una raza estinguida, es materia de árduos estudios; la interpretacion de los signos antiguos americanos está por principiarse, y largos años pasarán antes que pueda bosquejarse siquiera el plan de ellos; pero dato etnográfico bastante importante es el encontrarse signos iguales en regiones tan apartadas. América, cuando sea estudiada, resolverá mas de un problema oscuro de la historia

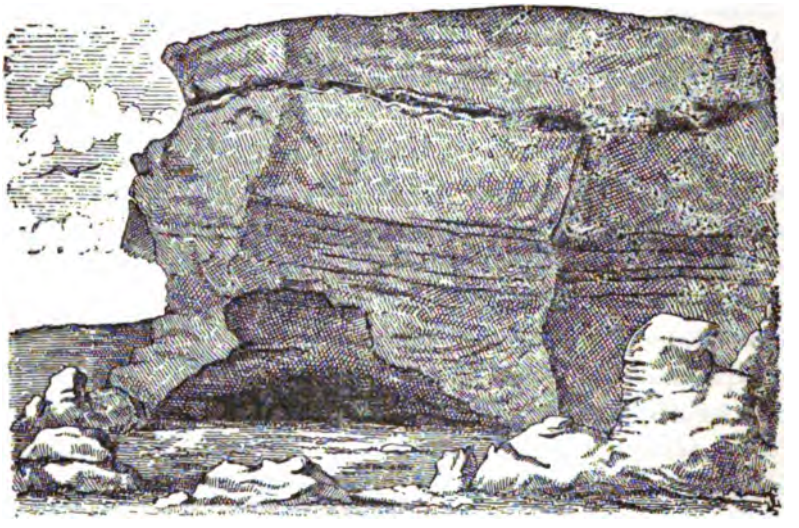
del pasado del hombre—cada nuevo descubrimiento en ella, asombra por los grandes horizontes que revela y que prueban que las soledades salvages han sido en otro tiempo teatro de escenas civilizadas relativamente. Los estudios llenos de erudicion de mi respetable amigo el Dr. D. Vicente Fidel Lopez, han despejado las sombras que cubrian los tiempos remotos del Perú y Bolivia; su interpretacion científica de los monumentos ha convertido la prehistoria de parte de América en luminosa historia, y este descubrimiento de signos trabajados por hombres á la vista del solitario Lago, va á aumentar el caudal de datos para ella, y mi deseo es que sea bien interpretado. Pero para conseguir descifrarlos hay que aguardar que aparezca algun Champollion americano.

Al pié de una de estas barrancas, he encontrado un pequeño monton de tierra que me ha parecido artificial, y habiéndolo cavado he descubierto gran cantidad de huesos de guanacos muy antiguos, tallados como si hubieran sido restos de comida, y mezclados con ellos cuchillos, rascadores y hasta una hachuela de piedra. Estos utensilios pertenecieron indudablemente á los hombres que pintaron los signos á cuyo frente fueron abandonados entre los desperdicios del festin primitivo.

Mas adelante, hácia el Oeste, al llegar á un pequeño ancon abrigado por grandes fragmentos de peñascos caidos de los flancos de la barranca, hago un hallazgo aun mas valioso en una pequeña cueva de paredes con figuras pintadas y que mide ocho metros de ancho por tres de profundidad, siendo su altura en el frente, de dos y medio, disminuyendo gradualmente hasta tener solo veinte centímetros en el fondo. Las escavaciones que emprendo en ella son coronadas de buen éxito; á poco rato la pala y el pico dan con un objeto que impresiona al brasilero, quien huye, abandonando la tarea que le he confiado, mientras cópio los signos estampados en las piedras. Con algun trabajo prosigo yo mismo la investigacion y tengo la felicidad de extraer del fondo de la cueva un cuerpo humano, bastante bien conservado, que ha sido inhumado envuelto en cueros de avestruz y cubierto luego con

pasto y tierra, sobre la cual he recojido dos cuchillos de piedra y una punta de flecha de la misma materia.

El cuerpo está pintado de rojo; la posicion en que se encuentra es análoga á la de las mómias del Perú y á la disposicion en que las tribus pampeanas sepultan sus muertos. La pierna derecha ha sido replegada sobre el cuerpo de una manera tan forzada que poco ha faltado para que la cabeza del fémur abandone la cavidad cotilóidea.



VISTA DE LA CAVERNA DE LA MOMIA

El fémur izquierdo ha desaparecido, lo mismo que gran parte del costado del mismo lado, que ha sido descubierto y comido por algunos carnívoros, quizás zorros; se conserva, sin embargo, el resto de la pierna, y la posicion del pié que es igual á la de su congénere, me indica que esta pierna ha tenido, en el cadáver fresco, la misma colocacion que la otra. Congeturo que los piés han sido colocados de manera que los dedos grandes se tocaran. El brazo izquierdo está doblado y la mano cubre la cara y los ojos. ¿Es esto un signo de dolor ó de meditacion eterna? No sabré decirlo, pues

no me atrevo á considerar este salvage, único resto conocido de una tribu estinguida, como poseedor de ideas elevadas ó religiosas, pues muchas veces una circunstancia como esta puede hacer incurrir en un error, atribuyendo fines dados á los resultados de accidentes casuales. Sin embargo, bien posible lo es en este caso, puesto que reconociendo estos signos que rodean la cueva como producto de la industria de la raza que representa este cadáver momificado, no se le puede negar á ella una cierta cultura, que no es incompatible con ideas religiosas avanzadas relativamente.

Entre este brazo y el cuerpo encuentro cruzada una bella pluma negra de cóndor, que tambien ha sido pintada; ¿es un signo de poder, señala el rango que en vida revistió en la tribu, perpetúa la memoria de un cazador atrevido, ó es un simple adorno con que el deudo ó el amigo sencillo ha querido ataviar la muerte? Tampoco sabré decirlo. Los siglos que han pasado están mudos y estas soledades no responden.

El brazo derecho ha sido colocado casi verticalmente entre ambas piernas; la mano crispada parece que araña la tierra y el plumoso sudario en que ha sido envuelto y del cual solo quedan restos y que tambien ha sido pintado de rojo. La posicion del cuerpo en la tierra, en relacion á la disposicion de la caverna, es curiosa: no ha sido colocado sentado como en vida, como sucede con las mómias peruanas; por el contrario, la encuentro con la cara vuelta hácia abajo y dirijida hácia el punto mas oscuro de la cueva. Junto con los cuchillos recojo huesos de guanacos, tallados; son los alimentos con que los vivientes han querido alimentar al que ha muerto,—en el tránsito á la vida futura. En un principio creí ver restos de un banquete funerario como los que tenian lugar en las tribus que habitaban la Francia durante la Epoca de la Piedra, idea sugerida por la analogía que indudablemente existió entre estos hombres y aquellos, dado el mismo modo de vivir y el mismo grado de cultura intelectual, que denotan los restos que se encuentran en ambos parajes, geográficamente tan distantes, pero etnográficamente mucho mas cercanos.

Esta interesante mómia tiene el cabello cortado casi á la raiz,

y esto, junto con la pintura roja con que ha sido cubierto el cuerpo, en vida ó despues de la muerte, me hace pensar que quizás ella pertenezca á un fueguino, no de los que habitan la gran Isla, sinó de los del continente, que vivian en el tiempo en que Francisco Sarmiento de Gamboa hizo su memorable espedicion al Estrecho de Magallanes (año 1580). Este navegante menciona mujeres con el pelo cortado y el cuerpo pintado de rojo. Sin embargo, creo que la mómia en cuestion es un hombre, y de muy elevada estatura.

Otros antiguos navegantes descubrieron tambien huesos humanos en algunas cavernas, en la costa del Pacífico, en la region patagónica; los antiguos habitantes del archipiélago de Chonos, que probablemente pertenecian á la misma raza que los que menciona Sarmiento, tambien enterraban sus muertos de la misma manera, y añadiré que los Tehuelches me han dicho que sus abuelos les contaron que en estas regiones habitaban en otro tiempo fueguinos; además, ellos llaman á las cavernas *Alln-Kau*, que puede traducirse por casa de hombres (*Alln*, cabeza-hombre, *Kau*, casa); pero esto último puede referirse á las antiguas habitaciones de los Tehuelches, lo mismo que á las de los Fueguinos.

No hay duda que esta mómia no pertenece á los Tehuelches, pues la forma de su cráneo es suficiente para demostrarlo. Aunque deformado artificialmente, tienen mucha mas semejanza con él otros antiguos patagones, que los actuales. Aun no lo he estudiado, pero cuando lo haya efectuado me parece que encontraré analogía con la raza que he nombrado Caríbica antigua; á esta pertenecen probablemente los cráneos macrocéfalos, deformados, que se encuentran desde Estados-Unidos hasta este punto, lo mismo que los que se han extraido de las necrópolis de Bolivia y que han sido atribuidos, por falta de estudio, á los constructores de las obras monolíticas de Tiahuanaco, y bautizados con el nombre de Aymaráes.

Mas al Oeste es imposible seguir por el pié de la barranca, porque el agua nos corta el camino; ascendemos el cerro, dominamos el lago, aunque sin distinguir sus contornos, pues la tormenta lo

alborota, oscureciéndolo, y bajamos nuevamente á la playa, para prolongar las pesquisas que continúan con buen éxito. En otra caverna encuentro un trozo de árbol cubierto de rayas rojas, blancas y amarillas y que ha sido sin duda dejado allí por los antiguos indígenas. Creo fuera un objeto respetado, pues aun hoy los indios señalan con respeto los troncos que como este tienen agujeros, formados por el desprendimiento de los nudos; me han asegurado que son los ojos del Espíritu Malo. Las manos pintadas, en este último punto, son distintas á las que se encuentran en el otro costado del promontorio. Allí parece que la mano del indígena, generalmente la izquierda, puesta sobre la roca, ha sido contorneada con la pintura siguiendo la forma de ella, dejándola estampada en claro; aquí por el contrario parece que la mano ha sido frotada con la pintura y estampada luego sobre la piedra donde ha dejado su forma en rojo.

No encuentro la menor señal que me indique que estos antíguos habitantes de la orilla del lago fueran navegadores en esta region y que penetraran en él; mas bien me inclino á creer que no lo fueran; el lago no alimenta pescados, sinó en los remansos inmediatos á la costa, donde pueden ser tomados sin necesidad de internarse en él. Siguiendo la barranca, me encuentro en un trance apurado; la roca es á pique, pero tal es el entusiasmo, que sin fijarme en ello, sigo adelante, indicando el camino al Sr. Moyano que continúa detrás de mí. Llega un momento en que las ramas en que me he asido se desprenden de la roca y me hacen rodar mas de 30 piés hácia el abismo. Felizmente un peñasco se encuentra á mi paso, puedo sujetarme á él y quedar suspendido al borde del precipicio, profundo de casi cien piés, y donde las olas saltan estrepitosamente sobre las puntiagudas rocas terciarias. Tenemos que retroceder y esto ya de noche, pues con los felices hallazgos no nos hemos fijado en el tiempo que ha transcurrido; llegamos á las diez de la noche al paradero donde la tripulacion se halla alarmada de nuestra ausencia.

Estamos muy fatigados, y encontramos esquisito el poco de fariña y arroz que compone nuestra comida, pues un golpe de ola

nos ha arrebatado el charque que por descuido de Patricio habia quedado secándose sobre el bote.

Dormimos profundamente al reparo de los remos y de algunas pequeñas tablas del bote, que son un exíguo abrigo de medio pié de elevacion contra el temporal del Oeste. Las matas que pudieran proporcionarnos cómodo alojamiento, se encuentran demasiado distantes y no podemos ni debemos ir á resguardarnos detrás de ellas. Hay que elejir entre el cuidado del bote y la comodidad para nosotros; nos resolvemos por lo primero.

CAMPAMENTO CERCA DE PUNTA WALICHU

Febrero 20.—En una escursion verificada esta mañana á los matorrales inmediatos á los elevados cerros terciarios que dominan

la ondulada llanura sobre la cual nos encontramos, he recojido una punta de flecha perfectamente trabajada, de la forma que comunmente se conoce con el nombre de "laurel" (*). Un hermoso huevo de avestruz proporciona, además, un nuevo manjar con que aumentar nuestro humilde almuerzo.

Los temporales han dado mala cuenta de nuestras provisiones y solo haciendo economías, á espensas de nuestros estómagos, podremos continuar la esploracion; de manera que cada nuevo contingente que recibimos es bien acojido, pues en estas circunstancias no nos cuidamos de ser muy delicados; mas de una vez me ha sacado de apuros un hallazgo semejante, que es el gran recurso del viagero en el desierto. Los huevos que han sido puestos antes del momento en que el macho forma la nidada, y que las hembras han dejado diseminados en el campo, duran largo tiempo, pues nunca son empollados; solo el zorro, el gato ó el puma los destruyen. Estos huevos permanecen sin podrirse varios meses.

La manera patagónica como se les prepara permite que no quede ningun desperdicio y que el feliz descubridor los aproveche enteramente. Se les hace en un estremo un pequeño agujero de una pulgada de diámetro, y despues de haberles sacado una parte de la clara, se les coloca entre la ceniza cuidando de mantenerlos verticales y revolver su contenido; así, á fuego lento, se asan sin que la cáscara se quiebre. Cocinados de esta manera son escelentes en estas soledades (no sé si entre las comodidades de la ciudad diria lo mismo). Si se ha cuidado bien, la cáscara puede servir despues de taza para té ó café y hasta de mate, pero se necesita tener buenos dedos para agarrarla. El contenido de este huevo se divide entre los cinco que forman la tripulacion del bote; es una ayuda á la fariña con porotos que ha preparado Patricio, quien ha sido nombrado cocinero de la espedicion.

Continúo el reconocimiento de las cuevas de Punta Walichu, pero solo encuentro cuchillos de piedra.

Pasando este promontorio se estiende una llanura cubierta

(*) Véase tomo 2°, plancha 11, fig. 11.

de médanos donde inútilmente perseguimos algunos avestruces. Esta llanura va inundándose con las aguas del lago que aun crece.

Hay al Oeste de la Punta una bahía, casi circular, mayor que la que he mencionado en el lado norte y la que con la inundacion adquiere mayor tamaño; sus quietas aguas sirven de estanque á millares de pájaros que casi la cubren, matizándola armoniosamente; las bandurrias, los flamencos, los gansos, los patos, las gallaretas, vuelan gozosos en todas direcciones, arrojándose luego sobre los pequeños pescados, y en una isla, peñon terciario que domina la entrada, miles de blancas gaviotas alborotan con sus gritos agudos la solemne magestad del lago. En esta bahía descarga sus aguas un pequeño torrente que desciende, fertilizando retazos de este desierto, desde una estrecha garganta que se vé sombría al Sur, entre las grietas de inmensos murallones terciarios, de mas de 1000 piés de altura, casi á pique y que muestran sus fajas verde-azuladas y amarillentas inclinadas por el levantamiento.

En su estremo parecen distinguirse á través de la bruma de este dia, formaciones volcánicas. El torrente desciende del S. S.-E.

El incendio de las montañas va disminuyendo y podemos ver en el S.-O. las blancas cumbres, entre las nubes que corren impulsadas por los vientos polares, atravesando el humo y dominando las altas llamaradas. Sobre las mesetas se ven elevadas torres negras formadas por el basalto, alzando á 3000 piés sobre el mar sus astilladas cúpulas.

Febrero 21.—Continúa el mal tiempo del O.-S. O. La latitud del punto en que nos encontramos es 50° 17'. Las rocas inmediatas pertenecen á la formacion terciaria; las capas se alternan, unas arcillosas, otras arenosas, otras con gran cantidad de pedregullo grueso ó sumamente fino. En Punta Walichu hay una capa al parecer de un metro de grueso, de arcilla verde-azulada, pero es imposible reconocerla de cerca por ser un precipicio el paraje donde se encuentra. No he podido descubrir ningun fósil en esta tarde que he empleado en investigar los peñascos.

Febrero 22.—Este temporal se prolonga demasiado; es necesa-

Litogr de Aic Larsch Florida 164 Bs Aires

EL TEMPORAL ("LAGO ARGENTINO")

Dibujo de Alfredo Paris segun datos de F.P. Moreno

rio salir de aquí lo mas pronto posible, pues perdemos un tiempo precioso. Vuelvo á subir la Punta Walichu, sin tener en cuenta las ramas espinosas y los cactus que me maltratan los piés, pues el calzado está completamente destrozado. Desde la cumbre descubro, en el centro del lago, una inmensa mole de hielo que viaja empujada por el temporal. Un rayo de sol que cruza por las rasgaduras de los chubaseos, hace resaltar su azulada blancura. Se distinguen fácilmente las columnas cristalinas, sosteniendo una cúpula colosal elevada aparentemente de cien piés, y la luz juega entre las bóvedas formadas por el agua congelada; aquello parece un foco gigante de luz eléctrica, aunque no daña la vista de quien se recrea con ese espectáculo. Los indios me han hablado de Walichus del lago—"uno imponente, inmensamente grande, vá y viene en sus aguas, dominándolas—viaja contínuamente—jamás desaparece—alborota sus aguas cuando van hombres á beberlas". Hoy comprendo que lo que ha sugerido esta supersticion son los témpanos, pues á mí mismo me impresionan; su fantástica travesía tiene algo de fúnebre ahora que el cielo está nublado. Entristece ver al hielo eterno vagar oscilante, y, cumpliendo su destino, licuarse entre las olas ó vararse en las costas, astillado, como inmensas lápidas funerarias.

Esta tarde, notando que la entrada del sol tras los picos andinos enrojece unos y amarillea otros, entre nubes plomizas y renegridas, anunciándonos un dia nada bueno para mañana, decido tentar la suerte lazándonos en las aguas intranquilas del lago. Desde temprano hemos distinguido humos sobre las montañas del Nor-Este al pié del Cerro Inclinado, que me anuncian la llegada de los indios á nuestro paradero en busca de los víveres que les prometí llevarles á estos parajes; y mas tarde en el punto donde ha quedado acampado Isidoro, vemos grandes hogueras que son la señal convenida para indicarnos el arribo de los Tehuelches. La contesto encendiendo la falda montuosa de un cerrito vecino, operacion que en esta clase de telégrafo patagónico, dice á mis lejanos compañeros,—¡allá vamos!

Si los elementos se oponen á que continúe por ahora la esplo-

racion hácia el Oeste, hay que tentarla al Norte. Allí se estienden otros lagos que esperan nuestra visita.

Lanzamos el bote al agua; las olas que ruedan lo hacen golpear sobre la playa, pero haciendo esfuerzos nos desprendemos de la costa despues de haber acondicionado los preciosos objetos coleccionados.

El viento continúa soplando fuerte y el lago se encrespa á su impulso; tomamos tres rizos á la vela y ciñéndola volamos, tratando de alcanzar la ribera Norte, antes que nos sorprenda la noche que va á llegar. Desgraciadamente sobreviene la calma; no una calma plácida que nos augure una marcha lenta, pero sin peligros, sinó la que precede á la tempestad. El cielo toma un aspecto imponente; las nubes se convierten en círculos y en esferas plomizas, divididas por estratas variadas, y cirros veloces cruzan en diversas direcciones; podria decirse que se arremolina la espesa atmósfera, en un combate de vientos. Negras nubes descienden de las montañas del Oeste, y se hallan tan bajas que parece que reposan sobre las aguas; el aire andino se acerca salpicándolas, y á las siete de la tarde se declara el temporal rujiendo sordamente. Nuestro bote no resiste la vela mayor y solo dejamos el pequeño foque para aprovechar la furia del viento, pues los remos apenas tocan las olas que se ondulan. La noche llega, y con ella el temor de ser estrellados contra el gran témpano que no debe hallarse á mucha distancia, pues el viento y las corrientes han debido empujarlo hácia el punto por donde navegamos; lo sentimos cerca, pues algo truena; son los fragmentos que le arrebata el furioso chubasco del N. Oeste. No hay tiempo que perder; podemos chocar con ellos, y nuestra ruina seria entonces segura. Las corrientes aumentan la escitacion de las aguas, que alborotadas se lanzan dentro del bote, continuando así hasta mas de media noche, hora en que nos encontramos, á merced de la corriente, en el centro del lago, balanceados por una marejada sumamente gruesa y que no nos permite adelantar nada, mojados completamente y estenuados del trabajo de desagotar el agua que embarca el bote cada vez que una oleada choca contra

sus costados. A las dos de la mañana, creemos distinguir tierra inmediata; la superficie del lago está blanca de espuma, que hierve; conjeturo que nos encontramos en las inmediaciones de la desembocadura del rio del Norte. Momentos despues una veloz correntada nos arrastra, haciendo dar vueltas á la embarcacion, que recibe de costado el viento y el eolaje.

Cerca de nosotros se elevan sombrías barrancas que podemos distinguir á pesar de la oscuridad, mientras escuchamos el estruendo de las olas que chocan; calculo que vamos arrastrados hácia la naciente del Santa Cruz. Las rompientes rujen estruendosamente; las olas encontradas se abalanzan y casi llenan la embarcacion; no veo mas remedio que poner la proa á la costa. y, si es necesario, naufragar allí—esto es preferible á perecer destrozados contra las rocas glaciales del centro de la Boca del rio. Al acercarnos á la costa, las olas embravecidas con el choque que las repele, tumban el bote, dándonos solo tiempo á lanzarnos todos al lago, esponiéndonos á quedar aplastados bajo la embarcacion; y rodando entre las arrolladas aguas, tomamos tierra en el instante en que una gran ola arroja el bote sobre la playa, llenándolo de cascajo que la fuerza de la marejada arranca de la costa y deposita dentro de ella. Hemos embicado al pié de los médanos, sobre una playa de pedregullo sumamente pendiente, lo que pone en sério peligro la embarcacion, que se encuentra rodeada por un furioso oleaje que la barre en todo sentido; con inmenso y peligroso trabajo, maltratados por las piedras rodadas que nos golpean las espaldas, al ser bañados por las olas, conseguimos salvarla descargándola, habiendo perdido el timon y el palo pintado y una gran parte de las colecciones que el agua arrebata. Los víveres están casi completamente inutilizados; sólo la mómia se ha salvado, habiéndola preservado un espeso sudario de lona, con el cual la habia envuelto.

El gran peso del bote no nos permite sacarlo mas afuera de las aguas, que continúan batiéndolo, y acompañado de Moyano salgo, siguiendo la costa, en busca del campamento de Isidoro. Encontramos que se halla muy cerca de nosotros, á 500 metros.

Esto me dice que si hubiera tardado algunos minutos mas en embicar, habríamos perecido todos.

Nuestra presencia alarma á la gente dormida; la sorpresa de los indios, que ya han llegado, se traduce en gritos; quizás nos creen fantasmas; ¿quién puede figurarse que en una noche semejante hayamos cruzado el lago?

Los perros hambrientos nos atacan y tenemos que refugiarnos nuevamente entre las olas, de las cuales hemos salvado tan milagrosamente. Nos cuesta hacer comprender á nuestros amigos que venimos del otro lado del lago; Maria, Bera, su mujer y la madre, la coqueta Losha, que son las recien llegadas en busca de las provisiones prometidas, lloran prorumpiendo en alaridos. Me echan en cara mi tentativa sacrílega contra el "agua que hierve" de Shehuen y dicen que este temporal es un castigo del *Agschem;* tambien el Espíritu encarnado en el témpano fantástico, ha demostrado sus iras.

El buen Isidoro, siempre dispuesto, toma caballo y se dirije al galope, sin cuidarse de los médanos y pozos, á prestar auxilio á los que quedan con el bote. Mientras regreso con Moyano, observo un curioso fenómeno meteorológico. En medio de la oscura noche y el horroroso tronar del agua en la costa, vemos aparecer entre nosotros dos una viva luz, y escuchamos inmediatamente un estruendo semejante al de un disparo de fusil. Es una chispa eléctrica; momentos despues volvemos á ser iluminados por otra, pero esta vez sin ruido alguno.

Isidoro no consigue gran cosa, á pesar de sus esfuerzos, y tenemos que dejar el trabajo del salvamento del bote hasta que calme un poco el temporal.

Cada uno carga con sus mantas mojadas y se acuesta sobre la arena, molido de cansancio, pero feliz de haber navegado en el lago. El alba nos sorprende despiertos; la preocupacion de la casi pérdida del bote no nos permite dormir.

CAPITULO XVI

ESCURSION HACIA EL NORTE—LAS TOLDERIAS

SUMARIO—Una promesa cumplida—Borrachera—En marcha—Los caballos salvajes—Offembach en los toldos—Alquiler de caballos—Fiestas—Medidas antropométricas—Vocabulario tehuelche.

Febrero 23.—Anoche, mientras el temporal azotaba el lago, caia nieve en abundancia sobre las montañas del Sud y sobre la derruida torre de "Castle Hill". Hoy tienen blancas sus cumbres.

El viento continúa con mayor fuerza, pero á la tarde disminuye cambiando al Oeste, y los chubascos se suceden con rapidez, prometiendo una noche cruda. Conseguimos descargar el bote, vaciando el cascajo que durante la tempestad han depositado las olas dentro de él y podemos llevarlo, arrastrándolo sobre troncos, á un punto seguro; entierro la momia, para que no sea vista por los indios que miran asombrados el bote tumbado, y hago la misma operacion con el madero pintado que he podido recuperar de la costa, donde lo ha arrojado el agua despues de haber borrado casi completamente las figuras que los antiguos indígenas trazaron sobre su dorso.

Nuestra triste situacion no ablanda el corazon de los indios; la pérdida de casi todas nuestras provisiones, no les hace olvidar nuestras promesas de Shehuen-Aiken y me acosan sin cesar, pidiendo el cumplimiento de mi palabra; con harto sentimiento, y para satisfacer mis compromisos, hechos en un momento de entusiasmo, tengo que entregarles la mayor parte de las provisiones que poseemos.

Estos pobres indígenas tienen en sus relaciones con los blancos manifestaciones verdaderamente infantiles; les habia prometido darles dos bolsas de yerba y otro tanto de azúcar y fariña, segun el modelo, que es el que me sirve para repartir las provisiones de la semana para la espedicion y en el cual no caben mas de cinco libras de cualquiera de esas sustancias; sin embargo, con toda picardía, cada uno de los cuatro individuos instala delante de mí, uno, un cuero completo de guanaco jóven, perfectamente cosido y que quiere que lo llene de azúcar; el otro presenta una especie de árgana para conducir su racion de fariña; otro una coleccion de bolsas hechas de cueros de gatos salvajes, para que sean llenadas de yerba, y el cuarto (Bera), que es el dueño del odiado picaso tuerto, pide con toda seriedad que se le dé á él una cantidad igual á la suma de las otras tres porciones. Dice que yo he prometido bolsas, y bolsas son las que presentan; si no cumplo mi palabra seré un mal cristiano. Pero, como niños, pues son niños moralmente (esceptuando sus vicios que son de hombre), se calman al fin y concluyen por contentarse con lo que les doy, lo que sin embargo es el doble de lo que pensé en un principio.

El déficit lo cubro con algunas galletas; un momento despues reina la alegría en el desamparado campamento, cuando de un pequeño órgano que les regalo, hago brotar poco pretenciosas armonías. Singulares sensaciones les produce la música. Estas melodiosas manifestaciones de la cultura humana agradan sobre manera á los Tehuelches; los cuatro que están presentes no saben como manifestar su contento al escuchar las alegres cuadrillas francesas. De la alegría de los espedicionarios... no digo nada. ¡Oir *la Fille de Mme. Angot*, frente á los témpanos!

Doy á los indios un poco del aguardiente que he traido para las colecciones, y tenemos fiesta. La madre de Losha que goza de renombre como gran bebedora, no está contenta con la porcion que le doy; incitada por el ardiente licor, quiere beber mas; se pone frenética, me ofrece todas sus riquezas, y por último, para halagarme, pretende cederme en matrimonio á la novia de Juan! La fueguina *Ast'elche*, repelente en estremo, decide abandonar á su poco envidiado esposo Bera, pues quiere quedarse con nosotros,— tenemos aguardiente. Es asqueroso el espectáculo que presentan ya borrachas estas terribles viejas. Estas infernales brujas, repugnantes engendros, degradan la danza, saltando borrachas al rededor del brasilero, que en el paroxismo del terror, se vé rodeado por estas mujeres de caras pintadas de negro y de melenas desgreñadas. La enorme cantidad de fruta de calafate que han comido esta mañana, ha teñido los alrededores de sus bocas de un color violáceo; las tiras de grasa de potro que han traido en sus recados, que se han humedecido con el sudor del caballo antes de servirles de alimento, y que devoran desde hace unos instantes, han dejado en sus mejillas, al ser llevadas á la boca, blancos resíduos, que quedan pegados sobre sus caras con el zumo del calafate.

Comen estos indios con tanta suciedad como los cerdos y tienen grasa hasta sobre los ojos y el cabello está apelmasado por ella.

Hago que quemen sus mantas, lo que obedecen inmediatamente, y les doy otras de bayeta roja, porque tal es el olor que despiden las que han dejado, que apesar de que nuestro campamento es al aire libre, las emanaciones fétidas de ellas son insoportables.

La madre de Losha se empeña, luego que la borrachera va desapareciendo, en comprarme al brasilero;—lo considera apropiado para ayudar á llevar los toldos y ofrece tres yeguas por él. Es escusado decir que el infeliz cree posible la venta y que llora para que no lo esclavice. Dice que él es haragan pero que jura que hay hombres que aun lo son mas! Es su consuelo y debe ser tambien el mio. ¡Qué seria de mi espedicion si me hubiera

tocado llevar un hombre mas flojo que él! La fueguina me ha prometido mostrarme carbon de piedra en estos alrededores, pero por mas que lo buscamos no lo hallamos. No se dá cuenta del paraje donde se encuentra y mas bien creo que equivoca este lago con otro.

Febrero 24.—Temprano, al alba, despido á los indios; no quiero demorarlos porque no tenemos carne que comer desde ayer á la tarde y es imposible obtener caza pues esta se ha alejado. Llevan órden de hacer fuegos sobre los cerros para mostrarme el camino que debo seguir en la marcha que voy á emprender á la toldería. Los indios llaman al punto donde nos encontramos "Carr" y algunas veces dan tambien este nombre al lago.

Las provisiones frescas con que contamos hoy consisten solo en un corazon de avestruz, que se divide entre Moyano y Estrella; Isidoro y yo nos contentamos con un puñado de fariña, todo exíguo lastre para estómagos de gente que va á hacer una larga marcha.

El bote queda á cargo de Francisco Gomes, quien tiene órden de no moverse del punto donde se encuentra; le quedan provisiones abundantes, relativamente, para quince dias.

Echamos la tropilla por delante y cruzamos el titulado valle del Santa Cruz; vemos que la gran Moraina antigua, donde abundan los grandes trozos erráticos, se halla separada por el cauce de un rio seco de la meseta alta que limita el valle por el Norte. Este ex-rio conserva visibles vestigios de su importancia pasada y él fué sin duda el reemplazante de uno de los brazos del gran ventisquero prehistórico. Así, la Moraina citada parece haber sido una Moraina central. El suelo en este punto es de un color rojizo amarillento, debido á óxidos ferruginosos.

A la meseta, que podria llamársele sierra pues se presenta muy ondulada, se asciende por una pendiente bastante notable cubierta de trozos glaciales, que reposan en ciertos parajes sobre ricos mantos fosilíferos terciarios. Siguiendo por sobre ella, encontramos una quebrada profunda, que muestra su tortuoso fondo á nuestros piés; las laderas desnudas de los cerros, cuyas bases

la forman, presentan las macisas capas terciarias, grandiosas, perfectamente bien definidas, entre las cuales de tiempo en tiempo se notan rojos manchones que señalan depósitos de los ocres tan estimados por los indios, que los usan como pinturas para adornar sus facciones y sus quillangos. Este paisaje solitario en estremo y en el cual no se oye otro ruido que el monótono andar de nuestra caballada, encajonado á ambos lados por elevados cerros (2,500 á 3,000 piés sobre el mar) formados de capas basálticas, tiene algo de los panoramas que han dibujado los infatigables esploradores de las Malas Tierras de los Estados-Unidos. Como lo diré mas adelante, se nota en la constitucion física de la Patagonia, mas de una relacion curiosa con las de ciertas regiones de Norte-América. Este paraje es un *Cañon*, aunque sus murallas no son tan perpendiculares, y probablemente en sus entrañas petrificadas guarda tambien inmensas riquezas paleontológicas, análogas á las que encontraron, en compensacion de sus fatigas, los esploradores de las regiones del Norte.

Apenas se vé en este desierto uno que otro guanaco y avestruz intranquilo; de cuando en cuando un zorro salta de entre los matorrales y nos observa, azotando su peluda cola; algunos cóndores nos muestran sus altivas figuras en las negras peñas, ó al elevarse sombrean nuestro camino con sus grandes alas estendidas. Costeamos la ladera de la quebrada, á mitad de ella, lo que nos hace algo penoso el trayecto, pues á cada momento hay que cruzar, descendiendo ó ascendiendo continuamente, los derrames de los cerros. La lava basáltica domina el punto mas elevado de esta region—se presenta en capas mas ó menos horizontales y algunas llegan á formar con el levantamiento que las ha alzado hasta la altura que hoy ocupan, y que es á veces mayor de 3,000 piés, inclinaciones sumamente sensibles, como sucede con el "Cerro Inclinado", el cual desde lejos, del S. O., presenta en uno de sus bordes la forma de un pico, y no una mesa, como sucede generalmente con la disposicion de las masas volcánicas solidificadas bajo el mar. Las capas que dominan la region que vamos cruzando, tienen por lo menos 350 piés de espesor; no son unidas,

y las vemos sólo en las cumbres altas. En las regiones donde no las hay, no se nota el menor fragmento importante que denuncie que allí tambien ha habido lava que mas tarde se haya desagregado. A distancia de una milla de las mesas basálticas no se ven trozos de ellas y estas mesas no se hallan todas al mismo nivel; por el contrario, es sumamente variable y muestra que las fuerzas internas que operaron la elevacion de la capa basáltica, desde el fondo del mar al punto que hoy ocupan, obraron con desigualdad, unas veces lentamente, otras con movimientos bruscos que han ocasionado el quebrajamiento de algunos de los mantos volcánicos.

Ninguno de los cañadones que cruzamos tiene agua en esta estacion y ya no es solo el hambre lo que motiva la marcha apresurada que no me permite examinar tanto objeto nuevo; nos molesta la sed de un dia de camino contínuo, así es que con gozo distinguimos al anochecer, sobre un elevado cerro, verdes manchas que se destacan de las nieblas que van envolviendo las alturas: son los manantiales que nos han indicado los indios. Despues de trepar entre la oscuridad largo rato, acampamos al rededor de uno que contiene el líquido suficiente para atenuar nuestra sed y la de la caballada. Entre el triste paisaje donde se desarrolla esta verde escena, puede considerarse ella como lujosa; los arbustos son frondosos, los *Gynnerium* espesos y mullidos; hay algunas Papilionáceas (*Lathirus Magellanicus*), ya sin flores, y una que otra modesta Anémona se distingue en los alrededores de mi lecho herbáceo. Estas plantas nos sirven de débil abrigo contra la gran helada que cae, endureciendo el suelo y conjelando las aguas del pozo. El hambre clama, pero no es posible satisfacerla; tenemos que contentarnos con un poco de café amargo, y sólo el señor Moyano, que hace su primer viage terrestre, es auxiliado con un puñado de fariña.

Febrero 25.—¡Qué bella madrugada es la de hoy! No ha aclarado completamente y las estrellas, con la claridad de la atmósfera, pues las nubes se han alejado, se ven aun en el espléndido cielo austral; la nieve relumbra con suavidad á nuestro alrededor y nuestro fogon esparce tíbios rayos sobre el polvo blanco que cubre

nuestros quillangos y el escaso pasto de la ladera. Rato despues, al aparecer el dia, las vaporosas brumas de la mañana nos envuelven en una atmósfera húmeda y fria, y luego graniza; son las rápidas transiciones metereológicas que produce la aparicion del calor del dia despues del frio de la noche. La luz nos permite ver inmensos trozos erráticos, pero la capa glacial no parece tener aquí gran espesor, comparándola con la que se encuentra en el valle.

A medio dia llegamos á los toldos que estan situados á 50 kilómetros mas ó menos al N. del rio Santa Cruz. Los indios han elejido un valle hondo y abrigado, con buenos pastos y mejores manantiales, donde han encontrado una manada de cuarenta caballos salvajes de los cuales han muerto seis. Estos animales, restos de las antiguas tropas de caballos que en siglos pasados vagaban salvajes en las pampas de Buenos Aires, viven en estas regiones desde los tiempos que los indios recuerdan.

El amor á la *querencia*, no es solo patrimonio de los animales domesticados; estos caballos que hace siglos nacen y mueren en estas regiones poco penetradas, nunca se alejan á gran distancia de ellas. Mis datos no me dicen que un caballo salvaje haya sido visto en las inmediaciones del Atlántico, al Sur de la Bahía Santa Cruz, y por el contrario, se les encuentra siempre en las nmediaciones de la Cordillera, pero no esparcidos en grandes estensiones de tierra sinó en lugares determinados. Su principal paradero está situado al Sur del Lago Argentino en las regiones que domina el Monte Stockes; allí los indios desde hace muchos años van en verano á cazarlos, habiéndoles declarado una guerra de esterminio. Estas alturas tambien son otros oásis de vida caballar; mas de una vez en el silencio de la noche he sentido el lejano relincho de un potro salvaje. En las alturas de la Bahía San Julian, hácia el Oeste de dicho punto, los indios me han mencionado otro paradero muy frecuentado por los baguales, y algunos tehuelches me han dicho que en las nacientes del Rio. Chubut hay tropas que pueden contar mas de mil animales Generalmente son de colores unidos; predominan los oscuros, zainos y colorados, he visto un hermoso blanco y varios *moros;*

las pequeñas manchas que muchos de ellos presentan en su peluje son solo los resultados de las heridas adquiridas en los combates, frecuentes entre ellos, y de las lastimaduras producidas por las ramas en los bosques donde se resguardan en invierno.

La toldería está dominada por un manto de basalto que reposa sobre una capa terciaria de cascajo pequeño, lo que hace que la lava contenga algunos fragmentos de piedras rodadas.

Maria ha llegado esta madrugada y ha anunciado mi visita; al principio los indios no la han creido, pero las golosinas que le he regalado han probado la verdad de ella y tambien han contribuido á que se me espere con vivos deseos. He cumplido mis compromisos y esto de una manera mas galante de la que esperaban los taimados tehuelches.

El órgano ha entusiasmado la chusma y desde que me avistan descendiendo las lomadas, el jigante Collohue monta á caballo llevando el instrumento que ya ha aprendido á manejar. Me recibe en la cima de una colina, montado sobre un potro, el que por mas que desea no puede encabritarse con el enorme peso del caballero y se contenta con rascar frenético el suelo, polvoreando al jinete. Este, con la majestad de un Hércules y con la seriedad de un diplomático, no atiende al enojo del bagual; parece sentado sobre un caballo de piedra, medio oculto por el enorme quillango de 15 cueros de revés amarillo y rojo, y con la calma mayor toca las cuadrillas de "Orphée aux Enfers." Es quizá la centésima repeticion en estos lugares de la popular ópera fracesa, cuyos aires hoy no se pierden en el estrecho recinto de un teatro, entre el humo de los fumadores y la gritería del alegre público:—tienen un éco grandioso en el sonoro basalto, y por las desiertas mesetas se espanden las armonías, entre el clamoreo de la indiada que alrededor de los toldos golpea las bocas en señal de regocijo. ¡Qué agradable es al que viaja escuchar entre el estentóreo alarido primitivo, único signo de gozo ó de venganza y que necesita un oido salvaje para distinguir la sensacion que espresa en su ruda modulacion, el candencioso himno que entonan unos maderos pulidos, algunos pequeños clavos y una piel curtida! La civiliza-

cion y la barbárie son representadas hoy por un inculto individuo, pues Collohue, luego que se cansa de hacernos oir música francesa, prorumpe en alaridos patagónicos, esta vez de gozo, al ver una botella que le señalo. Es aguardiente, el néctar de la vida, la produccion humana que mas interés tiene para él; olvida el órgano, que cae rodando, para acercarse apresurado á tomar la botella que escondo á mi turno, esponiéndome al ódio pasagero del benévolo gigante.

A pesar de nuestros regalos, principalmente de las mantas que hago sacudir con Estrella para que sus colores animen á las chinas, encuentro muchos obstáculos para conseguir nuevos caballos con que continuar mi marcha hácia los otros lagos. Sin embargo, despues de ruegos y promesas, consigo uno.

El alimento es escaso en la toldería y aun cuando se nos ha recibido (y nos hemos deleitado con él) con un escelente asado de bagual, que, sea dicho de paso, nos ha sido distribuido de una manera bastante diferente de la que se usa entre gente civilizada, no puedo conseguir la cantidad de carne necesaria para marchar hoy. Resuelvo parar y tentar el ablandar el corazon de los indios, para obtener los otros tres caballos que necesito. Tambien la estacion fria avanza; mi gente no tiene abrigo y hay que hacer negocio para procurar algunas mantas de pieles. De á tres mantas rojas por un buen quillango, logro conseguir cinco de estos.

Por precaucion he traido conmigo el resto del alcohol destinado para las colecciones; la damajuana que lo contiene está casi vacía y sólo hay en ella dos litros de líquido, pero lo suficiente, sabiéndolo distribuir, para conseguir de los indios todo cuanto ambicionamos.

Hay que tener para tratar con ellos, el mismo tino que para los muchachos; hay que tentarlos. Así lo hago, despues de agregar al contenido de la damajuana igual cantidad de agua, y doy á Collohue, que es el que mas caballos tiene, una pequeña dósis del licor bautizado. Le gusta, lo considera puro, fuerte y no desagradable "como el que los chilenos le han vendido en el Rio Gallegos". Este que le doy no le produce dolor de cabeza, "porque es

verdadera *lama* (bebida) pura, sin agua! " Segun él, la que venden los comerciantes de Punta Arenas está muy mezclada y enferma á los indios. Collohue me dice que no hay peor cosa que el aguardiente impuro; puede matar á un hombre, el puro sólo emborracha. Como todo es empezar, como lo dice el adagio, pronto la bebida ejerce influencia benéfica para nosotros en el cerebro de estos buenos amigos y poco á poco piden más cantidad; satisfago sus deseos, pero cuando llega el momento en que la necesidad imperiosa de beber más se apodera de ellos, guardo la damajuana. ¡No doy ahora, vendo! y héteme aquí convertido en comerciante, y en comerciante falsificador.—Es la fuerza de las circunstancias que me obliga á ello.

El licor que contiene la damajuana ya es agua casi pura, pues no tiene una décima parte de alcohol. Primero compro dos matambres de potro, luego, para no dejar de aprovechar nada, hago repartir por Jonjonia (la insectívora) un espléndido asado que se condimenta desde largo rato sobre las brasas, ya lamido y relamido por los pelados. Un pequeño cuerno lleno de *aguardiente* que doy á beber á la repugnante cocinera, hace su delicia; corta á grandes trozos la carne asada y nos la distribuye á los presentes arrojándola de la misma manera que la que emplean los cazadores cuando reparten alimentos á una numerosa jauría. No hacemos caso de este ceremonial gastronómico *sui generis* y devoramos las delgadas tiras que nos corresponden y que hemos agarrado en el aire, en contra de los deseos de los perros que ahullan, ó se lamen los lábios, impacientes, detrás de nosotros. Es curioso observar los ardides de estos canes famélicos, para conseguir un trozo de carne ó un hueso. Se acercan, aparentan dormirse, no se quejan si son pisados, pero pobre del indio que se descuida con el pedazo que la china le arroja; antes que pueda recojerlo, el perro *dormido* lo ha agarrado y no lo suelta aun cuando lo maltraten—su hambre está arriba de todo.

Cochingan no bebe, pero los demás indios se entusiasman, y me estrujan; recibo seis ó siete puñetazos de amistad; Collohue casi me ahoga abrazándome y llamándome su padre, mientras

los pelados, quizá de alegría al ver contentos á sus dueños, me muerden las pantorrillas. Acepto todo, pues he alquilado dos caballos y un petizo, tengo carne para un dia mas y llevo cinco quillangos para la gente. Esto es mas de lo que esperaba obtener. Collohue continúa bebiendo y quiere mas licor, pero se resiste á darnos un caballo por lo que me resta. Transijimos por un potrillo y le doy en cambio cuatro litros de agua y la damajuana. Es una adquisicion bien barata.

Maria se ha enternecido con una pequeña cantidad de licor y me cuenta la última y bien triste aventura de su pelado predilecto. Este valeroso animal (segun ella), quiso correr dias pasados un atrevido guanaco que se habia acercado á los toldos, pero se entusiasmó tanto en la persecucion, que volvió al toldo arrojando sangre por las narices! Triste acontecimiento que fué acompañado del llanto de todas las chinas, siendo sacrificada una yegua al mal Espíritu, para que cesáran los sufrimientos del querido pelado.

Las aventuras de este animal, que hoy me relata Maria, son interminables; no hay nada mas valiente ni mas bello que este asqueroso perro, que abraza ella tiernamente y que envuelto en una preciosa manta de zorrino reposa sobre las faldas de la china. El pícaro parece que conoce que se ocupan de él, y me gruñe mostrándome sus afilados dientes, pero Maria trata, de cuando en cuando, de calmar sus enojos, dándole dos ó tres piojos que saca de su cabeza y que coloca suavemente entre los labios del faldero.

La música del órgano completa la fiesta; la noche nos sorprende escuchando esas modestas armonías que entusiasman tanto á los indios, que hacen poco caso de los sonoros relinchos de los baguales que desde los cerros vecinos llaman las yeguas mansas de la toldería.

Mientras duermen, embebidos con las sensaciones que les ha producido la música y el licor mezclado, voy á comunicar al lector algunas observaciones ligeras sobre estos tehuelches, tan hospitarios como rudos.

Considero inútil consignar aquí en estenso las observaciones propias ó agenas sobre estos indígenas, porque ello seria materia

de volúmenes; lo mismo digo de las distintas versiones que corren sobre su estatura. No quiero salir del cuadro que he trazado para la redaccion de este diario de viage, y dejo para la segunda parte de esta obra el ocuparme de estos interesantes asuntos. Me concreto á dar en seguida, sin comentarios, las pocas medidas antropométricas que he podido obtener en este viage y las voces indígenas que he apuntado en mi cartera, con el objeto de formar algun dia un diccionario Tehuelche, Ahonekenke ó Tsoneka.

	I	II	III	IV
Indice cefálico (medio)	81,56	85,02	85,55	87,07
Circunferencia del cráneo (id)	0,595	0,^{m}568	0,^{m}559	0,^{m}542
Altura total desde la planta del pié hasta el vertex (medio)	1,^{m}855	1,^{m}701	1,602	1,^{m}478
Altura total hasta el Acromion	1,527	1,409	—	—
" " " la espína ilíaca	1,^{m}104	1,015	—	—
" " " el dedo medio	0,793	0.640	—	—
Enverjadura	1,869	1,730	—	—
Circunferencia del pecho	1,100	0,978	—	—
Largo del pié	0,278	0,264	0,245	0,242

La primera columna del cuadro contiene mis observaciones sobre cuatro individuos que considero indios puros, verdaderos tehuelches y la segunda las que se refieren á otros doce hombres que se han dejado medir; se notará gran diferencia entre ambos, y esto es á causa de la sangre mezclada que tienen estos últimos indígenas, sea araucana, sea pampa, sea fueguina. Uniendo las dos observaciones se tendria, sin embargo, el mismo medio que señala Musters (1,^{m}778,) para la estatura de estos indios, pero no habria en ello gran exactitud, pues no se referiria en ningun caso á verdaderos tehuelches. Estos bien merecen el título de gigantes. Creo que D'Orbigny, al consignar sus observaciones hechas en el Cármen de Patagones, incurrió tambien en un grave error, pues todo me hace creer que confundió á los indios pampas, que fueron indudablemente los observados por él, con los grandes tehuelches, y me adhiero á la opinion de Mr. de Rochas, quien cree

que el ilustre viagero francés sólo vió los patagones del Nord-Este. Sin embargo, puede ser muy bien que entre los individuos medidos por D'Orbigny, se encontrára uno que otro tehuelche verdadero, como lo atestigua la talla de 1^m,930, máximo de sus observaciones; pero el medio de 1^m,730 viene á corroborar mi creencia de que el mayor número medido fué de pampas, porque esta cifra concuerda con la que he obtenido en individuos de esa tribu, en otra escursion anterior.

En los cuatro verdaderos tehuelches que he podido medir, la variacion individual no alcanza á diez centímetros, entre el más bajo (*Gennayo*) y el más alto (*Collohue*), (1^m,818-1^m,902, medidas tomadas con la cinta métrica y con la mas escrupulosa exactitud); el segundo indio mide 1_m,820 (el centenario *Kaikokelteish*); el tercero (*Bera*) tiene una estatura de 1^m,880. La estatura de los doce hombres que considero mezclados, no con blancos, sinó con sangre de otros indígenas, y algunos de los cuales han viajado con Musters, quien por consiguiente ha debido tomarlos en cuenta para sus observaciones, varían entre 1^m,602 y 1^m,802, de lo que resulta una diferencia entre la máxima y la mínima, mayor del doble de la que hay entre los cuatro tehuelches verdaderos. Esto debe ser á causa de los diversos resultados de las mezclas con araucanos, pampas y fueguinos.

La tercer columna corresponde á nueve mujeres—da una estatura media de 1^m,602, siendo la altura máxima 1^m,663 y la mínima 1^m,529, lo que indica una desproporcion menor que la que se nota en la de la segunda columna. No hay una notable diferencia, comparando ambos medios (hombres mínima y máxima)—1^m,701-1^m,802, entre los dos sexos; pero esta diferencia aumenta mucho si se refiere la comparacion de la estatura de estas mujeres á la de los cuatro hombres. Sólo he visto una mujer que, á haber accedido á ser medida, hubiera dado una estatura mayor de 1^m,750, pero no fué posible conseguirlo, á pesar de mis ruegos y regalos. Estas medidas comparativas entre los cuatro hombres y las nueve mujeres, no vienen, sin embargo, en este caso, á confirmar la proposicion del Dr. Topinard, (observacion que considero

bien exacta en otros casos y que trataré de confirmar mas adelante con la publicacion de los datos que poseo sobre otras tribus) de que la diferencia de estatura entre los sexos es más grande en las grandes razas, porque estas mujeres de ninguna manera son tehuelches puros, es decir, de la misma raza de los cuatro hombres. Es tradicional entre los indios tehuelches la escasez de mujeres que ellos sufrieron en otros tiempos y mas de una vez me han referido, en sus cuentos, los raptos de fueguinas hechos en épocas pasadas, á las tribus que habitan las orillas del Skyring Water, Otway Water y Península de Brunswick.

La cuarta columna indica algunas medidas tomadas en cuatro muchachas de 13 á 14 años—y la falta de algunas observaciones que se notan en dicha columna y la tercera, es á causa de la desconfianza que cundió en la toldería en momentos en que practicaba la medicion, sobre el objeto que tenia esta, que era incomprensible para ellos.

En estos cuadros hay motivo para interesantes observaciones, que siento no poderlas hacer aquí yo mismo; entre ellas encontrará el lector la verdaderamente curiosa relacion que existe entre el tamaño del pié y la estatura. Por mis mediciones se vé que si "Patagones", quiere decir piés grandes, estos indígenas no merecen ese nombre. Comparando las observaciones que trae el Dr. Topinard en su interesante manual de Antropología (pág. 357), se verá que estos cuatro patagones verdaderos que he medido, pueden ser mencionados entre los hombres de pié mas chico (en relacion con su estatura) de las razas que han sido observadas (14.19).

Seria hacer interminable este diario de viage si consignara aquí mis opiniones sobre estos indios, y las dejo para el segundo volúmen, donde haré conocer los datos que poseo, para tratar de constatar la emigracion del Norte, á estos parajes, de la raza que hoy representan estos cuatro hombres gigantes; mis observaciones sobre las tribus prehistóricas ó sobre las actuales me hacen pensar en la poca antigüedad del tehuelche actual que ocupa la region habitada en otros tiempos por tribus hoy perdidas, y me

atrevo á decir que considero su presencia en estos territorios muy moderna relativamente. Podria avanzar que creo que si la deformacion artificial no alterara la forma de su cabeza, podria verse que el gigante patagon es un tipo mas aproximado á la dolicocefalia que á la braquicefalia. A pesar de tener en sus cráneos un aplastamiento fronto-ocipital artificial, los cuatro que he medido dan un índice cefálico de 81.56, y comparándolo con el medio de los otros doce hombres—85.02, demuestran ya grandes diferencias entre ambos—los primeros son sub-braquicéfalos mientras que los segundos son braquicéfalos verdaderos. El mas alto de los cuatro tiene un índice de 78, es por consiguiente mesaticéfalo. Pero esto no quiere decir que los actuales tehuelches puros sean de la misma raza que los hombres de las tribus estinguidas.

A pesar de encontrarse en los cementerios prehistóricos cráneos de tehuelches iguales á los de estos cuatro hombres que he medido, otras razas mucho mas antiguas que demuestran en sus índices cefálicos haber sido de las mas dolicocéfalos que han existido en la tierra, y otras braquicéfalas mas modernas, han vivido en Patagonia, pero en épocas distintas.

El idioma de los tehuelches es otro asunto digno de atencion; esceptuando los datos que contiene el pequeño diccionario formado por los Misioneros Ingleses y las voces que nos han dejado Fitz-Roy y Musters, muy poco conocemos de él. Como es una lengua hablada y no escrita, está sujeta á variaciones ilimitadas y si se toma el lector el trabajo de comparar las voces que se conocen, publicadas en las obras de Pigafetta, Falckner, Viedma, Fitz-Roy y Musters, con las que consigno aquí, encontrará diferencias notabilísimas. Habria deseado hacer un estudio detenido de esta interesante lengua, pero debo reducirme á la sola enunciacion de las voces, á causa del poco espacio de que dispongo.

La curiosa costumbre que tienen los patagones de cambiar nombres á las cosas, cuando un indio que haya usado el de una de ellas como nombre propio, muere, hará que sea en estremo laboriosa la confeccion de un buen diccionario.

Entre estos indios los nombres de las cosas mueren cuando muere quien las ha usado; traen desgracia y deben ser olvidados. Por esto es que muchas veces entre los indios de las tribus que no se han visitado durante algun tiempo, se encuentran cosas que son señaladas con nombres distintos; uno de los dos es nuevo. Muchas veces les he nombrado las palabras que indica Fitz-Roy y aun Musters, y me han contestado "así se decia antes".

VOCABULARIO CASTELLANO, TEHUELCHE, AHONEKENKE O TSONECA

A

Abalorio	Jien'meken
Abandonar	Keits'huenocaitsh
Abertura ó puerta	Gonke
Abierto	Gonkesh'k
Ablandar	K'poish
Abofetear	Yeguajieshtko
Abordo	Yeniek'ash
Aborrecer	Kèta'àsh
Abrazar	K'shai
Abrazo	K'shai
Abrir	Gonkocot
Abrochar (*)	Neuekengen
Abuela	Kon
Abuelo	Bai
Acabar	Yhuahue
Acampar, alojar	Hueieu
Acordarse	Met'homoneno
Acortar	Tagmèsh
Acostarse	Eshishuète
Acostado	Eishijishken
Acostumbrarse	Taiken
Adelante	Eu
Adelgazarse	Ke'elmashko

(*) Sujetarse la capa.

Adivinar	Euiejeu
Adivina (y médico)	Huamenke
Adolescencia	Huènekeu
Adulto	Choómekèu
Adversario, enemigo	K'jomiè
Advertir (avisar)	A'harrshkè
Afeminado	Aiush
Aficionado	Ketko'orsh
Afuera	Huaièken
Afeitarse	A'ashchegsta'ash
Afilar	Meuhuesej
Agacharse	Kamctesh'e
Agarrar	K'shaiush
Ajeno	Ahuecó
Agil	Kash'epsh
Agonizar	Jamesh'ke
Aguardiente	Lam ó lama
Agua dulce	Léekemekekó-leé-remacó
Aguada ó pozo	Lee cashquen
Aguila	Oilkelcapang
Aguja	Jul
Agujero	Katepenk
Agujerar	Catemp
Aguzar	Urrmata
Agua	Laè'o-leè
" salada	Jono
Ahí-allí	Mo'mè
Ahogarse	Keaienti
Ahogado	Keaienti
Ahondar	M'Kasth-tarc
Ahuecar	Katepenk
Alcanzar	Ma'azesh
Alegre	Uélanksh
Alfiler (de capa ó prendedor)	Azerr
Almohada	Kameken
Algarrobo	Ak'all
" fruta	Ak'all
Alesna	Jull
Altura ó alto	Yernk
Amigo	Yenno's
Andar	Uenolksh
Anochecer	Tareneshkáó ó taenesh'ka
Antropófago	Alln'taenk
Anillo	Orrkoguen

Anciano	Ailn'k'naink
Año	Zorr
Apagar	Chos
Aquel	Mon ó Mun
Aquella	Keeren ó mon
Aquello	Montsh
Aquí	Huinai
Araña (mygale)	Shapelon
Arco-Iris	Guiyer
Arena	Chie-chig (chig chig)
Arenal	Chie-cash
Armas	Yehuoroi
Armado	Allnk-huoroik
Arrancar	E'sha'a
Arrastrar	Eschol
Arrempujar	Cash'e
Arañar	K'poltensh
Araña	Tóone
Arroyo	Koóné
Arbol	Carró
Aros	Kerru
Así	Négkè
Asta (de ciervo)	Shonomen-bash
Atropellar	Shek'gen
Avisar	Kesh'quengen
Avestruz	Hoione ó Mejiosh
" tendones de avestruz para coser quillangos	Omeken
Ayer	Uask'nesh
Ayudar (ó ayuda)	Kienegesh

B

Bailar	Anèjen
Baile	Che-choèn
Bajar	Uaiyesh
Bailarin	Che-choènèk
Ballena	Ualern
Bolsa	Johuoyen
Bambú ó caña	Zeunuen
Bañarse	Shagen
Bandera	Pañuelo
Baraja	Birrje
Barato	Amilchen

Barba	A'ash-cheg
Barbudo	A'ash-cheg-tenk
Barro	Set ó Set-kashken
Barranca	Huéelcho
Bastos de caballo	Cheiske
Bayeta	Bait
Barriga	Jaten
Beber	Kem'jamiero-lam
Bella	Huenen keten
Besar	O'omen
Bebida de incienso fermentada	Kakoi
Blanco	Orrnko'Orrnéck
Blando	K'hoish
Bolsa de género	Jol
Bolsa de cuero	Oié
Bolsa de cuero para sal	Jiechen kepaten
Bolsa para aguardiente	Lam kepaten
Bolear	Korriegesh
Bolazo	Shomek-huajen
Borracho	Lam'an'k
Borracha	Lam'an'n
Borrachera	Lam'an'k
Bostezar	Ko'otenish
Botas	Chokerr
Boton	Yeperr
Bozal	Shem-coll
Boca	Kon'ken
Botella	O'oterr
Bola perdida	Calkem
Bote	Ienniesh
Bote chico	Ienniesh-talenk
Boleadoras (de dos)	Shoma
Boleadoras (de tres)	Yactshico
Bolas	Shome
Bravo (animal)	E'enk
Bravo (hombre)	Ga'ank
Brazo	Merr
Brillar	Pack'aish
Brujo }	Shoieken
Bruja } *	Shoien-enehuen
Brujeria	Jo'otko
Brújula	Geut-om-kenekuen
Brazo	K'chen

(*) De pelo SOIKEN y 'arriba' KENEKUEN.

Bronce (oro)	Potarnich
Buche de avestruz	Jaten
Bufar (los caballos)	K'patea
Buitre	Uiriou-k'pei
Bueno	Yenie
Buque	Uiher
Buche	K'paten

C

Caballo	Cahúel
Cabalgar	Cau'elkepsh
"	Caueresh
Cabello	Shoirr
Capturar	Kehniush
Cabeza	Alln'-a
Cabo de (cuchillo)	Tàè
Cabra	Capsh
Cacique	Corrg
Cadáver	Yarrenek
Calafate	Kone
Cambiar	Amiéle
Camino	Nóon
Camisa	Kakànètè ó kalleueten
Campamento	Yhuemen
Campar	Hue'en
Cara	Ké
Caña	K'zeuru
Candil	Huenemug-enehuen
Cangrejo	Kamell
Cano	All'elernk
Canoa ó bote	Yenié
Cantar	Kemyaiesh
Cantor	Kirorensh
Castrar	Jat'ketsh
Capon	Jat'kern
Cautivo	Chikenkè
Carancho	Car-oó
Caracol	Col
Carguero	K'chon
Caballo carguero	Jaterrnke
Carne	Yéperr
Caldera	Companque
Carnero	Càrip
Casa	Kau
Casado	Kosh'enk

Casada	Ek'shein
Casarse	Cosh'ksh
Caminar	Uenolksh
Cáscara de huevo	O'pe
" tatu	Anok'shanke
Cautivar	Shekenke
Callo de los piés	K'aush
Calzoncillo	Terrn'ke
Catorce	Cagehuaern
Cañon	Yalloc
Calor	Poshen
Canasto	Chep-taiù
Cansado	Uotersh
Cadena	Delmuken
Campo	Jauke
Caliente	K'shush-afcar
Caida de las hojas	Catkouatesh
Cerco	Mal
Cerco de avestruz ó guanaco	Huaken
Cerebro	All
Cerro	Yeuta
Cerda	Terr
Cejas	Cash'sheg
Chasque	Huaken
Chupar	Ottersh
Charque	Ja'an
Chico	Talenk
Cinturon	Huaten
Cinco	K'tsàen
Cierto	Huek'sho
Cicatriz	Kamkeshken
Ciego	Aikenchem
Cielo	Kochkóochè
Cien	Pataca
Cinchar	Mugenksh
Clavo	Koll ó Jull
Corneta	Co'olo
Cobertor	Sha'aga
Cordillera	Yeu'ternk
Cojear	Karjenken
Cabello	Shoin ó Shoirr
Colorado	Pai ó Ka'apenkè
Como	Kèmke
Conejo (tuco-tuco)	Tukem

Contar (números)	Aéimen
Contar un cuento ó historia	Mechenien
Contajioso	Calchen
Contestar	Ipíehuen
Collar	Keroken
Correr	Alasho.Uelakesh.Uleken
Corriente de rio	Keténkè
Cortado	Uekelpsh
Cortar	Chesh-cheiush
Costilla	Parr
Comer	Jaternk
Corazon	Sheg
Como te llamas	Cat'iam
Concha de molusco	Koll
Cráneo	Ka'áke
Creciente	K'shauh
Cuerda de cuero para atar toldos	Kauen
Cuerpo	Kanei
Cuchillo de piedra	Paijen, yatenshue
Cuatro	Kague
Cuadrilla de avestruces	Hirouk'genehuenekneke
" "	Knau'genehuenkenke
Cutis	Cosh-airrtk
Cuchillo	Paijen ó Paijan
Cuero	Currtk
Cuchillo chico	Pajen-talenk
Chaira chilena	Jam'ekon

D

Daga	Koherko
Dañino	Ketershamchen
Dar	Esch
Dadme	Err-iot-ya
Dadmelo á mi	En-iot-ya
Debajo	Emesch
Debil (hombre)	Kegolel
Declarar	Argüineshk
Defender	Kemakesh
Defenderse	Huage-aish
Deforme (hombre)	Oketchor
Degollar	E'egsh
Dejar	Kegesh

Delante	Eu
Demasiado (cosa grande)	K'trai
Demente	Ai'ush
Dentro	Cash
Derecho ó recto	Kokerr
Derecha	Korjokrr
Derramar	Kaish
Desafiar	Euihourish
Desaparecer	Huiatsh
Despreciar	Kas'ukeshquiè
Desprender	Kemekengenkotsh
Desaseo Sucio	Tartsh
Desatar	Cotè
Descalzo	Chokorkon'eneke
Descanzar	Kemshash
Descomponer	Matersh
Desear	Amkeniketfaust
Desembarcar	Aukjesh
Desensillar	Oin'otsh
Desenterrar	Kotem'amstrherr
Desgracia	Jamenke
Deshacer	Katesh'k
Desagarretar	Jalchesh
Desmayo	Arr'esh
Desmayarse	Keuè'mesh
Diez	Kaken
Desollar	Kaikotsh
Desórden	Pell
Despacio	Genko
Despalmar (un caballo)	Kauel-k'etesh
Desparramar	Uaish
Despertar	Pash
Despierto	Aiksh
Devolver	Keuegsketesh
Dedos	Orrèa
Diablo	Kerrkenge
Dios (Espíritu poderoso)	Sesó ó Sesom
Dia	Chocheg Shehuen (un sol) Pe'niekeken
Dientes	Orr ó Urr
Dibujar	Alk'maip
Dia (claridad del)	K'pekeken-heisqueque
Dormir	Kotsh ó kotenk
Doblar	Pachem
Dormido	Kotenehuen

Dos	H'áuke
Dormirse	Kotok'utè
Docto (indio que sabe mucho)	Keteomkemke
Dolor	Ker'ush
Domador	Makamenke
Dulce	Ko'osh

E

Echar	Kai
Elejir	Uinshikoosh
Embarcarse	Jesh'utè
Embarcado	Kosth'ikashjen
Embarazo	Oormer
Emparejar	Huakesr
Emplumar	Kais'iguish
Emplumado	Kaishiking'huage
Emborracharse	Iclamashk
Enamorarse	Kem'uegsh
Encerrar	Kemkesh
Encerrado	Gonkerr
Encojido	Gonkèrrenk
Endurecer	Kumènash
Enemigo	K'shorrehs
Enfermo	Yétaank
Enfermedad	Shoienk
Enfermarse	Shoiershk
Enflaquecer	Kelma'ashk
Engañar	Metarreshk
Engrasar	Otsh
Enlazar	Korigesh
Enloquecerse	Aiueshke
Enojarse	Yénkeshke
Enredar	Ketalegue
Ensillar	Oinsh
Entero	Vilemko
Enterrar	Lae'msh'uaken
Entregar	Ki'esh
Entrañas	Uilemle'shc
Enfermedad	Shoien
Equivocarse	Tor'uait
Erupcion volcánica	Geutk'paan
Escapar	Kió'osh
Escarbar	Uaish

Esconderse lo mismo que escapar	Kióósh
Esconder	Eióá
Escopeta	Al'ueune
Escribir	Ajeish
Escribano	Ajem'ankenke
Escupir	Tep ó Tepe
Eslabon (piedra de chispa)	Oue
Espada	Kaicharenk
Espantar	Mei'on
Espejo	Kei'or
Espinas	Jolu
Espuela	Huaterrntac
Este Oriente	Henkonken
Este, esto, es, etc.	Ueu
Estiercol	Cho'op
Estómago	Jateu
Estribo	Keshom
Espalda	Tepatenken
Estrellas	Terrke ó Tap-tarr
Esposa	Tcheimon
Esclavo	Aunk

F

Fácil	Uone
Fája	Huaten
Fallecer	Jam
Falso	Tarrssh
Familia	Y'amell
Fango	Zet'kashken
Fastidioso	O'aimkesh
Figura	Allnk'maip
Fierro	Tauke
Flecha	Shotè ó Arekchul
Flechar	Shot'paum
Flojo	Kemash
Flaco	Kelmash
Fuerte	Pash
Fuente	Teuken
Fresco	Mako
Frio	Kojesh ó K'cojen
Fruta	Ga
Frutilla	Chaun
Fuerza	K'shorre

Fusil	Alchoche
Fuego	Yaik'à ó Yaikè
Fumar	Paan. Yauchilesh'Telkeh

G

Gallina	Peio
Galope	Ya'keén
Galopar	Ya'kersh
Gambeta	Jatepejen
Gancho	Kelken
Garganta	Emero
Garron	Teé
Gastar	Eéhuahue
Gato	O'cherr
Gestos	Gegeliejesh
Golpe	Uajen
Golpear	Koshíesh
Golpearse	Uajien
Goleta	Yotelluamon
Gordo	Kzenè
Grande	Chaeuk
Grasa	Ol ú Oll
Grueso	Daunk
Griton	Kosh'uenk
Grito	Kosh'on. Cos'oi
Gritar	Kosh'osh
Gruta	Allnk'kan
Guardar	Kaishk
Guijarro	Yatemotshjenk
Gustar	Keish
Guanaco	Kmau

H

Haber	Pesh'keto
Hacha	Pilkill
Hachar	Pelkellkajié
Hachazo	Huajen
Haragan	Ketekouejenk
Harina de algarrobo	Ton
Hacer figuras	Allnk'kajesh
Hablar	Aiosh
Hermano	Pemon-ash'ari
Hermana	Ash'tochels-pemon

Hinchar	Ozell
Historia	Mechenica
Hígado	Tcheu
Hielo	Taárr
Hijo	Yekalelm
Hocico	Orr
Hoja de árbol	Kú
Hombre	Alen.Aln.Alnk
Hombro	Ka
Hormiga	Choken
Hueso	Calol ó Colula
Huevo	O'oma
Húmedo	Chajesh
Hundir	Mahashiesh
Hurtar	Molsh

I

Insectos	Cheperr
Invierno	Shei

L

Lanza	Huaik
Lábios	K'sham
Laguna	Koi
Lagarto	Ka'ameten
Lado	Gietenkerr, Tegieskesh
Largo	Terrnk ó Teke
Lengua	K'tall'Tal, Pelchat
Leche	K'majen
Leon	Galln
Loro	K'a'ake
Luna	Keingueinken ó keingueincon
" salida de la	Keingueinken-keénegen
" puesta de la	Ashaish-keingueincon
Lluvia	Kap'cash

M

Mano	K'chen ó Chen
Manantial	Chem ó Chim
Mariposa	Kenk

Mando	K'she
Madre	Y'am
Matar	Mash'co
Mañala (la)	Atiem
Madera	Jú ó Carró
Manta	Kai
Marido	K'ske-arrék
Menton (barba)	Shiken
Meta	Elquequen
Mirar	Kesh ó Lacar
Miel	Huaranca
Misionero	Penkopeneke
Mortero para pisar yerbas	Kash'keuke
Morir	Jamienek
Mosca	K'telgo
Monte	Caésh
Moceton	Hueneken
Mujer	Ishé ó Enack
Muslo	K'panken
Muerto	Jamienk ó Leuf-kasko
Mundo	Kauejekoge'ta ó uishukar
Muchacha-o	Uenon ó Hueneken

N

Nariz	Urr ó Arrg
Nadar	Shagesh
Nadie	Jan
Negro	Polnk
Niño	Matenenk
" de pechos	Apo, Yecochelet
Nieve	Jieue
Nieta	Elcheguen
Norte	Pee'neken
Noche	Ter'nsh ó Tenneh'ken
" oscura	Pe'tni. ten'nsh
No hay yat	Huegosh.Coora.Comsh'k
" quiero	Comsh'k
Nunca	Hatell
Nube	K'paeun, Jahuen
Nutria	Choch'eg
Nueve	Y'amakeitzen

O

Ocho	Uenik'cage
Oeste	Oneken ó Unoken
Oir	Yaish ó Tel'lish
Ojos	Ottell ó Te'th
Olor	Shahuen. At'ksh
Oler	Giell
Obsidiana	Kosh'om
Olla de barro	Katenehue-kamehue
Olla de fierro	Katenehue-tanque
Orejas	Shan
Orilla	Kuienequen
Orilla del mar	Jonog-kuienequen
Otoño	Kepenkeken (cerca del frio)
Otro	Auek
Otra	Chalí

P

Pasear	Huenolsh
Parte posterior	Chó
Palma de la mano	Kaihuenken
Pájaro pequeño	K'ché ó Chehue
Pato	Chotk ó Chot
Padre	Yanko
Pasto	Corr
Pelo	Shoin Choirr ó Chorérr
Pescuezo	Hot'hue ó Jatieg
Pecho	Oet
Peludo (Dasypus)	Po'o
Pequeño	Talenk
Pescado	Koloin. Kooin
Perro	Huach'na. Huachin. Shamehuen
Pescar	Kooinkoregkeg.Yauchill
Pesado	Laieksh-pog'enish
Peine (hecho de junquillo)	Pack'ell
Pinchar	Uashni'guenehuen
Piedra para pisar charque	Uanejesh
Pierna	Cot-tenehue
Pié	Yeun.Zonn.Corrèr.Aíesho
	Hall.Gall

Piche (Dasypus)	A'ano
Pito	An'chué
Piedra de fuego	Kaan. Yeckshlekela
" "	Kan
Pintar quillangos	Ajen
Pintarse la cara	Kesh
" para los bailes	Kepetjen
Primavera	Yessomken (tiempo de los huevos) y Ariskaisken (tiempo de los guanacos chicos)
Piedra	Chau
Plomo	Zet
Playa-costa	Quienenquen
Pluma	Aurr. Auerrsh
Pómulos	Cotche
Poner	Kie
Pólvora	Shepen
Pulmones	Goulta
Pulceras	Jenteken

Q

Quillango (sin hacerse aun)	Hapercó ó Kai y antes Sog

R

Rascador (de piedra)	Kan-jalúnehue
Raiz (comestible)	Kerupe-Chalí.Kurpe
Reir	Ieuesh
Reirse	Ieuesh ó I'ehuen
Reunion (de hombres)	Chorile'k'zeuenek
Resina	Mechain
Rio	Kóonè
Roto	Ushatenk ó Kalakal
Rodilla	Tepn
Ropas	Kaquehueten

S

Sangre	Schau
Saltar	Uen'oish
Salto	Gieush-co
Sal	Jechen's-antes-Conek
Seis	Uaenecash

Senos	Naden
Sí	O'oi
Siete	Aièkè
Sin	Aahueneguen
Sol	Shehen ó Shehuen'à
Sol (salida del)	Tehenejen'Sheuen
Sol (puesta del)	Jaskene-Sheuen
Sonar	Konan
Sombrero	Kó
Sortija	Orrkojen
Sud	Jaueneken
Sueño	Koten'kesh

T

Talon	K'taè
Tendon	Kat'siè
Temporal	Sheuen-taeronk
Tibio	Ja
Tierra colorada para pintarse	Yemon
Tigre	Halschehuen
Tigre del agua (Lutra)	Yem'chen
Toldo	Kau'á ó kan
Tres	K 'ash
Tripas	Loé
Tumba	Tem (cairn antíguo Coshom)
Tronar	Caroten

U

Uno	Chochieg

V

Váyase	Err'echenemen
Vaya afuera	Erruchenèmèn
Ven	Gieuet
" aquí	Gieuet-uetque
Vena hilada para coser	Omeken
Vena	Katsh
Vela de buque	Jakan ó A'kan
Verano	Zorr
Vidrio	Kúol
Vívora	Chaliam ó Memen

Viejo	Alnku'aink
Viento	Kosten
Vincha	Cochell
Volar	Yjiensh

Y

Y6	Yà
Yerba	Corr

Z

Zorrino	Uekeshta

CAPITULO XVII

EL LAGO SAN MARTIN—EL LAGO VIEDMA

SUMARIO—Cambio de campamento—Troncos petrificados—El Shehuen—Tar-aiken—El Lago San Martin—Montes Lavalle—El Cerro Kochait—Otro Lago—Monte Pana—Carbon—Un Geyser—Témpanos—Falta de provisiones—Retroceso—Un valle fértil—El Shehuen—Hambre—Llegada al Lago Viedma—El Volcan Fitz-Roy—Un ventisquero—Ataque de un puma—El Rio Leona—El paradero de Isidoro—Avestruces—Regreso al Lago Argentino—Despedida—Campamento al Sur del Santa Cruz.

Febrero 26.—Los indios han decidido mudar su campamento. Las exijencias de la vida nómade han despojado de caza estos alrededores, y hoy temprano levantan sus tiendas de pieles para dirigirse á otro punto, donde los cazadores avanzados han avistado las caballadas salvajes. A la misma hora en que concluyen las chinas de cargar los toldos, en los escuálidos cargueros; cuando principia el pintoresco y pausado desfile de la caravana mujeril, seguida de los ahulladores y famélicos perros, que ladran de envidia á los pelados que reposan orgullosos sobre los quillangos acondicionados sobre los caballos ó echados entre el carguero de

suaves plumas, me despido de mis buenos amigos y emprendemos la marcha hácia el Norte.

Mi comitiva se ha aumentado; llevo á Chesko, ó sea Juan Caballero, quien debe servirme de guia para llegar á los otros lagos.

Las mesetas que dominan en un principio nuestro camino, no varían en su disposicion orográfica de las que he señalado anteriormente, pero no todas presentan el basalto en sus cimas. Atravesamos anchos cañadones, mas alegres, que son lechos de rios que cesaron de correr hace tiempo, y que con el transcurso de él, se transformarán en prados más ó ménos fértiles; ahora no lo son mucho. Las colinas que vamos costeando están sembradas de monolitos de variados colores, monumentos sencillos, pero grandiosos, que conmemoran uno de los grandes hechos en la evolucion del globo, y que hoy, solitarios entre las elevadas gramíneas, sirven de distraccion al que viaja entre tanta igualdad.

Como la humedad andina favorece ya la region, en ella van adquiriendo los arbustos mayor lozanía, sobre todo en las quebradas estrechas; en las alturas, la oscura Berbenácea negrea, grandes [illegible] sirve á los [illegible] de pila eléctrica de su primitivo telégrafo, Chesko las aprovecha y en un instante nuestro trayecto se señala por densas columnas de humo, que pronto despues son contestadas, desde los lejanos cerros del S. E., por los indios boleadores de baguales.

Es un consuelo para el viagero que siente dominado su ánimo por la soledad y triste aspecto del paisaje al atravesar las mesetas patagónicas, ver el horizonte empañado por el humo que denuncia la presencia de hombres; el país está habitado, hay séres humanos que lo frecuentan, y aún cuando esos humos se distinguen algunas veces tan lejanos y tan ténues, que indican una distancia de varias decenas de leguas entre los que los han encendido y quien los divisa, este no se siente sólo.

Despues de caminar por la altura y por las secas cañadas unos treinta kilómetros, llegamos á un cerro basáltico inclinado, desde donde distinguimos, hácia el Este, el valle del Shehuen,

donde encontramos los indios de *Conchingan*, en el mes pasado.

Parece que en las inmediaciones de este cerro los indios no se entregaran á menudo á los grandes atractivos de la caza, pues me estraña encontrar, en estremo confiados, á los guanacos y á los avestruces. No sé si es ilusion mia, pero creo que algunos de estos últimos pertenecen á una nueva especie distinta de la *Rhea Darwinii* y de la *Rhea Americana*; los indios me han dicho que hay otra mas pequeña que esas dos, del mismo color que la primera, y los que veo me parece que corresponden á ella; su tamaño, á la distancia, puedo calcularlo en ⅔ del de la *Rhea Darwinii*, y no son jóvenes, al decir de Chesko, quien, como cazador nómade, es autorizado en la materia.

En la tarde acampamos á orillas del Shehuen, que corre angosto y encajonado, por una quebrada oscura, pero donde encontramos pastizales escelentes, aunque no muy estensos. El arroyo desciende del Oeste y se inclina desde este punto hácia el Nor-Este con un sinnúmero de vueltas, lo que haria sumamente engorroso el levantamiento topográfico de su curso. Componen sus alrededores mesetas terciarias cubiertas del cascajo rodado, y entre ellas abundan bajos, antiguos lechos de arroyuelos de invierno ó primavera, despues de haberlo sido, en pasadas épocas, de caudalosos torrentes.

Las capas sedimentarias parecen haber sufrido una violenta conmocion; unas están levantadas de O. á E. é inclinadas; otras á la inversa; pero las últimas son menos numerosas y sus líneas de inclinacion no son tan pronunciadas; otras tienen arqueadas sus cumbres, formando una bonita sucesion de curvas.

Inmediato al pié del cerro de basalto se ven varios pequeños troncos destruidos de árboles petrificados é innumerables fragmentos de ostras, de una especie pequeña, que no he encontrado en los depósitos fosilíferos de la costa, de menor dimension que la *Ostrea Patagonica*. Este es un descubrimiento precioso; estos troncos y estos moluscos ¡qué cúmulo de grandiosos fenómenos físicos representan! Revelan que, miles de siglos ha, la árida planicie dominada hoy por la negra lava de rugosos flancos, donde

hemos perseguido inútilmente un puma, ha alimentado frondosos bosques, y que estas tierras, donde hoy las negras *Nyctelias* se arrastran perezosas, fueron las riveras de un antíguo mar siempre agitado. Donde el viagero sediento no encuentra una sola gota de agua, se estrellaron inmensas olas contra murallas escarpadas. En los mansos abrigos de estas y en las profundidades inmediatas, vivieron las parásitas ostras, cuyos calcáreos esqueletos cubren el suelo y se quiebran con la presion del pié del caballo.

Estas manifestaciones de la siempre activa naturaleza, hablan á la imaginacion; su vista le dice que ellas no son vanas hipótesis, hijas del deseo que quiere anteponer bellezas, aunque no son mas que ilusorias, á esta enervante desolacion. Los fragmentos de vejetales, que recojo convertidos en informes piedras, no hay duda que son vestigios de un bosque terciario, quizá semejante en su aspecto á los que hoy mezclan sus enérgicos ó suaves murmullos con los de las agitadas ó tranquilas aguas del Magallanes, y que se elevaba tupido y lozano sobre lo que hoy cubre la lava arrasadora.

Un sacudimiento de la tierra, una de las portentosas manifestaciones de su vida interna, hundió esas antíguas riveras y ese bosque en el seno de las aguas, haciendo elevar sobre ellas, otras tierras, en lejanos parajes. El fuego interno surgió luego de las entrañas del globo, y cubrió esta region bajo el Océano, con manto ígneo devastador. Su vida orgánica sucumbió, y sus restos quedaron oprimidos por los grandes elementos: el fuego y el agua, restos que aún se ven bajo las escorias y las lavas, vomitadas por los volcanes submarinos. La dura temperatura transformó mas tarde el agua en montañas congeladas; pedazos de Cordilleras heladas y llanuras inmensas de hielos, que en su aparente inmovilidad marchaban, depositaron nuevos elementos en las profundidades del mar cuaternario, y aumentaron el gran monumento geológico que cubre los despojos del bosque y del mar terciario. A través de un sueño de dos mil siglos, revisto de opulenta vida la ingrata region donde hoy viajamos, y trato en vano, de imaginarme el arnero de columnas de fuego de los hogares volcánicos sub-terrestres que lanzaron por sus rocallosas chimeneas, la lava que en gigantes

manchones, se consolidó en las profundidades del entónces Océano: la tan enérgica como lenta fuerza, que hizo emergir la llanura antigua del seno de las aguas, despues de haberla sumergido—esta vez no poblada de bosques, sinó desnuda, cubierta por la masa líquida producida en las fráguas internas y solidificada rápidamente al contacto del agua. Esta masa ha sido bautizada por el hombre con el nombre de lavas basálticas y el espíritu investigador ha sorprendido en su aparente rudeza, en su uniforme colorido, en sus finos granos, las trazas del fuego cósmico.

La ciencia, que engrandece al hombre, que hace que su pensamiento revista de vida lo que carece de ella; que reconstruye la historia de las edades en que la humanidad no existió probablemente y en las que la fuerza vital que la produjo fluctuaba sin reducirse en otros elementos de la naturaleza, proporciona al hombre un grandioso telescopio intelectual. Sus lentes mentales hacen aparecer lo que ya no existe, y muestran en este caos de mesetas y quebradas de cerros negros inclinados y de inmensas piedras esparcidas al acaso, la incansable accion de las fuerzas naturales, que no cesamos de admirar. Los fósiles de la época terciaria, los basaltos de la cuaternaria, el manto glacial que envolvió la cuna de los tiempos actuales, presentan maravillosos ejemplos de esa accion.

¡Qué inmenso acópio de motivos de estudio vislumbra hoy el viajero en la pesada nube de ignorancia que lo enerva y entristece! Por mas amor á la observacion de los fenómenos físicos, por mas veneracion hácia las obras de la Creacion, no puedo aprovechar del goce intelectual que proporciona el saber.

Hácia el Este de nuestro paradero se distinguen dos mesas basálticas. Una de ellas es mas baja que la otra, á pesar de estar muy aproximadas, pero no me parece que este desnivel indique una superposicion de capas de lavas; mas bien creo que las mesetas terciarias sobre que reposan, han adquirido su actual posicion de una manera desigual, por dislocacion.

El valle del Shehuen en este punto es muchísimo mas angosto que en la parte ya visitada, pero en cambio es mucho mas fértil

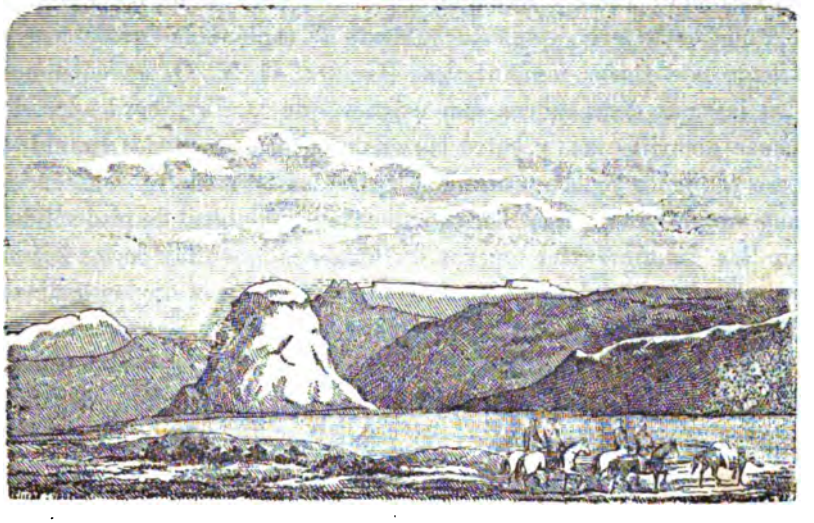
y encontramos verdadero placer en tender nuestro recado y hacer nuestro humilde campamento, sobre los verdes pastizales, en los húmedos sitios y al borde del arroyo, sin acordarnos de la aridez que nos domina desde las alturas.

Febrero 27.—Marchamos al Oeste siguiendo el valle; al Norte distinguimos dos escalones de mesetas elevadas á mas de 2,000 piés. Chesko bolea un avestruz, el que, aunque muy jóven, es un buen contingente para nuestra reducida despensa, pues solo contamos con un asado de potro y una caja de conservas, para los dias que debe durar la presente escursion. El camino es escelente, casi recto, pero á corta distancia del paradero que hemos abandonado el valle cambia de direccion, desciende al N. O. El arroyo Shehuen penetra en él á unos 7 kilómetros, aproximadamente, del punto donde hemos dormido anoche y aparece por el centro de una cadena de colinas. En el valle hay un lecho de rio antiguo con muchos manantiales y algunas pequeñas lagunas pintorescas bastante animadas por las aves acuáticas. En algunos parajes, la fertilidad de la region disminuye y sucede á ella la arena y el cascajo, pero luego vuelve á verdear el suelo y la region continúa bastante feraz en el punto donde almorzamos, situado antes de llegar á un inmenso bañado que ocupa casi todo el valle, hácia el Oeste.

El paisaje ha variado; ya tenemos en el horizonte verdaderas montañas; hay cerros rojizos imponentes y poderosos mantos de basalto, elevados á 2,500 piés, que son polvoreados en estos momentos por la nieve que cae allí; el aspecto del cielo nos anuncia que pronto la tormenta andina nos visitará. Dejamos pasar una turbonada de lluvia y viento, al abrigo de un bosquecillo de preciosas plantas (*Maytenus Magellanicus*) que aun no he visto en esta parte de Patagonia, pero sí en Nahuel-Huapí, y que me revela una formacion fitológica distinta; la triste raquítica vegetacion de las mesetas cesa para dar lugar á la poderosa, aunque sombría vegetacion de la region antártica. El fragmento de potro y un poco de fariña desleida en agua sobre la corona de mi recado, que sirve igualmente de montura, cama, cocina y fuente, forma nuestro

almuerzo. Aquí he visto numerosos fragmentos de un mineral ferruginoso (*Hematita*) pero ignoro dónde está el verdadero yacimiento geológico; estas muestras han sido arrastradas por las aguas antiguas.

En este punto confluyen tres mesetas elevadas, con basalto en las cumbres; los trozos erráticos son muy numerosos en la mas baja y parecen, entre los matorrales, los restos de una ciudad ciclópea arruinada, arrasada hasta la superficie del suelo. Anidando entre una mata de Adesmia, de lujosas proporciones, encuentro un *Bubo Magellanicus*, que al ser perseguido exhála su fúnebre grito, harto desagradable, sobre todo en este solitario escenario.



LA LAGUNA "TAR" Y EL CERRO KOCHAIT

Al pié de las colinas, hácia el Oeste, se estienden campos de un verde lozano, surcado de hilos de agua que serpentean entre el carrizo (*Phalaris?*). Es el paradero Tehuelche nombrado Tar-Aiken, que los indios de Shehuen han abandonado hace pocos dias. Este campamento es magnífico, pero nó de gran estension; al Sur

lo limitan las mesetas; al Norte, el gran bañado ó laguna llamada *Tar* ó "Súcia" se estiende con aguas enturbiadas, hasta el pié de un cerro eruptivo de curiosa forma, llamado *Kochait* (Pájaro) y el que, aunque domina el valle y las lagunas, es mucho ménos elevado que las mesetas que lo bordean al Norte. A ambos lados de estas se distinguen cerros de la misma roca, la que parece ha perforado la capa terciaria.

El campamento indio está desierto; los boleadores se han alejado, y sólo en las verdes orillas de la laguna un gallardo bagual renegrido, de largas crines, relincha y se pasea; quizá desprecia, en su vida libre, sus hermanos domesticados, que cansados trotan en fila conduciendo los espedicionarios. El terreno es en estremo blando, y hay que cruzar con cuidado un bañado de 6 kilómetros de largo que está cubierto de espléndidas gramíneas y regado por varios manantiales. Hácia el O. N. O. encontramos dos lagunas de menores dimensiones que la *Tar*, bordeadas de lomas amarillentas, y entre las cuales pasan arroyuelos límpidos, pero pequeños y poco profundos. Cruzados estos parajes, ascendemos una hilera de lomadas sumamente agradables, de piso sólido, sin las innumerables cuevas de *Ctenonys* que hay en los bajos, y galopamos un largo rato, hasta que desde una de las colinas divisamos un gran Lago y en el fondo elevadas montañas agrestes. Acampamos en sus orillas, donde los indios lo han hecho antes, pues varios palos clavados, que sobresalen del terreno anegado, indican el sitio que ocuparon sus mansiones de pieles. (Aquí tambien se nota la gran inundacion que nos ha molestado tanto en el Santa Cruz). El incendio, que sucede al abandono de un campamento, ha dejado el terreno sin un arbusto verde; solo troncos y ramas carbonizados se reflejan en las claras aguas que van avanzando.

Es la tarde; tendemos los recados al borde de un manantial que corre entre preciosos *Gynneriums* y apetitoso Apio; asamos el pequeño avestruz, lo devoramos, y luego impresionado por la hora que aumenta la majestad del panorama donde ondulan sus aguas, busco el nombre que he de darle á este Lago. Somos los primeros

cristianos que lo visitan, que admiramos sus ondas oscurecidas por el tormentoso cielo, cuyas nubes llegan á reposar sobre las cumbres de las bellas montañas del Oeste y Sud, escondiéndolo al abrigarlo. Parece separado del resto del territorio patagónico, pues todo es distinto aquí y en vano se buscaria la planicie y los médanos que preceden al Lago Argentino. Este es un paisaje de los Alpes, pero triste, desconocido, sin nombre; sólo lo visita el indio, que de cuando en cuando viene á plantar en sus orillas el toldo primitivo, llamándole al punto donde acampa "Kellt-Aiken"; pasa aquí algunos dias sin darse cuenta de la belleza del paisaje; recoje la fruta del dulce calafate; corta algun tierno árbol para su sucio *kau*; persigue algun altivo bagual y regresa á la llanura. La civilizacion no le conoce aun, y necesario es buscarle un nombre que le sirva de égida de progreso, que atraiga la vida argentina, para que el lienzo azul y blanco flamée entre el bullicio, como hoy lo hace agitado por el aire del crepúsculo silencioso.

Llamémosle "Lago San Martin", pues sus aguas bañan la maciza base de los Andes, único pedestal digno de soportar la figura heróica del gran guerrero.

Al partir para esta esploracion, los agradables sueños que produce la imaginacion preocupada me hicieron presentir montañas ó lagos desconocidos, y entre los nombres que servirian para bautizarlos coloqué en primera línea el de la Nacion y el de su libertador; gracias á mi buena suerte, el "Lago Argentino" figurará en la geografía de la pátria y el "Lago San Martin" tambien encontrará su puesto en ella. Así, cumpliendo mi deseo, pago tributo á la memoria de quien, encarnando la libertad, escaló los Andes que tengo enfrente; así la geografía, secundando á la historia, ayudará á perpetuarla

En el fondo del poniente está limitado este lago por una cadena de montañas eruptivas, de elegantes contornos, que corre de N. E. á S. O. y cuya mayor altura calculo que no escede de 4,000 piés. Chesko no conoce ningun nombre indígena que sea empleado para señalar estas montañas y me permito indicarlo en el croquis de

mi itinerario con el de "Montes General Lavalle", en recuerdo del fogoso cooperador de la gran obra del General San Martin.

Febrero 28.—Anoche hemos admirado una espléndida luna llena; el plateado disco se ha mostrado tras del monte *Pana* (cerro volcánico situado al Este del Lago), derramando sus suaves luces sobre el oscuro cono y ha alumbrado de lleno el lago, cuyas tranquilas aguas reproducen la imágen del satélite sin vida.

El lago mide aproximadamente, á la vista, doce millas en su mayor diámetro N. S. por diez de ancho E. O.; sus aguas son tan claras como las del "Argentino". La latitud de nuestro paradero es 49°.12'. Al Este está dominado por el Cerro Cochait, de formacion eruptiva, y al Norte por sierras elevadas de 3 á 4,000 piés, pero precedidas por lomadas terciarias, pardo-amarillentas; por entre estas últimas corre un rio caudaloso que desagua en el Lago, segun opinion de los indios. Al N. O. del paradero, los Montes "Lavalle" se ostentan macizos, precedidos por cerros de elevacion menor, cuyas hondas quebradas dan paso á varios torrentes. Estos montes están limitados al Sur por una gran abra ó canal que comunica con otro lago que está situado hácia el N. O. al poniente de las montañas citadas, pero al naciente de los Andes. Desde las alturas se divisa en esa direccion el gran bajo que sirve de cuenca al lago, aun misterioso para mí, y que envia los témpanos, hijos de sus ventisqueros, por el citado canal, á que aumenten las aguas del "San Martin". Al fin del gran canal se alzan varios macizos de montañas, cuyas crestas denudadas de distintas maneras revelan diferentes formaciones petrográficas. Entre los picos eruptivos vénse torreones sedimentarios; un inmenso cerro ostenta en su cumbre la imitacion de un castillo feudal arruinado; otro, catedrales góticas, resplandecientes de blancura, adornadas de festoneadas cúpulas, formando todo un paisaje maravilloso de grandeza, pero tambien de oscura soledad en las bases de las colinas. Quien ha nacido y ha crecido en las inmensas llanuras sin horizontes montañosos cercanos que atenuen la brillante claridad del dia que alumbra la pampa porteña y el ilimitado Plata, y no ha conocido mas accidente topográfico que las barrancas de los arroyos, se

sorprenderia al presenciar el agreste contorno del Lago San Martin; ni las imponentes masas pétreas que rodean á Nahuel-Huapí, donde alza su cráter helado el intranquilo Tronador; ni los rápidos del Limay, dominados por las lavas y los cipreses; ni los bosques de Araucarias que bañan de verdura las bases del Quetropillan; ni los rientes valles del Norte, en Catamarca, al pié del Aconquija, son comparables, segun mi modo de ver, con este rincon de tierra, donde el fuego y el agua antigua han elevado estas montañas atrevidas, y donde el fuego y el agua moderna han labrado cráteres y lagos á cual mas grandiosos. El habitante de la llanura se sentiria oprimido ante este paisaje, observado á la escasa luz de las quebradas que oscurecen sus bordes; sólo cuando el sol alumbra de lleno, encontraria contento con la vista de los bosques lejanos que esperan al hombre para convertirse en construcciones cómodas al pié de los montes Lavalle, y con la de las elegantes Hayas Antárticas *(Fagus)*, que al pié de los cerros góticos del Sur, embellecen las orillas de los torrentes.

Al Sud-Este se ven varios cerros eruptivos y distintas capas de rocas volcánicas sirven de gradas al cono del "Pana" que se eleva teniendo á sus costados una pequeña eminencia de apariencia porfírica, un cerro blanquizco y una capa negruzca basáltica.

A media tarde levantamos campamento y caminamos hácia el Sur un corto trecho, pero nuestros caballos están en deplorable estado y no podemos apurarlos mucho porque seria esponernos á perderlos. Los malos caminos y las piedras han destrozado sus patas y todos están mancos ó cojos. Acampamos á orillas de un un torrente que baja del macizo del "Pana" para contribuir al aumento del caudal del Lago. Arrastra algunos troncos, lo que prueba que en sus orillas, en las montañas del S. E., hay tambien vejetacion arbórea. Recojo aquí muestras de carbon de piedra, que supongo superior á la lignita considerada terciaria de Punta Arenas; y algunos moluscos fósiles, incrustados en un calcáreo compacto muy arcilloso y magnesífero, que hay rodados en el torrente, y que considero cretáceos, me hacen suponer para el manto carbonífero de donde provienen, una edad geológica con-

temporánea con la del depósito de lignita de Magallanes que el profesor Agassiz cree pertenecen tambien al período cretáceo. Este yacimiento carbonífero, que ocultan las quebradas, evoca el recuerdo de una vegetacion opulenta que cubrió á principios de la época terciaria ó fines de la secundaria el occidente de la Patagonia Oriental desde el cabo Froward, y quizá desde la Tierra del Fuego, hasta las fuentes del Neuquen y aun mas al Norte hasta cerca de la Rioja. Las minas de Punta Arenas alimentan ya la industria moderna; las que se encuentran en Otoway y Skyring Water, pronto serán esplotadas; estas del Lago San Martin contribuirán con su combustible precioso á dar vida humana exuberante á sus territorios; los indios me han afirmado que el Rio Chico y el Senguel arrastran carbon en sus fuentes y cuando visité los territorios del Limay, mas de una vez se me dijo que yo iba allí á buscar el carbon de piedra que, segun los indígenas, abunda en los cajones inmediatos á la Cordillera.

La falta de provisiones y la de medios de movilidad no me permiten internarme á estudiar la estructura geognóstica de estos alrededores, pero por los trozos pétreos rodados, que hay en el torrente, puedo decir que en estas cercanías hay granito, cuarzita, pórfiro, jaspe, traquita, arcilla esquistosa, conglomerados de basalto, serpentina y cuarzo, con cimento calcáreo arcilloso, y calcita compacta sedimentaria magnesífera.

El paraje que hemos elejido para campamento, es el mas fértil que he visitado en este viage; las gramíneas son tan espesas que incomoda el tener que caminar por entre ellas, y los espesos calafates están cargados de frutas. Una de las plantas mas comunes es una Euphorbia herbácea (*E. chilensis?*) que crece en los sitios húmedos al borde del torrente; las Oxalídeas (*O. Enneaphylla, O. magellanica*) abundan tambien, lo mismo que algunas Anémonas, Acaenas y Calceolarias; las Adesmias son mayores que en otros parajes y el color de sus hojas alterna del plomizo al plateado sedoso y crecen de preferencia sobre la arena. Una Verónica no es rara; el *Lathyrus magellanicus* no tiene flores, pero tambien es comun. Se observan pocos ejemplares de *Maytenus magellanicus* porque aun no

Lith. de Alb. Larsch Florida 164 Bs Aires

EL LAGO SAN MARTIN Y MONTES "LAVALLE"

Dibujo de Alfredo Paris segun un croquis de F.P.Moreno

hemos entrado en la verdadera zona antártica. Entre las aves, las mas abundantes son las *Sturnella militaris*, el *Aegialiptis falklandicus*, el *Centrites niger*, el *Zonotrichia australis*, *Troglodites magellanicus* y *Chrysomitris magellanicus*; las aves de rapiña están representadas en los cerros por el cóndor y en las matas inmediatas al campamento por el *Buteo melanoleucus*, el *Tinnunculus sparverius* y el Carancho. He recojido pocos insectos de los géneros *Enmallodera*, *Epipenodota*, *Tribostethes*, *Cylindrorhinus*, *Platestes*, *Trox*, *Nyctelia* y *Cardiophthalmus*; el hasta hace poco muy raro Lamelicórneo, *Taurocerastes patagonicus*, es comun en este punto, pero no tanto como en las inmediaciones del Lago Argentino. El valle verde, pero angosto, por donde corre el torrente, contrasta con el color amarillento-rojizo del suelo de la mayor parte de la region alta; color que creo producido por cenizas volcánicas.

En nuestro campamento no hay casi alimentos, solo queda la caja de conservas y una libra de fariña y tenemos que visitar el Lago Viedma, aun distante de este punto. Sentimos hambre, pero falta con qué apaciguarla, pues no quiero tocar las modestas provisiones mencionadas, y para que Moyano, Estrella y Chesko puedan comer, ó mas bien roer, entre los tres, un alon de avestruz (único resto del pequeño cazado ayer por la mañana) tengo que alejarme del campamento.

En seguida, mientras los dos primeros llevan mi revolver para tratar de cazar algun guanaco y Chesko vá á atar los caballos, subo amarillas colinas y bajo verdes cañadas, para adelantar algo al Sur y poder examinar los bosques que se distinguen al pié de las montañas. He instalado el campamento en el desagüe del torrente en el Lago, pero como éste está muy lleno, no hay paso por sus estensas orillas.

A pesar de sufrir tanta necesidad, cosa bien agradable es para mí el poder distraerme y contemplar este magestuoso escenario.

No hay nada que impresione mas al viagero que las grandes soledades; la naturaleza severa de estos sitios se graba en mi imaginacion y podré contar estos instantes entre los mas agradables de mi existencia. Reina una tarde espléndida; el Lago no

tiene ninguna arruga en la superficie llana de sus aguas; los témpanos blanquean cerca, pero tristes; los cerros Lavalle se colorean de rosa en sus cumbres y de violeta oscuro en sus bases, y el verde de las Hayas antárticas se destaca con los rayos del sol que penetran por el canal que dá paso á los hielos andinos. No habia notado el menor movimiento en el Lago, pero de pronto veo elevarse de su centro, á larga distancia, á seis millas, una columna de agua que surje espumosa, remolinea algunos instantes y desaparece para volver á elevarse otra vez. Pienso que es una de las manifestaciones de la actividad volcánica que conocemos con el nombre de Geysers; es un fenómeno imponente, pero bello en alto grado. Observándolo, no he visto inmensas moles cristalinas, blancas, celestes, que se hallan diseminadas en estas orillas. Es un témpano varado, dividido en grandes fragmentos, que muere, licuándose, para aumentar las aguas del "San Martin". Llego á él y corto algunos trozos; así me creo por un momento en las regiones polares. Sentado sobre un cubo de casi diáfano cristal, dominado por una columna partida y rodeada de ténues ruinas celestes, de un palacio de hadas antárticas, todo de agua congelada, que el sol de mañana disipará, pienso en las gloriosas víctimas del hielo: en Franklyn, en Bellot, en Hall; lleno los bolsillos de baldosas de agua, y vuelvo al campamento á avisar á mis compañeros el interesante hallazgo. Considero bien reemplazada mi parte de alon de avestruz con este hielo que masco, y el que si bien no debe ser muy provechoso á mi estómago, lo es á mi carrera de viagero; despierta en mí mayores aspiraciones; me dice que debo seguir el ejemplo, aunque de manera modesta, de los héroes cuya vista me ha recordado el témpano. ¿Qué son las insignificantes penurias que he pasado en mis pequeños viages, al lado de las espantosas necesidades que se sufren en los polos?

Marzo 1°.—A las 9 a. m. abandonamos el paradero, prometiéndonos volver á demorar más tiempo en él en otra ocasion y con mayores elementos; cruzamos, casi asfixiados, el gran incendio que desde unas matas quemadas por Chesko ha tomado gran incremento en las misteriosas laderas de los cerros y cuyos humos

envuelven, en fantásticas espirales, la cumbre del Pana; despues de caminar unas diez millas al Este (magnético), por el camino hecho anteriormente, paramos á orillas de la Laguna "Tar" para almorzar algunas frutas de calafate y un poco de fariña seca. La necesidad imperiosa de abandonar el Lago "San Martin" sin haberlo podido esplorar detenidamente y la aflictiva perspectiva del hambre, nos tienen tristes.

Al lado del arbusto-campamento recojo un cráneo de *Canis Magellanicus*, el zorro grande rojizo oscuro, que abunda en la zona antártica argentina y en la chilena. El basalto vuelve á presentarse en mesetas quebradas. Desde la laguna Tar, cambiamos de rumbo y nos inclinamos al Sur, costeando un arroyuelo, el que desciende de esa direccion por dos millas, apareciendo de entre angostos cajones formados por las barrancas de enormes capas de cascajo rodado. Cruzado este arroyo, continuamos unas seis millas y llegamos á un paradero indio abandonado á orillas del Shehuen; este último arroyo desciende tambien del Sur, pero á tres millas al Norte de este paradero se dirije al Este para vaciarse en el Rio Chico y luego en el Atlántico; corre aquí, por sobre un lecho de piedras rodadas y por el centro de un valle, bastante fértil, si se tiene en cuenta la poca feracidad de estas tierras altas; los pastizales son verdaderamente hermosos; los manantiales muy abundantes, y no dudo que este sitio será habitable, con provecho, el dia que el hombre aproveche las riquezas que encierran las vírgenes montañas vecinas al Lago "San Martin". Las grandes gramíneas pueden ser cortadas para provision de invierno, y los animales lanares, vacunos y caballares, si bien no encontrarán en dicha estacion alimentos en campo abierto, á causa de la nieve, podrán vivir con pasto seco. Este valle está limitado por mesetas terciarias, coronadas de basalto las mas elevadas, y todas muestran inmensos trozos erráticos sobre los que abundan algunos líquenes.

Para llegar á este valle, hemos cruzado algunas lomadas que separan los cerros de ambos arroyos. Cerca del punto donde paramos, la meseta basáltica se ha desagregado y solo quedan

de ella trozos aislados. He notado que aquí no se encuentra ninguna planta de *Duvaua* y solo las he visto en las inmediaciones del paraje donde encontramos los troncos petrificados. Tampoco he visto, al Norte del Rio Santa Cruz, en esta escursion, la gran Quenopodiácea blanquizca que tanto abunda allí.

Los caballos están en un estado tal que no podemos correr avestruces, y el señor Moyano ha sido desgraciado en sus tiros á los guanacos. Van ya dos dias de casi absoluto ayuno y de marcha por estos parajes, donde el fresco aire andino despierta el apetito; por mi parte, solo he comido el hielo del témpano. Me es desagradable en estremo negar esta tarde alimento al señor Moyano, mi buen compañero, que hace su primera campaña al interior y me dice sentirse mal, pero es imposible socorrerlo porque en igual caso nos encontramos todos. Para darle algo á él, deberia hacer lo mismo con Estrella y Chesko, y entonces la fariña concluiria. No sabemos á qué distancia estamos del Lago Viedma, ni qué tropiezos podemos encontrar en el camino, hasta el punto donde ha quedado Isidoro con la caballada. Me inclino un momento á sacrificar uno de los caballos, pero reflexiono luego que todos están en malas condiciones y que el ascenso y descenso de los cerros fatigaria irremediablemente al que tuviera que soportar dos viageros; por comer bien unos dias mas, nos espondríamos á quedarnos á pié y sin recursos. Pasamos una noche bien triste; la necesidad nos hace desconfiados.

Marzo 2.—Salimos temprano y caminamos unas ocho millas al S. S. O., por parte de un hermoso, aunque solitario valle, y por mesetas basálticas. Ascendemos algunos cerros, cruzando capas de ténues nubes que nos hielan mojándonos; estos frios húmedos de la niebla densa hacen apreciar mas el tibio rayo de sol cuando el vaporoso cúmulo se aleja. Llegados á un cerro bastante elevado, del que se desploman algunos trozos de lava y que sirve de guarida maternal á algunos jóvenes cóndores que chillan al sentirnos, vemos la gran ladera del Sur y en el bajo el estremo Este del estenso Lago Viedma. Segun Chesko, hemos seguido parte del camino que Kaikokelteish dice que llevó el esplorador español, en 1782.

Es un espectáculo en estremo desolador el que presenta este gran lago, el mayor de los que sirven de depósito para sus derrites á las nieves de los Andes patagónicos. Tambien el dia tempestuoso se presta á hacerlo mas triste; el incendio humea aun en la ladera por donde descendemos, y en frente, al Sur, áridas mesetas elevadas que forman parte del macizo situado entre el Lago Argentino y éste, se elevan pardas, rosadas, violáceas, limitando el agua azul-verdosa oscura; la mayor parte del lago está envuelto en la bruma, pero de tiempo en tiempo, de entre las nubes, aparece una cresta oscura ó un blanco cerro que anuncia la proximidad de la Cordillera. Bajamos de la cumbre de la mesa basáltica á la orilla del Lago, por entre lomadas cubiertas de duros pastos y de trozos erráticos, y en este trayecto, algo penoso, una feliz casualidad me hace bendecir la buena idea que hemos tenido en buscar descenso por este punto y no por donde, mas al Este, hubiera sido mas fácil.

La falta absoluta de provisiones se convierte en abundancia de ellas con el encuentro que hacemos en una quebrada honda de un jóven avestruz, que algun zorro ó gato ha hecho inválido; cojea saltando en una sola pierna y trata en vano de alejarse de nosotros, pero lo descubrimos, lo tomamos y pronto es asado y devorado al borde del agua, y tal es nuestro entusiasmo al hacerlo, que no nos fijamos que nuestro *comedor* se inunda con las aguas del Lago que aumenta rápidamente.

Mi deseo es continuar al N.-O., siguiendo el trayecto de Viedma, para tratar de rodear el Lago, pero los caballos no pueden marchar mas y tengo que dirijirme al S. S.-E. para reconocerlo por esa parte hasta el desagüe que debe ser el mismo rio que los indios dijeron á Viedma ser el Santa Cruz y que es el que desemboca en la márgen N.-E. del Lago Argentino.

Los Andes del fondo O. N.-O. están cubiertos por las nubes; el volcan, del cual tanto me han hablado los indios, apenas se distingue vagamente y conjeturo que la gran tormenta que ennegrece el Lago en esa direccion puede ser de orígen volcánico, pues un polvo ténue, casi imperceptible, cae cerca de nosotros. El viento no agita las aguas, pero la tormenta avanza con tal rapidez

que pronto se oscurece casi por completo el cielo, quedando la region poco ménos que en tinieblas. Aseguro que impone el encontrarse á oscuras en las soledades patagónicas en medio del dia. Los caballos que montamos, tiemblan y solo los grandes trozos erráticos que han dejado los hielos antiguos en la costa, nos sirven de reparo durante este temporal que me recuerda el que se desencadenó sobre Buenos Aires el 19 de Marzo de 1865. Poco dura; pasa veloz, barriendo los médanos del S.-E., levantando lluvia de arena y, luego que se despeja el cielo los rayos solares alumbran una inmensa sábana plateada, situada al S.-O. del punto en que nos encontramos y que se destaca, con la viva luz, de los oscuros nubarrones que la dominan. Es el gran ventisquero que vió Viedma, resto de la llanura helada que ocupó en otro tiempo la cuenca del actual Lago.

A la tarde, despues de haber galopado algunas horas por tierras áridas, encontramos el rio que desagüa el Lago, y acampamos á alguna distancia de él, á algunos metros del Lago, al lado de una pequeña laguna producida por la inundacion; el viento de la tarde agita las aguas de éste y no podemos obtener que los caballos la beban, entre las olas espumosas que baten con furia. A orillas del desagüe no hemos encontrado pasto suficiente para nuestros cuatro caballos.

La costa que hemos recorrido está circundada de médanos é inundada, y lo mismo sucede con la parte baja del bajo que alcanzo á divisar; no se vé el menor rincon fértil, pero Chesko me dice que acercándose á las montañas hay arboledas y abundanntes pastizales. Como la falta de recursos me prohibe reconocerlo personalmente, recomiendo al lector la parte del "diario" de Viedma, que se refiere á este Lago; en otra ocasion trataré de completarla, haciendo una esploracion detenida en sus aguas y sus orillas.

Por lo que he visto, puedo decir que este Lago es mayor que el "Argentino". En su region Este, tiene varias pequeñas ensenadas y entre ellas la que nos sirve de campamento. Pasando el desagüe hay una sucesion de cerros bajos que se interna en el Lago, formando en su parte Oeste un abra prolongada; luego se

adelantan otros cerros con varias ensenadas entre ellos, hasta el gran ventisquero, el que parece tener en su punto Norte otra bahía cuyo fondo está ocultado por un cerro pequeño que se vé adelante; al N.-O. hay otra gran abra, en la que, segun Chesko, desagüa un rio caudaloso que puede ser el que comunica el Lago situado al Oeste del San Martin, con éste. Varios macizos montañosos preceden en esa direccion á los picos nevados de los Andes. Al N.-E. de la citada abra, se ven las mesetas cubiertas de basalto que continúan hácia el E. S.-E. y son las que hemos cruzado esta mañana. En el fondo solo distinguimos una pequeña cadena de cerros; el horizonte, sobre ellos, está toldado de nubes plomizas y oculta las Cordilleras, pero en un momento en que se hace un claro entre los vapores agolpados, vemos el negro cono del volcan y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter.

EL VOLCAN FITZ-ROY

Los tehuelches me han mencionado varias veces y con terror supersticioso, esta "Montaña humeante". Es el "Chalten" que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de

morada á infinidad de poderosos Espíritus, que agitan las entrañas del cerro y que son los mismos que hacen tronar el témpano que se desmorona en el Lago. Todo lo que no se esplica por causas sencillas, encierra un misterio para el indígena primitivo, y esto motiva que, en sus supersticiones, jueguen un papel importante los fenómenos volcánicos. Las imaginaciones infantiles, aun embrionarias, ven siempre en las grandes manifestaciones físicas de la vida del globo, influencias sobrenaturales y es por eso que el inculto tehuelche no se esplica sinó es por obra de maléficos espíritus, cómo la tierra tiembla y el fuego brota de la elevada chimenea, polvoreando de ceniza la rejion inmediata, donde el ventisquero agrietado envia de cuando en cuando algunos de sus helados hijos, á vagar y morir en el profundo lago. La indiferencia del indio que poco admira las obras de la naturaleza, desaparece y se apodera de él respetuoso espanto por el "Agschem" cuando cuenta los estragos del terrible Espíritu del fuego encarnado en las llamaradas que pocas veces se elevan de la hoguera infernal por el negro cráter, y cuando recuerda los quejidos de la nieve eterna, manto misterioso que cubre los cerros y que se desprende y se fragmenta al sentir el calor vital interno.

Grandioso espectáculo debe presenciar el salvaje, al pié del Chalten, cuando en la noche el fuego brota del centro del agua congelada en las altas montañas é ilumina como gigantes faros con sus rojizos resplandores las blancas nieves de los Andes y las azules aguas del lago, mientras la densa columna de negro humo oculta las brillantes estrellas del Sur.

Este volcan es la montaña mas elevada de las que se ven en estas inmediaciones y creo que su cono activo es uno de los mas atrevidos del globo; su cráter, situado á una altura que calculo á la vista en 7,000 piés, no guarda la nieve, y su color negro, igual al del pico mas agudo, situado en su costado Oeste, se destaca sombrío de la nieve de la base. Viedma cita en su diario esta montaña, al decir que hay dos piedras como torres que los indios llaman "Chaltel", pero no dice que sea un volcan. Los volcanes activos de la América del Sur, se les consideraba todos situados

mucho mas al norte de éste; el mas austral (esceptuando el que creyó ver Hall en la Tierra del Fuego, 55° 3'), está situado en el grado 44 20', pero hoy puedo decir, siguiendo las indicaciones de los indios, que las montañas cuyas fuerzas volcánicas aun no se han estinguido, son varias entre el grado 44 y el 51; sin embargo, ninguna de ellas arroja lava en fusion, ni rocas incandescentes; sólo emiten vapores y cenizas, y esto no constantemente, sinó con intermitencias prolongadas; pareceria que la lava concluyó hace tiempo de derramarse en Patagonia, agotados los focos que la producen, por las antiguas erupciones que sembraron de acumulaciones de materias volcánicas de centenares de piés de espesor la region situada entre el 40° y 52° y que he podido visitar en sus estremos. Las capas de basalto cavernoso y escoriáceo que dominan el Limay, en el primer tercio de su curso, se estienden, con cortos intérvalos, hasta las inmediaciones del Estrecho de Magallanes, lo mismo que los mantos conglomerados que contienen cenizas y productos eruptivos vitrificados, obsidiana y piedra pomez, que he observado entre el Caleufú y el Yala-lei-curá y que llegan hasta cerca del Atlántico. El Monte "Pana" que ya he mencionado, no hace muchos años que arrojó humo (segun dicen los indios); quizás aun tiene vida, y su nombre, en indio, lo indica (Paán-humo) y las cenizas rojas que hay en los alrededores del Lago San Martin, pueden haber salido del cráter de ese monte.

Es sabido que la mar es la que provée generalmente á los focos volcánicos del alimento necesario para ayudar á su actividad, como lo ha demostrado el análisis de sus lavas y sus vapores, y puede ser muy bien que las aguas de estos grandes y profundos lagos contribuyan á alimentar la actividad solfatárica del "Pana" y del que me ocupo, y la aparicion del Geyser en el Lago San Martin lo prueba.

Mas al Sur de los lagos, hay otros volcanes aun no estinguidos del todo. Musters dice que los indios que vivian en Coy Inlet, se vieron envueltos una vez por una nube de humo negro, denso, que venia del Oeste, y que los atemorizó sobremanera; dicho viagero cree que era el resultado de una erupcion volcánica. La tarde que

desembarqué en Santa Cruz (Diciembre 21) ví el horizonte del Oeste muy oscuro y supuse lo mismo; hoy creo que el humo fué lanzado por el volcan que tengo á la vista y el que, segun me dice Chesko, nunca arroja piedras, sinó humo y cenizas.

Como este volcan activo no ha sido mencionado por los navegantes ni viageros, y como el nombre de "Chalten" que le dan los indios, lo aplican ellos tambien á otras montañas, me permito llamarle "Volcan Fitz-Roy", como una muestra de la gratitud que los argentinos debemos á la memoria del sábio y enérgico almirante inglés, que dió á conocer á la ciencia geográfica, prestando al mismo tiempo inmensos servicios al comercio, las costas de la América Austral, y cuyos minuciosos y magníficos trabajos siempre serán admirados.

Marzo 8.—La noche ha sido cruda, pero el lecho blando, entre el menudo cascajo y el tierno césped, que la humedad de las infiltraciones del lago hace brotar en la árida llanura. El agua ha salpicado con sus heladas gotas las abrigadas matas, y estas caricias de las olas que baten las piedras que nos sirven de almohadas, me despiertan de madrugada, haciendo que admire el inquieto descanso de este inmenso lago. Los chubascos se han sucedido, sin cesar, toda la noche, y apénas aclara distinguimos cubiertos por la nieve los cerros basálticos que cruzamos ayer. La aparicion de la mañana calma la agitacion de la atmósfera y podemos volver á observar el Volcan "Fitz-Roy", dorado por el sol, humeando impasible, mientras en su base duermen pesadas y negras nubes.

Caminaba sólo hácia el rio para dejar en su orilla una botella que contuviera la prueba de mi visita á él, cuando al pasar cerca de un matorral he sido atacado por una leona. La poca precaucion que toma el viagero, pocas veces agredido, hace que me encuentre sin armas; el revolver lo tiene Estrella, y solo llevo conmigo la brújula prismática en su estuche y unas pinzas para tomar insectos, débiles armas ambas para repeler una fiera. Sin embargo, la presencia de ánimo no me ha abandonado y á pesar de haber sido arrojado al suelo por la fuerza del choque violento que he recibido de la leona, al sujetarse ésta con las uñas sobre mis

espaldas y cara, tratando de morderme en el cuello, he podido levantarme, arrollar el poncho y remolinear velozmente la brújula á manera de boleadora, é imponer así á la puma, que se lanza varias veces con intencion de herirme, consiguiendo solo romper el poncho y arañarme en el pecho y piernas, desgarrándome las ropas. Este animal ha creido tener por víctima un guanaco y no un hombre; el color de mi ropa y del poncho han contribuido á engañarla, y, por mi parte, acostumbrado á ver correr á los indios araucanos, quienes tratan de atemorizar al cristiano cuando está descuidado, embistiéndolo con ademan de ofenderlo, imaginé en un principio al oir la carrera veloz de la puma que saltaba para alcanzarme, que era Chesko que pretendia jugar conmigo, pasando corriendo á caballo, á mi lado; pero al sentir el manoton feroz de la fiera, y la sangre que instantáneamente brotó de mi cara y de la herida de la espalda, al caer envuelto en el poncho, conocí quien me atacaba. He podido, sin ser ofendido gravemente, llegar hasta el paradero, en cuyas inmediaciones se ocultó la puma cerca de unas matas, para esperar el momento de hacer la víctima que esperaba su estómago vacío, y aquí la hemos muerto; por desgracia es muy flaca, y su carne despide un olor poco atrayente; segun Chesko nos enfermaria el comerla.

El Rio que Viedma creyó fuera el Santa Cruz, recibe por este suceso, que poco ha faltado para ser trágico, el nombre de "Rio Leona", y luego de almorzar en su llana márgen Este, teniendo en la del Oeste una línea de médanos, que costea su curso, ancho aquí de 200 metros (mas ó menos) y que se dirije al Sur, retrocedemos para buscar á Isidoro. La observacion astronómica efectuada en el desagüe, sobre un gran trozo errático, dá una latitud de 49° 48' para este punto donde nace el rio, y su desagüe en el Lago Argentino se halla situado en 50° 11'. A este punto del Lago Viedma, le llaman los indios *Orr-Aiken* y en sus orillas hácia el N. O. están situados los otros dos paraderos indígenas de *Kaperr-Aiken* y de *K'char-Aiken*.

Siguiendo al Este por el pié del cerro "Cheul", llegamos á través de una abra bastante estensa, cortada de cuando en cuando

por colinas cubiertas de grandes piedras erráticas y capas de lava, al paradero de Isidoro, instalado en la falda de un cerro, al lado de preciosos manantiales, donde los caballos se han repuesto algo de las fatigas de la ascension del Santa Cruz.

Marzo 4.—Temprano levantamos el campamento y nos dirijimos al Lago Argentino, siguiendo el mismo camino de la venida, hasta llegar á las inmediaciones del cerro Inclinado, y luego subimos la meseta hácia el Oeste, para poder conocer la pampa alta. Es un panorama grandioso el que se presenta á nuestra vista, luego de galopar algun tiempo. Los cerros basálticos se destacan de la pampa verdoso-amarillenta por donde llevamos nuestro camino; al Oeste, los Andes son dorados por el sol que fulgura sobre el firmamento celeste, y en el fondo, en el bajo, el gran Lago Argentino está matizado de blancos témpanos. En la abrupta ladera vemos un ciervo; es el primer Huemul, el tan célebre y casi fabuloso ciervo chileno, considerado como caballo-anta en los tiempos de la conquista. Encontramos nuestro campamento tranquilo: los dos marineros y Abelardo han limpiado el bote y arreglado las escasas provisiones que nos quedan. Patricio se ha asustado mas de una vez con los pumas, y tiembla de temor al ver la sangre que mancha mi ropa, y la que, con la herida de la cara, le prueban la verdad de lo que le ha contado Estrella. "¡El Señor Moreno ha sido atacado por un leon! No hay tranquilidad posible en estas regiones y es necesario volver á la isla".

Marzo 5.—Malísimo tiempo; los chubascos continuan todo el dia sin interrupcion, y las nubes parece que ruedan sobre las aguas. En la Cordillera hay gran temporal de nieves. Es imposible salir del paradero; la arena movediza no permite ver nada y no hay mas remedio que tener paciencia y aguardar mejor tiempo para arreglar los preparativos de marcha.

Marzo 6.—Salgo hácia el Norte á tomar algunas direcciones con la aguja, desde los cerros inmediatos al "Rio Leona". Llegado á la cumbre, diviso el Volcan y un gran bajo, que es el Lago Viedma. El señor Moyano que ha salido á cazar, consigue matar un guanaco, el que dividimos y cargamos sobre nuestros caballos,

en momentos que principia á llover; el terreno se vuelve intransitable, la oscuridad de la noche no nos permite usar de la brújula, y completamente mojados llegamos al paradero á las 9 de la noche, costeando las márgenes del Lago, entre ramas y médanos; lo descubrimos por grandes hogueras que Isidoro y Estrella han tenido la precaucion de encender, pero que, á pesar de sus grandes llamaradas, no se distinguen desde léjos, á causa de la lluvia copiosa que cae.

Marzo 7.—Continúa la lluvia y el temporal que enfurece las aguas del Lago. La época de los malos tiempos ha llegado y, con los escasos elementos que me quedan, no considero deber tentar navegar nuevamente al Oeste. Prefiero hacer el reconocimiento por tierra y á caballo, para vencer la mayor distancia hácia ese rumbo y regresar luego á la isla Pavon. La carne del guanaco cazado ayer, hace que sobrellevemos mejor el mal tiempo.

Marzo 8.—Nos ocupamos en trasladar por tierra la coleccion y los objetos mas delicados y valiosos hasta la punta Feilberg, para no esponernos á perderlos si, embarcadas en el bote, éste sufre averías, al penetrar en el correntoso desagüe. El tiempo se ha compuesto; el sol ha vuelto á brillar; y aparecen cientos de Taurocerastes sobre los médanos y de preferencia en las inmediaciones de los puntos donde ha pastado la caballada; buscan el estiercol.

Marzo 9.—Algunas observaciones termométricas por medio del punto de ebullicion del agua, me han dado para este paraje una altura sobre el nivel del mar de 412 piés. La temperatura del agua del Lago ha sido hoy de 7° á 8° 75'. R. Los vientos que han reinado estos dias son del Sur-Oeste y N.-O. El termómetro ha marcado, á la sombra, una temperatura media de 10° R.

Marzo 10.—El lago está calmado y el dia amanece menos crudo que ayer (á las 6 a. m. × 3 R). A las 10 a. m. teniendo un viento favorable; es decir, del Este, que no levanta marejada, echamos el bote al agua y despidiéndonos del Lago Argentino nos dirijimos velozmente, arrastrados por la corriente, á la rinconada situada al Este de Punta Feilberg, de donde, despues de dejar un poste clavado, atado una botella conteniendo un documento que indique

BARRANCAS DEL RIO SANTA CRUZ

nuestro paso y dejado una bolsa de cuero llena de sal para que sea aprovechada por los indios, ponemos la proa al Este y principiamos el descenso del rio para buscar un buen punto donde cruzar la caballada á la ribera opuesta. El bote desciende con gran rapidez y pocos momentos despues encontramos una playa y hacemos cruzar los caballos, no teniendo que lamentar pérdida alguna, á pesar de que algunos han sido arrastrados por los remolinos. Fondeamos el bote en una pequeña abra tranquila, formada por la inundacion que continúa y habitada por algunos Haliaeus, que juegan gozosos, cazando pequeños peces. Es un buen punto para instalar el campamento mientras me dirijo al Oeste.

CAPITULO XVIII

ESCURSION AL OESTE—PUNTA BANDERA—LOS ANDES—DESCENSO DEL SANTA CRUZ—VIAGE A PUNTA ARENAS—CONCLUSION

SUMARIO—Una isla de hielo—Paradero indio—El Monte Félix Frias—Mal camino—Paradero—El cerro de «Mayo»—Festejos gastronómicos—El bosque vírgen—Ultimo paso adelante—Punta Bandera—El Monte Buenos Aires—Monte Avellaneda—Precioso depósito—Retrocedemos—Dos Huemules—Ramificacion del Lago Argentino—Los Andes—Consideraciones—Límites entre la República Argentina y Chile—Principiamos el descenso del Santa Cruz—Velocidad grande de su corriente—Malos pasos—Veinte y tres horas y media, de viage—Los indios—Llegada á Pavon—Importancia de las tierras reconocidas—Viage á Punta-Arenas—La Pampa alta—Coy Inlet—Rio Gallegos—Barrancas de San Gregorio—Cabo Negro—Punta-Arenas—Llegada á Buenos Aires—Conclusion.

Marzo 11.—Bien almorzados, como para poder soportar el hambre durante algun tiempo, y llevando la aun intacta caja de *paté de foie* que ha viajado por los lagos San Martin y Viedma, trotamos y golopamos todo el dia, Moyano, Isidoro y yo, hácia el Oeste. El trecho que nos separa de Punta Walichu, se compone de lomas mas ó menos elevadas; algunas tienen pendientes suaves, otras laderas abruptas, por entre las cuales corren tres pequeños arroyuelos que en invierno y durante el deshielo que produce la llegada de la primavera, conducen las aguas de las tierras del Sur. Uno

de estos, trae su curso desde un bajo situado al E. S.-E. y se desprende del punto donde dos mesetas se destacan, con claridad; una de ellas es de poca elevacion, y lleva la direccion O. S.-O. hasta la Cordillera y es la que forma la meseta inclinada, situada frente á Punta Walichu (pág. 360); la otra se aleja hácia el S.-O.; es bastante mas elevada que la primera y ambas preceden las mesetas basálticas que se divisan á lo léjos en el Sur, y que se elevan á 3,200 piés, segun Fitz-Roy, quien las señaló desde su último paradero. Otro de los arroyos corre por un lecho pantanoso, y el tercero lava con sus limpias aguas las rocas terciarias. Los trozos erráticos son innumerables y algunos de enorme tamaño; puede decirse que el terreno está cubierto por ellos; varian desde un decímetro hasta 300 metros cúbicos.

La vegetacion es la misma que la que hemos encontrado en el trayecto del Atlántico, hasta este lago. Vemos lagunitas que contienen pequeñas cantidades de sulfato de sosa.

Desde la Punta Walichu, donde los médanos vuelven á aparecer, el terreno mejora rápidamente; hay un pequeño arroyo que desciende del Sur, con corto caudal de aguas, y en cuyos alrededores el pasto es escelente y tan abundante, que podria ser segado para servir de provisiones de invierno; los Calafates adquieren proporciones notables y cantidad inmensa de patos, avutardas, cisnes, gansos, gallaretas, y ardeas llenan de vida la region. Este paraje está situado frente á la Bahía Redonda, que está casi cerrada por una pequeña isla terciaria, bastante semejante á la isla Pengouin, situada en las inmediaciones de Puerto Deseado. Pasando este arroyo que baña el pié de la montaña inclinada, subimos varias colinas, de ascension fatigosa por la cantidad de pequeños torrentes, secos hoy, que llegan á la Bahía Redonda. En estas colinas el pasto es bueno, y las haciendas que vivan aquí, en los años venideros, podrán encontrar abundante forraje. Pasando esas colinas descendemos á un bajo, dejando á nuestra izquierda una pequeña estrata inclinada, con las cumbres hácia el E. S.-E., formadas por productos eruptivos; en este punto encontramos fértiles manantiales.

Hacemos campamento entre unos médanos que se elevan á la orilla del lago, cubiertos de matorrales de berberis y entre los cuales nuestros perros tratan en vano de hacer presa de un *Canis Magellanicus* que se refugia en las peñas; lo mismo sucede con un jóven Huemul que hemos encontrado pastando en lo que va á ser nuestro alojamiento; este animal, si bien al principio se asombra y no nos considera ofensivos, puesto que los perros que ven un objeto que les es desconocido no lo atacan, huye cuando estos últimos se resuelven á embestirlo. El elegante ciervo (Cervus Chilensis) prefiere la muerte entre las heladas aguas, á ser presa de ellos, y lo vemos lanzarse al lago y nadar largo rato hasta que desaparece en sus profundidades. Con la noche llega la lluvia y el viento andino; el termómetro ha bajado + 2° Réaum. y la bóveda celeste no nos proporciona mucho abrigo.

Marzo 12.—Ayer al acampar teníamos delante un gigantesco témpano; su enorme tamaño, pues calculo su altura sobre el agua en mas de 30 metros por un largo de 100, lo mantenia inmóvil, varado; durante esta noche pasada hemos escuchado grandes estruendos, prolongadas salvas, y el dia nos ha mostrado que lo que las ha producido ha sido la cristalina isla que sucumbe. Ahora que el sol calienta, pues el termómetro marca 16° R., el el hielo eterno zafa de su varadura y se dirije magestuoso hácia el Santa Cruz. Imita un fantástico navío con blancas y celestes velas trasparentes y desplegadas; el desplome de los fragmentos agita las ondas aéreas, y escuchamos lúgubres cañonazos que completan la ilusion: parece pedir auxilio. Entre los manantiales cercanos, donde la vejetacion herbácea es espléndida, encontramos muchos rastros de caballos, y mas al Oeste, á la orilla de un pequeño rio, el que califico así para distinguirlo de los torrentes ó arroyuelos que he mencionado ayer, vemos un camino de *Chinas* lo que nos muestra que los indios del Sur han vivido aquí hace pocos dias. A ellos se les debe seguramente el gran incendio de los bosques de los cerros inmediatos que nos han ocultado la Cordillera á nuestra llegada al lago. En este arroyo conseguimos cazar un jóven cisne. Continuamos caminando hácia el poniente costeando unos

barrancos que forman un semi-círculo que domina el bajo incendiado que está cubierto de pastos magníficos y de juncos; en este bajo es donde desagua el rio pequeño. Costeamos la falda de un cerro bastante elevado y estenso, aislado, de formacion arcillo-esquistosa, y cuyo pié baña el lago. Llamo á este cerro "Monte Félix Frias" en honor de mi venerable amigo el esclarecido patriota que defiende con tanto ardor la causa de los argentinos, contra las temerarias pretensiones chilenas. El camino que hacemos por sus faldas es en estremo incómodo y peligroso, tanto que Moyano cae tres veces del caballo. Los Ctenomys tienen la culpa; han revuelto los terrenos sueltos, donde las raices de los arbustos y del pasto son mas fáciles de descubrir. Pasando este mal paso que mide 5 kilómetros, mas ó menos, llegamos á un bajo con pastizales abundantes, y luego, siguiendo hácia el N. O., á una hilera de colinas bajas formadas esclusivamente por los hielos y donde los trozos glaciales son muy numerosos; mas de un ciento de estos, que miden aproximativamente el mismo tamaño que el dibujado en la página 327, coronan las lomas que forman una Moraina lateral antigua.

No encontrando paso por este paraje y viendo que el lago enangosta á causa de una punta de tierra que avanza al Norte, y que luego se divide en dos brazos, uno que se interna al N. O. hácia los ventisqueros, y otro al S. O., dejando en el centro, como una enorme cuña, bellas y elevadas montañas, cambiamos de direccion y nos dirijimos á las sierra del O. para internarnos siguiendo sus laderas.

Varias pequeñas lagunas con algunos árboles (*Fagus*) que son la continuacion de un bosque que cubre la Punta que cierra el lago, muchos manantiales á cual de ellos mas fértil, alegran la region, cambiando totalmente el aspecto árido que tiene desde el Atlántico. Es un hermoso parque que la naturaleza ha formado sin ayuda del hombre y que espera á éste para aprovecharlo. En la falda de las Sierras volvemos á encontrarnos con los guadales y los tucu-tucales y el camino se hace casi imposible por la inmensa cantidad de matas de Calafates y de árboles secos; á las cinco de la tarde no podemos adelantar mas. Nos encontramos en el último

punto donde es posible llegar con los caballos, y establecemos campamento en un pequeño prado, frente á uno de los grandes canales que, desprendiéndose de los Andes, forman el lago.

El camino hecho en la falda del Monte Félix Frias, donde se han instalado en las sueltas arenas glaciales esos millones de Ctenomys que han convertido el zócalo de la montaña en paraje tan intransitable, ha cansado completamente nuestros caballos, y aunque las colinas elevadas por hielos han presentado menos obstáculos que los ofrecidos por las habitaciones de los trogloditas roedores, cuando estas han vuelto á aparecer amenazándonos con hundirnos en sus antros arenosos, no podemos seguir con ellos. La inundacion ha cubierto la region, llenándola de peligros; los bosquecillos de tiernas Hayas apenas asoman sus amarillentas y verdosas cópas sobre el azulado bañado inmediato, y únicamente despues de seguir un laberinto de albardones hemos parado, estenuados, en la mullida alfombra que cubre este fértil pedazo de la falda de la gran Cordillera.

La noche vá acercándose; las nubes pardas abandonan las alturas, buscan sus gigantes nidos entre las flancos de las montañas vecinas y descienden á estenderse sobre este valle, que pierde el agradable calor del dia, ante la fina lluvia que empieza á caer ocultándonos el fondo del hermoso, aunque imponente paisaje que á ambos lados nos domina. Al Sur, casi perpendicular, á unos dos centenares de metros, los flancos de una elevada montaña muestran tristes y renegridos troncos, ruinas vegetales creadas por el incendio; al Norte, el anchuroso brazo lacustre baña el ahora lóbrego pié de un bosque vírgen oscurecido ya por la hora, que se eleva tupido en la empinada falda de otra montaña, cuya cumbre nos oculta, en blanco vapor, la evaporacion del dia. Al Oeste, en el primer plano, un grupo de árboles gallardos de flexibles ramas y de rectos troncos, resalta de los contrafuertes parduscos de los peñascos, reflejando sus lucientes hojas en las aguas de un bullicioso torrente. Mas allá, lomadas cubiertas de vegetacion preceden rugosos cerros, y mas léjos, entre la niebla de la lluvia y las sombras del chubasco que la descarga sobre nosotros, una forma

aguda, atrevida, se eleva radiante de blancura entre rosados tintes que comunica al cielo, allí tan despejado, el sol que en estos momentos alumbra el horizonte inmenso del Pacífico, y que se despide de ella dándole la última caricia de la tarde.

Esta montaña se llamará en adelante el "Cerro de Mayo"; su pedestal azul no se distingue hoy; las nieblas lo amortiguan á la vista, pero su inmensa aguja paleocrística se destaca del cielo celeste á través de la capa de nubes.

Establecemos nuestro wigwam al resguardo de un frondoso Berberis; las largas y tiernas ramas de las Hayas y los ponchos nos proporcionan tosco y abovedado techo, y así nos encontramos á la entrada de la noche, abrigados bajo una cabaña improvisada. De sus endebles murallas vejetales que dejan respirar el céfiro andino, cuelgan dulces y moradas frutas y si la puerta ocupa todo el frente de la choza, en cambio, sin movernos de su ancho dintel admiramos el lago y los fragmentos de hielo que arrastran sus aguas. Lástima es que de la alegría de nuestros ojos y de la mente no participe el estómago. Nos encontramos en el punto deseado hace tanto tiempo, pero tambien sin las provisiones que hubieran amenizado nuestra estadía en él. El contenido de la media lata de *Pâté*, un puñado de fariña y otro de café, amen de la racion de yerba que es inseparable compañera de Isidoro, es todo lo que contamos para festejar el punto mas avanzado al Oeste á que hemos alcanzado en esta espedicion.

El pichon de cisne, nuestra presa de esta mañana, obtenida á costa de tanta fatiga, ha desaparecido de los tientos del recado del Señor Moyano, quien se habia encargado de la conduccion de este trofeo inapreciable. Entre las ramas del camino y quizá en una de las varias caidas del caballo, perdióse para servir de cena imprevista á algun puma merodeador incansable de estos parajes. Igual cosa, aunque no con el mismo destino seguramente, ha sucedido con el mate y la bombilla, y de esta manera nos vemos desprovistos de lo mas necesario para las fiestas gastronómicas que habíamos preparado. Felizmente el tarro que contuvo en un tiempo lejano dulce de leche, hoy convertido en olla y pava, se ha salvado; hervi-

mos en él agua, colocamos la fariña y la porcion de paté y hacemos un guiso desconocido en la terminología culinaria, que devoramos los tres espedicionarios sin que nuestro corazon insensible se compadezca de los infelices perros que ahullan de hambre y se quejan. Isidoro está triste, pues no tenemos como tomar mate, y cada uno reflexiona buscando la manera de proveernos de lo necesario para preparlo. Me cabe á mi el honor de fabricar ambos aparatos indispensables. Derramo sobre un pañuelo el resto del paté, seguro que la cruda temperatura no lo desleirá; limpio la lata que lo contuvo: tenemos yá mate. Despues de largas tentativas, mi inventiva, hija de la necesidad ayudada por el deseo, hace nacer la bombilla de un hueso de avestruz que pasa á servir de tubo, y de un pedazo de lata de la tapa de la caja, el que, envuelto toscamente en una de las puntas del hueso, se convierte en colador de la yerba. (Este útil instrumento, que mas de un buen rato nos proporciona en esta parte del viaje, ha hecho esclamar mas tarde á uno de nuestros mas distinguidos literatos y hombres de ciencia: —"¡Qué instrumento salvaje tan curioso! El indio que lo hizo no pudo seguramente imaginar nada mas primitivo").

Marzo 13.—La madrugada despierta las pesadas nubes que se han abrigado durante la noche en esta profunda quebrada, y cuando ellas se elevan, despejando las onduladas cumbres, dejamos Moyano y yo nuestro paradero para continuar á pié al Oeste. El aspecto del paisaje que nos rodea me promete bellezas desconocidas en las áridas mesetas, y este último dia de marcha adelante, vá á proporcionarme perspectivas nuevas que compensarán las fatigas. Inmediatos á nosotros, en la costa del lago, limitando el bello prado que está circundado por bosquecillos de *Drymis Wintiri* cubierto de elegantes flores rojas, hay un bosque pequeño de *Libocedruo tetragonus* sumamente tupido, pues apenas hay un metro de distancia entre cada árbol. Este conífero no ha sido señalado aun en la falda oriental de los Andes; aquí tampoco alcanzo á divisar otros árboles que los que forman este grupo, compuesto de 150 ejemplares, muy poco elevados, pues el mayor no alcanza á tener 5 metros de altura por 20 centímetros de

diámetro. Una pequeña lechuza rojiza, que ha entristecido la noche con su melancólico chillido, habita entre este monte, pero no podemos darle caza por mas que lo tentamos.

Nuestra marcha tiene por objeto tratar de alcanzar una punta rocallosa lejana que se divisa en el fondo. Marchamos, costeando la orilla del lago. La naturaleza no ha sido hollada aquí por la planta del hombre civilizado; las tupidas ramas de árboles gigantescos que crecen en las faldas de los elevados cerros, sobre los detritus dejados por los hielos al fundirse, é innumerables (diez y ocho) torrentes pequeños que se desprenden de las cumbres de los montes que he llamado "Buenos Aires" donde hilos y manchas de nieve reciente, depositada en las grietas de la roca, anuncian la entrada del invierno, hacen sumamente difícil el camino. No nos preocupamos de los pequeños fragmentos de oro que arrastra el torrente que lava el cascajo aurífero. Seguimos adelante, hollando helechos y espesos musgos; apartando las barbas vegetales (*Mysondendron*) rojizo-amarillentas arrolladas, que cuelgan de los inmensos Coigües (*Fagus betuloides*) y de las Hayas de oscuras y plegadas hojas (*Fagus antarticus*). En estos árboles se albergan algunas orquídeas (*Asarca?*) y la parásita *Cyttaria* anaranjada, alimento del salvaje, plantas ambas que buscan la sombra de estos bosques seculares donde bullangueros loros (*Conurus*) y trabajadores Carpinteros (*Picus*) mezclan sus alegres vocinglerías al rujido del viento y de los torrentes, mientras el hálito andino penetra en la enmarañada arboleda y sacude los racimos de corales que cuelgan de las hermosas y arbóreas fuchsias. Muchas veces caminamos arrastrándonos bajo un lóbrego techo vegetal, entre piedras erráticas inmensas; otras el torrente á pique corta nuestro paso: cruzamos la bulliciosa corriente por sobre alguna haya añosa, ó seguimos por alguna escalinata geológica, formada por la desagregacion del esquisto micáceo de los cerros. Llegamos así hasta la punta donde un precipicio separado del macizo de la Cordillera por un hermoso canal que arrastra témpanos, ramificacion del Lago Argentino, impide continuar mas adelante. Inútil es que tratemos de cruzar el inmenso peñon; la

arcilla esquistosa que lo forma está quebrada en grandes fragmentos verticales y no dá paso; retrocedemos algunos metros y en un pequeño claro del bosque, teniendo á nuestra derecha la arqueada falda de los montes que he llamado de "Buenos Aires", al pié del ramal del lago que precede á los inaccesibles Andes y al Norte del pintoresco Monte Avellaneda, que nombro así en honor del Presidente de la República, resuelvo no seguir mas adelante. Nuestra posicion actual es á 500 piés sobre el lago, al S. 7.45 O. de la cumbre del citado monte, y al S. 43 O. de la Punta de los Ciervos.

El paisaje aquí es grandioso; la Cordillera en el fondo está blanca de nieve; las montañas que al N.-O. de nosotros se destacan separadas solo por el brazo del lago, tienen en sus cimas trozos de hielos y sus bases están cubiertas de bosques inmensos; algunos árboles de estos destacan sus copas del seno de las aguas; los torrentes rasgan las montañas. Entre donde cesa la vida vejetal y donde aparece la nieve mortal, se ven vistosas capas de arcilla esquistosa, sinuosas y onduladas caprichosamente, señal evidente del estremecimiento del Andes gigantesco. Todo esto forma un magnífico conjunto en la falda del Eje de América.

Descansamos un momento, al reparo de un gran tronco abatido por la tempestad, y á la tarde emprendemos el regreso, despues de dejar solitaria, como signo de nuestro paso, clavada sobre un enorme fragmento de roca, testigo mudo de la poderosa erosion de los hielos, y rodeada de verdes helechos y rojas fuchsias, la bandera pátria que nos ha acompañado durante toda la espedicion y cuyos colores copia ahora la alfombra blanca de nieve recien caida y el celeste del hielo eterno que cubre desde la cumbre el inaccesible pico de "Mayo".

Esos colores que se han reflejado en las aguas de los Lagos Argentino, Viedma y San Martin y que han sido mas de una vez saludados por el alarido del gigante Patagon, lo son hoy por las salvas atronadoras que producen los aludes al desprenderse de los ventisqueros vecinos. El calor del límpido sol que los alumbra, arranca témpanos inmensos que truenan como cañones de gran calibre, frente al punto donde nos encontramos.

Conseguimos cazar una pareja de Huemules (*Cervus Chilensis*) y estraer el cuero y el cráneo del macho, objeto rarísimo en las colecciones zoológicas. Recien á las diez p. m. llegamos al Real, yo todo dolorido, con la ropa hecha pedazos por haber, como mas vaqueano, servido de guia, y medio sofocado con el pesado cuero del ciervo que he llevado á manera de boa. La lluvia y la oscuridad casi nos han obligado á pasar la noche entre los torrentes, pero las hogueras que ha encendido Isidoro nos han señalado el campamento en momentos en que íbamos á suspender la marcha. La carga del cuero y de las muestras de plantas y rocas, valen ahora menos que el corazon y el pecho del Huemul que trae Moyano; asamos estas dos piezas y dormimos tranquilos bajo la improvisada choza, felicitándonos de las tareas del dia y de no haber tenido que pasar la noche bajo el tronco hueco de algun árbol centenario.

Marzo 14.—Ha nevado casi toda la noche; el techo de nuestra vivienda parece cubierto de algodon, y el pasto y los árboles blanquean; triste es la vista de la nieve sobre los negros troncos quemados. Al medio dia, luego de reparadas las ropas y arreglado el herbário, salimos todos hácia el Sur, por el valle situado entre los Cerros "Buenos Aires" y el "Monte Frias"; en el trayecto recojo varios fragmentos de cristal de roca. El camino en su principio es bueno, muy fértil; pero á dos millas encontramos colinas glaciales con trozos erráticos y pasando estas los terrenos blandos que sirven de guarida á los tucu-tucos. Aquí vemos que los cerros "Buenos Aires", en su frente Este, presentan un paisaje espléndido, rodeado de inmensos bosques y donde corre bullicioso formando bellas cascadas, un torrente que nace entre dos cumbres en una sombría quebrada.

Al principio creemos que están circundados al Sur por otro lago y seguimos sus orillas hasta convencernos que no es sinó la prolongacion del Lago Argentino, con el que comunica esta gran bahía por el canal de los témpanos. En el fondo de esta, que está limitada al Sur por una serrania, cubierta en parte de bosques, hay siete enormes témpanos. Hácia el S.-O. se vé una gran Abra en la Cordillera, y á la entrada del sol podemos ver los rayos que

cruzan por ella, á través de los Andes. Alumbran al mismo tiempo los canales salados del Pacífico y los del Lago Argentino. Hácia el Norte de esta Abra, inmensos cerros nevados con ventisqueros que se estienden hasta casi el agua, son los que producen los témpanos.

Seguimos al Este por un estenso guadal, cruzando una moraina antigua (los trozos glaciales se ven en la falda de los cerros, hasta una altura que calculo aquí en mil piés); vemos que un gran número de avestruces, que indudablemente se han internado en los bosques á la aproximacion de los indios, vuelven á la llanura abandonando las faldas de las montañas. La lluvia principia á caer al anochecer y paramos en la orilla del riacho que he mencionado anteriormente (pág. 425). Este desciende del Sur, con fuerte pendiente, bañando el pié de un cerro eruptivo que he llamado «Monte Moyano» en honor de mi compañero de viage. Las rocas eruptivas abundan en estas inmediaciones; vénse cerros y es-

EL MONTE "FELIX FRIAS", EL "MONTE BUENOS AIRES" Y LA "CORDILLERA DE LOS ANDES"

tratas que indudablemente son producciones volcánicas antiguas; la traquita y el basalto parece que son las que predominan.

Marzo 15.—La mañana clara permite ver mas de cuarenta picos de notable tamaño en esta parte de los Andes. Momentos despues una tempestad de nieve los cubre; el cielo toma un color amarillento imponente, las nieblas nos envuelven y ráfagas formidables cruzan la region. Apenas tenemos tiempo de ensillar los caballos y ponernos en marcha dando la espalda al temporal y á los Andes. Mientras galopamos, transidos de frio, ocupémonos de estas montañas que están tan ligadas á una de las cuestiones internacionales mas importantes que los argentinos tenemos pendiente (*).

Nadie ignora que el cordon andino tiene á sus lados la pre-cordillera Oriental y Argentina, y la cordillera marítima ó de la costa de la República de Chile.

De formacion general mas moderna, al parecer, que las de sus costados, el Cordon Central, que es el que sirve de division de las aguas, tiene los conos mas elevados, los que disminuyen de altura hácia el Sur, formando algunas veces pasos bastante bajos é importantes como el boquete de Ranco y de Villarica, los de Bariloche y Pedro Rosales, frente al lago de Nahuel-Huapí, el que visitó Musters frente á Teckel, el del rio Aissen, en los 45° y el situado en 50° 40' mas ó menos, poco al sur del Monte Stokes, y que se divisa cubierto por el hielo desde el fondo de este lago "Argentino", en cuyas inmediaciones ya no se vé la formacion mas antigua de la pre-cordillera oriental, quedando sólo la arcilla esquistosa.

En estos parajes los Andes se separan, y ese hermoso conjunto de picos atrevidos y de murallas, casi verticales unos, otros redondeados como cúpulas y torres, todo pulido y cubierto por el hielo eterno que reflejan los colores del cielo, cambian su rumbo Norte-Sur que traen, puede decirse, desde las regiones boreales, y se inclinan casi imperceptiblemente al Sud-Oeste y se pierden completamente al llegar al 53° de latitud austral.

(*) Véanse mis 'Apuntes sobre las Tierras Patagónicas'. Buenos Aires, 1878.

En el espacio comprendido entre el 51° y 53° los últimos eslabones de la gran cadena se separan y se desvian por entre un intrincado laberinto de canales profundos y angostos, cuya sinonimia geográfica revela las angustias y el desconsuelo de los atrevidos marinos que trazaron en las cartas las líneas que allí dibujó la Creacion.

El *Abra de la Pequeña Esperanza*, la de la *Ultima Esperanza*, la *Zonda de la obstruccion* y el *Canal de las Montañas* que corre al pié de la *Cordillera de Sarmiento*, rodean casi la estremidad de la verdadera Cordillera, y solo el Monte Burney, su último pico elevado, se levanta en la tierra del Rey Guillermo. Los últimos contrafuertes andinos llegan poco mas al Sur, terminando en las inmediaciones del Cabo Providencia, donde "los Andes, propiamente dichos, principian en el Estrecho de Magallanes", segun la opinion de Agassiz, eminente autoridad científica. Allí, en las cercanías, el espinazo de América concluye, ocultado por selvas impenetrables.

Segun el mismo autor "las Montañas al Norte del Cabo Providencia, las Cordilleras de Sarmiento y las cadenas de Montañas al Este y al Norte del Ventisquero Nevado, son partes de una sola y misma cadena y forman en realidad la terminacion meridional de los Andes".

Al Oeste del punto en que los Andes se desprenden del Continente, la Cordillera marítima de Chile, que principia en el desierto de Atacama, forma hundiéndose desde el grado 42, un cordon de islas cuyas elevaciones son formadas por rocas graníticas y metamórficas, separadas del Continente por canales tortuosos, que son la continuacion submarina del gran valle longitudinal. Así, en el Archipiélago de Adelaida, en la isla Santa Inés, en la isla Clarence y en otras, se levantan hermosos cerros en cuyas laderas se ven inmensos ventisqueros.

Desde allí, en la punta Sud-Oeste de la gran isla de la Tierra del Fuego, la cadena que se hace mas unida, cambia de direccion, limitando el Continente Americano y sirviendo de poderosa muralla contra las olas antárticas.

En sus dos estremos se levantan el Monte "Sarmiento" y el

Monte "Darwin" y el eje granítico varia allí entre 3,000 y 7,000 piés de altura, cubierto todo por un manto nevado. En Monte Darwin concluye esa Cordillera, cuyo sistema orográfico parece ser distinto del de los Andes verdaderos.

Estos terminan en la Tierra del Rey Guillermo, segun la opinion de Agassiz y Skyring, y tambien segun King en las islas vecinas á ese punto, pero su carácter petrográfico parece que ha inducido á Darwin, que las ha estudiado con detencion, á hacerla terminar en Monte "Darwin" y en las islas al Sur de éste; segun su opinion, la Cordillera Andina corre casi Norte-Sur hasta el Norte del Estrecho y luego cambia su curso en la punta Sur del Continente en direccion Este y aun E. N.-E.

Las demás elevaciones de las regiones australes, al Este de esta Cordillera, están formadas de pizarra y de arcilla esquistosa con vetas delgadas de cuarzo, como lo son parte de la Tierra del Rey Guillermo, casi toda la Península de Brunswick; pareciendo de formacion terciaria la punta Nor-Este.

En la isla Dawson y en las que entra la Cordillera de la costa, se vé tambien algunas veces esta formacion esquistosa; estiéndese en la parte Sur de la Tierra del Fuego, desde cerca de la falda del Monte Darwin hasta el Estrecho de Lemaire é Isla de los Estados, en montañas elevadas de 3,000 á 5,000 piés, independientes del macizo del "Sarmiento" y "Darwin", comprendiendo la isla "Navarino" y parte de la Península de Hardy y de la isla Hoste. Esceptúase la region fueguina Norte Oriental, que es la continuacion de la meseta terciaria de Patagonia, elevada de 800 á 1,000 piés, que se estiende desde Santa Cruz. Al Norte, en el Continente, la formacion esquistosa y la pizarra se estienden en toda la República Argentina en el lado Occidental. Como se sabe, estas formaciones son independientes de los Andes.

Las islas de la Tierra del Fuego, al Oeste, están formadas de rocas graníticas y metamórficas que pertenecen á la cadena marítima, pero sus picos no son muy elevados; uno de los mas importantes, el "Kater Peak", en la Isla Hermite, cerca del Cabo de Hornos, mide 1,743 piés.

De todo lo que antecede resulta que el límite Andino y único natural entre la República Argentina y Chile, concluye en Cabo Providencia, en las inmediaciones de la Bahía Beaufort, situada á 60 millas mas ó menos antes de llegar á la desembocadura Occidental del Estrecho de Magallanes, en su márgen Norte, y si la opinion de Darwin es aceptada, esa línea continuaria en la Cordillera de las islas hasta Monte Darwin y de allí hasta el Cabo de Hornos.

Chile, pues, no tiene derecho al dominio del Estrecho en la region que hoy ocupa.

La República Argentina, única dueña de esas regiones, en las que se comprende la Península de Brunswick donde está situada Punta Arenas, tiene el derecho incuestionable de pedir el desalojo de ella, pero, consultando la equidad, creo que ella podria ceder á Chile la Tierra del Rey Guillermo donde termina la Cordillera, territorio que me parece separado del resto del Continente por un canal que quizás comunica la "Zonda de la Obstruccion", en las inmediaciones del cabo "Up and Down" con "Skyring Water" por el Abra de "Rhys," entre el Monte "Dinevor Castle" y las colinas de Pinto que creo son el estremo Oeste de las colinas que con el nombre de San Gregorio principian en el Estrecho. Ese canal aun no ha sido recorrido por personas competentes, pero he oido decir que existe y si esto fuera así, aquella gran tierra quedaria convertida en isla. La península de Brunswick tambien quedaria chilena. La línea divisoria pasaria entónces desde el estremo del Abra de la Ultima Esperanza, que baña el pié de los Andes, por el canal probable ya citado, por el canal Fitz Roy, por "Otway Water" y por la parte mas angosta del istmo, situado entre esta y el Estrecho, en una línea de Este á Oeste desde el Sur de "Shoal Haven" en Cabo Negro, por el arroyo que corre allí, paraje donde los depósitos glaciales y el levantamiento han cerrado la comunicacion marítima que convertia en otro tiempo en isla la Península. Las islas al Este de Punta Arenas, en el Estrecho, quedarian argentinas. Este límite natural se continuaria al Sur dejando chilena la isla Dawson, por

el fondo de la "Zonda de Almirantazgo" desde donde se estiende hácia el S.-S.-E. una planicie glacial formada por los ventisqueros del Monte Darwin que han llenado el canal que comunicaba dicha Zonda con el canal Beagle frente á la Zonda de Ponsomby, y de allí la línea seguiria al Sur hasta el Cabo de Hornos; así ambos paises dividirian amigablemente, casi por partes iguales, el Estrecho y la tierra del Fuego, quedando en poder de los chilenos una estension mayor de tierras Magallánicas que en el de los argentinos.

Estos son los límites que la naturaleza ha trazado entre los dos paises. Las pretensiones chilenas no deben ir mas allá de ellos y nosotros los argentinos no debemos tampoco consentirlo.

Continuamos nuestro camino: este está casi compuesto totalmente de trozos erráticos; encontramos algunos de arcilla negra compacta muy antigua, algo esquistosa, tan grandes que al principio he creido que formarian parte de alguna punta de sierra, que la capa glacial hubiera cubierto. La inclinacion distinta de sus bordes y lajas me hace pensar que no se hallan *in situ*, sinó que han sido transportados, pero me llama la atencion el gran número de ellos y que sean de la misma roca.

Al subir la punta Walichu, vemos que el lago arrastra los fragmentos de la gran isla flotante que ví desmoronarse hace tres dias. A la tarde llegamos al campamento del bote.

Marzo 16.—A medio dia hemos embarcado todos los objetos coleccionados, y abandonamos, no sin tristeza, los lagos "Argentino", "Viedma" y "San Martin" y la salvaje y severa Cordillera. Salimos de este abrigo para ir á esperar en el Arroyo del Bote á Moyano é Isidoro que llevan la caballada por el Sur. El viento del Oeste aumenta la velocidad de las aguas del Santa Cruz, y apenas la angosta embarcacion toma el centro del canal, emprendemos el descenso del rio de una manera tan veloz, como lenta fué la ascension. La vuelta que domina los grandes trozos erráticos (pág. 328), nos espone á zozobrar, á causa de las olas que levanta el viento con la corriente encontrada, y que blanquean el curso del rio formando remolinos en las inmediaciones de las rocas de las

orillas. El bote no obedece al remo que nos sirve de timon, ni á los dos que, en las bandas, manejan Francisco y Patricio; las aguas lo oprimen, lo zamarrean, inclinándolo sobre sus bandas y arrastrándolo con rapidez vertijinosa entre las piedras donde las olas revientan con estruendo. El deshielo producido por los últimos dias calurosos ha sido tan grande que el caudal del Santa Cruz ha aumentado tres piés de ayer á hoy y barre todo lo que encuentra, de una manera que impone. El bote carga un pié de agua en esta vuelta. Los puntos por donde habíamos pasado sirgando á pié hoy se hallan cubiertos y las barrancas donde chillaban los cóndores se desploman con gran estruendo al pasar nosotros. Luchando, salvamos la vuelta y la embarcacion surca el trecho comprendido entre ella y el Arroyo del Bote. El paradero del 13 de Febrero está cubierto por el agua, pero las corrientes no han aumentado mucho en este punto por la poca pendiente, y puedo hacer algunos sondajes que dan hasta 33 piés de profundidad. Acampamos á inmediaciones del arroyo citado, pero los puntos donde lo habíamos hecho antes están bajo las aguas, y no hay mas remedio que atar el bote en la costa Este de la Vuelta del Carnaval y hacer campamento momentáneo á algunas cuadras, dentro del valle del arroyo donde Isidoro ha parado su tropilla. En las inmediaciones del bote no hay cómo hacer pastar los caballos, y debiéndose separar la comitiva mañana temprano, quiero que todos los espedicionarios cenemos juntos. Un avestruz que acaba de ser víctima de los perros es comido con gran contento, sin dejar mas restos que algunos huesos, pues la necesidad no admite desperdicios; en el bote solo hay un fragmento de guanaco, y las municiones que nos quedan solo son tres tiros de remington, seis de revolver y algunos de escopeta; son los únicos recursos que disponemos para llegar hasta la Isla.

Al anochecer nos retiramos al bote, habiendo ya combinado con Isidoro las señales que indicarán nuestra posicion en caso de algun accidente desgraciado, pues en el diario del almirante Fitz-Roy encuentro que mayores peligros ofrece el descenso que el ascenso del Santa Cruz, y esta opinion vale. En compañia de Isidoro queda Patricio para que le ayude en la conduccion de la caballada.

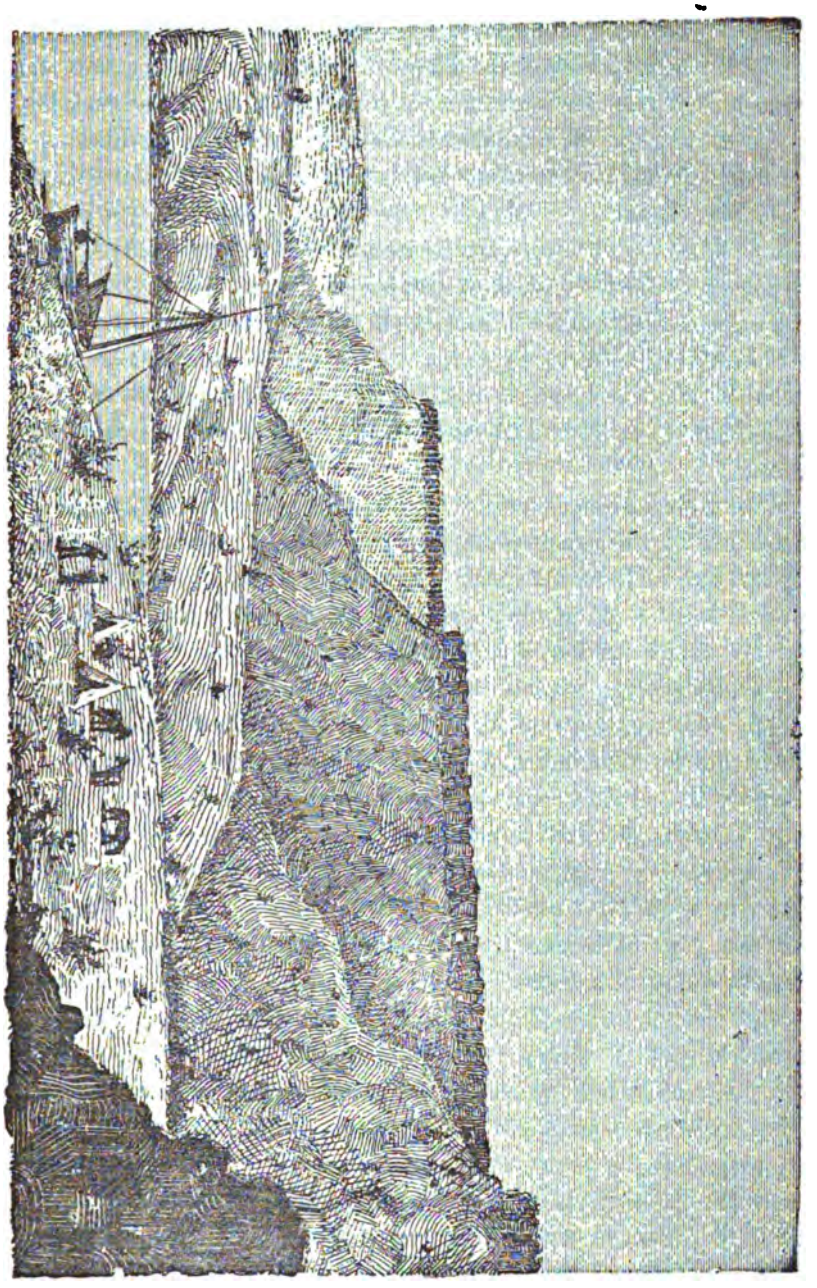
Cerca del bote no encontramos sitio suficiente para dormir, la pendiente de la meseta es demasiado grande para tender sobre su falda el recado y los quillangos, pero con la pala y el pico cada uno forma una pequeña cueva que cubrimos con ramas, y pasamos la noche lluviosa como antiguos trogloditas.

Marzo 17.—No ha aclarado aun cuando Patricio aparece en nuestro paradero; llora, no ha podido dormir. "Ha sentido algo en sus adentros que le dice que si lo hubiera hecho, Chesko (á quien crée antropófago) lo hubiera muerto á él y á Isidoro". Me pide que lo lleve en el bote; dice que trabajará; que su haraganería de los últimos dias cesará y que no temblará como antes en los malos pasos. "Chesko no se atreverá á hacerle daño, pues voy yo". Me compadezco de él, envio en su reemplazo á Abelardo, y despues de haber cazado una *Ardea melanoleuca* que recien despertaba, tomamos la corriente y continuamos descendiendo. En menos de cinco minutos desandamos el camino verificado en tres dias; caminamos á 10 y 12 millas por hora, rapidez considerable para un bote de dos remos. Todos los bajos están anegados y pocos son los que se conocen de nuestros antiguos paraderos; las barrancas caen á plomo sobre el rio y el polvo que producen al desprenderse los desplomes, llega hasta el bote. Con buena suerte pasamos los "Tres Cerros", remolineando el bote en las cavidades formadas por las corrientes encontradas que lo quieren absorber, y dormimos en la orilla del Sur en las inmediaciones de la "Fortaleza". Varias veces hemos querido acampar, pero la velocidad de las aguas es tan grande que hubiera sido peligroso embicar en la costa; solo el gran remanso donde lo hacemos, nos dá buen atracadero para el bote y bastante leña para pasar cómodamente la noche que se presenta muy fria; alrededor de este paradero he recojido mas de veinte cuchillos y rascadores de piedra, además de dos puntas de flechas. El termómetro marca á las 2 a. m. 3° R.

Marzo 18.—Volando por sobre las aguas del rio, llegamos hasta frente al punto donde habia descubierto los fósiles, y á fuerza de pico, estraigo gran parte del cráneo del gran padiquermo. Varios restos de otros animales que recojo, me parecen pertenecer á la

capa superior del terciario inmediato á la formacion glacial, pues aquí no hay basalto, y á 50 piés de profundidad, contando desde la superficie de la meseta, obtengo varios fragmentos de la coraza dorsal de un *Hoplophorus*, de un *Eutatus* y fragmentos de Nesodon. Pasamos el cerro "Tres de Febrero", nó siguiendo el cauce del rio, sinó por entre las islas de la márgen derecha; el estruendo que producen las olas en las rompientes, es atronador; el bote tiembla con el choque repetido del agua, y el ruido, semejante al que produce una pila eléctrica en accion y que resulta del roce del agua en los costados de la embarcacion, aumenta de tal manera que impresiona; es difícil remar; la gran velocidad de la marcha apenas lo permite, y el menor obstáculo nos perderia á todos; pero la suerte nos favorece: á veces caminamos quince millas por hora, empujados por la corriente anormal y por un fuerte temporal que solo sentimos en las vueltas cuando las aguas se oponen al viento y el bote le presenta su proa. No puede ser mas verídica la observacion ya mencionada, de Fitz-Roy, pues un minuto de esta rapidísima carrera equivale en emociones á un dia del trabajo hecho para llegar á los lagos. Hay momentos en que el silencio se impone, sin pensarlo, á los que arrostran este peligro, y entónces no se oye en este torbellino de corrientes sinó el estremecimiento de la embarcacion, el ruido contínuo del agua que arranca pequeñas astillas de sus costados y el ronco desplome de las piedras; son minutos solemnes que no olvidaremos fácilmente.

Nuestro campamento en la Quebrada Basáltica está cubierto por el agua; únicamente se distingue la parte superior del cairn que elevamos para señalar nuestro paso. Nos anochece frente á la meseta desnuda tan pintoresca; nuestra noche es bien triste, la lluvia empieza á caer sobre el pequeño rincon que hemos elejido y lo convierte en un pantano. El hambre, que es grande, solo podemos satisfacerla con la flaca Ardea, que es bien repugnante ave, pues el guanaco ha casi concluido y en el trayecto que falta para llegar á la isla pueden presentársenos tropiezos que hagan necesaria nuestra demora. Aquí recojo en la roca terciaria varios fragmentos de la coraza del *Hoplophorus* ya mencionado.



CAMPAMENTO EL LAS QUEBRADAS BASALTICAS (RIO SANTA CRUZ)—ENERO 28

Marzo 10.—A las 5 a. m., aun oscuro, continuamos la marcha sin parar; la crepitacion del bote por efecto de la corriente se siente mas fuerte que ayer, y el rápido descenso no me permite esperar á cazar un precioso *Canis griseus* que se acerca astutamente á una bandada de patos, que confiados picotean las frutas caidas de algunos calafates. El paradero de Chickerook-aiken está inundado y el rio tiene hoy en sus inmediaciones hasta cerca de 500 metros de ancho; en algunos puntos la fuerza de la corriente es tan grande que levanta olas, y ha habido momentos en que no obedeciendo el bote al timon provisorio, ha continuado descendiendo sin direccion, á merced de las aguas, dando vuelta como si fuera vacío y abandonado. He creido perdernos en estos lugares

A las once embicamos en el punto donde habíamos dormido el primer dia de nuestra marcha, cuando, llenos de esperanzas, que despues han sido satisfechas, emprendíamos la fatigosa sirga; grandes fogatas de humos claros, señal de gozo y de próximo arribo, coronan las lomadas inmediatas, para avisar á los isleños el regreso de la espedicion. Sérios temores abrigamos respecto á ellos; la inundacion ha cubierto todas las islas que habíamos visto en este punto y tememos que haya sucedido lo mismo en Pavon.

El rio es ancho en estremo; la embarcacion lo surca veloz sin riesgo alguno; no hay tropiezos y la alegría vuelve á renacer entre quienes se ven próximos al fin de las fatigas. Pasamos el Rincon de los Machos y distinguimos el techo de la poblacion de la isla y su chimenea que humea; está habitada, pero no han conocido nuestras señales. Momentos despues llegamos al islote que está situado antes de Pavon y donde los guindos y membrillos que ha plantado Piedrabuena, reemplazan la pobre vejetacion del valle. El blanco bote aparece en el ancho canal frente á la Isla. Hemos izado las velas aprovechando el viento de los Andes; y con ellas rasgamos las corrientes, haciendo doce millas. Las aguas se arrollan en la filosa proa que se levanta sobre olas de blanca espuma; la embarcacion ondula y los tripulantes saludamas gozosos la cultivada ribera. Son instantes estos de grata emocion;

hemos cumplido lo prometido; los lagos "Argentino", "San Martin" y "Viedma", nos han albergado en sus costas ó en sus aguas, y las nacientes del Santa Cruz han sido por fin develadas.

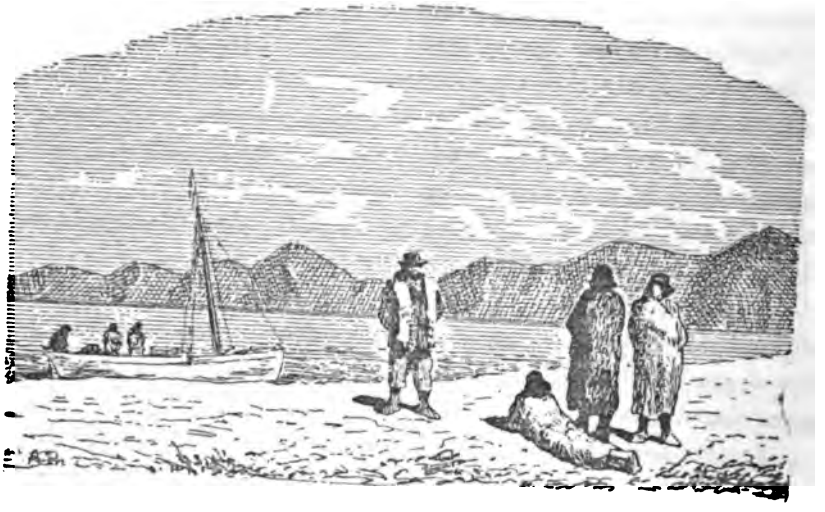
La márjen Norte del rio está ocupada por varios toldos que no conozco; el tiro de rifle, salva que anuncia nuestra presencia, ha alarmado á sus habitantes. Grande debe ser el asombro de los tehuelchess encillos que contemplan atónitos el curioso espectáculo, incomprensible para ellos, de la llegada de un bote tripulado, que desciende con velocidad increible desde la Cordillera, pues desde un recodo oculto los vemos ansiosos; los hombres observan en la orilla y las mujeres frente á las pintarrajeadas tiendas de pieles; los perros que presienten algo desconocido ahullan: todo representa la barbárie estática ante la civilizacion. De pronto el bote dá vuelta á la pequeña isla y aparece esta vez navegando gallardo á la vista de los toldos. Un clamoreo salvaje contesta nuestros saludos de alegría. Los hombres montan los potros en pelo, y á todo correr, prorumpiendo en alaridos, tratan de acortar la distancia que aun nos separa de sus primitivas moradas. No hay duda que un momento creyeron fantasma andino el ligero bote. Chesko les contesta con estentórea voz, sacudiendo al aire su quillango y descubriendo su bronceado cuerpo indígena. ¡Un indio en un bote descendiendo el Santa Cruz! Verlo y correr á los toldos, y armar una vocinglería infernal, es obra de un momento. Al pasar frente á ellos, las muchachas que han formado un grupo sobre la barranca, palmotean y vemos llegar á todo escape al gigante Collohue que habla apresurado á los indios asombrados. Me saluda á gritos: ¡Coom'ant! ¡La incógnita se ha despejado—es el comandante que llega de las "Aguas grandes"!

En veinte y tres horas y media de navegacion hemos desandado el camino hecho en un mes, lo que demuestra la gran velocidad de las aguas del Santa Cruz, y las dificultades con que se tropieza para remontarlas.

En esta isla no encontramos novedades de ningun género. Los indios que han acampado frente á ella son los de Conchingan y los del Cacique Gumerto que vienen estos últimos desde las

inmediaciones de Nahuel-Huapí, á conocer los campos de Santa Cruz. A la tarde los visito llevándoles aguardiente. Gumerto me dice que "tiene el corazon muy contento" porque conoce ya al Comandante, y que como pariente de Shaihueque ha oido hablar de mi visita al campamento del Rey de las Manzanas.

La mayor parte de los pocos indios que dependen de este cacique son de sangre pampa, de menos estatura que los tehuelches, y entre las mujeres jóvenes hay algunas muy bien parecidas. Contentamos á estas dándoles abundantes sartas de cuentas y mantas; los hombres se emborrachan con aguardiente y la noche se pasa entre llantos y alaridos. Solo Chesko, contento con la presencia de la hermosa Losha y luego melancólico con la bebida, no participa de la alegría general; con el Cooll'à, instrumento musical tehuelche, pasa rozando con un hueso hueco de cóndor las cerdas del primitivo violin y acompañando á la triste armonía que arranca del sencillo instrumento una especie de canto compuesto de frases incoherentes, sin sentido comun, que no son pronunciadas sinó balbuceadas por el enamorado indio.



VISITA DE INDIOS

Noto en este toldo mas mujeres que hombres y algunas me dicen estar separadas de sus maridos; la causa de este alejamiento es que están en cinta unas, y otras tienen hijos pequeños, y que por una costumbre de los tehuelches, el marido abandona temporariamente á su mujer, mientras ella se halla en ese estado y no vuelven á juntarse ambos hasta que la criatura tenga mas de un año. Esto me recuerda que he leido en el último libro del glorioso mártir Livingstone, que cerca de Mozambique las mujeres rehusan toda relacion íntima con sus maridos mientras se hallan embarazadas y no vuelven á unirse hasta despues del destete de las criaturas, lo que generalmente tiene lugar allí en el tercer año.

Marzo 20.—Tranquilos, durmiendo bajo techo, contentos con los resultados del viage, paso este dia analizándolos. La esploracion que acabo de verificar en las nacientes del Santa Cruz, donde he podido comprobar la verdad de la opinion del ilustre Fitz-Roy, quien suponia que este rio nacia en varios lagos, me ha revelado estensos territorios desconocidos que pueden ser aprovechados por sus propietarios los argentinos. En ellos la colonizacion tiene ancho campo donde estender su benéfica influencia. El valle del Shehuen, visitado en casi toda su estension, espera los ganados que han de fructificar esa tierra hoy improductiva. Algunos parajes en él pueden utilizarse con ventaja para la agricultura. Las quebradas del Oeste, donde los pastos hacen ostentacion de hermosura, hoy solo aprovechados por el caballo del indio nómade, por el bagual y por los guanacos, pueden alimentar miles de animales vacunos. Los ricos depósitos de carbonato de sódio atraerán la industria, las minas de carbon del lago "San Martin" harán que el silbido del vapor que contenta al civilizado y que llena de estupor al salvaje, se mezcle con el del hacha y del martillo que aprovechen los bosques que hemos visto en ese solitario paraje, y que los buques á vapor que llegan hoy á la Bahía del Santa Cruz, vayan á buscar á través de cerca de doscientas leguas de rios, lagos y canales, el combustible precioso.

Veo no muy lejano el dia en que el hélice alborote las aguas de los lagos "Agentino", "Viedma" y "San Martin", y los de aun

mas al Norte, y llene de vida la region hoy desierta. Los campos abrigados entre el lago «San Martin» y el «Viedma» pueden ser utilizados por estancias, y hemos de ver que el faro gigante del Volcan Fitz-Roy, no tendrá por único admirador al temeroso tehuelche, sinó tambien á los civilizados que lo estudiarán y buscarán en sus faldas las riquezas que revela la ciencia. El Lago Argentino con sus bosques y los valles hermosos que lo rodean ofrece al hombre elementos de la vida lucrativa. Los paraderos tehuelches pueden convertirse en ciudades argentinas. Las maderas del Monte «Buenos Aires», del Monte «Avellaneda» y del Monte «Félix Frias,» lo mismo que los campos hermosos que hay en esas inmediaciones, en manos de una poblacion trabajadora, proporcionarán ganados para alimentar miles de hombres, y dedicándose allí al corte de los hermosos árboles, que luego de arreglados en balsas las aguas del Lago y del Santa Cruz se encargarán de llevar al Atlántico, contribuirá esa poblacion andina con las maderas necesarias á la construccion de las futuras colonias argentinas del litoral Patagónico.

Los habitantes de la Bahía Santa Cruz no verán entónces descender como ahora, un bote como el mio, sinó grandes embarcaciones que traigan al Atlántico las riquezas del corazon de la Patagonia y de los Andes. Donde hoy no hay mas que soledad y desamparo; donde se ha visto, con distintos intérvalos, pequeñas espediciones luchar contra dificultades que solo el entusiasmo allana, hemos de ver colonias permanentes y florecientes, y la hoy poco visitada Bahía Santa Cruz ha de ser el punto mas frecuentado de los mares del Sur. Ese dia, conocidas las regiones que acabo de visitar y las que aun me quedan por recorrer, las siguientes palabras del Dr. Tejedor «si porvenir marítimo ha de tener un dia la «República Argentina, él está en Patagonia», serán una hermosa realidad.

Marzo 21—*Abril* 5.—Esperaba encontrar en este punto noticias de Buenos Aires de donde he salido hace 5 meses, y que el buque del capitan Piedrabuena debia traer. Defraudado en mis esperanzas, resuelvo dirijirme por tierra hasta Punta Arenas y

tomar allí el vapor del Estrecho. He empleado algunos dias en el arreglo de las colecciones, en la formacion de nuevas y en la reconstruccion, puedo llamarla así, de la Capitanía Argentina que yacía abandonada en la Bahía Santa Cruz, sin techo, ni piso, ni ventanas, ni puertas y con el asta bandera en el suelo.

Abril 6—*Mayo* 8.—Llenado este deber de argentino, dejé en la isla Pavon al teniente Moyano con los dos marineros, el muchacho y el bote, me despedí del señor Dufour á quien debo mil atenciones, y emprendí viage al sud. Me acompañaban Isidoro y Estrella.

Aunque me proponia revisar detenidamente y por completo la region situada al sur del Santa Cruz, no he podido hacerlo en todas sus partes. Diré con Darwin que es muy bueno hablar de estómago lijero y de fácil digestion, pero que en la práctica es cosa bastante desagradable, y este axioma me es conocido prácticamente desde largo tiempo. Nuestras provisiones son sumamente escasas y consisten tan solo en algunas tortas, regalo de la tehuelche Rosa, mujer de Manuel Coronel, otro buen gaucho compatriota que ha acompañado á Pertuiset á la Tierra del Fuego, y á quien el muy farsante hace aparecer como el peruano Yupanquí, con la misma formalidad que asegura mas tarde que Rosa es una princesa de la imperial raza de los Incas; á las tortas agrégase carne para un dia y dos cajas de *pâté de foie gras*, que á nuestra ida para el interior habia dejado de *reserva* en la isla. Aumentan lo penoso del viage el mal estado de los caballos y la estenuacion de los perros, que es tanta, que sólo uno de estos, el bravo «Perilla». ha podido acompañarme, aunque sin prestar el menor servicio, Esto nos advierte desde el principio, que no podemos contar con la caza y que debemos contentarnos con lo poco que tenemos. La necesidad hace prodigios y, aunque algo escuálidos, llegamos á Punta Arenas despues de una travesía de siete dias.

Como se podrá juzgar por lo que antecede, no he hecho este trayecto en las mejores condiciones para observar, pero puedo decir que, á pesar de esto, mis notas no son tan escasas que no pueda dar una idea sobre el territorio comprendido entre Punta Bandera y Punta Arenas.

La sequedad del clima y la esterilidad del suelo, circunstancias desfavorables para la colonizacion de Patagonia, principian en Bahía Blanca, donde llueve mucho ménos que en Buenos Aires; aumenta gradualmente en el rio Negro y el Chubut; sigue en las mesetas; es decir, en la region árida de que ya me he ocupado, y alcanza á su máximum en el grado 47 á 48, segun los informes de los indígenas.

En Santa Cruz, el continente principia á enangostarse, disminuyendo la distancia entre la Cordillera y el mar, y las lluvias vuelven á ser mas frecuentes, aunque no de gran duracion. El valle estenso que desde el rio Chico se dirije hácia el Oeste, hasta el lago "San Martin" regado por el rio Shehuen, presenta estensiones de verdura, verdaderamente lujuriosa, que contrasta con la aridez de las mesetas que lo rodean, y durante el tiempo que permanecí allí en Enero y Febrero la temperatura era sumamente agradable.

Desde ese punto, á contar desde el grado 50 al Sur, principia la zona útil, que fertilizan las lluvias, que siendo casi diarias en la Patagonia Occidental pasan sobre la Cordillera poco elevada, y la riegan de cuando en cuando, sin hacerla inhabitable, como en la opuesta. La vejetacion raquítica de las mesetas, batida incesantemente por los vientos, al aproximarse á la zona mencionada esperimenta un cambio brusco sin acercarse aun á la de la zona andina. Su aspecto agreste impresiona agradablemente al viagero que acaba de atravesar la elevada pampa, donde el paisaje entero no presenta mas que soledad y desamparo, y donde solo el guanaco inquieto pace espiado incesantemente por las pumas, que en ellos y en los avestruces hacen sus mejores presas.

Al Sur de los lagos, desde la Cordillera, praderas estensas, verdes de pastos tiernos y trébol, cubren los depósitos glaciales, y son esos los paraderos preferidos de los indios durante las grandes boleadas de caballos salvajes. Esta pradera la limita al Sur la planicie de lava que desde el pié de los Andes se dirije en una estension de 30 leguas al Este, con mesetas basálticas gigantescas, que disminuyen gradualmente de altura, y de entre las cuales se

levantan algunos volcanes estinguidos. De allí descienden varios arroyuelos, algunos de los cuales arrastran pajitas de oro, y desaguan en el lago "Argentino", en pequeñas bahías abundantes de pescado y en las que se bañan innumerables gansos y cisnes blancos, rosados flamencos, avutardas y patos. La planicie basáltica está cruzada de distancia en distancia por profundas quebradas que le son perpendiculares y llega hasta el "Abra de la última Esperanza", donde cesa bruscamente, bañado su pié por las aguas marinas. En esos parajes, nace bullicioso entre rocas de lava salpicada del verdor de los manantiales que se forman en las grietas, el rio Gallegos, que desagua en el Atlántico.

Desde las nacientes del Gallegos, el paisaje es distinto; se ven colinas suaves y onduladas, que principian en pequeñas mesetas y disminuyen de altura á medida que se alejan al Sur, y hácia el Oeste inmensos bosques, en las llanuras de Diana, cubiertas de *Fagus Antártica*, matizadas de *Drimys Winteri*, forman un cordon arbóreo, al borde de los canales.

Esos terrenos ya son adecuados para la cria de ganados, y cuando el almirante Fitz-Roy, siendo oficial subalterno, los vió, le recordaron las pampas del Plata. Mas al Sur se divisa la "Laguna Blanca", cuyo borde está situado á pocas millas de *Skyring Water*. El nombre de esta laguna (que no merece el calificativo de lago por su poca hondura) se deriva del color de sus aguas tomado de la arcilla-arenosa que cubre en parte el suelo, lo mismo que sucede con la laguna "Tar" ó "Sucia" al Este del lago San Martin.

En la laguna Blanca los campos son magníficos, y allí viven los indios del cacique Papon, durante grandes temporadas del año, alterándose con los valles fértiles de Coy Inlet y del rio Gallegos. En sus inmediaciones el Gobierno Chileno tiene parte de sus haciendas en el punto nombrado *Vaquería del Norte*. Cuando mi viage, habian resuelto poblar esos puntos algunos chilenos que habian construido una casilla de madera.

Algo mas al Sur se encuentran escelentes mantos carboníferos que se estienden hácia el mar, hasta ser ocultados por él en marea

alta. Ellos dan una importancia enorme á esa region, que continúa hasta el Estrecho con algunas poblaciones, tales como "Palomares", etc., en una llanura que algun dia alimentará los ganados de la futura provincia argentina de Magallanes. Esa llanura está limitada al Oeste por las aguas *Otway Water* y por las mesetas de la península de Brunswick cubiertas de bosques impenetrables que crecen entre las rocas erráticas, que á su turno ocultan las ricas capas de hulla que se esplotan en Punta Arenas.

Entre la parte Norte de la region que acabo de describir á grandes rasgos y la costa del Atlántico sobre el Rio Santa Cruz, se estiende la meseta elevada, primero de 3,000 piés, luego de 1,500, 1,150, y 900, formando otros escalones mas pequeños hasta el rio; todo terreno árido, aunque mejor que el de la márgen Norte, mejorando á medida que se acerca al Océano. El profundo valle escalonado del Santa Cruz, (antiguo estrecho interoceánico probablemente, segun Darwin) como el Valle Coy Inlet y el del rio Gallegos, no tiene estensiones fértiles notables. Desde su nacimiento en el lago, el rio corre por entre rocas erráticas, mantos volcánicos y poderosas capas de cantos rodados, hasta las inmediaciones de la isla Pavon donde las mesetas bajas se apartan y donde el rio se bifurca entre islas formando recodos de alguna importancia en ámbas márgenes, hasta que se llega á la bahía, que desde el Atlántico se dirije al oeste, formando el pié de la gran Y, con los brazos del rio Chico y Santa Cruz. En la bahía en el lado sur, hay pequeñas cuchillas con pastos regulares; pero el agua potable es escasa. Subiendo el primer escalon de la escalinata de mesetas que forman el pedestal de los Andes en esas regiones, se llega á la altura de 350 piés á una llanura con desigualdades insensibles, de mejores pastos que todos los que nacen desde el Chubut hasta allí, en el litoral, y que tiene pequeñas lagunas, unas dulces y otras saladas, que abundan en cloruro de sodio que el Capitan Piedrabuena estrae de cuando en cuando.

Mas al sur se estienden las colonias del Leon, que principian en la costa del Océano, elevándose 710 piés sobre el mar, hasta la cuarta meseta cuya altura varia de 850 á 1000 piés. Su eleva-

cion principal es Monte Leon, á cuyo pié se halla la isla del mismo nombre, de la cual ya me he ocupado, pedazo de roca desprendida del continente y testigo del apresamiento violento de la *Jeanne Amélie.*

En esas colonias los pastos son escelentes, aunque duros, que los ganados que algun dia las recorran, mejorarán. El agua es escasa, pero cavando pozos hasta cruzar la capa de cascajo, espesa de 30 á 60 piés, se encontrará de muy buena calidad.

Esa es la meseta alta que se estiende desde Santa Cruz hasta Gregory Renge, donde cae á pique, batida por las correntosas aguas del Estrecho y es la que crucé en toda su estension en mi viage.

Al subirla, desde un poco mas al N.-E. de *Chikerrook-aiken*, la vista se dilata por una estension inmensa, bastante parecida á la pampa del sur de Buenos Aires, sin límites y solo al S.-O. se ven azuladas y ténues las lejanas mesetas cercanas á la Cordillera.

El campo, no tan bueno como nuestras llanuras, no tiene ya el aspecto de las estepas estériles del Norte; los arbustos son menos numerosos y se ven algunas lagunas, saladas á causa del cloruro de sodio unas, y otras del sulfato de sosa, que contienen las capas del terreno. Una de ellas, *Las Perdices*, tiene en sus bordes ojos de agua dulce y allí podria plantearse una poblacion que sirviera para facilitar la comunicacion con el Estrecho.

Unico inconveniente seria el clima muy frio, por la falta de arbustos y su elevacion sobre el mar, tanto que en el dia que dormí allí el termómetro marcó 5° C. bajo cero, aunque creo que es escepcional una temperatura tan cruda.

A medida que se adelanta hácia el sur, el terreno mejora, se penetra en algunos cañadores que hacen recordar las inmediaciones de las Sierras del Tandil, y cruzando una quebrada transversal, pasando despues los "Tres Chorrillos", preciosos manantiales de agua dulce que se pierden en una laguna salada y en cuyos alrededores viven á veces los indios, se vuelve á subir la meseta.

Así consecutivamente por entre lomadas suaves y lagunas saladas á las que acompañan casi siempre pozos dulces, se llega á

Coy Inlet, punto estremo á que alcanzan las salinas verdaderas y que Darwin dá como situado en las inmediaciones de San Julian, dos grados mas al Norte.

La vista de Coy Inlet es pintoresca, es hoya de un rio antiguo ó quizás de un estrecho marino, que cruza de Este á Oeste. Sigue esa línea un arroyo tortuoso, entónces seco, que me indicó que no nace en las montañas nevadas porque era ese el tiempo de los deshielos, como lo habia notado poco antes de las nacientes del Santa Cruz. En un ancho de dos leguas, tiene campos buenos para pastoreo, que aprovechan los indios en el punto llamado *Uajen aiken.*

Desde Coy Inlet á rio Gallegos, los campos son aun mejores.

El rio Gallegos es el paradero principal de los indios, sobre todo en *Guerr-aiken.* Allí los encontré, pero como estaban en gran borrachera, solo pude conversar con algunos y esto de paso. Esos parajes son de gran porvenir, y es lástima que el tehuelche, antes de una sobriedad estrema, se estinga rápidamente á causa del alcohol que los *cristianos* le venden. Así esos indios no pudiendo entrar en la vida civilizada, no sacan resultado de ellos entregándolos al cultivo, convirtiendo en campos de labranza los que son testigos en esas épocas de espantosas carnicerías.

Se cree vulgarmente que para la poblacion de Patagonia es necesario la estincion del indio. Si este en su orgullo de salvaje no pide á la tierra lo que ella voluntariamente no le proporciona, es porque desprecia la vida sedentaria prefiriendo ceder á la atraccion que en su cerebro ejercen los horizontes ilimitados del desierto, que lo encamina á la vida nómade, porque la ambicion le es desconocida y porque le basta tener con que cubrirse y alimentarse para vivir contento. El dia que el tehuelche, así como las demás tribus de la pampa, conozcan nuestra civilizacion primero que nuestros vicios y sean tratados como nuestros semejantes, los tendremos trabajando en las estancias del Gallegos, haciendo el mismo servicio que nuestros gauchos.

El rio Gallegos corre con una velocidad media de cuatro á cinco millas por hora y se alimenta de las nieves que en invierno

caen en las altas mesetas volcánicas y en las sierras inmediatas á las cordilleras. Nace de dos brazos que á corta distancia se juntan, recibiendo además dos pequeños arroyuelos que riegan una estension regular al Sur del rio principal. El valle puede ser utilizado para la agricultura y ganadería.

En ambas orillas, sobre las mesetas, principian capas de lava que las cubren hácia el Sur, en enormes rocas negruzcas, que como murallones inmensos se levantan de las colinas fértiles, sembradas de grandes fragmentos de columnas semejando una ciudad antigua destruida.

Los distintos paisajes sombríos que se admiran entre los manantiales que se destacan de la masa oscura del basalto y las tranquilas lagunas saladas que ocupan hondonadas, quizás cráteres antíguos, y á cuyas orillas el guanaco centinela dá su grito de alarma, traen á nuestra memoria los espantosos cataclismos que han formado esas masas tristes. El fuego y el hielo han dado su relieve á esa region.

Todas esas elevaciones, muchas ya marcadas en las cartas geográficas y que se estienden desde cerca del Cabo Vírgenes, son pequeños volcanes estinguidos, sub-marinos en un tiempo, independientes del sistema andino y cuya mayor altura parece ser ahora cerca de mil piés sobre el nivel del mar.

Mis observaciones por medio del punto de ebullicion del agua, me dieron para esa region una altura media de 860 piés.

Las capas de la lava que se estendió bajo el mar antiguo, se han inclinado cuando el levantamiento de las mesetas terciarias, al que contribuyeron ciertamente esas fuerzas volcánicas, y han salido algunas de ellas de 150 á 200 piés sobre el nivel medio del terreno en formas caprichosas, como el "Monte Aymon" "Los Frailes", "Las Orejas de Asno", "El Volcan", "Los Bonetes", etc.

Esa formacion volcánica entre el Estrecho y el Gallegos, se dirije hácia el O. N.-O. y aunque algunos pretenden que esa lava forma una ramificacion de la Cordillera de los Andes, esto es una puerilidad que no merece llamar la atencion.

En la region comprendida entre el Gallegos y las barrancas

de San Gregorio donde se elevan esas capas, parece que el levantamiento no se ha hecho de una manera tan igual como en el resto de Patagonia, y allí los hielos la han bosquejado con rasgos mas pronunciados. El camino serpentea por sinuosidades caprichosas, unas veces en bajos ocupados por lagunas y manantiales formando valles preciosos, otros tantos paraderos indígenas; otras en elevaciones que, cubiertas de pasto, dejan ver á intérvalos grandes piedras erráticas.

Llegando al límite de la meseta, el paisaje cambia; á la derecha la línea azul y blanca de las montañas nevadas se destaca del fondo oscuro del cielo tempestuoso de Occidente; á la izquierda la punta de San Gregorio; luego las angosturas que, como fajas de plata, forman el Estrecho, y mas allá, de color rosado-pálido, envueltas en la bruma y en el humo de los incendios, característicos de la índole salvaje de los habitantes, se divisan las mesetas fueguinas. Al frente, en el bajo que termina en el Estrecho y en la elevada Península de Brunswick, la campaña ondulada y verde mas aun que las pampas de Buenos Aires, cruzada de hebras cristalinas y adornada de pequeños bosquecillos de "calafate" (Berberis) que proporcionan deliciosa fruta, y de algunas lagunas dulces y saladas que llegan al pié de los mamelones glaciales, imitando todo un inmenso parque inglés, con sus prados, bosques, lagos y montañas artificiales.

El camino sigue al Sur, bordeando al Oeste, una línea de colinas bajas glaciales, antigua moraina que señala un periodo de reposo de algun ventisquero prehistórico, el que cruza el "Dinamarquera", arroyuelo rápido con pequeños saltos, que corre entre bellas plantas acuáticas y desagua en el Estrecho; regando una gran estension de tierras fértiles, producto de innumerables generaciones vejetales que las han cubierto con una riquísima capa de *humus*. Numerosos manantiales tambien la bañan con sus aguas que corren veloces por entre el tupido gazon, claras como el cristal, nieves derretidas que se han filtrado en las antiguas morainas.

El pasto es tan elevado en esa region que el viagero muchas veces cae en los pozos ocultos de esos manantiales, sobre todo

en los que se hallan cerca del camino y entre ellos el *Pozo de la Reina*, cuyo nombre se debe á haberse caido allí la india tehuelche que sus compatriotas llaman "la Reina Victoria".

La region continúa así, con pequeñas alteraciones, hasta Cabeza del Mar, canal marítimo que se interna desde "Peckett Harbour", formando una angostura que concluye mas adentro en un bonito lago salado que casi toca á "Otway Water". Ese canal es vadeable solo en marea baja, y sumamente correntoso.

Al Oeste del canal ya principian los árboles y se ven pequeñas agrupaciones de *Fagus Antartica* y *Fagus betuloides*, que dan sus nombres á ese paradero, "Los Robles", y la llanura feraz que colorean los frutos de la *Chaura* y de la *Mutilla*, se estiende hasta el Cabo Negro, surcada de arroyos que bajan de la península hasta el Estrecho. El cielo claro de las regiones australes embellece ese paisaje que no tiene nada de la monotonía de las mesetas ni de la severidad de las montañas.

La region que he descrito y que presenta tan alegres paisajes, donde la vida parece ser mas abundante que en el resto de la Patagonia, ha sido el resultado de una de las revoluciones mas terribles del globo.

El periodo glacial ostenta allí toda su terrible accion y sus detritus, provenientes de los gigantescos ventisqueros que avanzaban en otro tiempo hasta el Atlántico y que han arrancado de las montañas esos enormes fragmentos que miden hasta 1000 metros cúbicos, llevados allí por los hielos flotantes, proporcionarán, con los depósitos vejetales, riquezas importantes al pionner que en el porvenir los trabaje.

Los cambios que se han producido en Patagonia desde el principio de la época terciaria, permiten admirar allí la fuerza portentosa de la naturaleza.

En el periodo eoceno, la tierra se eleva del fondo del Océano y alimenta mónstruos fósiles terrestres parecidos al *Dinoceras* del mismo tiempo en Norte-América y que desconocidos aun en esos parajes, he tenido la suerte de encontrar en dicha capa geológica, cuya existencia he revelado en Patagonia. Luego se sumerje y

corrientes de la atmósfera, fenómenos imponentes que hacen que los canales del Oeste sean fecundos en naufragios. Puedo decir que de las observaciones que conozco y de las mias, el clima de la region comprendida entre el rio Santa Cruz y el Cabo de Hornos, puede compararse con el de las islas de la Gran Bretaña desde el canal de la Mancha hasta el Norte de Escocia.

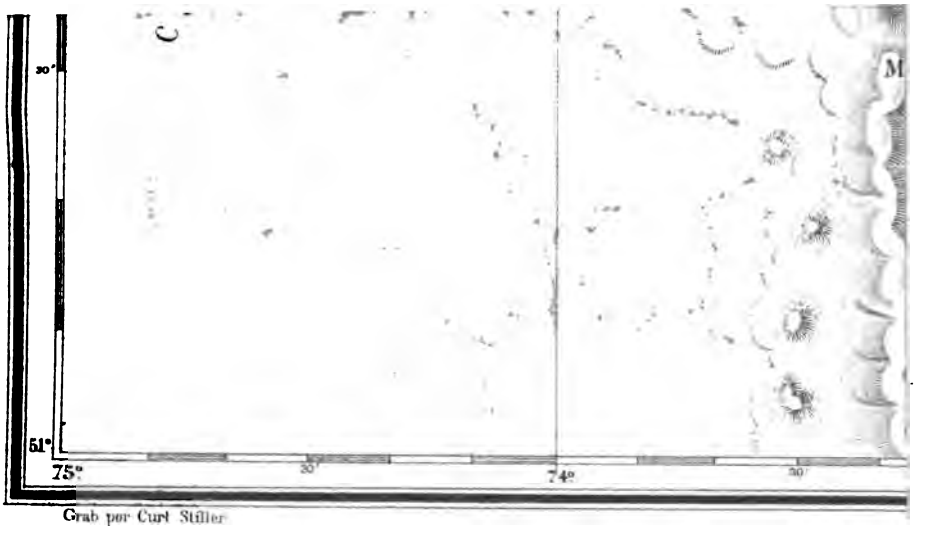
En la meseta alta es seco, llueve poco y la evaporacion se hace con prontitud, pero durante la noche los rocíos son abundantes. En invierno cae nieve en regulares cantidades, y en primavera, verano y otoño, estaciones que he pasado allí, el clima es sumamente agradable habiendo dias de calor escesivo.

En las márgenes del Estrecho las lluvias son mas frecuentes, alcanzan poco mas ó menos á dos terceras partes de la que cae en Buenos Aires y la falta se compensa con la humedad del suelo, impregnado del derrite de las nieves. Los vientos son sumamente variables en esos parajes y predominan los polares; el cielo que en la mitad del año permanece cubierto, en verano es limpio y claro; en Enero, Febrero y Marzo el clima es seco y los vientos varian del O. al S.-O.; á mediados de Abril principia á caer nieve y á conjelarse los manantiales. En invierno, la temperatura media en Punta Arenas puede calcularse en 3° C. sobre cero; en Setiembre y Octubre los temporales son mas frecuentes y en Noviembre y Diciembre vuelve á ser seco.

Todo esto contribuye á que esas regiones sean sanas y que se desconozcan allí las epidemias.

Las producciones vegetales que ese clima permite, son bastante numerosas; la papa dá de 30 á 50 por uno, y en Santa Cruz, donde las he plantado, han dado un escelente resultado; el trigo puede cosecharse en el valle del Rio Chico y en Santa Cruz, mas no en Punta Arenas, pero en cambio allí se desarrollan la avena, la cebada, el centeno, y sobre todo, he visto algunas legumbres que adquieren proporciornes enormes, como la lechuga, la zanahoria, los rábanos, los nabos, la coliflor, las coles, la remolacha y el ápio.

La Tierra del Fuego, en la isla Grande, mas fria que la márgen



Grab por Curt Stiller

Norte del Estrecho, tiene una temperatura casi igual á la de las Malvinas donde las ovejas dan magníficos resultados, siendo hoy su principal producto.

Al Sur, en la mision inglesa de Oostrovia, á sólo 20 leguas al Norte del Cabo de Hornos, viven bien las vacas; se cosechan algunas legumbres y el clima no debe ser tan crudo en esos parajes cuando los *O'onas*, los *Elisalá'as*, los *Yameshkunas*, los *Tekéenicas*, y los *Aliquekeelips*, todos indígenas fueguinos, viven casi desnudos, y cuando los picaflores y los loros alcanzan hasta allí, donde segun Darwin se sienten á veces grandes calores.

***

Luego de recorrer durante algunos dias las pintorescas inmediaciones de Punta Arenas, trasporteme á Montevideo en el espléndido vapor inglés *Galicia*, y despues de una deliciosa navegacion desembarcaba el 8 de Mayo de 1877 en esta ciudad de Buenos Aires, contento con este viage que me ha dado motivo de apreciar la gran importancia que tienen para nosotros las feraces tierras inmediatas á los lagos y las que se encuentran entre el "Gallegos" y Punta Arenas, futuros asientos de ricas colonias nacionales; y que me habia convencido que la region vecina al Estrecho, en vez de ser árida, como se creia, es quizás la tierra mas fértil de la parte austral de la República.

El Rio Santa Cruz, que tanto ansiaba conocer, habíalo recorrido en toda su estension y por esa hermosa via fluvial, que, á pesar de la velocidad de sus aguas, creo que puede ser navegable para vapores de 12 piés de calado y de gran fuerza, habia llegado á los hermosos lagos andinos. En ellos habia vivido la vida del trópico y del polo; habia comido hielo flotante de los ventisqueros eternos que baten las olas lacustres á sólo 500 piés sobre el mar, en parajes situados á la misma latitud de Paris; habia admirado la magestuosa Cordillera, con su manto de hielo en su cima, y su guirnalda arbórea en su base; habia en los mismos dias, navegado al lado de los témpanos y habíame internado en los bosques vírgenes que recuerdan el trópico; en fin, los lagos Argentino y

San Martin, situados á los lados del Lago Viedma, habian sido revelados á la geografía de la pátria, y con la ayuda de mis compañeros el Sub-Teniente Don Cárlos M. Moyano, los tres tripulantes, el grumete é Isidoro, habia agregado algunas noticias más á las que teníamos sobre las Tierras Australes.

En fin, habia cumplido con el grato deber de dar cuenta al Gobierno de la Nacion (*) que la «Llanura del Misterio» del Almirante Fitz-Roy, habia sido esplorada, y que las planicies que los marinos ingleses llamaron del «Desengaño», albergan hermosos lagos, donde pronto navegarán las naves argentinas.

(*) Véanse mis comunicaciones al Sr. Ministro de Relaciones Esteriores, Dr. D. Bernardo de Irigoyen (Rio Santa Cruz, Diciembre 26 1876; Punta Arenas, Abril 14 1877) Memoria de Relaciones Esteriores, 1877—Tomo 3°.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

AL LECTOR		.....	pág. V
CAPITULO	I	Primeros ensayos. Resultados. El Museo.....	" I
CAPITULO	II	Segundo y tercer viage a la Patagonia. El Limay. Las Manzanas. Nahuel-Huapi.....	" 6
CAPITULO	III	Viage a la Patagonia Austral. Preparativos. Llegada al Chubut.....	" 18
CAPITULO	IV	La Cuenca del Chubut.....	" 33
CAPITULO	V	Formacion geológica de las mesetas.....	" 46
CAPITULO	VI	Clima, flora y fauna del Chubut.....	" 57
CAPITULO	VII	Escursion a la meseta norte. Una tumba india. Erupciones porfiricas	" 79
CAPITULO	VIII	Restos humanos. Llegada de indios. Un chasque de las Manzanas. Recuerdos del viage anterior	" 92
CAPITULO	IX	Puerto deseado. Escursion al interior.....	" 130
CAPITULO	X	La bahia de Santa Cruz. Llegada a la isla Pavon	" 160
CAPITULO	XI	Escursion a las salinas y la isla de Leones	" 184
CAPITULO	XII	Una visita a los indios patagones. Escursion a Shehuen-aiken. La tolderia. Vista de los andes	" 219
CAPITULO	XIII	Ascension del Rio Santa Cruz—*Sumario*—Primeros trabajos—Antigüedades—Las Mesetas—Chikerook-aiken—Escursiòn á las alturas—Malos pasos—Los guanacos—Un puma—Formacion volcánica—Su aspecto—Campamento	" 241

CAPITULO XIV Ascension del Rio Santa Cruz. Llegada al Lago.—*Sumario*—Cerro "Tres de Febrero"—Mal paso—Pumas—Rocas erráticas—Alteraciones en las capas terciarias—Fósiles—Depósitos glaciales—Manantiales—Paso de indios—Primera vista de la Cordillera—Enfermo — Buen camino — Nuevos tropiezos — Los Andes—Ultimo paradero de Fitz-Roy—Penoso carnaval—Arroyo del bote — Escursion á caballo—El Gran Lago—Continuacion de la marcha—Grandes trozos erráticos—El bote surca aguas lacustres..... " 293

CAPITULO XV En el Lago Argentino.—*Sumario*—El bautismo—Nuestro paradero—El desagüe del Santa Cruz—Un rio nuevo—Navegamos en el lago—Tierras vírgenes—Cruzamos al Sur—Los témpanos—Punta Walichu—Inscripciones indígenas—Una mómia—Malos tiempos— Temporal en el Lago—Casi naufragio — Llegada de indios..... " 333

CAPITULO XVI Escursion hacia el Norte. Las Tolderias.—*Sumario*— Una promesa cumplida — Borrachera — En marcha — Los caballos salvajes —Offenbach en los toldos—Alquiler de caballos—Fiestas—Medidas antropométricas — Vocabulario tehuelche ..... " 365

CAPITULO XVII El Lago San Martin. El Lago Viedma.—*Sumario*—Cambio de campamento—Troncos petrificados—El Shehuen— Tar-aiken— El Lago San Martin — Montes Lavalle—El Cerro Kochait—Otro lago—Monte pana—Carbon—Un Geyser—Témpanos—Falta de provisiones—Retroceso—Un valle fértil—El Shehuen—Hambre— Llegada al Lago Viedma—El volcan Fitz-Roy—Un ventisquero—Ataque de un puma—El Rio Leona—El paradero de Isidoro—Avestruces—Regreso al Lago Argentino—Despedida—Campamento al Sur de Santa Cruz..... " 397

CAPITULO XVIII Escursion al Oeste. Punta Bandera. Los Andes. Descenso del Santa Cruz. Viage á Punta Arenas—Conclusion.—*Sumario*—Una isla de hielo—Paradero indio—El cerro de Mayo—Festejos gastronómicos—El bosque vírgen—Ultimo paso adelante—Punta Bandera—El Monte Buenos Aires—Monte Avellaneda— Precioso depósito— Retrocedemos—Dos huemules—Ramificaciones del Lago Argentino—Los Andes—Consideraciones—Límites entre la República Argentina y Chile—Principiamos el descenso del Santa Cruz—Velocidad grande de su corriente—Malos pasos—Veinte y tres horas de viage—Los indios—Llegada á Pavon—Importancia de

las tierras reconocidas—Viage á Punta Arenas—La pampa alta—Coy-Inlet—Rio Gallegos—Barrancas de San Gregorio—Cabo Negro—PuntaArenas—Llegada á Buenos Aires—Conclusion ..... páj. 424

Lista de las planchas intercaladas (*)

A la vela en el "Lago Argentino" (litografía)	Frontispicio	
Una fiesta en Caleofú (litografía)	páj.	112
Vista de Puerto Deseado	"	136
Ruinas del fuerte de Puerto Deseado	"	138
Vista tomada en el interior de Puerto Deseado	"	147
Roca Porteña	"	152
Sierras de Tchilchiuma	"	214
Isla Pavon	"	217
Campamento en la Meseta	"	223
Valle del Shehuen ó Chalia	"	225
Toldos del cacique Cochingan	"	229
Un toldo tehuelche (litografía)	"	232
Cerro al Norte de Shehuen	"	237
Salida de la isla. Principio de la sirga	"	245
Caza del guanaco	"	251
Quebrada de Chickerooc-aiken	"	257
Pasaje en el Rio Santa Cruz	"	265
Quebrada basáltica en las inmediaciones del Rio Santa Cruz	"	288
Cerro "Tres de Febrero"	"	300
Caza de un puma	"	308
Paisaje en el Rio Santa Cruz	"	312
Descanso en las orillas del Rio Santa Cruz	"	315
Ascendiendo el Rio Santa Cruz	"	318
Trozo errático (á cerca de doscientos piés sobre el Rio Santa Cruz)	"	327
Paisaje en la márgen Norte del Lago Argentino	"	342
Campamento en las tierras vírgenes del Lago Argentino	"	345
Visita de la caverna de la mómia	"	354
Campamento en Punta Walichu	"	358
El temporal en el Lago Argentino (litografía)	"	360
La Laguna Tar y el Cerro "Kochait"	"	403
El Lago San Martin y los Montes Lavalle (litografía)	"	409

(*) Las figuras intercaladas en las pájinas 136, 147, 265, 300, 312, 315 han sido grabadas con algunas modificaciones, segun los dibujos de la obra del almirante Fitz-Roy. Las de las pájinas 223, 245, 251, 308, 318, 344, 358, 445, han sido dibujadas por mi amigo D. Alfredo Paris; las intercaladas en las pájinas 421 y 442, las debo á mi amigo Don Eduardo Sivorí y las demás han sido dibujadas por el grabador Don Cárlos Clerice, todas segun mis datos y cróquis.

El volcan Fitz-Roy ..... péj. 415
El Lago Viedma (cromolitografía) ..... " 416
Barrancas del Rio Santa Cruz..... " 422
El Monte Felix Frias. El Monte Buenos Aires y la Cordillera de los Andes ..... " 434
Campamento en las quebradas basálticas (Rio Santa Cruz)..... " 443
Visita de indios..... " 446
Cróquis geográfico de la Patagonia (al final del volúmen)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Description des Cimètières et paraderos prèhistoriques de Patagonie (con lámina)..... Paris 1874
Noticias sobre algunas antigüedades descubiertas en la provincia de Buenos Aires..... Buenos Aires 1874
Viaje á la Patagonia Setentrional..... " 1876
Sur des restes d' industrie humaine préhistorique dans la République Argentine (con figuras)..... Stockolmo 1876
Apuntes sobre las Tierras Patagónicas..... Buenos Aires 1878
El Estudio del Hombre Sud-Americano..... " 1878

En preparacion

Viage á la Patagonia Austral—2° tomo.
Viage á la Patagonia Setentrional.
Descripcion física de la Patagonia y Tierra del Fuego—Las razas estinguidas de a República Argentina.